

JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA

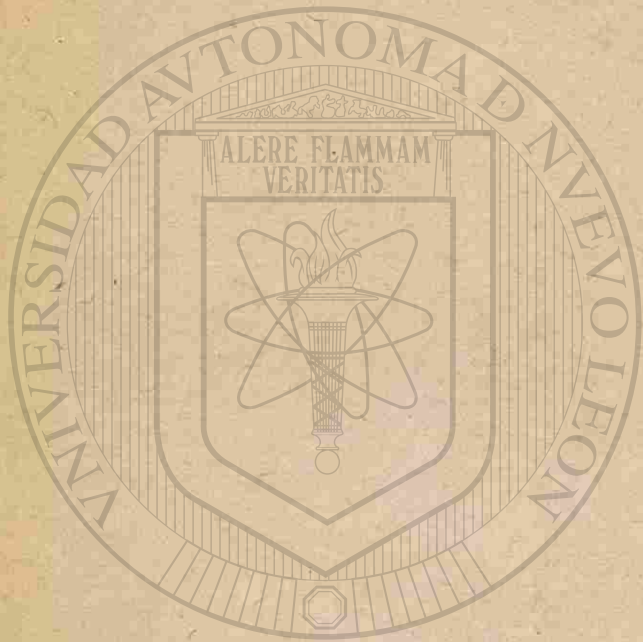
ROCHELLE
—•—
HISTORIA
DE LOS
ESTADOS UNIDOS

E178
R6

R. C.



1080012377



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

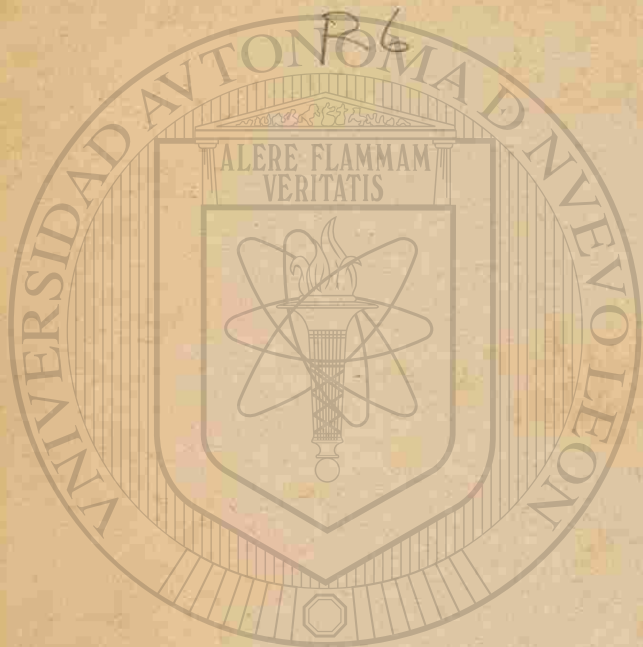
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA
ESTADOS UNIDOS MEXICANOS

E 178

P. 86



FONDO HISTORICO
R. GARCÓ COVARRUBIAS

155367

HISTORIA

DE LOS

ESTADOS-UNIDOS DE AMÉRICA,

POR

MR. ROUX DE ROCHELLE,

ANTIGUO MINISTRO DE FRANCIA EN LOS ESTADOS-UNIDOS.

INTRODUCCION.

El origen de los Estados Unidos de América remonta á las primeras colonias inglesas establecidas en la costa oriental del Norte. Aun antes de la fundacion de estas, se hicieron allí muchas expediciones que pasariamos en silencio, si no interesasen á las comarcas que despues formaron parte de la confederacion americana; mas como deban ser comprendidas en el cuadro jeneral de nuestra historia todas las adquisiciones sucesivas de esta potencia, consideramos muy útil para el enlace de los hechos que van á desarrollarse á nuestra vista, el recorrer y comparar los anales de las diferentes provincias de aquella república; á cuyo efecto pensamos indicar el modo con que se hizo el descubrimiento de estos países, y cuáles fueron las vicisitudes por las que debieron pasar, antes que llegasen á reunirse en una sola nacion.

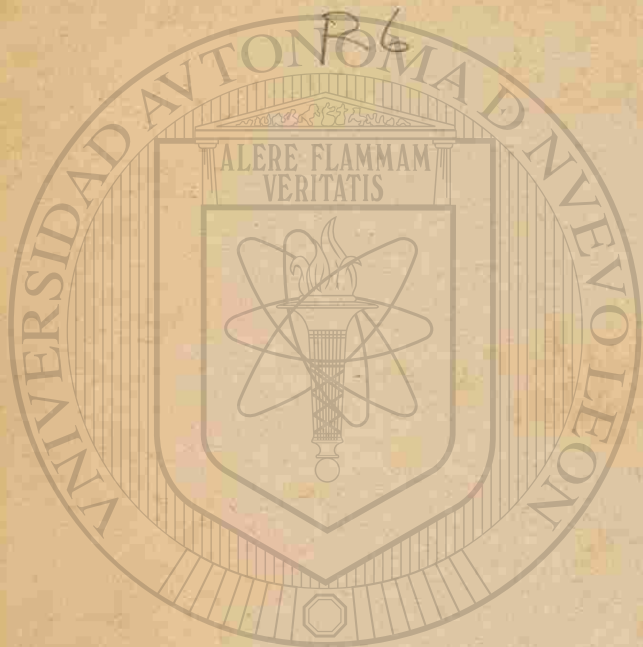
En el cuadro que vamos á trazar, resaltarán necesariamente entre todos los demás, algunos rasgos mas notables, porque los acontecimientos fecundos en resultados son los únicos que deciden la suerte de las naciones, únicos que deban grabar-

se en la memoria de los hombres, y únicos en fin que ofrezcan en sus detalles saludables lecciones.

La primera expedicion para las costas de la Florida fué dirigida en 1512 por Juan Ponce de Leon que habia acompañado á Cristóbal Colon en su segundo viaje, y combatido en su juventud contra los Moros cuando su espulsion del reino de Granada, distinguiéndose mas tarde por su valor y pericia en las guerras de las Indias Occidentales. Siendo gobernador de Puerto-Rico, que él mismo habia conquistado, supo por algunos Indios, que existia hacia el norte una fértil y rica comarca cuyas aguas tenian la propiedad de rejuvenecer, y que otro manantial dotado de la misma virtud fecundizaba la isla de Bimini, situada en medio del archipiélago de Bahama. Deseoso el anciano militar de distinguirse en nuevas empresas, y dejándose tal vez seducir por una vana ilusion, salió de Puerto-Rico con tres embarcaciones y dirijióse hacia aquel archipiélago, cuyas islas todas recorrió sin encontrar la fuente milagrosa; mas tropezando luego, por decirlo así, con el continente,

E 178

P. 86



FONDO HISTORICO
R. GARCÓ COVARRUBIAS

155367

HISTORIA

DE LOS

ESTADOS-UNIDOS DE AMÉRICA,

POR

MR. ROUX DE ROCHELLE,

ANTIGUO MINISTRO DE FRANCIA EN LOS ESTADOS-UNIDOS.

INTRODUCCION.

El origen de los Estados Unidos de América remonta á las primeras colonias inglesas establecidas en la costa oriental del Norte. Aun antes de la fundacion de estas, se hicieron allí muchas expediciones que pasariamos en silencio, si no interesasen á las comarcas que despues formaron parte de la confederacion americana; mas como deban ser comprendidas en el cuadro jeneral de nuestra historia todas las adquisiciones sucesivas de esta potencia, consideramos muy útil para el enlace de los hechos que van á desarrollarse á nuestra vista, el recorrer y comparar los anales de las diferentes provincias de aquella república; á cuyo efecto pensamos indicar el modo con que se hizo el descubrimiento de estos países, y cuáles fueron las vicisitudes por las que debieron pasar, antes que llegasen á reunirse en una sola nacion.

En el cuadro que vamos á trazar, resaltarán necesariamente entre todos los demás, algunos rasgos mas notables, porque los acontecimientos fecundos en resultados son los únicos que deciden la suerte de las naciones, únicos que deban grabar-

se en la memoria de los hombres, y únicos en fin que ofrezcan en sus detalles saludables lecciones.

La primera expedicion para las costas de la Florida fué dirigida en 1512 por Juan Ponce de Leon que habia acompañado á Cristóbal Colon en su segundo viaje, y combatido en su juventud contra los Moros cuando su espulsion del reino de Granada, distinguiéndose mas tarde por su valor y pericia en las guerras de las Indias Occidentales. Siendo gobernador de Puerto-Rico, que él mismo habia conquistado, supo por algunos Indios, que existia hacia el norte una fértil y rica comarca cuyas aguas tenian la propiedad de rejuvenecer, y que otro manantial dotado de la misma virtud fecundizaba la isla de Bimini, situada en medio del archipiélago de Bahama. Deseoso el anciano militar de distinguirse en nuevas empresas, y dejándose tal vez seducir por una vana ilusion, salió de Puerto-Rico con tres embarcaciones y dirijióse hacia aquel archipiélago, cuyas islas todas recorrió sin encontrar la fuente milagrosa; mas tropezando luego, por decirlo así, con el continente,

hacia los 30 grados 8 minutos de latitud. Tuvo lugar este feliz acontecimiento el día de Ramos ó Pascua florida, con cuyo motivo Ponce de Leon el dió nombre de Florida al país que acababa de descubrir. Recorrió en seguida desde el norte al mediodía todos los puntos de este territorio, haciendo en él frecuentes desembarcos que ocasionaron muchos encuentros con los naturales, y finalmente doblando el cabo meridional de la Florida y reconocido el archipiélago de las Tortugas, regresó á Puerto Rico deslumbrado todavía por sus primeras esperanzas. Escapáronsele los tesoros y la juventud que buscaba, pero encontró la inmortalidad, consagrando su memoria con un gran descubrimiento.

Perez de Ortubia emprendió poco despues un viaje con el mismo objeto; y Lucas Vazquez de Aillon hizo algunos reconocimientos en otros varios puntos de esta costa por el año 1520. Arrojado sobre las costas orientales del continente por una borrasca que le sorprendió en una expedicion contra los Caribes de las islas Lucayas, proporcionóle esta casualidad sus descubrimientos por el norte hasta el cabo de santa Helena; pero no hizo allí establecimiento alguno, contentándose con arrebatarse á unos ciento y treinta Indios que condujo á la isla de Haiti, donde destinados á trabajar en las minas, murieron todos en poco tiempo de fatiga y de pesar.

Los Europeos, vencedores en Cuba y Haiti iban por entónces á buscar esclavos al archipiélago de los Caribes, para poblar con ellos aquellas islas cuyos habitantes habian diezclado; mas despues que fué descubierto el continente pudo ejercerse en él esta piratería, hasta que se hubo trasladado á las costas de Africa el teatro de tan detestable comercio.

Ponce de Leon parecia haber renunciado desde algunos años á toda nueva empresa, cuando vino á despertar su ambicion ó gloria el ruido de las bazañas del conquistador de Méjico, Hernan Cortés. Advertido por

otra parte por los nuevos descubrimientos de Aillon de la vasta estension de la Florida, cuyo nombre se habia ido aplicando á todos los territorios contiguos, partió en 1521 con dos buques equipados á sus espensas, y resuelto á establecerse en aquellas costas; pero oponiéndose los Indios á sus proyectos, tuvo con ellos un encuentro, en que murieron la mayor parte de sus compañeros, y herido él mismo de un flechazo, se vió obligado á retirarse á sus naves y hacerse á la vela para la isla de Cuba, donde murió á los pocos días de su regreso.

En 1524 hizo Vazquez de Aillon otra expedicion; mas no consiguió siquiera llegar al cabo de santa Helena que habia reconocido en su primer viaje, porque indignadas todas las tribus indianas del continente, por los continuos raptos que hacian los Europeos en sus á costas, deseaban llegar con ellos las manos, ya esperaban la primer ocasion de vengarse; como lo verificaron con esta expedicion, atrayendo á los soldados hacia el interior del país y aparentándoles una buena acogida; mas luego que los tuvieron emboscados mataron á doscientos de ellos y cargaron á los demás que quedaban en la playa, cayendo muerto en el campo el mismo Vazquez de Aillon.

Por este tiempo solo se habia reconocido la costa oriental de la Florida, hasta que pareció tomar otra direccion Panfilo Narvaez, sobrado conocido por su desgraciada expedicion de Méjico. Este antiguo rival de Hernan Cortés, ansioso de reparar dignamente su desgracia, distinguiéndose á su vez por nuevos descubrimientos, hizose á la vela en 1527 con la escuadra que acababa de equipar en Cádiz; y dirijiéndose hacia el norte por la isla de Cuba, descubrió la bahía de Panzacola en la cual desembarcó por el mes de abril de 1528. Penetró en el interior á la cabeza de trescientos hombres que llevaba consigo, entre los cuales habia cuarenta de á caballo, y queriendo avanzar hasta el elevado territorio de los Apalaches, tuvo que vencer todas las dificultades que pue-

de oponer á las comunicaciones un país salvaje. Las inmensas llanuras que se estienden hasta el pié de aquellas montañas estaban cubiertas de espesos bosques, en los cuales apenas podian abrirse camino por en medio de los árboles que habian volcado los huracanes, ó habian caido unos tronchados por el rayo, otros desarraigados por su vejez: todos los valles estaban cubiertos de lagunas y lodazales donde yacian amontonadas aquellas ruinas de la vejetacion. En otros parajes, no pudiendo conseguir su desagüe, era necesario atravesar los torrentes á nado ó sobre pequeñas canoas y balsas construidas con precipitacion. Encontraban tal vez alguna aldea indiana rodeada de plantaciones de maiz; pero casi siempre tenian que atravesar desiertos, en donde carecian de los alimentos mas precisos, hasta que llegaron finalmente al país de los Apalaches, donde tampoco encontraron la riqueza y la abundancia que esperaban. Ostigado Narvaez continuamente por los montañeses que, armados de arcos y flechas, se servian de ellas con vigorosa destreza, desesperó de poderles resistir, y verificó su retirada por la costa hasta la embocadura del río Apalachicola. Habia durado este viaje como unos tres meses, y los buques que se hubieron de construir entónces para regresar á Europa no quedaron habilitados hasta el 20 de setiembre, en cuyo día, haciéndose á la vela, quedaron espuestos á los violentos huracanes que suelen acompañar al equinoccio. Anduvo la flotilla costeando al principio del este al oeste, guarecida por los canales marítimos que se formaban entre la tierra firme y algunos islotes de arena, pero hecha el juguete de las olas, en faltándole esta defensa natural. Luego descubrió la desembocadura de un gran río que debia ser el Missisipi, cuya caudalosa corriente desembocando en el mar con toda la fuerza de su curso natural, proporcionó á la tripulacion el agua dulce de que necesitaba; mas empujando la misma corriente á estos débiles esquifes, obligóles á ganar el alta mar,

donde la marea los dispersó muy luego. Narvaez que habia esperado retirarse á un paraje mas seguro, fué arrojado violentamente muy lejos de la costa y no volvió á aparecer mas; los otros buques siguieron con dificultad su travesía hacia el oeste y fueron lanzados sobre diferentes puntos de tierra firme y de las islas que guarnecen la costa, muriendo de hambre ó de enfermedad la mayor parte de la tripulacion. Mas otro destino estaba reservado á Alvaro Nuñez, uno de los pocos que sobrevivieron á los travesías de esta expedicion. Acompañado este de tres compañeros náufragos tambien, que habian corrido la misma suerte, logró ganar la confianza de los Indios y adquirió mucho ascendiente sobre ellos, haciéndoles creer que poseia el arte de adivinar y curar las dolencias; aumentaron su reputacion algunas curas que los Indios miraban como efecto de sus sortilejos; y la destreza de sus compañeros hizo que le atribuyesen aun mayores prodigios. Por espacio de ocho años siguieron estos aventureros su vida errante con todas las fatigas y miserias de los salvajes, hasta que al fin regresaron á Méjico con treinta Indios de los países de su tránsito, á tiempo que se hallaba en aquella ciudad el conquistador de la Nueva España, y ejercia la autoridad de virey D. Antonio de Mendoza.

Queriendo aprovecharse de las noticias dadas por estos viajeros, tratóse de ensayar algunas expediciones terrestres hacia el interior de la Florida; para lo que se dió comision á Vazquez Coronado; pero este quiso tomar otro rumbo, y dirijiéndose por el nordeste hacia los países de Sinaloa y Sonora, penetró en el de Quivira, engañado por algunas vagas tradiciones y en busca de tesoros y maravillas que se desvanecian á su llegada.

Entretanto Fernando de Soto habia salido de España en 1538, con un cuerpo de mil y doscientos hombres destinados á formar un establecimiento en la Florida. Abordó este militar en la isla de Cuba y subiendo hacia el continente, verificado su des-

embarco en la bahía del Espíritu Santo, penetró hacia el norte hasta el pie de los Apalaches. Aquí torcieron los Españoles su dirección, y marchando hacia el oeste, atravesaron los países que bañan el Coosa, Alabama, Tombegbe, y avanzaron sucesivamente hasta el Misisipi, la Ribera Roja y Brazos de Dios, en donde terminó su expedición después, de haber durado tres años. La guerra, el hambre y las fatigas habían acabado con la mayor parte de los soldados, y el espíritu de sedición empezaba á desunir los débiles restos de este ejército; por lo que Fernando de Soto tomó el partido de conducirle otra vez al Misisipi. Volvieron á encontrar este río, cerca de la embocadura del Arkansas, pero la muerte del comandante vino á desbaratar todos sus proyectos: reducido el ejército á trescientos hombres, renunció al proyecto de formar un establecimiento, y embarcándose en el Misisipi hicieron frecuentes incursiones que solo sirvieron para debilitarles, hasta que volviendo á la embocadura del río, se dirijieron otra vez á las grandes Antillas, ó las costas de Méjico.

Don Luis de Velasco, virey de la Nueva España, tuvo el encargo de preparar una nueva expedición para poblar la Florida. Para ello reunió á todos los que habían guerreado en aquellas comarcas, ó que habían arrojado á ellas los naufragios, y nombró comandante jeneral de este ejército á Tristan de Luna, que se hizo á la vela en Veracruz y abordó en la bahía de Panzacola el día 14 de agosto de 1559. Al cabo de seis dias toda la flota fué destrozada por un huracan, perdiéronse las provisiones que habían quedado á bordo y encontráronse sin recursos sobre una costa estéril. Destacaron entonces para reconocer el país á unos cuatrocientos hombres, que hubieron de atravesar desiertos incultos, hasta que descubrieron un lugar indiano, llamado Nanipacna, cuya población había sido numerosa, pero parecía haber sido destruida cuando la invasión de Fernando de Soto. Avanzó muy luego Tristan de Luna hacia el

mismo punto con toda su tropa, parte por tierra, parte subiendo la corriente del río, hasta llegar al lugar sobredicho al cual dieron el nombre de Santa Cruz de Nanipacna.

Hasta aquí nos hemos valido en nuestra relacion de los nombres primitivos de los lugares en donde abor-daron los primeros navegantes; mas para ilustrar esta parte de nuestra historia, y para marcar sus correspondencias con las demás obras que sobre las mismas expediciones se han publicado, conviene manifestar los nuevos nombres que sucesivamente han ido recibiendo las diversas partes de estas costas. La bahía y puerto de Panzacola descubiertos por Panfilo Narvaez, recibieron de este el nombre de Santa Cruz y diez años después el de Ahusi, de un oficial de Fernando de Soto que hizo su reconocimiento. Tristan de Luna llamó á la bahía, en 1558, bahía de santa Maria, que se llamó mas adelante santa Maria de Galva, prevaleciendo en fin el nombre indiano de Panzacola, entre todos los que sucesivamente le habian sustituido.

En las relaciones mas antiguas se hace mencion del Misisipi, bajo el nombre del río del Espíritu Santo, que se habia tambien aplicado á otra bahía de la Florida; y muchos territorios situados hacia el norte del golfo de Méjico que designaba Alvaro Nuñez en sus relaciones con los nombres de playa de Cavallo, estrecho de san Miguel, isla de Malhado, han cambiado tambien sus nombres primitivos en otros, y apenas se vislumbra su situacion comparando algunas circunstancias locales que ayudan á reconocerlos.

Así se han ido sucediendo en la historia de la jeografía muchas denominaciones pasajeras, y en vano se buscan los rastros de esas variaciones en los mapas del Nuevo Mundo publicados poco después de su descubrimiento. Los pilotos que los trazaron habian consultado algunas relaciones que en su mayor parte han caido en la oscuridad ó en el olvido.

Mas no debe admirarnos tanta variedad en las nomenclaturas que

puede asimismo observarse en la jeografía de los tiempos antiguos, aunque procedente entonces de origen muy diverso; las conquistas y la consiguiente inestabilidad de los estados. Perecian con las ciudades los nombres que se les habia impuesto, y si á una población destruida reemplazaba otra, tomaba esta el nombre de su reparador ó fundador: denominaciones sucesivas cuyo estudio está estrechamente enlazado con el de las grandes revoluciones, porque cuando los pueblos se empujan y los imperios se hunden, varían siempre los nombres porque han variado los poseedores.

Mas en la serie de denominaciones diversas que el capricho de los viajeros impuso á unos mismos territorios del Nuevo Mundo, no se reconocen las visicitudes de los acontecimientos. Vemos costas, riberas, promontorios sucesivamente descubiertos por diversos viajeros; cada uno de los cuales quiere imponer un nombre, quiere conservar un monumento de los descubrimientos que ha hecho, en sus mapas ó en sus relaciones. Sobrevienen otros viajeros y las nuevas denominaciones se suceden, hasta que la confusion de los nombres y de las lenguas es el resultado de semejantes rivalidades. ¿Qué desenlace reserva el porvenir á tan exclusivas pretensiones? Disputáse la posesion de una palabra. ¿Empeño digno del orgullo del hombre! ¡Felices las naciones si no suceden á esas discusiones de individuos las guerras y odios nacionales!

El comandante español que dejamos en la aldea indiana de Nanipacna, tuvo una favorable acogida de parte de los naturales del país, que aseguraron á sus tropas algunos medios de subsistencia en el producto de la caza y la cosecha del maíz, pero muy pronto se agotaron estas cortas provisiones, y queriendo Luna seguir haciendo nuevos reconocimientos mandó avanzar un destacamento de trescientos hombres hacia el interior. Partieron los Españoles con dirección á la provincia de Coosa, situada mas hacia el norte, de la cual habia oido hablar el co-

mandante, y después de marchar por espacio de cincuenta dias sobre un país cortado por rios, bosques y pantanos, no pudiendo seguir ninguna dirección determinada, llegaron á las riberas del Alabama. Mas adelante reconocieron algunas poblaciones, en cuyas comarcas acamparon, haciendo varios cambios con los habitantes á fin de procurarse la subsistencia.

No era ya un nuevo espectáculo para los Indios la presencia de los extranjeros, pues recordaban la expedición de Fernando de Soto, y aun habian quedado entre ellos dos compañeros de aquel que terminaron allí sus dias pacíficamente. Así es que habrian recibido sin temor alguno las carabanas de viajeros, pero el número y la disposicion de estas tropas armadas escitaron vivas inquietudes á esta tribu salvaje que para alejar á los Españoles, les sugirió una expedición militar propia para seducir su arrojado, induciéndolos á socorrer á los Indios de Coosa, que solo distaban algunas jornadas y acababan de declarar la guerra á los Natchez, tribu revoltosa que les negaba el pago de un antiguo tributo. Consequieron estos algunas ventajas sobre sus enemigos, y las viudas de los guerreros muertos en el campo se habian cortado las cabelleras para esparcirlas sobre los sepulcros de antepasados, y corriendo todas de sus tropel al encuentro del cacique arrojábanse á sus plantas, implorando venganza (véase la lámina 6.)

Mas así que llegaron los Europeos en clase de auxiliares, corrieron todos á las armas con mas confianza y resonaron los gritos de guerra por todo el territorio de Coosa. Dentro de poco se reunieron trescientos hombres en una llanura, divididos en diferentes grupos, capitaneados por otros tantos jefes, juntándose á ellos el refuerzo de cincuenta Españoles de á caballo y otros tantos de infantería. Al dia siguiente viéronse ocho jefes indios atravesar corriendo el cuartel de los Españoles y el de sus guerreros, y reunirse otra vez al cacique dando grandes alaridos; tomaron en seguida á este-

sobre sus espaldas y lo llevaron á una regular distancia hasta el pié de un tablado, por cuyas gradas subió aquel gran jefe; y despues de haber dado sobre él algunas vueltas, recibió de los otros jefes una especie de cetro terminado por algunas plumas, que levantó en alto muchas veces y lo dirigió luego hácia el país de los Natchez con un gesto amenazador. Despues de esto metióse en la boca algunos granos que desmenuzó con los dientes, y arrojando luego los pedazos: « Amigos, exclamó dirigiéndose á sus guerreros, nuestros enemigos serán vencidos y sus fuerzas quebrantadas como estos granos que acabo de desmenuzar. » Y tomando en seguida una concha llena de agua que derramó gota á gota: « Ojalá, exclamó, que podamos derramar así toda la sangre de nuestros enemigos. » (Véase la lámina 3). Repetidas por todos los Indios aquellas imprecaciones, bajó el cacique de su tablado y marcharon todos á hacer la guerra que acababan de declarar solemnemente á los Natchez.

La noche siguiente se alzó en el campo de los Indios una nueva gritaría, escitándoles otra vez á la venganza su cacique, y jurándole todos de tomarla ó morir; despues de lo cual, sabiendo por los espías enviados á la descubierta que el enemigo estaba descuidado, mandó el cacique que se avanzase prefiriendo la seguridad de una sorpresa á los azares de un combate á campo descubierto. Tocaban ya al pueblo enemigo mas inmediato, y ocuparon todas sus avenidas para que ninguno pudiera escaparse; mas cuando entró con sus tropas el cacique, encontró que habian huido todos los Natchez, advertidos por el ruido confuso de su aproximacion. Hallóse pues la poblacion desierta y solo pudieron cojer los víveres que habia abandonado el enemigo.

Quedaba con esto diferida la venganza; y fué tanto mas amargo el pesar causado por esta dilacion, cuanto en la plaza que formaban las habitaciones de los Natchez se encontraron unos grandes postes que indicaban el lugar del suplicio de los

prisioneros que aquellos habian cogido. Estos postes ó estacas estaban cubiertas de jirones sangrientos y de cabelleras, y el aspecto de tan funestos trofeos solo sirvió para escitar mas y mas el furor vengativo de los guerreros, quienes recogieron estos tristes despojos para inhumarlos con ritos supersticiosos, y dispersaron en seguida por el pueblo como frenéticos, unos con la esperanza de encontrar enemigos que sacrificar, otros con el intento de asolar las cabañas é incendiarlas; hasta que al anoche celebraron su victoria á la luz del incendio con danzas, gritos, cantares, y al ruido infernal de sus instrumentos salvajes. Entretanto resolvió el cacique con los Españoles avanzar hácia las montañas en las que creian se habia refugiado el enemigo, cuyas huellas, empero, no pudieron descubrir; llegando hasta las riberas de un gran rio, hácia el cual parecian haberse dirigido. Llamábanle los salvajes *Ochechiton*, cuyo nombre recuerda el de las tribus *Nachitoches*, últimamente descubiertas mas hácia el occidente.

Habíanse en efecto retirado los Natchez á la otra parte del rio, donde juzgaban estar en seguridad; mas los Indios del Coosa que sabian por qué puntos era vadeable, lo pasaron con el agua hasta el pecho, y un tiro de arcabuz que mató á uno de los enemigos, sembró entre los Natchez el espanto y la confusion. No pudiendo estos resistir á las armas de fuego y viéndose alcanzados á la otra parte del rio, solicitaron la paz, ofreciendo pagar al cacique las antiguas contribuciones, que consistian en remesas de granos y frutos hacederas tres veces al año. He aquí los tesoros que se disputan los salvajes y para cuya adquisicion se les ve combatir tan solamente. Estaba reservado á las naciones civilizadas manifestar una ambicion mas vasta, una sed de oro y de poder mas devoradora y mas insaciable.

En los detalles que acabamos de explicar, se ven, en cierto modo, pintadas las costumbres de los habitantes de los países que se iban descubriendo. Los anales de la historia nos

conducirán á desarrollar otros acontecimientos que en esta introduccion serian inoportunos.

El destacamento español que habia penetrado en el interior del país, y estaba separado del cuerpo principal del ejército por intransitables desierto, no habia podido comunicar su situacion y sus descubrimientos á Tristan de Luna, quien por su parte, creyendo que esta division habria perecido y no queriendo perder de vista los socorros que esperaba de Méjico, salió de Santa Cruz de Nani-pacua para volver, siguiendo la corriente del rio, al puerto de Santa María que distaba de aquel pueblo cuarenta leguas.

Un oficial y doce soldados enviados por el comandante de la division que acababa de combatir contra los Natchez, no llegaron á Santa Cruz hasta despues de haber marchado el jeneral; pero advertidos, por un aviso, que aquel habia dejado al pié de un árbol, de la direccion que pensaba tomar, vinieron á reunirse con él en Santa María. Y deliberando poco despues sobre si convenia conservar la provincia de Coosa, ó si seria mejor abandonarla, Tristan de Luna creia indigno de la bravura española el dejarse vencer por las dificultades, no conceptuando aquel país tan pobre como algunos descontentos querian suponer. « Si no podemos vivir en esta provincia, decia, nos retiraremos al país de los Natchez, y si allí se agotan los recursos, buscaremos otras comarcas mas fértiles, arrojando para conseguirlo mayores fatigas: vergonzoso sería el temerlas; y por muy duras que quieran pintárnoslas, ¿ no estamos resueltos á resistirlas? »

Así se espresaba Luna, dispuesto como estaba á luchar contra todos los obstáculos; pero su ayudante de campo, Juan Ceron, que los creia insuperables y sabia que la mayor parte eran de la misma opinion, resolvió oponerse á los proyectos del comandante jeneral, empezando por destacar á la provincia de Coosa los doce hombres que acababan de llegar, y creyendo que podia llamar á la division avanzada, en fuerza de la autoridad

que le daba su destino. Dió pues la orden terminante á aquella division de incorporarse inmediatamente al cuerpo del ejército, lo que verificó el comandante, despues de haber empleado siete meses en su expedicion.

Al llegar la vanguardia á Santa María encontró que se habian sublevado la mayor parte de las tropas. La excesiva severidad del comandante acrecentaba, en vez de contener, el espíritu de rebelion que iba progresando todos los dias; y como no pudiese aquel ejecutar sus órdenes rigurosas contra la multitud insubordinada, pasóse muy en breve del descontento al desprecio de la autoridad. Cinco meses duró la sedicion, que fué al fin apaciguada por las piadosas exhortaciones de Fray Domingo de la Anunciacion, quien empleó todo el prestigio de la relijion para inducir los dos partidos al restablecimiento del orden y al olvido mutuo de las injurias.

Noticioso entretanto de las vivas disensiones del ejército expedicionario el virey de Méjico, D. Luis de Velasco, acababa de nombrar sucesor de Tristan de Luna á D. Anjel de Villafañá, gobernador de la Florida, quien no tardó mucho en llegar á Santa María con las tropas y municiones de refuerzo; mas queriendo aprovecharse de sus predecesores, para deliberar con madurez, si era conveniente ocupar de nuevo la provincia de Coosa, ó abandonar todo proyecto de establecimiento en una comarca que se suponía tan estéril, prevaleció el último dictámen, con lo que el nuevo jeneral se retiró con sus tropas á la Habana. Prescribiánle sus instrucciones el avanzar por la costa oriental de la Florida y recorrerla hasta el cabo de Santa Helena; mas este proyecto no fué puesto en ejecucion.

Habiendo permanecido Tristan de Luna con algunos hombres de su comitiva en el puerto de Santa María y no pudiendo el anciano militar renunciar á una empresa cuya grandeza y ventajas le habian deslumbrado, escribió otra vez al virey de Méjico presentándole un nuevo plan de operaciones, de cuyo éxito no duda-

ba; pero que tuvo el virey por impracticable, y mandó en consecuencia regresar á Nueva España, como desde luego lo verificó.

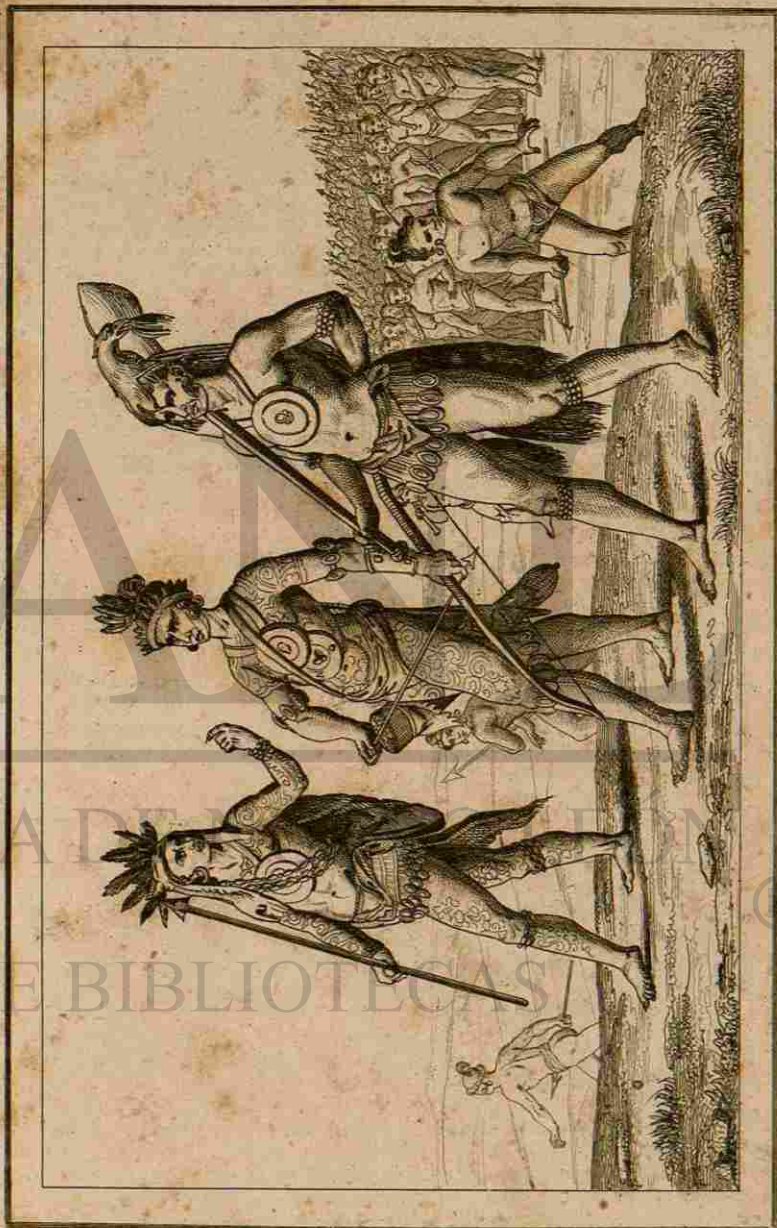
Estos últimos acontecimientos tuvieron lugar por el año 1561, en cuyo tiempo, aunque se habian reconocido diferentes territorios de la Florida despues de los primeros descubrimientos de Ponce de Leon, no se habia formado todavía ningun establecimiento durable; cuando de repente apareció un nuevo pabellon sobre las costas orientales donde están situadas en el día la Jeorgia y la Carolina.

Deseoso el almirante de Coligny de asegurar un asilo á los calvinistas perseguidos en Francia, habia formado, durante el reinado de Henrique II, el proyecto de fundar una colonia protestante en América, encargando su ejecucion á Durand de Villegagnon, vice-almirante de Bretaña. Construyó este sobre las costas del Brasil un fuerte, que destruyeron muy pronto los Portugueses; despues de lo cual Coligny puso los ojos en las comarcas situadas hácia el norte de la Florida, que de mucho tiempo habia descubierto Verazzani. Propuso pues al rey de hacer en ellas un reconocimiento, y Carlos IX, que reinaba á la sazón, puso á su disposición dos buques, cuyo mando se confió á Juan Ribaut de Dieppe, marino de mucha experiencia, y que partieron del mismo puerto de Dieppe el día 15 de febrero de 1562. Ribaut y su tripulacion profesaban todos la relijion reformada, y el almirante, protejiendo una expedicion que podia ser útil á los protestantes, velaba tambien por los intereses de la Francia; pues lograba con esto abrir un asilo á los prosritos, poner un término á las guerras civiles y relijiosas, y separaba los dos partidos, sin hacerles olvidar su patria comun y su orijen, al paso que dejando de rozar uno con otro, era de esperar que naciese entre ellos alguna tolerancia con las nuevas relaciones que debian resultar de sus mutuas necesidades.

El capitan Ribaut divisó las costas de la Florida, como á unos 30 grados de latitud, y subiendo siempre hácia

el norte, desembarcó en las márgenes de un rio que denominó Ribera de Mayo, por haberla descubierto el día primero de este mes. Junto á este rio, que recibió mas tarde de los Españoles el nombre de San Mateo, mandó Ribaut erijir, á título de ocupacion, una columna donde estaban grabadas las armas de Francia; y habiendo tenido algunas comunicaciones amistosas con los naturales, quiso proseguir su reconocimiento, con el fin de escojer en las costas el punto mas favorable para un establecimiento. Encontró las desembocaduras de todos los rios que bañan aquellos países desde Altamaha hasta mas allá de Savannah, y descubrió, durante su navegacion, la entrada de una bahía muy profunda á la cual dió el nombre de Puerto-Real. El Coosa-Valchee que tiene su orijen en los Apalaches, desagua en este gran receptáculo, y vuelve á salir de él, para desembocar otra vez en el mar, dividido en dos brazos, uno de los cuales se dirige hácia Puerto-Real y el otro hácia la bahía de Santa Helena, siendo de notar que los Indios han señalado siempre estos países como los primeros en donde vieron establecerse los Europeos.

Ribaut consideraba como continuacion meridional de la Nueva Francia, estas mismas comarcas que acababa de reconocer, y los Españoles las tenian por continuacion septentrional de la Florida; lo que, por parte de entrambos, era esplicar con mucha estension el derecho de descubrimiento; el de ocupacion sin embargo era mas positivo, y Ribaut habia sido sin duda el primero en pisar las costas donde queria establecerse. Así es que todos los rios cuyas desembocaduras habia descubierto, recibieron de él sus denominaciones francesas; como el Somma, el Loira, el Sena, el Charenta, el Garona, la Dordoña: hasta la fortaleza que construyó despues en un islote de la bahía de Puerto-Real, recibió el nombre de Charlesfort. Confióse la comandancia de este castillo al capitan Albert, del cual se despidió el comandante expedicionario con estas memorables palabras: « Debo encarga-



ESTADOS UNIDOS

ETATS UNIS.

Guerreros Indios

Guerreros Indios

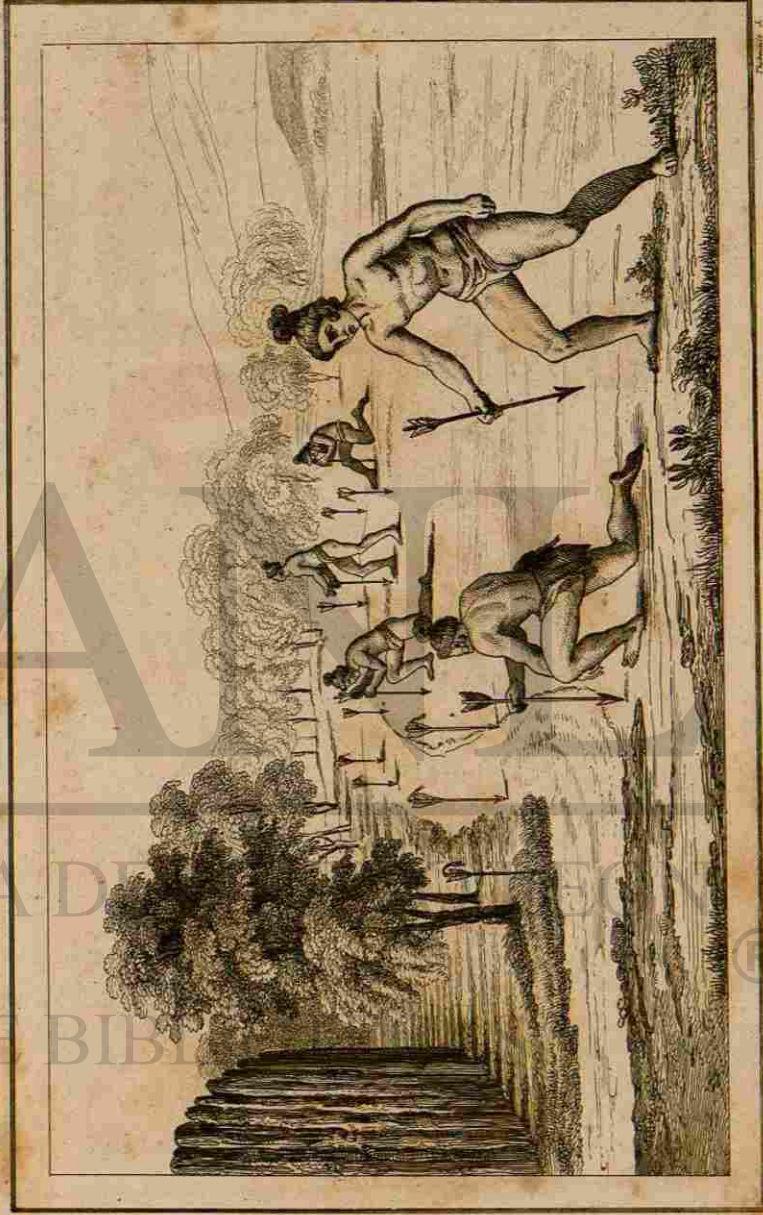
ÉTATS UNIS.

ESTADOS UNIDOS.



ÉTATS UNIS.

ESTADOS UNIDOS.



Declaration de Guerre

Declaracion de guerra.

ros á presencia de todos , que procureis cumplir dignamente vuestros deberes , y mandar , sin orgullo , la corta guarnición que os dejó y tan gustosa queda á vuestras órdenes ; para que yo tenga motivo tan solo de elogiar vuestra conducta y declarar , como lo deseo , á S. M. los leales servicios que aquí , á presencia de todos , prometéis prestarle en su Nueva Francia.» Y á vosotros , compañeros , prosiguió dirigiéndose á los soldados , «suplicoos que reconozcais la autoridad del capitán Albert , como si fuese yo mismo , prestándole la obediencia que el verdadero militar debe á su jefe y á su general y viviendo fraternalmente unos con otros , seguros , haciéndolo así , de que Dios bendecirá y colmará todas vuestras empresas.» En estos precisos términos va continuada en las relaciones contemporáneas esta breve alocucion , que hemos insertado como una muestra de candorosa sencillez.

Habiendo dejado aquella fortaleza bien provista de víveres y municiones de guerra , saludó Ribaut con su artillería el nuevo establecimiento francés , é hizose á la vela con derrotero hácia el norte , buscando la desembocadura del Jordan , hoy *Santea* , que cuarenta años antes había reconocido Vazquez de Ayllón. Mas no pudiendo fondear á lo largo de la costa y encontrando todas las entradas de los rios ocupadas por bancos de arena , resolvió el comandante , despues de consultada su tripulacion , no proseguir su reconocimiento y volver á dar cuenta de los países que se habían descubierto ; y así lo verificó abordando de regreso á Dieppe , cinco meses despues de su partida.

Las primeras relaciones del capitán Albert con los Indios hubieron de ser muy amistosas. Fué aquel subiendo la corriente del rio , á visitar al cacique Andusta y algunos otros jefes de diferentes tribus , quienes le acogieron con benevolencia y le festejaron ; proveyéndole además de frutas , de maíz y de caza , y recibiendo de él algunos presentes , despues de lo cual seguían en perfecta correspondencia. Desgraciadamente empe-

ro , aquel comandante que obtuviera de los Indios tantas pruebas de confianza , no supo granjearse asimismo el afecto de sus soldados , antes bien los irritó con algunas providencias tan injustas como severas. Un soldado , entre otros , que había cometido una leve falta , fué degradado por su orden y deportado á una isla vecina donde se le abandonó : los demás que se vieron amenazados de un tratamiento semejante , escitaron una sedicion contra Albert y le quitaron la vida , llamando desde luego á su compañero deportado , que hallaron casi moribundo , y nombrando comandante á otro soldado llamado Nicolás Barré , quien consiguió restablecer el orden en la colonia. Las necesidades empero de estos individuos iban todos los dias en aumento , y los socorros que se esperaban de Francia no parecían ; por lo que , y encontrándose sin embarcacion alguna que los condujese otra vez á Europa , empezaron á ocuparse en la construcción de una embarcacion. Proveyanles los Indios de cuerdas para las jarcias ; el musgo de los árboles y la resina de los pinos les sirvió para calafateo , y haciendo una especie de velámen con la ropa de sus mismos vestidos , hicieron á la vela con aquel frájl esquife , despues de hechos los últimos presentes á los Indios , de los cuales obtuvieron algunos víveres , insuficientes para una larga travesía. Para colmo de desgracia , fué prolongada la navegacion por continuos temporales y algunos dias de calma , consumiéronse todas las provisiones , y la tripulacion desesperada resolvió que se sacrificase un hombre para salvar á todos los demás. Entónces el soldado deportado que habían ellos arrebatado una vez á la muerte , se ofreció como víctima voluntaria y sus compañeros aceptaron el sacrificio , convirtiéndoles el hambre en antropófagos. Al divisar por fin la tierra , embriagóles de tal modo la alegría á los infelices , que dejaban vogar su bergantín desamparado á la merced de las olas , hasta que les acogió á su bordo un capitán inglés. Algunos de ellos fueron conducidos á Inglaterra en donde se de-



seaban informes sobre las costas de América y la posibilidad de establecerse en ellas; otros desembarcaron en las costas de Francia y llegaron a Dieppe por el mes de julio de 1564. Duró esta expedición unos veinte y nueve meses, abandonados á sí mismos aquellos lejanos establecimientos, é impidiendo las guerras civiles enviarles los socorros que necesitaban. Solamente despues de afianzada la paz interior autorizó el rey al almirante de Coligny para equipar tres navios que debían partir para el continente de América.

Encargóse su mando á René de Laudonniere que había acompañado á Ribaut en su primera expedición, y se hizo á la vela desde el Havre el día 22 de abril de 1564. Entre los muchos que le acompañaron no podemos pasar en silencio los nombres de Ottigny, Lacaille, Laroche-Ferrière, d'Erillac, Levasseur, que tanto se distinguieron por sus servicios militares. Hallábase además entre ellos un pintor llamado Le Moine, cuyos dibujos, grabados despues por Debry, revelaron á la Europa algunas escenas de costumbres indianas. Hemos creído oportuno reproducir una parte de ellas, porque si bien no podemos responder de la completa exactitud de los trabajos de aquel artista, ya es una garantía sin embargo el saber que nacieron en la época misma de los primeros descubrimientos; y aunque la mayor parte de los usos representados en aquellas pinturas hayan al presente desaparecido de entre los salvajes, esto proviene de que han sido destruidas las mas de las tribus que había en los primeros tiempos; y las que subsisten hoy día ó no pertenecen ya á las mismas naciones, ó tienen modificadas sus costumbres por sus relaciones con los Europeos, unas adquiriendo mayor grado de cultura y otras retrogradando á un jénero de vida todavía mas salvaje.

Los dibujos que acompañan á las relaciones han sido siempre considerados como el medio mas á propósito de estudiar la historia, puesto que, así como la naturaleza tiene sus espectáculos, los pueblos tienen sus

monumentos, cuyas fieles imágenes sirven para grabarlos en nuestra memoria. Si representan las fiestas y solemnidades nacionales; cuánta luz no difunden en su descripción! Si pintan los cuadros de la vida ordinaria, cuántos detalles ahorran que disminuirían la rapidez de las relaciones y el interés de los acontecimientos! Por faltar estos cuadros en los historiadores antiguos, al menos en el estado en que los encontramos nosotros, nos vemos muchas veces en la incertidumbre sobre sus progresos en la industria, y su jenio en las bellas artes, ensayando en vano el construir de nuevo una parte de sus invenciones, la con ayuda de las relaciones estériles que de ellos nos han quedado.

Al mismo tiempo empero en que nosotros nos serviremos de la pintura como de un segundo lenguaje, nunca se pierda de vista que esta nueva especie de signos no son mas que un accesorio que debe seguir la marcha del historiador, sin que pueda servirle de guía. Cada lugar y cada época no ofrecen un mismo número de cuadros, y la historia tiene sus desiertos á parte de sus fértiles campos; mientras que en aquellos no se encuentra un objeto que pintar, en estos se presenta una serie infinita de imágenes.

Laudonniere se hizo á la vela al tiempo mismo que la colonia de Charlesfort, falta de auxilios, se disponía á partir de las costas de América para regresar á Francia. Cruzaron las dos expediciones por medio del océano sin encontrarse, lo que frustró los proyectos de Coligny; porque un destino muy diferente del que se había este prometido esperaba á los expedicionarios en las costas donde iban á establecerse.

Laudonniere subió á las islas Canarias, desde donde se dirigió hácia las Antillas; tuvo un encuentro con los Caribes de la Dominica, en cuyo territorio abordó, para proveerse de víveres, y costeando las islas de San Cristóbal, los Santos y Monserrate, despues de divisadas las costas de la Florida y reconocido el rio de los Delphinés, desembarcó el día 20 de junio

en la ribera de Mayo. Fué allí bien recibido de los Indios, cuyo cacique Saturiova fué á visitarle; y Lacaille, que había aprendido algo el idioma de aquellos en su primer viaje, dióles á entender que los Europeos eran enviados cerca del cacique por un príncipe que mandaba todo el oriente. Persuadiéronle que venían á prestar homenaje á su bondad, valor y jenerosidad, y que habían arrojado los peligros de un largo viaje para establecer con él relaciones de amistad en nombre de su soberano. Lisongejado Saturiova con semejante embajada y cautivado por tanta deferencia, creyó ser mas poderoso todavía de lo que era en realidad, pues que el soberano de unas naciones tan distantes solicitaba su alianza, y mandó conducir á los Franceses hácia las márgenes del rio en el sitio mismo donde Ribaut había establecido su colonia dos años antes; mas encontraronla nuestros soldados adornada de flores y ramas de laurel y otros árboles y bien provista de frutas y de maíz, que habían llevado los Indios para agasajar á los nuevos huéspedes (véase la lámina 5.^a)

Laudonniere, que deseaba llegar cuanto antes á la bahía de Puerto-Real, se hizo á la vela otra vez hácia el norte y reconoció algunos puntos de la costa descubiertos por los primeros expedicionarios; y en los cuales supo que aquellos habían abandonado hácia muchos meses el fuerte de Charlesfort: deliberóse en seguida sobre cuál seria el sitio mas á propósito para establecerse, y aunque la bahía de Puerto-Real parecia ser el punto mas pintoresco y mas seguro de cuantos habían descubierto los Franceses, prevaleció sin embargo la opinion de retroceder á la Ribera de Mayo, como el sitio mas fértil y mas favorable para un establecimiento primitivo. Esperábase además que subiendo la corriente de aquel rio, pudiesen llegar á descubrirse las minas de oro que habían buscado en vano por aquellas comarcas, fundándose en algunos indicios inexactos ó mal comprendidos que habían recibido de los salvajes. Habíaseles indicado asimismo que siguiendo esta di-

rección que conducía á las montañas, podían establecerse fácilmente comunicaciones con otro mar desconocido, y se ha visto en efecto mas adelante, reconociendo el territorio de los Apalaches, que solo estaban separados por pequeñas distancias los manantiales de los rios que bañan el oriente y el mediodía, desembocando unos en el océano y otros en el golfo de Méjico. Por todas estas consideraciones prefirieron nuestros expedicionarios las Riberas de Mayo, edificando á dos leguas de su desembocadura una fortaleza triangular que llamaron Carolina, en honor del rey, y á cuyos atrincheramientos, que ciñeron de fosos y empalizadas, contribuyeron los Indios con su trabajo.

Las poblaciones de estas comarcas estaban por entonces divididas en varias confederaciones. Los habitantes de la costa formaban hasta treinta tribus, con otros tantos jefes, dependientes todos del cacique Saturiova. Outina era el gran jefe de otra confederación, mas apartada del océano, formada de pueblos esparcidos por las primeras llanuras y sobre la vertiente oriental de los Apalaches; del mismo modo se habían ido formando otras coligaciones en los territorios vecinos, agrupándose así las poblaciones de los Indios en torno de algunos jefes de guerra. La comunidad de intereses así como de lenguaje y costumbres, y algunas alianzas de familia habían sido el jermen de estas asociaciones voluntarias, cuyos vínculos, si llegaban á relajarse ó romperse entre algunas tribus de una misma nación, era fácil restablecer por la autoridad de los consejos y la intervencion de otros asociados; mas las rivalidades que una vez nacían entre dos grandes confederaciones se arraigaban profundamente y pasaban á ser odios nacionales que se trasmitían de una á otra jeneración. Laudonniere, que deseaba no tomar parte alguna en aquellas disensiones de los Indios, había procurado desde luego captarse el afecto de Saturiova, cuyas amistosas relaciones debían ser útiles á la seguridad de la colonia; mas cuando este cacique re-

clamó sus auxilios contra las tribus de la montaña, esforzóse Laudonniere en reconciliarlos sin tomar partido por una ni otra de las confederaciones enemigas; en cuyo sistema de neutralidad no hubo de persistir sin embargo por mucho tiempo, puesto que auxilió en diferentes ocasiones al cacique Outina contra los Apalaches. Semejante conducta no podía menos de indignar á los Indios de la costa, á quienes habian negado los Europeos su alianza ofensiva, y resultó efectivamente de esta inconsecuencia el ser desde entónces mas precaria y difícil la situacion de los Franceses en sus establecimientos.

Parece que Laudonniere preferia á todas las demás la alianza de Outina, porque esperaba que este le facilitaria comunicaciones con las tribus de las montañas, en donde creia encontrar las minas de oro, y en cuya direccion iba prosiguiendo sus descubrimientos. Habia pues destacado, para socorrer á Outina, un cuerpo de veinte y cinco arcabuceros, mandados por Ottigny, uno de sus mas bravos oficiales, con cuyo refuerzo las tropas del cacique marcharon con mucha confianza al encuentro del enemigo. Detúvose el ejército indiano al anochecer, dividiéndose en diferentes grupos, para pasar la noche con mas seguridad: cien guerreros ordenados en círculo y á alguna distancia del cacique protegian la persona de este, y cercábanle un círculo mas grande de doscientos hombres que á su vez estaban cubiertos por otro círculo mayor. Al amanecer del otro dia emprendieron los Indios otra vez la marcha, hasta que tocando los límites del territorio que debian invadir, quiso Outina consultar al adivino que habia en el ejército, á fin de conocer la fuerza y las posiciones de las tropas enemigas. Era este adivino un anciano cargado de años, que para responder á la consulta del cacique, se arrodilló y trazó al rededor suyo algunos caracteres informes, murmuró algunas palabras entrecortadas y fatigándose con violentas convulsiones y tomando muchas veces aliento, declaró al fin el número de los enemigos y designó el punto en

donde esperaban el combate. Estaba el cacique desalentado y apenas pudieron determinarle á pasar adelante las vivas instancias de Ottigny, quien empeñando la accion con sus arcabuceros, logró ver derrotados á los enemigos. Los Indios mutilaron y despedazaron á los que habian muerto en el campo ó quedado prisioneros, y en vano se esforzó Ottigny en hacerles renunciar á tan bárbara costumbre, pues los salvajes solo quisieron regresar á su territorio cargados de aquellos sangrientos despojos.

Después de auxiliar al cacique en su expedicion, bajó Ottigny de las montañas y regresó al fuerte Carolina. Encontrábase la colonia desprovista de víveres y relajábanse los vínculos de la disciplina, amagando todos los dias pronunciarse el espíritu de insubordinacion. Acusaban los descontentos á Laudonniere de haberse apoderado de las sumas que para proveer la division se le habian remitido, de encargar solamente á sus amigos el reconocimiento de las minas, defraudando así estos tesoros á los demás soldados; de condenarles á penas fatigosas, negándoles hasta los auxilios espirituales y privando de ministros á todos los protestantes sus que le habian seguido.

Algunos movimientos sediciosos, tímidos al principio y de poca trascendencia, dieron bien pronto lugar á una conjuracion formal contra el jefe expedicionario. Cierta Desfourneaux que estaba á la cabeza de los conjurados, penetró á media noche con veinte arcabuceros en la habitacion de Laudonniere, y sorprendiéndole indefenso, condujole atado á bordo de un navío, donde le forzaron los amotinados á firmar una patente que les autorizaba á trasladarse á las posesiones españolas para proveerse de víveres. Equiparon con este pretexto dos ligeras embarcaciones y atravesando el archipiélago de las Lucayas, abordaron en algunos puntos de la isla de Cuba, donde hicieron muchas depredaciones. Apoderáronse entre otras cosas de una carabela, á cuyo bordo se hallaba con sus hijos el gobernador de

aquella isla, y después de tratar del precio de su rescate, permitieron á uno de sus hijos desembarcar para verificar la suma convenida; mas instruido aquel por su padre secretamente, reunió todas las fuerzas disponibles existentes en aquella comarca y acometió con ellas á los piratas, recobrando la carabela con todo el equipaje, y destruyendo una de las embarcaciones de los enemigos, no quedándoles á estos mas que un bergantín con veinte y seis hombres, quienes no atreviéndose á continuar su piratería, regresaron á la ribera de Mayo. Mas no conservaron esperanza de promover otra sedicion; pues Laudonniere habia sido puesto en libertad y su autoridad restablecida por los esfuerzos de Ottigny, de la Caille, de Erlac y otros soldados leales. Los corsarios solo pensaban detenerse en el puerto para tomar algunos víveres y hacerse á la vela en seguida para Francia; pero el comandante logró apoderarse de su embarcacion y condenó á muerte á los cuatro motores de la sedicion, perdonando á los restantes.

Estos actos de piratería debieron escitar en las colonias españolas profundos resentimientos, enconados todavía mas por los odios religiosos, porque los Españoles deseaban la ruina de un establecimiento formado por los luteranos; y aunque el castigo de los criminales debia apaciguar á los ofendidos, con todo no se dieron estos por satisfechos, y no pudiendo acusar á la colonia francesa de proteger á los malhechores, continuaron echándola en cara su herejía.

Durante la ausencia de estos aventureros, cuya travesía duró cerca de cuatro meses, Laudonniere habia hecho continuar los trabajos en el fuerte Carolina; mantenia sus relaciones amistosas con el cacique Satrioiva y recibia de los Indios de las costas frecuentes remesas de pescado, caza y maiz en cambio de algunas armas y otros productos de fabricas europeas. El capitán Levasseur se encargó de navegar á lo largo de la costa hasta la bahía de Puerto Real para entablar de nuevo las relacio-

nes establecidas; tres años antes, con el cacique Andusta y poblaciones de aquel territorio, los cuales le ofrecieron algunas provisiones de maiz. Del mismo modo procuraba Laudonniere conservar la amistad de Outina, ayudándole en sus expediciones militares y recibiendo tambien de él las provisiones que necesitaba.

Sin embargo los víveres empezaban á escasear; el pescado abundaba solo en determinadas estaciones, desaparecian las aves de paso y ya no encontraban los cazadores aquellas bandadas de palomas torcazes que cubrieran por momentos algunas islas de la costa. Con esto se veian reducidos á comer bellotas, la baya de algunos árboles, raices y los frutos naturales que la tierra les ofrecia. Por otra parte, aunque podian muy bien, cultivando, procurarse recursos mas eficaces y duraderos, como se lo habia especialmente encargado el almirante Coligny, no habian cuidado de semejantes medios, por repugnar la labranza jeneralmente á aquellos hombres acostumbrados tan solo á las fatigas de la guerra y á la ociosidad que llena los intervalos de la vida militar: creian poder ganarlo todo con la punta de la lanza y desdeñaban las apaciables conquistas del trabajo, y todas las ocupaciones oscuras y sin peligro. Los hombres que en aquella época iban al Nuevo Mundo habian visto en Europa el cultivo de las tierras encargado á ciertas y determinadas clases, que les mantenian y á las cuales tenian ellos obligacion de defender; y mudando de hemisferio no quisieron mudar asimismo de costumbres. Se ha de confesar sin embargo que después de los primeros descubrimientos no se trataba á los Indios con el mismo rigor. Los Franceses que querian establecerse en América contaban, es verdad, con los naturales para proveer á su subsistencia; mas habitualmente se habian valido ya de los cambios para obtener los víveres. Los mas viles productos industriales eran una preciosidad para los Indios, y los Franceses daban mucho valor á los frutos

naturales, con cuyas mutuas necesidades no podía menos de entablarse naturalmente una especie de relaciones mercantiles. Estos cambios empero se hacian cada día menos frecuentes, hasta que no se enviaron ya mas remesas de víveres al fuerte Carolina, despues que los Franceses hubieron agotado los productos de la industria europea.

No pudiendo entonces esperar nada de la tierra que no habian cultivado, tuvieron que sobrellevar todas las privaciones consecuentes á tan culpable imprevisión; y se vieron muy luego en la necesidad de exigir de los Indios á la fuerza las provisiones que voluntariamente ya no les ofrecian; mas estos se retiraban al interior de los bosques, llevándose consigo los víveres que les habian quedado. Las costas no ofrecian medio alguno de subsistencia y los montañeses habian suspendido los abastecimientos que podian hacer todavía, para que no se apoderasen de ellos los Europeos. Reconocieron entonces los espedicionarios la imposibilidad de mantenerse en una costa estéril y devastada, y activaron la construcción de una embarcacion que debia conducirlos otra vez á Francia; pero era preciso además alimentarse hasta que se verificase la partida y proveerse de víveres para tan larga travesía.

Pusieronse los ojos en Outina, y no esperando ya nada de su amistad, resolvieron apoderarse de él y exigir de los Indios algunas provisiones por su rescate. Laudonniere parece se opuso al principio á esta violencia, haciendo presente á sus compañeros la necesidad de captarse el afecto de los naturales y lo peligroso que eran las hostilidades por parte de aquellos: mas estas reflexiones fueron desatendidas y la resolución que se habia tomado de abandonar el pais parecia que les autorizaba á usar para ello de violencia. Las instancias de todos sus compañeros rindieron por último á Laudonniere, quien embarcándose con cincuenta de sus mejores soldados, y viajando sesenta leguas contra la corriente del rio, logró por fin sor-

prender á Outina en medio de su tribu y apoderarse de su persona, declarándole en seguida los motivos que le habian precisado á ejercer aquel acto de violencia.

Los Indios suministraron desde luego algunas provisiones; pero viendo con pesar que no se daba libertad al cacique, acudieron al llamamiento de su hijo, y se reunieron otra vez bajo sus órdenes, nombrando por su jefe al heredero de un nombre que respetaban. Entretanto el cacique prisionero reiteraba para verse libre unas promesas que pronto debia estar en disposicion de cumplir, porque estando para empezar el verano, iban ya madurando los granos y estaban próximas las cosechas. Deciales que mientras le retuviesen prisionero no debian esperar nada por cuanto los Indios preferirian destruir las mieses antes que dejarlas á su disposicion; con lo cual, y esperando inspirar á los Indios sentimientos mas favorables, resolvió Laudonniere poner en libertad al cacique Outina.

Mas ya todas las tribus estaban irritadas, y se preparaban para hacer la guerra (véase la lámina 2). Aparecian clavadas en el suelo algunas flechas adornadas con cabelleras, y habian cortado muchos árboles para ocupar la corriente del rio y privar que las barcas francesas pudiesen retirarse al fuerte Carolina: algunos soldados rezagados habian sido muertos y se preparaban á las divisiones frecuentes emboscadas. Un destacamento de treinta hombres mandado por Ottigny fué atacado por las tribus indianas que se habian dividido en diferentes grupos para sostenerse sucesivamente; y quedó reducido á veinte y cinco hombres, casi todos heridos, pudiendo con dificultad retirarse al puerto con las lanchas en que se habia refugiado. En vista de esto, desesperando el comandante poder conseguir las provisiones á la fuerza, encargó de buscarlas en otros puntos al capitán Levasseur, quien anduvo costearo algunos días y obtuvo de otros jefes indianos dos cargamentos de maiz. Confiaban que estas provisiones bastarian para la

travesía, y resueltos á abandonar cuanto antes el establecimiento, empezaban á destruir las fortificaciones para no dejar este medio de mantenerse á los que en adelante pudiesen ocupar aquella costa; cuando descubrieron cuatro velas en alta mar el día 3 de agosto de 1565. Enviaron á reconocerlas y supieron que era una escuadra mandada por el capitán inglés Hawkins, quien despues de quince dias estaba costearo en aquella direccion. Venia este marino guiado por Martin Atinas de Dieppe, que conocia hacia muchos años aquellas costas y habia acompañado á Ribaut en su primera espedicion. Deseaba Hawkins proveerse de agua, y lo propuso á los espedicionarios franceses, quienes accedieron, yendo él mismo en persona á bordo de una chalupa de su navío á visitar á Laudonniere con ánimo de permanecer en el fuerte algunos dias. Los Franceses habian conservado hasta entonces, en medio de sus grandes privaciones, algunas aves domésticas, que deseaban aclimatar en aquel pais y debian ser su último recurso; á fin de agasajar al capitán inglés mataron algunas de ellas, y sabiendo aquel que el comandante Laudonniere tenia ideas de regresar á Francia con su division, le propuso recibirlos á todos á bordo de sus embarcaciones. Mas ignorando Laudonniere el estado en que se hallaban las relaciones de Francia con la Inglaterra, no aceptó el ofrecimiento, creyendo que si las dos potencias no estaban del todo reconciliadas y se volvia de pronto á declarar la guerra, él y todos sus soldados que llegasen á Inglaterra á bordo de la escuadra serian hechos prisioneros.

Semejante conducta empero, por muy plausibles que fuesen los motivos que la dictaban, escitó tal descontento en el fuerte Carolina, que todos los Franceses querian aprovechar la ocasion de embarcarse, hasta que les propuso el mismo Hawkins admitir á bordo todos los que desearan ir con él y ceder á Laudonniere una embarcacion para trasportar á los restantes. Resolvióse en efecto hacerlo así y convino en el precio

de la embarcacion, cuyo pago quedo garantizado con algunas piezas de artillería y municiones de guerra, que ya se miraban como inútiles despues que se habia determinado abandonar el fuerte. Quedábanles en esto á los Franceses las provisiones de maiz; mas considerando su insuficiencia, ofrecióles el capitán Hawkins veinte barriles de harina, legumbres y sal, galleta y otros víveres, con alguna cantidad de vino, y proveyó además de calzado á los soldados que no lo tenian, haciendo algunos presentes á los oficiales y portándose con todos con tanta humanidad como cortesía.

Despues que los Ingleses hubieron partido, activaba Laudonniere los preparativos de su embarque é iba ya á hacerse á la vela hácia el 28 de agosto, cuando se divisaron algunas embarcaciones, que luego supieron estaban mandadas por Juan Ribaut, jefe de la primera espedicion en 1562, y que debia substituir á Laudonniere. Habian dado lugar á este reemplazo las quejas producidas en Francia contra Laudonniere por algunos descontentos que le acusaban de demasiado severo para con los soldados que le acompañaban en su espedicion, y aun de mantener correspondencias sospechosas á la autoridad y de estar muy dispuesto á la rebelion. El almirante Coligny le escribia sin embargo en los términos mas satisfactorios, declarándole que no habia para con él ni un motivo de descontento y menos de desconfianza, y diciéndole que el rey solo deseaba su regreso para conocer mejor la verdadera situacion de la colonia, de la cual se hablaba en diversos sentidos, y saber definitivamente si convenia abandonar el establecimiento ó hacer algunos esfuerzos para conservarlo. Ribaut se convenció muy pronto de cuán injustas eran las acusaciones dirigidas contra Laudonniere y le propuso el permanecer con él en la colonia; mas no pudo determinarle á ocupar el segundo lugar en un pais que hasta entonces habia mandado.

Siete dias despues que habia llegado Ribaut á un fuerte medio arrui-

nado, cuyos atrincheramientos era menester reparar, se divisaron seis grandes embarcaciones extranjeras, mandadas por D. Pedro Menendez de Avilés, á quien los Españoles miraban como uno de los mas grandes capitanes que habian venido al Nuevo Mundo. Encargado este militar por Felipe II de reconocer todas las costas de la Florida, y de trazar de ellas un mapa exacto que pudiese servir de guia á los pilotos en el canal de Bahama en donde median frecuentes naufragios, creyó todavía demasiado limitada su comision y propuso al rey formar un establecimiento en la Florida para propagar la fe entre los Indios. « En cuanto á mí, le decia á su monarca, á tal punto, señor, me tiene conmovido la ceguedad de tantos millares de idólatras, que de cuantos empleos con los cuales V. M. pudiera honrarme, no hay uno solo que no pospusiese á la gloria de conquistar la Florida y poblarla de verdaderos cristianos.» Felipe II accedió á los deseos de Menendez, quien hizo desde luego los preparativos para su expedicion é iba á hacerse á la vela, cuando se supo en España que los protestantes establecidos en América iban á recibir de Francia nuevos socorros. Felipe II concibió el proyecto de destruir aquellas colonias y aumentó al efecto las fuerzas que habia destinado para acompañar á Menendez. Partió este almirante de Cádiz el 29 de junio de 1565 con el galeon santa Pelagia y otras diez embarcaciones, y como se hubiese dado á esta expedicion un carácter de guerra santa, unióse á ella un gran número de voluntarios, y bien pronto tuvo Menendez á sus órdenes mas de dos mil y seiscientos hombres. El 9 de agosto abordó en Puerto-Rico, con solas cinco embarcaciones y una tercera parte de sus tropas, quedando las demás dispersadas por las tempestades, y supo allí que Ribaut le habia precedido, mas que se habia detenido mucho tiempo costeano antes de desembarcar.

Menendez, sin esperar á que se le reuniese lo restante de sus tropas, resolvió proseguir su expedicion, y entrando en el mar de la Florida, des-

cribió sucesivamente los rios de los Delfines y la ribera de Mayo, cuya desembocadura fondeaban cuatro embarcaciones francesas que no habian podido internarse á causa de los bancos de arena. Resuelto Menendez á apoderarse de ellos, se fué acercando, y cogió algunos hombres en la playa, intimando la rendicion al oficial encargado de defender las embarcaciones, y declarando que venia para hacer guerra á muerte á todos los luteranos que encontrase, sin hacer gracia á ninguno que fuese hereje; pero que en cuanto á los católicos los trataria con humanidad. Aguardando el efecto de semejantes amenazas, esperó la marea alta para abordar á las embarcaciones francesas, las cuales no teniendo bastantes fuerzas para combatir, lograron escaparse; y los Españoles que no pudieron darles alcance se retiraron al rio de los Delfines, volviendo á anclar en el mismo punto de donde habian salido.

Ribaut tomó entónces la resolucion de embarcarse con parte de sus tropas para atacar á los Españoles; de cuyo empeño trataron en vano de disuadirle sus oficiales y sobre todo Laudonniere, haciéndole presente la necesidad de permanecer en tierra y completar ante todo las fortificaciones, lo peligroso que era el esponerse á las marejadas tan frecuentes en aquellas costas y lo difícil que sería el volver á ellas, una vez que se hubiesen separado. Decíanle tambien cuán probable era que los Indios atacasen el fuerte durante su ausencia; pero todo fué inútil, porque Ribaut se creyó obligado á salir al encuentro del enemigo conforme á las instrucciones que habia recibido del almirante Coligny y que acababan con estas palabras: « Al cerrar este pliego, se me comunica que D. Pedro Menendez sale desde España para las costas de la Florida. Tratad sobre todo de impedir que emprenda nada contra vos, como él ha de impedir que vos lo hagais contra él.» Para estorbar pues que Menendez se estableciese y fortificase en las costas en que habia desembarcado, reunió Ribaut la flor de los soldados de Laudonniere y par-

tió de la rada, para no volver mas, el día 10 de setiembre.

Distinguíase el comandante español por una actividad estremada; y apenas estuvo de vuelta en el rio de los Delfines, hizo desembarcar treinta hombres, para escojer un sitio ventajoso y favorable al establecimiento que trataba de formar. Empezóse á construir sobre las márgenes del rio un fuerte que llamaron san Agustin, y abandonaron mas tarde esta posicion para levantarle mas hácia el mediodía en el punto que ocupa todavía al presente. Menendez hizo traer de su escuadra todos los objetos y utensilios necesarios para el establecimiento, y noticioso de que Ribaut trataba de atacarle, despachó dose embarcaciones para traer refuerzos de Hispaniola y conducir á España algunos prisioneros que remitía á la inquisicion; dirigióse despues él mismo hácia la barra del rio con lo restante de su escuadra; pero no hubo encuentro alguno entre los dos enemigos, porque la baja marea no permitió á Ribaut atravesar los bancos, y en seguida se levantó una borrasca tan deshecha, que arrojó muy lejos á la escuadra francesa sin que pudiese replegarse ni preparar un nuevo ataque.

No tardó Menendez en aprovecharse de esta casualidad que le favorecia, dividiendo las fuerzas enemigas, y resolvió al punto atacar el fuerte Carolina. Escojió al intento quinientos hombres, piqueros ó arcabuceros, y se puso al frente de la vanguardia compuesta de veinte soldados de Vizcaya y Asturias, armados de hachas para abrirse paso á través de los bosques, sin llevar él mismo mas que una brújula y un prisionero de guerra maniatado por detrás de la espalda que debia servirle de guia.

Al cabo de cuatro dias de lluvia, llegaron á media legua del fuerte las tropas fatigadas de atravesar los pantanos, y aquella misma noche se movió un temporal tan deshecho, que el oficial encargado de la guardia del fuerte, para prevenir toda sorpresa, creyó inútil la vijilancia y permitió á los soldados abandonar su puesto á descansar; lo que fué causa de que

los Españoles pudiesen acercarse sin ser advertidos á través de la lluvia y las tinieblas, y sorprender la plaza al dia siguiente, entrando en ella por tres brechas, antes de amanecer.

Laudonniere no habia tenido tiempo de reparar los atrincheramientos del fuerte de la Colina, y Ribaut le habia dejado solo mujeres, niños y enfermos; de modo que de los doscientos hombres que habian quedado con él, apenas habia cuarenta que pudiesen tomar las armas. Intentó pues acantonarse para hacer frente á los enemigos y esperar los socorros que podia prometerse de las tres embarcaciones que fondeaban en la bahía: mas por mucho que contase con su valor, no podia aquel comandante defender la plaza por mas tiempo y hubo de contentarse con cubrir la retirada de unos pocos hombres que se le juntaron.

Menendez publicó la orden de dar cuartel á los niños y mujeres, siguiendo lo mismo que siempre inexorable con los demás y reservando para la horca á los que se escapaban de los filos de la espada. Mas á pesar suyo, consiguió salvarse Laudonniere, saliendo por una brecha con solo un soldado que le quedaba, llamado Barletemi, y retirándose á los bosques, en donde se habian tambien refugiado unos cuantos Franceses; de allí partieron todos á través de las lagunas, hácia la desembocadura del rio, á donde llegaron muertos de fatiga, hasta que la escuadrilla recorriendo el largo de la costa, los recibió á bordo con otros veinte que habian podido tambien escaparse; despues de lo cual se hicieron á la vela para Francia el 25 de setiembre.

Menendez dejó una guarnicion española en el fuerte de que se habia apoderado, y se apresuró á volver al fuerte san Agustin, donde creia que no tardarian en atacarle. Fué recibido en él como vencedor de los herejes, en particular por el clero, que salió á recibirle con la cruz y se cantó un *Te Deum*.

Esta sangrienta expedicion, en la cual el furor militar y el fanatismo relijioso ahogaron todos los sentimientos de humanidad, acació el

20 de setiembre, á cuya sazón la escuadra de Ribaut era combatida por las tempestades y dispersada por el océano. Duró este violento huracán hasta el 23, y arrojó las embarcaciones francesas á mas de cincuenta leguas de las costas, para reunir las después y estrellarlas contra los escollos. Perdiéronse las embarcaciones y consiguieron salvarse las tripulaciones que reservaba su destino para mayores infortunios.

Algunos Indios fueron á prevenir á Menendez que por la parte del sud habian aparecido un gran número de blancos, á la orilla opuesta de un rio, que manifestaban querer atravesar. Menendez tomó con él un destacamento para ir á reconocerlos, y llegado á las márgenes del rio, vió acercarse á nado un Francés, que declaró ser él y sus compañeros náufragos que habian formado parte de la escuadra de Ribaut. Envióle Menendez una falúa para que viniesen á su bordo un oficial y algunos soldados que debian manifestarle la situacion y los deseos de tantos infelices; como lo efectuaron declarando que habian perdido sus buques en la última tempestad, y rogándole que les facilitase alguna embarcacion para restituirse al fuerte Carolina, situado á veinte leguas hácia el norte. Menendez les contestó que él se habia apoderado del fuerte y pasado á cuchillo su guarnicion, perdonando solo á los católicos, á las mujeres y niños. Pidióle entónces el oficial una embarcacion para regresar á Francia, recordando al comandante español las relaciones amistosas que unian á ambas naciones y á sus soberanos. Pero Menendez contestó: «Es verdad que los Franceses católicos son nuestros aliados y amigos, pero no los herejes, á quienes he jurado una guerra de exterminio, á todo trance. Creed que seré igualmente inexorable con todos los que encuentre por mar y tierra, y en esto creo servirá los monarcas de entrambas naciones. Yo he venido para establecer en la Florida la religion católica romana; y en cuanto á vosotros, si quereis abandonaros á mi clemencia con vuestras armas y banderas,

yo haré de vosotros lo que Dios me inspire; de lo contrario, tomad el partido que mas os acomode, seguros de no obtener de mí ni amistad ni treguas.»

Esta respuesta fué dada á los náufragos, quienes ofrecieron un rescate de veinte mil ducados para que se les hiciese gracia de sus vidas; pero Menendez rehusó sus propuestas, declarando que si hacia alguna gracia, sería por pura jenerosidad; reiteráronse despues los ofrecimientos y contestó que verian el cielo unirse á la tierra antes que él cambiase de resolución.

Tomaron pues los enviados el partido de entregarse á discrecion; y fueron muertos por la espalda y llevados á dos tiros de arcabuz, sobre un llano al cual debian ser conducidos todos sus compañeros. Para esto envió Menendez á la orilla opuesta una falúa con un destacamento de veinte soldados que tenian orden de no traer mas que diez hombres á la vez; y cuando los náufragos estaban en su poder pidiéndoles socorro, eran igualmente maniatados y conducidos al lugar destinado para la ejecucion, donde fueron á su vez inmoladas tantas victimas. Ocho hombres declararon ser católicos y se les hizo gracia de la vida: los demás dijeron ser cristianos reformistas y todos sufrieron la muerte; pasando de doscientos el número de los sacrificados.

Al dia siguiente llegó Menendez al fuerte san Agustin, donde recibiendo la noticia que habia llegado á la playa una division mucho mas numerosa que la primera, se retiró á la orilla del rio con ciento y cincuenta hombres. Supo allí, por el mensajero que le enviaban de la division, que se componia esta de trescientos cincuenta hombres mandados por Ribaut, virey y comandante jeneral de la Nueva Francia, el cual, deseoso de regresar al fuerte Carolina, le pedia algunas falúas para pasar los rios que habia de atravesar. Vino despues Ribaut en persona con ocho jentiles-hombres en una piroga, y noticioso de la muerte de los soldados de la guarnicion y de las tripulacio-

nes, dijo al comandante español «que los sucesos de la vida eran tan varios, que podia sucederle á él lo que acababa de suceder á los Franceses; que sus soberanos respectivos eran amigos y hermanos,» acabando por conjurarle que les facilitase una embarcacion para regresar á Francia.

Ribaut obtuvo la misma respuesta que sus compañeros, y al anunciarla á los soldados de su division, se retiraron doscientos de ellos á la noche siguiente, para no entregarse á Menendez; los ciento cincuenta restantes siguieron á Ribaut, quien habia prometido reunirse otra vez con Menendez, y le hizo, para cumplir su palabra, participarle las disposiciones que habia tomado: mas todos estos desgraciados debian sufrir la misma suerte. Hiciéronles pasar el rio de diez en diez, y Menendez iba preguntándoles si eran católicos ó luteranos: contestó Ribaut el primero que profesaba la religion reformada: recitó en seguida el *Domine memento mei*, y acabó por estas palabras: «hemos salido del polvo y en él debemos convertirnos; que sea veinte años antes ó despues, todo es una misma cosa: hágase conmigo lo que bien se quiera.» Despues de esto fué dada la señal de su ejecucion y murieron como él todos sus compañeros, menos cuatro que dijeron abrazar el catolicismo.

Hemos consultado para trazar tan funestos acontecimientos las relaciones de los mismos Españoles, y sobre todo las de Solís de las Meras, que fué cuñado de Menendez y no puede por consiguiente ser sospechoso de querer calumniar su memoria. Así le presentamos á la posteridad, para que le juzgue, rodeado de todas sus victimas.

Tres semanas despues de tan sangrienta jornada se supo que los Franceses construian un fuerte y una embarcacion sobre la costa de Cañaveral. No puso Menendez duda alguna en que serian los doscientos hombres que se habian escapado del desastre de Ribaut, y marchó con una fuerza mas numerosa hácia aquel punto, que divisó el 1.º de noviembre. No habiendo podido los Franceses concluir to-

davía sus fortificaciones, tuvieron que retirarse á una altura, y Menendez les propuso que se reuniesen con él, prometiéndoles tratarles como á sus propios soldados; á lo que accedieron la mayor parte; pero veinte de ellos se internaron en los bosques, habiendo declarado á los enviados de Menendez que preferirian ser devorados por los salvajes, antes que ponerse á su disposicion.

Ya hemos visto cómo los prisioneros que hizo Menendez los primeros dias de su desembarco habian sido conducidos á bordo de una embarcacion que debia trasportarlos á España; mas durante la travesía se sublevaron, y apoderándose de la embarcacion, cambiaron en seguida de direccion y llegaron á Dinamarca desde donde partieron de regreso para Francia. Tristes y únicos restos de las tres expediciones hechas sucesivamente para fundar un establecimiento en el norte de la Florida.

La noticia de la destruccion de aquella colonia escitó la indignacion pública en Francia, mas la guerra contra los hugonotes se habia encendido de nuevo, y como la corte les aborrecia y miraba al almirante de Cloligny por su jefe el mas temible, era considerado como una serie de hostilidades continuadas todo cuanto él habia hecho en favor de los protestantes, y ya no honraba el monarca con su proteccion como antes á todos los validos del ministro. Fueron de consiguiente abandonados los proyectos de formar colonias, y, no queriéndose romper con la España, encubrióse el profundo resentimiento que debian escitar los sangrientos ultrajes de Menendez, los cuales solo un militar valiente se encargó de vengar.

El capitán Domingo de Gourgues, natural de Mont-de-Marsan, habia servido á los reyes de Francia en todas las guerras habidas despues de treinta años. Recomendable por su valor y pericia, habiase últimamente distinguido, sosteniendo con solos treinta soldados una plaza sitiada por una division española: mas el punto fué tomado por asalto y pasada á cuchillo la guarnicion, con-

cediéndose la vida únicamente á Gourgues para hacerle servir como forzado en una galera. Fué tomada esta poco despues por los Turcos, cerca de las costas de Sicilia, y conducida á Rodas y Constantinopla, hasta que volviendo á hacerse á la vela fué apresada otra vez por Romegas, comandante de las galeras de Malta. De Gourgues recobró su libertad y volvió á Francia: en seguida hizo un viaje á las costas de Africa, al Brasil y al mar de las Indias; y á su vuelta supo el degüello de los Franceses establecidos en el norte de la Florida, y resolvió tomar venganza de tantas victimas.

Tomó de Gourgues prestadas algunas sumas de dinero y vendió sus propios bienes para equipar tres embarcaciones con ochenta marineros y ciento cincuenta soldados; copió víveres para un año y eligió por su lugar teniente á Casanova. Esta expedicion se hizo á la vela el 2 de agosto de 1567; detenida por vientos contrarios cerca de Royan, y obligada á retirarse hácia la desembocadura del Charenta, prosiguió desde otra allí vez su ruta y descubrió, despues de una larga travesía, las costas de Cuba, subiendo por el cabo san Antonio, situado á la estremidad occidental de aquella. Reunió entónces de Gourgues todas sus tripulaciones para ponerles á la vista las atrocidades cometidas con los Franceses. «¡He aquí, les decia los crimenes de nuestros enemigos! ¿No seríamos nosotros mas culpables que ellos, si diferiésemos por mas tiempo el vengar las afrentas de nuestros hermanos y de nuestra patria? Por esto me habeis visto vender todos mis bienes; por esto me han franqueado sus haberes todos mis amigos. Yo he contado con vosotros, creyendos celosos del honor de vuestro pais y resueltos á sacrificarle vuestras vidas, si es menester, en ocasion tan importante. ¿Me habria tal vez engañado? Yo espero daros en todo el ejemplo y marchar siempre á vuestro frente. ¿Titubeariais acaso en seguirme?» Los soldados declararon que le acompañarian á todas partes.

Despues de esto navegó la flotilla

á velas desplegadas hácia el norte de la isla para llegar al canal de Bahama; divisó muy luego las costas de la Florida y pasó por delante del rio de Mayo, desde donde la saludaron los Franceses con dos cañonazos; mas continuó su ruta á lo largo de la costa hasta que se la perdió de vista. De Gourgues desembarcó al anochecer, á quince leguas de la fortaleza mas hácia el norte, sobre las márgenes del rio que hemos dicho se llamaba el Sena: apresuróse allí á entablar relaciones amistosas con el cacique Saturiova y sus tribus, irritadas por los malos tratamientos que recibian de los Europeos, desde que habian marchado los Franceses, y encontró entre los Indios á un jóven llamado Pedro de Bray, natural del Havre, uno de los pocos Franceses que habian podido escapar del fuerte Carolina, cuando Menendez se hubo apoderado de él, y el cual habia merecido del cacique una favorable acogida. Acostumbrado aquel jóven á vivir entre los salvajes y á espresarse en su idioma, pudo servir á de Gourgues de intérprete y de guia, y fué tanto mas provechosa su intervencion, por cuanto los Indios vinieron á tomar una parte activa en los proyectos del comandante francés. Convinieron con este en esperarle á la otra parte de un rio situado á cuatro leguas del fuerte, mientras que de Gourgues destacaba algunos hombres para reconocer el estado de los atrincheramientos enemigos. Pedro Menendez habia dejado, bajo los órdenes de Villareal, cuatrocientos hombres distribuidos en tres guarniciones, de las cuales la mas crecida estaba en el fuerte que habian ocupado los Franceses, y quedaba otra vez en buen estado de defensa: á mas de esto Villareal acababa de construir otros dos fuertes á dos leguas de distancia, hácia la parte inferior del rio, cuya corriente les separaba; y cada uno de estos puestos avanzados estaba guarnecido por sesenta hombres.

Los Franceses y los Indios pasaron, sin ser vistos, un pequeño rio vecino de uno de los fuertes avanzados, que Gourgues mandó atacar por am-

bos costados, y no pudiendo resistir los enemigos á un choquetan violento, quisieron ponerse en fuga; mas se hallaron entre dos fuegos y ni uno solo de los sesenta hombres logró escapar con vida: la mayor parte murieron en el combate, y los otros se reservaron para una muerte no menos segura, aunque mas funesta. El segundo fuerte fué atacado en seguida con el mismo ardor: Gourgues habia pasado á la orilla opuesta del rio con veinte arcabuceros, y los Indios se le reunieron á nado inmediatamente. El enemigo, estrechado en sus atrincheramientos, queria retirarse y llegar, á través de los bosques, á la fortaleza principal; pero esta guarnicion tuvo la misma suerte que la primera.

Antes de atacar la plaza fuerte que defendian mas de doscientos y sesenta hombres, mandó de Gourgues á los salvajes que partiesen de noche y se ocultasen entre los bosques; y dejando un oficial con quince soldados en uno de los puntos avanzados, volvió á subir con su division la corriente del rio, y á acercarse á la fortaleza para buscar un medio de atacarla por el punto mas indefenso.

A la primera noticia de su aproximacion habia Villareal destacado ochenta hombres para reconocer al enemigo; mas todos fueron arrollados y destrozados por de Gourgues que les atacaba de frente, y Casanova que les cortaba la retirada. Este desgraciado encuentro sembró el espanto entre los sitiados, quienes no pensaron mas en defenderse, y se escaparon precipitadamente internándose en los bosques; pero allí les esperaban los salvajes, quienes los recibieron á flechazos. Los pocos que cayeron con vida en poder del vencedor fueron colgados de los mismos árboles en donde se habia colgado á los Franceses tres años antes.

Dicese que Menendez habia fijado en el lugar de la ejecucion un cartel con estas palabras: «*No se les ha castigado como Franceses, sino como herejes.*» De Gourgues mandó se escribiese en el mismo punto: «*No se les castiga como Españoles, sino como perjuros y asesinos.*»

El comandante francés vió que no tenia bastantes tropas para guarnecer los fuertes y establecerse en un pais á donde los Españoles podian venir fácilmente con una division mas numerosa; y tomó el partido de destruir las fortificaciones, como lo practicaron los Indios por su orden, despues de haber mandado llevar á bordo de su flotilla las piezas de artillería que estaban en buen estado. Casanova fué encargado de conducir las en pequeñas falúas hasta el rio Sena, en donde fondeaba la flota, y de Gourgues se dirigió por tierra al mismo punto con ochenta arcabuceros, con mecha encendida, y cuarenta marineros armados de picas. Partió cargado de las bendiciones de los Indios que le aclamaron por su libertador, y le dieron muchos testimonios de amistad, haciéndole prometer que volveria dentro de doce lunas. Halló sus buques en buen estado y prontos á hacerse á la vela, como lo verificaron el 3 de mayo de 1568; tuvieron una feliz navegacion é hicieron mil y cien leguas en diez y siete dias, hasta que prosiguiendo su viaje abordaron á la Rochela el 6 de junio. Recibió Gourgues en estacionada la mas favorable acogida, y embarcándose otra vez para Burdeos, partió á dar cuenta del resultado de su expedicion á Montluc, que le habia favorecido y se hallaba á la sazón en el mediodía de la Francia.

En poco tiempo corrió la fama de aquella atrevida expedicion, y los buques españoles que cruzaban por entónces aquellos mares se habian dirigido á toda prisa á la entrada del puerto del Havre, para detener al paso la flota de Gourgues: llegaron empero demasiado tarde, un dia despues que aquel habia verificado su salida. Siguiéronle el alcance hácia la Gironda, subiendo este rio hasta Blaye, sin poder divisarlo; entretanto que Gourgues llegaba ya á Paris, para ofrecer al rey sus servicios y proponer los medios de sujetar otra vez bajo su dominio los paises que se habian descubierto anteriormente. Pero el gobierno español habia ya representado á Carlos IX, para obtener justicia de la sangrien-

ta expedición que se acababa de verificar, suponiendo que era el mas criminal atentado contra la alianza que unia las dos naciones; de manera que el comandante Gourgues se vió en la precision de retirarse á Ruan y mantenerse oculto por mucho tiempo.

Esta expedición quedará consignada en la historia como un monumento de patriotismo é intrepidez; mas si mirada bajo cierto aspecto honra por cierto al que fué su autor, no puede menos de escitar la mas viva compasion para una época, en la cual tan terribles represalias eran consideradas como un acto de justicia. Semejantes castigos nunca se limitan á solos los culpables, sino que hieren al lado de estos á los inocentes confundiendo lastimosamente las ideas de justicia con un sentimiento de venganza.

De Gourgues, perseguido y olvidado muy luego por su gobierno, encontró en las cortes extranjeras mas favorable acogida: su mérito personal mereció la especial proteccion de Isabel, reina de Inglaterra, y D. Antonio, que pretendia la sucesion á la corona de D. Sebastian, rey de Portugal, le habia nombrado almirante de la escuadra que acababa de equipar contra los Españoles; mas de Gourgues, debilitado por los años, murió de vejez antes de encargarse del mando.

Habíase olvidado por entónces las comarcas que aquel militar queria reconquistar, y que fueron abandonadas por una política imprevisora, despues de haber costado su posesion tan grandes como inútiles sacrificios: si se buscasen ahora las causas que hicieron abortar aquellas grandes empresas en tan repetidas expediciones, se hallarian sin duda en su aislamiento ó en la falta de correspondencia que hubo entre ellas. Los primeros expedicionarios no existian ya en América al tiempo que su gobierno les enviaba sus tardíos socorros. Preparábanse los segundos á dejar su colonia y habian destruido sus fortificaciones, las que inutilizaron para su defensa en caso de sitio, cuando fueron atacados por fuerzas

muy superiores: mas semejantes adversidades puede decirse que no habrian sucedido, si el proyecto de fundar un establecimiento hubiese sido dirigido por un espíritu de unidad y de subordinacion capaz de satisfacer todas las necesidades y de hacer frente á los obstáculos y contratiempos.

Pero dando á la nueva colonia el carácter de una secta relijiosa, se la espuso desde su origen á todas las persecuciones que sufrían entónces los calvinistas en Francia, y no se la dejó esperanza de obtener socorro alguno de su monarca, puesto que este era enemigo de los protestantes. Por esto solo obtuvo alguna proteccion en los dias de treguas que brillaron por intervalos, pero fué cuando habia pasado ya la ocasion favorable y no podia ya recogerse con tiempo el fruto de los trabajos anteriores; y el mal llegó á ser irremediable cuando el mismo gobierno francés miraba como sus mortales enemigos á los que no participaban de su creencia.

Los otros gobiernos de Europa, sin manifestar mas tolerancia con los que no seguian sus opiniones relijiosas, observaron al menos una marcha política mas ilustrada y mas feliz en sus resultados. Desterraban una parte de los disidentes y obligaban á los restantes á alejarse espontaneamente; mas enviándolos de la metrópoli á las colonias, no dejaban por esto de observarlos y de protegerlos en aquellos lugares de refugio, en donde no veian aquellos mas que un aumento del poder de su patria primitiva. Con esto logran extender mas allá de los mares su preponderancia, su comercio é industria, y abrir á los hombres inquietos y cansados de su situacion una nueva carrera, un nuevo campo á sus esperanzas.

LIBRO PRIMERO.

ESTABLECIMIENTOS INGLESES EN LA VIRGINIA, SUS RELACIONES CON LOS NATURALES.

Costumbres de las tribus salvajes.

Los primeros establecimientos que

formaron los Ingleses en las costas orientales de América, no fueron señalados por conquistas ruidosas ni por la destruccion de ningun imperio. Debieron meramente su origen á algunas colonias esparcidas sobre las playas incultas, adonde habian llegado algunos hombres emprendedores, seducidos por el atractivo de los descubrimientos y partidarios celosos de todo lo que llevaba el sello de la utilidad y la grandeza. No faltaban entre ellos algunos infelices refugiados á quienes la persecucion habia atraído en busca de una situacion nueva y que solo se habian espatriado para poder vivir en paz. Cuando las disensiones del antiguo continente hubieron poblado las costas del Nuevo Mundo; cuando los diversos partidos políticos y relijiosos alejados á su vez por sus enemigos se hallaron frente á frente en aquel pais de destierro y hubieron perdido su mutua animosidad; cuando fundaron unos al lado de otros intituciones análogas á la diversidad de sus creencias, y se vieron en fin enlazados reciprocamente por la comunidad de intereses; entónces empezaron á prosperar aquellas asociaciones, y la libertad relijiosa indujo los ánimos á la tolerancia, como la libertad civil iba desarrollando y perfeccionando la industria; entónces unas saludables instituciones concedieron el libre vuelo al pensamiento; una gran actividad moral é intelectual llegó á ser el manantial de aquella prosperidad, de aquellos progresos que debian elevar aquellas colonias al rango de las naciones, y que constituyen en el dia el poderío de los Estados-Unidos.

Es sin duda tan agradable como interesante el observar los adelantos de la razon humana, y parar la atencion en unas victorias que no se deben á la fuerza, al ver propagadas en tan bellas comarcas la agricultura, la industria y las artes con todos los elementos del orden social. Nunca nos ofreciera semejante espectáculo la historia de la Europa antigua, porque las naciones en su infancia hacian menos rápidos progre-

sos, y los pueblos civilizados que llegaron á ser entónces dueños y legisladores del mundo, cayeron mas de una vez bajo la dominacion de los bárbaros.

Insiguiendo la serie de acontecimientos que van á ocupar nuestra atencion, observaremos constantemente las instituciones sociales usurpando su posicion á las costumbres bárbaras de aquellas comarcas; mas este movimiento progresivo, ¿deberá considerarse como una conquista que los principios de la civilizacion hicieron sobre los de la vida salvaje? ¿Las tribus americanas no desaparecian á la vista de los Europeos? ¿Se resistirian tal vez á confundirse con estos, renunciando á la benéfica accion de las leyes, al producto del trabajo y de la industria? ¿ó hubieran tal vez preferido el ver disminuir poco á poco su casta y desaparecer del todo, antes que cambiar de situacion y aceptar unas nuevas instituciones? Cuestiones son estas que no pueden resolverse con teorías solamente, y sin apoyarse en la autoridad de los hechos: observando los diferentes sistemas que se adoptaron para civilizar á los Indios, se vendrá en conocimiento de las causas que los neutralizaron, ya consistiesen estas en la debilidad de los medios, ya en la falta de comunicacion que hubiera dado á semejantes empresas cierta unidad de movimiento, ya en fin en una resistencia que relajó todos los esfuerzos, pero que tal vez estaba lejos de ser invencible.

Las costas que ocupaban los Estados Unidos de América cuando se proclamó su independencia se estienden del nordeste al sudeste, desde la bahía de Passamaquody hasta la Florida; las mismas donde desembarcaron los Europeos que debian fundar esta potencia y cuyos establecimientos primitivos abrazaban, subiendo la corriente del rio, todo el llano hasta la cordillera de los montes Apalaches, conocidos tambien por el nombre de Alleghany. Estas montañas están separadas del océano Atlántico por vastas llanas, que en diversos puntos tienen

ta expedición que se acababa de verificar, suponiendo que era el mas criminal atentado contra la alianza que unia las dos naciones; de manera que el comandante Gourgues se vió en la precision de retirarse á Ruan y mantenerse oculto por mucho tiempo.

Esta expedición quedará consignada en la historia como un monumento de patriotismo é intrepidez; mas si mirada bajo cierto aspecto honra por cierto al que fué su autor, no puede menos de escitar la mas viva compasion para una época, en la cual tan terribles represalias eran consideradas como un acto de justicia. Semejantes castigos nunca se limitan á solos los culpables, sino que hieren al lado de estos á los inocentes confundiendo lastimosamente las ideas de justicia con un sentimiento de venganza.

De Gourgues, perseguido y olvidado muy luego por su gobierno, encontró en las cortes extranjeras mas favorable acogida: su mérito personal mereció la especial proteccion de Isabel, reina de Inglaterra, y D. Antonio, que pretendia la sucesion á la corona de D. Sebastian, rey de Portugal, le habia nombrado almirante de la escuadra que acababa de equipar contra los Españoles; mas de Gourgues, debilitado por los años, murió de vejez antes de encargarse del mando.

Habíase olvidado por entónces las comarcas que aquel militar queria reconquistar, y que fueron abandonadas por una política imprevisora, despues de haber costado su posesion tan grandes como inútiles sacrificios: si se buscasen ahora las causas que hicieron abortar aquellas grandes empresas en tan repetidas expediciones, se hallarian sin duda en su aislamiento ó en la falta de correspondencia que hubo entre ellas. Los primeros expedicionarios no existian ya en América al tiempo que su gobierno les enviaba sus tardíos socorros. Preparábanse los segundos á dejar su colonia y habian destruido sus fortificaciones, las que inutilizaron para su defensa en caso de sitio, cuando fueron atacados por fuerzas

muy superiores: mas semejantes adversidades puede decirse que no habrian sucedido, si el proyecto de fundar un establecimiento hubiese sido dirigido por un espíritu de unidad y de subordinacion capaz de satisfacer todas las necesidades y de hacer frente á los obstáculos y contratiempos.

Pero dando á la nueva colonia el carácter de una secta relijiosa, se la espuso desde su origen á todas las persecuciones que sufrían entónces los calvinistas en Francia, y no se la dejó esperanza de obtener socorro alguno de su monarca, puesto que este era enemigo de los protestantes. Por esto solo obtuvo alguna proteccion en los dias de treguas que brillaron por intervalos, pero fué cuando habia pasado ya la ocasion favorable y no podia ya recogerse con tiempo el fruto de los trabajos anteriores; y el mal llegó á ser irremediable cuando el mismo gobierno francés miraba como sus mortales enemigos á los que no participaban de su creencia.

Los otros gobiernos de Europa, sin manifestar mas tolerancia con los que no seguian sus opiniones relijiosas, observaron al menos una marcha política mas ilustrada y mas feliz en sus resultados. Desteraban una parte de los disidentes y obligaban á los restantes á alejarse espontaneamente; mas enviándolos de la metrópoli á las colonias, no dejaban por esto de observarlos y de protegerlos en aquellos lugares de refugio, en donde no veían aquellos mas que un aumento del poder de su patria primitiva. Con esto lograban extender mas allá de los mares su preponderancia, su comercio é industria, y abrir á los hombres inquietos y cansados de su situacion una nueva carrera, un nuevo campo á sus esperanzas.

LIBRO PRIMERO.

ESTABLECIMIENTOS INGLESES EN LA VIRGINIA, SUS RELACIONES CON LOS NATURALES.

Costumbres de las tribus salvajes.

Los primeros establecimientos que

formaron los Ingleses en las costas orientales de América, no fueron señalados por conquistas ruidosas ni por la destruccion de ningun imperio. Debieron meramente su origen á algunas colonias esparcidas sobre las playas incultas, adonde habian llegado algunos hombres emprendedores, seducidos por el atractivo de los descubrimientos y partidarios celosos de todo lo que llevaba el sello de la utilidad y la grandeza. No faltaban entre ellos algunos infelices refugiados á quienes la persecucion habia atraído en busca de una situacion nueva y que solo se habian espatriado para poder vivir en paz. Cuando las disensiones del antiguo continente hubieron poblado las costas del Nuevo Mundo; cuando los diversos partidos políticos y relijiosos alejados á su vez por sus enemigos se hallaron frente á frente en aquel pais de destierro y hubieron perdido su mutua animosidad; cuando fundaron unos al lado de otros intituciones análogas á la diversidad de sus creencias, y se vieron en fin enlazados reciprocamente por la comunidad de intereses; entónces empezaron á prosperar aquellas asociaciones, y la libertad relijiosa indujo los ánimos á la tolerancia, como la libertad civil iba desarrollando y perfeccionando la industria; entónces unas saludables instituciones concedieron el libre vuelo al pensamiento; una gran actividad moral é intelectual llegó á ser el manantial de aquella prosperidad, de aquellos progresos que debian elevar aquellas colonias al rango de las naciones, y que constituyen en el dia el poderío de los Estados-Unidos.

Es sin duda tan agradable como interesante el observar los adelantos de la razon humana, y parar la atencion en unas victorias que no se deben á la fuerza, al ver propagadas en tan bellas comarcas la agricultura, la industria y las artes con todos los elementos del orden social. Nunca nos ofreciera semejante espectáculo la historia de la Europa antigua, porque las naciones en su infancia hacian menos rápidos progre-

sos, y los pueblos civilizados que llegaron á ser entónces dueños y legisladores del mundo, cayeron mas de una vez bajo la dominacion de los bárbaros.

Insiguiendo la serie de acontecimientos que van á ocupar nuestra atencion, observaremos constantemente las instituciones sociales usurpando su posicion á las costumbres bárbaras de aquellas comarcas; mas este movimiento progresivo, ¿deberá considerarse como una conquista que los principios de la civilizacion hicieron sobre los de la vida salvaje? ¿Las tribus americanas no desaparecian á la vista de los Europeos? ¿Se resistirian tal vez á confundirse con estos, renunciando á la benéfica accion de las leyes, al producto del trabajo y de la industria? ¿ó hubieran tal vez preferido el ver disminuir poco á poco su casta y desaparecer del todo, antes que cambiar de situacion y aceptar unas nuevas instituciones? Cuestiones son estas que no pueden resolverse con teorías solamente, y sin apoyarse en la autoridad de los hechos: observando los diferentes sistemas que se adoptaron para civilizar á los Indios, se vendrá en conocimiento de las causas que los neutralizaron, ya consistiesen estas en la debilidad de los medios, ya en la falta de comunicacion que hubiera dado á semejantes empresas cierta unidad de movimiento, ya en fin en una resistencia que relajó todos los esfuerzos, pero que tal vez estaba lejos de ser invencible.

Las costas que ocupaban los Estados Unidos de América cuando se proclamó su independencia se estienden del nordeste al sudeste, desde la bahía de Passamaquody hasta la Florida; las mismas donde desembarcaron los Europeos que debian fundar esta potencia y cuyos establecimientos primitivos abrazaban, subiendo la corriente del rio, todo el llano hasta la cordillera de los montes Apalaches, conocidos tambien por el nombre de Alleghany. Estas montañas están separadas del océano Atlántico por vastas llanas, que en diversos puntos tienen

veinte y hasta cincuenta leguas de estension; y un gran número de rios navegables atraviesan en todas direcciones estas tierras de aluvion; siendo notables estas comarcas por la fertilidad del terreno y la variedad de temperaturas que permite cultivar en ellas plantas de todos los climas. Algunas profundas bahías, además, de las cuales son las más grandes las del Chesapeake el y Delaware, facilitan hasta el interior del país las ventajas del comercio marítimo, y reciben por otra parte el desagüe de los rios que contribuyen más y más á jeneralizar las comunicaciones mercantiles. Los puntos de esta costa que más se adelantan hácia adentro del mar y envuelven, por decirlo así, las comarcas centrales, son los cabos Cod y Hatteras, en los cuales ensayaron sus primeros establecimientos las colonias inglesas destinadas á formar despues la confederacion americana.

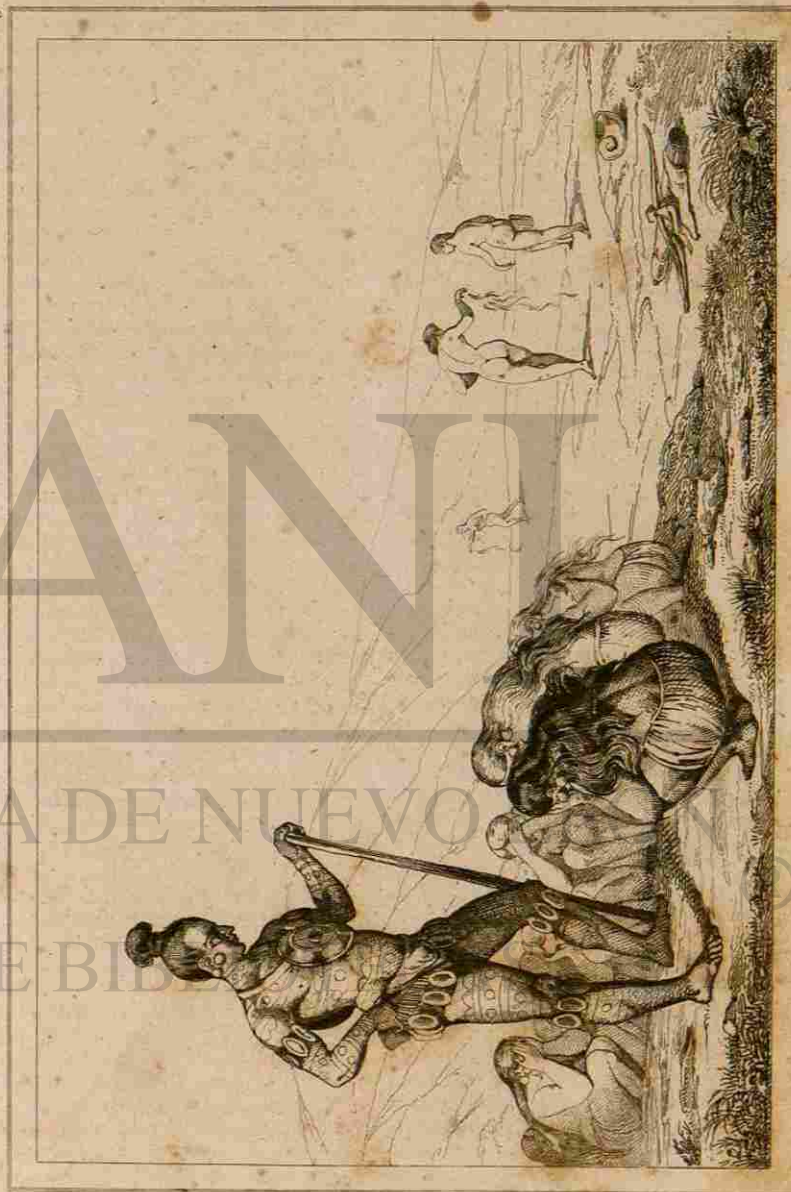
El gusto que habian escitado en Europa para las expediciones marítimas los descubrimientos de Cristóbal Colon, habia dado ocasion en poco tiempo á muchas empresas, algunas de las cuales tenian por objeto el abrir un nuevo camino hácia las Indias orientales; y Sebastian Cabot habia ya reconocido, buscando esta comunicacion, las costas de Terranova y algunos otros territorios de América, que habian tratado en vano de descubrir otros navegantes salidos al mismo tiempo de Inglaterra. Henrique VII, pesaroso de haber impedido que se descubriese el Nuevo Mundo bajo la proteccion de su pavellon, queria penetrar á su vez en él para reconocerle; pero se lo estorbaron las guerras civiles y esteriores, ocupándole en cuidados de más importancia, de modo que hasta los reinados de Henrique VIII, Eduardo VI y de Maria, no se hizo expedicion alguna para la América, estando reservada para la reina Isabel la gloria de formar allí el primer establecimiento. Esta soberana, acostumbra á proyectar vastas empresas, hubo de reconocer las ventajas y los medios de acrecentar el poder y

los recursos de sus estados por medio de las pesquerías, de las factorías, de las colonias, y una escala de comercio más jeneral, y acoció favorablemente las proposiciones que le hizo á este objeto Sir Humphrie Gilbert, autorizándole, por medio de cartas patentes, para hacer reconocimientos en todos los países salvajes que no estuviesen poseidos por otros monarcas ó naciones cristianas, para ocuparlos, disponer de ellos en favor de súbditos ingleses, y poseerlos en nombre de la reina de Inglaterra y sus herederos, prestando á la corona pleito homenaje y obligándose á pagar un 20 p. de todos los valores en oro ó plata que pudiesen extraerse. Los mismos despachos autorizaban á Gilbert para espeler á todos los que se estableciesen en los puntos que él hubiese ocupado, en el término de cincuenta leguas á la redonda; dábaule además la facultad de publicar en la misma estension de territorio las leyes y ordenanzas que bien le pareciesen, con la condicion espresa de no ser contrarias á las leyes de la metrópoli, ni á la religion cristiana que profesaba la Iglesia de Inglaterra, ni al juramento de obediencia que los súbditos isleños habian prestado á la reina y á sus sucesores.

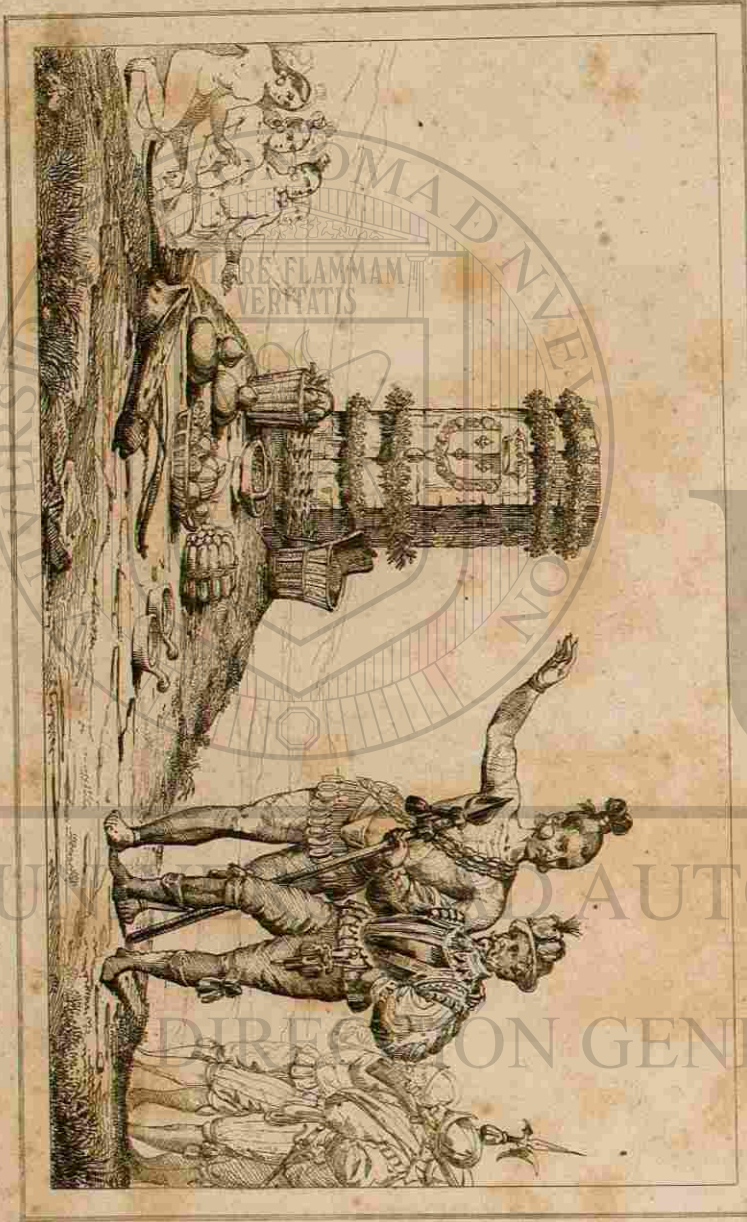
Semejantes facultades pueden darnos una idea precisa de las pretensiones que iban por entónces enlazadas con el derecho de descubrimiento: mirábase desde luego como lejitima la ocupacion de cualquier país comprendido bajo la denominacion de bárbaro ó salvaje: hacíase estensivo este derecho de ocupacion ó soberanía á muchas provincias de las cuales se poseyese un solo punto, reconociendo igual prerogativa en las otras potencias cristianas con respecto á las comarcas en donde formasen establecimientos. De este modo los Europeos se creyeron esclusivamente autorizados en la reparticion de aquellos países, y pareció que este nuevo mundo, tan antiguo como el nuestro, hubiese surjido de pronto de las aguas, no contándose para nada sus habitantes, como si la herencia de la tierra estuviese reservada,

ESTADOS UNIDOS

ETATS UNIS



Carta de navegación por Blanchard en 1792. Columna erigida por Ribaut en 1662.



ESTADOS UNIDOS.

ÉTATS - UNIS.

ÉTATS - UNIS.

ESTADOS UNIDOS.



Francisco indios de Villard.

Mujeres indias y Anciano.



Escudo original por Ribart en 1962.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Pont naturel de Virginie.

Puente natural en Virginia

por derecho de primogenitura, á los Europeos que creían ser los primeros en el órden de la creacion.

Los obstáculos que se opusieron á los proyectos de Gilbert, ya por verse abandonado de sus compañeros, ya por haber visto inutilizada su primera expedicion, no relajaron su constancia; antes bien empeñando todos sus bienes y tomando prestado de sus amigos, logró equipar una nueva flotilla y partió de Plimuth para Terranova con dos navíos y tres embarcaciones ligeras. Fondeaban á la sazón en diversos puntos de esta isla treinta y seis embarcaciones de diferentes naciones, y Gilbert, sin experimentar oposicion alguna, pudo abordar en el puerto San Johan, en donde desembarcó, declarando en el acto que tomaba posesion de aquel territorio hasta cincuenta leguas á la redonda, lo que era dar á sus derechos mucha latitud, atendida la poca estension de aquella isla; pero hasta entónces no se habia esta reconocido. Despues de hechas algunas escursiones por el interior del pais, en el cual se buscaron inútilmente las minas de oro, hizose Gilbert á la vela hácia el sudoeste para reconocer el continente americano; mas encontró en su travesía muchos escollos, y los temporales arrastraron á su flotilla hasta la Inglaterra sin llevar consigo á su comandante. Habia este saltado en alta mar sobre una pequeña falúa para observar mas de cerca las costas de América y orillar los recodos y prominencias que formaban las playas; y no habiendo querido dejar este ligero esquife, las olas le arrebataron, hasta que sobreviniendo la noche y apagándose de golpe el fanal que veian lucir desde la flota, la falúa hubo al fin de sumerjirse.

Walter Raleigh, cuñado de Gilbert y nacido con un vasto jenio á propósito de vastas empresas, habia seguido estas primeras expediciones y armado á su costa el mas grande de los tres navíos, al que los expedicionarios llamaban el barco de Raleigh; obtuvo este de la reina Isabel nuevas cartas patentes conformes á las que se habian estendido para Gil-

bert, y acompañado de algunos hombres jenerosos que tomaron parte en sus proyectos, hizose á la vela el 27 de abril de 1584 con dos embarcaciones que habia tripulado y cuyo mando estaba confiado á Felipe Amidas y Arturo Barlow. Partieron con derrotero para las islas Canarias y de las Antillas, como por entónces se acostumbraba, desde cuyas islas siguieron adelante subiendo hácia las costas del continente.

Abordó esta expedicion en la isla de Occacock, que está situada entre el cabo Look-Out y el cabo Hatteras, y forma parte del archipiélago que guarnece la costa al mediodía de la bahía de Pamlico; hallaron en ella algunas canoas indianas y se pusieron en comunicacion con los naturales quienes, les recibieron con benevolencia. Acababa entónces la primavera y las tierras adornadas todavía con todo el lujo de la vejetacion cautivó los ánimos de los expedicionarios, viendo las colinas coronadas de cedros, cipreses, pinos y salsafrás, y cubiertos los troncos de los árboles por los viñedos salvajes que se enredaban por las ramas y ostentaban suspendidos de ellos sus racimos. Las llanuras producian con abundancia maiz, melones, pepinos y grande variedad de frutos y raíces nutritivas. Despues de este descubrimiento regresó la expedicion á Inglaterra, y las comarcas que acababan de reconocerse recibieron el nombre de Virginia, ya fuese para no perder el nombre primitivo de Virginia, que le daban los Indios, ya fuese por un exceso de lisonja hácia la reina Isabel que hasta entónces habia permanecido soltera.

El buen éxito de esta expedicion impelió al capitan Ricardo Greenvil á ensayar otra nueva, como lo verificó, saliendo de Plimouth el 9 de abril de 1585 con siete buques, con los cuales abordó en las islas de Occacock y Roanoke, situada esta mas hácia el norte, desde las cuales partió para el continente, en donde tuvo algunos encuentros con los Indios y regresó despues á Inglaterra, apresando algunos buques españoles durante su doble travesía, y dejando

en América ciento y ocho hombres que debían formar una colonia, y eligieron para establecerse la isla de Roanoke.

Por muy risueño aspecto que presentasen estas comarcas á la sazón de su descubrimiento, que se verificó en la estación del año mas halagüeño y mas abundante, conocieron bien pronto los Europeos la dificultad de mantenerse en ellas; porque siendo generalmente poco elevadas las costas de este país, quedaban sujetas á frecuentes inundaciones de los rios que las atraviesan y aun á irrupciones del alta mar. Estas aguas salidas de madre se estancan en los valles que dejan las dunas ó promontorios de arena formados á lo largo de la costa por el movimiento de las olas y han llegado á convertirse, entre estos diques naturales y la tierra firme, en largos canales, lagunas y golfos interiores, tan grandes algunos de ellos como los de Pamlico y de Albemarle, que reciben el desagüe de los rios y comunican con el océano por diferentes puntos, á través de los mismos bancos de arena. Estos canales ó golfos podrian proteger la navegacion á lo largo de estas vastas costas, pero el vecino continente está cubierto en gran parte de aguas estancadas y lodazales, tan insalubres é incapaces de cultivarse, sobre todo los llamados *Alligator* y *Dismal-Swamp*, que acabarían bien pronto con todos los naturales, si el trabajo ó industria humana no lograba secar la tierra y poner en circulacion y movimiento esas aguas estancadas.

La colonia establecida en la isla de Roanoke no podia procurarse del continente mas que recursos momentaneos; pero los hombres que tomaban parte en esta clase de expediciones eran en tal manera arrastrados por el cebo de las riquezas del Nuevo Mundo, que creían no tener mas que desembarcar y penetrar en el interior para alcanzarlas con la mano. Tomaron entónces la direccion del occidente hácia el fondo de la bahía en donde desembocan el Chowan y el Roanoke, y subieron la corriente de este rio con la esperan-

za de descubrir minas de oro y de alcanzar otro punto de las costas en donde podrian ocuparse en la pesca de las perlas; mas este viaje, que se hizo á costa de las mayores fatigas, no tuvo resultado alguno.

Por lo demás la colonia obtuvo de los Indios algunas provisiones; pero es tan miserable la vida que llevan los salvajes y tan limitados sus medios de subsistencia, que solo se pudieron lograr de ellos muy insuficientes recursos. Acostumbrados á una sobriedad extraordinaria, no comprendían estos hombres la voracidad de los Europeos, cuando les veían consumir en pocos dias las provisiones de víveres que ellos habian reunido con mucha dificultad; y al ver agotados todos sus recursos se irritaron de tal modo contra sus huéspedes, que puestos en la necesidad de alejarse de su territorio para buscar sus precisos alimentos, abandonaron la colonia sola y sin recursos sobre una costa desierta y desprovista de todas sus producciones.

El gobernador envió muchos destacamentos á la descubierta, ya hácia el interior del país, ya hácia la costa, para buscar los recursos que la tierra ó el mar podian ofrecer, hasta que al fin se divisó al mediodía del cabo Hatteras una flota de veinte y cinco velas, que fué la de Francisco Drake que regresaba á Inglaterra, despues de verificada su expedicion contra Santo Domingo y Cartagena. Acababan los Ingleses de apoderarse de estas dos plazas, destruyéndolas en parte antes de admitir su rescate, y habian incendiado de paso, sobre las costas orientales del continente, las fortalezas españolas de san Agustin y santa Helena. El almirante, encargado por la reina Isabel de proteger el establecimiento de la Virginia, habia ofrecido acudir á todas sus necesidades, y convino desde luego en dejar en la colonia un destacamento de cien hombres, con provisiones para cuatro meses; pero los Ingleses habian sufrido allí tantas privaciones, que suplicaron á Darke les admitiese á bordo de su escuadra, en la cual se embarcaron, llegando á Portsmouth á últimos

del mes de julio. Habíase reunido á esta expedicion en calidad de pintor John With, y los dibujos que de él nos han quedado pueden ayudar á conocer en parte las costumbres que él habia observado. Encontrábase tambien en la Virginia el matemático Tomás Harriot, que publicó un tratado sobre las producciones naturales de estas comarcas, sus pescados, plantas y demás animales, sobre los recursos que podian ofrecer á la agricultura y al comercio, y sobre las creencias relijiosas y costumbres de sus habitantes.

Apesar de que la empresa formada por Ricardo Grenvil habia sido desgraciada, se habia debilitado la imájen de las fatigas y privaciones que se acababan de sufrir, y las relaciones de los hombres que volvian de América escitaban en Inglaterra aquel espíritu aventurero que habia dado origen á todas las expediciones del Nuevo Mundo. Despues que la principal dificultad aparecia vencida, despues de descubiertas las costas y verificados los primeros desembarcos sin oposicion, sentian un vago sentimiento de esperanza que les garantizaba el éxito de las tentativas ulteriores, porque superados los obstáculos y sacrificios inseparables de un establecimiento primitivo, creían poder obrar en adelante con mas desembarazo, encontrando trazado el camino, instruidos por las desgracias y desaciertos de los que les habian precedido, y dispuestos á allanar todas las dificultades con las lecciones de la esperiencia.

Faltaba dar el último impulso á esta tendencia del espíritu público, y Walter Raleigh, que habia promovido las primeras expediciones, supo comunicarle este movimiento favorable. Movido por una ambicion identificada con los intereses de su país, y deseando hacer partícipe á la Inglaterra de la division del Nuevo Mundo, veía por otra parte á dos potencias de Europa establecidas la una en la Florida y la otra en el Canadá; y que el intervalo que separaba á estas dos colonias sobre la costa oriental de América apenas habia llamado la atencion por entónces, ó

los puntos ocupados sucesivamente habian sido muy pronto abandonados; ofreciendo de consiguiente estas costas un campo libre á las mas vastas empresas, ya en los puntos que se habian reconocido, ya en los que quedaban por descubrir. Quiso Raleigh buscar la gloria por este rumbo, ya fuese debilitando á la España, ya acrecentando el poder de Isabel de Inglaterra, ofreciéndola en América un manantial de riquezas mas preciosas que los metales y tesoros, puesto que los países en donde pensaba establecerse ofrecian una grande variedad de producciones, la mayor parte desconocidas en Europa, y pudiendo trasportarse y aclimatarse como lo habian ensayado con buen éxito los Españoles y Portugueses.

Una de nuestras adquisiciones mas preciosas en esta parte ha sido la del maíz que los Europeos encontraron en todos los países del Nuevo Mundo, (véase la lámina 25.) y cuyas plantaciones habian sido trasportadas, desde los primeros descubrimientos, á las rejiones meridionales de Europa, estendiéndose despues hácia el norte. No se conoce entre los cereales una planta mas productiva, y exijiendo su cultura tan poco cuidado al mismo tiempo que ofrece una abundante cosecha y un alimento tan sano como de fácil preparacion, no es de estrañar que los Indios hubiesen adoptado su uso tan generalmente: no exijia mas preparacion que la de quebrantar los granos y hacer cocer en agua la harina, dando á esta especie de puchies mas ó menos consistencia. Este era el manjar que componia su frugal alimento, y que suplía á los productos de la caza ó de la pesca cuando estaban escasos.

El ejemplo de Raleigh hizo adoptar el uso del tabaco en Inglaterra, en donde era desconocido, jeneralizándose bien pronto su consumo en Holanda y en todo el resto de Europa. Los Españoles llegados á Méjico habian encontrado esta planta en Tabasco, de donde tomó su nombre, y despues que el doctor Francisco Fernandez de Toledo la habia remitido á España el primero, solo se cultivaba en

los jardines de los reyes como una planta rara, narcótica, que tenía la propiedad de embriagar. En Portugal ya era conocido el tabaco en 1560, despues que Juan Nicot estaba en aquel reino, en clase de embajador por Francisco II cerca del rey D. Sebastian, y por ser él quien lo trasplantó en Francia; por mucho tiempo fué conocido el tabaco en este reino por el nombre de Nicotiana. Desde allí lo llevaron á Italia el cardenal de santa Cruz, nuncio de la santa sede en Lisboa, y Nicolás Tornabon, legado apostólico en Francia.

En el Nuevo Mundo estaba generalmente adoptado el uso del tabaco, cuyas hojas quemaban los Americanos en sus festividades nacionales ó religiosas, sirviéndose de él como de una especie de incienso que consagraban á las tempestades, á los truenos, al furor de las olas y á todo lo que representaba para ellos un poder invisible que temian ó adoraban.

Sus adivinos solo daban los oráculos despues de haber perdido la razon fumando con exceso, hasta que caian en una especie de entorpecimiento letárgico; y al recobrar despues el uso de los sentidos, esplicaban sus sueños ó los de algunos crédulos que venian á consultarles sobre los suyos, buscando en ellos una imájen confusa del porvenir. Del mismo medio se valian los que ejercian el arte de curar, pues teniendo el tabaco la propiedad de exaltar los espíritus, de aumentar momentaneamente las fuerzas y de embotar el sentimiento del dolor, mirábase esta planta como un antídoto saludable contra las enfermedades de los salvajes, que se servian de ella mascando sus hojas ó haciéndolas arder, y respirando sus fumigaciones. Para esto usaban de cañas terminadas por una especie de salserillas en las cuales ardía el tabaco lentamente, y estas pipas que ellos llamaban *calumetes* eran uno de sus muebles mas preciosos, una prenda de amistad cuando las trocaban entre sí y un símbolo de paz de que se servian por lo jeneral todas las tribus cuando hacian solemnemente sus transacciones ó alianzas.

La introduccion del tabaco en Europa tuvo sus partidarios y detractores: unos miraban la accion de esta planta sobre las fibras del cerebro, como una causa de enajenacion mental, otros veian en ella un nuevo principio que profundizaba la imaginacion. Tomaron parte en semejante cuestion los médicos, físicos y moralistas, mientras que al calor de sus animados debates el uso del tabaco se iba extendiendo y popularizando, porque la muchedumbre que deseñaba entrar en el exámen de esas discusiones, se buscaba sensaciones nuevas, y sucedia como con los licores espirituosos, con el opio, los manjares y perfumes escitantes, de los cuales usan y abusan muchas veces los hombres civilizados del mismo modo que los salvajes.

Tomando de los Indios el uso del *calumete*, aceptaban tambien los Europeos todas las opiniones que los salvajes tenian sobre la virtud de esta planta; usábanla para curar las heridas de flechas emponzoñadas, y la tomaban en clase de alimento para algunos dias, llegando al punto de creer que con ella podia adormecerse el sentimiento del hambre. Mas perdiendo el tabaco aclimatado en Europa la enerjía de su suelo natal, envidiábanle á la América un específico tan precioso, y se quejaban á la Providencia de haberlo negado por espacio de tantos siglos al mundo predilecto, para enriquecer con él mas unas comarcas ignoradas á donde no habian llegado hasta entónces los beneficios de la civilizacion. Los mas entusiastas miraban el tabaco como la produccion mas preciosa del pais de las perlas y del oro, añadiendo que la naturaleza habia prodigado tanto las fuerzas vitales á esta planta, que hasta convertida en humo nada perdía de su esencia. Hablando un dia la reina Isabel con Raleigh de las virtudes maravillosas del tabaco y tomado que hubo la conversacion un jiro menos grave, dijo aquel viajero á la soberana que habia él analizado tan bien todos los principios elementales de aquella planta, que hasta podria calcular su peso, cuando estaba convertida en

humo. Pareció difícil semejante experimentó, y Raleigh propuso una apuesta que la reina aceptó: el cortesano pesó entónces el tabaco que debía consumir, fumóle en el acto mismo, y pesando en seguida las cenizas que habia recojido con cuidado, hubo de convenir la reina que el residuo que faltaba para completar el peso del tabaco íntegro era lo que pesaria el humo; y satisfaciendo la apuesta que acababa de perder, dijo riendo haber oido decir de muchos alquimistas que sabian convertir en humo el oro, mas que Raleigh habia sido el primero en convertir en oro el humo. Nos habríamos abstenido de continuar esta anecdota en nuestras relaciones si no la hubiesen recomendado el nombre y el carácter de dos célebres personajes, al paso que, por otra parte, la adopcion de un uso que se generalizó rápidamente por todos los paises de Europa hace mirar con cierto interés las circunstancias que acompañaron su primer orijen.

Introduciéndose en nuestras costumbres esta nueva necesidad, florecia tambien un ramo interesante de comercio; y esto hizo reconocer las ventajas que reportaria la Europa de proteger en la Virginia el cultivo del tabaco, que era una de sus principales producciones.

Tambien se atribuyen á Raleigh los primeros ensayos hechos en Irlanda para aclimatar las patatas que Francisco Darke habia traído de América, y que se trasplantaron desde luego en el condado de Lancaster, en donde aumentaron mucho, introduciéndolas despues en Holanda, Flándes é Italia, desde donde fueron trasportadas mucho tiempo despues á las márgenes del Rin y se extendieron mas tarde por la Francia y Alemania.

Los paises abundantes en cereales y legumbres no se apresuraron á adoptar esta nueva planta alimenticia, porque comprendian menos la utilidad de su uso; y por otra parte, teniendo sus campos ocupados en el cultivo de otras semillas, el espíritu de rutina se oponia á toda especie de mejoras.

Este vegetal cuyo tallo es herbá-

ceo, como es bien sabido, tiene dos especies de raices, fibrosas las unas, y las otras tuberosas; las primeras ramifican penetrando hácia el interior de la tierra, en donde van á buscar el jugo que las nutre; las segundas, mas grandes y carnosas, se estienden entre dos capas de tierra y se llenan por intervalos en muchos tubérculos que, unidos entre sí, forman una especie de racimo. El jugo sabroso y nutritivo que forma este solano está igualmente al abrigo de las tempestades, de los calores ardorosos, del granizo y demás intemperies que acostumbran á destruir nuestras cosechas; y por lo mismo su cultivo, que es practicable en todos los climas y no corre casi ningun riesgo, ofrece, por la asombrosa variedad de su frutos, los mas fecundos recursos á la economía doméstica y rural.

Raleigh, á quien ocupaba la suerte de la Virginia, y que preveia toda la importancia de un establecimiento que debía engrandecerse sin cesar, reconociendo, por otra parte, la necesidad de no perderle de vista y de facilitarle todos los socorros que podian faltarle, procuró eficazmente que se despachase un navio cargado de víveres, el cual llegó á América mucho tiempo despues que el almirante Darke habia partido con toda la jente de la colonia; y no encontrando por consiguiente á quien socorrer, regresó con sus provisiones á Inglaterra.

Otra expedicion se habia armado, dirigida por Ricardo Grenvil, con el mismo fin de socorrer aquel establecimiento; mas tampoco pudo abordar á la isla de Roanoke, sino despues que habian partido los Ingleses que venia á socorrer y cuyas habitaciones encontró abandonadas. A pesar de esto, y para conservar la posesion de aquella isla, desembarcó en ella cincuenta hombres, antes de hacerse á la vela, proveyéndoles de víveres para dos años.

Al año siguiente se despacharon tres navios, mandados por John White, nombrado gobernador de la Virginia, los cuales dieron la vuelta por las Antillas, y despues de haber pasado por el cabo Hatteras, llegaron á

la isla Roanoke, esperando encontrar allí los cincuenta hombres que había dejado Ricardo Grenvil; mas el fuerte y sus habitaciones todo estaba ya arruinado. Supieron luego en las vecinas costas que los blancos habían sido atacados por tres mil Indios, y que después de haber sostenido el primer encuentro se habían embarcado para Hatteras, desde donde se habían hecho otra vez á la vela, sin que se supiese más de su paradero. El comandante Vithe no se detuvo en Roanoke y pasó á una de las islas de Hatteras para cultivarla, hasta que al año siguiente fué designado por su colonia para regresar á Inglaterra y dar cuenta del triste estado á que se veía reducida.

El gobierno inglés se ocupaba por entonces en buscar los medios de resistir á la expedición española que se conocía con el nombre de la *armada invencible*; y todos los navíos estaban de reserva para defender el país; por lo que el comandante Vithe solo pudo conseguir dos embarcaciones menores, con las cuales se hizo á la vela el 22 de abril de 1588; y haciéndole olvidar su principal objeto el deseo de distinguirse en una expedición más arriesgada, quiso venir á las manos con los enemigos de su patria, hasta que los accidentes de la guerra le obligaron á retirarse apresuradamente en los puertos de Inglaterra, con lo que la colonia, abandonada y privada de recursos, vió llegar á su colmo las miserias y privaciones que debían completar su ruina.

Walter Raleigh había agotado tan inmensos recursos para sostener los establecimientos primitivos, que abandonó á otras manos la prosecución y cumplimiento de sus vastos designios: la guerra que acababa de declararse á España le ofrecía por otra parte nuevos medios de satisfacer su ambición de gloria y de valimiento, prefiriendo trabajar á la vista de la Europa, y atraer por sus hazañas las miradas de su soberano. Cedió por consiguiente los privilegios consignados á su favor en las cartas patentes que había obtenido, á una compañía que se encargó de continuar la colonización de la Virginia;

mas esta asociación tardó más de un año en despachar la primera expedición, cuyo mando fué confiado otra vez á John Vithe, que partió con tres navíos de Plymouth por el mes de marzo de 1590. Mas en lugar de tomar inmediatamente la dirección de la colonia, en donde debía ejercer otra vez la autoridad de gobernador, quiso aquel comandante, como en la campaña anterior, venir á las manos con los Españoles y prolongó su travesía por muchos meses recorriendo diversos puntos de las Antillas, hasta que abordó en la costa vecina del cabo Hatteras, cuando ya corría el mes de agosto. No se encontró rastro de la colonia que había quedado allí tres años antes, ni obtuvo contestación á señal alguna de las muchas que se hicieron. Descubrióse después una hoguera encendida y los espionarios corrieron hacia ella, pero hallaron el lugar desierto, con solos los tizones de los árboles quemados. Algunos indicios hicieron presumir más adelante que la colonia se había retirado hacia el cabo Look-out, y la flotilla se dirigió en seguida hacia aquel punto; mas no habiendo podido fondear ni desembarcar por espacio de muchos días, abandonaron aquella empresa, y volviendo á subir con dirección á las Azores, regresaron á Inglaterra. Si existían por este tiempo los infelices de la colonia, es de presumir que fueron víctimas de los salvajes, porque jamás se supo de ellos, á pesar de otras tentativas que no tuvieron ningún resultado; y por espacio de doce años, no se pensó en hacer establecimiento alguno en la Virginia.

Las interrupciones sucesivas que habían estorbado estas expediciones, acababan de malograr á la Inglaterra el fruto de sus primeros esfuerzos; porque se necesitaba una época más pacífica para volver á empeñarse con ardor en estas grandes empresas; por fin la tranquilidad general de la Europa prometió á aquella nación el pensar en las Américas, y los eminentes servicios de algunos hombres emprendedores aseguraron á la Gran Bretaña establecimientos más durables.

En 1602, Bartolomé Gosnold emprendió un viaje á América con una tripulación de treinta y dos hombres, y dirigiéndose á Virginia por un camino más corto, desembarcó el 1.º de mayo hacia el grado 45.º de latitud; mas como la costa baja y arenosa no le ofreciese un buen fondeadero, hízose otra vez á la vela, dirigiéndose á velas desplegadas hacia el mediodía y se encontró al día siguiente en la bahía de Cap-Cod, que llamó así por la abundancia de merluzas, (llamada en inglés *Cod-fish*) que descubrió en ella. Costeando después la península que termina aquel cabo, descubrió muchas islas, y una de ellas cubierta de viñas, que llamó *Marthas-Wineyard*; dando el nombre de Isabel á otra isla en la cual fructificaron en poco tiempo algunas gramíneas que sembraron los espionarios para ensayar su cultivo; después de lo cual y de haber entablado con los Indios relaciones de amistad, Bartolomé Gosnold regresó á Inglaterra.

Las relaciones que hicieron estos aventureros de la hermosura y fertilidad de los países que acababan de recorrer, llamaron la atención pública é hicieron renacer el gusto por los descubrimientos. Ensayáronse así resultado algunas expediciones particulares, hasta que en 1606 se plantearon dos grandes sociedades, la de Londres y la de Plymouth, entre las cuales dividió Jacobo el derecho de fundar establecimientos en América. La sociedad de Londres podía ocupar por el norte desde el grado 34 de latitud hasta el fondo de la bahía de Chesapeake y la de Plymouth, todo el litoral del Atlántico, desde el grado 38 hasta el 45. La concesión hecha á cada compañía debía estenderse á todas las islas situadas á cien millas inglesas de la costa; é igualmente á cien millas por el interior. Esto formaba las costas conocidas entonces en Inglaterra bajo el nombre de Virginia, dividida en dos secciones, la del norte y la del sud, cada una de las cuales tenía un consejo establecido en América, que dependía de otro consejo superior residente en Inglaterra y encargado de entender en el gobier-

no de las colonias. Cada uno de los dos consejos tenía obligación de proveer al sosten del culto religioso y á la propagación de la fe en las tribus salvajes, observando los ritos y la doctrina de la Iglesia anglicana, y de impedir que ninguno de los habitantes contraviniese al juramento de obediencia, que como Ingleses habían prestado. Se había establecido un jurado para las causas criminales que llevaban consigo la pena capital, pudiendo conocer el consejo y su presidente tan solo de los delitos menos graves. Debían abrirse dentro del término de cinco años uno ó más almacenes, en donde se depositasen todas las mercancías que importasen los comerciantes en la colonia y de las cuales debería dar cuenta un tesorero ó capataz de comercio destinado para custodiarlas, recibiendo cada habitante de estos depósitos todos los artículos necesarios á su manutención.

El objeto de esta última medida era de proveer á las necesidades de cada colonia, queriendo tener á la mano todos los medios de conservación; y para no carecer de estos en ningún caso, se debían establecer una ó muchas compañías corresponsales que velasen por los intereses de la sociedad madre, y remitiesen todas las mercancías que podían faltar en América, estrayendo de esta las que pudiesen. El presidente y consejo de cada colonia tenían la facultad de publicar las ordenanzas que bien les pareciesen para el mantenimiento del buen orden, mientras no se opusiesen en el fondo á las leyes de Inglaterra y á los principios de justicia y equidad.

Trazadas que fueron en estos términos las bases de los establecimientos que debían fundarse en la Virginia, encargóse al capitán Cristóbal Newport el mando de la primera expedición que se componía de tres navíos, y partiendo de Blackwell con dirección á las islas Canarias, abordó muy cerca del cabo Enrique, en la costa meridional de Chesapeake, el 26 de abril de 1607. Allí se abrió la cajita que contenía las órdenes del gobierno, y los nombres de los que

debían formar el consejo de la colonia, conforme á lo cual empezó esta á organizarse. Buscóse luego un punto favorable al primer establecimiento y fué este fundado en las orillas de un río que, en honor del rey, llamaron *James-rivere* (Rio-Jacobo), dando igual nombre de *James-town* (villa-Jacobo) á la población que levantaron á cuarenta millas de su desembocadura.

El capitán John Smith, á quien el gobierno había designado por miembro del consejo, no pudo ser admitido desde luego, por haber levantado sus enemigos una falsa acusación contra él, y aun se trataba de conducirle otra vez á Inglaterra: mas seguro él de su inocencia solicitó y logró que se le formase causa, durante la cual se retractaron los delatores, y castigados los autores del soborno, fué admitido Smith en el consejo; probando desde luego su celo por el bien de la colonia, que retirándole á esta sus servicios, la hubieran privado de su más hábil y constante defensor.

Después de formado el establecimiento de *James-town*, el capitán Newport regresó á Europa, y las cien personas que había dejado en Virginia quedaron muy pronto reducidas á la mitad por las enfermedades y la mala condición de los alimentos que se corrompían. Perdió el consejo algunos de sus miembros y otros quedaron sin prestigio ni autoridad, hasta que todo quedó sujeto á la influencia de Smith, cuyo valor, energía y habilidad triunfaban de todos los obstáculos. Sus primeros desvelos se dirigieron á obtener de las tribus indianas que proveyesen de víveres á la colonia, lo que desde luego hubo de procurarse con la fuerza; mas adelante entabló con los naturales un comercio de cambios mutuamente provechosos, hasta que llegado el invierno tuvieron un recurso en la caza que iba siendo más abundante. Pero después hizo Smith un viaje con una débil escolta hacia el nacimiento del *Chickahomini*, uno de los brazos septentrionales que forman el *James-rivere*, y adelantándose á los que le acompañaban, fué sorprendido por

una partida de Indios, de los cuales se defendió con valor y serenidad; mas puesto fuera de combate por una caída, fué rodeado y precisado á rendirse. El jefe de los Indios que le había atacado era un hermano de Powhatan, quien ejercía la suprema autoridad sobre un gran número de tribus confederadas; condujo aquel desde luego á Smith hacia su aldea; y llevándole como en triunfo por todas las comarcas que ocupaban las demás tribus, le presentó por fin á su hermano Powhatan, que residía en la orilla izquierda del *York-riviere*, uno de los ríos que desembocan en la bahía Chesapeake. Desde este golfo hasta la primera cordillera de los Alleghany todas las comarcas estaban sujetas á la autoridad de Powhatan, que se extendía por el norte hasta Patuxent, que corre hacia el fondo de la bahía de este nombre, y por el mediodía á todo el territorio que baña el *James-rivere* y sus afluentes.

Smith tuvo lugar de reconocer la crédula sencillez de los salvajes en sus primeras comunicaciones con ellos, pues habiendo visto en sus manos una brújula, se imaginaban que la aguja estaba animada y puesta en movimiento por un poder mágico; creían además que la pólvora que usaban los Europeos para las armas de fuego, era una semilla que podía plantarse, reproducirse y fructificar. El capitán Smith había encargado una carta á un mensajero indio que le trajo de *James-town* todos los objetos que pedía, y los salvajes no sabían comprender cómo aquel papel había podido hablar.

Así es que los Indios agasajaron al prisionero europeo en todas las aldeas de su tránsito, y el mismo Powhatan se hizo un deber de protegerle; mas después de esto empezó á deliberarse sobre la suerte que se le reservaría, y resolvieron darle muerte. Conducen á Smith á la piedra designada para el sacrificio; ya tenía el infeliz apoyada en ella su cabeza, disponíanse sus verdugos á estrellarla á porrazos, cuando *Pocahontas*, hija del cacique, intercedió con su padre por el extranjero, y no pu-

diendo obtener gracia con sus súplicas, se arrojó sobre el capitán Smith, cubriendo la cabeza de este con la suya presentándole á los golpes del *tomakac* que amenazaban al prisionero. No pudieron los Indios resistir á este rasgo de generosidad; concedieronle á Smith la vida; siendo de notar que su joven libertadora no tenía más que trece años, y arrastrada en esta ocasión por el primer sentimiento de su corazón, no desmintió en toda su vida la nobleza de su carácter. Con esto cambiaron enteramente las disposiciones de los salvajes, y de preparados que estaban á inmolar á su prisionero, velaron desde entonces por su conservación; pusieronle en libertad y le dieron algunos guías encargados de conducirle otra vez á *James-town*, á donde le trajeron en adelante provisiones, unas veces *Powhatan*, otras su hija *Pocahontas*. Todos los días llegaban al fuerte algunos Indios para visitar á su nuevo amigo, que había sido el objeto de su admiración mientras estuvo prisionero, y á quien ellos creían protegido por el grande espíritu.

Poco después de estos acontecimientos, el capitán Newport condujo de Inglaterra á la colonia abundantes provisiones y un refuerzo de ciento y veinte hombres, y fué á visitar con Smith al cacique *Powhatan*, al cual ofrecieron algunos presentes y les recibió con toda la pompa guerrera que podía desplegar. *Pocahontas* quiso tomar parte también en estos agasajos, y el carácter de los juegos y las fiestas retozonas que dispuso mereció referirse.

Había una hoguera encendida en medio de una llanura en la cual se había reunido un gran número de Indios: Smith, Newport y su comitiva fueron conducidos á esta reunión en donde se les habían reservado los puestos de preferencia. De repente se levanta en el interior de los bosques vecinos una horrible gritaría, é imaginándose los Ingleses que se les preparaba una sorpresa, echan mano á sus espadas y se apoderan como rehenes de algunos Indios ancianos; pero la joven *Pocahontas* se ar-

roja en medio de ellos y se abandona á su venganza si han podido sospechar alguna traición; incapaz de engañarlos, la nobleza de sus sentimientos garantizaba sus intenciones é hizo renacer la confianza en el ánimo de los Ingleses. En esto salieron de los bosques treinta jóvenes compañeras de la generosa *Pocahontas* con los cuerpos pintados de diversos colores, y sin otro traje para cubrir su desnudez que unas cinturas formadas con randas de hojas ligeras. Cubrían sus cabezas pieles y cuernos de ciervos, é iban todas armadas de arcos, flechas y otras armas. Todas estas jóvenes se formaron en círculo alrededor de la hoguera y allí empezaron sus cantos salvajes y sus danzas, descansando á ratos y prorumpiendo en gritos penetrantes. Repitieron muchas veces los mismos ejercicios, hasta que las jóvenes volvieron á internarse en los bosques de donde habían salido (véase la lámina 10).

Al año siguiente ensayó Smith algunos reconocimientos en la bahía de Chesapeake, costeano desde luego sus costas orientales desde el cabo *Carlos* hasta la desembocadura del *Pocomoke*. Recorrió por entonces la bahía, y pasando á las costas occidentales, descubrió el río *Patapsco*, cuyas orillas estaban inhabitadas, y subió después por el norte hacia el nacimiento del *Susquehana*.

A su regreso descubrió la majestuosa desembocadura del *Potomac*, cuyas márgenes había visto durante su cautividad y cuyos ribereños estaban también sometidos á la autoridad de *Powhatan*. Presentáronse al principio con ánimo de oponerse y hostilizar á los Europeos, mas dispersáronles algunas descargas de fusilería, y desde entonces entablaron con Smith las relaciones más pacíficas. Subió este la corriente del *Potomac* y adelantóse hasta las cascadas que forman su origen, acompañándole los mismos Indios con sus canoas cargadas de provisiones de caza y de pescado, hasta que Smith quiso regresar á *James-town*, á donde llegó el 21 de julio, después de haber bajado hasta la desembocadura del

Potomac y descubierta sucesivamente las del *Rappahanoek* y *York-river*; mas bien pronto quiso nuestro comandante proseguir sus descubrimientos, y dirigiéndose otra vez al interior de la bahía de Chesapeake, volvió á subir hasta el nacimiento del Susquehana, y descubriendo algunos de los rios que desagüan en él, se puso en comunicacion con los Indios que habitaban sus riberas. Notables los del Susquehana por su elevada estatura, tenían seiscientos hombres en pié de guerra y se disponían á defenderse contra una grande y poderosa nacion que habia abandonado las márgenes de los grandes lagos americanos para invadir aquellos paises.

Eran entre ellos muy frecuentes estas irrupciones; y es digno de notarse que la ambicion de las conquistas haya tenido su origen en el estado natural y primitivo, porque como nadie pudo adquirir ni conservar algun ascendiente entre los salvajes sino dando pruebas ruidosas de valor y de firmeza, sucedía con mucha frecuencia que algunos aventureros atrevidos invadian por sí solos un pais extraño, que á su vez tomaba represalias y se convertía en enemigo, encendiéndose por este medio unas guerras que las naciones enteras veían obligadas á sostener.

El capitán Smith, terminado que hubo felizmente el reconocimiento de la bahía Chesapeake y los rios principales que desagüan en ella, previó ya el futuro engrandecimiento de la colonia establecida en Virginia y comprendió desde luego toda su importancia, viendo las vastas y fértiles llanuras cultivadas por los Europeos en aquel pais, cuya posesion trató de asegurar á su patria por todos los medios que estuviesen á su alcance. Ensalzábale por tan grandes servicios la opinion pública, y no encontrándose otro como él en estado de dirigir los negocios pertenecientes á la colonia, le nombraron presidente del consejo, con lo que se engrandeció el círculo de sus deberes; pero el capitán Smith no era hombre que se manifestase inferior á responsabilidad alguna, y tomando á su cargo la

prosperidad de la colonia. llevó á cabo todos los establecimientos públicos de James-town, ejercitó y disciplinó las tropas, manteniendo por este medio el orden y proveyendo á todas sus necesidades.

El primer cuidado de Smith fué el mantener las relaciones amistosas con las tribus cuyos auxilios necesitaba. El cacique Powhatan empezaba á manifestarse pesaroso de haber salvado la vida al capitán y estaba en zozobra por la poca seguridad de las naciones indianas. Reconociendo, á su pesar, y temiendo la superioridad de los Europeos en todos los medios de ataque y de defensa, suponía la intencion de invadir el pais y ya solo queria cambiar por armas las provisiones de maiz y otros víveres de que les abastecía, aprovechando esta ocasion para adquirir medios de defenderse. Estando en estas disposiciones invitó á Smith para que fuese á visitarle, despues de haber armado una emboscada para sorprenderle, con cuya ocasion recibió el capitán de la jóven Pocahontas una nueva prueba de afecto, viniendo aquella en persona á través de los bosques y las tinieblas á avisarle de los proyectos formados para rodear y destrozár su escolta dentro de pocos momentos; despues de lo cual, y rehusando los presentes que el capitán la ofrecía, para manifestarle su reconocimiento, huyó la jóven india precipitadamente á los bosques, satisfecha de haber salvado á los Europeos. Viéronse estos amenazados de otros riesgos inminentes durante su retirada; pero guiados por Smith, que sabia prevenir toda sorpresa y resistir los ataques, llegaron felizmente á James-town con algunas provisiones en granos que habian obtenido de las poblaciones de su tránsito.

Habian hecho prisionero en uno de sus encuentros á un jefe indio que logró escaparse en seguida; y como los Ingleses, deseosos de vengarse, persiguiesen á los de su tribu, dícese que uno de estos se detuvo y les habló de esta suerte: «Si nuestro jefe ha burlado vuestra vijilancia, ¿no nadan tambien los peces con libertad?

¿no vuelan los pájaros y procuran las fieras escapar á los lazos que se les han tendido para librarse de la muerte? ¿Quereis castigar á un hombre porque ha obedecido, como las bestias, al instinto de su conservacion? Si persistis en nuestro empeño de destruirnos, abandonaremos nuestros hogares é iremos á vivir lejos de vosotros. Lo que nos será seusable sin duda, pero mas deberá serlo á vosotros, que no podeis subsistir sin nuestros granos y nuestras frutas. Concedednos la paz y dejadnos sembrar y cultivar los campos con seguridad.» El capitán Smith acogió semejantes súplicas y quedó la paz restablecida entre la colonia de James-town y las tribus indianas, las cuales siguieron proveyendo de víveres á los Europeos.

Aprovecháronse estos de las treguas que les permitian reconocer el interior del pais, y el capitán Smith pudo trazar un mapa de todos los territorios que habia descubierto, ya recorriendo la bahía de Chesapeake, ya siguiendo la corriente de los rios, cuyo mapa, remitido á Inglaterra, fué consultado en adelante, siempre que se trataba de emprender nuevas expediciones para la Virginia. El capitán Newport, conocido ya por sus dos primeros viajes, y atraído por la esperanza de encontrar las minas de oro que anunciaban los Indios, quiso reconocer despues las montañas de los Apalaches, en donde nace el rio Jaime (James-river).

Subiendo en esta direccion hacia la otra parte de las montañas azules que forman la primera cordillera de los Apalaches, es digno de observarse un puente natural formado sobre un valle estrecho y escarpado por donde corre el rio Cedars-creek antes de desagüar en el James-river. Elevase este puente hasta unos ciento cincuenta piés, y apoyándose en las vertientes perpendiculares de dos montañas, forma una inmensa mole de rocas suspendidas sobre el abismo y une las dos alturas del valle por una bóveda muy rebajada que tendrá unos veinte y cinco piés de longitud sobre cincuenta de grueso. Se ha querido suponer que estas rocas

calizas formaron en otro tiempo un dique que las aguas pudieron minar y cuya base trabajada incesantemente por estas les abrió paso por último. Mas el grande hueco del valle, el torrente que le recorre, y la inmensa bóveda que le corona, ofrecen uno de los espectáculos mas imponentes de la naturaleza, que se presenta allí con todas sus bellezas salvajes, su majestuoso desorden y con todo el lujo de la vegetacion.

El interés sin embargo de semejante descubrimiento solo podia halagar la imaginacion de los que se complacen en contemplar la naturaleza y seguir bajo todos sus aspectos y vicisitudes las obras de la creacion; pero en nada satisfacía á la compañía de Londres que habia fundado los establecimientos de la Virginia, y que no hallando ya minas que explotar, se hallaba burlada en sus proyectos, y atribuía á los vicios de administracion la poca prosperidad de la colonia, solicitando del rey Jacobo I nuevas cartas patentes que le fueron otorgadas por el año de 1609.

Un gran número de asociados, notables por su rango é inmensas fortunas, formaron entónces parte de esta corporacion que se organizó de nuevo bajo el dictado de tesorero y compañía de aventureros y de plantadores de la ciudad de Londres para la primera colonia de la Virginia. El rey les cedió la estension de las costas, á la altura de doscientas millas hacia el norte y otras tantas al mediodía del rio James-river, no señalando los límites de oriente á occidente, que debían estenderse desde el mar septentrional al Océano Pacifico. Estaba admitido entónces, en principio, entre los Europeos, que los derechos adquiridos sobre las costas orientales de América eran estensivos á todos los territorios situados entre los mismos paralelos; pero la estension de los establecimientos formados en aquella direccion debía necesariamente encontrar obstáculos, ya en la interposicion de los rios, pantanos, montañas y en los diversos accidentes del terreno, ya en el número y en la oposicion de los indijenas ú otros competidores.

Es sin duda muy difícil el señalar los límites al derecho de descubrimiento, en que fundaba la Europa sus pretensiones: porque el navegante que descubre una costa, divisa igualmente las cimas y cordilleras de montañas que terminan el horizonte, ocultándosele las llanuras adyacentes y no abrazando mas que los puntos extremos de un vasto cuadro. ¿Podría empero á beneficio de este aperebimiento tan vago como fué, atribuirse exclusivamente el derecho de ocupar un inmenso territorio? y si los viajeros de una nacion distinta aportando en seguida en diferentes puntos de la costa que otros habian incompletamente dividido antes que ellos, llegasen á aposentarse allí, echando los cimientos de sus colonias y establecimientos, podría reivindicarse contra ellos la prioridad de ocupacion de unos terrenos cuya estension ni se habia podido conocer siquiera? ¿Porque las líneas que vemos trazadas en el horizonte y que distinguimos apenas no forman parte á su vez de otro continente mas vasto? ¿No se encuentran mas allá de las montañas que alcanza nuestra vista, nuevas llanuras, nuevos valles y nuevas cordilleras mas elevadas todavía? Y el dominio que sobre ellas nos háyamos arrogado ¿se irá estendiendo á todas las regiones continuas sucesivamente? En la época á que nos referimos, no se habian resuelto aun tan graves cuestiones. Entonces no creian, es verdad, que una bula pontificia autorizase á dos naciones europeas para dividirse entre sí todos los países del Nuevo Mundo; pero todas las naciones se atribuian el derecho de participar en el plan de invasion y cada uno de los concurrentes entendia á su modo este derecho de ocupacion, cuya incertidumbre dió lugar á muchas guerras, tomas solemnes de posesion, y á diferentes tratados celebrados entre las potencias que se disputaban el territorio y los despojos de los Americanos.

La sociedad encargada de explotar las riquezas de la Virginia fué autorizada para buscar y escavar las minas que se encontrasen, no solo en los países que se le habian cedido, si-

no en todos los que no hubiesen sido ocupados por otros, con el derecho de reservarse todo el producto, deduciendo solo la quinta parte, que debia ceder á la corona. Dióse la facultad de trasladarse á la colonia todos los Ingleses y extranjeros que quisiesen establecerse en ella: concedióse por el término de muchos años la exencion de todo derecho á las mercancías que se esportasen de Inglaterra para la Virginia, y solo se exijia el cinco por ciento sobre los productos naturales que se trajesen de las colonias: se dió al consejo superior, residente en Inglaterra, la facultad de establecer todas las leyes y ordenanzas que le pareciesen conducentes á la prosperidad de la colonia, declarando desde luego que nadie fuese admitido en ella sin prestar el juramento de obediencia.

Estando para espirar el tiempo que debia durar la autoridad del presidente Smith, y queriendo este prestar á la colonia sus últimos servicios, marcando y regularizando sus límites, fundó junto al nacimiento del James-river el establecimiento de Powhatan, al cual dió el nombre de aquel cacique que habia cedido el terreno al mismo tiempo que, cerca de la desembocadura de aquel rio, se echaban los cimientos de Nansemond, con cuyas dos fortalezas y la de James-town se habia logrado cubrir todos los principales puntos de la colonia. Pero al irse concluyendo aquellas y en un viaje que emprendió Smith para visitar los trabajos empezados, fué este herido gravemente por la explosion casual de un barril de pólvora, y enconándose mas y mas la herida, que empezaba á dar cuidado por la vida del capitán, resolvió este regresar á Inglaterra y así lo verificó, dejando la colonia provista de víveres para dos meses y medio, de municiones de guerra, con veinte y cuatro piezas de artillería y trescientos arcabuces, tres navíos y siete barcas y muchas aves y otros animales domésticos traídos de Europa que se iban aclimatando en el país. Habíanse hecho, por los desvelos de Smith, muchas plantaciones de maiz al rededor de James-town, y el año

1608 tuvieron por primera vez los colonos ingleses una cosecha de este cereal sembrado por sus propias manos. Convencido el capitán de que en la Virginia se podian obtener toda clase de productos agrícolas que forman la verdadera riqueza del país, resolvió abandonar la América para restablecerse; pero la colonia tenia necesidad todavía de sus desvelos y miró su partida como una verdadera calamidad. Él la habia sostenido en las situaciones mas apuradas, asegurando sus relaciones amistosas con los Indios, los cuales por su parte respetaban la justicia de su carácter; y le habian cobrado tal afecto, que manifestaron sentir vivamente su partida; y no creyendo que pudiese sobrevivir á sus heridas, le lloraron como si hubiese muerto.

Habian partido en esto tres nuevos comisionados de Lóndres para la Virginia, para encargarse del gobierno de la colonia, y eran Tomás Gattes, Jorje Sommers y el capitán Newport. Iban los tres á bordo del navío almirante, seguidos de nueve buques de transporte; mas al llegar al nordeste del estrecho de Bahama y á la altura de Gulf-Stream, un violento temporal, acaecido el día 24 de julio, separó el primer navío de lo restante de la escuadra, arrastrándole lejos de las costas americanas y combatiéndole por espacio de tres días, despues de lo cual le arrojó sobre las islas Bermudas, en cuyas costas naufragó y se estrelló el navío, pudiendo la tripulacion salvarse con dificultad. Las demás embarcaciones que componian la flota, bastante maltratadas, prosiguieron su derrotero hácia la Virginia adonde sucesivamente fueron aborandando.

El archipiélago de las Bermudas, en el cual se refugiaron los tres comisionados que debian gobernar la colonia, se compone de un gran número de islas, formadas en su mayor parte de unos peñascos rodeados de escollos y temidos de los navegantes. Por esto habian sido designadas al principio con el nombre de islas del *Duelo*, cuando solo eran conocidas de los naufragos. Se las encontró desiertas al tiempo de su descubrimien-

to, y ninguna nacion europea habia pensado en ocuparlas, aunque, desde el año 1527, las habia reconocido Juan Bermudez, cuyo nombre tomaron en adelante. Sin embargo las que tenian mayor estension eran notables por su fertilidad, y se hallaron en ellas todas las producciones de la Virginia con igual disposicion que esta en el terreno, para recibir semillas europeas, como lo experimentó Jorje Sommers ensayando algunas plantaciones que fructificaron en poco tiempo. Aprovechóse este de la favorable estacion que le cupo detenerse en el archipiélago despues del naufragio, y visitó las islas del interior, previendo ya las ventajas que podia prometerse la Inglaterra de formar allí un establecimiento. Entretanto los tres comisionados hubieron de ocuparse en buscar los medios de salir de su apurada situacion y trasladarse á la Virginia con los ciento y cincuenta compañeros de su naufragio; y no teniendo esperanzas de ser recibidos á bordo de embarcacion alguna, porque entonces temian los marinos acercarse á las islas del archipiélago, construyeron dos ligeras embarcaciones con maderas de cedro y los aparejos del navío que habian podido salvar del naufragio y les sirvieron para equipar las nuevas embarcaciones, hasta ponerlas en estado de hacerse á la vela. Los trabajos de construccion duraron mucho tiempo y hubieron de tardar nueve meses en salir de las Bermudas, de donde partieron para la Virginia, llegando á la colonia despues de una travesía de catorce días, y reuniéndose con sus compañeros de viaje, que ya no esperaban volverlos á ver.

Durante todo este tiempo habia decaido el estado lisonjero de la colonia, y quedaban ya abandonados los establecimientos fundados por el capitán Smith, mientras las discordias interiores amagaban destruir á James-town. Los Indios reiteraban con frecuencia sus hostilidades, y no se tomaban ya las mismas disposiciones para cultivar su amistad, ni para contener sus violencias: habianse agotado todas las provisiones, y de

los quinientos hombres que había dejado Smith, apenas quedaban sesenta, que la miseria empezaba á disminuir de día en día. En tan deplorable situación tomaron el partido de abandonar á James-town, y ya se habían embarcado para regresar á Europa, cuando se hallaron bajando la corriente del río, con la escuadra de lord Delaware, que iba á socorrer el establecimiento y contuvo esta emigración. Nombrado gobernador de la colonia, al tiempo que se supo en Inglaterra el triste estado á que se veía seducida, traía Delaware nuevos auxilios á sus compatriotas, y dirigió sus primeros desvelos á restablecer la confianza y seguridad de los habitantes, y entablar de nuevo pacíficas relaciones con los Indios, esperando procurarse por su medio las provisiones necesarias á su subsistencia. La recta y económica administración del nuevo gobernador le hacía estimar de los habitantes de la Virginia, cuando una enfermedad violenta lo redujo á tal estado de debilidad que no pudo ocuparse mas de la dirección de los negocios ni siquiera sostenerse en pie: con cuyo motivo se embarcó para las Antillas y regresó á Europa. Sus consejos y las instancias de otros hombres ilustrados que habían visitado las Bermudas, persuadieron á la compañía de la Virginia cuán ventajoso sería á los intereses de la colonia el ocupar aquel archipiélago: mas como la patente que se había otorgado á esta la autorizaba solamente para establecerse en las islas situadas á cien millas del continente, hubo de solicitar una nueva concesión que obtuvo esde luego, quedando facultada para ocupar todas las islas que se descubriesen á la distancia de trescientas leguas de las costas de América, desde el grado 30 hasta el 41 de latitud. Nombróse en seguida gobernador de las Bermudas á Ricardo More, quien partió con sesenta hombres para formar allí un establecimiento.

Poco interés histórico pueden ofrecer las relaciones habituales de los Indios de la Virginia con los Ingleses establecidos en su territorio, por no

verse en ellas mas que treguas pasajeras é interrumpidas por rompimientos imprevistos, y lazos que continuamente se tendían de una y otra parte para dañarse y destruirse recíprocamente. Mas no podemos resistir al deseo de llamar otra vez la atención sobre la jenerosidad de la India Pocahontas, la libertadora del capitán Smith. En uno de los mas reñidos encuentros de los Ingleses con los Indios, en el cual murieron el capitán Ratcliffe con treinta de sus compañeros, esta jenerosa hija de los bosques salvó la vida de Henrique Spilman como había salvado anteriormente la del capitán Smith, procurándole además los medios de refugiarse en las orillas del Potomack, en donde hubo de permanecer durante mucho tiempo. Mas reuniósele Pocahontas al cabo de un año, vivía con él entre las tribus de Potomack, cuando el capitán Argall, que había emprendido el reconocimiento de este río, consiguió atraerla á bordo de una lancha por medio de una estratagemá y la condujo á James-town. Esta jóven que tantos derechos tenía al reconocimiento de los Ingleses fué recibida en la colonia con todas las consideraciones á que se había hecho acreedora, pero la retuvieron como en rehenes para mas asegurar el restablecimiento de la paz con los Indios, hasta que acostumbrándose poco á poco á su nueva situación no pensó mas en reunirse con los salvajes: y muchos jóvenes Ingleses solicitaban su mano, quince meses despues de su permanencia entre los Europeos. Casóse por fin con John Rolfe, el mes de abril de 1613, consintiendo el cacique Powhatan en este enlace de su hija que debía ser una nueva prenda de reconciliación sincera entre las dos naciones. Invitábase despues á aquel para que cediese su segunda hija en matrimonio á otro jóven Inglés, pero él lo rehusó diciendo: «Escucho gustoso las palabras de paz y de amistad de mis hermanos, pero yo no puedo separarme de mi hija, y moriría si me la arrebatasen. Ya teneis á su hermana y debeis contentaros con esta prenda. El hacha ha caído de

mis manos y deseo que no se vierta mas sangre: y porque ya soy viejo y quiero acabar mis días en paz.»

Instruyóse á Pocahontas en la religión cristiana, que ella abrazó en seguida, siendo la primer Indiana de estas comarcas que recibió el bautismo, en cuya religiosa ceremonia se le dió el nombre de Rebeca. Cuando dió la mano de esposa á John Rolfe, conservaba en su alma un recuerdo del capitán Smith que había sido el primer objeto de su corazón; pero ya entónces había desesperado de verle mas.

Sin embargo de esto, Smith, restituido á Inglaterra y curado de sus heridas despues de cinco años de su regreso, volvía á pensar en nuevas expediciones hácia los países mas septentrionales del Nuevo Mundo. Habíanse ensayado algunos establecimientos, en la bahía de Massachusetts, sin ningun resultado, por lo que las orillas del Casco-bay eran miradas como un territorio estéril y frío en el cual era imposible mantenerse. Pero bien pronto el emprendedor Smith debía atraer hácia estos países las miradas de los Europeos. Partió este capitán de Londres en 1614 con dos navíos, en busca de algunos puntos favorables á la pesca de la ballena, á la explotación de las minas y al comercio de las pieles; abordó en seguida en la isla de Monahigan y en algunos puntos del vecino continente, y recorriendo toda la costa del Massachusetts, tuvo muchas relaciones con los Indios y trajo de su viaje grande cantidad de pieles, merluzas y aceite de ballena. Trazó durante su expedición un mapa de los países descubiertos, indicando los nombres que daban los Indios á los promontorios, ríos, montañas, bahías y aldeas de las diferentes tribus; y proponiendo á su vez nuevas denominaciones que fueron aprobadas en parte, dióse el nombre de Nueva-Inglaterra á todo el territorio que acababa de reconocer. Por lo demás solo la cuenta exacta y juiciosa que dió el capitán Smith de sus viajes y observaciones podía dar á conocer la importancia de aquellos descubrimientos.

De regreso á Londres preparábase este hombre emprendedor á hacer una nueva expedición para la América, cuando llegaron á Inglaterra John Rolfe y su esposa Rebeca, que fué recibida afectuosamente por las clases mas distinguidas de la sociedad. Presentóse en su casa Smith, acompañado de algunos amigos, y Rebeca le recibió saludándole con modestia y frialdad, y cubriéndose en seguida el rostro con las manos; tan sobremanera ajitada que perdió por largo rato el uso de la palabra. Recordóle despues á su antiguo amigo los servicios que de ella tenía recibidos y la amistad que á su padre el cacique le había jurado. « Vos le prometisteis, decía, que todo lo vuestro sería suyo, y que él y vos no tendríais mas que una voluntad. Vos le llamabais «Padre mio» cuando os encontrabais extranjero en nuestra tribu: yo que soy ahora estrangera entre vosotros, quiero daros el mismo dictado.» Titubeaba el capitán Smith en aceptar este precioso título, temiendo que semejante adopción no escitase las sospechas del gobierno receloso y desconfiado de Jacobo I; porque la hija del cacique había llegado á ser objeto de una especie de veneración y se la guardaban todas las consideraciones debidas á la hija de un soberano. Mas ella contestó al capitán que no sabía resolverse, en tono franco y decidido: « Vos no temisteis en otro tiempo venir al país de mis abuelos y llenar allí de espanto á todos menos á mí. ¿ Temeréis ahora que yo os dé el nombre de padre, á vos que tal habeis sido para mí? Yo quiero que me llameis hija vuestra. ¿ Por ventura no soy nada ya para vos, y no teneis en vuestra familia un lugar vacío, que pueda yo ocupar? ¡ Ah! ¿ Porqué me dijeron que habíais muerto ya? ó ¿ porque no me desengañaron á tiempo? »

Así hablaba Pocahontas, cediendo á las primeras impresiones de su corazón, porque habiendo nacido y formádose entre los salvajes, no sabía ocultar sus emociones, y la presencia inesperada del hombre que había amado, la causaba una tur-

bacion y enternecimiento involuntarios. Pero su cambio de situacion, los vínculos que acababa de contraer y las leyes de la sociedad que la habia adoptado, la hicieron volver muy pronto sobre sí y la rêtuvieron en el círculo de sus deberes. En adelante solo manifestó al capitán una tierna amistad que la hacia digna de respeto, y este, que la debía la vida, tuvo ocasion de manifestar á la Indiana su reconocimiento, y prestarle los servicios que mas podian interesarla, recomendando al gobierno la suerte de los Indios de la tribu de Powhatan y procurando afirmar las relaciones de amistad que unian á los Ingleses con aquel cacique. Además Smith habia ido á la corte para prevenir la llegada de Pocahontas y disponer el ánimo de la reina á recibiria favorablemente. Recordó á su soberana que esta mujer habia espuesto su vida para salvarle, y se habia sacrificado constantemente por el bien de los expedicionarios. « Señora, decia Smith, á ella debimos la conservacion de nuestra colonia, cuando para ocupar y defender la posesion de tan vastos territorios no teniamos mas que treinta y ocho hombres. Ella misma nos traia los socorros y se constituia mediadora en nuestros allercados con los Indios, ya fuese como órgano de las intenciones de su padre, fuese que naturalmente se sintiese inclinada á los Ingleses ó que la Providencia nos hubiese reservado su bello corazón para salvarnos en nuestra situacion apurada. Dios se sirvió de ella para preservarnos, durante tres meses, del hambre y de las discordias que amenazaban destruirnos, y cuando la guerra hubo desgraciadamente estallado entre las tribus de la Virginia y los Ingleses que yo habia dejado en la colonia, á ella se debió otra vez el restablecimiento de la paz. » La reina supo apreciar unos servicios prestados con tan espontánea jenerosidad, y despues que se le hubo presentado á Pocahontas, acompañóla á todas las fiestas y espectáculos y la honró con tantas consideraciones que hicieron murmurar á la envidia, llegando esta al punto de

echar en cara á John Rolfe el haberse casado con una princesa de sangre real sin el consentimiento de su soberana. Mas esta fué una tempestad pasajera que algunas esplicaciones bastaron para disipar.

La jóven indiana se disponia á regresar á Virginia, en donde podia su influencia continuar manteniendo las relaciones amigables de las dos naciones, cuando murió en 1617, en Gravesende, á la edad de veinte y dos años. Dejó un hijo de su matrimonio, que dió despues una numerosa descendencia á los antiguos soberanos de la Virginia.

Cuando Pocahontas salió de Virginia para Inglaterra, formaba parte de su acompañamiento uno de los principales jefes de su tribu, á quien Powhatan habia encargado hacer algunas observaciones en el pais de sus aliados é indagar los motivos que hubiesen podido impeler á estos á formar tan lejos de su patria un establecimiento. Suponian al principio los Indios que los Ingleses carecerian de maderas, de viveres y de pieles para abrigarse, pues que venian de tan lejos á buscar arboladuras, maiz y peletería; no tenian duda que los Europeos venian de un pais estéril y de corta poblacion. Mas cuando el enviado de Powhatan hubo llegado á Plimouth y visto sus numerosos habitantes, no podia volver de su admiracion. Queriendo un dia contar los que pasaban por una calle de las mas concurridas de Londres, se perdió muy luego en sus cálculos, y despues decia á los de su tribu: « Contad, si podeis, las estrellas del cielo, las hojas de los árboles, los granos de arena de la playa; pues igual á ellos es en Londres el número de habitantes. » Pidió un dia este Indio al capitán Smith que le enseñase el dios de los Ingleses, á su soberano y la familia real; y el capitán no tardó en satisfacer el último de sus deseos, pero en cuanto á la divinidad se escusó de no poder enseñársela.

Despues que el capitán Smith habia dejado la Virginia, habiase dado otro jiro á la administracion y se queria sobre todo buscar un nuevo

Cartón original por Schönbauer en 1822. Copiado en 1862.

ÉTATS UNIS. ESTADOS UNIDOS. VEREINIGTE STAATEN.

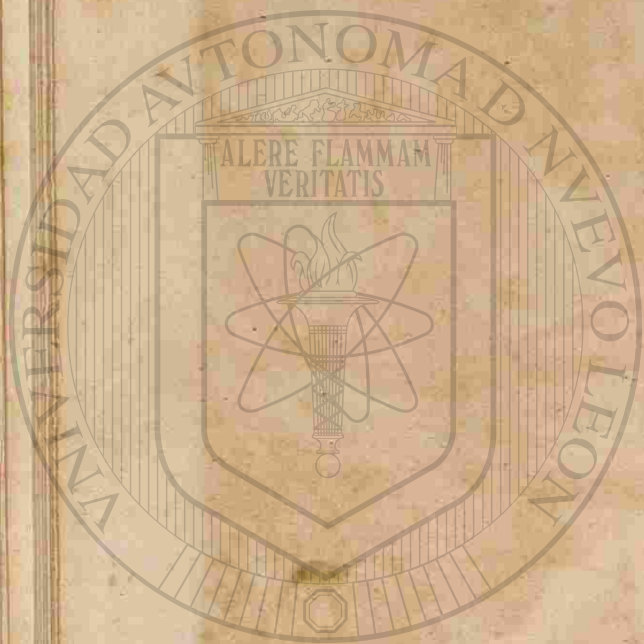


ETATS UNIS. ESTADOS UNIDOS. VEREINIGTE STAATEN.



Chute d'eau près les bains de Schooley.
Cascada junto a los baños de Schooley.

Wasserfall bei den Bädern von Schooley.



Columna original por Ribaut en 1878. Columna original por Ribaut en 1878. Columna original por Ribaut en 1878.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Die Vereinigten Staaten von Nordamerika. Columbia erigida per Rivault en 1862.

ÉTATS UNIS, ESTADOS UNIDOS, VEREINIGTE STAATEN.



*Baptême de l'Amérigphite.
Exaltamp de Anabaptista.*

Taufe der Wiedertäufer.

ÉTATS UNIS, ESTADOS UNIDOS, VEREINIGTE STAATEN.



Dance.

Danza.

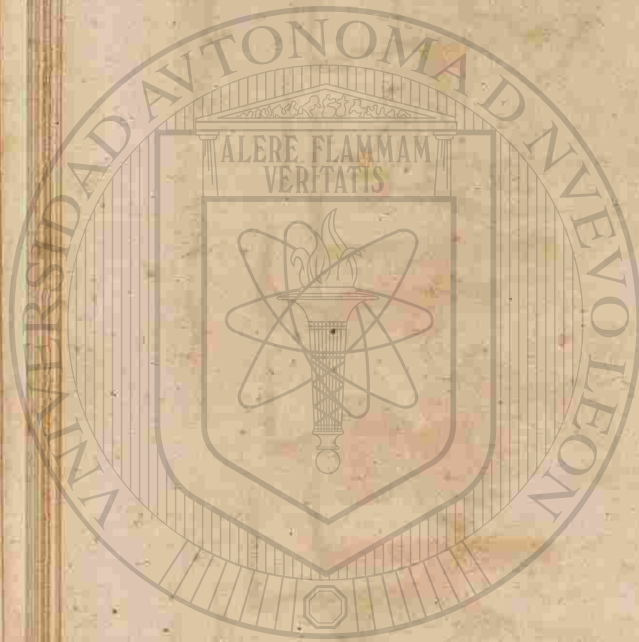
Tanz.

medio de asegurar las provisiones de víveres. Habíase cultivado la tierra en comun durante los cinco primeros años del establecimiento y depositado las cosechas en los grandes almacenes, destinados, como hemos visto, á guardar las mercancías importadas en la colonia para proveer á sus necesidades ó para verificar los cambios con los Indios; mas bien pronto reconocieron que las tierras cultivadas en comun rendían muy corto producto, cargando sobre algunos hombres laboriosos todo el peso del trabajo, del que se escusaban la mayor parte; resultando de esto que la fatiga de un pequeño número aprovechaba á todos los demás. Cuando hubo finido pues el plazo de cinco años que prefijaban las cartas de concesion para esplotar por este método las riquezas territoriales, tratóse para mas asegurar la subsistencia de la colonia, de apoyarla en el principio de la propiedad individual. Dividiéronse las tierras entre los habitantes, y para aumentar su número se prometieron iguales concesiones á todos los que quisiesen establecerse en la colonia: recibió cada uno por el pronto cien fanegas de tierra, mas cuando el valor de esta hubo aumentado con el cultivo se redujeron las concesiones á cincuenta. Cada propietario cultivó el terreno que se le habia señalado, recibiendo para ello todos los instrumentos de labranza y los víveres necesarios para esperar una primera cosecha. Desde entónces la colonia dejó de estar á la merced de los Indios, para su diaria subsistencia; la Inglaterra no hubo de trasportar mas granos que con frecuencia se averiaban durante tan larga travesía, y el comercio con los naturales se fué haciendo mas lucrativo, á medida que los abastos de víveres eran menos necesarios.

Los Ingleses procuraron variar las siembras para apropiarse las cosechas á los diferentes gustos, y tuvieron con esto lugar de reconocer que todos los granos del mediodía de la Europa podían naturalizarse y fructificar en Virginia. Mas el ramo que mas llamó por entónces su atención

fué el cultivo del tabaco, planta indígena de aquellos países, la cual se generalizó á tal punto que todos la preferían, y hubo algunas veces de restringirse la libertad de cultivarla, para no sacrificar á un capricho de fantasia, la seguridad de la subsistencia que necesitaba la colonia.

Walter Raleigh, el mismo que habia creado y sostenido los establecimientos primitivos en la Virginia, se veía, por este tiempo, reducido á morir en un cadalso despues de haber ilustrado su nombre en las mas importantes negociaciones, en las armas, en las letras y en las empresas marítimas mas memorables. Vióse á Jacobo I, en 1618, sacrificar á los resentimientos de la España, á este gran capitán, que vivió todavía doce años, despues de condenado á muerte, como á reo de una conspiracion contra el gobierno, de la cual no se pudo dar prueba alguna. Su larga prision habia sido para él una prueba saludable, porque desarrollando la enerjía de su alma é inclinándole á ocuparse en unos estudios mas serios, acrecentó su nombradía como literato por una grande obra histórica que escribió en los calabozos. Salió despues Raleigh de la torre de Lóndres, sin que se hubiese aun revocado su sentencia de muerte, pero bien pronto se vió en una posición muy superior á la de un hombre que espera y obtiene su perdon: colocado al frente de las fuerzas navales, ensayaba en América nuevas expediciones y descubrimientos, y amenazaba invadir las posesiones españolas de la Guyana, cuando su gobierno receloso le imputó como un nuevo crimen el haber prestado tan señalados servicios, que sucesivamente se le habian aplaudido y desaprobado. La vida de un hombre semejante hacia sombra á una potencia cuya amistad se temia perder y á cuyas imperiosas exigencias condescendencia el gobierno de Inglaterra por necesidad. Así es que no pudiendo castigar á Raleigh por haber querido acrecentar la riqueza y poderío de su nacion, se hizo renacer la sentencia dada contra él, y su cabeza, prometida á sus enemigos,



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

cayó bajo el hacha del verdugo. Si es cierto que su ambición al principio satisfecha y engañada después en sus esperanzas, hubiese atraído á Relegh al partido de los malcontentos, en una época en que la autoridad de Jacobo I parecía iba á desplomarse por sí misma, las faltas en que aquel grande hombre pudo haber incurrido fueron bien compensadas por los largos y eminentes servicios que prestaba á su país, y la posteridad los echará en olvido para no acordarse mas que de su gloria y de sus desgracias.

Dentro de poco se trató de perfeccionar la administración de la colonia, formando nuevos reglamentos, cuyas bases fundamentales habia trazado aquel gran hombre de estado, y la Virginia tuvo su primera asamblea jeneral en Jamestown por el año de 1620. Todas las villas formadas en corporaciones tuvieron el derecho de enviar allí sus representantes, y se organizaron en seguida en supremo consejo y tribunales inferiores: adoptóse la forma de gobierno de Inglaterra y todos los individuos de la colonia pudieron gozar de las mismas libertades que los habitantes de la metrópoli. Establecióse en Henrico un colegio para la educación civil y religiosa de los niños y continuaron sin alteración las pacíficas relaciones con los jefes de las tribus, siendo siempre protegido el sistema de colonización por la exención temporal de los impuestos.

En este estado tomó el gobierno inglés la peligrosa resolución de hacer trasportar á la América cien personas de entrambos sexos condenadas por disolución y holgazanería; medida que se creyó favorable á la prosperidad de la colonia, pero que fué perjudicial al aumento de su población, impidiendo la emigración de muchos Ingleses, porque desde que se pudo mirar á la Virginia como un depósito de proscritos y vagamundos, muchos se retrajeron de establecerse en ella. Los que se disponían pues para establecerse en aquellas colonias prefirieron las que se empezaban á formar en la Nueva Inglaterra, y la Virginia se

vió privada por algun tiempo de la nombradía y aumentos de que habia gozado hasta entónces.

Para llamar sobre ella la atención pública se encargó escribir su historia al capitán Smith que mejor que nadie la conocia, por haber fundado dos veces á James-town, por haber estendido la colonia con sus descubrimientos, y consagrado á la prosperidad de este establecimiento toda su felicidad doméstica y los bienes de fortuna que habia adquirido en algunas campañas.

La compañía de Lóndres celebró además algunas contrataciones con muchos comerciantes aventureros, para tratar de proveer de un modo mas eficaz á los trabajos y á la población de la colonia, á la cual hicieron algunas remesas de utensilios, instrumentos de labranza y otros muebles; y habiéndoles demostrado los resultados cuán peligroso era el enviar allí á la bez de la sociedad, no repitieron semejante esperiencia; enviaron pues á Virginia mas de cien jóvenes bien parecidos que recomendaban á la compañía por sus costumbres y virtuosos principios. Llevaba cada uno un certificado que atestiguaba su buena conducta, la naturaleza de su carácter y sus conocimientos, para que pudiesen elegir con antecedentes los que las quisiesen por compañeras y las comprasen al precio que se conviniese. Al principio se prefijó este á ciento y veinte libras de tabaco por cada uno, aumentándose después hasta ciento cincuenta ó mas, cuando la muerte de algunas hizo conocer á los contratistas la poca seguridad de semejante comercio. Hasta se llegó á atraer á estos traficantes concediéndoles alguna porción de terreno proporcionado al número de mujeres que remitiesen á la colonia, cuyas concesiones debieron ser contiguas y formaron el recinto de una ciudad que tomó el nombre de Maidstown (ciudad de las vírgenes.) Al mismo tiempo empezó á entablarse el comercio de las pieles con los Indios, después que se supo el inmenso beneficio que reportaban la Francia y Holanda de sus relaciones con los pueblos cazadores espar-

cidos al rededor de la colonia.

Así se iban tomando todas las medidas propias para asegurar la prosperidad de la Virginia, cuando se vieron los Ingleses amenazados de un completo esterminio. Hubo de ser la causa ó el pretexto de tan abominable proyecto la muerte de un guerrero indiano al cual daban los Ingleses el nombre de Jacobo el Emplumado, porque afectaba ir siempre adornado con plumas, y era distinguido entre los suyos por su valor é intrepidez, colocándole en el rango de sus primeros jefes de guerra. Habíase ya encontrado en un gran número de combates, y no habiendo recibido jamás herida alguna, era tenido entre los Indios por invulnerable é inmortal. Los criados de un Inglés á quien él habia muerto, lograron apoderarse de él, y resistiéndose, le hirieron de muerte. En sus últimos momentos suplicó á sus asesinos que le enterrasen secretamente y no dejasen indicio alguno que pudiese hacer sospechar su muerte; pero atestiguólo desde luego su desaparición y la tomaron los Indios por un pretexto de sus hostilidades, y el cacique Opechancanough, que sucedió á Jacobo el Emplumado, tomó por su cuenta el enardecer los ánimos irritados. Enemigo solapado de los Ingleses, aunque continuaba renovando sus tratados solemnes de amistad, formó el proyecto de sacrificarlos á todos de acuerdo con los de su tribu, y ocultando la conspiración con el mas refinado disimulo, prosiguió en sus relaciones mercantiles, prodigándoles todas las atenciones acostumbradas y fingiendo para con ellos los mas amigables sentimientos. Entraban los salvajes libremente en las habitaciones de los Ingleses, que estaban sin armas la mayor parte, y no tenían desconfianza alguna.

Mas el 22 de marzo de 1622, día de funesto recuerdo, fueron invadidas á la vez todas las plantaciones esparcidas fuera de la población, y una infinidad de asesinos enviados de todas direcciones, penetraron de improviso en todos los puntos que

encontraron desapercibidos. En menos de una hora cayeron trescientas cuarenta y siete víctimas á los golpes de los salvajes; y habria sido la matanza mas jeneral, si la gratitud de un Indio, llamado Chanco, por Ricardo Pace que le educaba en su casa, no le hubiese impelido á revelar la conspiración á su bienhechor, la víspera de su ejecución. Corrió este á enterar al gobernador de James-town y pudo ponerse á la población en estado de resistir un ataque y aun advertir á los habitantes de las aldeas mas inmediatas, mas no pudo impedirse que estallase la conspiración.

Las desgracias de la colonia y la ferocidad de los hombres que acababan de bañarla en la sangre de sus habitantes, llenaron de consternación los ánimos en Inglaterra, en donde se hallaba entónces el capitán Smith, quien ofreció todavía sus servicios al deliberar sobre los medios de poner á los salvajes en la imposibilidad de hostilizar en adelante á los Ingleses. Pedia áquel al gobierno una embarcación con treinta marineros y una división de cien hombres, con sus municiones de guerra y los medios de construir algunas falúas para verificar con rapidez sus movimientos y poder atacar sucesivamente á las poblaciones indianas, jeneralmente situadas en las orillas de los ríos. Con estos auxilios se prometia acorralarlos de tal modo que los obligaria á abandonar el país, ó conducirlos cuando menos á tal estado de sumisión que no podrian perturbar en adelante la seguridad de la colonia. Pero ni los servicios personales, ni el plan de operaciones de Smith fueron admitidas, y tratóse de dar á los salvajes un escarmiento mas terrible todavía. Condujéronse nuevas fuerzas á la Virginia, y Francis Wiat, que se hallaba entónces de gobernador, resolvió dar á los Indios un ataque jeneral. Para esto distribuyó sus tropas en pequeñas divisiones que debían operar al mismo tiempo contra diferentes tribus, y todas fueron atacadas el día 23 de julio de 1623, quedando muertos en

el campo un gran número de Indios, y sus campos y habitaciones devastadas.

Tan horribles represalias bien podían reducir á la impotencia el odio de los vencidos, pero en ningún modo podían estinguirle: no habían hecho mas que retardar el momento de la venganza, y era menester prevenir el peligro. Desde entónces se tomó el partido de renunciar á las plantaciones en terrenos muy aislados, de reunirse en diferentes grupos las casas de los colonos y de sembrar todas las campiñas contiguas para proveer á la subsistencia de sus habitantes.

Al llegar á esta época en que la colonia veía asegurada su prosperidad, en que iban á formarse otros establecimientos ingleses, y en que la invasión progresiva de todas las costas americanas hacia prever una lucha prolongada y pertinaz entre los habitantes del Antiguo y Nuevo Mundo, consideramos oportuno entrar en algunos detalles sobre el carácter de los Indios, sobre sus costumbres y el estado en que se encontraban cuando su país fué descubierto por los Europeos.

Los primeros hombres que se hallaron en el continente estaban enteramente desnudos, y solo usaban un cinto formado de plumas, de alguna piel muy delgada ó de hojas de árboles. Su color era rojo oscuro, mas ó menos fuerte, segun la diversidad de temperaturas. En ninguna parte se les vió pintarse el cuerpo, pero sí una parte del rostro y del pecho, trazando en ellos, con colores fuertes y brillantes, algunas figuras groseras y sin arte que les dictaba su capricho ó representaban las hazañas del que las llevaba. Los ancianos y los habitantes de los territorios mas frios iban cubiertos de pieles, pero sin ninguna uniformidad en el modo de usar de aquel abrigo. Si la tribu á que pertenecían había tomado el nombre de un animal salvaje, como la tribu del oso, del castor, de la serpiente ó de una ave de rapiña, acostumbraban adornarse con los despojos de aquel animal, que eran el distintivo de una tribu, ó á veces la señal característica

de la fuerza ó destreza de un individuo.

Su ocupacion principal ha sido siempre la caza que empezaban á principios de invierno, á cuyo tiempo se reunian muchas familias para dispersarse en seguida y situarse cada una en un punto diferente. Para esto caminaba á veces el salvaje cincuenta leguas, seguro de encontrar mas abundancia de caza cuanto mas se alejaba de los territorios habitados. En medio de aquellos bosques inmensos saben advertirse mutuamente por unas señas casi imperceptibles y dirigirse por sus observaciones naturales. El sol es su guía mas principal, y cuando el tiempo está cubierto, el color de la corteza de los árboles les indica la parte del norte; por la naturaleza de las plantas conocen la especie de animales que se alimentan de ellas. Unos frecuentan las vastas praderías en donde los juncos y arbustos se elevan á la altura de los pequeños árboles de Europa: otros recorren las llanuras descubiertas en donde la tierra salina solo está cubierta de un menudo cesped. Aquí esperan acechando al antilopo junto á la fuente en donde va á apagar su sed, conocen su modo de andar y su aproximacion por el roce ligero de las yerbas, ejercitando tanto los sentidos del oído y de la vista que adquieren una finura extraordinaria. A veces desde la cumbre de una montaña reconocen de lejos los diversos accidentes del terreno, por los colores de los vegetales, por las formas jenerales de una comarca, por las fajas de ligeras nieblas que las ocultan en parte, adivinando por este medio la situacion de los valles y llanuras ó la direccion de una corriente. El salvaje recorre con rapidez toda la estension de terreno que puede naturalmente descubrir, para llegar hasta el término que una vez se ha propuesto. Su agilidad le hace dominar las alturas mas escarpadas; se deja caer á rastra por lo largo de las rápidas vertientes, se abre paso á través de los bosques y busca el vado de los rios ó atraviesa las corrientes á nado, siempre cargado con sus armas, que no deja un solo instante,

que le son tan indispensables para procurarse los alimentos como para defenderse (véase la lámina 18). Venice en la carrera á los animales, con cuya caza provee á su subsistencia ó los coje en los lazos que les ha tendido, ó los atreviesa con sus flechas. Algunas veces, para no ser apercibido, se cubre de una piel semejante á la del animal que trata de sorprender, se le acerca imitando sus movimientos, y el animal engañado, creyendo reconocer á su especie, se ofrece sin recelo á los tiros que han de matarle (véase la lámina 14). El oso, el zorro y el castor son cojidos jeneralmente en una trampa ó hendiduras cubiertas de cesped y ojarasca que ceden al paso de aquellos animales. Para atacar al caiman que frecuenta los grandes rios, espéranle en las orillas y le introducen por la boca unos largos venablos que le desgarran las entrañas y le ahogan en su propia sangre (véase la lámina 13).

Los salvajes que habitan las orillas de los grandes rios tienen en la pesca un medio mas fácil de subsistencia. Para esto construyen algunas veces dentro del agua dos grandes estacadas que se unen por sus estremos en forma de ángulo: empiezan despues ocupando todo el ancho de la corriente sobre una multitud de canoas, y hacen una batida cerrando el paso á los peces y persiguiéndolos hácia la entrada de las estacadas hasta que, azorados con el ruido, quedan prendidos en las redes que se les han tendido, ó detenidos por la empalizada que forman las estacas (véase la lámina 20).

Cuando la caza y la pescason abundantes, hacen de ellas grandes acopios que las heladas preservan de la corrupcion en los países frios: pero donde la temperatura es mas elevada, se toman otras precauciones que consisten en colgar las carnes junto á la chimenea, para que penetrándolas lentamente el humo y los vapores del fuego, vayan dándolas mas consistencia (véase la lámina 15).

Cuando habían agotado la caza en un territorio, se iban los Indios á vivir á otra parte, semejantes en esto,

por necesidad, á aquellas razas de animales nómadas é independientes que siempre van á aposentarse en lugares distintos. En semejantes casos, no solamente los cazadores verificaban estas largas escursiones, sino que todas las familias cambiaban de residencia y abandonaban sus hogares.

Si tenían esperanzas de volver, no llevaban consigo mas que los muebles mas indispensables, dejando los restantes suspendidos de las ramas de los árboles, como un depósito que debia respetar la buena fe de los que allí los encontrasen.

Cuando los salvajes abandonaban un territorio para no volver jamás á él, sus mujeres, madres y hermanas cargadas con los niños seguian el destino de los cazadores, y hasta los ancianos llevaban sus flechas y arcos; y si durante estas penosas emigraciones moria algun individuo de la tribu lejos del país natal y del territorio á donde se dirigian, rara vez enterraban en el sitio su cadáver, temiendo que fuese pasto de las bestias feroces, sino que le colocaban sobre unas angarillas formadas de las ramas de los árboles y sostenidas por estacas, abandonando sus despojos á las aves del cielo. Si el difunto era por casualidad notable y distinguido por sus cualidades ó por su nacimiento, se reservaban el volver á visitar el sitio donde había muerto, dejando algunas señas fáciles de reconocer y que acostumbraban á tomar de la misma naturaleza, como una roca, un arroyo, una cascada ó un árbol que dominase el territorio, ó en cualquiera otra circunstancia se distinguiese de los demás.

Entre los salvajes eran muy comunes estas emigraciones, por cuanto se iban disminuyendo los animales mas útiles para el alimento ú el abrigo, siendo inferior su reproduccion á la destruccion que la misma caza ocasionaba; cuya escasez se hizo tanto mas sensible, despues que los Indios empezaron á perseguir á los animales con mas ardor, atraídos por las ventajas que les ofrecian los Europeos en el tráfico de la peletería. Los tratados que tuvieron lugar con relacion á este comercio, fueron des-

poblando los bosques enteramente, haciéndose por este medio la caza mas difícil y menos productiva. Los salvajes que no podian suplir este medio de subsistencia mas que con los frutos naturales, los granos y raíces que les ofrecia la tierra espontaneamente, y cuyas semillas esparcian ellos al azar, no manifestaban conocer otro grano que el del maiz, que tenian sembrado al rededor de sus habitaciones y de cuyo cultivo estaban encargadas las mujeres. Para preparar sus alimentos se servian comunmente de unos vasos de madera, que, no pudiendo soportar la accion del fuego, los llenaban de agua y la hacian hervir, echando en ella guijarros ardientes. Antes de cocer la caza, procuraban ablandar la carne; pero no teniendo siempre ocasion de hacerlo, se habian visto muchas veces las familias sentadas en el suelo repartirse y comer los miembros sangrientos todavía de los ciervos que los cazadores acababan de matar (véase la lámina 16.) No tenian horas ni alimentos determinados, y pasaban á veces muchos dias sin comer, ó lo hacian con exceso siempre que tenian viveres en abundancia. Bebian agua pura, pero se habian tambien procurado una especie de licores, que hacian fermentar y componian con la infusion ó destilacion de algunas plantas; y se deleitaban además con la embriaguez fumando el tabaco en los dias de reposo que habia señalados para despues de la caza.

En estos intervalos se entregaban á una inercia ó descanso absoluto; y tendidos sobre sus esteras de juncos ó sobre las pieles de animales, pasaban dias enteros fumando y durmiendo hasta que la falta de provisiones les forzaba á buscarlas de nuevo, ó se alzaba el grito de guerra.

Cada nacion tenia limitado su derecho de cazar en determinados cantones, de que se hacia dueña por la posesion y la costumbre, y cuya propiedad jamás era atacada impunemente entre los salvajes. La invasion de los lugares destinados á la caza ó á la pesca equivalia á una declaracion de guerra; en cuyo caso empuñaban todos el *tomahac*, especie de maza o

clava que formabande un tronco muy fuerte, terminado por una grande bola erizada comunmente de pedernales; y armados así, esperaban, bramando de alegría, la señal de la partida.

Cuando los ancianos, reunidos debajo de los árboles del consejo, habian resuelto que se atacase una nacion vecina, entonces se ponía al fuego la caldera de la guerra y se enviaba el calumete á todas las tribus aliadas; señalaban la hora y el punto de reunion, y el jefe encargado de mandar la expedicion entonaba el canto de guerra, invocando la proteccion de todos los espíritus propicios. « Vosotros todos, que vagais por el cielo, sobre la tierra ó debajo de la tierra, destruid á nuestros enemigos, entregadnos sus despojos y adornad nuestras cabañas con sus sangrientas cabelleras. » A estas imprecaciones sucedia la danza de guerra, y todos los salvajes acompañaban en seguida á su jefe, emprendiendo con él unas expediciones, en las cuales muchas veces habian de trepar ásperas rocas, atravesar desiertos é inmensos bosques antes de llegar al pais enemigo que querian invadir. Habian de hacer uso al mismo tiempo de la mas extraordinaria vijilancia, de paciencia, astucia y robustez para vencer los obstáculos que se les oponian, y lograban descubrir la situacion del enemigo por los mas imperceptibles indicios, á veces distinguiendo el humo de sus chimeneas, otras reconociendo las huellas en los puntos por donde habia pasado: con frecuencia emprendian su marcha durante la noche para no ser descubiertos, vadeaban los rios, ó los atravesaban á nado, aprovechando las horas en que no estaban vijiladas las aldeas, para arrebatat las mujeres y los niños. Cuando querian atacar á una partida de enemigos armados, espianaban el momento en que estuviesen descuidados para sorprenderlos, ó esperaban tener alguna ventaja numérica. En el calor del combate se les veia abandonarse á su ferocidad natural, y arrancar las cabelleras á los enemigos que habian matado, ó arrastrar hácia su pais á los prisioneros para que el gran

consejo decidiese sobre su suerte. Comunmente reemplazaban con los prisioneros las pérdidas que cada familia habia experimentado en la guerra, pero los que no eran adoptados como hijos de la tribu sufrían los suplicios mas horrorosos. Los desollaban en vida empezando por las estremidades para prolongar mas el suplicio, y todos querian tomar parte en la tortura; unos les arrancaban las uñas, otros les quemaban ó machacaban los dedos, y les llenaban de heridas todo el cuerpo, evitando sin embargo el corazon para multiplicar los tormentos mientras durase la vida. A pesar de esto no se le escapaba á la víctima ni una queja, ni un gemido; sufría con heroísmo estas reiteradas agonías, y esperaba la muerte sin exhalar un suspiro, oponiendo la mas admirable constancia á la rabia de sus verdugos. Antes les provocaba comunmente con insultos y sarcasmos y con el mas frio desprecio de la vida, hasta que acababa esta con la sangre, ó que un enemigo enternecido le daba una herida mortal para terminar de una vez su agonía.

Las mujeres mismas figuraban en aquellas escenas de sangre, y vengaban en las personas de los prisioneros á sus esposos, hijos ó padres que habian perdido. Ellas mismas proclamaban el nombre de los guerreros que mas se habian distinguido, los cuales acostumbraban recibir de su tribu un nuevo dictado que venia á ser su título de honor y perpetuaba el recuerdo de sus hazañas. Tenian en mucha estima esta recompensa, porque no hay nacion alguna que no aprecie el valor, y este constituye la primera virtud entre los salvajes.

Muchas veces las ceremonias fúnebres sucedian á los bárbaros espectáculos que se acaban de referir. Las familias que habian perdido sus guerreros quedaban en la mayor desolacion, y todos los salvajes asistian al entierro; colocaban junto al cadáver las armas y los objetos que el difunto tenia en mas aprecio, con algunas provisiones de viveres para alimentarse, como decian, en su

postrer viaje. Luego el gran consejo de la tribu designaba la época en que debía celebrarse con toda solemnidad la fiesta de los muertos; y entonces amontonaban en un féretro comun los restos de los guerreros y les hacian de nuevo los honores, que consistian en cantos guerreros, jemidos, danzas y juegos salvajes, proclamando mas amenudo y con señales de respeto los nombres de los que mas se habian distinguido en vida.

En diferentes paises del Nuevo Mundo se han encontrado igualmente monumentos de estos ritos fúnebres, y entre los Indios son consideradas las sepulturas como un asilo sagrado, en donde los restos de sus abuelos deben ser respetados y descansar en paz.

En unos pueblos en donde no se reconocia casi otro derecho que el de la fuerza, se repelían los actos de violencia con la violencia, y la venganza pertenecia de derecho al agraviado ó á su familia. Si un hombre mataba á otro, el pariente mas próximo de este debía matar al asesino; mas á su vez era tambien perseguido y asesinado por los parientes de aquel, sucediendo con frecuencia que la muerte violenta de uno solo ocasionaba otros muchos asesinatos. Sucedia tambien con este motivo que un Indio que habia cometido un homicidio, pasaba á vivir en otra tribu, desterrándose voluntariamente; mas el odio que los allegados del difunto juraban al matador era á veces tan implacable, que ni el tiempo ni la emigracion libraban á este de la persecucion, y arrostraban entonces las fatigas, los riesgos y privaciones mas grandes para saber el paradero y sorprender al objeto de su venganza.

Muchas veces sin embargo tenia lugar una especie de transaccion entre el homicida y los parientes de la víctima, consintiendo estos á recibir de aquel algunos presentes que debian hacer olvidar la ofensa. Ofrecíase por piezas separadas esta especie de rescate, y decia el agresor al entregarlas: « Con este primer presente, arranco de la herida mi tomahac y le hago caer de las manos

del que habia resuelto tomar venganza: con el segundo presente, quiere restañar la sangre que mana de la herida; y con los demás cicatrizarla, y borrar con su recuerdo los sentimientos de hostilidad y el deseo de venganza que os pudo animar contra mí.»

Los Indios llevaban hasta el extremo todas sus pasiones, excepto la que en el estado social ha llegado á ser la mas imperiosa. Los derechos de la hospitalidad eran entre ellos los mas sagrados; acostumbraban á tener el mas heroico desprendimiento para con sus amigos; y la compasion para con los oprimidos que querian socorrer les arrastraba hasta el punto de tomar venganza de los opresores. Mas apesar de sus fogosos sentimientos se mostraban siempre dóciles á la voz de los ancianos, que eran entre ellos muy respetados. Estos instruian la juventud en los acontecimientos que interesaban á su pais, enardeciendo ó moderando sus jenerosos impulsos, enseñándoles los cantos de guerra y conservando las tradiciones de las hazañas de sus abuelos. Acostumbrábanles sobre todo á arrostrar la ferocidad de sus enemigos, y á no manifestar emocion alguna en medio de los mas atroces tormentos. Naturalmente dispuestos á tener esta constancia por las privaciones analogas á la vida salvaje, recojian aun toda la fuerza de su alma en estos momentos de prueba, y la exaltacion del espíritu que sobrepujaba á la debilidad de los sentidos, les hacia insensibles á todo jénero de tormentos.

Tal vez les sostenian en semejantes trances pensamientos de otra especie; porque el hombre á quien repugna la idea de morir enteramente, en cualquier estado que la naturaleza le haya colocado, tiene un sentimiento secreto de esperanza que le revela el porvenir, un secreto instinto que le consuela de lo presente, le sostiene durante la vida y le hace mirar mas allá del sepulcro, colocándole allí la dicha que le escapa en este mundo y que siempre busca su deseo.

Los Indios tenian algunas ideas de una vida futura, y se imaginaban un mundo de recompensas, poblado de fértiles campos, de risueñas praderas y arroyos cristalinos, en donde la caza y la pesca no se agotarían jamás. Un monstruo, segun ellos, guardaba la entrada de este paraíso, en el cual solo podian penetrar los mas bravos guerreros, abriéndose paso con los arcos y flechas que les colocaban en su sepulcro.

¿Mas en qué consistian las ideas mas elevadas que habian podido inspirar á los salvajes sus opiniones sobre la otra vida? Todo lo que era superior á sus facultades intelectuales, todo lo que parecia una vez inapeable á su corta y limitada comprension, quedaba abandonado al arbitrio de cada uno. Si el hombre ha consentido en creer que está sometido á un poder supremo ¿cuál puede ser esta autoridad soberana, que dispone de nuestros destinos, y habiendo existido primero, existirá aun despues que nosotros háyamos desaparecido? ¿Puede acaso percibir la el hombre por medio de sus sentidos? ¿No la vemos manifestarse en los fenómenos de la naturaleza, en los beneficios que nos concede, y hasta en los infortunios mismos con que nos castiga? El hombre primitivo todo lo divinizaba en su candorosa credulidad, y adoraba los astros, los elementos, hasta los árboles que le prestaban sombra y alimento, las peñas que destilaban un manantial de agua cristalina ó abrían paso á los torrentes. Poblaban los salvajes en su imaginacion al mundo de potestades invisibles que obraban de acuerdo con el hombre, y por esto se preciaban de conocer los futuros acontecimientos por medio de agüeros ó sueños, ó por la sabiduría de los ancianos que todo lo preveian inspirados por el grande Espíritu; hasta que estos, convertidos en ministros y celebrando sus ritos en la choza salvaje que habian consagrado, establecian poco á poco sobre los demás su autoridad y su imperio.

LIBRO SEGUNDO.

FUNDACION DE LAS COLONIAS DE LA NUEVA INGLATERRA, NUEVA YORK, MARYLAND, CAROLINA, Y LA PENNSYLVANIA. RELACIONES CON LAS COLONIAS FRANCESAS DEL CANADA Y DE LA ACADIA, CON LOS IROQUESES Y DEMAS TRIBUS AMERICANAS.

Hasta aquí hemos podido comparar y presentar en un solo cuadro las diferentes tribus americanas que la semejanza de su situacion en el orden social tuia por un gran número de relaciones; mas no nos será posible asimismo el caracterizar por algunos rasgos comunes á las colonias europeas que se iban estableciendo en America; porque así como la naturaleza imprime á las naciones en su infancia un sello de uniformidad, el tiempo las modifica en seguida, y las hace distinguir entre sí por sus progresos intelectuales, por sus opiniones, creencias é instituciones que en cada una se van adoptando: y por esto la muchedumbre de hombres que emigraron nuestra sociedad, para formar colonias en el Nuevo Mundo, se dividian allí en diferentes grupos, cada uno de los cuales conservaba el diverso carácter de su procedencia.

La compañía de Plymouth, que obtuvo de Jacobo I, en 1620, la concesion de todas las comarcas situadas al norte de los establecimientos de la Virginia, entre los grados 40 y 48, hubo de trasportar sucesivamente en aquellos paises un gran número de hombres pertenecientes á todos los partidos políticos y religiosos y animados además de aquel espíritu inquieto, indócil é intolerante, que habia desquiciado en Europa la sociedad en sus cimientos. Habia entre ellos wighs y toris, anglicanos, puritanos, anabaptistas y partidarios de todas las sectas. Procuróse desde luego reunir á estos hombres, por encontradas que fuesen sus opiniones, y no estando la Inglaterra bastante poblada para sostener una emigracion numerosa,

procuró atraer á los estranjeros á sus nuevas posesiones. Estableciáanse en ellas individuos procedentes del Palatinado, del pais de Salzburgo y otros puntos de Alemania y Holanda, en donde los disturbios políticos y la miseria habian roto todos los vínculos que retienen á los hombres en su suelo natal, bajo la proteccion del gobierno que les ha rejido en su juventud.

Estos emigrados salian de todas las clases de la sociedad: muchos de ellos habian trasladado sus fortunas á América, para adquirir en ella nuevas propiedades; otros no tenian mas bienes que su industria, su trabajo y su valor; otros, faltos de medios para pagar el importe de su viaje, habian convenido con la compañía de Plymouth en prestarle sus servicios personales por tiempo determinado, y hasta habia algunos desterrados que sufrían allí su castigo y esperaban un porvenir mas liasonjero.

Viéronse allí, entre los primeros disidentes, autorizados para establecerse en la Nueva Inglaterra, á los brownistas que se habian refugiado en Holanda durante los últimos reinados, y eran tenidos por unos sectarios entusiastas y enemigos del gobierno. Siempre se habia temido la exajeracion de su celo, y apenas se les toleraba en su destierro, en donde vivian reducidos á una nulidad poco conforme á la altivez é independencia de su carácter. Abrióles la América un nuevo refugio, y despues de haber obtenido de Jacobo I el permiso de ejercer su culto libremente en la Nueva Inglaterra, hicieron un contrato con la sociedad de Plymouth para trasladarse allí y formar un establecimiento. La primera colonia abordó en el cabo Cod, el 9 noviembre de 1620; y siguiendo su navegacion hácia el oeste, fundó en el continente la Nueva Plymouth, en el fondo de una bahía, que tomó el mismo nombre. Habían llegado cien personas solamente y murieron la mitad en el primer año: los habitantes que quedaron fueron divididos en muchas familias, y pronto subieron al número de trein-

del que habia resuelto tomar venganza: con el segundo presente, quiere restañar la sangre que mana de la herida; y con los demás cicatrizarla, y borrar con su recuerdo los sentimientos de hostilidad y el deseo de venganza que os pudo animar contra mí.»

Los Indios llevaban hasta el extremo todas sus pasiones, excepto la que en el estado social ha llegado á ser la mas imperiosa. Los derechos de la hospitalidad eran entre ellos los mas sagrados; acostumbaban á tener el mas heroico desprendimiento para con sus amigos; y la compasion para con los oprimidos que querian socorrer les arrastraba hasta el punto de tomar venganza de los opresores. Mas apesar de sus fogosos sentimientos se mostraban siempre dóciles á la voz de los ancianos, que eran entre ellos muy respetados. Estos instruian la juventud en los acontecimientos que interesaban á su pais, enardeciendo ó moderando sus jenerosos impulsos, enseñándoles los cantos de guerra y conservando las tradiciones de las hazañas de sus abuelos. Acostumbrábanles sobre todo á arrostrar la ferocidad de sus enemigos, y á no manifestar emocion alguna en medio de los mas atroces tormentos. Naturalmente dispuestos á tener esta constancia por las privaciones analogas á la vida salvaje, recojian aun toda la fuerza de su alma en estos momentos de prueba, y la exaltacion del espíritu que sobrepujaba á la debilidad de los sentidos, les hacia insensibles á todo jénero de tormentos.

Tal vez les sostenian en semejantes trances pensamientos de otra especie; porque el hombre á quien repugna la idea de morir enteramente, en cualquier estado que la naturaleza le haya colocado, tiene un sentimiento secreto de esperanza que le revela el porvenir, un secreto instinto que le consuela de lo presente, le sostiene durante la vida y le hace mirar mas allá del sepulcro, colocándole allí la dicha que le escapa en este mundo y que siempre busca su deseo.

Los Indios tenian algunas ideas de una vida futura, y se imaginaban un mundo de recompensas, poblado de fértiles campos, de risueñas praderas y arroyos cristalinos, en donde la caza y la pesca no se agotarían jamás. Un monstruo, segun ellos, guardaba la entrada de este paraíso, en el cual solo podian penetrar los mas bravos guerreros, abriéndose paso con los arcos y flechas que les colocaban en su sepulcro.

¿Mas en qué consistian las ideas mas elevadas que habian podido inspirar á los salvajes sus opiniones sobre la otra vida? Todo lo que era superior á sus facultades intelectuales, todo lo que parecia una vez inapeable á su corta y limitada comprension, quedaba abandonado al arbitrio de cada uno. Si el hombre ha consentido en creer que está sometido á un poder supremo ¿cuál puede ser esta autoridad soberana, que dispone de nuestros destinos, y habiendo existido primero, existirá aun despues que nosotros háyamos desaparecido? ¿Puede acaso percibir la el hombre por medio de sus sentidos? ¿No la vemos manifestarse en los fenómenos de la naturaleza, en los beneficios que nos concede, y hasta en los infortunios mismos con que nos castiga? El hombre primitivo todo lo divinizaba en su candorosa credulidad, y adoraba los astros, los elementos, hasta los árboles que le prestaban sombra y alimento, las peñas que destilaban un manantial de agua cristalina ó abrían paso á los torrentes. Poblaban los salvajes en su imaginacion al mundo de potestades invisibles que obraban de acuerdo con el hombre, y por esto se preciaban de conocer los futuros acontecimientos por medio de agüeros ó sueños, ó por la sabiduría de los ancianos que todo lo preveian inspirados por el grande Espíritu; hasta que estos, convertidos en ministros y celebrando sus ritos en la choza salvaje que habian consagrado, establecian poco á poco sobre los demás su autoridad y su imperio.

LIBRO SEGUNDO.

FUNDACION DE LAS COLONIAS DE LA NUEVA INGLATERRA, NUEVA YORK, MARYLAND, CAROLINA, Y LA PENNSYLVANIA. RELACIONES CON LAS COLONIAS FRANCESAS DEL CANADA Y DE LA ACADIA, CON LOS IROQUESES Y DEMAS TRIBUS AMERICANAS.

Hasta aquí hemos podido comparar y presentar en un solo cuadro las diferentes tribus americanas que la semejanza de su situacion en el orden social tuia por un gran número de relaciones; mas no nos será posible asimismo el caracterizar por algunos rasgos comunes á las colonias europeas que se iban estableciendo en America; porque así como la naturaleza imprime á las naciones en su infancia un sello de uniformidad, el tiempo las modifica en seguida, y las hace distinguir entre sí por sus progresos intelectuales, por sus opiniones, creencias é instituciones que en cada una se van adoptando: y por esto la muchedumbre de hombres que emigraron nuestra sociedad, para formar colonias en el Nuevo Mundo, se dividian allí en diferentes grupos, cada uno de los cuales conservaba el diverso carácter de su procedencia.

La compañía de Plymouth, que obtuvo de Jacobo I, en 1620, la concesion de todas las comarcas situadas al norte de los establecimientos de la Virginia, entre los grados 40 y 48, hubo de trasportar sucesivamente en aquellos paises un gran número de hombres pertenecientes á todos los partidos políticos y religiosos y animados además de aquel espíritu inquieto, indócil é intolerante, que habia desquiciado en Europa la sociedad en sus cimientos. Habia entre ellos wighs y toris, anglicanos, puritanos, anabaptistas y partidarios de todas las sectas. Procuróse desde luego reunir á estos hombres, por encontradas que fuesen sus opiniones, y no estando la Inglaterra bastante poblada para sostener una emigracion numerosa,

procuró atraer á los extranjeros á sus nuevas posesiones. Estableciáanse en ellas individuos procedentes del Palatinado, del pais de Salzburgo y otros puntos de Alemania y Holanda, en donde los disturbios políticos y la miseria habian roto todos los vínculos que retienen á los hombres en su suelo natal, bajo la proteccion del gobierno que les ha rejido en su juventud.

Estos emigrados salian de todas las clases de la sociedad: muchos de ellos habian trasladado sus fortunas á América, para adquirir en ella nuevas propiedades; otros no tenian mas bienes que su industria, su trabajo y su valor; otros, faltos de medios para pagar el importe de su viaje, habian convenido con la compañía de Plymouth en prestarle sus servicios personales por tiempo determinado, y hasta habia algunos desterrados que sufrían allí su castigo y esperaban un porvenir mas liasonjero.

Viéronse allí, entre los primeros disidentes, autorizados para establecerse en la Nueva Inglaterra, á los brownistas que se habian refugiado en Holanda durante los últimos reinados, y eran tenidos por unos sectarios entusiastas y enemigos del gobierno. Siempre se habia temido la exajeracion de su celo, y apenas se les toleraba en su destierro, en donde vivian reducidos á una nulidad poco conforme á la altivez é independencia de su carácter. Abrióles la América un nuevo refugio, y despues de haber obtenido de Jacobo I el permiso de ejercer su culto libremente en la Nueva Inglaterra, hicieron un contrato con la sociedad de Plymouth para trasladarse allí y formar un establecimiento. La primera colonia abordó en el cabo Cod, el 9 noviembre de 1620; y siguiendo su navegacion hácia el oeste, fundó en el continente la Nueva Plymouth, en el fondo de una bahía, que tomó el mismo nombre. Habian llegado cien personas solamente y murieron la mitad en el primer año: los habitantes que quedaron fueron divididos en muchas familias, y pronto subieron al número de trein-

ta y dos, con algunos individuos mas que llegaron de Inglaterra, y edificaron un número igual de habitaciones, empezando á formar una poblacion, que tuvo al principio media milla de estension, con un fuerte que construyeron en el punto céntrico y el mas elevado, y una torre de observacion ó vijia, desde donde podian descubrir hasta muchas leguas mas adentro del mar. El número de habitantes fué aumentando hasta trescientos, y en 1630, obtuvieron del consejo de Plymouth una patente por la cual quedaron arreglados los limites de este establecimiento.

Después del año 1621, se habian hecho muchas tentativas para fundar mas hácia el norte algunos establecimientos, pero ninguna tuvo resultado, sirviendo solo para reconocer toda la costa de la bahía de Massachusetts, y de ver lo muy ventajoso que podia ser el establecerse en ella. Algunos aventureros de Lincolnshire, de Londres y Dorsetshire obtuvieron del consejo de Plymouth la concesion de los territorios que corren del norte al Sud, entre el Serimack y el Charles-river que desemboca en la bahía, y formaron una sociedad cuyos privilegios fueron confirmados por una patente real, en la que se les concedia el derecho de nombrarse un gobernador y hacer las leyes que mas útiles les pareciesen para la colonia, con tal que no fuesen contrarias á las de Inglaterra y no se opusiesen á la libertad ó tolerancia religiosa. Las armas ó sello de esta compañía representaba un Indio con una flecha en su mano derecha y un arco en la izquierda, y este lema que salia de su boca: «*Ferme y ayudados.*»

La expedicion formada por la compañía de Plymouth se componia de seis navios, que conducian trescientos y cincuenta pasajeros, y se hicieron á la vela en 1629, abordando en el cabo Ana y formando allí un establecimiento que tomó el mismo nombre. En el rigor del primer invierno perdió esta colonia cien hombres, pero al año siguiente se le reunió otra expedicion de mil y quinientos,

y la mayor parte de ellos trataron de buscar una situacion mas favorable. Dirijiéronse unos á las márgenes del Charles-river, fundando en ellas á Charles-town; otros se fueron hácia el Mystic-river, y una parte de los habitantes de Charles-town se trasladaron á la península Schawmut, situada en el fondo de la bahía de Massachusetts, en donde fundaron á Boston, que luego hubo de ser la principal ciudad de la Nueva Inglaterra, dando un nuevo impulso á su comercio, navegacion é industria.

Las colonias que se fundaron en esta parte de la América solo han debido sus rápidos progresos á los principios de gobierno que les rijieron desde su fundacion; y bien pronto salieron de la tutela de la sociedad bajo cuyos auspicios se habian establecido, adquiriendo el ejercicio del poder legislativo, y concurriendo cada pueblo con sus representantes á la formacion de las leyes, á medida que se iban levantando nuevas poblaciones.

En un siglo en que las ideas religiosas tenian tanta parte en la fundacion de aquellas colonias, debian ejercer en ellas un grande influjo; y por esto se procuró desde luego clasificar y distinguir las diversas creencias: cada individuo que llegaba á la Nueva Inglaterra estaba obligado á reunirse á una ú otra iglesia, y solo con este requisito se le concedia el derecho de ciudadanía. Por este medio reunian á los hombres en diferentes grupos con lazos comunes y se ponian á todos los partidos en presencia unos de otros; porque no parecieron tan graves los inconvenientes de un choque entre ellos, como los de la confusion de las creencias: temióse que la anarquía religiosa llegase á relajar todos los vínculos del orden social, y de este modo las diferentes expediciones que se iban esparciendo en establecimientos por aquellas comarcas, podian conocerse y elejirse mutuamente, antes de reunirse dentro de una misma ciudad. Del mismo modo se fueron fundando otros establecimientos al rededor de aquellas colonias pri-

mitivas, siendo entre ellos los mas notables Cambridge, Water-town, Rocksbury y Dorchester.

Los habitantes de las colonias, apremiados por la dificultad de abastecerse de víveres, se dedicaron con mas ahinco á la agricultura, lo que les produjo una gran abundancia de maiz. Publicárouse leyes ú ordenanzas para fijar el precio de los jornales, para castigar á los vagamundos y fomentar la industria: y como estaban entónces rodeados de tribus salvajes muy superiores en número, no podian estar descuidados un momento, por lo que todos eran igualmente forzados á prestar el servicio y ejercitarse en el manejo de las armas, mientras que por otra parte se iban estrechando los limites de las plantaciones, para estar mas en estado de defenderse. El consejo de Boston resolvió fortificar algunos puntos por el lado de la Acadia, que ocupaban los Franceses, y se construyó el fuerte de Ipswick; adoptóse en seguida un sistema de defensa contra los Holandeses que se habian establecido á orillas del Hudson, como lo verificaron fundando nuevas colonias sobre las riberas del Conecticut.

Este último proyecto, ideado por Enrique Vane, puritano exaltado, que abrazó muy luego en Inglaterra el partido de los independientes, fué ejecutado por Hooker, ministro del culto en Cambridge, el cual, al frente de unos cien aventureros, se fué á fundar la ciudad de Hartford. En seguida salió de Dorchester otra partida que fundó á Windsor; y animados con este ejemplo otros disidentes, ocuparon los valles y márgenes del Conecticut, levantando en ellas á Litebfield, Fairfield y Newhaven, que fueron los puestos avanzados de aquella nueva colonia.

Durante las sectas religiosas que perturbaron la tranquilidad pública en Massachusset, muchos malcontentos se separaron y fueron á buscar nuevos establecimientos en los países del norte, empezando por fundar á Newhampshire y Maine, que se hubieron de rejir en adelante por dos gobiernos distintos. Estas pri-

meras emigraciones tuvieron lugar por espacio de diez y siete años, después de los cuales hubo bien pronto nuevas colonizaciones, esparciéndose los disidentes por los territorios vecinos, en donde pudiese cada uno profesar en paz sus doctrinas.

Algunas observaciones sobre el orijen de todas estas disensiones religiosas podrán dar á conocer mejor sus relaciones y caracteres distintos; porque todas tienen su jérmen en un mismo tronco y se van estendiendo en diferentes vástagos que á su vez se han ido ramificando tambien.

En Inglaterra se habian formado dos partidos religiosos desde el tiempo de la reforma. El uno, al separarse de la Iglesia romana, habia conservado la pompa exterior del culto y la jerarquía del clero; el otro se habia declarado en contra de las ceremonias religiosas y del episcopado: queria á la vez libertad de culto y gobierno republicano. El último habia sido perseguido durante el reinado de María, y sus jefes principales habian pasado al continente; regresaron á Inglaterra en el reinado de Isabel.

Su sencillez, la gravedad de sus costumbres, el apego que tenian al texto de la Escritura, que muchas veces citaban, y cuyas máximas procuraban introducir en la legislación y en la conducta de la vida, hacian mas popular su partido: su celo era muy estremado, se levantaron con ardor contra la Iglesia anglicana; y Jacobo I no supo apaciguar aquellas disputas, irritadas aun mas por las decisiones del sínodo de Hampton-court. Persiguió á los puritanos sin poderlos destruir y solo aumentó su odio contra la Iglesia anglicana. Los puritanos condenaban las ceremonias por supersticiosas; deseaban un culto mas simple, trataban de remontarse al orijen de la religion, y se adherian á todas las palabras de Dios, tanto del viejo como del Nuevo Testamento. Colocaban en el mismo rango todos los ministros encargados de la conservacion de la doctrina; y sus reuniones, en presbiterios ó consistorios, eran la única autoridad eclesiástica de que de-

pendian. Sus magistrados ejercían un poder discrecional, á fin de suplir la insuficiencia de las leyes, y tenían derecho de castigar las acciones consideradas culpables sin ser criminales, las ofensas de la autoridad, los actos contrarios al bien de la familia. Era la naturaleza respetable pero arbitraria del gobierno patriarcal, donde el poder residía en manos de los ancianos.

Los brownistas, mas ríjidos aun que los puritanos, eran de opinión que Dios no debía ser reverenciado mas que con el alma, y que convenia abolir toda fórmula de rezo, hasta la oracion del domingo. Con todo se reunían y predicaban en sus asambleas; pero todos podían predicar, y no necesitaban mision pastoral como los puritanos. Roberto Brown, su jefe, había tomado el título de patriarca de la religion reformada. En Inglaterra habían sido perseguidos y habían tenido mártires; en América, se probó de conciliar sus doctrinas con las de las demás iglesias protestantes, y en 1633 estableció Cotton el culto de los congregantes, como término medio entre los brownistas y los presbiterianos. Evitaron tomar el nombre de independientes, que los hubiera podido desacreditar; pero su doctrina era la misma. Aunque no creían que pudiese una iglesia depender de otra y estar sujeta á ella, admitían relaciones de fraternidad entre las iglesias que observaban las mismas reglas, y las que querían separarse de la comunión dejaban de ser consideradas como miembros de ella.

Cesaron por escrúpulo de llamar al domingo día del sol (sun day); este nombre era de origen idólatra, y por la misma razon fueron cambiados los de los demás días de la semana; desde entonces tuvieron el día del Señor, y se limitaban á contar los días siguientes desde el segundo al séptimo. También en los meses se cambiaron algunos nombres paganos; pero estas innovaciones fueron pasajeras, y se adoptaron otra vez los nombres anteriores. Hay nombres sancionados por un uso antiguo, por la autoridad de la his-

toria, y por los fastos cronológicas; su mutacion oscureceria las fechas que un sistema universalmente seguido hace mas evidentes y fija mejor en la memoria.

No concediendo al papa facultad de canonizar, quitaron el título de santos á los apóstoles y padres de la Iglesia. No creyeron que los santos pudiesen ser invocados como intercesores cerca de Dios. Se abolió la veneracion de las imágenes y reliquias. Se miró el celibato de la iglesia romana como dañoso al orden é intereses sociales. Fueron sucesivamente propuestos diferentes artículos de creencia; los juzgaron los sínodos y estas asambleas religiosas admitían ó condenaban los diferentes puntos de dogma ó de doctrina que les habían sometido. Esta diversidad de opiniones dió lugar al establecimiento de muchas sectas; unas llegaron á ser corporaciones distintas y duraderas; otras solo tuvieron una existencia efímera, y violentos debates marcaron su corta aparicion. Entre la multitud de estas opiniones se pueden notar las de los antinomianos, cuya secta fué fundada por Agrícola, discípulo de Lutero, que despues se convirtió en enemigo suyo. Creían que la fe bastaba á los hombres para dirigirse, que ella justificaba todas sus acciones y que los preceptos de la ley les eran inútiles.

Entonces se discutieron todas las cuestiones religiosas; y hasta se volvieron á tocar aquellas que ya habían sido examinadas en los primeros siglos del cristianismo. Ninguna opinion sobre el culto ó sobre el dogma tenia estabilidad, y todos eran reformadores, hasta que algunos hombres mas influyentes, por la firmeza de carácter ó por la habilidad de persuadir, hubieron hecho salir de este caos algunas asociaciones religiosas que dominaron todas las demás.

En 1637 se reunió en Cambridge un sínodo, compuesto de los ministros de todas las iglesias, y en él se condenaron los principios de los antinomianos como contrarios á la palabra de Dios y á la autoridad de la ley

evanjélica. Fueron desterrados ó privados de sus empleos un gran número de partidarios de esta doctrina; otros emigraron voluntariamente; obtuvieron de los sachems indios la ocupacion de una isla, que recibió entonces el nombre de Rhode-Island, compraron de la compañía de Plymouth otras tierras en el continente y fundaron en ellas las ciudades de Providencia y de Warwick.

Uno de los sistemas religiosos que á la sazón escitaban mas fermentacion en las colonias inglesas era el de los anabaptistas. Habían aparecido en Alemania hácia el tiempo de la reforma, su nombre trae su origen del modo de bautizar, como San Juan Bautista, por inmersión y no por aspersion (véase la lámina 12); solo bautizan á los adultos, y rehusan hacerlo con los párvulos, porque, á su edad, no son capaces de hacer actos de fe sobre lo que deben creer. Los anabaptistas sostenían que Cristo no era Dios sino profeta; que no hay pecado original y que obtenemos nuestros derechos por nuestros méritos propios; desecharon la misa, el purgatorio, la invocacion de los santos, la presencia de Cristo en la eucaristía, y no admitieron mas ceremonia que la cena, la cual hacían en conmemoracion de su último banquete con sus apóstoles. Opinaban que los cristianos solo debían reconocer por magistrados á sus jefes religiosos, que todos los bienes debían ser comunes, que la conciencia es libre en todas las cuestiones de creencia, y que cualquier hombre puede predicar y anunciar la palabra de Dios.

Estos relijionarios, cuyos principios estaban particularmente propagados en la clase proletaria, escogían también de entre ella sus ministros; porque, además de sus predicadores inspirados, tenían hombres encargados de publicar la moral. Pero como en lo perteneciente al dogma y á la fe, solo tenían que seguir las advertencias del Espíritu Santo, cada hombre que creía haberlas recibido, podía abrogarse el derecho de modificar la doctrina y de introducir nuevas reglas. Resultó de esto la forma-

cion de diferentes sectas, cuyos miembros no tenían otro principio comun que la obligacion de bautizar de nuevo á los adultos; esta era la señal con que debía ser marcado todo hombre que quisiera entrar en la nueva iglesia. Los unos celebraban el sábado en memoria del día séptimo de la creacion del mundo; otros celebraban el domingo, en conmemoracion de la resurreccion; estos admitían el canto en sus ceremonias religiosas, aquellos lo desechaban como profano y contrario á la sinceridad y recojimiento del rezo.

Los cuáqueros, que en 1654 aparecieron en las colonias inglesas, se separaron aun mas de las opiniones mas acreditadas. No usaban ni bautismo, ni cena; lo uno no era mas que una semejanza del bautismo espiritual, que nos dan la purificacion del corazón y el testimonio de una buena conciencia; lo otro era solo la imagen de la comunión interior con que se nutre el hombre que ha recibido en su corazón el espíritu de Cristo. Esta virtud sobrenatural se manifiesta con apariciones, sueños é iluminaciones secretas, y todos los que la han recibido pueden predicar sin necesidad del saber de los hombres. «Dios no llama, dicen ellos, los sabios segun la carne, los nobles y los poderosos; pero ha escogido los fatuos para confundir á los sabios.» Los cuáqueros, en sus lugares de recojimiento, aguardan silenciosamente al espíritu de Dios, y creen tener en el fondo de su corazón una voz divina que les instruye. Dicen: «la conciencia es un territorio que solo pertenece á Dios y solo puede ser gobernado por él. A ninguna autoridad del mundo está permitido pretender penetrar en ella. Querer forzar la conciencia de otro, es obrar contra Dios, único que puede ilustrarla. No puede ser perseguida opinion alguna religiosa, y solo deben ser castigados los delitos contra la sociedad. Toda apariencia de sumision hácia otro hombre solo sirve para darle un vano orgullo. Las diversiones, las recreaciones no hacen mas que distraer nuestra alma de los pensamientos que tienden

á elevarla hácia el Criador. Es necesario desterrar todo lujo en el vestido. Tomar á Dios por testigo de la verdad de las palabras del hombre es profanar su nombre, y no está permitido prestar juramento. El cristiano debe resignarse á los padecimientos; no puede ni vengarse ni derramar sangre; sus armas son espirituales. Es preciso convertir el hierro de sus espadas en rejas de arado. Solo la moral de Cristo debe guiarnos; ha querido sustituir un culto espiritual á las ceremonias externas; exige el sacrificio de nuestras pasiones; deben abolirse todas las demás. No constituyen la religión, la liturgia, la grandeza del culto y los grados de distincion del clero; solo necesita la pureza de corazón y la ejecución de las buenas acciones; esto es lo que la constituye y hace el verdadero cristiano.

Otra religión, la de los unitarios, tenía numerosos partidarios; no era obra de un entusiasmo exaltado que se abandona ciegamente á todas sus inspiraciones; había tenido por fundadores hombres que se proponían aplicar la luz de la razón á los principios de la creencia. Solo un Dios admitían los unitarios. Distinguiéndole en tres personas, solo habían querido dividir sus atributos. El hijo que Dios había enviado sobre la tierra era un hombre inspirado por él y destinado á enseñar á los demás hombres lo que debían creer para honrar á Dios y para ser recompensados en la otra vida de las virtudes que hubiesen practicado en esta. Jesucristo nos ha dado el ejemplo de estas virtudes; cada hombre puede conformarse á ellas porque ha recibido del cielo la libertad y la razón. En esto no hay predestinación; todos somos escogidos por Dios y tenemos por guía las inspiraciones que nos envía. El nuevo Testamento contiene toda la doctrina de Jesucristo; es deber de nuestra razón deducir todas las consecuencias de los principios que en ella se esponen. Nada puede prescribir la autoridad de los hombres á nuestra creencia; ninguno de ellos es juez infalible en materia de fe.

Esta religión, cuyos principios se remontaban al arrianismo, había sido reducida á cuerpo de doctrina por Lelio y Fausto Socin, que se habían manifestado poco despues de la reforma, y que, no creyéndola aun bastante completa, habían mudado sus fundamentos.

Dogmas tan contrarios á la creencia de los presbiterianos, con los cuales estaban entonces unidos los brownistas, les causaron recelos y les irritaron. Tenían entonces el poder; y lejos de limitarse á airarse contra los delitos y las ofensas, quisieron castigar las opiniones. Habían huido de Inglaterra para librarse de persecuciones, y convertidos á su vez en intolerantes, publicaron rigurosas leyes contra los no conformistas. La primera ley les privó del derecho de concurrir á la elección de majistrados; se dirigió la segunda contra los anabaptistas, condenaba á destierro á todos los que negaban la validez del bautismo de los niños y que rehusaban reconocer la autoridad de los majistrados. Los cuákeros, igualmente perseguidos, fueron desterrados por la tercera ley; les estaba prohibido volver bajo pena de muerte. Una cuarta ley pronunciaba la misma pena, la misma prohibición contra los judíos y los sacerdotes católicos romanos. Una quinta ley prohibía bajo pena de muerte el culto de las imágenes.

Fueron ejecutadas estas disposiciones penales con sumo rigor. A muchos cuákeros se les pusieron grillos, fueron espuestos á la picota, azotados con varas, y desterrados jurídicamente. Esta proscripción les hizo quejarse, y el aprecio que inspiraba su constancia aumentó el número de sus prosélitos. En vano creyeron intimidarlos con el suplicio de los que habían infringido su bando; estas crueldades no hicieron sino conmover la indignación pública contra los hombres que los perseguían.

Si procuramos investigar los motivos de una persecución tan violentamente declarada á muchas religiones á la vez, observamos diferentes causas de enemistad. Los anabaptis-

tas, cuya existencia contaba mas de un siglo, solo habían sido en su origen una sociedad religiosa fundada por Stork, uno de los discípulos de Lutero. Fué pronto turbulenta y se aprovechó del fanatismo de los primeros secuaces para derribar las imágenes de los templos y destruir toda la pompa del culto. Miraban al catolicismo como cargado de prácticas idólatras; al luteranismo como una religión muy relajada en sus principios; y con el pretexto de reformar la sociedad civil, atacaron sus primeras bases. Stork y Muncer, enconando el odio que tenían los labradores á los señores y majistrados, lograron sublevarlos contra los rangos y las leyes, manifestando públicamente que tenían derecho, como hombres y como cristianos, á la igualdad de todos los beneficios; que no se les podía privar de ellos sin injusticia; que ningún tributo debían á los príncipes, ninguna sumisión á los que pretendían sujetar su creencia, y que el mismo Cristo les había redimido de esta servidumbre.

Mulhausen fué el primer teatro de esta sublevación, que pronto se propagó á la Alemania occidental. Al rededor de Muncer se había reunido desordenadamente un ejército de labradores, que dió un combate al landgrave de Hesse, en el que perdió siete mil hombres; y la ejecución sangrienta de su jefe, que fué hecho prisionero en esta batalla, solo sirvió para aumentar el odio y el espíritu de venganza de sus partidarios. La ciudad de Munster llegó á ser el sitio de su reunión; pronto se hicieron dueños de ella, hicieron salir á los habitantes, saquearon las casas y las iglesias y se prepararon apoderaron un sitio. En esta ciudad fué donde Juan Bokelson de Leyde se dió á conocer como rey de Sion, se hizo proclamar, estableció jueces sobre Israel y envió á tierras lejanas sus apóstoles para estender sus principios y su monarquía. La toma de Munster por el obispo que la sitiaba puso fin á este reinado, y Juan de Leyde sufrió los mas crueles tormentos.

Los anabaptistas habían perdido

su nuevo jefe; pero se continuaba temiéndolos. Había escitado su fanatismo tales desórdenes en Amsterdam, en toda la Holanda y en una gran parte de la Alemania, que por todas partes padecieron una fuerte persecución. No obstante, si los principios religiosos de los anabaptistas aun eran los mismos, su conducta política había cambiado. El poder que habían combatido se había por fin vuelto á levantar sobre las ruinas de su partido, y solo sobrevivían á todos estos fanáticos que habían horrorizado el mundo algunos hombres mas resignados, á quienes solo quedaba el entusiasmo de la doctrina. La guerra estaba declarada contra ellos; ya no manifestaron sino el valor del martirio. Estos hombres habían vuelto á formar una sociedad cristiana. La mayor parte de ellos se reunía en una comarca inculta de la Moravia, y los discípulos de su fundador procuraron entonces dirigirles hácia la perfección de la moral y hácia el amor al trabajo. Formaban entre sí una república particular; pero sus pretensiones á la independencia les atrajeron nuevas persecuciones y luego tuvieron que dispersarse bajo diferentes nombres por las demás partes de la Alemania, por Holanda y por Inglaterra. Allí continuaron haciendo prosélitos, tanto por la austeridad de sus costumbres como por el fervor de su celo; atrajeron á su doctrina diferentes miembros de las sociedades cristianas y tomaron parte, como los demás disidentes, en la colonización del Nuevo Mundo. Este cambio de situación debía hacerles esperar que volverían á tener algun ascendiente; les estaba asegurada la libertad de conciencia como á los demás habitantes; la igualdad de derechos políticos debía ser su resultado; y si la iglesia presbiteriana, que dominaba entonces á todas las demás, tuvo bastante fuerza para abatir y perseguir momentaneamente á sus rivales, se vió luego obligada á recibirlos como aliados y á partir con ellos el imperio de la opinión. En 1651, se permitió á los anabaptistas formar una iglesia á parte. El recuer-

do de los disturbios que habian movido al instalarse, habia sido la causa de que se les mirase como temibles; ya no se vió en ellos sino tranquilos ciudadanos.

Ningun acto de violencia semejante habia podido atraer sobre los cuákeros la persecucion que sufrieron en América. Jamás habian tomado las armas, solo querian señalarse por virtudes cristianas; pero se habian declarado contra los ritos, los sacramentos y las liturjias. Fox, su fundador, predicaba por todas partes sus doctrinas con un celo y una vehemencia que él atribuía á inspiracion divina. Su imajinacion exaltada habia obtenido sobre los hombres sencillos un ascendiente invencible. Pronto tuvo numerosos discipulos, entusiastas como él, y creyéndose como él animados del Espíritu Santo. Ilustrados por la luz celeste en medio de sus profundas meditaciones, un temblor jeneral les avisaba el momento de la inspiracion. Entónces podian descubrir lo que los ojos no habian visto, lo que las orejas no habian oído; espionaban sobre todo las mas altas verdades de la moral. A su vista desaparecian todas las vanidades mundanas; se miraban como los templos del Espíritu Santo, como ministros de su palabra, como llamados á reformar la sociedad cristiana. Por medio de esta tendencia y este entusiasmo inspiraban recelos á las autoridades establecidas.

Las demás clases de no conformistas excitaban otras especies de inquietudes, porque hacian peligrar diferentes dogmas fundados en la revelacion. Los unos admitian la resurreccion, sin esplicarse sobre la forma de que se la revestiria, creían que habia un cuerpo para la tierra y otro para el cielo, y que siendo este incorruptible podria solo heredar el reino de Dios. Los otros acusaban de politeismo las doctrinas del concilio de Nicea; no reconocian la encarnacion de Cristo, la union de las dos naturalezas en su persona, y no creían que su muerte hubiese podido redimir á los hombres de sus pecados. Estos no reconocian otro es-

píritu que la luz interior que nos ilumina, porque Dios no puede ser dividido. Aquellos escluian toda revelacion y todo principio de fe; no formaban ningun acto de esperanza y limitaban su religion á la caridad; no componian sino una sola familia; amarse mutuamente era la primera regla de su asociacion, que fué conocida bajo el nombre de familia ó casa de amor.

Por grande que haya sido la estension que hemos dado á nuestras observaciones sobre las diferentes sociedades religiosas que desde luego se habian emigrado á América, tendremos lugar de reconocer en lo sucesivo que no comprenden aun todas las diferentes opiniones cuyo espectáculo debian presentar un dia estas nuevas comarcas, cuando la tolerancia hubiera abierto allí un campo mas vasto á la actividad del entendimiento humano, y á las diferentes formas de un culto que, á través de todas sus variaciones, no deja de referirse á un Sér supremo.

La persecucion que se habia suscitado contra los judíos no era una innovacion. No habia habido jamás entre ellos y los diferentes ramos del cristianismo, sino treguas pasajeras; los Israelitas eran rechazados de todas las sociedades, y ciudadanos del mundo, no encontraban patria en ninguna parte.

El catolicismo, siempre invariable en sus dogmas, y luchando con constancia contra tantas opiniones, nacidas de su seno y dirigidas contra él, gozaba entónces de los primeros títulos para la proscripcion. La iglesia anglicana, separada de Roma hacia un siglo, solo bajo el reinado de María habia vuelto á entrar en su comunión; se habia desmembrado otra vez durante el de Isabel, y en un sínodo se habia fijado y proclamado su confesion de fe. Así la Inglaterra tenia una iglesia distinta, y las disensiones que esperimentó y que la dividieron en muchas asociaciones religiosas no atrajeron con todo á la corte de Roma ninguno de estos nuevos disidentes: quedaron ligados contra la supremacia de la santa sede; y como llevaron



Erlegung des Alligators.

Spanische neue Alligatoren.
Gaza á los Cocodrilos.

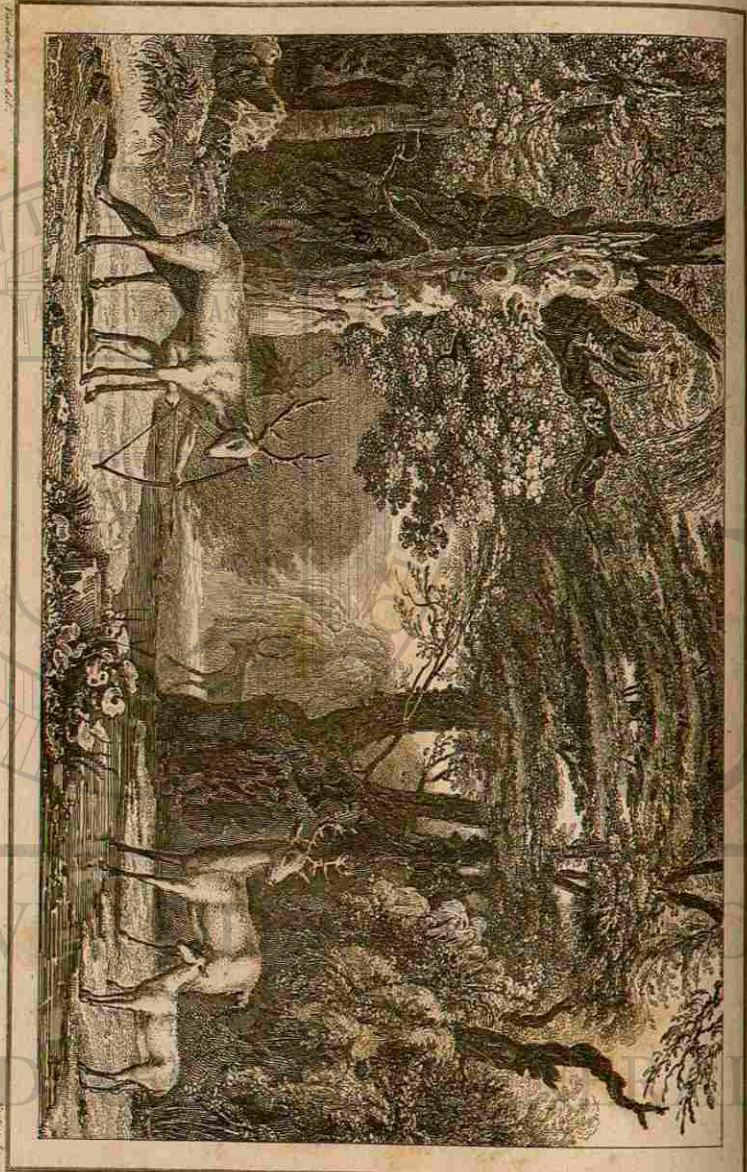
FLORIDES.

FLORIDA.

FLORIDA.



Illustration de l'homme de Floride



*Chaque année l'Esprit
C'est à Jos. Gierova.*

Hirachja&A

De l'homme originaire par Girardin en 1788. Colonne encre par Ribaut en 1864.

á América las prevenciones y animosidades que les habian sido inspiradas, persiguieron el catolicismo antes de admitirle al goce de los mismos derechos.

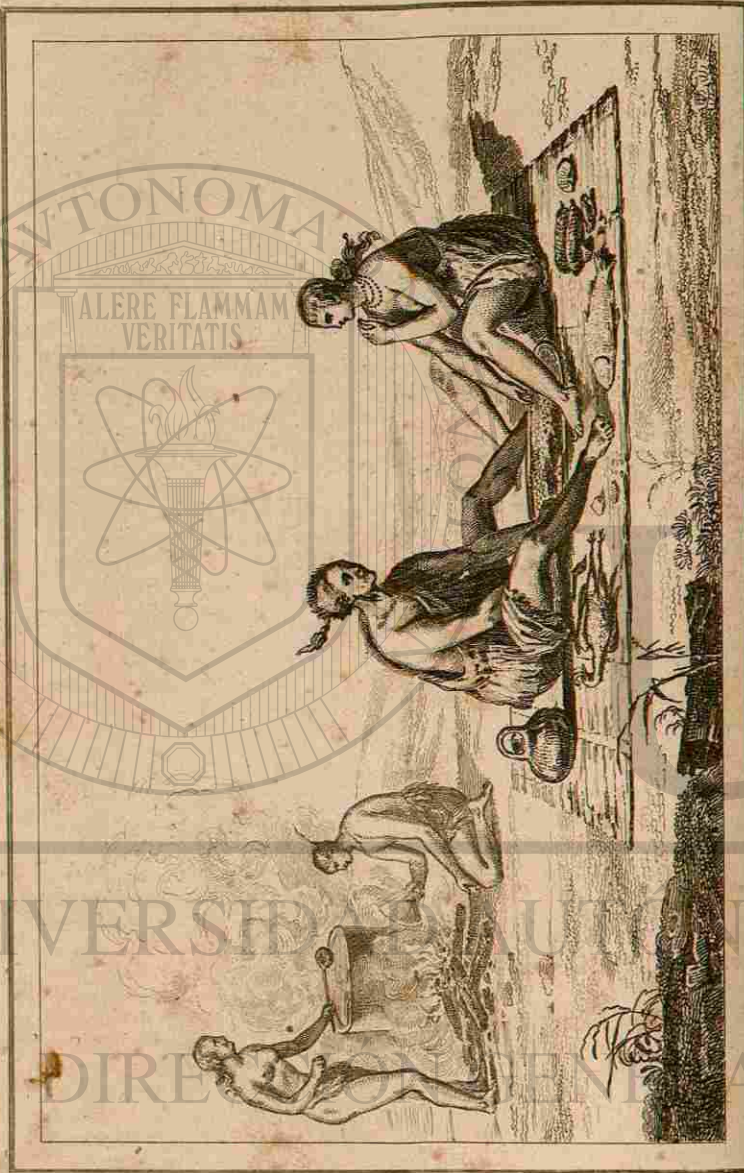
Al deplorar los funestos efectos de los rencores religiosos, no nos sorprendemos por su furor, en un siglo en que el entusiasmo exaltaba todos los ánimos, en que los hombres se perdian en las teorías de un mundo invisible, en que estas opiniones dirijian la política y llegaban á ser un poder. Fué un torrente, pasó, é hizo lugar á un curso de sucesos mas tranquilos. Por grados fueron llegando á conocer que la autoridad civil y religiosa son esencialmente distintas, aunque las leyes sociales y las creencias piadosas pueden prestarse un mutuo apoyo; observaron una misma moral bajo la capa de estos diferentes dogmas que dividian la tierra. La doctrina era diverjente, pero las inspiraciones de la conciencia eran parecidas. Todos los hombres podian pues vivir juntos; y por todas partes se volvian á encontrar estos elementos comunes de la sociedad, que derivan de los afectos del corazón humano; por todas partes se reconocia el amor de la familia, la necesidad de reunirse con los demás hombres, de socorrerse mutuamente, de someterse al freno de las leyes, de darles una sancion superior al poder humano y de erijir sobre la cumbre del social un altar á la Providencia que la proteja y la perpetúe. Pero solo despues de largas vacilaciones se obtuvo tan favorable resultado; fué preciso comprar la prudencia y el bienestar con tristes pruebas de errores y calamidades.

La iglesia presbiteriana, mas numerosa entonces que todas las demás en las colonias inglesas de América, habia tambien recibido nuevos auxiliares durante el reinado de Carlos I. Este príncipe habia continuado persiguiendo en Inglaterra á los puritanos; se abandonó enteramente á los jefes de la iglesia anglicana, y encargó el cuidado de los asuntos civiles y religiosos al doctor Lawd, que solo queria aumentar el ascen-

diente de la iglesia dominante. Se cargó al culto con nuevas ceremonias que le sustrayeron un gran número de partidarios; creyeron poder sostener estas prácticas religiosas con persecuciones; y este último medio no hizo sino levantar contra la iglesia anglicana y el poder civil poderosos y temibles adversarios. Las nuevas doctrinas habian encontrado prosélitos en la clase inferior: luego se adhirieron familias grandes, fuese por principios, fuese por espíritu de popularidad; pusieron cierto teson en sostener opiniones que estaban proscritas por el poder, y para no humillarse, tomaron el partido de desterrarse.

Este espíritu de independencia religiosa llegó á ser favorable á las colonias de la Nueva Inglaterra; allí se buscaba una seguridad de que ya no gozaban los disidentes en la metrópoli; aumentaba el número de los refugiados; y desde el año de 1640 se contaban en esta comarca cuatro mil propietarios y veinte y un mil pasajeros, cuya tercera parte se hallaba en estado de tomar las armas. Los colonos habian fundado muchas ciudades, templos para diferentes comuniones, fortalezas, hospicios, cárceles y un colejio. Tenian puertos, embarcaciones y almacenes, y habian abierto algunos caminos públicos entre sus establecimientos. La colonia de Massachusetts era la mas floreciente; fué dividida en cuatro condados, los de Essex, de Middlesex, de Suffolk y de Norfolk.

Sin embargo vino á detener el curso de estos progresos la guerra civil que estalló en Inglaterra á fines del reinado de Carlos I. Luego se vieron espuestos al azote de una guerra extranjera; y los peligros comunes de las diferentes colonias de la Nueva Inglaterra les hicieron conocer la ventaja de confederarse, poco mas ó menos, segun el plan de las siete Provincias Unidas. Estas colonias eran el Massachusetts, el Connecticut, el Newhampshire y el Maine. No fué admitida Rhode-Island en esta nueva confederacion, cuyos principios eran que hubiese entre los cuatro contrayentes una liga de amistad



ofensiva y defensiva; que los cargos serian proporcionados al número de los habitantes varones; que al saber la invasion de una colonia, las otras tres tratarian de ayudarla; que los asuntos de paz y de guerra serian examinados por comisionados, y que estos se reunirian sucesivamente en Boston, Harfort, New-Haven y Plymouth.

La Inglaterra reconoció y autorizó esta confederacion, que tenia por objeto defenderse y procurar engrandecerse ocupando las rejiones mas occidentales.

A esta sazón todas las colonias de la Gran Bretaña en esta parte de la América no estaban aun contiguas, y se habian formado otros establecimientos europeos entre los de la Virginia y del Connecticut; los habia empezado un célebre navegante inglés; pero entonces se hallaba al servicio de otra potencia.

Enrique Hudson se habia ya señalado por una primera expedición á lo largo de las costas orientales del Groenland; habia visitado otras partes del mar Boreal y habia reconocido las islas del Spitzberg. En un segundo viaje que hizo en 1608, Hudson se dirigió tambien hácia este archipiélago; queria recorrer el mar Boreal de occidente á oriente, para buscar en esta direccion un paso entre el Atlántico y el Grande Océano; pero los vientos contrarios le impidieron penetrar entre el Spitzberg y la Nueva Zembla; tampoco pudo entrar en el estrecho de Waigatz; y la compañía de Londres, que habia hecho los gastos de estas dos primeras expediciones, suspendió el curso de sus investigaciones en los mares glaciales. Entonces se fué Hudson á Holanda; allí entró al servicio de la compañía de las Indias Orientales, y le propuso renovar sus indagaciones para encontrar un nuevo paso hácia las Indias. Habiendo aceptado la compañía sus ofertas, salió de Amsterdam el 4 de abril de 1609 á bordo de la embarcacion *La media Luna*, con veinte hombres de tripulacion. Inmediatamente navegó á lo largo de las costas de Noruega hasta el cabo Norte; visitó luego el mar Blanco, las cos-

tas de la Nueva Zembla, la entrada del estrecho de Waigatz; y habiéndole cerrado el paso la presencia de los hielos, fué á hacer otras tentativas hácia el oeste; alcanzó las costas del Groenland, se fué á las de Terranova, reconoció la Acadia, llegó á la bahía de Penobscot, dobló el cabo Cod, que Gosnold habia descubierto en 1602, y dirigiéndose al sudoeste, llegó á la entrada del Chesapeake; este fué el último punto de su navegacion hácia el mediodía. Luego volvió Hudson á subir la costa sin desembarcar en ella, visitó la entrada del Delaware, y en la vecina costa del cabo Mayo hizo su primer acto de toma de posesion en nombre de la Holanda. Al continuar su navegacion á lo largo de la costa, llegó á las aguas de Sandy-hook, por donde penetró en la bahía de Manhattan, y en el gran rio que ha tomado luego el nombre de este navegante.

El aspecto majestuoso del rio de Hudson, la hermosura, la variedad de sus márgenes y el desarrollo de su curso le hicieron reconocer la importancia y la estension de su descubrimiento. Su vista se prolongaba al oriente sobre las tierra lijeramente ondeadas de la isla de Manhattan, donde residia una tribu de Indios; al occidente veia levantarse una larga barrera de rocas tarpeyas, cuyas columnas irregulares tenian la forma de una palizada, cuyo nombre han retenido (véase la lámina 26). El rio, que subió durante treinta millas inglesas, á lo largo de este poderoso dique, se ensanchaba en seguida, y formaba un estenso estanque, conocido con el nombre de mar de Tappan. Mas al norte, se metió entre una doble cadena de montañas, cuyos machones delineaban sobre el alveo del rio muchos cabos avanzados que variaban la direccion de su curso; mas allá de este pais de montañas, donde la naturaleza es salvaje y pintoresca, donde la navegacion se abre un paso por entre dos baluartes de peñas, cuyo rápido declive está destituido de vejacion, las aguas engrandecian su alveo, y se vertian sobre las campiñas que la naturaleza habia cubierto de inmen-

sos bosques. Hemos ya notado el lujo y el desorden de sus riquezas en todas las tierras fecundas que no han sufrido el cultivo; el mismo espectáculo debía reproducirse muy á menudo en una comarca en que los pueblos no atendian aun al suelo y donde se desconocia el poder del trabajo. Despues se fundó la ciudad de Hudson, en medio de las fértiles llanuras que habian atraído la atencion de este navegante. Continuó el reconocimiento del rio, atravesando un hermoso pais que la industria del hombre debia un dia vivificar, y señaló el sitio donde se debía erijir el fuerte Orange. Habia recorrido ciento sesenta millas del sud al norte, y observó que el flujo del mar levantaba allí algunos piés el volumen de las aguas. Tambien se prolonga mas allá este movimiento; solo se estingue hácia la embocadura del Mohawks, punto principal donde desagua el Hudson, y el choque de ambas corrientes reunidas le opone un último obstáculo.

Cuando el ilustre viajero hubo acabado su importante descubrimiento, cuando hubo abierto relaciones amistosas con los Indios de las riberas, cuando hubo elegido los diferentes puntos donde se podian formar establecimientos útiles, abandonó este pais y volvió á tomar el camino de Europa. Su intencion era volver á Holanda para dar allí cuenta de su expedición; pero el amotinamiento de su tripulacion, cuando se acercaba á las costas de Inglaterra le obligó á desembarcar en Darnmouth, desde donde envió su relacion al director de la compañía de Amsterdam. A consecuencia de este viaje y de los derechos que de él resultaban, fundó el gobierno de Holanda sus primeros establecimientos en los territorios que acababan de ser descubiertos, desde la entrada de la bahía del Delaware hasta hácia la embocadura del Mohawks.

Hudson no hizo mas que esta campaña al servicio de la compañía holandesa; luego fué empleado otra vez por la de Londres, y en 1610 emprendió por su cuenta una última expedición. Habia sido puesto

bajo sus órdenes el navio *la Descubierta* con veinte y tres hombres de tripulacion; querian probar aun la investigacion de un paso entre los dos Océanos, investigacion ya tan fecunda en grandes descubrimientos. Se dirigió el navegante hácia las Orcadas, las islas Feroe, la Islanda, desde donde llegó sucesivamente al punto meridional del Groenland, al estrecho de Davis y á el que lleva hoy su nombre. Navegando aun á toda vela hácia el oeste, penetró en una vasta bahía, cuyas costas examinó, é invernó en una ensenada de la costa occidental donde le detuvieron los hielos. Duraba hacia ya catorce meses su peligrosa y penosa situacion, cuando se sublevó su tripulacion y resolvió abandonarle: le echaron en una lancha con su hijo y algunos hombres de su infortunio y fueron divagando á merced de las olas. La compañía de Londres, tan pronto como supo su desgracia, envió un buque en busca suya, pero no pudieron hallarle. No quedaba ya mas que honrar su memoria; la bahía que Hudson habia descubierto fué consagrada con su nombre; llegó á ser para él un monumento imperecedero, y jamás un hombre sensible á la fama y víctima de su noble celo tuvo sepulcro mas magnífico.

Desde luego concedieron los estados jenerales de Holanda á una compañía de negociantes el comercio esclusivo de los paises que este navegante habia descubierto en 1609. Se erigió el fuerte de Amsterdam hácia la embocadura del rio Hudson; iba á ser el punto céntrico de los establecimientos holandeses. Se construyó el fuerte Orange hácia la parte superior del mismo rio, el fuerte de Buena Esperanza sobre el rio de Connecticut y el fuerte Nassau sobre el del Delaware. En 1629 envió un gobernador á la nueva Béljica la compañía de las Indias Orientales, á la cual se hallaban trasferidas entonces las primeras concesiones.

Hácia algunos años que otra nacion europea se habia establecido en el mediodía de la Nueva Béljica. Gustavo Adolfo, ese rey que se manifestó digno del ilustre autor de su

dinastía, y que hizo inclinarse la balanza política de la Europa en favor de los aliados que le ayudaron en sus victorias, formó, en 1626, el proyecto de fundar una colonia en América, y una expedición de Suecos y de Finlandeses atravesó el océano y fué á la bahía del Delaware. Allí fundaron la ciudad de Cristina, llamada así en honor de la hija de Gustavo Adolfo, recorrieron la bahía, subieron el río hasta sus primeras cascadas, y principiaron á construir en sus orillas las ciudades de Hoarhill, Gotemburgo, Hupland y Elsemburgo. También tenía la Holanda algunos establecimientos en este país. Eran aficionados los Suecos al cultivo como los Holandeses lo eran al comercio; y en tanto que los establecimientos fueron poco numerosos por una y otra parte, ambas naciones vivieron sosegadamente; pero cuando se multiplicaron y se reunieron sus colonias, sobrevinieron rivalidades. Los Suecos quitaron á los Holandeses, en 1655, el fuerte Casimiro, uno de los que estos habían construido en las riberas del Delaware; pero inmediatamente Stuyvesand, gobernador de la Nueva Béljica, armó una flotilla, montada con setecientos hombres, y se dirigió de improviso á la bahía ocupada por el enemigo. No teniendo los Suecos bastantes fuerzas para resistir, se vieron obligados á rendirse por capitulación. Les quitaron los fuertes que habían construido y les volvieron á tomar aquellos de que se habían apoderado momentáneamente. Concedió Stuyvesand la facultad de residir en la colonia á los Suecos que quisiesen permanecer en ella, prestando juramento de fidelidad á los estados jenerales; los demás fueron enviados otra vez á su país ó detenidos como prisioneros de guerra si formaban parte del ejército. Hízose la concordia en las colonias del Delaware entre los habitantes de ambas naciones; mezclaron sus intereses, concurrecieron, cuando llegó el caso, á la defensa común, y se unieron muchas veces para rechazar algunas partidas inglesas que procuraban establecerse en el mismo país. Este territorio,

aunque fué reunido á la Nueva Béljica, tenía sin embargo una organización separada; se diferenciaban los estados de las riberas del norte y del sud, porque el Hudson y el Delaware eran también conocidos por estos dos nombres; y teniendo ambos países intereses muy distintos, pronto resultó de esto un desmembramiento territorial aun mas completo.

Mientras que los Holandeses y los Suecos ocupaban ambas orillas del Delaware, fundaban los Ingleses en las del Chesapeake la hermosa colonia del Maryland, separada de la Virginia por el curso del Potomac. En 1632 había concedido Carlos I. este territorio á Cecilius lord Baltimore, y la expedición que Leonardo Calvert, hermano suyo, llevó allí, llegó al año siguiente á la embocadura del río que servía de límite. Componíase de doscientos hombres; establecióse con consentimiento de los Indios, en Yamaco, que recibió el nombre de Santa María.

Eran católicos todos los principales habitantes; perseguida su religión en Inglaterra, iba á reinar en esta nueva colonia, y un gran número de familias que pertenecían á la misma iglesia fueron allí á buscar un refugio. Los sabios principios de tolerancia profesados por lord Calvert hicieron también que llegasen al Maryland diferentes clases de religiosos que habían desterrado de las demás colonias, ó que las habían abandonado voluntariamente para librarse de persecuciones. Esta ilustrada política aumentó rápidamente la población del país. La bahía del Chesapeake, el curso del Potomac, la entrada de la Susquehana, le proporcionaban grandes líneas de navegación. El comercio iba á encontrarse en el Patapsco un nuevo abrigo, y pronto empezó á levantarse la ciudad de Baltimore en las orillas de este río y al pié de las colinas que debían un día cubrir con sus edificios y gloriosos monumentos.

Al recordar el orijen de las colonias europeas formadas á lo largo de las costas de América, las hemos visto establecerse inmediatamente

otras bajo muchas banderas diferentes. Las colonias inglesas eran las mas numerosas, y las de Holanda se hallaban amenazadas por su cercanía y sus fuerzas; pero se habían formado hacia el norte otros grandes establecimientos europeos. La Francia y la Inglaterra, rivales despues de tanto tiempo, iban á volver á batirse en el Nuevo Mundo.

Aunque no tenemos motivo para ocuparnos del Canadá y de la Acadia hasta tanto que su historia se una con la de las posesiones vecinas, son necesarias algunas descripciones sobre el orijen y la situación de estas dos colonias francesas para la inteligencia de los sucesos.

Los títulos de la Francia sobre una porción del continente de América se remontaban á la expedición de Verazzani, quien, en 1524, estuvo encargado por Francisco I. de hacer un viaje de descubrimientos. Las vicisitudes del reinado de este príncipe y las guerras que le ocuparon en Europa suspendieron la ejecución de sus proyectos en América; pero se prosiguieron en 1534. Jaime Cartier, de San Maló, llegó al cabo de Buenavista en la isla de Terranova; reconoció sus costas septentrionales, fué al golfo de San Lorenzo y tomó posesion de sus márgenes en nombre de la Francia. Al año siguiente visitó la isla de Anticosti que divide en dos brazos la inmensa embocadura del río; prosiguió su navegación hacia el oeste, entró en el río de Saquenay, donde algunas tribus de Algonquinos tuvieron relaciones con él, y subió el río de San Lorenzo hasta la isla de Hochelaga. Los Hurones tenían allí una gran población, cuyo recinto circular estaba fortificado con una hilera de palizadas, formadas de grandes vigas, clavadas profundamente en la tierra y atadas unas con otras. Estaban sus cabañas construidas de la misma manera. En estas empleaban algunos troncos mas endebles, cuyos extremos adelgazados se reunían en lo alto en forma de colmena, ó se encorbaban en la de bóveda para cubrir la habitacion (véase la lámina 21). Dominaba todo el país una

montaña situada en medio de la isla. Cartier le dió el nombre de Monte Real, nombre que fué ligeramente alterado en el siglo siguiente.

Aun era este viaje un mero reconocimiento; sin embargo preparó la colonia que se debía fundar mas adelante. Roberval de Picardía obtuvo de Francisco I. una comision que le autorizaba á establecerse, con el título de teniente jeneral y de virey, en todos los países que rodeaban el golfo de San Lorenzo. Hizo un viaje á ellos en 1541. En el mismo año, uno de sus pilotos, Alfonso, reconoció las costas orientales del Labrador; y Roberval, que aun hizo otras expediciones al Canadá, pereció en la de 1549 con su hermano, que había tomado parte como él en las guerras de Italia, y á quien Francisco I. había llamado el jendarme de Anibal.

Llegábase al reinado de Enrique II, y la Francia tuvo que sostener en todas sus fronteras sangrientas guerras, que hicieron renunciar á otras empresas. Francisco II, sucesor de este príncipe, no hizo mas que subir al trono, y Carlos IX. lo ocupó demasiado tiempo. En la introduccion de nuestra obra hemos seguido la serie de empresas que se intentaron en América durante este funesto reinado. Enrique III, que heredó los disturbios y desgracias del reino, concedió en 1588, el comercio esclusivo del golfo de San Lorenzo á Chaton y á Noel, sobrinos de Jaime Cartier; pero pronto se revocó esta comision. Hacía mucho tiempo que estaban suspendidas las grandes expediciones para el Canadá, cuando Ravillon pasó á él en 1591, no tanto para ocuparse en descubrimientos como para trabajar en la pesca de las focas, que entónces abundaban en aquellos parajes.

Cuando la Francia, fatigada de discordias, descansó en fin bajo la autoridad paterna de Enrique IV, este príncipe volvió á emprender los proyectos de colonización, tantas veces abandonados. Nombró al marqués de la Roche su teniente jeneral en los países del Canadá, Hochelaga, Labrador, Norimbeiga y Terranova; le autorizó para aprestar buques, le-

vantar tropas, para llevarse todas las personas útiles para el establecimiento de una colonia, para edificar fuertes y ciudades, para conceder tierras, feudos y algunos señoríos bajo diferentes títulos, y para hacer para el gobierno de estos países todos los reglamentos que le parecieran útiles. Mas no tuvo buen éxito la empresa de la Roche. Tratando de llegar al continente de América, tocó primeramente en la isla de Sable, y dejó en ella cuarenta hombres para ensayar un establecimiento; pasó en seguida á reconocer las costas de Acadia, y despues de haber recojido allí las noticias que deseaba, regresó á Francia para concluir los preparativos de una segunda expedición. En ella fué retenido prisionero de guerra por el duque de Bretaña, que se habia sublevado contra la autoridad del rey, y murió antes de haber podido emprender la realizacion de sus designios. Cuando informado Enrique IV de la triste situacion de la colonia de la isla de Sable, quiso mandarla conducir á Francia, ya el hambre habia acabado con la mayor parte; solo habian sobrevivido doce hombres.

Muerto la Roche, fué sucesivamente concedido su privilegio á Chauvin, capitan de navio; al comandante de Chatte, gobernador de Dieppe; y por último á Pedro de Monts, que consiguió, como sus antecesores, el derecho esclusivo del tráfico de la peletería. Este comercio parecia entonces constituir el objeto mas importante de las expediciones dirigidas hácia Acadia y el Canadá. Pontgravé, negociante de San Maló, habia hecho con este fin varios viajes á Tadoussac, lugar situado cerca de la embocadura del Saquenay. Los Indios venian á este punto á hacer sus cambios; y este comercio, privilegiado para una sola compañía, producía grandes beneficios.

En 1594 fueron reconocidas todas las costas de Acadia desde el cabo Canceau hasta la estremidad sudeste, y desde allí hasta la bahía de Fundy, en la que estaba situado Puerto Real. Mandaba esta expedición Monts, y hacian parte de ella

Champlain y Poutrincourt. Este último consiguió que le concediesen Puerto Real, en donde se podia hacer un hermoso establecimiento, pero no tuvieron cuidado ni de fortificarle, ni de cultivar las tierras inmediatas, y así quedó el pais abierto á todos los ataques.

El Canadá fué organizado con mas prevision. Champlain proseguia allí sin descanso sus trabajos útiles; y este hombre, de alma elevada, consagró el resto de su vida á los intereses de una colonia tan importante. En 1608 echó los cimientos de Quebec, mandó empezar el desmonte de los terrenos inmediatos, practicar varios reconocimientos en el interior, y prolongó sus establecimientos en la orilla septentrional del rio y de los grandes lagos. Dos grandes naciones indias entraron entonces en relaciones habituales con los Franceses; estaban en la misma orilla y habia disposicion de cultivar su amistad. Los Algonquinos ocupaban, con diferentes nombres de tribus, las partes inferiores del Canadá; los Hurones se estendian hácia el oeste hasta el lago que lleva su nombre. Ambas naciones estaban separadas por el rio San Lorenzo de la confederacion de los Iroqueses, sus enemigos irreconciliables; y este gran limite no impedía que hubiese frecuentes ataques entre los Indios de las orillas opuestas. Atravesaban el rio en sus largas piraguas, cuyos costados estaban cubiertos con corteza de abedul: muchas veces su única embarcacion era el tronco de un árbol, vaciado por la accion del fuego, y formado en ruda figura de piragua con una hacha de piedra (véase la lamina 19).

Desembarcaban impensadamente y á favor de la sombra de la noche en el punto de la orilla que querian sorprender, devastaban los pueblos pequeños, y corrían luego á sus piraguas para pasar al otro lado del rio. Decíase de los Algonquinos que venian como zorras, atacaban como leones, y huían como pájaros.

No procuró Champlain hacerse mediador entre estas naciones enemigas; miraba como útiles auxilia-

res para sí mismo á las colonias indias cercanas á los establecimientos franceses, y se unió á una expedición de los Algonquinos para penetrar en el mediodía de San Lorenzo, en la comarca que ocupaban los Iroqueses. En este viaje descubrió Champlain el lago que ha conservado su nombre; y este descubrimiento se hizo en el mismo año que el del rio de Hudson, de que nos hemos ocupado antes.

Empeñose de una manera notable el sangriento combate que los Indios iban á librarse. Sobrevenia la noche cuando los Algonquinos encontraron al enemigo; le preguntaron si queria combatir en el mismo momento, y los Iroqueses propusieron que se retardase el ataque hasta la mañana siguiente: «La noche seria oscura, y los Iroqueses se defendieron con denuedo; pero aun no habian experimentado el efecto de las armas de fuego y no pudieron resistir á Champlain y á algunos arcabuceros franceses que ocupaban el centro de las tropas enemigas. Los Algonquinos llevaron á su pais un gran número de cabelleras con que sus mujeres se cubrieron el seno, como un adorno y un glorioso despojo.

La derrota de los Iroqueses les hizo conocer que al otro lado del rio tenian un enemigo mas, y este combate fué el principio de la animosidad que concibieron contra los Franceses. Su confederacion, reducida á armas muy desiguales, se veia obligada á esperar la ocasion de vengarse; pero las rivalidades de las potencias europeas que habian formado en América algunos establecimientos, debian pronto procurar á esta nacion salvaje auxiliares y celosos protectores.

Hemos ya visto cómo los Europeos procuraban suplantarse mutuamente en sus nuevas adquisiciones. En 1613, el capitan inglés Samuel Argall habia dado este ejemplo de hostilidad, usurpando la Acadia, de donde pretendia escluir todas las demás

naciones. La flotilla que mandaba habia sido despedida de Virginia para hacer un viaje de descubrimientos hácia el norte. Supo Agall que los Franceses habian formado en la bahía de Fundy el establecimiento San Salvador, colocado en la ribera occidental; dirijióse á él velozmente y se apoderó sin tirar un tiro de una estacion en que aun solo se encontraban veinte y cinco habitantes. Puerto Real, situado en la ribera oriental de la misma bahía, era la capital de la colonia; se habia empezado allí un fuerte; allí se hallaba un gobernador cuya autoridad debia estenderse sobre todos los establecimientos de la Acadia; pero no tenia ni guarnicion, ni municiones de guerra; solo tenia con él un pequeño número de hombres; y los diferentes puntos de la costa sometidos á su jurisdiccion estaban solo ocupados por cabañas, levantadas para la comodidad de los pescadores ó para el tráfico de pieles. Ninguna resistencia pudo sufrir Agall al presentarse delante del puerto; su invasion era tanto mas inesperada cuanto que la Francia y la Inglaterra se hallaban entonces en paz. En Acadia se habian limitado á ponerse al abrigo de las incursiones de los salvajes, y ninguna medida habian tomado contra las de los Europeos.

Solo tuvo esta agresion un efecto pasajero, y pronto los Franceses volvieron á entrar en sus establecimientos; pero los peligros de la Acadia se hicieron mas graves y mas habituales, cuando las colonias de la Nueva Inglaterra fueron principiadas en 1620, y sobre todo cuando se hubieron estendido hácia el norte, hasta las cercanías de la bahía de Fundy. Entonces los establecimientos de dos potencias rivales se encontraron reunidos, las disputas se hicieron mas acaloradas, las invasiones mas fáciles, y en esta lucha de ambicion y de intereses, la ventaja debia finalmente quedar á favor de las colonias que tenian mayores fuerzas y recursos á su disposicion.

El gobierno francés no se ocupaba bastante de la Acadia, y experimentó muy á menudo los tristes efectos

de esta indiferencia hacía una posesion que habria podido proteger los establecimientos formados en Terranova, las pesquerías del golfo de San Lorenzo, y las libres relaciones del Canadá con la metrópoli. La Acadia se hallaba abandonada á las invasiones de la Inglaterra ó de sus colonias desde que estalló un rompimiento entre la Gran Bretaña y la Francia. Entonces se renovaba demasiado frecuentemente la ocasion de estas hostilidades. Los dos gobiernos solo tenian treguas pasajeras; las guerras que se hicieron durante dos siglos no eran interrumpidas sino por la aniquilacion y por la necesidad de descanso. La costumbre de pelear producía las mas profundas enemistades; y bastaba una chispa para encender de nuevo el fuego mal apagado. En medio de estas vicisitudes, la Acadia veía tambien menoscabarse sus débiles medios de defensa; tomada y vuelta á tomar, recibía sucesivamente de cada nacion algunos nuevos habitantes, mientras que duraban estas ocupaciones pasajeras. Esta mezcla de poblacion hizo nacer pretensiones opuestas entre los propietarios ingleses y franceses; cada uno de los dos gobiernos encontraba en el mismo país un partido pronto á favorecerle; y este conflicto de intereses, esta diversidad de inclinaciones hacia mas incierta la situacion de la Acadia, y la esponia á nuevas mudanzas de soberanos.

Durante la guerra de 1627, usurpó este país el capitán David Kercht, que nació en Dieppe, y se refugió á Inglaterra, donde los calvinistas de Francia hallaban entonces socorros. La escuadra que mandaba se dirigió luego al Canadá, subió el río de San Lorenzo y fué á hacer el sitio de Quebec, donde mandaba Champlain. Frustróse su empresa; pero el 29 de julio de 1629 volvió á presentarse delante de la plaza con una escuadra mas numerosa que acababa de interceptar, hacía la embocadura del río, un convoy de provisiones y de municiones de guerra. Se esperaban impacientemente estos socorros en la plaza, donde se hallaban reducidos á

la última necesidad; y Champlain, no pudiendo contar ya con ellos, tuvo que aceptar una honrosa capitulacion. Entonces solo tenia Quebec cien habitantes; sin embargo era el lugar mas importante de la colonia; y por su decaimiento se puede juzgar del abandono en que el gobierno francés le habia dejado. Eran infructuosos algunos esfuerzos aislados é instantaneos; hubieran sido precisas la reunion y la constancia de los medios de defensa y de colonizacion; no bastaba el celo de los gobernadores que enviaban, cuando les faltaban recursos efectivos.

Pero las guerras de religion que se habian encendido en Francia durante el reinado de Luis XIII, habian debilitado las fuerzas del reino; la Francia se destrozaba por sus propias manos; todo el mediodia era presa de discordias civiles. La Rochela, principal baluarte de los protestantes, había resistido por mucho tiempo á los ejércitos reales. Cuando finalmente esta plaza fuerte hubo sucumbido y arrastrado en su ruina el partido que habia defendido, la guerra condujo los Franceses hacia los Alpes y se hicieron dueños de la entrada del Piamonte forzando el Paso de Suza. La conclusion de la paz fué el fruto de sus primeras victorias en Italia; firmóse en Suza entre la Francia y la Inglaterra, el 24 de abril de 1629, mas de tres meses antes de la segunda empresa contra Quebec. Este tiempo habria podido bastar para hacer llegar á América la noticia de una reconciliacion y para impedir allí una prolongacion de hostilidades que la paz ya no permitia. En 1632, por el tratado de San German en Laye, fueron entregados á la Francia el Canadá y la Acadia.

Despues del restablecimiento de la paz, las colonias europeas formadas en el Nuevo Mundo pudieron ocuparse con mas seguridad de su cultivo y de su comercio; pero estallaron disensiones entre la Nueva Inglaterra y la Nueva Béljica, y se observaban mutuamente con envidia. La Gran Bretaña jamás habia reconocido positivamente los derechos de los

Holandeses sobre los países que bañan los rios Hudson y Delaware; solo veía en sus establecimientos una usurpacion de territorios que ella misma habia cedido á la compañía de Plymouth; y despues de haber sufrido con impaciencia una toma de posesion que miraba como contraria á sus propios derechos, solo aguardaba una circunstancia favorable para hacerlos revivir. Presentó esta ocasion la guerra que sobrevino en 1652 entre la Gran Bretaña y la Holanda; y el fuego encendido en Europa no tardó en propagarse á las colonias de América. Los Ingleses acusaban al gobernador de la Nueva Béljica de haber incitado las naciones indias á hacerles la guerra. El Connecticut se quejaba de una usurpacion de sus dominios; reclamó los socorros de la metrópoli; y Cromwell, convertido en protector de la Gran Bretaña, autorizó á la Nueva Inglaterra á hacer una leva de quinientos hombres y á probar una expedicion contra la Nueva Béljica; no obstante los preparativos se hicieron con lentitud, y la invasion proyectada impidió el restablecimiento de la paz, firmada el 4 de abril de 1654, entre la Inglaterra y la Holanda.

Las colonias inglesas podian contar con el interés del protector. Mucho tiempo antes de su elevacion, Cromwell habia querido asociarse á su destino. Vehemente secuaz de los puritanos, iba á seguir á sus amigos en el Nuevo Mundo; pero se prohibió repentinamente la emigracion de los disidentes, y el rey, impelido invisiblemente hacía su desgracia, detuvo en Inglaterra al hombre que luego le hizo subir al cadalso. Cromwell miraba los progresos de las colonias como esenciales para el poder marítimo de la Inglaterra, para ese poder cuya base descansó por tanto tiempo en el acta de navegacion publicada en 1652 por el gran parlamento. Tres años despues mandó atacar las colonias españolas; y la escuadra que habia tenido encargo de hacer una expedicion contra la isla de Santo Domingo, habiendo salido mal de aquella empresa, usurpó repentinamente la Jamaica á donde la

Inglaterra se apresuró á enviar algunas fuerzas mas numerosas para hacer allí el centro y punto de apoyo de sus operaciones.

Ponia Cromwell tanta importancia en la posesion de la Jamaica que tenia deseos de hacer pasar allí una colonia de puritanos del Massachusetts, para que la dominacion de la Inglaterra estuviese mas firmemente asegurada con una poblacion y una religion nueva. Quiso tambien llevar una colonia parecida á los desiertos de la Irlanda, donde solo habia apagado la guerra civil con torrentes de sangre; pero los puritanos de América prefirieron á las casualidades inciertas de ambos establecimientos nuevos las ventajas positivas que gozaban; y por su aficion al suelo de la Nueva Inglaterra se puede deducir que este país se encontraba entonces en una situacion próspera.

Con todo las disputas sobre límites, que se habian calmado entre las colonias inglesas y las de Holanda, empezaban á reanimarse y tomaban cada dia un aspecto mas grave. No hubo allí rompimiento alguno durante el protectorado ni en los primeros años del reinado de Carlos II; pero en 1664, abrazando este monarca las miras de engrandecimiento formadas antes de él y favorecidas por la opinion pública, quiso hacer valer las antiguas pretensiones de la Inglaterra sobre la Nueva Béljica, y cedió el territorio á su hermano, el duque de York y de Albany. Una escuadra mandada por Sir Roberto Carr tuvo el encargo de atacar las posesiones holandesas; se presentó el 19 de agosto á la entrada del río de Hudson, y se atacó y se intimó la rendicion á la plaza de Nueva Amsterdam. Stuyvesand era gobernador de la colonia holandesa; la habia hecho prosperar en diez y ocho años de administracion; la habia engrandecido con la conquista de las posesiones suecas situadas sobre el Delaware, y deseaba defender la plaza; pero como no le secundaban los ánimos de los habitantes, quienes temian que una resistencia inútil empeorase su situacion, se vió obligado á capitular.

Un destacamento, mandado por Carteret, subió el río y se apoderó del fuerte Orange, donde los Ingleses tuvieron luego una entrevista amistosa con los diputados de las naciones indias más cercanas á sus nuevas posesiones. Roberto Carr conducía al mismo tiempo otro cuerpo de tropas sobre las orillas del Delaware, y se rindieron por capitulación los fuertes que ocupaban los Holandeses y algunas familias de cultivadores. Nueva Amsterdam y todo el país que riega el Hudson recibieron el nombre de Nueva York, en honor del príncipe á quien se había hecho la concesión; el fuerte Orange recibió el nombre de Albany, y la región situada al oriente del Delaware, el de Nueyo-Jersey.

La Gran Bretaña, que hacía tan importantes adquisiciones en esta parte de la América, se hallaba también desposeída de las colonias de Surinam por los Holandeses; y cuando el tratado de Breda acabó, en 1667, la guerra de ambas potencias, cada una de estas guardó las conquistas que había hecho. La Holanda conservó Surinam, y la Inglaterra retuvo las preciosas posesiones de que se había apoderado.

Algunos años después estalló otro rompimiento. El 30 de julio de 1673 la flota holandesa volvió á tomar á Nueva-York, y también se rindieron las demás plazas de las orillas del Hudson, de Long-Island y de Nueva-Jersey. Entonces se separaban estas colonias sin temor de una soberanía nueva, que aun no había podido cambiar ni sus afecciones, ni sus costumbres; pero duró poco esta reintegración de la Holanda en los establecimientos que había perdido: la paz firmada en 1674 entre ella y la Inglaterra, confirmó las cláusulas del tratado de Breda y volvió á poner á la Inglaterra en posesión de los territorios que acababan de quitarles momentaneamente.

Con este motivo se encontraba anodada la concurrencia comercial de la Holanda en esta parte de la América; adquiría la Inglaterra un hermoso país cuya riqueza es inagotable, y un puerto ancho y seguro,

destinado á ser el depósito del comercio del mundo. La población y los edificios aun no tenían nada de notable, y en este momento solo vemos la cuna de una nueva ciudad; pero la elección de la situación nos advierte la suerte que la espera. La navegación de un gran río hace bajar y circular hácia sus muros todas las producciones del interior; el océano le lleva los tributos de los demás países; y estos cambios entre la tierra y el mar se hacen en un estuario espacioso, siempre abierto, y cuyos ataques son fáciles de impedir. Si los habitantes que atrae la feliz situación de esta ciudad naciente, se hallan retenidos allí por leyes sabias, por los beneficios de la tolerancia y por los progresos de un comercio sin trabas, se interesa uno en el curso de sus prosperidades, y se prevé la influencia que han de tener sobre las de una nación entera.

La Inglaterra, al paso que daba á sus colonias del norte tan gran aumento, extendía también sus adquisiciones al mediodía de la Virginia; principiaba sus establecimientos en las vastas regiones de la Carolina y se iban acercando á los lugares que los Franceses habían ocupado allí. Aun se conservaba entre las naciones indias el recuerdo de sus expediciones; hemos también visto que habían quedado en el país algunas familias que se libraron de su desastre. En 1622, muchos Ingleses fueron á su vez á refugiarse allí, cuando sus plantíos de Virginia fueron atacados furiosamente por los salvajes, y se adelantaron hasta las riberas del río Mayo. Si hallaron en los lugares en que los Franceses les habían precedido algunos de aquellos Bretones cuyo idioma era el mismo que el del país de Gales, se explica fácilmente cómo creyeron encontrar en ellos los restos de una antigua colonia gala.

Bajo el reinado de Carlos I, sir Roberto Heat obtuvo en este país una concesión de territorio á la cual no siguió establecimiento alguno; y solo en 1662 el conde de Clarendon, gran canciller de Inglaterra, volvió á concebir el proyecto de fundar allí una colonia. Deseando Carlos II re-

compensar sus servicios y los de muchas familias poderosas que habían favorecido su advenimiento al trono, les concedió todas las tierras que se extendían entre el río Mayo y la Virginia; y ocho señores ingleses fueron declarados propietarios de la Carolina, según una carta que solo reservaba á la corona el derecho de dominio soberano. El primer desvelo de los lores-propietarios fué establecer las bases del gobierno que iban á dar á la colonia, y recurrieron á las luces de Locke para combinar todos sus elementos. Vamos á presentar el análisis de estos proyectos de constitución, que pronto fué preciso modificar, cuando se hubo sometido á la experiencia la abstracción de teorías. Temía el legislador los desvíos de la democracia, y se arrojó en otros peligros, haciendo solo emanar de algunas familias el principio de todos los poderes.

El jefe del gobierno tenía el título de palatino: esta distinción pertenecía al mas anciano de los ocho señores propietarios de la Carolina, y después de su muerte debía pasar al mas anciano de los que le sobrevivían. Para los otros propietarios se crearon siete grandes dignidades; las de almirante, de chambelan, de canciller, de condestable, de jefe de justicia, de contralor jeneral y de tesoroero. Toda la provincia debía ser dividida en condados, y cada condado comprendía ocho señoríos, ocho baronías y cuatro distritos, subdivididos cada uno en seis colonias. Cada señorío, baronía y colonia tenía doce mil fanegas de tierra. Los ocho señoríos de cada condado pertenecían á los lores-propietarios, las ocho baronías á la nobleza, y las veinte y cuatro colonias á los simples habitantes. La nobleza era hereditaria, y se componía de landgraves y de caciques: había un landgrave y dos caciques por condado; cada landgrave poseía en él cuatro baronías, y cada cacique dos. Unos y otros eran nombrados por los lores-propietarios; su título pasaba á su hijo mayor; y si se acababa la línea, se nombraba un título nuevo, á fin de que hubiese siempre el número que fija la ley. El

gobierno podía constituir en hacienda una propiedad territorial que tuviese lo menos tres mil fanegas de tierra, y lo mas doce mil. Era una especie de feudo, y de este modo se formaba una tercera clase privilegiada. En cada señorío, baronía y hacienda, tenía el titular derecho de tener un juzgado en el cual se juzgaban todas las causas civiles ó criminales, que tuviesen relación con sus habitantes y vasallos. El señor de una hacienda podía enajenarla con todos sus derechos, pero no la podía dividir. Todos los vasallos feudales de un señorío, baronía ú hacienda estaban bajo la jurisdicción esclusiva de su señor, y no podían dejar su tierra sin autorización suya. Cualquiera podía darse esta calidad, haciéndose inscribir voluntariamente como á tal en los registros del condado. Cada vasallo recibía, al casarse, de su señor, diez fanegas de terreno vitalicio, y le debía pagar un cánón anual del octavo de su producto. La constitución establecía ocho tribunales superiores; uno presidido por el palatino, y los demás cada uno por uno de los siete grandes dignitarios. El tribunal palatino, compuesto de los lores-propietarios, tenía la facultad de convocar los parlamentos, de perdonar, de nombrar una parte de los empleos, de oponer su veto á los actos del gran consejo y del parlamento; y cuando el palatino estaba presente en el ejército, tenía autoridad de jeneral. El tribunal del canciller se componía de él y seis consejeros; y de un modo análogo estaban formados los del jefe de justicia, del condestable, del almirante, del tesoroero, del contralor jeneral y del chambelan. El gran consejo se componía del palatino, de los siete grandes dignitarios, de los cuarenta y dos consejeros de los juzgados superiores; preparaba todas las proposiciones que debían presentarse al parlamento. En cada condado había un tribunal, compuesto de un sheriff y de cuatro jueces; y en cada distrito un juzgado de un contralor y cuatro jueces. En las causas se podía apelar del fallo del juzgado del distrito al del condado. Uno ó mas individuos

del gran consejo pasaban dos veces al año á los diferentes condados, con el objeto de celebrar juicios extraordinarios con el sheriff y los cuatro jueces. Habia establecido un jurado de doce miembros cerca de los juzgados de distrito, de condado, criminal, y de los lores-propietarios. Estaba prohibido abogar por dinero ú otras recompensas.

El parlamento se componia de los lores-propietarios ó de sus diputados, de los landgraves, de los caciques, y de un terra-teniente libre por cada distrito. Se reunian todos juntos en una misma cámara, y cada miembro era nombrado por dos años. Los actos de la asamblea no tenían carácter de ley hasta ser ratificados por el palatino y los miembros de su tribunal. Para evitar la multiplicidad de leyes, fué convenido que al cabo de un siglo se abolirian todas las de un parlamento, á escepcion de las que se hubiesen puesto formalmente en vigor; y para no oscurecer las leyes y las constituciones, fueron prohibidos los comentarios.

En cada señorío, baronía y colonia debia haber registros para las fés de bautismo, los casamientos y las muertes. Cada ciudad debia ser gobernada por un alcalde, doce rejidores y veinte y cuatro miembros del consejo. Fué fijado por una ley el sitio de los puertos; y los cargamentos y descargos de las embarcaciones no se podian efectuar en otros puntos de la costa.

No estaba permitido á hombre alguno gozar del derecho de ciudadanía en la Carolina, y tener en ella bienes y residencia, si no reconocia que hay un Dios y que este Dios debe ser honrado pública y solemnemente. El parlamento cuidaba de la construccion de las iglesias y del mantenimiento de los ministros de la religion anglicana; pero tambien podia practicarse cualquiera otra religion. Cada habitante debia inscribir en un registro la iglesia ó profesion de fe á que pertenecia. No podia desempeñar cargo alguno ni gozaba del beneficio y de la proteccion de las leyes antes de ser miembro de una co-

munion. Ningun hombre, de cualquiera creencia que fuese, podia turbar una asamblea religiosa, ni usar de espresiones ofensivas contra otra creencia. Los esclavos eran admitidos, lo mismo que los hombres libres, en las iglesias que escojiesen, sin que por eso cambiasen de condicion: y todo hombre libre tenia una autoridad absoluta sobre sus esclavos negros.

Ningun hombre libre podia ser juzgado, civil ni criminalmente, sin un jurado compuesto de iguales suyos, ni podia reclamar la posesion de un terreno que habia adquirido de los naturales por compra, donacion ó otro modo; era necesario que derivase sus derechos de los lores-propietarios, ó de contratos celebrados bajo su autoridad; y el que violaba esta regla se esponia á perder todos sus bienes y sufrir un destierro perpetuo. Cada libre terra-teniente debia pagar á los lores-propietarios un censo anual de un penique por fanega de tierra. El derecho de naufragio, la explotacion de las minas y la de las principales pescas pertenecian á los lores-propietarios. Todos los habitantes y hombres libres de mas de diez y siete años, tenían obligacion de tomar las armas, cuando el gran consejo lo creyese necesario para la seguridad de la colonia.

Tales eran los principios consagrados por Locke en su plan de constitucion; pero la mayor parte de estas reglas se parecian demasiado á las del gobierno feudal para poder convenir á hombres que pasaban á América con la esperanza de hallar allí mas libertad y de sacudir el yugo de los privilegios. Las formas del gobierno no eran bastante representativas; no admitian á participar en la formacion de las leyes mas que un número muy reducido de poseores coloniales; y la preeminencia de los lores-propietarios, de los landgraves y de los caciques, era demasiado absoluta en estas asambleas. Este título de caciques, tomado de las naciones americanas, no suponía sin embargo que fuesen estas admitidas á participar de los mismos derechos. La usurpacion del nombre de sus je-

fes era un despojo mas. Hasta se llegaba á apropiarse la dignidad que recordaba su antigua independencia; y los jefes indios, los lejitimos caciques estaban reducidos á refugiarse con los restos de sus tribus, en los profundos bosques y en los valles de las montañas, retiros oscuros donde un dia serian perseguidos.

Se habrá podido observar, al recorrer el análisis de la constitucion dada á esta colonia, que el comercio de los negros y el mal de la servidumbre fueron introducidos en ella desde el momento de su formacion. Ya estaba admitido en la Virginia emplear esclavos; y la Carolina, desmembramiento de esta, recibió de ella la funesta herencia de un sistema que por muchos siglos debia pesar sobre una parte del género humano.

Si bien en el gobierno trazado por Locke habia consagrados muchos principios que con el tiempo debian ser derribados, tambien habia otras instituciones menos percederas y dignas del sufragio de todos los hombres. Los tribunales eran bastante justicieros: el establecimiento del jurado protejia á los acusados; la administracion municipal estaba establecida. Sobre todo se notaban los principios de tolerancia profesados hácia los otros cultos, bastaba creer en la Divinidad y hacerla homenaje. Cada hombre podia honrarla del modo que le parecia mas conforme á las luces de su razon y á las inspiraciones de su conciencia. Locke habia adoptado la Santa Escritura por regla de su vida: decia que en el dia del juicio no le preguntarian si habia seguido á Lutero ú á Calvino, sino si habia amado y buscado la verdad.

Esta tolerancia produjo la concurrencia en la Carolina de un gran número de hombres de todas las opiniones religiosas. Los que habian perdido su fortuna en las guerras civiles de Inglaterra vinieron á buscar los medios de repararla. Antiguos afectos al rey, que se habian mostrado fieles á su desgracia, obtuvieron concesiones de tierras en la nueva colonia, y se facilitó en ella el estableci-

miento de los hombres turbulentos y descontentos con su suerte, que podian servir de gravámen en la metrópoli.

La adquisicion de las islas de Bahama siguió de cerca á la ocupacion de la Carolina, y fué, como habia sido la de las Bermudas, resultado de un naufragio. Una tempestad arrojó á ella, en 1667, al capitán Sayle, el cual visitó este archipiélago y reconoció la utilidad de una posesion que protejia las comunicaciones de la América del norte con las Antillas. Carlos II consintió en comprender estas islas en las concesiones que habia hecho ya á los propietarios de la Carolina.

Hasta esta época no habia tenido la Inglaterra tratado alguno con la España sobre límites de sus colonias en América; pero se convino entonces que el rey de la Gran Bretaña poseeria en toda propiedad y soberanía los países, islas y colonias que en la actualidad se hallasen ocupadas por él y sus súbditos en las Indias occidentales y en todos los puntos de la América. Este tratado, que ponía la Carolina al abrigo de los ataques de la España, daba mas seguridad á los poseores y fomentaba la fundacion de nuevos establecimientos.

Hasta aquí solo hemos visto cómo las naciones europeas arreglaban entre sí los intereses de sus colonias, y al principio hicimos la observacion de que la antigua poblacion americana se retiraba ante los nuevos habitantes. Pero á medida que perdian los Indios las orillas del mar y los medios fáciles de subsistir, que podian ofrecerles una abundante pesca, su condicion se hacia menos favorable y su vida mas penosa. Este cambio de situacion dió lugar á diferentes guerras, unas veces entre las tribus indias, y otras entre ellas y los Europeos.

Las principales naciones americanas cuyas hostilidades podian entonces inspirar vivas inquietudes á las colonias extranjeras, eran los Abenakis y los Iroqueses. Situados los primeros al oriente del rio Hudson y del lago Champlain, estendian su territorio hasta la bahía de Fundy;

lindaban estas con las posesiones de la Nueva Inglaterra; y cuando sus colonias empezaban á formarse, las disensiones que se manifestaron entre las diferentes tribus comprendidas bajo este nombre jenerico, facilitaron los progresos de los Europeos. Estaban á la sazón en guerra los Massasoides y los Naraghansets; los primeros se apresuraron á acoger á los extranjeros que desembarcaban en sus riberas, y favorecieron á los fundadores de Nueva Plymouth, de Boston, y de las otras colonias vecinas, con la esperanza de ballar en ellos auxiliares contra sus enemigos.

Por mas cuidado que tomaron los Europeos observando una neutralidad favorable á su establecimiento, la guerra que se hacian las tribus espuso luego la seguridad de las colonias. Los Indios, al buscarse y perseguirse, cometian frecuentes violaciones de territorio, y salvajes armados no respetaban limite alguno en sus devastaciones. En estas desastrosas expediciones se distinguian los Pequodos, eran temibles por su atrevimiento, furor y número; acostumbrados á vencer á las tribus salvajes, y enemigos mortales de los Naraghansets, que finalmente se habian acercado á las colonias inglesas, y habian recurrido á su proteccion, atacaron en 1632 á estas mismas colonias y se cebaron en matar y robar en todos los lugares donde pudieron penetrar. La venganza fué pronta y terrible; dos destacamentos ingleses fueron enviados contra ellos; destruyeron sus habitaciones; fueron dispersadas las mujeres en muchos pueblos; los niños fueron trasportados á las Bermudas y vendidos como esclavos; los que se salvaron huyendo abandonaron la comarca y se dispersaron; no existia ya la nacion de los Pequodos.

Interesaba á la Nueva Inglaterra, cuando estaba espuesta á los ataques de las tribus vecinas, conciliarse la amistad de las naciones salvajes mas lejanas; buscó la de los Iroqueses, que, en caso de guerra, podian practicar una diversion contra los Abenakis, con cuyo territorio confina-

ban, y contra las posesiones francesas del Canadá.

Vecinos los Iroqueses del Hudson y del lago Ontario, estaban divididos en cinco naciones, las de los Mohawks, Oneidas, Onondagas, Cayugas y Senecas. Su union, su fuerza, la posicion central que ocupaban y los progresos que habian hecho en el cultivo, les hacian superiores á las demás tribus; la comunidad de idioma fortificaba su liga; y su ascendiente sobre sus enemigos habia ya podido ser notado por los Europeos, á la época en que se descubrió la bahía de Chesapeake. Hemos visto que entónces los Indios de las orillas del Susquebana estaban amenazados por los Iroqueses; y cuando estos Indios fueron reducidos, por las invasiones marítimas de los extranjeros, á refugiarse en los paises interiores, los Iroqueses se los disputaron; estos fugitivos se hallaron sin asilo; la guerra arrebató la mayor parte de ellos; y los que el vencedor perdonó fueron incorporados en la confederacion.

Los Iroqueses, muy á menudo en guerra con los Abenakis, se aprovecharon de la ocasion de tener algunos aliados contra ellos; aceptaron las proposiciones de amistad que les hacian las colonias inglesas, y abrieron con estas un comercio de cambio que podia hacerles mas fuertes y temibles; buscaban particularmente los instrumentos de hierro, las hachas, todos los medios de ataque y de defensa, y consiguieron procurarse armas de fuego. Sin embargo las leyes de las colonias habian prohibido la importacion de estas armas para los Indios: era este un jenero de superioridad cuyas ventajas habian querido reservarse los Europeos; pero el incentivo de la ganancia hacia violar estos reglamentos y sujeria todos los medios de eludir la vijilancia. Encontrándose los Iroqueses al lado de muchas factorías de comercio europeas, eran á la vez buscados por todos los especuladores, y se aprovecharon de todos los medios de destruccion que habian adquirido, para hacer estallar su venganza contra los Hurones, cuya ruina habian jurado.

Advertidos los Hurones por confusos rumores de los preparativos que se hacian contra ellos, pidieron socorros á la colonia francesa del Canadá; y d'Aillebout, que era á la sazón su gobernador, concibió, en 1648, el proyecto de impedir el ataque de los Iroqueses y debilitarlos llevando la guerra á su propio territorio. Miraba el engrandecimiento de esta nacion como igualmente peligroso para todas las posesiones europeas; y creyendo hacer entrar en sus miras á las colonias de la Nueva Inglaterra, aceptó su proposicion de establecer libres relaciones de comercio entre ellas y el Canadá, y de observar mutuamente una neutralidad, hasta en el caso de rompimiento entre ambas metrópolis; pero pedia que las colonias inglesas esuniesen á él para hacer la guerra á los Iroqueses. No salió bien esta negociacion, y los Ingleses se negaron á la peticion del gobernador del Canadá, procurando distraerle de sus planes de invasion. Pasó el tiempo d'Aillebout y se difirió la expedicion que proyectaba contra los Iroqueses; éstos reuniendo todos sus guerreros durante unos momentos de hesitacion, atravesaron el rio San Lorenzo hácia la embocadura del lago Ontario, penetraron en el pais de los Hurones, devastaron su territorio y destruyeron una gran parte de su nacion, cuyos restos se refugiaron hácia las orillas orientales del lago, al que han dado su nombre. Los Iroqueses se aprovecharon de sus ventajas contra otras tribus vecinas para someterlas y para adquirir nuevas fuerzas; estendieron sus incursiones hácia el oeste, atacaron, en 1655, la nacion de los Erios, establecida en el mediodía del lago de este nombre, la destruyeron, heredaron sus bosques y llevaron el terror y la desolacion á las orillas de todos los grandes lagos. Esta barrera tampoco detuvo sus hostilidades hácia el norte, y los Iroqueses hicieron muchas invasiones á los paises del Alto Canadá que estaban ocupados por los Ottowayes.

El resultado de las guerras que se renovaban frecuentemente entre los

Indios debia influir en la situacion y el destino de las colonias europeas; unas veian perecer sus aliados naturales, y otras adquirian nuevos recursos, multiplicando sus relaciones comerciales con los naturales del pais, y recurriendo á sus servicios y á su cooperacion en tiempo de hostilidades.

La colonia francesa del Canadá, no teniendo ya para oponer á los Iroqueses una nacion india que pudiese contenerlos, quiso por otros medios poner al abrigo de sus incursiones los puestos avanzados que tenia en sus cercanías. Podia ser amenazada la ciudad de Mont-Real, fundada en 1640, en la isla de Hochelaga, y aun perseguian los Iroqueses á las familias indias, reunidas en la misma isla por los misioneros franceses que los habian acogido despues de la ruina de sus tribus. El gobernador del Canadá, procurando atraerles á disposiciones menos hostiles, probó de unirse á una de las cinco naciones: la de los Onondagas, establecida cerca de las riberas del lago y del rio de este nombre, parecia responder á las miras amistosas del gobernador; recibió los comisionados encargados de llevarle palabras de paz, y permitió que en 1656 una pequeña colonia francesa fuese á fijarse en el extremo del lago. Sin embargo las demás naciones iroquesas consiguieron destruir estas primeras impresiones; hicieron temer á los Onondagas el peligro de tener en su seno un establecimiento extranjero; les escitaron á destruirle; y amenazados los Franceses por una sublevacion jeneral abandonaron el lugar que habian ocupado para volver á entrar en el Canadá.

Entónces se hicieron mas frecuentes las incursiones de los Iroqueses al norte del rio San Lorenzo. Los alrededores de Mont-Real y de los Tres-Rios y hasta los de Quebec estaban espuestos á sus devastaciones; saqueaban las habitaciones aisladas, asolaban los campos, quitaban á los cultivadores toda esperanza de recoger la cosecha; era preciso estar siempre alerta: y cuando conseguian alejarlos por la fuerza de las

armas ó por proposiciones de paz, solo obtenian treguas inciertas y de corta duracion.

Era difícil fijar las inclinaciones y disposiciones de los salvajes, y esta inconstancia era comun á todas sus naciones. Instables en sus amistades, en sus alianzas, mudaban muchas veces de partido, á gusto de los jefes de guerra que, con su elocuencia y con sus hazañas, adquirian influjo sobre el ánimo y las deliberaciones de sus tribus. Las mismas colonias inglesas esperimentaron el efecto de esta inconstancia, y el tratado que habian concluido en 1620 con el jefe de los Massachusets, fué roto despues de su muerte. Sus dos hijos Wamsutta y Metacomet desde luego se habian manifestado fieles á los sentimientos de su padre: parecian desear la amistad de los Ingleses; hasta procuraron unirse mas estrechamente á ellos, rogándoles les diesen nombres europeos y recibiendo de los mismos los nombres de Alejandro y de Felipe, con los cuales fueron despues jeneralmente designados: pero mientras afectaban estas exterioridades de amistad, se preparaban para una sublevacion todas las naciones indias vecinas de la Nueva Inglaterra. Alejandro fué arrestado en medio de sus proyectos; los Ingleses se apoderaron de su persona y murió prisionero.

Convertido Felipe en el heredero del poder y de los designios de su padre, pensó que era necesario prolongar aun el disimulo y desde luego le creyeron dispuesto á mantener la paz; hasta se obligó á reconocerse vasallo del rey de Inglaterra y á no hacer sin su consentimiento guerra alguna á las tribus indias, ni concesion alguna de tierra á los Europeos. Pero su orgullo se indignaba de toda especie de sujecion; sus emisarios recorrieron las diferentes colonias, y habiendo sido divulgados por un trasfugo los planes que habia preparado en un profundo secreto, por algunos años se vió obligado á declararse antes de haber reunido todas las tribus con que habia contado. Los Naranghansets habian prometido socorros, pero se impidió su

reunion; marchó contra ellos un cuerpo de tropas inglesas, los separó de esta liga, y hasta los obligó á llevar las armas contra Felipe; y luego se fué hácia el Mont-Hope y los pantanos de Taunton, en medio de los cuales se habia atrincherado este jefe indio; no pudieron forzarle en esta posicion, y Felipe, precisado á abandonarla por falta de víveres, llegó á otro puesto situado cerca de Brookfield. Sus principales guaridas eran unas islas situadas en medio de pantanos; los Indios salian repentinamente para estender á lo lejos sus devastaciones, y se retiraban tambien precipitadamente con los despojos que habian quitado al enemigo. Entonces tenia Felipe á su alrededor cuarenta guerreros con sus mujeres y niños; y otras reuniones habia en otros puntos, en los valles, en las orillas de los torrentes, y en el profundo abrigo de los bosques. Todas las tribus indias, desde las orillas del Merimac hasta las del Connecticut, se habian sublevado; se entendian entre sí, debian obrar á una misma señal, y Felipe era el alma de esta poderosa liga que amenazaba á la vez á todas las colonias. «¡Guerra á nuestros enemigos! decia; ¡venganza por los hombres rojos que han inmolado! Esta es la tierra de nuestros padres; fué independiente, ¡ojalá se pudiera abrir y tragarse á nuestros robadores!» Repetian este voto las familias indias reunidas al rededor del comun hogar (véase la lámina 24); lo repetia la juventud acostumbrada desde su tierna edad á los trabajos y ejercicios de la guerra, desarrollando en sus juegos su fuerza y su agilidad (véase la lámina 11); lo repetian los guerreros que iban á esperar en emboscada á sus enemigos, para quitarles nuevas cabelleras y poner fuego á las habitaciones con sus flechas incendiarias (véase la lámina 23). Hubo durante esta campaña numerosas escaramuzas, en las cuales algunas veces ganaron los Indios. Los Europeos no tenian ya en su apoyo los mismos prestijios que cuando se hizo el descubrimiento: ya no se creia en su origen celeste; habian cesado de parecer inven-

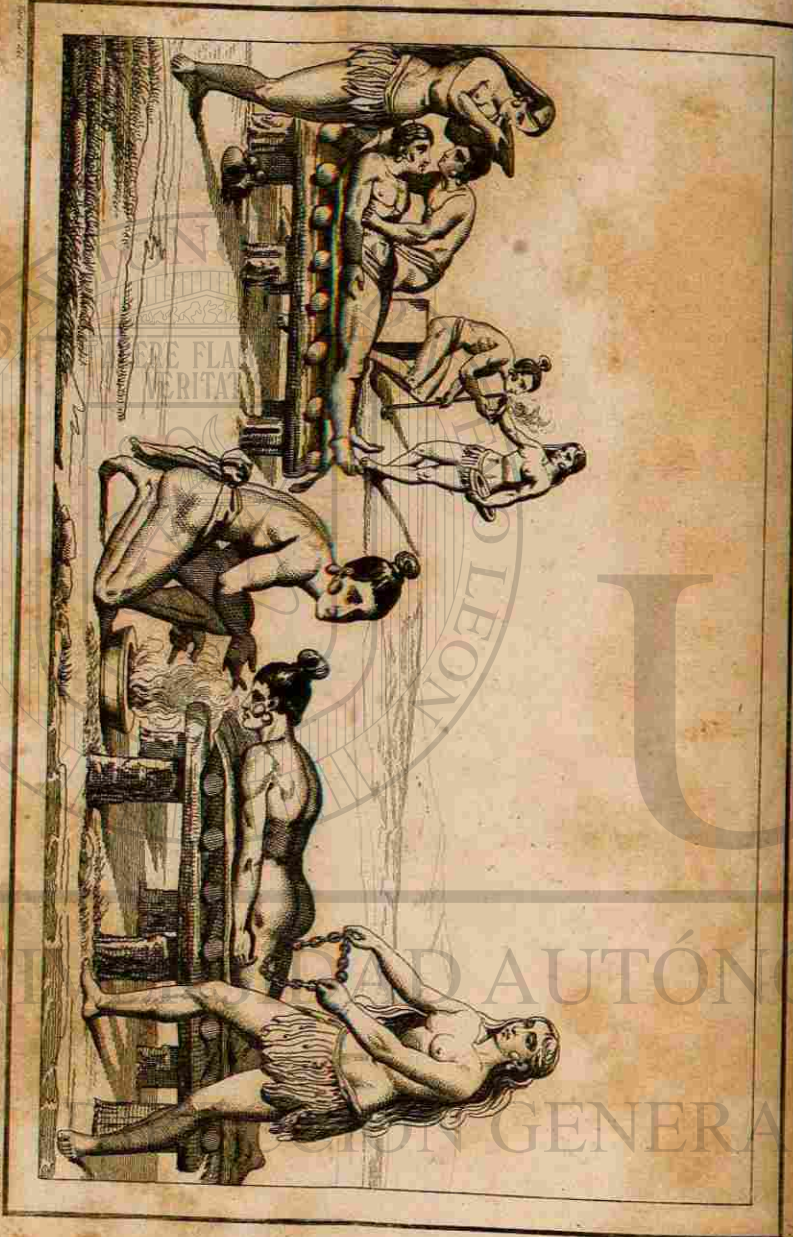


ESTADOS UNIDOS

ETATS - UNIS

MA DE NUNO LEÓ

DE BIBLI



Peuples origin. par M. Kaufman 1862. Colonne engda per Ribaut en 1562.



ETATS - UNIS.

ESTADOS UNIDOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 INSTITUCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y TECNICAS



ESTADOS UNIDOS

ESTADOS UNIDOS

Veterano arizon para el 18 de octubre de 1864. Comuna en la periferia de 1864.

cibles, y sus armas de fuego no se consideraban ya como las flechas del rayo; pero la superioridad artística y la de la civilización les aseguraban aun el imperio; y aunque hubo comenzado á introducirse entre los Indios el uso de sus armas, con todo estos no podian intentar contra ellos mas que esfuerzos impotentes. Las colonias inglesas concertaron sus movimientos; el 8 de diciembre de 1675 se mandaron salir de Boston las tropas de Massachusetts: las de Nueva Plymouth y del Connecticut se unieron á ellas y marcharon contra el enemigo, que se habia fortificado en medio de un pantano, donde habia reunido cinco mil hombres. Fueron forzados los atrinchamientos de los Indios; se puso fuego á su aldea, compuesta de seiscientas cabañas; perecieron en las llamas un gran número de mujeres y niños. Los guerreros que sobrevivieron al combatese refugiaron en otro pantano, y los Ingleses se retiraron voluntariamente á Boston, despues de esta espedicion penosa emprendida en medio de los rigores del invierno.

Otros destacamentos indios cometieron desastres en Lancaster, Meadfield, Weymouth y otros puntos, quemando habitaciones y sorprendiendo algunos puestos aislados; pero sufrieron tantas pérdidas que sus fuerzas disminuian de dia en dia. Ya no eran tan atrevidos: su jefe empezaba á desconfiar de su fortuna; y como habian puesto precio á su cabeza, tenia cuidado de ocultar su asilo. Súpose por fin que se habia retirado á su antiguo barrio de Mont-Hope; fué perseguido en él, logró escaparse aun, fué errando de un pantano á otro, y le abandonaron todos sus amigos. Fueron cojidos prisioneros su tio, su hermana, su mujer y su hijo; quedó solo y se desvaneció toda esperanza de salvarse; habia llegado su hora; y saliendo Felipe de un pantano á donde se habia refugiado, fué muerto por un Indio. Su muerte hubiera hecho célebre un adversario lejítimo, pero cubrió de oprobio al asesino del defensor de su pais.

La pérdida de un jefe tan fecundo en recursos, tan temible para sus enemigos, tan poderoso por su carácter y su valor, aceleró el fin de aquella guerra. Los Indios que no se sometieron fueron perseguidos por todas partes; perecieron muchos; otros se internaron en los espesos bosques. Esta guerra habia dado la señal de una sublevacion jeneral á las tribus indias vecinas del Nuevo Hampshire y de Maine; estas poblaciones habian tomado las armas, y devastado las plantaciones yendo en su alcance; pero el gobierno de Massachusetts envió tropas que sorprendieron un cuerpo de cuatrocientos Indios; algunos fueron muertos, y la mayor parte de los que hicieron prisioneros fueron vendidos luego como esclavos.

Ajustóse la paz con los Penobscotes y en seguida con las otras tribus: la guerra habia durado diez y ocho meses, y se habia hecho por ambas partes con tanta animosidad, que dejó entre las colonias inglesas y los Abenagues resentimientos muy profundos.

Otras relaciones mas íntimas y conseguidas á menos precio se formaban en la misma época entre las tribus indias y las colonias que empezaba á establecer Guillermo Penn. Nacido este en Lóndres en 1644, habia sido educado en el colegio eclesiástico de Oxford, y habia abrazado, cuando jóven, las opiniones de los cuákeros. Habiéndose unido á Jorje Fox, su principal apóstol, le acompañó á Holanda para predicar allí su doctrina, é hizo, con el mismo objeto, varios viajes á Alemania; á su regreso á Inglaterra, hizo un gran número de prosélitos; y para ofrecer un asilo á los cuákeros perseguidos adquirió, en 1676, la propiedad de una parte de Nueva Jersey, donde muy pronto se levantó la ciudad de Burlington y otros establecimientos situados en la orilla oriental del Delaware.

Guillermo Penn formó luego un plan de colonizacion mas vasto en una comarca vecina que aun no estaba ocupada por los Europeos. Su padre, el almirante Penn, habia

prestado grandes servicios á la Gran Bretaña: en 1655, mandaba la escuadra que se apoderó de la Jamáica; diez años despues consiguió una victoria señalada sobre la escuadra holandesa, mandada por Van Opdam; y deseado Carlos II recompensar sus méritos y honrar su memoria, concedió á Guillermo Penn, en cédula de 4 de marzo de 1681, la plena y absoluta propiedad de todos los territorios que se estendian entre las colonias de Mariland, de Nueva York y de Nueva Jersey. Este pais recibió entonces el nombre de Pensilvania. Presentóse un gran número de hombres que aceptaron las ofertas de Penn; fueron prontamente despachados con pasajeros y todas las provisiones necesarias para un primer establecimiento; entraron en el Delaware, y se echaron los cimientos de la ciudad de Chester, en la orilla en que desembarcaron.

Los comisionados enviados por Guillermo á esta comarca tenian encargo de poner en manos de los jefes indios la siguiente carta, que les fué explicada por intérpretes:

« Amigos míos,

« Hay un Dios grande y poderoso que ha creado el mundo y todo lo que en él existe. Le debemos la vida y le daremos cuenta de todo lo que hiciésemos en la tierra. Este Dios ha escrito en nuestros corazones su ley; esta nos encarga é invita á amarnos los unos á los otros, á ayudarnos, y á hacernos bien mutuamente. En la actualidad place á este Dios colocarme en la parte del mundo en que estais vosotros, y el rey del pais que habito me ha dado una gran provincia; y yo deseo gozar de ella con vuestro afecto y consentimiento, á fin de que podamos vivir todos juntos como vecinos y amigos. Dios no nos ha hecho para comernos y destruirnos los unos á los otros, sino para mostrarnos consideraciones y bondad. Siento las injusticias y rigor cometidos con harta frecuencia con vosotros por hombres que han venido á buscaros mas bien para sacrificaros á sus intereses que para daros ejemplos de resignacion y bondad.

Sé que de eso han provenido desórdenes, murmullos, animosidades y algunas veces derramamiento de sangre; el gran Dios lo ha tomado á mal; pero yo no soy de esos hombres; bien lo saben en mi pais. Os quiero y aprecio, y deseo que vosotros hagais lo mismo, observando una conducta amistosa, justa y pacífica. El mismo espíritu anima á los hombres que envío; en su consecuencia obrarán; y si alguno de ellos ofendiese á vosotros ó á vuestro pueblo, se os dará una pronta y completa satisfaccion por hombres justos, tomados en número igual de ambos lados, á fin de que no tengais ningun motivo para resentiros.

« Pronto iré yo mismo cerca de vosotros, y entonces podremos conferenciar y discurrir sobre este asunto mas amplia y libremente. Mientras tanto he enviado á mis comisionados para tratar con vosotros del territorio y de una sólida convenion de paz. Deseo que seais benévulos con ellos y con nuestra nacion, y que recibais los presentes y los dones que os envío como una prueba de mi buena voluntad hácia vosotros y de la resolucion en que persisto de vivir con vosotros segun las reglas de justicia, paz y amistad.»

« Soy vuestro apasionado.

« William Penn. »

Al año siguiente se embarcó Penn para sus nuevos establecimientos. Visitó ambas orillas de la bahía del Delaware, fué recibido con alegría por los Ingleses, los Holandeses y los Suecos; aseguró á los habitantes sus derechos espirituales y temporales, la libertad de conciencia y la libertad civil, les recomendó la buena armonía, la moderacion, y renovó las comisiones de los majistrados. Penn habia obtenido del duque de York, por una acta del 21 de agosto de 1682, la cesion de sus derechos y de todos sus intereses, no solamente sobre las tierras del Nuevo Jersey, sino tambien sobre los distritos de Nueva Castle, de Kent y de Sussex, conocidos con el nombre de los tres condados del Delaware. Despues de haber arreglado en Nueva

Castle la organizacion de estos condados, que recibieron una legislacion comun, se dirijió á Chester, donde tambien fueron proclamadas las franquicias é instituciones de los habitantes de la ribera oriental. Subiendo luego el curso del Delaware con el objeto de buscar el lugar mas favorable para el primer establecimiento que iba á formar en Pensilvania, se detuvo en la confluencia del Schuikill. Se abrieron relaciones amistosas con los naturales del pais. Penn quiso comprarlos las tierras en donde proponia fijarse; les entregó el valor, y en todas sus comunicaciones con ellos se manifestó justo y benévolo. Se concluyó una paz sólida, y los Indios le prometieron que aquella amistad seria clara, tan pura, tan resplandeciente como el sol cuando brilla con todo su esplendor; declararon que el vínculo que acababa de unirlos jamás se rompería mientras que los astros existiesen en el cielo.» (Véase la lámina 22). Quedó venerado en el pais el antiguo roble bajo el cual habian tenido su primera entrevista con Penn; por mucho tiempo cubrió con su sombra las reuniones donde se renovaron las mismas promesas. Penn habia hecho prevalecer en su colonia algunos principios de moderacion y justicia que los Indios imitaron para con él, y que les han siempre hecho apreciar su memoria.

Antes de fundar una colonia, habia Penn trazado, en 1681, el plan de su constitucion. El gobierno, decia en el preámbulo de aquella acta, me parece forma parte de la misma religion; es una cosa sagrada en su institucion y en su objeto; no debe impedirlo con sabios reglamentos. Es difícil trazar un buen gobierno, pero la esperiencia puede hacerlo tal; hay necesidad de un principio de accion: los hombres se lo gravan, y si son buenos, le dan este carácter. Hacer respetar el poder por el pueblo, y asegurar al pueblo contra los abusos del poder, he aquí el fin que se debe proponer. La libertad sin obediencia seria confusion; la obediencia sin libertad seria esclavitud.

Estas observaciones nos hacen conocer en qué sentido fué trazada la primera constitucion dada á la Pensilvania. Un gobernador, un gran consejo y una asamblea general concurrían á la formacion de las leyes. El consejo, presidido por el gobernador, se componia de setenta miembros elejidos por los ciudadanos y se renovaba la tercera parte cada año; desde luego la asamblea general debia comprender á todos los ciudadanos; pero despues solo podian enviar á él sus diputados, y la asamblea jamás pasaria de quinientos miembros. Este sistema representativo, hecho la base de las instituciones de Guillermo Penn, daba la garantia de las libertades que deseaba asegurar á los habitantes, y presentaba el medio mas seguro de mejorar el gobierno y la legislacion, cuando el tiempo habria puesto mas en claro los verdaderos intereses de la colonia.

Desde los primeros años llegaron á Pensilvania muchos amigos y hermanos que venian de Inglaterra, Alemania y Holanda, y se echaron los cimientos de Filadelfia en la península que forman, antes de reunirse, el Schuikill y el Delaware. Habian trazado en línea recta de una orilla á otra once calles distinguidas por su órden numérico; las cortaban en ángulos rectos calles trasversales, á las que se habian dado los nombres de algunas plantas indijenas, de la viña, del saxifrás, del moral, del castaño, del nogal, del roble, del pino y del cedro. En el primer año se edificaron ochenta casas, y se aumentó rápidamente este número. Filadelfia era un lugar de asilo para todos los hombres tranquilos que Penn procuraba reunir. Ningun sitio tan favorable habia reconocido en todos sus viajes; se felicitaba de la fundacion de esta colonia, preveia la prosperidad futura de la misma, y cuando hizo un viaje á Inglaterra, en 1684, dirijió á esta ciudad la despedida siguiente: «y tú, Filadelfia, establecimiento sin mancha, cuyo nombre fué elejido antes de tu nacimiento; ¡qué amor, qué desvelos y qué trabajos han sido precisos para ele-

varte y para preservarte de los que querian abusar de tí! ¡ojalá puedas librarte de los males que te conducirían á tu ruina! ¡ojalá puedas, fiel al Dios que te protege, proseguir en la senda de la justicia! Mi alma ruega por tí, á fin de que quedes firme en los días de sufrimientos, que tus hijos sean bendecidos por el Señor, y que tu pueblo se salve con su poder. El amor que te profeso ha sido grande, y tu memoria enternece mi corazón y anega mis ojos en lágrimas. ¡Que el Dios eternamente fuerte te mantenga y te conserve en la paz y para su gloria!»

El viaje de Penn á Inglaterra solo tenia por objeto afirmar el engrandecimiento y la prosperidad de la colonia; toda su vida tuvo este proyecto. Ya envidiado, ya favorecido, Penn estuvo espuesto á falsas acusaciones que hicieron resplandecer mejor su virtud; perdió y recobró sucesivamente su gobierno, y cuando, despues de muchos años de ausencia, volvió á Pensilvania, fué recibido como un padre.

LIBRO TERCERO.

PROGRESOS DE LAS COLONIAS DEL CANADA; VIAJES DE LOS MISIONEROS; ESPEDICIONES DE LA SALE A LA LUISIANA; ASPECTO JENERAL DE ESTE PAIS; INFLUJO DE SU DESCUBRIMIENTO EN LA SITUACION DE LOS INDIOS; SUCESOS HASTA LA PAZ DE RYSWICK; ESPEDICION DE IBERVILLE; CONTINUACION DE LOS SUCESOS HASTA LA RUINA DE LOS NATCHEZ.

Las colonias inglesas, cuyo orijen y primeros engrandecimientos nos hemos encargado de desarrollar, se estendian sobre el litoral del Atlántico; y las posesiones de la Francia, situadas mas al norte, solo tocaban con ellas hácia la Acadia y hácia la conca del rio San Lorenzo. El teatro de sus rivalidades se hallaba limitado á esta frontera. Pero luego recibieron nuevos alimentos las discusiones de las dos potencias, y se despertó la atención de la Inglaterra con el engrandecimiento progresivo de las colonias francesas, cuando

no deteniéndose ya estas en el lado septentrional de los grandes lagos, avanzaron hácia el mediodía y vinieron á estenderse hasta el golfo de Méjico.

Despues de haber fundado la ciudad de Mont-Real en una gran isla del rio San Lorenzo, hácia la cual se encuentran las primeras caídas, conocidas con el nombre de Salto de San Luis, los Franceses hicieron erijir en la orilla meridional del rio el fuerte de Richelieu, situado á la embocadura del rio de los Iroqueses: era su objeto contener con mas facilidad á esta nacion salvaje; y en seguida se levantaron otros dos fuertes, uno cerca del lago Chamblay y otro cerca del lago Champlain, para proteger con ellos las comunicaciones con el San Lorenzo. Sobre todo se habia probado de prolongar los establecimientos franceses hácia el oeste; los cultivadores, los negociantes y los misioneros pasaban al norte de los grandes lagos, sea que fuesen allí mas favorablemente acogidos por los Indios, sea que el tráfico de la peletería fuese mayor en aquellas riberas; y se habian establecido plantaciones, factorías y habitaciones para los naturales del pais, á quienes se procuró atraer á la vida social.

A fin de proseguir pacíficamente estos proyectos de colonizacion, el gobernador del Canadá, Courcelles, se habia limitado á tener relaciones amistosas con los Algonquinos y los Ottowayos, los cuales, despues de la destruccion de los Hurones, eran las naciones mas numerosas y célebres del Canadá; quiso aprovecharse de su buena disposicion y su influjo sobre los demás Indios, para estender, con su adhesion, la soberanía de la Francia sobre las comarcas occidentales. Nicolás Perrot, viajero instruido, que hablaba los idiomas principales del Canadá, recorrió los acantonamientos de las diferentes tribus, para determinarles á enviar diputados al Salto de Santa María, donde debia tambien hallarse un representante del rey de Francia. La cascada de que toma su nombre este sitio está

en medio del estrecho que separa el lago Huron del lago Superior, y esta situacion da una idea de la estension que tenian á la sazón los establecimientos franceses.

Concurrieron á esta reunion los diputados de todas las naciones del norte; estaban dispuestos á condescender con los deseos del gobernador del Canadá; y cuando su enviado les pidió que reconociesen al rey de Francia por su gran jefe y que se pusiesen bajo su proteccion, esta demanda, que les fué traducida en algonquin, fué recibida con aclamaciones. Se confirmó, segun los usos de estas naciones y con presentes hechos de una y otra parte, el empeño que acababan de contraer las diferentes tribus, y se levantó en el mismo punto una cruz, con las armas de Francia encima. Era una toma de posesion, hecha en nombre de la religion cristiana y de la corona.

La facilidad con que se adhirieron las naciones del Canadá á la invitacion de ponerse bajo la proteccion de los reyes de Francia, prueba que habian estado habitualmente satisfechas de sus relaciones con los Franceses. Los gobernadores del Canadá, Champlain, Montmagny, Courcelles, habian agasajado á estas tribus, las habian ayudado con buenos oficios, y muchas veces se habian constituido en mediadores de sus disputas; el Francés se plegaba á sus costumbres; y acaso la viveza de su carácter, el libre vuelo que da á sus sentimientos, la flexibilidad con que se presta á las diferentes situaciones de la vida, contribuian á aumentar la intimidad entre las dos naciones; pero otras causas de reconciliacion influyeron de un modo mas sensible.

Para atraer á las tribus salvajes, para conocer mejor sus hábitos, y para prepararlas para la civilizacion, se empleó, desde la época del descubrimiento, el auxilio de los misioneros, y se unieron muchos á las primeras espediciones hechas en las regiones del oeste. Los padres Allouez, Dablon, Mesnard, Marquette y Hennepin se señalaron por sus trabajos y celo apostólico en una carrera tan

llena de escollos. Felonon hizo entre los salvajes del lago Ontario el primer ensayo de esa elocuencia persuasiva que debian un día admirar las naciones cultas.

Los misioneros eran eclesiásticos ó relijiosos designados por sus obispos ó por los jefes de su orden. Muchas veces por solo su voluntad no hubieran tomado sobre sí funciones tan penosas; pero las desempeñaban por piedad, devocion, y como un soldado obedece valerosamente la orden que ha recibido.

Desde luego trataron de conocer á los hombres sencillos que querian ilustrar: se esforzaron en aprender su idioma, y fueron á vivir en medio de ellos. El ascendiente que da la superioridad de la razon, entre hombres que se aproximan y pueden empezar á comprenderse, era el único medio que podian emplear; lo hicieron con feliz éxito. Los mas hábiles de ellos evitaban las cuestiones de dogmas á fin de ser comprendidos mejor. Dirijiéndose mas bien al corazón que á la inteligencia, tenían que salvar un intervalo menor; y para persuadir mejor al hombre sencillo, tal como la naturaleza le ha hecho, se mantenian á su alcance. Sus desvelos paternales, la sabiduría de sus consejos y la autoridad de sus ejemplos les hacian adquirir un poderoso imperio sobre aquellos pueblos salvajes, procuraban disuadirles de prácticas crueles y supersticiosas; fortificaban en medio de ellos los vínculos de familia ya formados por la naturaleza, y les inspiraban el amor al trabajo y el de llevar una vida mas sedentaria, sin la cual no puede haber una sociedad duradera.

La religion católica fué la primera predicada á los Indios del Canadá. Sus tribus han conservado mucho tiempo con un sentimiento de respeto, el recuerdo de los misioneros que fueron á establecerse en su pais. Les llamaban los hombres del rezo; creian que estaban en comunicacion con el gran Espíritu, y les atribuian la facultad de encantar. Su celibato era considerado como una virtud difícil; les hacia parecer mas despren-

varte y para preservarte de los que querian abusar de tí! ¡ojalá puedas librarte de los males que te conducirían á tu ruina! ¡ojalá puedas, fiel al Dios que te protege, proseguir en la senda de la justicia! Mi alma ruega por tí, á fin de que quedes firme en los días de sufrimientos, que tus hijos sean bendecidos por el Señor, y que tu pueblo se salve con su poder. El amor que te profeso ha sido grande, y tu memoria enternece mi corazón y anega mis ojos en lágrimas. ¡Que el Dios eternamente fuerte te mantenga y te conserve en la paz y para su gloria!»

El viaje de Penn á Inglaterra solo tenia por objeto afirmar el engrandecimiento y la prosperidad de la colonia: toda su vida tuvo este proyecto. Ya envidiado, ya favorecido, Penn estuvo espuesto á falsas acusaciones que hicieron resplandecer mejor su virtud; perdió y recobró sucesivamente su gobierno, y cuando, despues de muchos años de ausencia, volvió á Pensilvania, fué recibido como un padre.

LIBRO TERCERO.

PROGRESOS DE LAS COLONIAS DEL CANADA; VIAJES DE LOS MISIONEROS; ESPEDICIONES DE LA SALE A LA LUISIANA; ASPECTO JENERAL DE ESTE PAIS; INFLUJO DE SU DESCUBRIMIENTO EN LA SITUACION DE LOS INDIOS; SUCESOS HASTA LA PAZ DE RYSWICK; ESPEDICION DE IBERVILLE; CONTINUACION DE LOS SUCESOS HASTA LA RUINA DE LOS NATCHEZ.

Las colonias inglesas, cuyo orijen y primeros engrandecimientos nos hemos encargado de desarrollar, se estendian sobre el litoral del Atlántico; y las posesiones de la Francia, situadas mas al norte, solo tocaban con ellas hácia la Acadia y hácia la conca del rio San Lorenzo. El teatro de sus rivalidades se hallaba limitado á esta frontera. Pero luego recibieron nuevos alimentos las discusiones de las dos potencias, y se despertó la atencion de la Inglaterra con el engrandecimiento progresivo de las colonias francesas, cuando

no deteniéndose ya estas en el lado septentrional de los grandes lagos, avanzaron hácia el mediodía y vinieron á estenderse hasta el golfo de Méjico.

Despues de haber fundado la ciudad de Mont-Real en una gran isla del rio San Lorenzo, hácia la cual se encuentran las primeras caídas, conocidas con el nombre de Salto de San Luis, los Franceses hicieron erijir en la orilla meridional del rio el fuerte de Richelieu, situado á la embocadura del rio de los Iroqueses: era su objeto contener con mas facilidad á esta nacion salvaje; y en seguida se levantaron otros dos fuertes, uno cerca del lago Chamblay y otro cerca del lago Champlain, para proteger con ellos las comunicaciones con el San Lorenzo. Sobre todo se habia probado de prolongar los establecimientos franceses hácia el oeste; los cultivadores, los negociantes y los misioneros pasaban al norte de los grandes lagos, sea que fuesen allí mas favorablemente acogidos por los Indios, sea que el tráfico de la peletería fuese mayor en aquellas riberas; y se habian establecido plantaciones, factorías y habitaciones para los naturales del pais, á quienes se procuró atraer á la vida social.

A fin de proseguir pacíficamente estos proyectos de colonizacion, el gobernador del Canadá, Courcelles, se habia limitado á tener relaciones amistosas con los Algonquinos y los Ottowayos, los cuales, despues de la destruccion de los Hurones, eran las naciones mas numerosas y célebres del Canadá; quiso aprovecharse de su buena disposicion y su influjo sobre los demás Indios, para estender, con su adhesion, la soberanía de la Francia sobre las comarcas occidentales. Nicolás Perrot, viajero instruido, que hablaba los idiomas principales del Canadá, recorrió los acantonamientos de las diferentes tribus, para determinarles á enviar diputados al Salto de Santa María, donde debia tambien hallarse un representante del rey de Francia. La cascada de que toma su nombre este sitio está

en medio del estrecho que separa el lago Huron del lago Superior, y esta situacion da una idea de la estension que tenian á la sazón los establecimientos franceses.

Concurrieron á esta reunion los diputados de todas las naciones del norte; estaban dispuestos á condescender con los deseos del gobernador del Canadá; y cuando su enviado les pidió que reconociesen al rey de Francia por su gran jefe y que se pusiesen bajo su proteccion, esta demanda, que les fué traducida en algonquin, fué recibida con aclamaciones. Se confirmó, segun los usos de estas naciones y con presentes hechos de una y otra parte, el empeño que acababan de contraer las diferentes tribus, y se levantó en el mismo punto una cruz, con las armas de Francia encima. Era una toma de posesion, hecha en nombre de la religion cristiana y de la corona.

La facilidad con que se adhirieron las naciones del Canadá á la invitacion de ponerse bajo la proteccion de los reyes de Francia, prueba que habian estado habitualmente satisfechas de sus relaciones con los Franceses. Los gobernadores del Canadá, Champlain, Montmagny, Courcelles, habian agasajado á estas tribus, las habian ayudado con buenos oficios, y muchas veces se habian constituido en mediadores de sus disputas; el Francés se plegaba á sus costumbres; y acaso la viveza de su carácter, el libre vuelo que da á sus sentimientos, la flexibilidad con que se presta á las diferentes situaciones de la vida, contribuian á aumentar la intimidad entre las dos naciones; pero otras causas de reconciliacion influyeron de un modo mas sensible.

Para atraer á las tribus salvajes, para conocer mejor sus hábitos, y para prepararlas para la civilizacion, se empleó, desde la época del descubrimiento, el auxilio de los misioneros, y se unieron muchos á las primeras espediciones hechas en las regiones del oeste. Los padres Allouez, Dablon, Mesnard, Marquette y Hennepin se señalaron por sus trabajos y celo apostólico en una carrera tan

llena de escollos. Felonon hizo entre los salvajes del lago Ontario el primer ensayo de esa elocuencia persuasiva que debian un día admirar las naciones cultas.

Los misioneros eran eclesiásticos ó relijiosos designados por sus obispos ó por los jefes de su orden. Muchas veces por solo su voluntad no hubieran tomado sobre sí funciones tan penosas; pero las desempeñaban por piedad, devocion, y como un soldado obedece valerosamente la orden que ha recibido.

Desde luego trataron de conocer á los hombres sencillos que querian ilustrar: se esforzaron en aprender su idioma, y fueron á vivir en medio de ellos. El ascendiente que da la superioridad de la razon, entre hombres que se aproximan y pueden empezar á comprenderse, era el único medio que podian emplear; lo hicieron con feliz éxito. Los mas hábiles de ellos evitaban las cuestiones de dogmas á fin de ser comprendidos mejor. Dirijiéndose mas bien al corazón que á la intelijencia, tenían que salvar un intervalo menor; y para persuadir mejor al hombre sencillo, tal como la naturaleza le ha hecho, se mantenian á su alcance. Sus desvelos paternales, la sabiduría de sus consejos y la autoridad de sus ejemplos les hacian adquirir un poderoso imperio sobre aquellos pueblos salvajes, procuraban disuadirles de prácticas crueles y supersticiosas; fortificaban en medio de ellos los vínculos de familia ya formados por la naturaleza, y les inspiraban el amor al trabajo y el de llevar una vida mas sedentaria, sin la cual no puede haber una sociedad duradera.

La religion católica fué la primera predicada á los Indios del Canadá. Sus tribus han conservado mucho tiempo con un sentimiento de respeto, el recuerdo de los misioneros que fueron á establecerse en su pais. Les llamaban los hombres del rezo; creian que estaban en comunicacion con el gran Espíritu, y les atribuian la facultad de encantar. Su celibato era considerado como una virtud difícil; les hacia parecer mas despren-

didos del mundo, y como superiores á los demás hombres.

En estas misiones religiosas y sociales, solo se podia sacar partido por medio de una piedad dulce y de una moral pura. Nada estaba preparado para estos primeros apóstoles; era necesario buscar á los salvajes en los bosques, seguir sus penosas cazas, recorrer los rios en sus canoas, vivir en las mismas chozas y esponerse como ellos á todos los rigores de la miseria. Metiéndose los misioneros en medio de los Indios, hacian penetrar en ellos seguidamente los principios de la moral. Si se marchaban de una tribu, les prescribian ciertas reglas para que las siguiesen, hasta cuando pudiesen regresar á ella, para observar sus nacientes progresos y para instruirles mejor. Viajaban de una estacion á otra, y sembraban buenas obras, á fin de desempeñar dignamente las funciones de que estaban encargados.

¿Qué recompensa obtenian estos hombres piadosos por tantas privaciones y fatigas? en este mundo no podian buscarla, y su premio era de un órden mas elevado; lo hallaban en su conciencia, en el cumplimiento de los deberes que les estaban impuestos y en la idea de un Dios remunerador. Vivian humildemente, pasaban sobre la tierra sin ser percibidos, hacian bien con modestia, y preparaban al salvaje un mejor porvenir. Un misionero, que acompañaba algunas familias indias que abandonaban su pais devastado por los Iroqueses é iban á buscar otro establecimiento, escribia á su superior: «Nuestro convoy se compone de sesenta personas entre hombres, mujeres y niños, todos muy lánguidos. En cuanto á provisiones, están en manos del que alimenta á los pájaros del cielo. Parto cargado de mis pecados y miseria, y tengo mucha necesidad de que oren por mí.»

Por mas constancia y celo en sus esfuerzos que tuviesen los misioneros, tenian que superar grandes dificultades. Si con sus discursos persuadian á algunos Indios, esta conversion era muchas veces pasajera,

y los neófitos les eran arrebatados por la fuerza de los hábitos y por la furia de las pasiones que no tienen freno en el estado salvaje. «Puesto que habitamos, decian, un mundo diferente del vuestro, debemos tener otro paraíso y otro camino para llegar á él.» Se habia pegado fuego á la choza de un Indio anciano, y él contestaba al misionero que procuraba en vano convertirle y queria retirarle de las llamas: «Si estoy condenado al fuego eterno despues de mi muerte, no vale la pena de apagarlo hoy.» Era difícil cambiar las creencias y tradiciones de los salvajes; rara vez se hacian cristianos, pero á lo menos habia la esperanza de hacerles hombres.

La entrevista que acababan de tener los Franceses en el Salto de Santa María con los diputados de las naciones del Canadá dió lugar al establecimiento de otras muchas misiones. Las formaron en la isla y sobre la costa de Michillimackinac, situadas entre los lagos Huron y Michigan; se recorrieron las aguas de este último lago y de la Bahía Verde, y fueron enviados misioneros á sus riberas, en la que los Miamis tenian muchas tribus.

De este modo, avanzando hácia el oeste, se adquirian noticias sobre los paises mas lejanos, y por las relaciones de los Indios, se supo la existencia de un gran rio, que ellos llamaban Mechassébé. Dos hombres valientes é ilustrados emprendieron el reconocimiento de este rio y las comarcas que fertiliza: el uno era el P. Marquette, recoleto misionero, y el otro era Joliet, de Picardía, negociante establecido en el Canadá. Los dos conocian las costumbres de los Indios y sabian hablar el idioma de algunas tribus. Se embarcaron en el lago Michigan, llegaron á la Bahía Verde y subieron el rio de los Outagamis ó de los Zorros, cerca del cual habia un pueblo del mismo nombre. Despues de pasar una cadena de alturas que separa las vertientes del este y del oeste, llegaron al Wisconsin cuyo curso siguieron, y el 17 de junio de 1673 llegaron al Mississipi. Cuatro Indios que les acom-

pañaban en este viaje saludaron entónces al *Padre de las aguas*, ofreciéndole, como homenaje, flechas, calumetes, brillantes flores y espigas de maiz. Los salvajes veneran este rio; baña sus bosques, fertiliza los campos inundándolos; y cuando se irrita, cuando hincha sus aguas y roza sus riberas con impetuosidad, los Indios tambien le dan un culto mezclado de miedo; le reverencian como una potencia invencible, ante la cual debe ceder toda fuerza humana.

Entraron entónces los dos viajeros franceses en una gloriosa senda de descubrimientos; el uno, muy animado de un celo religioso, veia almas que conquistar para el cielo; el otro consideraba las ventajas que podria lograr la Francia de la adquisicion de una nueva comarca que se le representaba en toda su magnificencia, y que variaba y multiplicaba sus riquezas á medida que adelantaba hácia el mediodía. Ya no se veian, como en el Canadá, esos bosques inmensos y continuos que solo tenian por límites el horizonte; estaban divididos por vastos prados, cubiertos los unos de altas yerbas, y formando los otros húmedos valles, en el centro de los cuales crecian juncos, álamos blancos y sicomoros, en unos puntos aislados, y en otros reunidos en diferentes grupos. Bajando el rio, reconocieron los viajeros la entrada del Missouri, la del Ohío, la del Arkansas, en cuyo punto terminaron sus descubrimientos. Empezaban á faltarles las provisiones. Volvieron á la embocadura del Illinés, y subieron el curso de este rio hasta el pié de las alturas que le separan del lago Michigan. El P. Marquette fué á seguir entre los Miamis sus trabajos apostólicos, y Joliet vino á dar cuenta al gobernador del Canadá de los resultados de este viaje.

Cavelier de la Sale, natural de Ruan, se hallaba á la sazón en Mont-Real, donde habia formado un establecimiento de cultivo y de comercio. Habia hecho muchas escursiones entre los salvajes, estaba dotado de valor y constancia, tenia un jenio ac-

tivo, ejercitado, fecundo en recursos, y deseaba señalar su nombre con importantes descubrimientos. Su celo le hizo emprender el de las bocas del Mississipi; y despues de haber dado parte de su proyecto al conde de Frontenac, entónces gobernador del Canadá, pasó á Francia para prepararse á ponerle en ejecucion. La sabia política de Colbert protejia de un modo ilustrado el comercio y la navegacion; habia dado un impulso saludable á la administracion pública, y era fácil interesar á Luis XIV en todas las empresas grandiosas. Este monarca mandó poner á la disposicion de la Sale el buque, los hombres y las provisiones que deseaba. Le fué asociado el caballero de Tonti, oficial denodado que habia servido con honor en Sicilia, y los dos partieron de la Rochela, el 14 de julio de 1678. Llegaron á Quebec, y subieron hasta el lago Ontario, donde La Sale hizo poner en estado de defensa el fuerte de Frontenac, cuyo mando le habia concedido el rey. Era un puesto avanzado, destinado á cubrir sus ulteriores operaciones, y un depósito para entablar el comercio con las nuevas rejiones que iba á reconocer. Hizo construir sobre el Ontario una embarcacion ligera, recorrió en toda su estension este lago, erigió un segundo fuerte á la otra estremidad, y multiplicó sus relaciones con las tribus vecinas, particularmente con los Senecas, mientras que construian en el lago Erié otra embarcacion, destinada á estender hácia el oeste la línea de navegacion que acababa de abrir. En el mes de agosto de 1679, se embarcó La Sale en el Erié con cuarenta hombres, entre los que se hallaba el P. Hennepin; llegó al estrecho que le separaba del lago Huron, recorrió esta nueva concha, y fué á la costa de Michillimackinac, desde donde penetró en el lago Michigan. Despues de haber reconocido la Bahía Verde, prosiguieron la navegacion hácia el sud, hasta la entrada del rio de San José. La Sale hizo erijir allí un fuerte; y cuando Tonti se le hubo unido con los demás hombres de su expedicion, subió el curso de este

rio y atravesó las alturas que le separaban de uno de los dos brazos del Illinés. Este camino, diferente del que había seguido el P. Marquette, presentaba á los viajeros los paisés mas fértiles. Penetró La Sale en los hermosos valles que baña el Illinés; levantó en sus riberas el fuerte Creve-cœur, estableció comunicaciones amistosas con los Indios, empezó el comercio de peletería cuyo privilegio esclusivo le estaba concedido, y mandó emprender un viaje hácia el Alto Missisipi antes de que recorriera él mismo sus valles inferiores. Su objeto era conocer bien las rejiones inmediatas á los grandes lagos, multiplicar sus relaciones con el Canadá, organizar entre los dos paisés un comercio fácil y regular. Se aseguraba mas la conservacion de sus descubrimientos, si podian unirlos de este modo por muchos puntos, á los paisés ya conocidos.

El P. Hennepin favoreció con celo estos proyectos, y el 18 de febrero de 1680, se embarcó este misionero en una canoa de corteza de árbol con otros dos Franceses; llegó á la entrada del Illinés, subió el Misisipi, y reconoció sucesivamente las embocaduras de los principales rios que desagüan en él; tales son el Wisconsin, el Chippeway y el rio de Santa Cruz; los del oeste son el rio Moin-gona y el de San Pedro. Un poco mas lejos interrumpió su navegacion una catarata de diez y siete piés de alto que ocupa toda la anchura del rio; recibió el nombre de Salto de San Antonio. Entónces fué preciso trasportar la canoa de corteza al alveo superior del Misisipi; y al navegar mas hácia el norte encontraron el rio de San Francisco, que subieron hasta el lago Isati, donde nace. Entónces ocupaban estos paisés los Sioux que hicieron prisioneros á los tres viajeros; pero niágun mal tratamiento espermentaron; hasta fueron adoptados por tres jefes de guerra que habian perdido sus hijos; y por muchos meses los siguieron en sus cazas y sus navegaciones. Puestos por fin en libertad, bajaron el Misisipi hasta el Wisconsin, subieron este rio, llegaron en

un trasporte al de Outagamis que les condujo hasta la Bahía Verde, y fueron á Michillimackinac, por donde volvieron á Mont-Real.

El establecimiento principiado por La Sale entre los Illineses se hallaba entónces contrariado por la guerra que habia estallado entre ellos y los Iroqueses. Ya no estaban separadas ambas naciones la una de la otra por la de los Eries que los Iroqueses habian destruido, y estos se habian hecho desde esta victoria mas temibles y orgullosos; devastaron el país de los Illineses, les quitaron ochocientos prisioneros y separaron de su alianza á los Miamis, prontos ya á llevarles socorros. Amenazaban estas hostilidades á los mismos Franceses, que jeneralmente tenían que desconfiar de las disposiciones de los Iroqueses; y para ponerse al abrigo de sus incursiones, mandó La Sale erijir el fuerte de San Luis en un peñasco de doscientos piés de elevacion, que dominaba el curso del Illinés. Estos trabajos y los viajes que fué preciso hacer al Canadá para obtener levas de hombres y medios de defensa, le ocuparon un año entero; se embarcó luego con una escolta en un buque que habia mandado construir, y llegó al Misisipi el 2 de febrero de 1682. Al bajar el rio llegó á la embocadura del Arkansas, donde hizo un acto solemne de toma de posesion; prosiguió hasta el golfo de Méjico el curso de su navegacion, y se dió el nombre de Luisiana á las vastas comarcas que riega el Misisipi.

Los lagos Itasca y Ossowa, principales manantiales de este gran rio, se hallan situados en esta cadena de alturas que se estiende entre el lago Superior y las montañas peñascosas separando las vertientes del norte de las del mediodía. Solo están elevados estos manantiales mil quinientos piés sobre las aguas del mar, y esta diferencia de nivel, repartida en todo lo largo del rio, no da una inclinacion mediana de seis pulgadas por milla. Así es que las aguas solo corren dos millas por hora desde el Salto de San Antonio hasta la entrada del Missouri; pero

el impetu de la corriente de este último rio da al del Misisipi un movimiento mas veloz. Las vastas llanuras que recorre siguiendo su curso están cortadas de distancia en distancia por alturas cónicas que parecian aisladas para el viajero colocado en el rio, pero que solo son estrechos de otros tantos machones, prolongados hasta las cadenas de montañas mas lejanas. Estas alturas, designadas con el nombre de *bluffs*, parecen erijidas á cada lado del rio como grandes límites miliarios, entre los que describe sus vueltas y revueltas; la corriente va oblicuamente de uno á otro limite, y al serpentear por este estenso valle, acumula en sus márgenes una gran cantidad de cieno.

El Misisipi recibe por medio de los numerosos rios que desagüan en él, todas las aguas de las dos grandes cadenas de montañas que cercan por ambas partes este inmenso valle, al oriente bajo el nombre de Alleghanis, y al occidente bajo el de Cordilleras. El Missouri es el mayor de los rios que le llevan su tributo; nace de las montañas peñascosas mucho mas elevadas que las llanuras orijinarias del Misisipi. Admirase uno al ver la esterilidad del suelo en estas elevadas rejiones; pero á medida que uno se aleja de ellas, los bosques ocupan ambas riberas; vastas praderías se estienden al interior, adornadas de flores; y el Missouri recorre rápidamente estas tierras inclinadas, á cuyo extremo se encuentra el Misisipi.

El rio Blanco, el Arkansas, el rio Rojo, mucho mas corto que el Missouri, pero que nacen en altas montañas que están pegadas á la gran cadena de las Cordilleras, precipitan tambien sus aguas á través de largos valles, y las tierras que tienen en disolucion y que las hacen mudar de color, son arrastradas al Misisipi en cuyas orillas quedan depositadas. Toda la baja Luisiana se forma de estas tierras de aluvion; cavando lijeramente la tierra se encuentra agua, cavando algo mas, se encuentran criaderos de árboles enteros que parecen haber sido antiguamente car-

rastrados por las olas. El alveo del rio está muchas veces cargado de esta clase de despojos; inmensos bosques orillaban una gran parte de su curso; los vientos habian derribado numerosos árboles; otros caian de vejez, ó las aguas que descarnaban las riberas los arrastraban con sus raíces. Estos restos flotantes recorrian el rio siguiendo su pendiente; y si encontraban algun obstáculo, se detenian; unos penetraban en el fango ó se hundian como estacas, otros se enredaban por la estrechidad de sus ramas caídas y descubrian sus raíces levantadas hácia la superficie. Los troncos detenidos en la tierra por estas ramas fibrosas y flexibles, conservaban su movilidad, y formaban otros tantos escollos que se mantenian sobre las aguas; estos restos, jeneralmente conocidos por el nombre de *snags*, de *planters*, embarazaban la navegacion; y los que llegaban hasta la embocadura del Misisipi depositaban en sus orillas crecidos montones de maderas entrelazadas, que favorecian la detencion del fango del rio y prolongaban hácia el mar la punta de sus riberas.

Esta accion continua de las aguas es aun mas sensible en el rio Rojo. Los árboles de los bosques inmediatos arrancados de raíz y conducidos al alveo se habian amontonado de tal manera que ocupaban toda la anchura; hasta se habian ligado los unos con los otros, se habian unido con las orillas y despues de haber formado en este rio una especie de balsa, habian interceptado y retenido sucesivamente los demás árboles conducidos por las aguas superiores. Este dique flotante, que lleva el nombre de *raft*, y que se ha ido engrandeciendo cada año, durante el transcurso de los siglos, ha usurpado y cubierto la superficie del rio Rojo, por muchas millas de largo; solo está unido á la tierra por los dos lados que tocan las orillas, y el rio, en cuyas aguas está suspendido, sigue oscuramente su curso, como si estuviera encerrado en un inmenso acueducto. El terreno que la cubre tambien parece haber mudado de naturaleza; todos estos árboles, caídos,

confundidos entre sí y descompuestos por el tiempo, han producido una capa de tierra vegetal y fecunda, donde los vientos han sembrado semillas, donde otros árboles se han arraigado, y donde la humedad también desarrolla los principios vitales.

Semejantes fenómenos nos han parecido dignos de ser mencionados; caracterizan el estado salvaje en que estas naciones han estado sumergidas; aun debe pasar allí la industria humana; y cuando el trabajo habrá desmontado estas orillas y las habrá protegido con diques á propósito para impedir nuevas devastaciones, estos árboles flotantes, sus restos, sus escollos cesarian de poner trabas á la navegacion de diferentes ríos á donde deben concurrir un día tantas riquezas.

Al subir el Misisipi y el Illinés para volver al Canadá, los Franceses pudieron notar los recursos que la Luisiana debía ofrecer al comercio, al cultivo y á la navegacion. Estaban admirados de su estension y hermosura; desde la embocadura del gran río hasta el Arkansas habian encontrado numerosos bosques de cipreses, cuyos árboles, elevándose en columnas derechas hasta mas de ochenta piés, estendian horizontalmente sus ramas: los pinos de las mismas rejiones eran firmes, elásticos, propios para servir de arboladura; los robles verdes de la baja Luisiana eran igualmente propios para todas las construcciones. Se notaban otras clases de robles desconocidas en Europa; el arce dulce prosperaba en las rejiones medianas; el sicómoro era el árbol mayor de los bosques del oeste; adquiere á veces proporciones gigantescas, y su tronco tiene hasta doce piés de diámetro; apetece la tierra húmeda y crece á lo largo de las corrientes de agua con que riega sus raíces. Muchas veces el corazón del árbol se descompone y se abueca; pero la vida que le queda se desarrolla aun bajo su corteza y en las capas del libro; circula allí abundantemente la savia, y este enorme tronco mutilado por el tiempo, no se des-

poja de sus ramas estendidas y de su verde ramaje.

Se puede reconocer que la Luisiana producía muchos árboles frutales con pepitas, pulpas y huesos; que tenía en sus países meridionales naranjos, olivos, palmeras, plátanos; que todas las plantas de Europa podian encontrar en sus rejiones mas elevadas temperaturas y esposiciones convenientes. Los rebaños salvajes buscaban la balluca, que los viajeros notaron en todas las praderas superiores; hasta los mismos cazadores indios encontraban en ella un suplemento de subsistencias; y el nombre de esta planta se hizo el de una nacion entre la cual se observaba su uso; esta nacion era la de los Menomienios que ha continuado ocupando una parte de los territorios situados entre el Lago Superior y el Michigan.

El conocimiento de las principales especies de animales interesaba á La Sale tanto mas cuanto que se habia ocupado particularmente en el tráfico de las pieles; habia hecho numerosos envíos de ellas al Canadá; y este género de comercio aseguraba importantes beneficios en un tiempo en que las colonias europeas solo ocupaban algunas líneas de territorio y en que los inmensos bosques del Nuevo Mundo ofrecian innumerables abrigos á sus huéspedes.

El wapiti, las diferentes castas de ciervos, con cuernos ramosos ó palmeados, recorrian los valles y las llanuras de la Luisiana; el *original*, especie de alce cuya cornamenta es muy ancha, se hallaba sobre todo en las comarcas del norte; numerosas poblaciones de castores construian allí sus habitaciones en las orillas de los lagos y los ríos, que tenían una doble salida sobre el agua y sobre la tierra; el oso, la zorra, el corzo, habitantes nómados de las mismas llanuras, se perdian allí, se mezclaban confusamente; el acelote, el cuguardo, menos fuertes que la pantera y el leon, con los que tienen semejanza, buscaban las cavernas mas salvajes (véase la lámina 27).

El animal mas notable y mas jене-

ralmente conocido era el búfalo, que en un principio fué designado con el nombre de buey illinés. Su cabeza es fuerte y su aspecto salvaje; tiene anchas narices, cuernos sólidos, cortos, ligeramente arqueados; su cuello, su pecho están revestidos con espesos clines; sus hábitos son frujivoras; es huraño, pero inofensivo. Numerosos rebaños de búfalos estaban esparcidos en los países que se atravesaban; por todas partes habian permanecido libres, y el hombre no habia ensayado sojuzgarlos. Estos animales viven en sociedad; algunas veces se reúnen en número de tres á cuatrocientos, cambian de comarca segun su estacion, y en invierno se aproximan á las rejiones del sur. Sus pastos son aquellas vastas praderas cuyas yerbas tienen cinco ó seis piés de elevacion; en ellas pasan la mayor parte del año, y durante los ardores del día se retiran á los bosques de que se hallan cortadas aquellas praderas. Como viajan juntos, están bien trillados los senderos que siguen en fila unos tras otros; no les arredra el hallar corrientes de aguas: atraviesan á nado los ríos y los lagos (véase la lámina 28).

En otoño sobre todo es cuando se hace la caza de los búfalos. Reúnen-se los salvajes en gran número al rededor de los pastos que ocupa un rebaño: pegan fuego á las yerbas mas inmediatas al circuito; pero dejan libres algunos pasos, y se emboscan en ellos algunos hombres armados con arcos y flechas para sorprender las bestias salvajes que, queriendo evitar la llama, se esponen á aquel nuevo peligro.

La costumbre de incendiar las praderas ha hecho reconocer á los Indios que este uso, practicado todos los años, era á propósito para favorecer el brote de una yerba mas tierna y sustanciosa, limpiando la tierra y cubriéndola con una capa lijera de ceniza. Así es que en todas las llanuras se ha adoptado jeneralmente la misma costumbre: ella conserva á los animales pastos siempre abundantes, y los salvajes conocen perfectamente el arte de quemar anualmente aquellas plantas, limitando á

su antojo la estension de aquella devastacion. Ponen fuego á la estremidad de una praderia, y en muchos puntos á un mismo tiempo, de modo que se forma un largo rastro de llama que se avanza mas ó menos rápidamente quemando poco á poco todas las yerbas; sus progresos se estienden mientras encuentran pábulo; y si se llega á temer que se comunique á otros pastos que querrian reservarse todavía, se le opone una fuerza semejante ejecutando un nuevo incendio en el otro extremo. Las dos líneas de fuego se aproximan á medida que avanzan; todo cuanto las separaba se consume, y este doble fuego se estingue á su vez sobre las mismas yerbas que ha devorado.

Las observaciones que La Sale estuvo en estado de recoger sobre las rejiones que habia descubierto y sobre la direccion jeneral de sus ríos, le hicieron reconocer que era necesario hacer de la embocadura del Misisipi la entrada principal de la Luisiana, y que llegando á esta colonia por el golfo de Méjico, se aseguraria comunicaciones mas directas con la metrópoli. Siguióse con actividad el proyecto de ensayar aquella expedicion marítima. La Sale, de vuelta ya de Quebec, hizo un viaje á Francia, donde fueron bien acogidas sus proposiciones; obtuvo del rey el equipo de cuatro navios, en los que se embarcaron doscientas y ochenta personas destinadas á formar el primer establecimiento. Este número se componia de soldados, de labradores, de obreros y de algunas mujeres jóvenes, primera esperanza de duracion de la colonia. Beaujeu mandaba la escuadra, y La Sale debia mandar la expedicion de tierra; mas la falta de inteligencia que estalló entre los dos jefes fué funesta para esta empresa. El 28 de diciembre de 1684, habian llegado á los parajes que debian explorar; mas se creia que las corrientes del golfo habian hecho derivar hacia el este, y que solo habian llegado á la bahía de Apalache. En esta persuasion, navegaron hacia el sudeste, para buscar la embocadura del Misisipi, sin reparar en algunos indicios que hubie-

ran podido hacerla reconocer, si no se hubieran creído todavía muy distantes de ella y si hubieran costado desde mas cerca. La Sale, sospechando por fin su error, quiso retrogradar; el comandante de la escuadra no fué del mismo parecer, y se obstinó en proseguir su navegacion hácia el occidente, hasta la entrada de la bahía de San Bernardo, donde desembarcaron los hombres de la expedicion y una parte de las municiones de guerra que estaban destinadas para ellos.

En sus primeras comunicaciones con los salvajes, reconoció La Sale las costumbres, las facciones, las armas, la forma de las canoas que habia notado muchos años antes cuando bajaba el Misisipi. Aquellas analogías le hicieron presumir que no se hallaba muy distante de él; mas no le quedaba ningun arbitrio de llegar á él por mar, porque la única embarcacion que le habian dejado antes de trasportar las demás á Francia, la habia estrellado una tempestad contra la costa: no pudo pues dirigir sus investigaciones mas que en el interior de la comarca, y pensó en establecerse en ella por de pronto. Construyéronse dos fuertes sucesivamente, uno en la entrada de la bahía, y otro á dos leguas dentro de las tierras, cerca del rio de los Bueyes, sobre una ladera desde donde se descubrian vastos prados, y donde abundaban los recursos de la caza y pesca. Solo durante algunos meses ocuparon el primer fuerte, y en el segundo reunió La Sale todos los hombres que le quedaban; ya habia perdido un gran número á causa de las enfermedades ó la desercion, y en algunos encuentros con los salvajes.

Habíase concertado otra expedicion con la de La Sale, y mientras que él penetraba en la Luisiana por las costas del golfo de Méjico, Tonti abandonaba la comarca de los Illineses y bajaba el Misisipi hasta su embocadura, con la esperanza de reunirse con él. Esperóle durante algunos meses, y despues de haber hecho costear ambas orillas del golfo [por dos botes que las visitaron hasta treinta leguas de distancia, volvió á subir el rio y á establecerse en el fuer-

te Crevecoeur, de donde habia salido. Algunos de los hombres que le acompañaban se separaron de él; los unos se fueron con los Cenís, los otros con los Arkansas, y los diferentes sitios donde se fijaron fueron la cuna de muchos establecimientos franceses.

Abandonado La Sale á sus solos recursos, se sostuvo durante dos años en la costa inhospitalaria en que habia abordado. Los Indios eran allí mas feroces que en el interior; muy á menudo se vió espuesto á sus agresiones. Hizo algunos ensayos de cultivo que la sequedad hizo abortar, y las bestias salvajes destruyeron otras plantaciones. Fué pues preciso vivir de la caza ó de los frutos espontaneos de la tierra. Aumentáronse las necesidades de la colonia; la miseria escitó en ella el descontento, y La Sale, en vez de atraer los ánimos, solo pensó en hacerse temer.

Superior á todas las fatigas, hizo viajes penibles para reconocer las comarcas vecinas, visitar todas las riberas de la bahía de San Bernardo, y buscar el curso del Misisipi. Su primera expedicion, en la que descubrió el rio de las Cañas, el Rio Colorado, la Sabloniere, la Maligna, duró mas de cinco meses. Hizo otra expedicion con la esperanza de prolongar sus descubrimientos, y en cada uno de estos viajes perdió mas de la mitad de los hombres que le habian seguido. Tantos peligros y penas aumentaban las murmuraciones de una colonia que decaía cada dia mas: ya no se componia mas que de treinta y siete personas, á principios de 1687, cuando la Sale partió con una comitiva de diez y seis hombres para ir al pais de los Cenís. No viajaban juntos; la obligacion de cazar para alimentarse les forzaba á repartirse en diferentes grupos, y el jefe de la expedicion no podia ya mantener los vínculos de la disciplina y del deber. Habiéndose uno de sus sobrinos encolerizado violentamente contra algunos hombres que le acompañaban, esperaron estos el momento de su sueño para asesinarle; dos hombres empleados en su servicio dormian á su lado, ambos tuvieron la misma suerte, y los asesinos esperaron la impu-

nidad cometiendo otro crimen. Inquieto La Sale con la ausencia de su sobrino, que hacia ya dos dias que se habia separado de él, iba á la descubierta, siguiendo una misma direccion: los culpables se emboscaron para esperarle; uno de ellos le mató de un arcabuzazo, y un misionero y un salvaje que le seguian recibieron su último suspiro. Este acontecimiento funesto acaeció el 20 de marzo de 1687, y con él quedó destruida toda esperanza de establecimiento. Los amigos de La Sale estaban llenos de dolor y de indignacion: querian vengar su muerte; mas el cura Cavalier, su hermano, les conjuró que dejasen á Dios su venganza, la que no tardó mucho tiempo en ejecutarse. Dos asesinos fueron muertos en una disputa con sus cómplices; otros dos se separaron voluntariamente de una comitiva donde los miraban con horror; y siete personas que pudieron escapar de aquella catástrofe, continuaron su viaje á los Cenís, Natchitoches y demás tribus indias. Obtuvieron de cada nacion el calumete ó pipa de paz con el cual podian pasar con seguridad; y cuatro meses despues de la muerte de La Sale, llegaron hasta la embocadura del Arkansas. Una cruz y una habitacion europea hirieron entónces sus miradas: dos Franceses de la expedicion de Tonti se habian quedado allí: y su presencia y el aspecto de un rio frecuentado ya reanimaron la confianza de los viajeros. Subieron la corriente del Misisipi y la del Illinés, hasta el fuerte San Luis, donde pasaron el invierno, y atravesando en seguida los grandes lagos, vinieron á concluir en Mont-Real y en Quebec aquella desgraciada expedicion.

El fuerte construido por La Sale al norte de la bahía de San Bernardo habia sido atacado por los salvajes poco tiempo despues de su salida, y los Franceses que se hallaban en él habian sido asesinados con inhumanidad, escepto cinco niños de quienes se compadecieron por su tierna edad. Estos pasaron en seguida entre las manos de los Españoles; nueve años despues, se hallaban en un navío de aquella nacion que fué capturado

por el caballero Desangiers, y á su vuelta á Francia supieron los detalles de sus desgracias.

La Francia no se ocupó de la Luisiana durante muchos años. No se tomaron ningunas medidas para mantenerse en el establecimiento que La Sale habia principiado, ni para fortificar las colonias recientes que se habian formado cerca del Arkansas, del Missouri y del Illinés. La guerra retenia en Europa las principales fuerzas del gobierno, y descuidaban de tal modo aquellas posesiones lejanas, que habitualmente se hallaban reducidas á sus solos recursos. Así es que no estaban defendidas mas que en un pequeño número de puntos, demasiado distantes los unos de los otros para ayudarse mutuamente. El cultivo se hallaba encerrado en límites muy estrechos, y no ponian en valor mas que algunos territorios. El comercio de la peletería experimentaba menos trabas, y parecian inagotables unas comarcas tan vastas: mas esta especie de cazadores europeos, conocidos con el nombre de Corredores de bosques, llegó ser la plaga de un comercio que era útil abandonar á los salvajes: una emulacion desastrosa apresuró la despoblacion de los bosques, arrebató prontamente á los Indios una parte de sus medios de existencia, y de los objetos de cambio que podian ofrecer á los extranjeros.

El descubrimiento de las riberas del Misisipi vino tambieu á cambiar la situacion de todas las tribus salvajes establecidas al oriente de este rio. No tardaron en hallarse rodeadas de una línea de colonias extranjeras, y cada una de aquellas tribus perdió una parte de su territorio por efecto de una primera invasion. Este sacrificio les fué menos sensible en un principio, y cuando los extranjeros no ocupaban mas que un pequeño número de puestos esparcidos; mas desde que necesitaron provincias enteras, los Indios, condenados á perder las comarcas que les alimentaban, no tuvieron mas recurso que hacerse conquistadores á su vez y despostrar á las naciones mas débiles. El inevitable efecto de las guerras que

se hicieron los salvajes entre ellos mismos, fué disminuir por todas partes su poblacion. Debitáronse diferentes tribus, y sus restos se incorporaron á la nacion victoriosa; otros desaparecieron enteramente y no dejaron mas huellas que el mismo nombre de la comarca que habian habitado. No tenemos necesidad de seguir la marcha, las vicisitudes, la filiacion de todos aquellos pueblos, sobre cuyo origen no podríamos recordar mas que vagas y oscuras tradiciones; mas cuando estas tribus tocan á su decadencia, sus anales, como contemporáneos de nuestra historia, no pueden pasarse en silencio, puesto que nos minifictan por qué grados se han debilitado las naciones que los Europeos hallaron en el Nuevo Mundo. Ya hemos notado anteriormente las naciones que tuvieron con ellos las primeras relaciones de paz ó de guerra, porque ellas estaban mas inmediatas al Atlántico, al rio San Lorenzo ó á los grandes lagos. Otras naciones mas meridionales fueron en seguida enclavadas entre la Luisiana, las Floridas y las posesiones inglesas: eran estas las de los Natchez, los Chikasaws, los Choctaws, los Creeks y los Cherokees.

Los Natchez y los Chikasaws habian en primer lugar ocupado las orillas occidentales del Misisipi; mas antes de la época de la expedicion de Fernando de Soto, habian atravesado ya este rio, y se estendian entre la embocadura del Ohio y del golfo de Méjico. Al oriente de estas dos naciones se hallaban colocados los Choctaws, cuyo territorio se prolongaba hasta las márgenes del Coosa; y al otro lado de este rio habitaban los Muscogulgos, mas conocidos bajo la denominacion de Creeks, cuyo nombre habian tomado del gran número de lagos, arroyos y rios que bañaban su pais: su nacion se habia formado de diferentes tribus reunidas por la comunidad de intereses, ó que se habian incorporado con ellos despues de sus victorias. Los Creeks ocupaban las vertientes meridionales de los Apalaches, y los Cherokees se hallaban establecidos en las rejiones

mas elevadas de aquellas montañas y en las vertientes orientales.

Las guerras que aquellas naciones se hacian entre ellas no podian ocasionar ningun cambio en su situacion social; por todas partes habia la misma barbarie, y el vencedor no imponia leyes ni costumbres nuevas: podian cambiar los nombres de los pueblos, pero los hombres conservaban un carácter invariable. No pudo esperarse algunas modificaciones en sus costumbres hasta la época en que los Europeos se hallaron en contacto con ellos y quisieron asociarlos á sus propias contiendas. Los Ingleses, los Españoles, los Franceses se manifestaron igualmente dispuestos á procurarse la alianza de las naciones indias: de esto resultaron operaciones comunes durante la guerra, y relaciones frecuentes de comercio durante la paz. Este último estado, que era el mas habitual, era asimismo el único que podian aprovechar para mejorar la suerte de los Indios, dulcificar sus costumbres, aficionarlos á la agricultura, y utilizar mejor sus socorros. Mas, preciso es confesarlo, la santidad de una mision tan elevada no fué comprendida, y el comercio con los salvajes fué el manantial de las especulaciones mas criminales. Notemieron degradar aquellos hombres sencillos abusando de su inclinacion á los licores fuertes: por este medio embrutecian su razon; la borrachera se convertia en furor; exaltaba todavía mas el espíritu de venganza y la ferocidad; se hicieron mas frecuentes las causas de la guerra y del esterminio, y el contajo de nuestras sociedades no hizo mas que desarrollar los vicios que habrian debido reprimir.

De este modo, aunque los Europeos buscasen auxiliares entre los salvajes, en las guerras que se hacian entre ellos, debieron advertir bien pronto que no era aquel el medio de obtener una verdadera fuerza: era preciso buscarla en la constitucion misma de las colonias; y la ventaja de aquellas luchas rivales debia por último quedar á favor de los paises mas poblados, mejor administrados, y socorridos con mas constancia por

su metrópoli. Los establecimientos que la Gran Bretaña habia formado en América gozaron desde un principio de una gran superioridad de organizacion; y aunque no los hubiese formado el gobierno mismo, los protejió constantemente de un modo muy eficaz. La diferencia de su origen político, religioso y comercial habia ocasionado una gran variedad en las formas de sus constituciones; pero hemos visto que despues de haberse dividido en muchos cuerpos, habian olvidado sus animosidades personales. Y en efecto, la situacion de todos los partidos no era ya, como en Europa, una causa de guerra civil: no tenian que disputarse el poder, cada uno de ellos constituia una sociedad distinta; las colonias se habian levantado unas cerca de otras, iguales en derechos y en dignidad. Despues de haberse aproximado para socorrerse mutuamente, reconocieron que era necesario modificar su primera organizacion, y buscando un nuevo centro de union, se pusieron de un modo mas inmediato bajo la proteccion de la corona, que no desperdició la ocasion de ejercer sus derechos de soberanía en toda su plenitud.

Hacia ya muchos años que entraba en las miras del gobierno británico la intencion de suprimir las cartas de las colonias. No habia tenido necesidad de cargarse con los gastos de su establecimiento; pero lo que en un principio solo habia sido un objeto de especulacion privada fué puesto en el primer rango de los intereses públicos, cuando vieron que iba en aumento la prosperidad de aquellas colonias. Las de Massachusett, de Connecticut, de Rhode-Island consintieron, en 1683, entregar á Carlos II las cartas que habian obtenido de la compañía de Plymouth; el Nuevo-Hampshire y el Maine hicieron igualmente cesion de sus privilegios; y la administracion de Nueva York se halló devuelta á la corona, cuando el duque de York, á quien pertenecia, subió al trono bajo el nombre de Jacobo II. Iguales cambios sufrieron asimismo las colonias mas meridionales: la de

Virginia dependia del rey desde la disolucion de la compañía de Lóndres, en 1626, y los propietarios del Nuevo Jersey, del Delaware, del Mariland renunciaron sucesivamente á unos derechos que ya no se hallaban en estado de defender por sí mismos. Su número se habia acrecentado por efecto de las divisiones de herencia ó de algunas cesiones voluntarias; estas particiones habian multiplicado entre ellos los motivos de litigio, y se hallaban interesados en dejar al gobierno las penibles cargas de la soberanía.

Todas estas renunciaciones particulares forman en la historia de las colonias inglesas una época notable: ellas permitieron á la metrópoli seguir un sistema mas uniforme en su alta administracion, sin tocar sin embargo á las instituciones locales que parecian convenir á su situacion. Cada colonia continuó administrándose á su antojo; pero todas dependieron igualmente de la autoridad suprema que las habia tomado bajo su proteccion; de este modo hubo jurisdicciones particulares y leyes comunes que pudieron ponerse de acuerdo: las unas rejian cada estado considerado separadamente; las otras determinaban las relaciones que debian tener todos los miembros de la asociacion, tanto entre ellos, como con la metrópoli.

Para desarrollar con mas libertad los progresos de sus colonias, concibió el gobierno británico el proyecto de hacerlas gozar de los beneficios de la neutralidad; la Francia tenia en ello el mismo interés; ambas potencias querian asegurar á los habitantes de las islas y del continente de América los medios de hacer el comercio y de cultivar las tierras sin interrupcion; y este convenio fué firmado en Lóndres, el 16 de noviembre de 1686, por Barillon, embajador de Francia; mas no fué observado. Los Iroqueses, muy á menudo en guerra con el Canadá, continuaban siendo protegidos por las colonias inglesas, las cuales les surtian de armas y municiones; y este agravio fué uno de los muchos que, en 1689, determinaron un nuevo rompimiento.

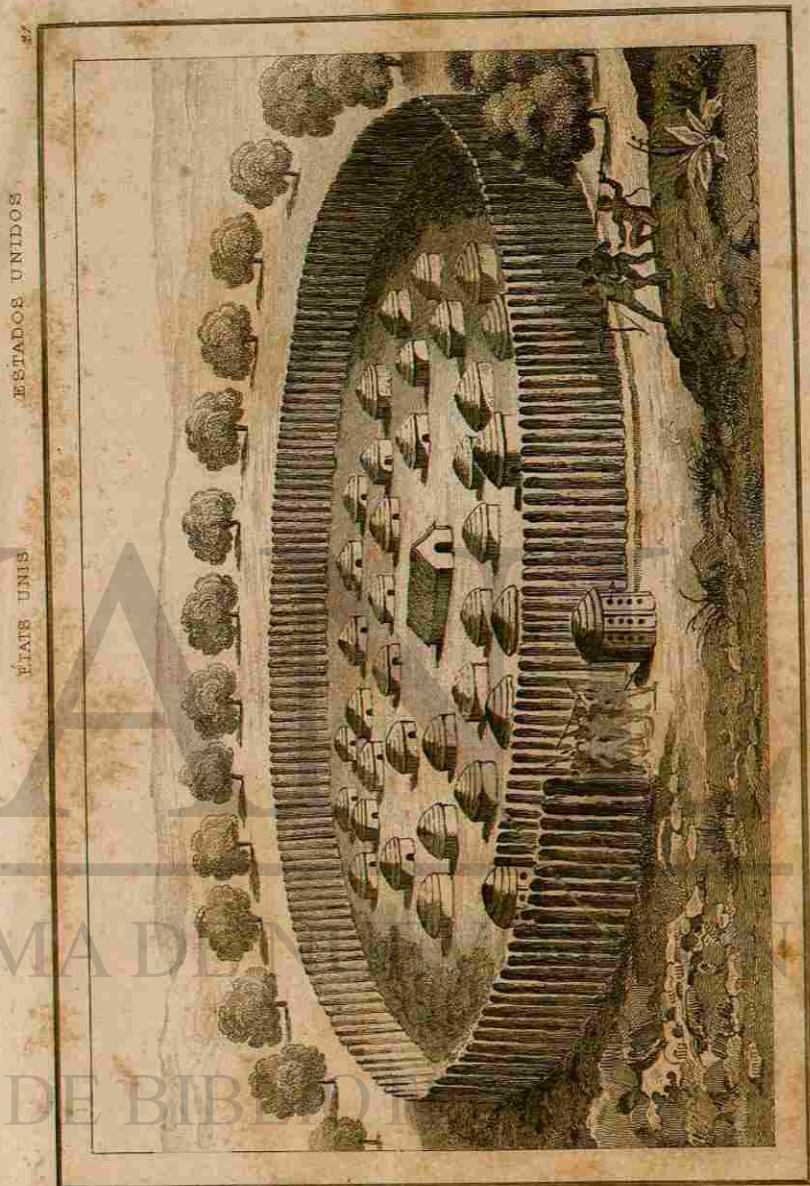
Abandonóse entonces todo proyecto de neutralidad colonial: el gobernador del Canadá hasta quiso tentar una invasión en la colonia de Nueva York; mas una irrupción de los Iroqueses en la isla de Mont-Real, en la que cometieron sangrientas devastaciones, hizo abandonar aquella empresa. El gobierno hizo atacar inmediatamente los establecimientos ingleses sobre tres puntos diferentes. En el mes de febrero de 1690, partió de Mont-Real un primer cuerpo, y fué a destruir el fuerte de Corlar, cerca de Albany; otros dos destacamentos partieron igualmente, el uno de los Tres Ríos y el otro de Quebec: el primero avanzó hasta Sementel sobre el Merimack, el segundo siguió el curso del Kinibequi y fué a apoderarse de Casco-Bay. Estas incursiones momentaneas, en un país en donde ni aun se trataba de mantenerse, no podían tener ningún resultado importante. William Phibs, que mandaba una escuadra inglesa en los parajes de la Nueva Inglaterra, no habiendo podido socorrer a Casco-Bay, se apresuró a dirigir sus fuerzas hacia la Acadia, que se hallaba entónces enteramente desprovista de tropas y municiones; ocupó sucesivamente Puerto Real, la bahía de la Heva y la de Chedabonctow; y estas primeras ventajas determinaron á las colonias inglesas á emprender contra el Canadá una expedición por mar y tierra. Un cuerpo de tres mil hombres, Ingleses ó Iroqueses, debía avanzar hacia el norte entre los lagos Champlain y Ontario, para ir á atacar á Mont-Real, mientras que una flota de treinta y cuatro velas, á las órdenes de William Phibs, subiría el río San Lorenzo, y llegarían delante de Quebec. El primer cuerpo se puso en marcha; pero los estragos que hicieron las viruelas entre los Indios los acobardaron, y se dispersó todo cuanto pudo escapar de aquella plaga. El 16 de octubre se presentó la escuadra inglesa delante de Quebec; desembarcó cerca de la plaza, fué hostigada por frecuentes salidas, tuvo, durante muchos días, combates ventajosos, y el 22 de octubre se vió forzada á levantar el si-

tio. William Phibs se volvió á la entrada del golfo San Lorenzo, donde esperiméntó una violenta tempestad, que consumió la ruina de aquella expedición.

El gobernador general de la Nueva Inglaterra renovó entónces la proposición de observar la neutralidad, apesar de la guerra que traía revuelta á la Europa; mas Frontenac añadió unas condiciones que no querían aceptar. La Acadia continuó siendo el teatro de las hostilidades, y en 1691, fueron atacados sus principales fuertes por el caballero Villebon, el cual volvió á tomar posesión de ellos en nombre de la Francia.

Sería superfluo traer á la memoria las expediciones particulares que se ensayaron por ambas partes sobre diferentes puntos de las colonias: sería cargarse la memoria con acontecimientos que se olvidarian; pero debemos citar algunos hechos de armas en los que tomaron una parte gloriosa Iberville y sus hermanos. Este oficial se señaló á su vez en las guerras de la Acadia, de Terranova y de la bahía de Hudson, durante las últimas campañas que precedieron la paz de Ryswick. Despues de haber vuelto á tomar, en 1695, algunos de los fuertes de la bahía de Fundy, estuvo encargado de una expedición sobre la costa oriental de Terranova, concurrió á la toma del puerto San John y de la mayor parte de los demás puestos que ocupaban los Ingleses en aquella isla, y partió en seguida para la bahía de Hudson, donde aumentó su nombradía como oficial de mar y tierra. El navío que montaba habiendo sido separado de la escuadra de que hacia parte, encontró otros tres navíos enemigos: echó á fondo al primero, se apoderó del segundo, y persiguió durante mucho tiempo al tercero. El mismo naufragó al día siguiente en medio de una horrible tempestad; pero pudo llegar á tierra con su equipaje: reuniéronse los demás navíos, y se apoderó del fuerte Nelson, que era el primer establecimiento en aquellos parajes.

La vuelta de la paz, que fué firmado en Riswick, el 20 de setiembre de



ESTADOS UNIDOS

ETATS UNIS

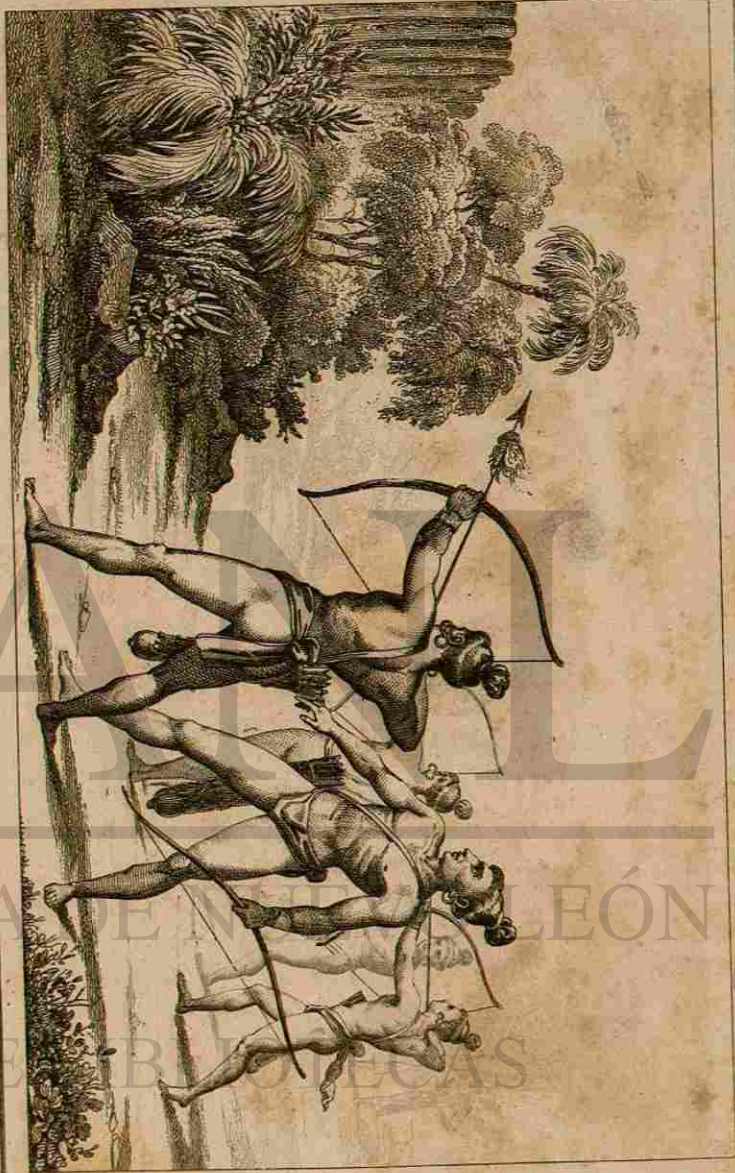
Village Indio

Village Indio



ÉTATS UNIS.

ESTADOS UNIDOS.



Indes meridionales

Pescha incendiaria

ÉTATS UNIS.

ESTADOS UNIDOS.



*Guillaume de la Roche Beauchemin de la Roche et de la Roche
Gouffier de la Roche Beauchemin de la Roche et de la Roche*

Pl. 101.

Pl. 102.

1697, ofrecia al celo y al jenio de Iberville nuevas ocasiones de servir á su país. Quedaba aun que continuar los descubrimientos principiados en la Luisiana, y reconocer por mar la embocadura del Misisipi. Vuelto á Francia Iberville, propuso al gobierno aquella espedicion, y tuvo el encargo de ella. El 17 de octubre de 1698 salieron de Rochefort dos navíos con direccion á Santo Domingo; fondearon en el Cabo-Francés se volvieron á hacer á la vela el 1.º de enero siguiente, y se dirigieron hácia la bahía de Panzacola, donde hacia algunos meses acababa de formarse un establecimiento español. En seguida reconoció Iberville la bahía de la Mobila, la isla Delfina, el rio de Pascagoula, la bahía de Biloxi, y dirigiéndose hácia el sudeste, llegó el 2 de marzo de 1698 á la embocadura del Misisipi, subiendo su corriente. No tardó este oficial en adquirir la prueba que habia llegado al término de sus descubrimientos. Una carta que Tonti habia dirigido trece años hacia á La Sale, gobernador de la Luisiana, habia caído entre las manos de un jefe indio, de lo que Iberville tuvo conocimiento: dicha carta recordaba las circunstancias de aquel viaje, las relaciones amistosas que habian tenido con los naturales del país, y las señales erijidas sucesivamente por La Sale y Tonti, para justificar el término de sus descubrimientos.

Despues de una larga navegacion en la madre inferior del Misisipi, se entra en el canal natural de declinacion que recibió entónces el nombre de Iberville: este oficial siguió la corriente; llegó sucesivamente á los lagos de Maurepas y de Pontchartrain, y volvió á la bahía de Biloxi, donde erigió un fuerte que durante algunos años fué el centro de los establecimientos franceses de la Luisiana.

Ya hemos llegado á la época en que las posesiones de la Francia en América tenian la mayor estension. La adquisicion de la Luisiana abria nuevos recursos: por todas partes circulaban en ellas rios navegables, y el gran rio al cual se reunian venia á ser el centro del movimiento que anima-

ba toda la colonia. Mas para poner en valor aquel territorio, era preciso en primer lugar dotarle de habitantes. Un gran número de relijionarios franceses, que se habian espatriado á consecuencia de la revocacion del edicto de Nantes, pidieron el permiso para ir á la Luisiana, con tal que pudiesen gozar en ella de la libertad de conciencia. Presentábase una ocasion favorable para expiar un gran acto de intolerancia; pero tuvieron el rigor impolitico de negársele, aunque pudieron guiarse por el ejemplo de la Inglaterra, que debia á los disidentes los primeros progresos de sus establecimientos en el Nuevo Mundo.

Otras causas paralizaron la prosperidad de la Luisiana: equivocáronse sobre el sitio donde debia construirse su capital, y cambiaron muchas veces antes de decidirse por la situacion que mejor les pareció. Escojiendo una posicion central entre la bahía de la Mobila y el Misisipi, se tuvo la idea de dar dos grandes salidas al comercio marítimo de la Luisiana, de hallarse inmediato el uno del otro, y de establecer entre ellas comunicaciones habituales por el rio de Iberville, y por los estrechos que una continuacion de islas bajas y arenosas hace reinar á lo largo del litoral, desde el lago Pontchartrain hasta la Mobila. Mas las orillas de la bahía del Biloxi, en las que formaron un primer establecimiento, no favorecian ni el cultivo ni el comercio: se hallan cubiertas de una arena fina y movediza, donde no crecen mas que pinos y cedros; allí ensayaron la siembra de algunos granos, que descubrieron los vientos y secó el ardor del cielo. Ningun rio desaguaba en esta bahía, ni por consiguiente facilitaba las comunicaciones con el interior de la comarca. Las primeras familias que trasportaron á aquellas playas estériles consumieron en poco tiempo las provisiones que habian llevado en los navíos; era preciso renovarlas á cada instante: aquella tierra lo devoraba todo sin producir cosa alguna, y no podia obtenerse de las tribus indias mas que recursos insuficientes y momentaneos. No te-



Engraving by the publisher of the book.

Engraving by the publisher of the book.

nian otros medios de subsistencia que los de la caza y la pesca; las arribadas por mar eran difíciles algunas veces; la bahía del Biloxi se abría á los vientos del sur; el anclaje de la rada era malo, y los navíos no tenían abrigo seguro en la rada de la isla Surgere, que recibió igualmente el nombre de isla de los Navíos; mas no hallaron en ella mas que un fondeadero de quince piés. Toda aquella costa es baja por lo regular; tiene una pendiente tan débil, que los grandes navíos no pueden aproximarse á ella sino á la distancia de muchas millas, excepto algunos pasos donde es preciso ir con mucha precaucion.

No tardó Iberville en reconocer que era preferible el sitio de la Mobila; construyó en él un fuerte y se abandonó el del Biloxi. Este era un nuevo ensayo de establecimiento; pero la bahía tenía muy poco fondo; no se podía navegar en ella mas que con pequeñas embarcaciones; y se prefirió, en 1702, la situacion de la isla Delfina, colocada al mediodía de aquella bahía; construyéronse en ella almacenes y cuarteles, y aquel sitio llegó á ser el cuartel jeneral de la colonia. Esta isla era menos arenosa que la playa del continente; podían cultivarse en ella el maiz, el arroz, algunos árboles frutales, la higuera sobre todo; encontrábanse allí, como en la isla Surgera, robles, pinos, abetos, á propósito para construir casas ó para arboladuras de navíos. Aproximándose á los límites orientales el primer establecimiento marítimo de la Luisiana, no había sin embargo Iberville perdido de vista las orillas del Misisipi: había hecho construir cerca de su embocadura el fuerte de la Balisa; había reconocido el rio, y había marcado en el pais de los Natchez la plaza del fuerte Rosalia que construyeron mas adelante. Este oficial hizo muchos viajes á Francia para interesar al gobierno en la suerte de la colonia: era obra suya, la consagró todos sus desvelos; y su nombre se pronunciará siempre de un modo honroso en los primeros fastos de esta historia.

Otros hombres secundaban miras tan elevadas: Juchereau de San Denis

y le Sueur hicieron muchos reconocimientos á lo largo del gran rio y de sus principales afluentes; uno de ellos subió el rio Encarnado hasta los Natchitoches, donde formó un establecimiento; el otro se elevó hácia el norte hasta las llanuras del rio San Pedro, donde el viajero Nicolás Perrot había descubierto anteriormente una mina de cobre; estableciéronse relaciones amistosas con los habitantes de los paisés nuevamente descubiertos, y se dedicaron particularmente en cultivar la amistad de los Illineses, quienes, hallándose colocados entre el Canadá y la Luisiana, eran mas útiles para las relaciones de ambas comarcas. Tonti mandaba en este pais intermediario; y su habilidad, ilustrada por una gran experiencia, mantuvo las buenas disposiciones de los Indios hácia los Franceses.

Callieres, nombrado gobernador del Canadá, se hallaba animado del mismo espíritu de conciliacion. No se contentó con establecer relaciones amistosas con las naciones indígenas; quiso tambien que se aproximasen unas á otras las que habían sido aliadas de la Francia ó de la Gran Bretaña durante la última guerra. Los diputados de los Ottowais, de los Abenakis, de los Iroqueses y del pequeño número de tribus huronas que se libertaron de los desastres de su nacion, fueron á Mont-Real y concluyeron la paz, con la mediacion del gobernador. Callieres tenía el proyecto de jeneralizar mas aquel plan de pacificacion: envió oficiales ó misioneros á las demás naciones salvajes para prevenir las hostilidades que iban á estallar en muchos puntos, y sus diputados se reunieron en Mont-Real el 1.º de agosto de 1701, regresando los de la asamblea anterior. Allí encontró igualmente los Algonquinos, los Miamis, los Sackes, los Illineses, los Outagamis y demás guerreros de los numerosos pueblos dispersos bajo diferentes nombres, al norte y al mediodía de los grandes lagos.

El Indio que mas había contribuido á aquella conciliacion de todas las tribus era *Le-Rat*, orador y jefe de los Hurones, hombre notable por su

valor, por su prudencia y por aquella elocuencia viva, natural y persuasiva, que se dirige alternativamente á la imaginacion y á la razon. Este salvaje se había hecho cristiano; era adicto á la Francia; pero jamás abandonó los intereses de su nacion y los de todos los hombres rojos: todo su ahinco se cifraba entonces en reconciliarlos, y este acto debía coronar su vida, señalada con un gran número de hazañas militares. Los esfuerzos que él hizo para conciliar todas las opiniones debilitaron por último sus fuerzas; se desmayó en medio de una arenga; y cuando volvió á tomar conocimiento, exhortó de nuevo á todas las naciones indias á vivir en paz: parecia reanimarse para pintarles las desgracias de sus divisiones; y habiéndole fatigado todavia mas su emocion, volvió á caer desfallecido y fué trasportado al Hotel-Dieu, donde espiró en la noche. Su muerte causó una afliccion jeneral; le hicieron todos los honores militares debidos á su rango y servicios: seis jefes de guerra llevaron su féretro, sobre el cual depositaron sus armas y sus insignias militares. Los Indios, los Franceses y el gobernador del Canadá asistieron á sus funerales.

Algunos dias despues hubo una nueva reunion: concurrieron á ella mil y trescientos salvajes. Callieres les declaró que había deseado reunirlos, para quitarles la hacha de las manos y para invitarles á que le abandonasen el cuidado de sus intereses, y le nombrasen árbitro de todas sus contiendas. Su discurso les fué interpretado en cada una de sus lenguas, y en el mismo dia fué concluido un tratado de paz por treinta y ocho diputados indios. En testimonio de autenticidad se revistió aquel acto con diferentes signos que caracterizaban todas aquellas naciones, y que eran para ellos unas especies de símbolos, tales como un oso, un castor, una zorra, una liebre, un búfalo. Trájose el calumete de paz, donde el gobernador y todos los diputados fumaron á su vez; la espada y el tomahac fueron sepultados en la tierra; se cantó el *Te Deum*, se distribuye-

ron los regalos del rey de Francia, y todas las tribus se prometieron mutuamente dar libertad á los prisioneros que habían hecho.

Mas no tardó el Canadá en perder el gobernador que había tenido la gloria de pacificar á los Indios. Su administracion solo había durado cuatro años: una política tan sabia debe hacerla recomendable para siempre. Era hacer desempeñar á la Francia un papel jeneroso el desarmar el furor de los salvajes; la multiplicidad, la crueldad de sus guerras aceleraban la destruccion de sus tribus; haciéndose conciliador de sus disputas, había motivo para esperar que se dulcificarían sus costumbres. Los Indios miraban al gobernador del Canadá como á su propio padre; le daban este título, siempre respetado entre ellos, y de este modo consagraban su preeminencia y autoridad sobre todas sus tribus.

Para hacer mas duradera la paz que acababa de restablecerse entre los indígenas, hubiera sido prudente no emplearlos como auxiliares en las guerras que los Europeos se hacian entre ellos; tomar algunas tribus por aliadas, era hacerlas enemigas de las que servían en el partido opuesto. Esta reserva no fué bastante observada durante la guerra de la sucesion; la Inglaterra entraba en el número de los enemigos de la Francia, y las hostilidades de ambas potencias en Europa estallaron muy pronto entre sus colonias de América.

James Moore, gobernador de la Carolina del Sur, fué el que dió la primera señal, hácia fines de 1702, el mismo que ensayó una expedicion en la Florida contra el establecimiento español de San Agustin. Seiscientos hombres de la milicia y seiscientos Indios fueron encargados de aquella empresa. El Broad-River, donde en otro tiempo habían querido fundar una colonia francesa, era el punto de su reunion, y una parte de las tropas se encaminó en seguida por tierra hácia San Agustin, mientras que el gobernador debía llegar por mar y bloquear la entrada del puerto.

La ciudad, que estaba abierta, fué ocupada sin el menor obstáculo; mas la guarnicion española se retiró al fuerte que ya de antemano se habia puesto en estado de defensa. Los Ingleses hubieron de esperar la artilleria que habian pedido á la Jamáica para abrir la brecha; y antes que pudiesen recibirla, la llegada inesperada de dos navios españoles que llevaban nuevos socorros á la plaza les hicieron levantar el sitio con gran precipitacion.

Charleston, de donde habia salido la expedicion inglesa, se vió espuesto á su vez á una invasion cuyo plan habia sido concertado en la Habana, en 1703. Las señales ó vijías de la isla de Sullivan anunciaron la aproximacion de cinco navios franceses, mandados por Lefebvre. Esta flotilla navegaba con precaucion hácia la entrada de la bahía; era necesario pasar la barra; quisose tomar el tiempo de sondearla y difirióse el desembarco hasta el dia siguiente. Nathaniel Johnson, que era entonces gobernador de la Carolina, se aprovechó de aquella dilacion; hizo llegar durante la noche todas las tropas de la milicia y todos los Indios de que podia disponer, y con esto se halló perdida la ocasion de sorprender la plaza. Ni aun se principió el sitio: solo hubo algunas escaramuzas en la playa, los forrajeadores cometieron en ella algunos estragos, y habiéndolos rechazado á bordo de la escuadra una fuerza superior, volvieron á dirigirse á alta mar.

Estas empresas parciales y sin ningun resultado eran el prelude de hostilidades mas graves. El fuego de la guerra cundió rápidamente del mediodía al norte de las colonias inglesas. Allí era donde la Francia y la Inglaterra, cuyas posesiones estaban inmediatas unas de otras, podian hallar, en un gran número de puntos, la desgraciada facilidad de dañarse; allí era igualmente donde sus relaciones con los Indios debian ejercer mayor influencia sobre los acontecimientos.

Los Iroqueses manifestaron, en 1703, á Vaudreuil, nuevo goberna-

dor del Canadá, la intencion en que se hallaban de permanecer neutros: así lo hicieron efectivamente; y para no turbar la paz de su territorio, evitó Vaudreuil hacer ninguna demostracion militar por el lado de sus cantones. Mas no animó igualmente á los Abenakis para que permaneciesen neutros; les envió algunos socorros, cuando hicieron sus incursiones en las colonias inglesas; y pudo mirarse la parte que tomaron en esta guerra como una nueva causa de irritacion, cuyos resultados fueron funestos á las colonias de la Francia. Viendo la Inglaterra sus posesiones constantemente atacadas por la nacion india, que era la aliada mas fiel de sus enemigos, se aferró con mas ahinco en el proyecto de subyugar á los Abenakis, y de conquistar la Acadia, que se hallaba demasiado distante del Canadá para ser socorrida con prontitud.

El 2 de julio de 1704, se presentó en la ensenada de Puerto Real una escuadra inglesa de diez navios, que llegaban de Boston; desembarcaron las tropas, intimaron la rendicion de la plaza, é hicieron muchas incursiones en la campiña, mientras que una escuadra, penetrando mas en la bahía de Fundy, se dirijia á Beau-Bassin para operar una diversion y hacer algun botin en el barrio de las Minas. Hubo en esta invasion muchos encuentros en los que los Franceses salieron victoriosos, y el enemigo se volvió á embarcar el 21 del mismo mes.

En 1707, el gobernador jeneral de la Nueva Inglaterra, Dudley, formó dos expediciones mas temibles. Una flota de veinte y cuatro embarcaciones, mandada por el coronel Mark, se presentó, el 6 de junio, á la vista de Puerto Real. Llevaba á bordo tres mil hombres que invistieron la fortaleza. El 10 se abrió la brecha, y algunos dias despues se disponian á dar el asalto; pero la brecha no era practicable, y las pérdidas que sufrió el enemigo en varios encuentros le decidieron á hacerse á la vela, despues de haber robado los ganados y de haber quemado las habitaciones que se hallaban fuera de la plaza.

Despues de esta tentativa infructuosa, se retiró la flota á Casco-Bay, donde se aumentó inmediatamente con tres navios y seiscientos hombres. El gobierno de la Nueva Inglaterra se hacia un punto de honor en reparar aquel descalabro, y el 20 de agosto del mismo año volvió á presentarse su escuadra en el fondeadero de Puerto Real. Subercase, gobernador de Acadia, habia hecho levantar ya el primer sitio. Redobló en actividad y vijilancia, hizo desalojar tres veces al enemigo de sus posiciones al rededor de la plaza, le sorprendió en sus marchas, hostigó sus destacamentos, y doce dias despues le forzó á volverse á embarcar.

Entristeció profundamente á Boston un revés que de ningun modo esperaba. Las fuerzas que habia empleado la Nueva Inglaterra eran muy superiores á las de la Acadia. Creíanse asegurados del éxito: por otra parte se sabia que la reina Ana tenia un gran interés en aquella conquista, que miraba como necesaria para la seguridad de sus colonias, y de la que deseaba apoderarse, á cualquier precio, considerando su posesion de una gran importancia. Los habitantes de la Acadia por su parte se disponian para un nuevo ataque, y Subercase previno de ello á su gobierno; pero eran entonces tales las calamidades públicas en Francia, que no pudieron enviar á la Acadia ningun socorro. Sin embargo, apesar de que aquella colonia se hallaba reducida á sus propios recursos, esperaba hacer frente á la tempestad, y animaba á sus habitantes. Subercase, antes de ser gobernador, habia llenado las mismas funciones en la isla de Terranova, donde el puerto de Plasencia era la capital de los establecimientos franceses, habiéndose señalado allí, en 1705, por una feliz expedicion, no habiendo dejado á los Ingleses mas que el fuerte Saint-John. Mejor éxito tuvo una nueva empresa, hecha durante el invierno de 1709. Un destacamento que salió de Plasencia abanzó con tanta audacia como intrepidez hasta aquella fortaleza, que

fué tomada con escalas. Hubiéranse podido mantener en ella; pero habia tan pocas tropas en la isla de Terranova, que el gobernador temió debilitarlas diseminándolas. Prefirió destruir el fuerte Saint-John mas bien que ocuparle; y lo que podia ser una conquista no fué mas que un hecho de armas valiente y sin resultado. La Inglaterra pudo volver á tomar á su placer y sin disparar un tiro las posiciones que habia perdido. Hasta habia formado entonces el proyecto de invadir el Canadá; y una armada naval equipada, bien fuese en América ó en Inglaterra, debia secundar las tropas de tierra, salidas de las colonias inglesas. Pero Vaudreuil, gobernador del Canadá, habia tomado todas las medidas conducentes para cubrir los puntos amenazados. La expedicion de tierra se malogró, y la escuadra que debia enviarse al rio San Lorenzo, recibió otro destino en Europa.

Cada año traia consigo nuevas empresas. Las colonias inglesas continuaban siendo poderosamente secundadas por su metrópoli; las de Francia por el contrario no recibian de la suya los mismos socorros; y Subercase, que estaba advertido de los nuevos proyectos de invasion formados contra la Acadia, buscaba auxiliarse á su alrededor: hallábalos en los Abenakis, siempre dispuestos á renovar sus incursiones contra los Ingleses; tambien los hallaba en los forbantes ó piratas animándolos en sus correrías; pero atrayéndose aquellos aventureros marítimos, y abrigándolos en los puertos de la colonia, se esponia á mayores peligros todavía. El gobierno marítimo quiso apoderarse de las guaridas de los forbantes; quiso poner un término á las hostilidades que tan amenudo amenazaban la Nueva Inglaterra; y se encargó, en 1710, á un ejército naval una expedicion contra la Acadia: dicho ejército estaba bajo las órdenes de Nicollion, y cincuenta y una embarcaciones de todos tamaños entraron, el 5 de octubre, en la concha de Puerto Real. Llevaban á bordo tres mil y cuatrocientos hombres de tropas

ra, y Subercase no tenían mas que trescientos: sostuvo sin embargo los primeros ataques, respondió con vivacidad al fuego de los sitiadores, y les hizo experimentar bastantes pérdidas; mas las suyas eran irreparables; la desproporcion del número le redujo á capitular, y el 16 de octubre salió del fuerte con ciento cincuenta y seis hombres que le quedaban.

Esta ventaja enardeció al enemigo, y resolvióse un nuevo armamento contra el Canadá. Nicolson estaba encargado de conducir las tropas de tierra que avanzaban hácia Mont-Real, mientras que una escuadra inglesa debía subir el San Lorenzo, para ir á sitiár á Quebec; mas la flota naufragó hácia las siete Islas, situadas en la embocadura del río, pereciendo en él la mayor parte de las embarcaciones grandes con sus equipajes, y esta pérdida hizo llamar precipitadamente las tropas de tierra. Dicha expedición tuvo lugar diez meses despues de la invasion de la Acadia.

No obstante los habitantes de aquella comarca permanecian adictos á la Francia; los que se hallaban mas lejanos de Puerto Real diferian someterse al gobernador que la Inglaterra habia establecido en él; y Pontchartrain, ministro de la marina en Francia, alentaba á los armadores de San Maió, de Nantes, de Bayona, de la Rochela, á reunir sus esfuerzos para formar un nuevo establecimiento en las costas meridionales de la Acadia, y para desalojar al enemigo de las posiciones de que se habia hecho dueño; pero la desgracia de los tiempos y el apuro del comercio no permitieron encontrar fondos para los gastos de aquella empresa. No bastaba por otra parte volver á tomar la colonia, se necesitaban tropas para conservarlas; y los peligros del reino exijian entónces la presencia y el empleo de sus últimas fuerzas.

El pabellon francés, desde mucho tiempo floreciente en todos los mares, no se hallaba ya enarbolado por Hocquincourt, Beaufort, de Estrees, Vivonne, Duquesne, dignos émulos de Ruyter, de Tromp, de Evertzen,

de Russel, de Herbert; tampoco lo estaba por Tourville, quien, en 1690, habia ganado la batalla de Bevesiere, y cuya gloria no perdió su brillo, dos años despues, por el desgraciado combate de la Hogue, sostenido contra fuerzas muy superiores. El conde de Tolosa habia despues de ellos sostenido dignamente el honor de la marina francesa, y tambien se habia visto, aun en los tiempos de su decadencia, ilustrarse otros hombres por la destreza y la audacia de sus empresas: hablo del tiempo en que Juan Bart, Duguay-Trouin, Ducasse, Forbin, Iberville, se hacian temer con débiles escuadras; otros armadores se formaron á ejemplo suyo, y se distinguieron contra los enemigos de la Francia. Hay tiempos penibles en que hallándose agotadas las fuerzas del estado, y no pudiendo repararse sino con mucho trabajo, tiene el gobierno que recurrir á la afeccion y al valor de los ciudadanos; mas el destino de una campaña rara vez puede depender de sus expediciones particulares, y en vano salen bien en algunas empresas individuales, si el gobierno enemigo, reuniendo sus fuerzas, y pudiendo dar á sus operaciones mas union y estension, hace servir para un ataque jeneral y decisivo todos los recursos de que puede disponer.

Dos sistemas de guerra marítima se hallaban entónces en presencia el uno del otro: el uno se apoyaba en los armamentos particulares, el otro en las expediciones formadas por el gobierno; la balanza no era igual, y el segundo jénero de ataque era el mas formidable. Mas la lucha que la Francia sostenia contra todas las grandes potencias de Europa no le permitió entónces el mismo desarrollo de fuerzas: una larga série de desgracias la habia debilitado; la batalla de Hochstedt, en 1704, le habia arrebatado todas sus posiciones en Alemania; la Flandes se hallaba abierta á sus enemigos desde la jornada de Ramillies; la Italia habia sido evacuada despues de la batalla de Turin, y el archiduque Carlos, competidor de Felipe V, habia sido proclamado rey en Madrid.

En medio de tiempos tan borrascosos, hubo algunos destellos de gloria. El ejército francés, mandado por Berwick, ganó, en 1707, la batalla de Almansa; Villars forzó, al otro lado del Rin, las líneas de Stollhoffen, y la Provenza fué libertada de una invasion que el príncipe Eugenio habia tentado en ella. Hasta se vió, en el año siguiente, un ejército naval partir de Dunkerque, para ensayar un desembarco en Escocia, en favor del hijo de Jacobo II. Mas otros reveses siguieron estos últimos esfuerzos; la derrota de Oudernade atrajo á los enemigos bajo los muros de Lila, que no pudo ser socorrida, y bien pronto acrecentaron las desgracias de la Francia el hambre que causó el riguroso invierno de 1709. Esta desnudez hacia mas penible la carga de los impuestos, habiendo llegado á ser exorbitantes: una larga guerra habia agravado su peso; y cuando Desmaretz fué nombrado, en 1708, contralor jeneral de la hacienda, fué preciso, para cubrir los gastos públicos, acudir á empréstitos y á sobrecargas que gravitaban, bajo todas las formas, sobre la propiedad, la industria, el lujo y hasta sobre las mas simples necesidades de la vida; era forzoso anticipar por medio de créditos sobre las contribuciones de los años siguientes, y se hacia el mal mas duradero consumiendo los recursos del porvenir. Semejante penuria dañaba á la regularidad de todos los servicios; y como las urgencias del ejército relajaban su disciplina, hacian padecer á sus operaciones, y enervaban sus fuerzas, vinieron á convertirse en la primera calamidad de todas, en un tiempo en que las fronteras se hallaban invadidas por los extranjeros.

Luis XIV, profundamente conmovido con las desgracias de su pueblo, dió numerosos pasos para obtener la paz, y Torey, su ministro, fué á La Haya, cerca del gran pensonario Heinsius. Dirijióse en seguida al príncipe Eugenio, en Marlborough; mas todavía no estaban satisfechos los enemigos de la Francia: querian imponer al rey la humillante condicion

de reunir sus tropas á las que continuarían la guerra para destronar á su nieto. Entónces fué cuando Luis XIV respondió noblemente: «que mas queria hacer la guerra á sus enemigos que á sus hijos.» Este monarca, reanimando sus esfuerzos para salvar el honor y la majestad de la Francia, estaba igualmente sostenido por este gran pensamiento: que la subida de su nieto al trono de España establecia una alianza natural entre ambas potencias; principio que produjo importantes y fecundos resultados durante mas de un siglo. Este sistema fué juzgado por entónces muy ventajoso; mirábase los vínculos hereditarios de ambas coronas como útiles á su ascendiente político, y la larga oposicion que los demás gobiernos manifestaron prueba que ellos eran de la misma opinion.

Para sostener una lucha que se habia hecho muy desigual, un jeneroso rasgo de honor y patriotismo reunió todavía bajo las banderas del rey, y bajo el mando del mariscal de Boufflers, un ejército de setenta mil hombres; mas estas tropas bisoñas fueron derrotadas en Malplaquet, á cuyo desastre siguió la toma de muchas ciudades de Flandes. Eugenio, llevando á España el honor de sus armas, ganó, en 1710, la batalla de Zaragoza contra las tropas de Felipe V, y este monarca se vió reducido al último estremo, cuando Luis XIV le envió el duque de Vendoma. La fortuna cambió entónces de partido y Vendoma venció en Villaviciosa el ejército enemigo mandado por Staremberg; y el resultado de una victoria tan favorable á la causa del rey fué inmediatamente secundada por un acontecimiento imprevisto. El archiduque Carlos, que era competidor de este príncipe, fué llamado al trono imperial por la muerte de José I, y la Inglaterra conoció el peligro de reunir en una misma cabeza las coronas de España y de Austria; pareció dispuesta á retirarse de la lucha empeñada tanto tiempo hacia contra Felipe V; y mientras que Marlborough deseaba la continuacion de una guerra que aumentaba su glo-

ria, un partido contrario, mas adic- to á los grandes intereses del estado, buscaba secretamente los medios de dar la paz á la Inglaterra, conser- vándola las ventajas que la guerra la habia procurado en sus posesiones de América. Sus principales esfuer- zos se dirijian á este último resulta- do, y se advirtió en todo el curso de las hostilidades cuánto dependia la suerte de las colonias de la situacion de sus metrópolis. Teniendo la Fran- cia que resistir á todas las grandes potencias de Europa, no podia en- viar socorros á sus dominios de ul- tramar. Luis XIV habia consumido su poderio: ya no se hallaba rodea- do de aquel acompañamiento de grandes jenerales, de hombres hábi- les que habian ilustrado su reinado; la mayor parte habian muerto; los otros estaban debilitados, como el monarca, por la vejez; y aquel gran poder militar, agresor muy amenu- do, á quien la fortuna habia favore- cido durante tanto tiempo, habia caído de inanición en medio de sus triunfos.

Era preciso sufrir en América las consecuencias de las calamidades que se esperimentaban en Europa; y cuando pareció posible disolver la liga jeneral que se habia formado contra la Francia, adhiriéndose Luis XIV á esta esperanza, consintió á ha- cer grandes sacrificios, para decidir á la Inglaterra á separarse de la coa- lición. Prometió el abandono de la Acadia, de la isla de Terranova y de las riberas de la bahía de Hudson. La Gran Bretaña no podia desear mas: ella salia de la lid mas poderosa que antes. Notemos de paso que pa- reciendo inclinarse desde 1711 hácia una paz separada, á fin de decidir á la Francia á suspender las hostilida- des en América, no cesaba la Ingla- terra de secundar en Europa las ope- raciones de sus aliados: ella no retira- ba todavía á Marlborough; y este jene- ral, aunque caído del favor en la cor- te de la reina Ana, continuó sirvien- do y venciendo por ella. De este modo negociaba la Inglaterra, á mano ar- mada, un arreglo particular que le aseguraba la paz, y que por de pron- to atrajo la firma de una suspension

de armas, el 19 de agosto de 1712. Un mes antes de firmar aquella tregua, el mariscal de Villars, forzan- do las líneas de Denain, habia atraí- do la victoria bajo las banderas de la Francia. El resultado de aquella jornada devolvía la paz tan deseada por ambas partes, y las negociacio- nes principiadas con la Inglaterra se terminaron en fin en Utrech por un tratado definitivo. Este tratado ce- dia á la Inglaterra la Acadia con sus antiguos límites; le cedia igualmen- te la fortaleza de Plasencia y los demás establecimientos que poseian los Franceses en la isla de Terrano- va, reservándose sin embargo lo lar- go del litoral del norte y del oes- te, desde el cabo de Buena Vista has- ta la Punta Rica, el derecho de pre- parar y de salar los productos de sus pesquerías. La isla del Cabo Breton y las demás islas situadas en el gol- fo y en la embocadura del San Lo- renzo se habian igualmente reserva- do para la Francia.

Apesar de las concesiones que aca- baba de hacer esta potencia, podia to- davía prometerse una gran prosperi- dad colonial: hallaba en la reciente adquisicion de la Luisiana una com- pensacion de sus pérdidas; pero el gobierno francés, en medio de los últimos embarazos de la guerra de sucesion, habia renunciado á hacer valer los recursos de aquella colonia, y habia cedido á Crozat, en 1712, el privilegio esclusivo de su comercio, reteniéndose la soberanía y la alta administracion del pais. Este privi- legio fué perjudicial para los colonos: un comercio sin concurrencia hizo subir el precio de los jéneros que les enviaban de la metrópoli, y dismi- nujó los beneficios que habian po- dido hacer sobre sus propias espor- taciones. Los progresos de la pobla- cion no estaban animados por los de la cultura, y Crozat no enviaba á la colonia mas que un pequeño número de nuevos habitantes; esta penuria de hombres era una causa inevitable de ruina. La Luisiana, re- ducida á algunas factorías de comer- cio, no podia ponerse en valor: ne- cesitaba de establecimientos agríco- las, y para desarrollar la prosperidad

tenia necesidad de un acrecentamien- to sensible en su poblacion.

No tardó Crozat en reconocer la insuficiencia de sus recursos: no lo- gró hacer florecer la colonia por las relaciones de comercio que se es- forzaron en establecer, por un lado con la Florida, por el otro con el Nuevo Méjico; y á fuerza de muchos años de pruebas y de pérdidas, hizo el abandono de su privilegio, en 1717

Entonces se formó una comprúa de Occidente, á la que el rey conce- dió el derecho de hacer, durante veinte y cinco, años, el comercio de la Luisiana, y de recibir en el Cana- dá todas las pieles de castores que proviniesen del tráfico de las pele- terías. Igualmente le cedieron á la compañía las tierras, los puestos y las islas de la Luisiana: podia ella hacer la paz y la guerra con las na- ciones indias; tenia asimismo la propiedad de las mismas; podia enaje- nar las tierras que le estaban conce- didas, construir fuertes, poner en ellos guarniciones de tropas levanta- das en Francia, equipar navios, nom- brar jueces. El rey, reservándose la soberanía, se obligaba á proteger la colonia contra las agresiones estran- jeras. La compañía tenia sus navios de comercio: era de su cuenta efec- tuar sus retornos al reino; estaba exenta de derechos de aduana por los jéneros que enviaba á la Luisia- na, y se le concedía una reduccion de derechos sobre los productos que importaba en Francia.

La concesion de estas ventajas no bastaba todavía para los intereses de la colonia; y para dar un primer movimiento á sus operaciones, ne- cesitaba de un crédito y de recursos efectivos. Para formar los fondos de la compañía, se crearon acciones de quinientas libras cada una, cuyo va- lor se entregaba en billetes del esta- do, pagaderos al portador; los es- tranjeros podian adquirirlos; tenian la facultad de comprarlos, vender- los y negociarlos.

La compañía se obligaba á tras- portar á la Luisiana seis mil blan- cos y tres mil negros durante su privilegio; mas no podia tomar los negros en las otras colonias france-

sas, ni enviar sus navios á las costas de Guinea, donde se habia arreglado el monopolio del tráfico por otras disposiciones.

La fundacion de esta compañía de Occidente era una creacion de Law, el cual, despues de haber propuesto inútilmente sus planes de hacienda á muchas cortes de Alemania y de Italia, logró por fin hacerlas adop- tar en Francia. El crédito de la com- pañia y la perspectiva de las rique- zas de la Luisiana fueron los prime- ros móviles que Law puso en uso pa- ra estender sus operaciones de bap- ca, que en el año anterior habian principiado por la emision de mil y doscientos billetes cuyo capital era de seis millones. No tardaron en au- mentar las acciones de la compañía hasta cien millones, aumentándo- se su número rápidamente en una proporción bien superior á su pren- da: el valor estaba hipotecado sobre las tierras de la Luisiana, y el bajo precio de su venta puso á los espe- culadores, que quisieron hacer ad- quisiciones en aquella colonia, en posesion de terrenos inmensos, don- de pudieron trasportar cultivadores y obreros.

La actividad de las primeras ope- raciones de la compañía de Occidente fué favorable á la colonia; se traslada- ron á ella grandes concesionarios y se principiaron á hacer numerosos des- montes. Esperanzas sin término es- timulaban aquellas empresas; el Mi- sisisipi debia realizar las fábulas de Eldorado, y se esperaba centuplar en América la fortuna que se aban- donaba en Europa: el oro se cambia- ba por papel, el papel por territorio. Mas aquellos que descuidaban entrar en posesion no adquirian mas que un título ilusorio en desiertos incultos, donde no trasportaban ningun habi- tante y donde no principiaban nin- guna esplotacion. Este título, del que no hicieron uso alguno, cayó en des- suetud; y la propiedad solo quedó de un modo incontestable á favor de los que la ocuparon y que for- maron un verdadero establecimien- to. La compañía de Occidente se de- dicó en primer lugar en fortificar la isla Delfina donde se hallaban esta-

blécidos los almacenes y el cuartel jeneral de la colonia. Esta isla había sido asolada en 1700 por un corsario inglés, y era preciso ponerla al abrigo de un nuevo insulto; construyóse en ella un fuerte y en él se puso una guarnicion; mas en el mes de agosto de 1717, una barra de arena que un huracán había amontonado cerró repentinamente la entrada del puerto: fué necesario entonces buscar otro fondeadero para los navios que no podían subir hasta el de la Mobila, y volvieron á la ensenada herradura de la isla Surgera, que ya habían frecuentado y que no se halla espuesta á los vientos del norte, de muy poca violencia en aquellos parajes: construyóse en ella un fuerte para la seguridad de los navios, y por segunda vez se trasladaron sobre la playa de la bahía de Biloxi, que está inmediata, los almacenes y el cuartel jeneral que no podía conservar ya la isla Delfina.

La compañía de Occidente envió ochocientos colonos en 1718: llegaron todos juntos al Biloxi, playa estéril, donde no hallaron ni bastantes provisiones para subsistir, ni bastantes medios de transporte para llegar á los diferentes puntos de la colonia; un gran número pereció despues de haber desembarcado. Hallábanse muy dispersas las tierras donde debían establecerse los que sobrevivieron á las primeras víctimas: las unas estaban situadas en los cantones de Pascaguola, de Bâton-Rouge, de los Natchez; las otras en los cantones del Río Encarnado, del Arkansas, del Ohio, del Illinés. Fué preciso llegar allí con mucho trabajo; mas no espermentaron ninguna oposicion por parte de los Indios. Los Natchez hasta ofrecieron provisiones de víveres á las familias que fueron á fijarse entre ellos; y sobre una meseta que dominaba aquella comarca construyeron el fuerte santa Rosalia, destinado á proteger los establecimientos franceses.

El punto mas occidental de la colonia era el de los Natchitoches: los Españoles del Nuevo Méjico habían tratado de aproximarse á él, y ya hacia algunos años que habían fun-

dado en el pais de los Cenís una mision relijiosa que no tardó en convertirse en un establecimiento militar, y que estendió en seguida sus puestos avanzados hasta los Adayes. El mismo gobernador de la Luisiana había favorecido aquella mision, con la mira de abrir por aquel medio relaciones mas fáciles de comercio con el Nuevo Méjico.

Siendo el Misisipi la línea central de la colonia, se concibió el proyecto de fundar en las orillas de aquel río la Nueva Orleans, glorioso y noble establecimiento que su situacion destinaba á ser uno de los depósitos mas florecientes del comercio. Bienville, hermano de Iberville, trazó los planes en 1717; y esta ciudad naciente, favorecida por todas las ventajas que pueden asegurar la riqueza de un pais inmenso y la actividad de la navegacion mas estensa, recibió sus primeros habitantes al año siguiente.

Sin embargo los progresos de la colonizacion iban á ser interrumpidos por una nueva guerra entre la Francia y la España; y apesar de que el advenimiento al trono de Felipe V hubiese debido conciliar ambas potencias, la turbulenta inquietud de Alberoni, su ministro, hacia romper una alianza comprada con tantos sacrificios. Dicha ruptura estalló en 1719: la guerra encendida en Europa no tardó en comunicarse á la América, y Serigny, que mandaba las fuerzas navales de la Luisiana, fué encargado de una expedicion contra Panzacola. Este fuerte español, situado en una altura que domina la entrada de la rada, fué atacado repentinamente y se rindió por capitulacion el 14 de mayo; pero no dejaron en él mas de una guarnicion de doscientos hombres, y la plaza volvió á tomarse, el 7 de agosto, por un armamento de mil y ochocientos hombres, salidos de la Habana. Los Españoles creían sus tropas suficientes para apoderarse sucesivamente de la isla Delfina, de la Mobila y de la nueva Orleans: ensayaron muchos ataques inútiles sobre los dos primeros puntos, y bien pronto vieron presentarse á

la entrada de la bahía de Panzacola una escuadra francesa, mandada por Champmeslin: dicha escuadra se apoderó de un fuerte que los Españoles acababan de construir hácia la punta de la isla de santa Rosalia; capturó en seguida los navios despues de un combate obstinado, y Panzacola, investida por los Franceses y por los salvajes que se habían reservado el ataque de tierra, se vió precisada á capitular el 17 de setiembre. Así esta fortaleza fué sitiada tres veces durante el mismo año. Estas expediciones consecutivas hacen juzgar el interés que se ponía por ambas partes en poseer un puerto tan ventajosamente situado en una costa que no ofrece mas que un pequeño número de abrigos. Ibase á fijar por medio de negociaciones la suerte de aquella plaza cuya conquista se disputaba: no tardó en concluirse una suspension de armas, y, en 1721, Panzacola fué devuelto á la España, despues de haberse firmado la paz.

En el entretanto había sido reorganizada la compañía de Occidente: hizo esfuerzos poderosos para mejorar la situacion de la Luisiana. Se aumentó el número de los habitantes de la Nueva Orleans, y se trasladó á ella el cuartel jeneral de la colonia; Juchereau de San Denis fué á mandar el apostadero de los Natchitoches, donde había vivido mucho tiempo; los del Arkansas, del Misouri, del Illinés, protejieron las comunicaciones con el norte, y el de Mobile continuó defendiendo los límites orientales. Fueron levantados otros dos fuertes, el uno en las orillas del Tombegbe para vijilar á los Choctawos, el otro en las del Alabama cerca del territorio de los Creeks. Estas precauciones eran tanto mas necesarias cuanto que jamás se podía contar con una paz duradera con los salvajes, y que sus hostilidades, siempre imprevistas, eran señaladas por los furores mas bárbaros. En 1713 se vió á la nacion de los Tuscaroras atacar los establecimientos de la Carolina, y degollar en el mismo instante á todos los Ingleses vecinos de esta frontera. Pronto vengó esta

conspiracion el gobernador de la colonia: fueron atacados á su vez los Tuscaroras; no se les hizo ninguna gracia, y los que se libraron de este desastre se refujaron con los Iroqueses y fueron admitidos en su confederacion.

Un atentado igual, hecho dos años despues por la tribu salvaje de los Yamasees, ofreció los mismos ejemplos de crueldad y tuvo resultados idénticos. Habiendo caído á la vez bajo los golpes de estos bárbaros muchos Ingleses de la Carolina, los primeros sufrieron una persecucion muy viva; fueron inmolados todos los que se pudieron cojer, y los restos de su nacion se retiraron al territorio de la Florida.

Aunque era castigado el furor de los Indios con las represalias mas terribles, con todo esparcían el terror en los establecimientos europeos vecinos de las naciones salvajes. Convenia buscar una garantía contra sus feroces hostilidades, y las opiniones variaban sobre el sistema que debía seguirse. Unos opinaban que para mantener la seguridad de los Europeos, era preciso atizar la guerra entre las tribus indíjenas; otros, atribuyendo su odio al temor que tenían de ser espulsados de su territorio, creían que era prudente hacer tratados con ellos sobre límites, á fin de que con su propio consentimiento sancionasen la posesion de las tierras ocupadas en su pais, y les asegurasen por un acto solemne, el libre uso y dominio de los campos, bosques, rios y de todos los lugares de caza y pesca que les estaban reservados. Este último parecer, el mas conforme á las reglas de la humanidad, fué adoptado en 1721 por Francis Nicholson, gobernador de la Carolina: hizo con los Cherokees y los Creeks un arreglo sobre la línea de demarcacion que los debía separar de las colonias inglesas.

El gobernador de la Luisiana consiguió, sin limitar del mismo modo el territorio de esta colonia, mantener relaciones pacíficas con los Indios, y las desavenencias que en 1722 hubo entre los Franceses y los Natchez fueron luego conciliadas. El

restablecimiento de la buena armonía facilitó que se explorase con mas seguridad el interior de la Luisiana; Le Page Dupratz, agente y concesionario de la compañía de Occidente, hizo á ella varios viajes; examinó su suelo, animales y plantas; recojió numerosas noticias sobre muchos pueblos de aquellas comarcas, y preparó las relaciones que tuvieron luego con ellas.

Quando hubo estallado la guerra entre los Padoucas y otras naciones americanas vecinas del Arkansas y del Missouri, Bienville, entonces gobernador de la Luisiana, resolvió hacer de mediador entre los beligerantes, y conciliar, por medio de un arreglo hecho bajo la proteccion de la Francia, las tribus indias situadas al occidente del Misisipi. El gobernador del Canadá, en 1701, habia dado este saludable ejemplo, pacificando todos los distritos cercanos á los grandes lagos: y Bienville, imitando esta conducta jenerosa, mandó salir del fuerte de Arkansas una diputacion, que en julio de 1724, pasó á la tribu de los Kansez, cerca del rio que lleva su nombre. Concurrieron á ella diferentes jefes de los Missouris, de los Osajes, de los Otowayos, de los Panis y de los Padoucas; fueron discutidos en varias juntas sus intereses y sus motivos de queja; fué nombrado árbitro el enviado francés; arregló sus pendenencias, y los Padoucas, enemigos antiguos de los Kansez, depusieron su odio. «Hace mucho tiempo, dijo su jefe, que el sol está rojo ó cubierto de nubes, las aguas turbias y sangrientas, la tierra devastada, y los campos que nos separan sembrados de abrojos. Por fin llega un dia mas brillante, el agua se vuelve mas clara y mas pura, la tierra reproduce sus flores, y la paz allana los caminos. Sigamos la voluntad de nuestro padre, y arrojemos el tomahac al rio, donde vaya rodando con sus aguas hasta el rio grande que debe enterarle para siempre.»

Tomadas estas resoluciones solemnes, el enviado francés pasó al pais de los Padoucas con los diputados indios; recibió de la nacion entera

las mismas seguridades de paz: fueron distribuidos los regalos que destinaba á todos los jefes, y regresó al fuerte de Arkansas despues de una ausencia de cuatro meses, felizmente empleados en esta pacificacion.

Ningun suceso turbó la tranquilidad de la Luisiana durante muchos años. Sin embargo no se podia confiar tanto en las disposiciones de las tribus situadas entre el curso del Misisipi y los Apalaches: un comun sentimiento de inquietud y de desconfianza les animaba contra los Europeos que les rodeaban de todas partes, y que no podian engrandecerse sin incomodarles. Los Indios vecinos de la Carolina cometian en ella frecuentes violaciones de territorio, y la Florida estaba espuesta á las incursiones de los Choctawos; mientras que los Creeks, mas convencidos de las ventajas de la paz, probaban de permanecer neutros en medio de las guerras que estallaban á su alrededor. La nacion de los Chikasawos era la mas numerosa de las que confinaban con la Luisiana: era tambien la mas inquieta y la mas hostil; constantemente ocupada en suscitar enemigos á la colonia francesa, consiguió por fin inspirar á los Natchez sus preocupaciones y su odio, y estos empezaron á ver con recelo el establecimiento del fuerte Rosalia, erijido en su territorio. Quando Perier reemplazó á Bienville en el gobierno de la Luisiana, reconoció luego la necesidad de tener mas tropas, y las pidió inútilmente á la compañía de Occidente. Los peligros aumentaron, y en 1729, una gran injusticia, cometida con los Natchez por el comandante del fuerte Rosalia, estuvo á pique de acarrear la destruccion de la colonia entera.

Los Natchez estaban mas civilizados que las tribus vecinas, en medio de las cuales hacia ya mas de dos siglos que estaban trasplantados. La tradicion llamada por ellos la *palabra antigua*, les informaba que sus antepasados, establecidos hácia el oeste, se habian aliado á los hombres blancos, á los guerreros de fuego, cuando vinieron estos en sus pue-

Mos flotantes á invadir las rejiones de Anahuac. La tradicion añadia que el viejo imperio, que la herencia de los Caciques fué entonces subyugada, que los Natchez fueron á su vez atacados, y que no pudieron salvar su independencia de otro modo que espatriándose y retirándose lejos de los vencedores; de este modo llegaron poco á poco á las comarcas que riega el Misisipi; hasta quisieron tomar por barrera este rio, y se establecieron por fin en la orilla oriental. Rodeados de naciones mas salvajes en su retiro, muy pronto dejeneraron sus primeras instituciones, y contrajeron, en sus guerras con los demás Indios, los mismos hábitos de ferocidad para con sus enemigos y sus prisioneros. Con todo se hallaban aun en alguno de sus usos domésticos, de sus principios religiosos y de los productos de su industria, muchas señales de una civilizacion en otro tiempo mas adelantada. Tenian un idioma particular; creian en un gran espíritu, y en otros inferiores, encargados de cumplir sus órdenes y de ser los ministros de su ira ó bondad; empezaban su año hácia el equinoccio de la primavera, daban á los meses nombres de animales ó plantas útiles para su subsistencia, tenian aldeas mejor edificadas, campos mejor cultivados, y reglas de sociedad civil mas perfectas que las de los demás Indios. Su número se habia disminuído con el tiempo, pero habian conservado esa arrogancia y espíritu de independencia que se irrita contra la fuerza y no sufre impunemente que se le ofenda.

El comandante del fuerte Rosalia, despues de buscar en los campos vecinos el lugar en que podria formar un gran establecimiento agrícola, habia fijado la vista en el pueblo de Pomme, ocupado por una tribu de Natchez: mandó venir al jefe, le declaró que los habitantes debian evacuar el pueblo, y que le habia escogido para su propia residencia. En vano procuró el jefe indio moverle, recordándole el acojimiento que habian hecho á su nacion los Natchez.

«Quando nos habeis venido á pedir terreno, os lo hemos dado: bastante teniamos para vosotros y para nosotros. El mismo sol nos alumbraba; la misma tierra nos podia mantener, podia recibir nuestras tumbas y pasar á nuestros hijos. ¿Para qué robarnos los bosques, los prados que partimos con vosotros, las cabañas en que os hemos recibido, la estera en que fumábamos juntos el calumete de paz.»

No pudo empero el jefe indio entenercer á este insensato, y por toda gracia, consiguió que la marcha de los habitantes del pueblo se dilatara hasta despues de la cosecha; y hasta este retardo concedido fué comprado con un tributo de granos. Medita entonces el jefe una sangrienta venganza; reúnen los ancianos; la pérdida de los Franceses fué resuelta en su consejo. Pero no basta destruir á los habitantes del fuerte Rosalia, la colonia entera debe ser arruinada; un ataque parcial solo acarrearía funestas represalias. ¿Bastaría además esto para el resentimiento de los Indios? ¿No son sus opresores los mismos en todas partes, y no han conspirado para la destruccion de todas sus tribus?

Este proyecto de un hombre solo se hace bien pronto el de todos. El gran jefe ó el gran sol de los Natchez aprueba esta conjuracion; todos los jefes particulares toman parte en ella; las otras naciones vecinas son invitadas á unirse á ellos: queda fijado el dia de la destruccion y aun envuelve esta conspiracion un profundo misterio. Pero habiendo llegado á descubrirlo la madre del gran jefe de los Natchez, no pudo concebir la idea de un atentado tan bárbaro. Amaba á la nacion proscrita, tenia íntimas relaciones con un Francés, é impulsada por afectos contrarios, no se atrevió á divulgar completamente el fatal secreto; pero dijo lo suficiente á algunas jóvenes Indias que amaban á los Franceses, para que estos estuviesen prevenidos de que se tramaba contra ellos una conspiracion. Lo noticiaron al comandante del fuerte; y tal fué la obcecacion de es-

te oficial que las trató de cobardes, las hizo arrestar y despreció sus avisos.

Por fin había llegado el día de la ejecución. El 28 de noviembre de 1729 concurren los Indios de todas partes á la residencia del comandante, bajo pretexto de pagarle su tributo de granos; y mientras iban á la fortaleza con sus numerosas cargas, otros se esparcían, bajo diferentes pretextos, en las habitaciones aisladas que habían sido erijidas en los alrededores bajo la protección de la capital de la colonia. Dióse la señal á los conjurados con algunos fusilazos disparados en el fuerte. Inmediatamente es asesinado el comandante; los soldados son atacados antes de haberse podido reunir; asesinados, apostados cerca de las víctimas que les son designadas, los hieren á la vez. En los campos se hizo la misma carnicería, y todas las habitaciones son bañadas en sangre. La colonia francesa de los Natchez se componía de setecientas personas; pereció la mayor parte; sólo se perdonó á los negros afectos á los plantíos, ciento cincuenta niños y ochenta mujeres jóvenes que fueron reservadas como esclavas. Los blancos que se libraron sólo debieron su salvación á la oscuridad de los asilos en que se refugiaron, ó á los sentimientos de piedad de algunos Indios á quienes habían favorecido, y cuyo corazón se enterneció en el momento del crimen. Después de los asesinatos saquearon las casas; fué destruido el fuerte, y trasportadas á otro sitio las armas y las municiones de guerra, que los Natchez rodearon de muchos cercos de fuertes empalizadas. Fueron también devastados todos los establecimientos esparcidos en las cercanías. Los Franceses habían erijido un fuerte en el país de los Yasous, allí fueron degollados; tuvieron la misma suerte en los alrededores, y los asesinatos se habrían extendido más lejos si algunos incidentes no hubiesen apresurado el momento de la ejecución. Viéndose muchos aliados de los Natchez precedidos creyeron que habían sido vendidos, y no esperando ya sor-

prender sin defensa á los Franceses establecidos entre ellos, no lo intentaron por entonces. Al mismo tiempo se descubrió en Nueva Orleans una conspiración formada por los negros; fueron arrestados sus autores y no se dudó que su plan estaba unido á la conspiración que habían tan cruelmente ejecutado los Natchez.

A la noticia de tan trágico suceso, la Luisiana se cubrió de luto. Perier, su gobernador, determinó vengar tanta sangre derramada, mas no bastaban sus fuerzas; recurrió á la alianza de los Choctawos, obtúvola, y mientras que sus guerreros marchaban hácia el territorio de los Natchez, un cuerpo de doscientos Franceses, mandados por el mayor de Loubois, tomaba la misma dirección. Desde luego era preciso salvar á las mujeres y niños que los Indios guardaban en esclavitud, pues tal era el principal objeto de la expedición. Los Choctawos, que llegaron, el 27 de febrero de 1730, al pie de la fortaleza en que se habían atrincherado los Natchez, permanecieron allí en la inacción durante mucho tiempo, y cuando llegaron las tropas francesas, atacaron y sitiaron el fuerte, el cual se defendió hasta el 25 de marzo. Finalmente el enemigo pidió capitular y ofreció entregar todos sus esclavos; pero amenazaba quemarlos, si no se retiraban los sitiadores á la orilla del río: Loubois, para salvarles la vida, consintió en esta condición y le fueron entregados las mujeres, niños y negros. Quería luego renovar el ataque de la plaza, pero por la noche la evacuaron todos los Natchez, y Loubois solo encontró en ella habitaciones desiertas. Destruyó los atrincheramientos indios, mandó volver á erijir el fuerte Rosalia, donde dejó una guarnición, y llevó á Nueva Orleans, para glorioso trofeo de su expedición, la comitiva librada por sus desvelos, las mujeres que habían escapado del degüello de sus esposos, y aquellos débiles niños que su edad había hecho perdonar.

Peró aun duraba la guerra con los Natchez: habían huido, pero siem-

pre abrigaban el mismo sentimiento de odio; eran enemigos irreconciliables, y sus bárbaras hostilidades pusieron una barrera insuperable entre ellos y la colonia. Sorprendieron y degollaron en los bosques una partida de soldados y trabajadores que iban á buscar materiales para la construcción del nuevo fuerte; atacaban á los viajeros, saqueaban las habitaciones aisladas; y no teniendo esperanzas de mantenerse en su territorio, luego que supieron que se hacían nuevos preparativos contra ellos abandonaron el país que ocupaban cerca del fuerte Rosalia, y se retiraron á la orilla occidental del Misisipi, hácia las alturas que separan los lagos del Río Rojo y del Arkansas.

Los desastres causados á la Luisiana por el furor de los Natchez aumentaron las pérdidas de la compañía de Occidente. Había mas dificultad en repararlas; se habían ya desvanecido las ilusiones y esperanzas que habían seducido á los primeros colonos: no podía ya renacer el prestigio; y para volver á dar valor á esta posesión, había que luchar contra numerosos obstáculos. No estando ya en poder de la compañía separarlos, abandonó al rey, en 1730, todas las concesiones que había obtenido, y le hizo entrega de la colonia. Perier quedó de gobernador: proyectaba una nueva expedición contra los Natchez. Le enviaron de Francia un ligero refuerzo de tropas, y habiendo terminado sus preparativos á mediados del invierno, subió el Misisipi, el Río Rojo, el Río Negro, el Bajouc argentino, para ir en busca del enemigo, del cual le separaban aun vastos bosques. Un joven indio que sorprendieron los Franceses en la pesca les indicó, al querer escapar, el sendero que conducía al establecimiento principal de los Natchez; y el nuevo puesto que habían fortificado fué atacado el 20 de enero de 1731. Estaban los Indios resueltos á defenderse: hicieron varias salidas atrevidas para detener los adelantos de la trinchera; pero la explosión de una bomba que cayó en medio del fuerte, en la parte ocupada por las mujeres y niños, hizo que

de repente se levantasen gritos lamentables; y no esperando los Natchez poderse defender mas, hicieron señales para obtener una suspensión de armas y una capitulación. Esperaban prolongar la negociación hasta la noche, á fin de escaparse en medio de la oscuridad: pero se vijilaban las cercanías de la plaza, y la mayor parte de los que salieron, tuvieron que volver á entrar en ella. Un corto número se escapó, los demás se rindieron á discreción, y fueron llevados como esclavos á Nueva Orleans; las mujeres fueron dispersadas en las habitaciones de la colonia, y se trasladaron los hombres á Santo Domingo. De este modo se acabó una nación enemiga que una primera ofensa había sublevado: el orgullo imprudente de un hombre había acarreado esta larga serie de crímenes y de calamidades. Ejemplo deplorable del abuso del poder y de la ciega irritación de todo un pueblo que, al conjurar la pérdida de sus enemigos, prepara su propia ruina.

Entre los prisioneros cojidos se contaba el gran jefe de los Natchez, y los Indios que habían podido evadirse de la plaza eran demasiado débiles para tratar de reunirse bajo un nuevo jefe; se refugiaron á los Chikasawos y les pidieron les adoptasen. Se conocía este derecho de asilo en todas las comarcas salvajes de América. Cuando una nación devastada por la guerra ó por otros azotes, estaba á punto de anonadarse, un pueblo nuevo podía recoger sus restos: le enviaba oradores encargados de hacerle una descripción de sus desastres y de dirigirle sus súplicas. «Se ha invadido la tierra de nuestros padres; el incendio ha devorado nuestros bosques, nuestras habitaciones y nuestras cosechas; solo nos quedan armas. Permitidnos vivir con vosotros, participar de vuestros trabajos y combatir vuestros enemigos.»

Esta hospitalidad, rara vez rehusada á la desgracia y á las súplicas, prescribía deberes mutuos, y cuando había una nación adoptada familias fujitivas, participaban de todos sus destinos; estaban bajo su inme-

diata proteccion; sus antiguos enemigos no podian perseguirles sin entrar en guerra con el pueblo que les habia recibido.

LIBRO CUARTO.

FUNDACION DE LA JEORJIA Y TOTAL OCUPACION COLONIAL DE LAS COSTAS DEL ATLANTICO. CONSIDERACIONES SOBRE LAS RELACIONES DE LAS COLONIAS INGLESAS CON SU METROPOLI: COMPARACION DE ESTE SISTEMA CON LOS DE LOS PUEBLOS ANTIGUOS. ENGRANDECIMIENTO DE LA NAVEGACION, DE LAS PESQUERIAS, DEL COMERCIO, DE LA AGRICULTURA, DE LA INDUSTRIA Y DE LA POBLACION.

Hemos seguido los primeros adelantos de las colonias europeas fundadas en la costa oriental y en las regiones interiores de la América del norte. Quedaba aun por ocupar, en las costas del Atlántico, un vasto territorio, tambien reclamado por los poseedores de la Florida y los de la Carolina. Los Españoles no tenian en él establecimiento alguno, y los Ingleses habian ya ejercido actos de jurisdiccion y de ocupacion temporal que les condujeron por grados á una toma de posesion. Cuando en 1701 atacaron á los Indios Apalaches que habian hecho incursiones en la Carolina, les persiguieron, y llevaron el teatro de la guerra al territorio entre el curso del Savannah y el del Alatomaha; levantaron en seguida un fuerte en las orillas de este último rio, tanto para contener á los Indios como para impedir la evasion de los esclavos negros que se refugian en la Florida; el gobierno español se quejó de la creacion de este punto militar; y apesar de que el incendio accidental del fuerte terminó luego esta disputa, los Ingleses se prevalecieron luego de un primer establecimiento, para estender sus pretensiones á todos los territorios situados al norte del rio de Santa María. Allí se habia proyectado la fundacion de una nueva colonia, con el objeto de procurar un asilo á los indijentes de la Gran Bretaña y

de la Irlanda, y para asegurar mejor la defensa de la Carolina; tambien se ofrecia una morada á los pobres protestantes de los otros paises, y los bienhechores que se ocuparon de esta colonia, la pusieron bajo la proteccion de Jorge I. El sello que adoptaron representaba los dos grandes rios de este pais, bajo la forma de dos ninfas recostadas sobre sus urnas; se levantaba un jenio entre ellas; llevaba una lanza y un cuerno de abundancia; adornaba su cabeza un gorro frijo.

En noviembre de 1732, se embarcaron en Gravesend ciento y quince colonos para la Jeorjia: James Oglethorpe, principal promotor de la empresa, se hallaba con ellos, y se señaló por su actividad en este establecimiento que fué fijado desde luego en Savannah, cerca del rio de este nombre. Pertenecia á los Creeks todo el territorio situado al medio del rio; deseó Oglethorpe adquirir una parte; les hizo regalos y concluyó la paz con ellos. Luego le acompañó á Lóndres una diputacion de Creeks, y la buena acogida que recibieron del rey contribuyó á asegurar la paz. Marchó de Neuchatel una colonia de ciento y setenta Suizos que fué á establecerse en Purisburgo al norte de Savannah; otra colonia de ciento y treinta montañeses escoceses fué á fundar Iverness en el Alatomaha, y ciento y sesenta Irlandeses se establecieron en otro territorio.

En el primer plan de organizacion de la Jeorjia, se consideraba cada plantador como un soldado; debia ballarse provisto de armas y de municiones. Se miraba cada tierra como feudo militar, y se trasmitia por herencia en linea varonil. Ningun hombre podia salir de la provincia sin licencia. Toda hacienda que por espacio de diez y ocho años no se hubiese cultivado volvía al poder de los accionistas. Para comerciar con los Indios se necesitaba un permiso. Estaba prohibido valerse de los negros é importar licores fuertes; pero fueron muy pronto revocadas estas últimas restricciones.

Fueron erijidos algunos fuertes



Países naturales de la Hudson. Entradas naturales del Hudson.

®



1. Maté. 2. Tabaco.



1. Wapiti. 2. Buffalo.
1. Vatiipi. 2. Bufalo.



1. Ocelot.

1. Ocelot.

2. Castor.

2. Castor.

hacia los territorios de los Creeks y de los Cherokees, y Oglethorpe mandó también construir las fortalezas de Augusta y de Federica. El gobernador de la Florida tomó recelo con esta medida; exigió que los Ingleses evacuasen todo el territorio situado al mediodía de la bahía de Santa Elena; pero no insistió en su petición; su protesta no produjo hostilidad alguna, y los fuertes construidos fueron conservados.

Habiendo la fundación de la Georgia completado la ocupación de las costas del Atlántico por los Europeos, podemos ahora abrazar el conjunto de las posesiones inglesas en la América del norte, y naturalmente nos vemos inclinados á hacer algunas observaciones sobre las causas y efectos de los cambios que sufrió la forma de su administración, y sobre la tendencia de cada colonia hácia un modo de prosperidad y de industria, análogo á su situación particular.

El principal objeto de los fundadores había sido hacer florecer las colonias con buenas leyes: se había también reconocido la necesidad de asegurarles constantemente la protección de la metrópoli, y por fin hubo que determinar las relaciones que debían unirles á ella, de manera que concilian sus respectivos intereses y desarrollasen sus comunes recursos sin chocar. Era difícil resolver este problema, y para guiarse en el exámen de esta cuestión se quiso aprovechar las lecciones de lo pasado. Los antiguos habían tenido colonias: ¿qué sistema observaban ellos en su establecimiento y para su conservación? Una autoridad tan respetable debía ser de gran peso, y los pueblos que principiaron á civilizar la Europa tenían indudablemente derecho de ilustrarla con su ejemplo.

En otro tiempo se conocían dos especies de colonias; unas fundadas voluntariamente y sin encargo en suelo extranjero por simples ciudadanos reducidos á sus propios recursos, y otras que un gobierno mandaba establecer por sus jenerales ú otros delegados. Las primeras eran independientes: subsistian por sí

mismas, y gozaban de sus propios derechos; creaban sus magistrados y sus jueces; hacían sus leyes, no estaban sujetas á impuesto alguno extraño, y hacían la guerra y la paz á su libre albedrío. Las otras, fundadas y sostenidas por un gobierno, no gozaban de igual privilegio: tenían los mismos amigos y enemigos que la metrópoli; debían tomar las armas en su defensa; reconocían su derecho de supremacía, y muchas veces no podían variar sus leyes sin su autorización.

Se puede citar al frente de las colonias independientes á Cartago, fundada por los Fenicios y jamás considerada como tributaria de Tiro, tanto en tiempo de guerra como en el de paz; y en la otra clase de colonias que quedaban sometidas á la metrópoli, pueden colocarse las fundadas por Cartago en muchas islas del Mediterraneo, en las costas de Africa, en las de España y mas allá de las columnas de Hércules. Los Cartagineses soñaban en engrandecer su comercio; procuraban atraer á las colonias que establecían las producciones de los países cercanos; propagaban en ellas su industria, su navegación, y favoreciendo los trueques entre los diferentes pueblos multiplicaban las riquezas de todos. Los numerosos establecimientos comerciales que formaron tendieron á comunicar por todos lados el conocimiento de las artes útiles que contribuyen al bienestar de las naciones; unieron á pueblos que se hallaban malquistos, é hicieron servir las relaciones comerciales para el progreso de la industria.

El establecimiento de las colonias griegas tuvo un objeto menos comercial. Se consideraba su fundación como un medio necesario para satisfacer las necesidades de una población siempre en aumento. Estados de territorio tan limitado hubieron estado sobrecargados con un aumento de habitantes; se enviaban sucesivamente al exterior diferentes enjambres de cultivadores; y estos llevaban consigo á otras orillas sus instituciones, su lengua y sus dioses. Si eran atacadas las colonias, recurrían

al auxilio de la metrópoli; tomaban parte en su defensa, cuando se les requería; condescendían con sus consejos y reconocían la autoridad que tiene la madre patria sobre sus hijos. Muchas veces enviaban sus teorías á los juegos olímpicos de la Grecia y á sus fiestas mas solemnes; tenían un culto igual; observaban los mismos ritos en sus entierros, y tenían un afecto religioso á los lugares de su origen. Los colonos no querían que la metrópoli fuese amenazada y se insultasen los monumentos de sus antepasados. Todas las colonias griegas no habían quedado bajo la dependencia política de la madre patria, pero se creían aun ligadas á sus intereses y á su suerte, por deberes de gratitud, de piedad filial y de humanidad; y este género de obligación moral y natural arrastraba en pos de ella y sin dificultad una nación dotada de una sensibilidad tan viva.

Roma había formado otros vínculos entre ella y sus colonias, las fundaba para asegurar sus conquistas y extender su poder, sea que les enviase á las tierras vacantes que habían vuelto al dominio público, sea que las colocase como baluarte en los límites de su territorio. Los soldados y los veteranos de sus legiones eran frecuentemente los primeros poseedores de sus colonias, y se echaban los cimientos de una ciudad nueva en medio de un campamento. De este modo las reglas del deber y de la disciplina militar eran la base de las relaciones de una colonia romana con su metrópoli. La frontera en que había sido colocada estaba particularmente encargada á su custodia; y cualesquier que fuesen los países y las distancias, se hallaba siempre bajo el comun poder. Roma establecía sus leyes y sus magistrados en las colonias que había fundado; enviaba á ellas pretores, decuriones y ediles; cobraba los impuestos, hacia en ellas levas militares; y si los colonos tomaban las armas contra ella, no solo eran tratados como enemigos sino que se les perseguía como rebeldes.

Tales eran los diferentes sistemas

que podían consultar los hombres que buscaban la autoridad de los ejemplos para fundar las relaciones de las colonias con su metrópoli; pero la diferencia de los tiempos y de las situaciones no permitía que se imitasen las antiguas formas sin modificarlas; y las que fueron adoptadas participaron del espíritu del siglo en que fueron establecidas.

La variedad de las instituciones políticas y religiosas que cada colonia eligió, fué el primer resultado de esa libertad de opiniones que se tuvo cuidado de alentar y de favorecer desde el principio. Pudieron satisfacerse las miras de todos los hombres que pasaron á América, y ellos mismos arreglar su destino y las formas de gobierno bajo las que deseaban vivir. Esta conformidad de principios con conciudadanos con quienes se habían unido voluntariamente fué para todos una de las principales causas de bienestar y de union. Por otra parte quedaban ligados á la metrópoli por muchas instituciones fundamentales, cuyas ventajas tuvieron habitualmente que reconocer.

Estas instituciones eran la del jurado, que en los procedimientos criminales daba mas garantías á la inocencia; la del *habeas corpus*, que aliviaba la condicion de los acusados dejándoles libres con fianza; la del sistema representativo, aplicado á la discusion de las leyes y á la administracion de los ingresos y gastos públicos. No se podía adoptar reglamento alguno contrario á las instituciones de la metrópoli; todo Inglés al llegar á las colonias, conservaba allí derechos naturales, imprescriptibles, inherentes á su calidad de súbdito de la Gran Bretaña, y continuaba gozando como ciudadano, la seguridad que le concedían las leyes de la madre patria. Estos privilegios judiciales, esas formas representativas, esa costumbre de discutir los intereses de su país, de comparar los recursos con las necesidades, y de identificarse con el bienestar de un estado que tambien se hace cosa pública, daban á los

hombres mas patriotismo y les hacían concurrir á la comun prosperidad.

Cuando las colonias inglesas empezaron á formarse, fué en virtud de concesiones hechas por el rey que miraba como su dominio propio las tierras nuevamente descubiertas y establecía entre las colonias y la corona relaciones fundadas en las instituciones feudales. De ello se encontraba un ejemplo en los derechos de soberanía que el rey ejercía sobre el condado palatino de Durham, situado al norte del ducado de York; y se aplicó el mismo género de vínculo á las primeras concesiones de territorio. Las compañías ó los propietarios que las obtuvieron estuvieron autorizados para distribuir las tierras, hacerlas ocupar á su gusto y hasta erijirlas en feudos; percibieron sus tributos y allí gozaron derechos señoriales. Así tenían los dominios sus cargas y podían retirarlas si no se formaba establecimiento alguno en un plazo determinado. Esta obligación de ocuparlas, de desmontarlas, y pagar el censo anual, tenía por resultado acelerar su cultivo y limitar cada concesion particular á la estension de tierras que efectivamente podía labrar y beneficiar el concesionario. En cuanto á la forma de gobierno interior, se parecían muchas colonias á otras provincias que poseía la corona fuera del reino, y se les dió las instituciones de la isla de Jersey, donde seguían aun las costumbres del ducado de Normandía, porque esta isla dependía en otro tiempo de él. Estas costumbres consagraban, al par que las de Inglaterra, la obligación de reunir periódicamente los estados y no cobrar contribucion alguna sin su participacion.

De este modo se aplicó el sistema representativo á la institucion de las colonias y al mismo tiempo se hallaba introducido el derecho de soberanía real. Las modificaciones que sufrieron estos dos principios, en su aplicacion y en su grado de estension, siguieron las variaciones que el mismo gobierno de la metrópoli tuvo que experimentar. Al fin

del borrascoso reinado de Carlos I, y durante el protectorado se engrandeció la autoridad del parlamento británico; se le conservaron las mismas prerogativas despues del restablecimiento de Carlos II. Entonces se hallaban limitados los derechos personales del rey y las colonias ya no eran consideradas como su dominio propio; estaban convertidas en partes integrantes de la monarquía; los habitantes conservaban el carácter y los privilegios de súbditos británicos y se hallaban gobernados y protegidos por las mismas instituciones de la metrópoli, gozando de sus principales derechos políticos y civiles.

Hemos observado que en diferentes épocas las colonias fundadas en privilegios, ó concedidas á propietarios, pasaron bajo el gobierno real, y así se encontraron asemejadas las unas con las otras en sus relaciones con la corona. Estas transacciones hechas sucesivamente tuvieron resultados análogos; y como el Massachusetts fué el primero en reconocer esta forma de gobierno, pudieron guiarse por su ejemplo para determinar los vínculos que iban á unir las otras colonias al reino. En el Massachusetts, nombraba el rey el gobernador. En sus principales actos le asistía un consejo cuyo consentimiento necesitaba. Los intereses de los habitantes estaban representados por una asamblea jeneral, que se componía del gobernador, del consejo y de un cierto número de diputados elejidos por los ciudadanos. La asamblea jeneral proveía las plazas vacantes del consejo; establecía tribunales, hacia leyes, conformándose, en lo posible, con las de Inglaterra; imponía contribuciones personales y reales; se empleaban estas segun lo mandaba el gobernador, con el parecer y consentimiento del consejo, en servicio del rey y defensa del país. Ejercía el gobernador un derecho de *veto* en los actos de la asamblea jeneral, que tambien se debían enviar al rey para ser confirmados ó desechados. Podía reunir las milicias, armarlas, disciplinarlas y conducir las contra el enemigo. Es-

taban delegados en el gobernador todos los poderes constitucionales del rey, su autoridad civil y militar y la porción de autoridad legislativa que le correspondía; pero el monarca se había reservado el ejercicio de las mas importantes prerrogativas soberanas, el derecho de hacer la guerra, de levantar plazas fuertes, de enviar allí tropas, de autorizar los armamentos en corso, de concluir la paz, de arreglar las relaciones de neutralidad, de alianza, de comercio con otras naciones. Todos los actos administrativos en que se hallaban mezclados los intereses de la madre patria, solo despues de haber sido aprobados por el rey tenían carácter legal.

Sometiendo al gobierno real todas estas lejanas posesiones, se fijaron de un modo uniforme sus relaciones comerciales con la metrópoli y los otros países; y las modificaciones ulteriores que esperiméntó este jénero de relaciones se hicieron también aplicables á todas las colonias. Al principio ya habían tenido la facultad de esportar sus productos á los países amigos ú aliados de la Gran Bretaña, y esta autorizacion fué especialmente concedida al Maryland, en el reinado de Carlos I; pero en el de Carlos II fué rehusada á los fundadores de la Pensilvania. Había aparecido en el interin el acta de navegacion que cambió todas las relaciones del comercio marítimo, y esta acta, publicada en 1651, durante el gobierno de Cromwell, restringió todas las relaciones de las colonias con el extranjero. Esta acta decia en substancia que los productos agrícolas ó fabriles de las colonias británicas solo se podian importar en Inglaterra en buques ingleses; que lo mismo se haria respecto de las producciones de todas las demás comarcas de Asia, de Africa y de América; que los buques de las potencias europeas se limitarian á importar en Inglaterra los productos de sus países; que los extranjeros que introducirían en el reino los productos de sus países, pagarian en él el duplo de los derechos de aduanas impuestos á los nacionales; que ningun buque extranjero podria

tomar cargamento de mercaderías en Inglaterra para trasladarlas á otros puertos, á menos que las tres cuartas partes de su tripulacion fuesen compuestas de Ingleses.

Los principios del acta de navegacion fueron varias veces confirmados y reforzados por otras leyes, que concurrían todas á hacer esclusivo el comercio de los colonos con la metrópoli. Los extranjeros eran admitidos en las colonias, cuando venían á establecerse é incorporarse en ellas; entónces se hacían miembros de la asociacion y adquirían en ella los derechos civiles; pero no podían introducirse en ella como negociantes para hacer su tráfico, ó para servir de factores. Todas estas operaciones comerciales solo se podrian desempeñar por los Ingleses que venían á residir en ellas, ó por los mismos colonos. Unos y otros gozaban igualmente del derecho de navegar y de comerciar entre ambos países. Ninguna compañía tenía el privilegio esclusivo de este comercio; cualquier súbdito inglés podia libremente dedicarse á él; y esta franquicia individual dió rápidamente á las relaciones de Inglaterra con sus colonias una actividad tanto mayor cuanto sus posesiones en América eran mayores; llegábase á ellas por un gran número de puertos, y la poblacion hacia cada dia mas progresos.

Los cambios habituales de este comercio eran los de los productos del suelo con artículos fabricados. La industria de Inglaterra proveia á sus colonias de estufas, muebles, utensilios y todos los objetos fabricados necesarios para los usos de la vida. El aumento del bienestar de los habitantes acrecentaba este jénero de consumo; las necesidades del lujo venían á unirse á las verdaderas necesidades, y para adquirir los medios de procurarse estos goces, se aprovechaban todos los recursos territoriales que podían ofrecer las colonias. Su primera prosperidad dependió de su fecundidad. Se empezaba por pedir al suelo todas sus riquezas. Se tenía madera para la construccion y la navegacion, resina, cueros, numerosas peleterías, carbo-

nes, fosiles, metales, una abundante variedad de plantas indíjenas; y si se añadian á los productos de la caza, y á los que ofrecía la tierra espontáneamente, todos los tesoros del cultivo, se hallaría en esto la base de una prosperidad comercial, propia para desarrollar además la actividad del trabajo.

El jenio colonial es por esencia agrícola, ante todo se dedica á explotar la tierra; estas son sus primeras conquistas; las prolonga, las multiplica; y cuando los Europeos que han pasado el inmenso Océano en busca de una nueva patria, han desmontado la costa que les recibió, ese espíritu aventurero que les había dirigido á países desconocidos, los conduce á proseguir sus empresas. Les está abierto un vasto territorio; otra perspectiva atrae sus miradas; y lo que hay de vago é incierto en la suerte que les espera, estimula su esperanza. Este arrojó hácia lo venidero animaba á los fundadores de las colonias, y el mismo espíritu se propagó de familia en familia entre sus descendientes.

A medida que se manifestaron los recursos de la agricultura, y que las colonias inglesas adquirieron mayores riquezas, poblacion y estension, pareció necesario asegurarles otras ventajas; y la Inglaterra modificando para ellos el primer rigor de sus reglamentos, les permitió un comercio limitado con otros países situados fuera de Europa, fuese que perteneciesen á ella, ó dependiesen de otra potencia. Esta autorizacion estendió la navegacion de las colonias inglesas y les abrió las aguas de América, de Africa y de Asia. Quisieron penetrar en todos los puertos cuya entrada no prohibían las autoridades locales. El jenio comercial se apoderó de tan vasto campo; se construyeron numerosas embarcaciones: se multiplicaron los desmontes; se pidieron nuevos productos á las tierras; sucesivamente se fueron estableciendo fábricas; las colonias reconocieron que tenían un principio de existencia y de bienestar que les era propio y que debía fortificar el transcurso del tiempo.

Presentaba Boston el ejemplo de este movimiento progresivo; no había ninguna ciudad mas importante por la actividad de su comercio y por el impulso dado á su industria; entónces se dirigían á este punto los principales cargamentos de mercaderías: Boston había llegado á ser el primer depósito del continente americano, Filadelfia, en el centro de las colonias inglesas, y Charleston por la parte del mediodía, eran los otros lugares mas importantes. Baltimore se engrandecía con mas lentitud, y Nueva-York no se elevaba aun al rango que le debían un dia asignar la estension y el brillo de su comercio.

Debemos atribuir una gran parte de los primeros desarrollos de esta navegacion á un ramo de economia marítima que, desde la pacificacion general de 1713, hizo rápidos progresos en las colonias inglesas. Sus pesquerías ocupaban aguas de mucha estension; les pertenecían esclusivamente las de las costas y bancos de la Acadia. La Inglaterra, convertida en señora de la isla entera de Terranova, podia mas fácilmente multiplicar sus embarcaciones pescadoras en los mares vecinos y en los bancos avanzados; estendía sus pesquerías á lo largo de las costas orientales del Labrador, y las colonias tomaban mucha parte en estos trabajos marítimos.

Cuando una numerosa é interesante poblacion busca en los mares una parte de los elementos de su bienestar y de su poderío, cuando la pesca y la navegacion la enriquecen, descubren su enerjía y la acostumbra á los mayores peligros, es deber de un historiador describirla también en el nuevo teatro en que va á ostentarse; debe, para hacerla conocer mejor, trazar sus costumbres marítimas, indicar los recursos que le proporciona el Océano, hasta seguir algunas de esas arriesgadas expediciones que atestiguan su industria, su valor y que estienden á lo lejos su influencia política y comercial. La parte que esta nacion esta llamada á tomar en los negocios del mundo, la señala de una manera demasiado no-

table para que dejemos de desarrollar una de las principales causas de su grandeza.

Semejante motivo puede explicar suficientemente las descripciones en que debemos entrar sobre algunas pesquerías de que las colonias inglesas tuvieron que ocuparse por las costas del continente americano y en otras aguas del Atlántico. El derecho de beneficiarlas era común á todos los súbditos ingleses; bajo este objeto la metrópoli y las colonias gozaban de las mismas ventajas; y siendo así las operaciones de la pesca sostenidas por mayor número de armadores, podían ser mas variadas, de mas importancia, y comprender mayores espacios del Océano.

Desde principios del siglo diez y seis ejercían los Europeos la pesca del bacalao y les proporcionaba un semillero de marineros acostumbrados á todos los trabajos de una penosa navegacion. Al principio solo se pescaba en algunos bancos del Atlántico, cerca de Irlanda, de las Orcadas, de las islas de Shetland, de Islandia, de las costas de Noruega, y sobre el Doggers-Bank en el mar del Norte: pero luego se prefirió la pesca sobre el gran banco de Terranova á todas las demás: luego se estendió á las demás playas de esta isla, á las costas del golfo de san Lorenzo, y á las del Labrador; y se vió que el bacalao se presentaba en las diferentes rejiones del Atlántico á épocas diversas. En febrero y marzo aparece en las costas de Loffoden, en abril sobre el banco que se prolonga entre las islas Shetland y Faroer, y luego hácia las costas de Islandia. La pesca en las aguas de Terranova principia á primeros de mayo, entonces abunda el bacalao en la costa occidental de esta isla, desde el Cabo Rico ó Cod-Rey hasta la bahía de las Tres Islas, y aquí es donde se puede hacer la primera pesca. En seguida esta especie innumerable sube lentamente hácia el norte hasta fines de julio, y entonces el lado nordeste de la isla es el mas abundante en pescado. Los buques que frecuentan las costas del Labrador pasan á su destino á primeros de junio. Empiezan con la pesca

del *capelan* que sirve de cebo para el abadejo y abunda en estas aguas, y escojen y se reparten entre si los puntos que han de ocupar desde el golfo de san Lorenzo hasta la isla de Cumberland, situada á la entrada de la bahía de Hudson. El abadejo de las costas del Labrador es mas pequeño que el del gran banco de Terranova, donde la pesca es mas productiva, y á cuyo punto llega cada año mayor número de buques.

El gran banco ocupa un espacio de ocho grados de norte á sur; está formado por una serie de montañas y mesetas debajo del mar, cuyos remates se encuentran á treinta ó cuarenta brazas de profundidad. Estas mesetas están cubiertas de mariscos y de diferentes especies de pescados de que se alimentan los abadejos. La pesca es siempre muy abundante allí aunque todos los años se hace despues de mas de tres siglos á esta parte: tambien lo es hácia las costas de la isla de Terranova y hácia las de Cabo Breton y de Acadia; y además en el golfo de san Lorenzo, y en toda la parte inferior del rio.

Despues de la pesca del abadejo, la del arenque es la mas abundante: ocupa en las costas de Europa y en las de América del norte diferentes estaciones correspondientes todas á bancos y restingas marítimas, cuyos fondos altos son generalmente favorables á la poblacion de los mares. Los arenques salen todos los años en partidas innumerables de la rejion de los hielos polares, y se dividen en dos bancos principales; el uno se dirige á las aguas orientales del Atlántico, el otro hácia las costas del Labrador, de Terranova y del continente americano.

Esta especie, la mas numerosa de todas las nómadás que recorren este espacio del Océano, es tambien la que ha sido mas habitualmente perseguida. La primera pesca del arenque que se conoció en Europa la hicieron los Escoceses, y su época se remonta al siglo nono. Los pescadores cojían el arenque en sus costas, y los Holandeses venían á comprárselo. Una guerra que sobrevino entre las dos naciones produjo la suspension

de este tráfico. Los Holandeses fueron ellos mismos á pescar el arenque, aprendieron á prepararlo, é hicieron de él un objeto de comercio desde principios del siglo catorce. El método de salar y conservarlo fué perfeccionado en 1416 por Guillermo Boekels, y fué tan beneficioso este ramo de industria á sus compatriotas, que despues de su muerte le erijieron un monumento en Birvliet, donde habia nacido.

El arenque era entonces el medio de subsistir empleado con mas frecuencia en provisiones de buques, plazas fuertes y tropas en campaña. Las comunidades religiosas consumían muchísimo: el uso se habia generalizado en todas las clases por la ley del ayuno; y como la pesca es sencilla, productiva y nada costosa, ocupaba un gran número de navegantes europeos, desde las islas Helgeland en Noruega hasta el centro del Báltico, desde Jutland hasta las costas de la Mancha, y por fin en el litoral británico, en el de las Orcadas, de las Hebridás y de las islas del canal de Irlanda. Se iba sucesivamente á esperar en diferentes puntos la llegada de esta multitud infinita, guiándose por sus hábitos conocidos y por las emigraciones periódicas; pero algunas veces, variando de direccion, engañaba las esperanzas de los navegantes, y hasta parecia abandonar muchas de sus antiguas paradas: entonces abundaba en las costas de Acadia, y esta pesca empleaba muchos buques.

La pesca de la ballena se hacia todos los años en la bahía de Baffin, y las demás rejiones del mar Glacial, donde van los buques hácia fines de mayo, y permanecen fondeados cerca de algun abrigo, hasta que el rompimiento repentino del hielo les permite abrirse paso, y adelantar mas al norte. Tambien se ejerce esta pesca en las aguas de Terranova. Los cetáceos vienen aquí del Groenland hácia mediados de octubre, y hallan un abundante alimento. En el rigor del invierno buscan las comarcas meridionales y se adelantan hácia el trópico del Cáncer: continúan hasta la primavera bajo las mismas latitudes, y en

seguida vuelven á las aguas de Nueva Inglaterra, de Acadia, de Terranova, de Labrador y de las rejiones polares. Pero no todas las especies de cetáceos hacen las mismas emigraciones; muchas no van tan errantes y ocupan por lo regular los mismos puntos: las unas frecuentan las aguas de Groenland, de Islandia y de Terranova; otras, como los sopladores, recorren el mar de las Antillas, el de las Azores, el golfo de Guinea, ó las aguas de santa Elena y de la Ascension. Los cachalotes abundan por las costas Magallánicas y por las islas meridionales de Sketland; y algunas veces las playas de estos paises se hallan cubiertas de elefantes de mar y de diferentes focas, cuyos aceites, barbas y otros productos pueden servir para nuestros usos domésticos.

Los cetáceos y las focas se alejan insensiblemente de los paises donde generalmente se les caza, y para ejemplo de este cambio de estaciones se puede citar el de las ballenas que han ocupado sucesivamente muchas rejiones del Atlántico. Antiguamente las pescaban los Vascos en el golfo de Gascuña, desde la bahía de Santander hasta la Charenta, y una torre de la isla del Ré lleva aun el nombre de torre de las Ballenas; pero habian desaparecido de esta costa desde el principio del siglo quince. Entonces se les persiguió hácia el norte y se recorrió sucesivamente las aguas de América y del Groenland donde esta pesca llegó á ser mas abundante; ocupó por mucho tiempo á los marinos de Bayona, á los de Guiena, de Anis, de Normandía, y luego fué dividida con los Ingleses, Holandeses y otros navegantes.

Estas emigraciones que se han notado en muchas familias de pescados y de focas, cuando procuran huir de las rejiones en que están atormentadas, tienen tambien lugar cuando las especies de que se alimentan han tambien cambiado de estaciones. Así están pegadas y unidas la una á la otra las diferentes clases de la poblacion de los mares; el Océano tiene rejiones en que eran numerosas estas familias el dia del descubrimiento; ya no se les encuentra allí hoy

dia; pero algunas veces otras especies han tomado su lugar y muchas aguas han recibido sucesivamente diferentes colonias marítimas.

La obligación de hacer largas escursiones para obtener una pesca abundante, ocupaba constantemente á los navegantes de las colonias inglesas en hacer pruebas, y debemos citar entre sus marinos más intrépidos á los de la isla de Nantuchet, situada al sudeste del Massachusett. Educados en medio del tumulto de las olas, y acostumbrados á arrojar-se como aventureros sobre el Océano, estendieron á lo lejos sus pesquerías, y lanzaron las redes y el harpon en todas las aguas que los pescados y cetáceos frecuentaban. Esta industria activa enriqueció á la vez su isla y los países vecinos y allí se encontraban constantemente marineros para las más penosas expediciones. Entonces las colonias inglesas multiplicaban sus empresas; no temían arrostrar con algunos hombres de tripulación los mares más alborotados por las tempestades. Este pabellón, ondeando á lo largo de las costas del Nuevo Mundo, navegaba hacia el cabo Hornos y buscaba los mares australes; pronto debía también recorrer el Grande Océano, llegar á sus numerosos archipiélagos y sus rejiones árticas, arribar al dirigirse hacia el oeste, á los puertos de Canton y de Macao, y penetrar hasta las colonias inglesas de las Indias orientales; grande y favorable circulación comercial, cuyos beneficios debían sucesivamente estenderse á los diversos países del globo. Si deseamos señalar este género de engrandecimiento y de mejora no es solo porque concurre al bienestar de un país, sino también porque los vínculos del comercio unen á los pueblos, dan un curso más vasto á la industria, á las artes útiles, á las verdades, y tienden á perfeccionar el linaje humano. Felices las épocas tranquilas en que pueden formarse semejantes relaciones! Ellas merecen un lugar distinguido en la historia de las naciones; porque nos las representan en las más brillantes faces de sus revoluciones políticas. Muchas

veces ha recordado la historia, de una manera demasiado esclusiva, sus sangrientas guerras y desgracias; ¿no merecen también ser presentados como ejemplo para los hombres los cuadros de su marcha social y de sus prosperidades?

Mientras que la Inglaterra y sus colonias de América estendían el dominio de sus pesquerías, los Franceses explotaban las del golfo de san Lorenzo, continuaban tomando parte en las del gran banco de Terranova. Por el tratado de Utrecht se había dejado á la Francia la isla de Cabo Breton situada á la entrada del golfo: la pesca del abadejo era abundante en los bancos de sus aguas; las embarcaciones hallaban abrigo seguro y cómodos en los puertos de esta isla, y el de Luisburgo fué el depósito principal de la colonia. Los Franceses que habían abandonado á Terranova se retiraron á Cabo Breton; vinieron algunos refugiados de Acadia: otros establecimientos se formaron ó aumentaron en la isla de san Juan, en el archipiélagos de la Magdalena, en la isla Miscou, situada á la entrada de la bahía de los Calores; y estos diferentes apostaderos, ventajosamente colocados para la pesca del golfo de san Lorenzo, dieron á esta industria una nueva actividad.

La pesca del abadejo no era la única que se hacía en el golfo; la de la ballena era abundante en él hacia el norte, y á lo largo de las costas del Labrador: también lo era en la vasta embocadura del río, y hasta el confluente del Saguenay. Esta pesca es mucho menos penosa aquí que en los mares boreales, y se puede añadir la de las focas y de las morsas que entonces se hacía en las diferentes costas del golfo y de la entrada del río de san Lorenzo. La utilidad de estas pescas dió más importancia á la posesión de la isla de Cabo Breton, y la Francia halló en él un punto de descanso habitual en sus comunicaciones con el Canadá.

Los Indios no habían practicado jamás la pesca del abadejo; hubieran tenido de ir á buscar, á algunas leguas de las costas, los bancos más

rítimos que frecuenta este pescado y la debilidad de sus piraguas y la tímida infancia de su ciencia de navegar, no se lo hubiera permitido; pero la pesca de la nutria de los cañes marinos y de las otras focas les era familiar, y daban á conocer su habilidad en ella. Emboscados en la orilla, los atacaban con sus flechas y venablos, cuando estos anfibios acudían á la superficie de las aguas para respirar, y sobre todo cuando venían á la playa para depositar en ella sus hijuelos. Hacían también los Indios la pesca á la entrada de los ríos y en las bahías más estrechas del litoral: encontraban aquí gran variedad de especies, muchas de las cuales solo aparecían en épocas determinadas, y cuya llegada, como la de las aves de paso, se arreglaba según el orden de las estaciones. La vuelta de estos períodos anuales era más regular que el curso de la vegetación y que el desarrollo mas ó menos precoz de las hojas, de las flores y de las frutas. Los salvajes del golfo de san Lorenzo y de Acadia, en los meses de diciembre y enero, cazaban diferentes especies de focas que abundaban en sus playas, osos, liebres, anades, cercetas y avutardas; en febrero y marzo, los cariboles; al principio de abril cojian los pescados que venían á desovar á la entrada de los ríos, las menas, luego los arenques, después el esturion, el salmon, la platija, la jibia y las truchas asalmonadas. El verano, que multiplicaba estas especies nómadas, hacía también más abundante la pesca de los Indios. En el setiembre iban á cazar los gansos silvestres, que entonces volaban hacia el sud para regresar á la primavera; en octubre y noviembre se empezaba la caza de los castores y dantas, que abundaban al norte de la bahía de Fundy, y se cazaban al mismo tiempo los demás antelopes y los numerosos rebaños de búfalos, errantes por los bosques y prados del interior del continente. Los Europeos imitaron luego lo que hacían los salvajes: tuvieron también que guiarse, para sus cazas y pescas, por los hábitos conocidos de las especies afectas al suelo y aguas de sus colonias; y como estaban pro-

vistos de armas de mayor alcance, y de instrumentos de pesca más perfectos, podían cojer presa más rica. Habían reunido á la pesca del litoral la del alta mar, y los beneficios de una y otra les indemnizaban de las pérdidas que sufría el comercio de peletería, que se había vuelto más penoso y menos productivo. Alentada la caza por el aliciente de la ganancia, se había llegado á destruir de tal modo, que muchas comarcas en que abundaban antes los animales monteses, estaban ya despobladas. Los bosques no les ofrecían ya retiros tan profundos; el cultivo había violado sus dominios; había derribado una parte de sus bosques; no cesaban de perseguirlos, espantarlos, y los animales tímidos se alejaban de todos los parajes que venían á ocupar los Europeos. El aislamiento conviene á sus hábitos salvajes; su instinto su fuerza se desarrollan libremente en él; y aquellos cuya industria admiramos, como las familias de castores, tienen placer en ocultarnos sus trabajos. Pero se alejan también del hombre como de un enemigo mortal. Su número disminuye cada día; algunas razas hasta llegan á desaparecer; y este sistema de hostilidad contra todas las especies, de que pueden alimentarse los pueblos cazadores, ó cuyos despojos buscan, tiene su lugar en la historia de los salvajes, como las guerras y conquistas le tienen en la de los pueblos civilizados.

Todas las colonias europeas no podían hacer el tráfico de la peletería con la misma ventaja: era más limitado en las provincias donde eran más numerosos los colonos, y donde la rápida extensión de los desmontes había usurpado los retiros de los salvajes y de los animales. La Nueva Inglaterra, cuyo territorio era estrecho, ofrecía por eso menos ventajas á este comercio que las demás colonias inglesas, cuyos límites occidentales no estaban aun trazados, y que podían hallar en los bosques del interior recursos más fáciles de ser renovados. Nueva York, la Pensilvania, la Virginia y los estados más meridionales prolonga-

ban seguidamente sus adquisiciones hacia los montes Alleghany: tampoco miraban estos baluartes como una frontera; los creían comprendidos en las primeras concesiones de tierras que se les habían hecho; y fundando sus títulos en cartas reales que les atribuían la posesión del continente americano, de un mar á otro, aspiraban á hacer valer sus pretensiones de soberanía sobre las tierras á que pudiesen llegar.

Pero si las colonias que se encontraban circunscritas por otras posesiones europeas no tenían la perspectiva de un engrandecimiento ulterior y de los numerosos recursos que de ella podían resultar, estas provincias, animadas de una laudable ambición, pronto se apropiaron un nuevo género de trabajo que debía asegurarles una prosperidad más duradera; y cuando su economía agrícola hubo hecho algunos progresos, se levantaron diferentes ramos de industria, destinados á dar á las producciones de la tierra un valor más crecido. La cuadración y trabajo de las maderas ocupaban á muchas clases de artesanos; tuvieron sierras para cortarlas en tablas; de ellas formaron mástiles, vergas y curvas para construir embarcaciones, y Boston se señaló en este género de fabricación, que también comprendía el de todos los aparejos de una nave. El arte de la navegación exige numerosos auxiliares, y ninguna industria es más propia para desarrollar rápidamente todas las demás. Desde entonces se imprimió una nueva actividad á los trabajos útiles que ejercían una reacción saludable los unos sobre los otros; y el cultivo hizo progresos más marcados, cuando las artes se apoderaron de sus producciones. El cáñamo y el lino habían sido introducidos y aclimatados en la Nueva Inglaterra; eran cultivados con más esmero; se fabricaron cables, y hubo tejedores de velas; las artes mejoraron y se multiplicaron; y por grados se llegó á tener los hilados más delicados, y los tejidos más lieros para los usos domésticos. Los árboles frutales y los cereales de Europa, también na-

turalizados en el Nuevo Mundo, empezaban á dar tan abundantes cosechas que escedían los límites del consumo. Lo sobrante que tenía que exportarse fué sometido á muchas operaciones que aumentaron los beneficios de este comercio. La molinera de los trigos, la peladura de algunas semillas y la conservación de las harinas emplearon un gran número de máquinas y de brazos: hubo lagares para cidra, fábricas de cerveza y destilatorios para extraer de las semillas y frutas de hueso diferentes licores espirituosos. El cultivo de las patatas y el del maíz, ambos indígenas, hicieron prosperar otros ramos de economía rural, y los recursos que ofrecieron para alimento de los animales y aves domésticas hicieron multiplicar las razas y facilitar su cría. La escelencia de los pastos permitía tener numerosos rebaños, y en todas partes se sustituyeron á las especies libres, con las que se estaba en guerra, las que se habían sujetado, familias fieles y preciosas, compañeras inseparables del hombre, y destinadas á seguir á los pueblos civilizados en todas sus conquistas.

Muy á menudo, para acostumbrar á los animales de Europa al nuevo suelo que debían habitar, se trasportaron y sembraron para ellos las semillas de las yerbas, raíces ó frutos de que se alimentaban antes de su destierro: hallaron otra vez campos con los mismos adornos; plantas de igual sabor, y gozaron de toda la fecundidad del suelo nativo. La emigración solo hizo dejenerar algunas razas, y la mayor parte se multiplicaron hasta tal punto, que ofrecieron abundantes viveres, tanto para la provision de los buques, como para los embarques de especies vivas y para salar. Se preparaba de diversos modos la leche de los animales, y esta fué un manantial de nuevo comercio: la calidad y variedad de sus pieles dieron lugar á otras fabricaciones. Se establecieron tenerías para preparar los cueros; la lana de los ganados servía para fábricas de paño toscos; ningun principio de trabajo fué descuidado, y por todos

lados se procuró dar una primera mano de obra á las producciones naturales que eran susceptibles de ella.

En un país tan fecundo no se limitaron á las riquezas esparcidas sobre la superficie, y se trabajaron las minas. Al principio buscaban oro; pero pronto fueron de más precio para un pueblo activo y laborioso el hierro, el cobre y los carbones fósiles: la metalurgia hizo progresos; fueron establecidas fraguas para los instrumentos más comunes, é industriosas colonias probaron de abastecer una parte de sus necesidades con sus propios recursos.

Entre los muchísimos Europeos que venían á buscar en América otra existencia, había hombres que por su talento ó habilidad en las artes, podían propagar sus adelantos. Llevaban á su nueva patria el tributo de sus conocimientos; y como la mayor parte de estos habían sido educados en medio de la civilización, los países que los recibían eran llamados á gozar luego de todas las perfecciones de la industria y del orden social. Así pueden explicarse los rápidos progresos de las colonias inglesas en las diferentes artes convenientes á su situación. Estas colonias no se parecían á sociedades informes que con trabajo bosquejan y en las cuales desde el principio está uno reducido á los elementos más simples de la industria: podían recibir las artes enteramente formadas; ya estaban hechas las primeras pruebas, y un pueblo nuevo se encontraba enriquecido con la experiencia de las naciones antiguas.

En cada lugarejo que acaba de establecerse, pronto se hallan ejercidas las profesiones más necesarias; la necesidad es un poderoso motor, da el impulso y enseña las primeras reglas; todos los ramos de construcción, la albañilería, la carpintería y las herrerías no tardan en encontrar trabajadores. Desde luego, imitadores imperfectos de lo que han visto en una sociedad más adelantada, se hacen á la vez maestros; se desarrolla el genio de las artes útiles; el trabajo se divide, el hombre perfeccio-

na el arte especial á que se dedica; y el recuerdo de los trabajos y progresos industriales de que ha sido testigo en su patria primitiva, viene á estimular sus esfuerzos y le delinean los modelos que puede imitar. Con todo se puede observar en la adopción y el ejercicio de las artes una marcha progresiva, á la cual las colonias inglesas tuvieron el buen instinto de conformarse. Desde luego se dedicaron sus fábricas á las necesidades de la clase de habitantes menos rica y más numerosa. Satisfaciendo de una manera sencilla sus pedidos, se le creaban costumbres de bienestar, se le conducía á estender por grados el círculo de sus gozes; entónces parecían necesarios los productos de un trabajo más refinado, y á la metrópoli tocaba proporcionarlos; enviaba á las colonias todos los artículos fabricados que les faltaban, y el número de los pedidos aumentaba de día en día, porque estaba proporcionado á la riqueza de los habitantes y al aumento de los medios de cambio que podían presentar. Hemos indicado una parte de sus esportaciones, para hacer conocer las principales bases de su comercio, tanto con la metrópoli, como con otros estados. El papel moneda, emitido por sus bancos, y abandonado al curso y á las casualidades del crédito, eran sus medios ordinarios de pago y de circulación.

Esta mezcla y este movimiento progresivo de la economía rural y de la industria manufacturera nos pintan la situación de las colonias de la Nueva Inglaterra, que se habían acostumbrado á seguir con tiempo y con actividad este doble género de trabajo. Imitaban el ejemplo dado por el Massachusetts, el Rhode-Island, el Connecticut, el Maine y el Nuevo Hampshire; y cuanto menos favorable para el cultivo parecía el clima, tanto más se apreciaba la ventaja de suplir la fertilidad de la tierra con la industria de los hombres. Cada país arreglaba sus relaciones de comercio según sus recursos y necesidades.

La colonia de la Nueva Inglaterra tenía la misma clase de produccio-

nes que la Nueva Inglaterra; pero gozaba de un suelo mas fértil y era mas estenso su comercio con las naciones indias; las pesquerías le ocupaban menos, y la construccion de embarcaciones y todas las artes que dependen de ella no daban entónces á los trabajos de sus astilleros una actividad tan grande. El puerto de Nueva York, á donde venian á desembarcar las riquezas de esta gran colonia, era tambien el principal depósito del comercio del Nuevo Jersey, y ambas provincias, que por tanto tiempo habian estado reunidas, conservaban aun la costumbre de sus antiguas relaciones.

Sobre todas las demás colonias inglesas, la Pensilvania tenia la ventaja de vivir en paz con las naciones indijenas. La religion que llevó su fundador les hacia evitar la guerra; los habitantes habian permanecido fieles á tan humanas máximas; allí hallaron el manantial de una profunda seguridad y de un bienestar siempre progresivo. La feliz situacion de Filadelfia les permitia un comercio estenso, y los habitantes lo desarrollaron aun mas con su industria; pero los del interior del pais se dedicaron especialmente á la agricultura. La sencillez de las costumbres se adoptaba mejor al carácter de los primeros colonos, y sus sucesores heredaron sus inclinaciones.

Era tambien sensible el gusto hacia la agricultura en las colonias mas meridionales; y esta predileccion hacia un mismo jénero de vida dependia de circunstancias locales; provenia de la diferencia de producciones y clima. El Maryland y la Virginia tenian, como ya hemos notado, una planta indijena cuyo cultivo habian constantemente favorecido; el uso del tabaco, rápidamente propagado por los marinos en todos los parajes en que desembarcaban, se habia jeneralizado por todas partes; aseguraba á ambas provincias un ramo de comercio floreciente y se dedicaban á desarrollar en cada colonia el jénero de trabajo que le podia asegurar mayores ventajas y en el que tenian que temer menos concurrencia.

Se pueden contar entre las producciones que pertenecen á las colonias inglesas del mediodía, el arroz, el algodón, el añil y algunos otros productos que conviene indicar para hacer conocer mejor sus recursos. Los primeros granos de arroz que se sembraron en la Carolina fueron llevados á ella por un capitán de navío que llegaba de Madagascar y echó el áncora cerca de Charleston; regaló un saco de arroz al gobernador y le dijo que aquel comestible era mirado en Oriente como un excelente alimento. El gobernador dividió aquel regalo entre algunos agricultores; cada uno de ellos sembró los granos que habia recibido y la cosecha superó sus esperanzas. La introduccion de esta planta fué el principio de una gran prosperidad para la colonia; reconocieron que las tierras mas ricas y mas bajas eran las mas á propósito para su cultivo; y los arrozales de la Carolina fueron colocados en medio de aquellas playas pantanosas que sirven de límite á las orillas del Océano, del que solo las separan algunos meganos. Algunas veces se hallaban espuestos á la invasion de las aguas del mar, que hacian estéril la planta; fué preciso levantar diques para preservarse de esta plaga y fueron necesarios otros para contener las aguas dulces, que solo debian ser introducidas en los arrozales á la época señalada cada año para su riego. El arroz llegó á ser el principal jénero de comercio de la Carolina, así como el azúcar era el de la Jamaica y el tabaco el de la Virginia y del Maryland. Se hacian abundantes esportaciones para los países del mediodía, donde está mas jeneralizado el uso de este alimento que en los del norte; y desde luego era preciso enviarlo á Inglaterra, desde donde era trasportado á las costas de España y de Portugal; pero despues se permitió á los colonos llevarlo directamente á los países de Europa situados al mediodía del cabo Finisterre, y con esta concesion se fomentó mas el cultivo.

Ocupóse la misma colonia en la composicion de tres especies de añil, el de las Antillas, el de Bahama y el

añil silvestre de la Carolina. Se siembra á fines de marzo; la planta sube á cuatro ó cinco piés y se empieza la cosecha tres meses despues, para continuarla en periodos interrumpidos. Las plantas, que se cortan cuando están en flor, son luego depositadas en un cubo, donde se derrama agua para hacerlas enriar; pronto entra el añil en fermentacion; sube, se calienta, y cuando va á derramarse, se hace colar su agua en otro cubo. Esta agua que se ajita, fermenta tambien; las partes colorantes que tiene en disolucion empiezan á reunirse, y el sedimento se precipita. Cuando el agua ha reposado, se derraman sus partes mas claras en otras vasijas y por fin se espone el sedimento al sol para acelerar su disecacion. Estos procedimientos acarrear poco cansancio y gastos, y solo exigen cuidado. Llegó á ser el añil un ramo importante de comercio para los habitantes; pero descuidaron insensiblemente su cultivo.

El algodón fué siempre una de las principales producciones de la Carolina y de la Jeorjia. La mejor calidad crece en esta cadena de islas arenosas que orillan el litoral marítimo; es particularmente buscada en el comercio; y se atribuye su finura á las ventajas del clima y de la esposicion.

En 1703 intentó Nathaniel Johnson la cria de los gusanos de seda en la Carolina; allí crecen espontáneamente las moreras en los bosques, la temperatura era favorable á esta industria y los pedidos de seda se multiplicaron en Inglaterra; pero no fueron seguidos estos ensayos con constancia.

Aun no se cultivaba la caña de azúcar en las colonias inglesas del continente; pero se habia empezado á obtener esta preciosa substancia de una especie de arce, y la casualidad habia procurado su descubrimiento á fines del siglo diez y siete. Algunos Ingleses que se marcharon de las riberas inferiores del Potomac é iban á visitar las fronteras occidentales de la Virginia, observaron árboles que destilaban por las hende-

duras de su corteza una especie de melaza; el aire y el calor habian cristalizado una parte; lo probaron; encontraron un sabor dulce, y este procedimiento natural les enseñó el modo de extraer el azúcar del arce. Sin embargo no se practicó en grande este trabajo; el azúcar de las Antillas presentaba un recurso mas abundante.

Por medios análogos se saca mucha resina de los abetos de la Carolina y de la mayor parte de las demás colonias. Para obtenerla se hacen hendeduras en la corteza del árbol, á la altura de seis á siete piés, y se les prolonga hasta abajo del tronco, haciéndolos concurrir á un solo punto, en el cual se reciben estos zumos resinosos.

Crece la vid silvestre en todos los bosques; pero el arte del cultivo y el del injerto no han podido aun dulcificar el amargor de su fruto; el y zumo de su racimo, que se fermenta como el de las uvas de Europa, no ha dado hasta ahora un licor tan jeneroso y tan reparador de las fuerzas.

Se cree que las abejas fueron para el Nuevo Mundo un regalo del antiguo, y que sus enjambres pasaron allí con los primeros emigrados europeos. Su trasporte era fácil en la estacion en que se hallan interrumpidos los trabajos de las colmenas, y en que estas familias llegan á ser Perezosas: primeramente habitaron hacia el litoral, y la flora de América es tan variada que en ella encontraron fáciles recursos; despues fueron á las llanuras y á los bosques del interior para penetrar hasta las montañas, cuyas flores sabrosas y cuyas perfumadas plantas dan una miel mas aromática y mas dulce.

Las insinuaciones que acabamos de presentar sobre diferentes producciones particulares á las colonias inglesas, sobre las que sacaron de Europa y sobre los primeros ramos de industria que fomentaron, nos hacen tambien conocer cuáles fueron los progresos y la direccion de su comercio. Las principales relaciones de cada colonia eran las que mantenian con la metrópoli; consistian

estas en permutas de producciones territoriales con objetos fabricados; y estas relaciones eran mas provechosas para los países que tenían mas industria y donde se habían podido dar á las materias brutas un primer trabajo. Como las colonias inglesas estaban en estado de mantener unas con otras comunicaciones habituales, podían mutuamente subvenir á una parte de sus necesidades; los países del norte recibían de los del mediodía algunas producciones de que carecían; llevaban á ellos diferentes artículos de sus fábricas ó de las de Inglaterra. Esta diferencia de recursos y de industria establecía nuevos vínculos entre las colonias agrícolas y fabriles, y procuraba para ambas partes un aumento de felicidad que daba gran valor al sostenimiento de estas relaciones. La diferencia de latitud y la de los productos territoriales, efectos de ella, bastaban para asegurar aquellas relaciones y para conservarlas: había sido preciso acostumbrarse á las diferentes zonas de temperatura, para fijar, según el influjo de cada una, el género de beneficio que mejor les podía convenir.

Pero estos cambios entre las colonias inglesas del continente no bastaban aun para cubrir todas las necesidades. Los productos de las Antillas les eran precisos, desde que se había hecho general el uso del azúcar y del café; y la Gran Bretaña había autorizado relaciones mutuas entre sus colonias continentales y las del golfo de Méjico. Con esto multiplicaba la esportacion de sus géneros tropicales: el azúcar, el café, el cacao, el rom, y las maderas para los tintes fueron los artículos mas importantes que recibió el continente de este archipiélago.

Las relaciones de comercio que tenían las colonias con otros estados sufrieron variaciones sucesivas, sea por efecto de la guerra y por el embarazo de la navegacion, sea por la inestabilidad de las leyes de la metrópoli que restringieron algunas veces sus comunicaciones; pero las entabladas con los Indios fueron cons-

tantemente favorecidas. Continuábase recibiendo de ellos peleterías y se les suministraban armas, telas gruesas, y todos los utensilios necesarios para principiar la gricultura. Este género de comercio tenía mas estension y variedad con los pueblos que se aproximaban mas á la vida sedentaria; pero todos buscaban con igual anhelo los lieores espirituosos, y el Europeo muchas veces abusó de esta afición desenfrenada para engañar á los salvajes con trueques usureros. ¡Cuántas veces dieron los productos de una cacería entera, sus mas hermosas peleterías, sus armas, una parte de sus bosques y de su territorio, y hasta su libertad personal, para gozar sin recelo algunos momentos de embriaguez!

Con todo, aunque se abajaban muchas veces á especular con su intemperancia y vicios, no podemos desconocer las diferentes ventajas que les procuraba el contacto de la civilizacion. Es natural en el hombre inclinarse constantemente hácia el estado social. Por mas salvaje que sea su condicion, camina involuntariamente hácia este fin; si se desvia, una fuerza invencible le arrastra. La razon, esa celestial antorcha que resplandece para la humanidad entera, y que ilustra todas sus especies y colores, es una guía para la infancia de las naciones y para su edad mas avanzada: penetra en sus bosques; conduce á ellas hombres civilizados que tienen por obligacion santa hacer á los salvajes participar de los beneficios del orden social, y que, poniendo á su alcance los consejos que les dan, les atraen insensiblemente hácia otro género de vida.

La época histórica de que nos ocupamos en este momento nos ofrece un ejemplo admirable de esta marcha progresiva de la razon humana, y de esta inclinacion espontanea de una nacion salvaje hácia las instituciones de los pueblos civilizados. En 1736 se estableció un Francés en medio de los Cherokees, cuyo territorio se estendia sobre las dobles vertientes de la cadena de los Alleghans, por un lado hácia el nacimiento del Savannah y por el otro hácia el del

Tenesé. Este Francés se metió entre ellos, aprendió su lengua, les dió una forma de gobierno, hizo coronar emperador al anciano mas respetable, fué su ministro, y creó un imperio que duró cinco años. La ruina del fundador acarreó la de una institucion demasiado débil aun y demasiado reciente para perpetuarse sin él. Había abierio relaciones entre los Cherokees y los establecimientos franceses; y al irse á la Mobile con algunos Indios de esta nacion, le detuvieron en Talahasie los Creeks, quienes le entregaron á los habitantes de la Jeorjia; condujéronle á la cárcel de Frederica, donde murió. El tiempo reservaba á los Cherokees otros ensayos de civilizacion, y esta gran tribu merece ser citada en la historia como un vivo testimonio de los progresos intelectuales, de que los aboríjenas nos han parecido susceptibles.

Si, en lugar de ahogar en su origen estas instituciones nacientes, las colonias inglesas hubiesen tenido la voluntad y el cuidado de desarrollarlas, de propagarlas entre otras tribus, y de erijir así en cuerpo de nacion diferentes colonias que se hallaban ya debilitadas por las miserias de la vida salvaje, los Indios á quienes habían tenido cuidado de espatriar y retener en la infancia del estado social, habrían conservado algunos vestijios de la herencia paterna. Pero aunque no osasen escluirlos de la gran clase de la humanidad, parecia que solo los consideraban como unos seres de entendimiento inferior. Estaba acreditada entre la mayor parte de los Europeos una gran prevencion sobre la debilidad de sus facultades físicas y morales; á ella arreglaban su conducta para con los Indios; los tenían bajo tutela y proporcionaban á este estado de abatimiento los débiles medios de instruccion que ponían á su alcance.

Cuanto mas aumentos recibía la poblacion de las colonias, mas pesada hacia su autoridad sobre las tribus indias; estas ya no eran consideradas como naciones independientes; debían someterse al cetro de los Europeos; sus tierras eran tenidas

por lejitimamente adquiridas en virtud del derecho de descubrimiento, y tomaban sus propias actas por títulos de su soberanía. Ofreciendo á los Indios proteccion, se les aceptaba como súbditos; pero al mismo tiempo ya se les rechazaba por aliados: esto hubiera sido reconocer su nacionalidad y los derechos que de ella provenían.

Entre pueblos distinguidos por una desigualdad civil tan grande, donde por un lado se conservan los hábitos de la vida errante y de una sociedad apenas empezada, y por el otro los adelantos de la industria y de las instituciones humanas van siempre en aumento, el equilibrio de las fuerzas se pierde luego, y la superioridad pertenece á la nacion mas culta. Los anteriores dueños del territorio no esperaban ya reconquistar sus dominios; en todas partes estaban á la defensiva, y las comarcas salvajes eran las únicas que les quedaban. Pero la Europa hasta allí les persiguió todavía; toda ella toma parte en esta invasion; se acude de todas las costas occidentales del mundo antiguo, y los emigrados de diferentes países vienen á colocarse bajo el estandarte de uno solo. Aquí se apodera de ellos un nuevo espíritu; y sean los que fueren los lugares de que son naturales todos estos hombres reunidos, luego se unen, con lazos iguales, á los intereses de la patria comun que han adoptado: desarrollan juntos sus hábitos, su industria, su comercio, y se forma para ellos un mismo sistema de bienestar y goces.

Para juzgar de sus opiniones sobre lo que constituye las dulzuras y el consuelo de la vida, observemos qué situacion era la suya en el Nuevo Mundo. El gusto del lujo no había aun hecho conocer todas sus necesidades á una sociedad de costumbres sencillas; no sufrir era su primer objeto; lo superfluo empezaba mas allá, y había menos empeño en conseguirlo. Con todo se llegó á ellos naturalmente, y esta tendencia condujo á muchas mejoras en las artes; resultó de aquí una loable emulacion entre los hombres que las cul-

tivaban, y que tendían, con esfuerzos comunes, á los adelantos de la prosperidad pública.

Los colonos habían tomado en Europa su primera afición á las artes, y notamos en sus producciones mas antiguas de América un carácter de imitación que fácilmente deja conocer su origen. Las poblaciones que llegaban de Inglaterra, de Francia, de Alemania y de Holanda, conservaban las formas de construcción usadas en su país, bien les induciese á ello la fuerza del hábito ó el deseo de volver á hallar alguna imájen de la patria ausente. El aspecto de cada ciudad y de cada aldea naciente recordaba la cuna de sus fundadores; y esta impresión nacional quedó por mucho tiempo afectada á algunas colonias que habían cambiado de dueños. Así la Nueva Bélgica conservaba, despues de haber sido reunida á las posesiones inglesas, el tipo de su antigua metrópoli, y se veían las señales de ello en Nueva York, Albany, Shenectady (véase la lámina 34). La mayor parte de las ciudades son monumentos de la edad antigua, y muchas generaciones se suceden en ellas antes de que hayan cambiado los edificios.

Las casas se construían de ladrillo ó de madera; este último género de construcción era el mas en uso, principalmente en los lugarejos: la proximidad de los bosques ponía los materiales á la mano, y en todas partes se podían establecer ladrillares y tejares para labrar y cocer la arcilla. Hubo que recurrir á este medio para las primeras habitaciones que se construyeron en el litoral, donde no había canteras de piedra; y aunque del ladrillo se sacaba menos partido para la hermosura de las formas y pormenor de los adornos, bastó á lo menos para habitaciones sencillas, donde se quería ante todo solidez.

Pero en las ciudades principales de las colonias se empezaba ya á erijir edificios mas suntuosos, y los mas hermosos eran los dedicados al Sér Supremo. Cualesquiera que fuesen las creencias en que estaban divididos los habitantes, se hallaban

todos animados de un espíritu religioso, fortificado aun mas por la persecucion. Al venir á formar lejos de su patria establecimientos peligrosos y penosos, quisieron asegurarse otro apoyo que la fuerza humana, los pusieron bajo la protección de la Divinidad, y el señor de su suerte, el rey que habían escogido ante todos los demás, debió tener sus palacios. ¿Qué proporciones debían guardar estos? demasiado grandes no podían ser: pero si bien tienen límites el arte y el poder del hombre, á lo menos se llegó á cuanto les era permitido elevarse: se tomaron por guías los modelos mas grandes, y en cada ciudad donde el número y la fortuna de los habitantes podían subvenir á los gastos de estos edificios, se les dió el carácter de la magnificencia y mas alta majestad. El primer templo de los cuáqueros en Filadelfia (véase la lámina 29) fué construido muy sencillamente; el de los anabaptistas de Providencia en Rhode-Island fué mas suntuoso (véase la lámina 30), y en seguida se desplegó toda la grandeza del arte en la iglesia episcopal de Richmond en Virginia (véase la lámina 32), y en la catedral de Baltimore (véase la lámina 33), basilica augusta y majestuosa, digno adorno de una gran ciudad. Estos monumentos religiosos, de que nos limitamos á citar algunos modelos, consagraron en América los primeros progresos de la arquitectura: muchas veces la construcción de un edificio religioso ocupó muchas generaciones; un mismo celo les escitaba á proseguir y terminar su empresa.

Otros monumentos públicos fueron levantados en las diversas ciudades, y en primera línea debe colocarse el hospital de Penn en Filadelfia (véase la lámina 41): un establecimiento tan hermoso y formado con miras tan caritativas perpetuará por mucho tiempo la memoria de este amigo de los hombres. La universidad de Cambridge cerca de Boston, el colegio de Williamsburgo en Virginia, fueron otros monumentos de beneficencia mas activa y mas

ESTADOS UNIDOS.

ÉTATS - UNIS.



Premier Temple des Quakers à Philadelphie.
Premier Temple des Quakers en Philadelphie.

®



Primera Iglesia Anabaptista

en Providence.

Primera Iglesia Anabaptista, en Providencia.



Predicacion de los Anabatistas

Predication des Anabaptistes



ilustrada. Los pueblos tuvieron tambien sus palacios para las asambleas generales, y se construyeron para los gobernadores suntuosas residencias, en la persuasion de que todos los que rodeaban al poder debian participar de su grandeza. Estos edificios, costeados por el público, eran contruidos algunas veces en pueblos poco considerables, y parecian sobrepujar los recursos de sus habitantes; pero provincias enteras habian concurrido á este gasto; un gran monumento quedaba propiedad comun, y sea por dignidad nacional, sea por interés público, se tenia orgullo de un establecimiento que hermoceaba y honraba á la patria, y el cual venian á admirar los extranjeros.

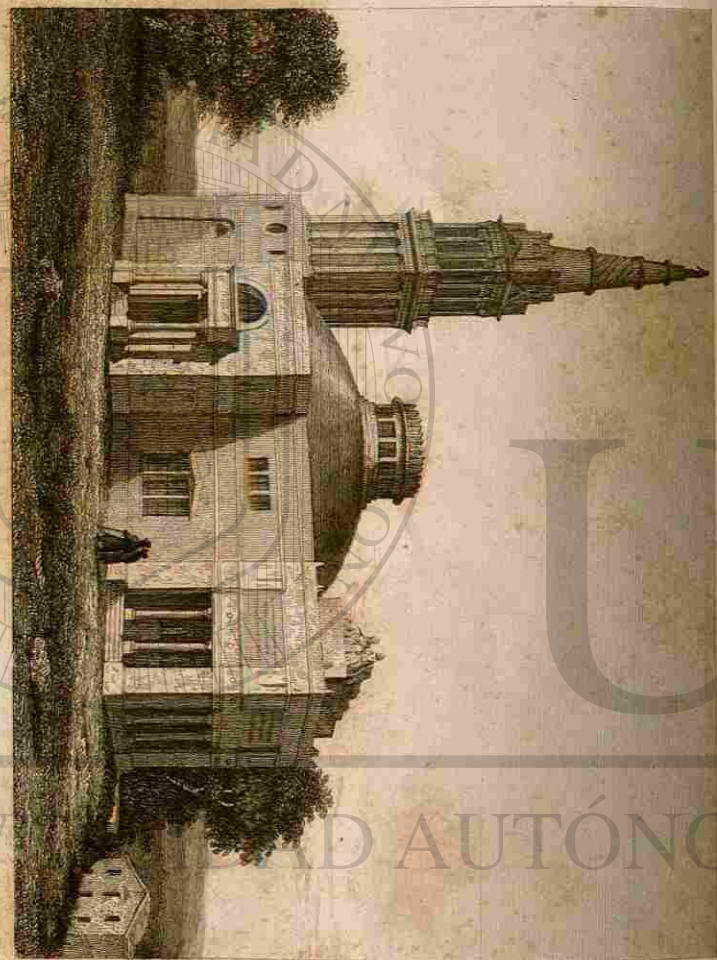
A medida que se hicieron mas suntuosos y grandiosos los edificios públicos, las habitaciones particulares eran tambien contruidas con mas esmero, y el gusto de las artes útiles, que va incesantemente perfeccionándose, se hizo notar mejoren las construcciones mas modernas; pero hubo entre ellas alguna uniformidad. El uso de ocupar una familia una casa entera hacia que la estension de cada habitacion fuese proporcionada á sus necesidades personales, é impedia esos desarrollos de edificios en que puede ejercerse el arte con mas libertad y grandeza. Este uso se habia adquirido de las costumbres de la madre patria, y la misma tendencia á la imitacion se notaba en los demás hábitos de las colonias inglesas.

Observemos desde el principio esta vida de familia que hace tan apreciables todos los afectos de que es el manantial, y tan querido el lugar doméstico. En ella se consagra la santidad del casamiento; las madres se dedican enteramente á la primera educacion de sus hijos; recojidas y embebidas en cuidados tan tiernos y dulces, creen cumplir con el primero de sus deberes hácia la sociedad, preparando las cualidades y virtudes de los que algun dia deben formar parte de ella. Estos niños, criados con su leche, mecidos por sus manos, y que crecen á la sombra de las

alas maternas, acojen desde la infancia esas primeras impresiones, que algun dia obedecerán de un modo involuntario. Luego viene la edad de la juventud á inspirarles otras ideas; los consejos de los padres han brotado tambien en su alma; los cuidados de la fortuna y del porvenir les ocupan, y aspiran á formar establecimientos mas estensos: muchas veces se abandonan solos y confiados á nuevos azares, y este principio de independencia, este sentimiento de valor llega á ser un precioso móvil de prosperidad para la colonia. Seguid en los países aun incultos á esos jóvenes animados de tan viva emulacion; con ellos se desmonta la tierra y se fertiliza; las aguas cautivas de los pantanos reciben una salida; esos rios son contenidos en sus lechos y se establecen comunicaciones entre habitaciones esparcidas, al rededor de las cuales vendrán á agruparse un dia poblaciones mas numerosas.

Esta juventud, cuyo constante valor no se halla debilitado por las largas y difíciles empresas, entra en mayor edad. Le toca el derecho de sentarse en las asambleas jenerales; los intereses públicos se hacen suyos propios, y el movimiento de las jeneraciones que se suceden le llama á su vez sobre la escena. No nos sorprendamos de que estos hombres examinen con calma y madurez los negocios de su país: los estudiaron con tiempo; las lecciones de la esperiencia pudieron ilustrar la teoría. ¿No han ellos mismos engrandecido la colonia? ¿no han reconocido sus necesidades? y si recibieron de sus padres un jenio meditabundo, si existen rasgos nacionales que la fuerza del ejemplo trasmite de jeneracion en jeneracion; ¿esta tendencia hácia la reflexion y el cálculo no ha sido tambien favorecida por su situacion particular, cuando se les condujo á países nuevos donde tenian que hacer uso de todo su poder intelectual como de todas sus fuerzas, y donde su destino debia ser su propia obra?

Para ellos las numerosas familias llegaban á ser un manantial de bienestar, y este jénero de felicidad doméstica siempre se notó en las colo-



Escuela de Virginia de Richmond

Escuela Episcopal de Richmond

nias inglesas. Efectivamente no podían concebir inquietud alguna por un rápido aumento de población; les estaban prometidas inmensas adquisiciones, y las tribus indígenas oponían á su ambición obstáculos importantes.

Es útil observar en diferentes épocas el aumento del número de los habitantes, á fin de juzgar hasta qué punto influyeron las instituciones civiles sobre esta progresión, que se hizo mas sensible aun cuando el comercio y bienestar de las colonias pudieron desarrollarse con mas libertad.

Siglo y medio habia trascurrido desde los primeros ensayos de colonización que la Inglaterra habia hecho en el continente de América, y la población de estos diversos establecimientos llegaba á millón y medio de almas. No estaba repartida de modo igual en este vasto territorio: la de Massachusetts, de Connecticut, de Rhode-Island, de Nuevo Hampshire y de Maine, era la mas numerosa; se estimaba en quinientos mil habitantes: se contaban cuatrocientos mil en Nueva York, el Nuevo Jersey, la Pensilvania y el Delaware; y se calculaba la población de Maryland, de Virginia, de las dos Carolinas y de la Georgia, en doscientos mil Europeos y un número mucho mayor de esclavos, que iba á aumentar cada dia con el tráfico de las costas de Africa.

La Europa habia al principio proporcionado á las colonias inglesas todos sus cultivadores. Los tres reinos británicos y los diferentes países del continente enviaban cada año nuevos enjambres de hombres atrevidos y laboriosos. Las disputas religiosas y las disensiones políticas no eran la única causa de estas numerosas emigraciones; debíanse principalmente á las desgracias de la guerra, á esta fuente de miserias públicas, que hacen inagotables las pasiones del pueblo ó de los gobiernos. Los habitantes de las ciudades y campiñas devastadas huían para volver á encontrar la paz, é iban á buscar al otro lado de los mares la felicidad que habian perdido. Cada país de Europa, azotado á su vez por guerras

cruelles, tenia hombres dispuestos á espatriarse: la Alemania era un campo de batalla, en que la sucesión al trono imperial era disputada entre el elector de Baviera y María Teresa; y los Franceses, los Ingleses, los Suecos, los Rusos y los Prusianos, unas veces auxiliares, y otras enemigos de alguno de los competidores, hacían mas larga y viva esta lucha. Desde la Silesia y la Bohemia hasta las cercanías del Rin y de los Alpes, vastas provincias habian sido sucesivamente invadidas, y nuestros padres han conservado por mucho tiempo el recuerdo de estas calamidades. La guerra no se limitaba á las batallas de las tropas armadas: el saqueo de las ciudades sucedía muchas veces á las desgracias del sitio; los pueblos abiertos é indefensos eran entregados á las llamas, y los habitantes fugitivos, que se habian escondido en los bosques, al regresar espantados á los campos paternos que habia devastado el enemigo, y que podia aun visitar, deseaban encontrar un asilo mas seguro.

En cualquiera parte de Europa en que estuviere el teatro de la guerra, un gran número de hombres volvían los ojos hácia el Nuevo Mundo; se hacían de él descripciones seductoras, y el sentimiento de sus males les inclinaba á variar de situación. Estos destierros voluntarios eran mas frecuentes en los pequeños estados, los cuales, no teniendo suficientes fuerzas para hacer respetar su territorio, estaban mas habitualmente expuestos á las invasiones, y tenían que sufrir todas las vicisitudes de la guerra antes de pasar finalmente bajo el cetro de otra potencia. También eran mas frecuentes las emigraciones de las fronteras que las del centro de los grandes estados, porque las operaciones militares eran allí mas sangrientas y opresivas. Estas plazas fuertes, estas líneas de baluartes, destinados á proteger el interior de un país vasto, atraían la tormenta sobre sí: la obstinación del ataque, el arte de prolongar la defensa, el orgullo del triunfo, la irritación de la derrota multiplicaban los riesgos de estas comarcas; y el deseo de librar

de ellos á un gran número de familias, escitaba á algunos hombres valientes y fieles, á cuyo alrededor se reunían otros, á ir á buscar en otra parte trabajo, y sembrar los campos cuya cosecha pudiesen recoger. Muchas veces en los caminos que conducen al Océano, se encontraban estas bandadas de artesanos y cultivadores peregrinantes, seguidos de sus mujeres y niños, y viajando á las órdenes del anciano patriarca que habian tomado por jefe. La mayor parte iban descalzos y llevaban los harapos de la miseria, se les daba el óbolo del pobre al pasar; se celebraba su valor; otros infelices envidiaban su suerte; y cuando llegaban al punto de embarque, cuando empeñaban sus servicios por algunos años, á fin de satisfacer el precio de su travesía, un sentimiento de enternecimiento, una especie de veneración para el emigrado rodeaban su marcha: se recomendaban estos colonos á la Providencia, que, felizmente para el hombre, sigue todos sus pasos y le da nuevas fuerzas en la adversidad.

Acaso no hay prueba alguna mas á propósito para desarrollar nuestra energía y acostumbrarnos á todos los peligros que la de una larga navegación. Las fatigas que le son inherentes, los sacudimientos de la tempestad, la inmensidad del abismo sobre el cual está uno suspendido; no hay nada que haga impresion tan terrible en el alma; esta se humilla y se levanta; y porque lucha con constancia contra el dolor, triunfa de él. Estos hombres que habian huido de las penas de Europa iban ahora á buscarlas bajo otro cielo: encontrarían en este otros idiomas, otras naciones, y con todo eso no serían recibidos como extranjeros; otras miserias parecidas habian sido acogidas: todo Europeo era considerado como un compatriota por los que le habian precedido. Los emigrados de un mismo país se habian además unido para espatriarse juntos: habian partido bajo el influjo de un mismo infortunio, y aspiraban á fundar un común establecimiento. Aldeas alemanas, suizas, holandesas ó de otros países,

iban á ser trasportadas al Nuevo Mundo; y no obstante, elementos tan diversos constituirían luego una sola y única nación; se borrarían las diferencias locales á medida que se verían sucederse unas jeneraciones á otras; y la comunidad de intereses y necesidades imprimiría por fin á todos los habitantes ese carácter nacional en virtud del cual un pueblo se diferencia de todos los demás.

Sin embargo, esta especie de transformación social solo podía ser obra del tiempo. Los emigrados que pasaban á América permanecían fieles á sus primeras impresiones; pero sus hijos que nacían, que crecían en otro clima, pronto unían á las tradiciones que habian recibido de sus padres, los sentimientos que les inspiraban una naturaleza y una situación nueva. La lengua materna no era la de la patria adoptiva; tenían que aprender una y otra. La jeneración naciente servía así de intérprete á los ancianos que habian permanecido fieles á su antiguo idioma y á sus demás costumbres; conservando el lenguaje usado entre la familia, estudiaba tambien el de las leyes y de los negocios, el que debía servir de vínculo comun á las diferentes partes de esta asociación.

Estas transiciones de un lenguaje á otro se hacen mas fáciles cuando las favorecen el gobierno y la dirección que procura dar al espíritu público. Cread un pueblo que tenga intereses comunes, que esté llamado á ocuparse de ellos, y discutirlos y á defenderlos en los consejos, pronto animará á los ciudadanos una emulación jeneral; experimentarán la necesidad de espesarse de una manera conforme, y la fusión de intereses acarreará la del lenguaje.

La primera garantía que se debía dar á todos estos nuevos habitantes era la de su seguridad: era preciso convencerlos de la protección del gobierno y ponerlos tambien por sus propias fuerzas en estado de resistir á los ataques de los Indios; el medio mas seguro de lograr esto era acercar mas y mas sus habitaciones.

Aunque las tierras que se debían desmontar fuesen muy estensas, y

aunque los colonos pudiesen gozar de una gran libertad en la eleccion de los sitios en que deseaban establecerse, con todo se hacia de manera que solo penetrasen de una manera progresiva en el interior de estas vastas comarcas, para que los distritos cultivados estuviesen contiguos y en situacion de socorrerse mutuamente. Estas comarcas se dividian en *townships*, especie de distritos, cada uno de los cuales contaba veinte mil fanegas de tierra: estos se subdividian en porciones de cincuenta fanegas cada una, y la mayor parte de las familias limitaban á esta última cuota sus adquisiciones y su cultivo. Cuando se habia distribuido un *township*, se media otro mas allá, para colocar allí otros habitantes. Primeramente se hacian estas concesiones de terreno á lo largo de los rios; se hallaban cercanas á una línea de comunicacion que facilitaba las relaciones de un territorio á otro. Pero despues que estuvieron establecidas todas estas poblaciones ribereñas, formáronse sucesivamente distritos mas lejanos; los intervalos que separaban á estos diversos territorios se llenaron, y colonias mas numerosas y compactas se unieron á las que primeramente solo habian seguido estas líneas aisladas; los caminos por tierra se juntaron entónces á los que habia abierto la navegacion de los rios, y la poblacion de las costas maritimas se estendió progresivamente hácia el interior. Este litoral, vuelto hácia la Europa, permanecia abierto á sus emigraciones; los puertos, las multiplicadas ensenadas que cortan la ribera hacian mas fáciles los desembarcos; del norte al sur de él se encontraban todos los climas, todas las producciones que dependen de ellas, y cada Europeo podia escojer el sitio mas análogo á su pais nativo.

Se habian visto formarse en América, y sobre todo en las Antillas, otras colonias cuyos habitantes conservaban el deseo de volver un dia á la metrópoli; miraban su viaje y su establecimiento temporal como un medio de enriquecerse; y si sus especulaciones habian sido favorables,

marchaban, despues de algunos años de residencia, para venir á descansar en Europa. Así recibian estas colonias, una despues de otra, diferentes sucesiones de habitantes, sin que el espíritu de familia y de herencia territorial se desarrollase entre ellos; creaban su territorio; lo vendian luego á otros especuladores; venian á emplear el valor en su patria; y este sistema de trabajo solo proporcionaba á las colonias una especie de poblacion flotante cuyos progresos eran lentos, inciertos y muchas veces interrumpidos.

Las circunstancias no eran las mismas para estos numerosos emigrados que pasaban de diferentes puntos de Europa á las colonias inglesas. No habian conservado ni tierras ni casas en los lugares de su orijen; y si no habian renunciado á estos patrióticos recuerdos, que solo cesan con la vida, á lo menos no esperaban volver á ver la tierra nativa; su familia se hallaba trasportada al Nuevo Mundo; habian pasado para siempre la barrera del Océano, y todo su porvenir, todas sus miras se dedicaban á su nueva patria. Así se enriquecía la América con las pérdidas del viejo continente, y las conmociones de la Europa eran demasiado frecuentes para no aumentar el número de estos desterrados.

Si la guerra, que causa tanta pobreza, multiplicaba el número de los emigrados, la paz tiene tambien sus poblaciones indijentes, que la desigualdad de fuerzas, de capacidad y de industria ha colocado por todas partes al lado de las clases mas laboriosas ó mejor tratadas por la fortuna. Muchas veces la ociosidad es causa de su desgracia; algunas veces es preciso imputarla á accidentes involuntarios. Se debe suavizar su situacion, cualquiera que sea la causa de ella; y cuando esta miseria se halla inveterada en las familias, cuando los padres han transmitido á sus hijos su triste herencia, la sociedad, á la cual amenazarían sus necesidades y su desesperacion, está interesada en venir á su socorro y prevenir sus hostilidades. La Inglaterra abrió muchas veces sus colonias á los pobres

les creó una propiedad, y los proletarios que deseaban trabajar vieron repentinamente variar y mejorar su situacion.

Hasta en la clase de los hombres condenados á diferentes penas afflictivas se encontraron numerosos reclutas para las colonias inglesas. Una parte de estos delinquentes no habian perdido todo sentimiento de honor, de moralidad y de deber; desterrarlos de los lugares donde habian faltado y donde la opinion pública estaba sublevada contra ellos, era sustraerlos al envilecimiento, á la desgracia de tener que avergonzarse delante de los testigos de su falta, y quizás quitarles la tentacion de volver á caer en ella. Si la degradacion en que se hallan sumerjidos tiende á hacer desaparecer un resto de virtud, el hombre que aquella cesa de deshonor puede volver á ser justo; esta conversion es uno de los resultados del destierro; de ella presentaron admirables ejemplos las colonias inglesas; y pronto ya solo se vieron hombres pacíficos en aquellos que tuvieron interés en respetar la propiedad individual y el orden público. Su marcha habia librado á la madre patria de un peso: otros paises de Europa esperimentaron las mismas ventajas; y no temieron hacer pasar á esas lejanas posesiones un cierto número de hombres perseguidos en su pais nativo por delitos de naturaleza diversa y particularmente por delitos políticos: ya no se temia su turbulencia; perdian al mudar de lugares, toda la influencia, todos los medios de accion con que se habia alarmado su gobierno.

Los hombres cuya pena se habia conmutado enviándolos á las colonias, aquellos cuya conducta é inclinaciones era preciso guiar y corregir, se hallaban desde luego sometidos á una vijilancia y disciplina severa; se les empleaba temporalmente en diferentes trabajos de utilidad pública, hasta que estuviese cumplida su espacion legal. Se satisfacian sus trabajos con un ligero peculio que se les pagaba despues de estos momentos de prueba, y luego comen-

zaban á hacer para ellos mismos algunos desmontes.

El cultivo se aumentó de tal modo en las colonias inglesas, que no bastaban luego los trabajadores europeos. Estos hombres no perdonaban fatiga alguna; no temian el trabajo mientras pudiesen contar con la recompensa, y un réjimen apropiado á su situacion podia acostumbrarlos á los diferentes climas. Pero á medida que se acercaron al mediodía y esperimentaron los resultados de un calor mas molesto, á ejemplo de las colonias de las Antillas, tuvieron que recurrir á otros brazos, é hicieron venir esclavos africanos. La insalubridad de los arrozales hizo adoptar los mismos medios para su trabajo; y como acarrea un gran consumo de hombres, dieron al comercio de los negros tal actividad, que su poblacion en las provincias meridionales fué pronto mas numerosa que la de los Europeos. Primeramente este tráfico solo se habia dirigido hácia las colonias españolas y portuguesas; pero en 1620, un buque de guerra holandés desembarcó veinte negros en James-Town, para venderlos allí. Fueron los primeros Africanos trasportados á Virginia, y este contagioso ejemplo tuvo numerosos imitadores. Cada potencia colonial se ocupó de los medios de estender el comercio: en 1713 obtuvo la Inglaterra por el tratado del *Assiento*, el privilegio de la importacion de negros, no solo en sus colonias, sino tambien en las de la América española; y esta transaccion, primeramente concluida por treinta años, fué luego prolongada mas allá de este plazo, porque una guerra de algunos años habia interrumpido su ejecucion.

El resultado de un monopolio abandonado á la Inglaterra no tardó en hacerse sentir en sus colonias: en estas se aumentó rápidamente la poblacion de los hombres de color; y si con ellos se encontraron nuevos socorros para el cultivo, tambien se estaba mas espuesto á sediciones. En 1734 estalló una revuelta en un distrito de la Carolina; empezó en Stono; y habiendo los negros muerto á

algunos hombres, robaron las armas de un almacén, marcharon hacia el sud, bajo las órdenes de un jefe que eligieron de entre ellos y devastaron los lugarejos y las plantaciones. La noticia de su sublevación llegó á la iglesia presbiteriana de Wiltown, donde se hallaba entonces reunido un gran número de colonos; tomaron repentinamente las armas que, según una ley de la provincia, se encontraban depositadas en este edificio, y marcharon al encuentro de los revoltosos, mientras que las mujeres, que habían quedado solas bajo la protección del santuario, aguardaban rezando el éxito de este suceso. Los negros, después de haber saqueado habitaciones y de haberse emborrachado con licores fuertes, gozaban entonces de su sangriento triunfo en medio de bailes y de cantos: la milicia los derrotó fácilmente. Unos fueron muertos, otros huyeron á los bosques y fueron perseguidos allí por una compañía de cazadores, que cogió un gran número de ellos y los entregó á los tribunales.

Aunque el comercio de los negros hubiese estado unido en su origen al proyecto de no someter á la esclavitud los antiguos pueblos de América, con todo hemos notado que estos no siempre se libraron de ella, y que los prisioneros que les hicieron los Europeos fueron algunas veces transferidos como esclavos á las Antillas; allí sufrieron la misma suerte que los *Caribes*, y pronto se sepultó su generación. Hasta se les trataba con más rigor que á los Africanos; los hombres, separados de sus consortes, eran conducidos solos al lugar de su esclavitud; les eran arrebatados los vínculos más dulces de la naturaleza; y al sucumbir á su miseria, solo tenían el consuelo de no dejar el peso de ella á sus hijos. Se libraban muchos Americanos por una muerte involuntaria, y no concebían que pudiesen permanecer esclavos, cuando tenían la facultad de morir. Y con todo estos Indios que preferían la independencia á la vida, retenían muchas veces como esclavos á los negros de que se habían apoderado; se creían de una clase superior y se ma-

nifestaban más altaneros y más severos con ellos que los mismos Europeos: su propia insensibilidad con la mayor parte de los males y de las privaciones, les hacían crueles para con los hombres condenados á servirles; les imponían todas las miserias de la vida salvaje. Constantemente se notaron este orgullo y esta desdeñosa aversión de los Indios hacia los negros: muchas veces esta desavenencia fué un motivo de seguridad para los colonos europeos y les permitió contener más fácilmente cada una de las dos clases cuya enemistad tenían que temer. Si se formaba alguna tentativa parcial, fuese entre plantaciones, fuese en las cercanías de los Indios, podía ser fácilmente reprimida; y las más graves conmociones que entonces experimentaban las colonias solo eran resultados del estado de guerra en que se hallaban algunas veces empeñadas sus metrópolis.

El corte del palo campeche ocasionó frecuentes disputas en Inglaterra y España. Este trabajo, practicado generalmente por hombres que venían de las colonias inglesas, se había desde luego hecho al norte de la península de Yucatan: habiéndose opuesto á ello la España con mano armada, y habiendo erigido fuertes en la costa para alejar de ella á los Ingleses, estos trasladaron sus establecimientos al mediodía de la misma península; allí construyeron un fuerte y fundaron en la bahía de Honduras una colonia que tuvo por capital la Balisa y que pronto subió á mil quinientos habitantes.

Algunos años después de la paz de Utrecht, se renovaron querellas entre los dos gobiernos, sobre el ejercicio y los límites de este privilegio, del cual procuraban los Ingleses valerse para estenderse á lo lejos en los bosques del interior, donde esta calidad de madera se junta con todas las demás esencias. Dedicaban un gran interés á este trabajo que ocupaba numerosos brazos y que ofrecía un importante ramo de comercio. Efectivamente el palo campeche era muy buscado para la tintura en todos los países en que se es-

tablecían fábricas; aumentaba su consumo de día en día; y el deseo de proveerse de él ocasionaba continuas y nuevas usurpaciones sobre el territorio de esta parte de Méjico.

Este árbol se encuentra y se multiplica en tierras bajas y pantanosas; allí son insalubres el aire y las aguas; pero la esperanza del lucro superaba el temor de las enfermedades; y hombres acostumbrados á casualidades arriesgadas contaban fácilmente con los favores de la fortuna.

Se corta el palo campeche en los tiempos de sequedad; se le chapoda, se le cuadra, se le deja echado sobre la tierra hasta el tiempo en que debe ser embarcado; allí queda sumergido cuando sobreviene la inundación de las tierras; pero se ponen señales para reconocer los sitios en que se halla depositado; y aunque su gravedad específica no le hace flotar, los buzos le sacan sin mucho trabajo, porque el menor apoyo le hace llegar á flor de agua. Muchas lanchas que recorren estos terrenos, convertidos en vastos estanques, le reciben y trasportan á bordo de los buques que esperan este cargamento.

La Inglaterra ha procurado aclimatar esta especie de árbol en muchas colonias; lo plantaron en algunos terrenos húmedos del archipiélago de Bahamá y creyeron que podría también tener buen éxito en los pantanos del litoral de la Georgia y de la Carolina; pero este vegetal parece ser del número de aquellos que permanecen acantonados en un estrecho espacio, y en vano procuran encontrarles más allá de estos límites un clima, un suelo y un aire que les convengan. Tentativas infructuosas hicieron conocer que era preciso continuar la extracción del palo campeche de su país originario. Por otra parte allí hallaba la Inglaterra la ventaja de tener un puesto militar en el fondo del golfo de Méjico y de abrirse un camino más fácil para el mismo centro de las colonias españolas. Esta situación podía favorecer sus operaciones durante la guerra, y le permitía estender, durante la paz, las

relaciones de su comercio, que no obstante las restricciones de las leyes y de las autoridades locales, se introducía clandestinamente en estos países.

El comercio de la Inglaterra con las colonias españolas era también dirigido á Porto Bello; pero al principio se hacía con más regularidad. La compañía inglesa que se había encargado de llevar cada año á las colonias españolas cuatro mil ochocientos negros, había obtenido, en 1716, la autorización de enviar al mismo tiempo á Porto-Bello un buque de ochocientas toneladas. Esta embarcación conducía allí mercaderías inglesas; pero muy luego fueron excedidos los límites de este privilegio; la permanencia del buque se prolongaba; era aprovisionado por otros buques que llegaban de la Jamáica: con este pretexto se le convertía en depósito inagotable, renovaban el cargamento muchas veces, con ayuda de los suministros clandestinos que hacían otras naves; y este comercio tomó una estension que no ha tenido intención de autorizar el gobierno español. Los medios empleados por los guarda-costas para reprimirlo fueron acompañados de actos violentos que ocasionaron un rompimiento entre las dos coronas: la Inglaterra declaró la guerra á la España el 23 de octubre de 1739, y las hostilidades estallaron luego entre sus colonias americanas.

Habiase formado el proyecto de invadir la Florida, y su ejecución fué encargada al general Oglethorpe, gobernador de la Georgia. Luego tuvo á sus órdenes un cuerpo de tropa y voluntarios, al cual se juntó una fuerza considerable de Indios; sus tropas ascendían á dos mil hombres. Entró en la Florida el 9 de mayo de 1740, se apoderó del fuerte Diego, situado en la frontera, y en seguida se dirigió sobre San Agustín. Esta plaza, la única construida por los Españoles en la Florida oriental, la única puesta en estado de defensa; los muros de su castillo estaban flanqueados por cuatro baluartes, armados con mucha artillería; la guar-

nición era muy considerable, estaba bien provista de víveres y alojada en casamatas abovedadas y á prueba de bomba.

No confiando Oglethorpe tomar la plaza por un golpe de mano, resolvió bloquearla; pero no habiendo podido impedir una introducción de nuevas tropas y municiones enviadas de la Habana y que penetraron en el estrecho de Matanzas para llegar con mas seguridad á San Agustín, levantó el sitio y regresó á Jeorjia.

Dos años despues, la España quiso usar de represalias: una expedición, formada en la isla de Cuba, se dirigió, en 1742, hácia las costas de Jeorjia. La escuadra ancló cerca de la isla Simon, sobre la cual está construida Frederica, y la marea la ayudó en seguida á subir el rio de Alatomaha. Los Españoles tenían tres mil hombres de tropa, Oglethorpe solo setecientos; pero un ardid le salvó. Hizo salir misteriosamente de la plaza un hombre de confianza, y le encargó algunos despachos; sus comunicaciones anunciaban que esperaba cada minuto socorros de la Carolina, y que San Agustín estaba amenazada de un próximo ataque por la escuadra del almirante Vernon. Oglethorpe habia encargado á su confidente que se dejase cojer, y habia previsto que sus cartas serian puestas en manos del jeneral español: este concibió grandes recelos sobre la suerte de la Florida que estaba entónces sin tropas, y abandonó precipitadamente el sitio de Frederica, para socorrer á San Agustín. La buena ocasion habia pasado: la tentativa contra la Jeorjia no se renovó, y el almirante Vernon no probó la invasion noticiada por Oglethorpe.

La escuadra de este almirante habia llegado al golfo de Méjico, muchos meses despues de la declaración de guerra entre Inglaterra y España: se habia apoderado, en 1740, de Porto-Bello y habia destruido las fortificaciones de esta plaza. Luego se presentó Vernon delante de Cartajena; pero su nueva expedición fué desgraciada, y se vió obligado á

levantar el sitio, mientras que por Londres se esparcía la noticia de su victoria. Durante esto, otra división naval, mandada por Anson y, que salió de los puertos de Inglaterra en setiembre de 1740, iba á atacar las posesiones españolas del mar del Sur; penetró allí en 1741, se apoderó de Paita, en las riberas del Perú, orilló las costas occidentales de América hasta el puerto de Acapulco, y atravesando en seguida el Grande Océano, fué á atacar y capturar cerca de Manila el galeon que iba anualmente de Méjico á las Filipinas.

La Inglaterra, al obtener estos sucesos marítimos, se proponía un objeto mas duradero que la victoria. Sus fuerzas navales eran las auxiliares de su comercio, y esta potencia procuraba estender sus relaciones con nuevos países, para introducir en ellos los productos de su industria. Eran considerables los gastos de su marina; pero lo eran mas los beneficios de su comercio.

La actividad de los astilleros de la metrópoli influyó de una manera favorable en la prosperidad de las colonias. La Inglaterra, continuamente ocupada en los progresos de su navegación, queria reunir en sus puertos una gran cantidad de municiones navales, y por mucho tiempo las habia sacado del norte de Europa. La Suecia y la Rusia le proveían de maderas de construcción, de brea para el calafateo, de cáñamos para la fabricación de velas y cables; este comercio era el objeto de las primeras relaciones que la Gran Bretaña habia abierto con los diferentes puertos del Baltico: les llevaba en cambio los productos de su territorio, los de sus manufacturas cuya actividad siempre iba en aumento; y los desarrollos de su marina militar y mercante eran el resultado de sus numerosas importaciones. No tardó en observar la Inglaterra que sus colonias de América estaban en estado de poder proveer las necesidades de sus astilleros, y que le seria útil extraer de allí una parte de las materias que hasta entónces habia recibido del extranjero. Eso era retener en las posesiones británicas

el numerario con que se pagaban los cambios; y si el comercio es provechoso mutuamente á los vendedores y á los compradores, si fomenta por una y otra parte el trabajo y la industria, si es uno de los principales elementos de la felicidad de las naciones, la Inglaterra estaba sin duda interesada en enriquecer unos y otros habitantes de sus propios dominios, y prefería sus relaciones á las del extranjero.

La esportación de las municiones navales recibió entónces nuevos estímulos en las colonias inglesas, y principalmente en las del norte, donde era mejor la calidad de las maderas. La extracción de la resina, el cultivo del cáñamo, los trabajos de las minas de hierro y de las fraguas fueron mas activos; acudió un número mucho mayor de trabajadores acostumbrados á estas obras, y se aprovechó su trabajo no solo para aumentar la masa de las esportaciones destinadas á la metrópoli, sino tambien para dar nuevo movimiento á la industria colonial. Boston y los demás puertos multiplicaban el número de sus buques, al mismo tiempo que daban al comercio de Inglaterra una gran cantidad de maderas de construcción que solo debían ser empleadas en Europa. El semillero de marineros crecía en la misma proporción, por un efecto de este movimiento natural que hace que los hombres laboriosos concurren á todas las partes donde pueden contar con algunos recursos; y luego resultó de esta dirección, dada á la industria, una variedad muy grande de especulaciones y de expediciones marítimas. La pesca fija que los habitantes podían hacer á lo largo de las costas recibía nueva actividad: el cabotaje ejercido en las aguas de las colonias, y cuyo destino era proveer con mutuos cambios una parte de sus necesidades, hacia rápidos progresos; y los barcos, no empleados por el comercio de la plaza donde habian sido construídos, eran muchas veces comprados ó comisionados por los extranjeros. Los beneficios de su venta y flete eran á favor de la colonia; y cualquiera que fue-

se el empleo definitivo de las naves que habia equipado, ó cuyos materiales habia suministrado, tanto á la metrópoli, como á otros países, ella era la que recojía el precio de su trabajo.

La guerra entre Inglaterra y España no habia paralizado, en las colonias inglesas, la actividad de una industria que se ejercía principalmente hácia el Norte y lejos de las fronteras de la Jeorjia y de la Florida, únicas que entónces habian estado espuestas á mutuas invasiones. Las provincias del Norte habian continuado gozando de una entera seguridad; podían usar con libertad todos sus recursos; y la paz que se habia mantenido durante treinta años entre la Francia y la Gran Bretaña, desde la conclusión del tratado de Utrecht, no habia sido turbada en sus posesiones de América sino por algunas disputas locales y pasajeras, prontamente calmadas por la autoridad de las metrópolis.

En los primeros años de la paz, la Inglaterra habia probado mantenerse firme en la ocupación de la Acadia. Una guarnición y una colonia inglesa habian sido estacionadas en Puerto Real, que tomó entónces el nombre de Annápolis, en honor de la reina; este era un puerto seguro y espacioso; su entrada era fácil de defender; pero las corrientes y los hielos lo hacían á veces menos accesible que los puertos de la costa oriental. Cuando la Inglaterra se estableció allí, dos mil Franceses, que no quisieron renunciar á su patria, se retiraron á la isla de Cabo Breton, que se habia abandonado á la Francia, y donde se habia fundado la ciudad de Luisburgo. Esta nueva situación variaba muy poco su suerte: el clima era el mismo que el de Acadia; la pesca era abundante en las aguas de esta isla; y si bien el territorio era menos vasto, bastaba á lo menos para todos los refujados que pasaban allí.

Otras familias francesas, dispersas en el interior ó hácia los limites septentrionales de la Acadia, probaron de conservar su independencia. Al principio, como esperaban algunos

auxilios de la metrópoli, y deseaban conservar la colonia, defendían á palmas su territorio. Cuando tuvieron que ceder á la fuerza, probaron de obtener por capitulación el privilegio de no tener que hacer armas contra su antigua patria. A este precio consentían en permanecer en los cantones que habían desmontado; y el gobierno británico prefirió conservar en la colonia aquellos cautivadores tranquilos é inofensivos, mas bien que privarla de su industria y de su trabajo. Así es que un gran número de Franceses continuaron su residencia en Acadia: allí eran mirados como una población neutra, y ellos no abusaron jamás de la prerrogativa que se les había conservado. Tenían por entonces cierto interés en tenerlos contentos. Los establecimientos ingleses eran todavía poco numerosos en aquella provincia; mas mientras duró la paz, se multiplicaron y se ocuparon sucesivamente las diferentes partes del litoral: erijéronse allí fuertes, se enviaron tropas, y, en 1743, fundaron Halifax cerca de la bahía de Chiboutou. Esta ciudad, llegada á ser capital de la Acadia, que designaron desde entonces con el nombre de Nueva Escocia, fué mirada como un nuevo centro de colonización: inmediatamente fueron á ella cuatro mil pasajeros, llegados de Inglaterra ó del continente europeo; y la ciudad de Lunenburg fué bien pronto fundada por seiscientos Alemanes, que se habían dirigido en primer lugar sobre Halifax, y que en seguida buscaron un territorio mas fértil.

El parlamento británico miraba como empresa nacional el pronto acrecentamiento de esta colonia; y al efecto concedía á todo militar que quisiese establecerse en ella pasaje gratuito, algunos muebles de primera necesidad, un trozo de tierra para desmontar, instrumentos aratorios y provisiones de boca para un año, con el fin de que pudiesen pasar hasta la primera cosecha. Las familias que no pertenecían al ejército fueron clasificadas como á militares, y obtuvieron concesiones análogas, conforme al carácter

civil que tenían. A fin de precaver á Halifax de toda sorpresa, cercáronle de empalizadas y atrincheramientos; sin embargo, los desmontes de la comarca circunvecina iban muy despacio, construíanse muy pocos caseríos, y el país quedaba espuesto á las incursiones de los salvajes, en términos que apenas se atrevían á salir de la plaza: así es que el temor cada día mas inminente del peligro se opuso por mucho tiempo al progreso de la población inglesa y á la prosperidad de la agricultura.

LIBRO QUINTO.

SUCESOS DE LA GUERRA DE 1745; TRATADO DE AQUISGRAN. — SUBLEVACION DE LOS CREEKS CONTRA LAS COLONIAS INGLESAS. — HOSTILIDADES QUE PRECEDEN EN AMÉRICA A LA DECLARACION DE GUERRA DE 1756. — CONTINUACION DE LAS OPERACIONES MILITARES. — ROMPIMIENTO ENTRE LOS INGLESOS Y CHEROKEES. — INVASION DEL CANADA. — TRATADOS DE PAZ DE 1763. — CESION DE LA LUISIANA A ESPAÑA.

La Inglaterra con la adquisición de la Acadia, que había poseído sosegadamente desde la paz de Utrecht, no veía satisfechas aun todas sus miras de engrandecimiento colonial; porque las ventajas que podía reportar de esta cesion se hallaban acotadas de un lado por los establecimientos que había conservado la Francia al norte de la bahía de Fundi, y del otro por la posesion de la isla de Cabo Breton, que no parece sino un puesto avanzado de esta colonia, de la que solo la separa un pequeño estrecho.

Por mucho tiempo había despreciado la Francia la isla de Cabo Breton; pero mas tarde reconoció la importancia de este territorio: tiene de largo cincuenta leguas sobre treinta de ancho; en su interior se hallan grandes lagunas que proporcionan fáciles comunicaciones, y sus playas de oriente y mediodía tienen muchísimos puntos de desembarco, con buenos surjideros, entre ellos la ba-

hía de Luisburgo, que es de las mas capaces y seguras.

Vióse que esta isla, por hallarse situada á la entrada del golfo de san Lorenzo, ofrecía un cómodo depósito para recibir de los Canadenses pieles finas y otros productos de su país, llevando en cambio una parte de los jéneros venidos de Francia, con que los fletes de la navegacion quedaban repartidos entre ellos y la metrópoli. Este depósito parecia tanto mas útil cuanto la navegacion del Océano y la del golfo y rio de san Lorenzo requieren buques de diferente tamaño: los unos calan demasiado para subir el rio, y los otros son muy endeble para una larga navegacion; y una escala intermedia permite traspasar los cargamentos de Quebec y de los puertos de Francia.

El principal recurso en Cabo Breton era la pesca, que podía igualmente estenderse hácia el Océano, en varios puntos del golfo y en toda la parte inferior del rio. El comercio iba á tomar un vuelo importante con la cura del pescado y la preparacion de los aceites, y además con las maderas de carpintería, resinas, carbon de piedra y otras producciones del territorio que un sistema de cultivo bien dirigido podía aun acrecentar. Por otra parte, los excelentes puertos de esta isla eran otros tantos apostaderos cómodos y bien situados para las escuadras que en tiempo de guerra debían proteger las pesquerías francesas y las avenidas del Canadá.

No se le escapó al ojo avizor del gobierno británico esta reunion de ventajas mercantiles, de recursos marítimos y de medios de agresion que podía prometerse la Francia de la isla de Cabo Breton; y cuando finalmente se rompió la guerra entre las dos potencias, la Nueva Inglaterra hizo preparativos en 1745 para atacar esta colonia: levantó un cuerpo de cuatro mil hombres, armados y mantenidos por los habitantes; el comercio aprontó los buques de transporte, y el gobierno británico, al paso que apoyó esta empresa, mandó para sostenerla cuatro buques de

guerra á las órdenes del almirante Wren.

La plaza de Luisburgo fué atacada por tierra y por mar, y sostuvo un largo sitio: luego despues de estar declarada la guerra, había pedido socorro al gobierno frances; pero el buque que se lo llevaba no llegó hasta que ya estaba puesto el sitio; y habiendo sido apresado por la escuadra inglesa, la ciudad se vió reducida al último apuro, hasta que finalmente tuvo que capitular, despues de una resistencia de cincuenta días, en cuyo tiempo consumió todos los víveres y municiones, y quedaron destruidos sus atrincheramientos. La población de la colonia, que constaba de dos mil almas, fué toda deportada, y los habitantes embarcados en la escuadra y conducidos á Brest, donde el gobierno francés acudió á sus necesidades. Los usos de la guerra y el derecho de jentes, que las hostilidades no pueden interrumpir, han prescrito en todos tiempos que á los habitantes de las poblaciones que se toman se les deje en libertad de permanecer en ellas con tal que se sujeten á las leyes; pero el espatriar á los moradores fué traspasar todas las prerogativas de la victoria.

Señores en el mar entonces los Ingleses, no eran tan venturosos en el continente europeo; y el mismo año en que se apoderaban de una plaza de América, con tan escasos medios de defensa, los Franceses obtenían sobre ellos la toma de Fontenoy, ocurrida en 12 de mayo de 1745, victoria que debe reputarse como de las que deciden la suerte de una campaña, y la llevan á cabo. En los dos años siguientes la suerte favoreció igualmente sus armas: brillaron en la batalla de Rocoux, en la de Laufeld, en la toma memorable de Berg-op-Zoom, y despues de una serie de esclarecidos triunfos, concluyó Luis XV en 1748 el tratado de paz de Aquisgran, en el cual, á mas de otras muchas cláusulas honrosas para la Francia, se estipuló la devolucion de la isla de Cabo Breton, y que las posesiones coloniales volviesen al mismo

auxilios de la metrópoli, y deseaban conservar la colonia, defendían á palmas su territorio. Cuando tuvieron que ceder á la fuerza, probaron de obtener por capitulación el privilegio de no tener que hacer armas contra su antigua patria. A este precio consentían en permanecer en los cantones que habían desmontado; y el gobierno británico prefirió conservar en la colonia aquellos cautivadores tranquilos é inofensivos, mas bien que privarla de su industria y de su trabajo. Así es que un gran número de Franceses continuaron su residencia en Acadia: allí eran mirados como una población neutra, y ellos no abusaron jamás de la prerrogativa que se les había conservado. Tenían por entonces cierto interés en tenerlos contentos. Los establecimientos ingleses eran todavía poco numerosos en aquella provincia; mas mientras duró la paz, se multiplicaron y se ocuparon sucesivamente las diferentes partes del litoral: erijéronse allí fuertes, se enviaron tropas, y, en 1743, fundaron Halifax cerca de la bahía de Chiboutou. Esta ciudad, llegada á ser capital de la Acadia, que designaron desde entonces con el nombre de Nueva Escocia, fué mirada como un nuevo centro de colonización: inmediatamente fueron á ella cuatro mil pasajeros, llegados de Inglaterra ó del continente europeo; y la ciudad de Lunenburg fué bien pronto fundada por seiscientos Alemanes, que se habían dirigido en primer lugar sobre Halifax, y que en seguida buscaron un territorio mas fértil.

El parlamento británico miraba como empresa nacional el pronto acrecentamiento de esta colonia; y al efecto concedía á todo militar que quisiese establecerse en ella pasaje gratuito, algunos muebles de primera necesidad, un trozo de tierra para desmontar, instrumentos aratorios y provisiones de boca para un año, con el fin de que pudiesen pasar hasta la primera cosecha. Las familias que no pertenecían al ejército fueron clasificadas como á militares, y obtuvieron concesiones análogas, conforme al carácter

civil que tenían. A fin de precaver á Halifax de toda sorpresa, cercáronle de empalizadas y atrincheramientos; sin embargo, los desmontes de la comarca circunvecina iban muy despacio, construíanse muy pocos caseríos, y el país quedaba espuesto á las incursiones de los salvajes, en términos que apenas se atrevían á salir de la plaza: así es que el temor cada dia mas inminente del peligro se opuso por mucho tiempo al progreso de la población inglesa y á la prosperidad de la agricultura.

LIBRO QUINTO.

SUCESOS DE LA GUERRA DE 1745; TRATADO DE AQUISGRAN. — SUBLEVACION DE LOS CREEKS CONTRA LAS COLONIAS INGLESAS. — HOSTILIDADES QUE PRECEDEN EN AMÉRICA A LA DECLARACION DE GUERRA DE 1756. — CONTINUACION DE LAS OPERACIONES MILITARES. — ROMPIMIENTO ENTRE LOS INGLESSES Y CHEROKEES. — INVASION DEL CANADA. — TRATADOS DE PAZ DE 1763. — CESION DE LA LUISIANA A ESPAÑA.

La Inglaterra con la adquisición de la Acadia, que había poseído sosegadamente desde la paz de Utrecht, no veía satisfechas aun todas sus miras de engrandecimiento colonial; porque las ventajas que podía reportar de esta cesion se hallaban acotadas de un lado por los establecimientos que había conservado la Francia al norte de la bahía de Fundi, y del otro por la posesion de la isla de Cabo Breton, que no parece sino un puesto avanzado de esta colonia, de la que solo la separa un pequeño estrecho.

Por mucho tiempo había despreciado la Francia la isla de Cabo Breton; pero mas tarde reconoció la importancia de este territorio: tiene de largo cincuenta leguas sobre treinta de ancho; en su interior se hallan grandes lagunas que proporcionan fáciles comunicaciones, y sus playas de oriente y mediodía tienen muchísimos puntos de desembarco, con buenos surjideros, entre ellos la ba-

hía de Luisburgo, que es de las mas capaces y seguras.

Vióse que esta isla, por hallarse situada á la entrada del golfo de san Lorenzo, ofrecía un cómodo depósito para recibir de los Canadenses pieles finas y otros productos de su país, llevando en cambio una parte de los jéneros venidos de Francia, con que los fletes de la navegacion quedaban repartidos entre ellos y la metrópoli. Este depósito parecia tanto mas útil cuanto la navegacion del Océano y la del golfo y rio de san Lorenzo requieren buques de diferente tamaño: los unos calan demasiado para subir el rio, y los otros son muy endeble para una larga navegacion; y una escala intermedia permite traspasar los cargamentos de Quebec y de los puertos de Francia.

El principal recurso en Cabo Breton era la pesca, que podía igualmente estenderse hácia el Océano, en varios puntos del golfo y en toda la parte inferior del rio. El comercio iba á tomar un vuelo importante con la cura del pescado y la preparacion de los aceites, y además con las maderas de carpintería, resinas, carbon de piedra y otras producciones del territorio que un sistema de cultivo bien dirigido podía aun acrecentar. Por otra parte, los excelentes puertos de esta isla eran otros tantos apostaderos cómodos y bien situados para las escuadras que en tiempo de guerra debían proteger las pesquerías francesas y las avenidas del Canadá.

No se le escapó al ojo avizor del gobierno británico esta reunion de ventajas mercantiles, de recursos marítimos y de medios de agresion que podía prometerse la Francia de la isla de Cabo Breton; y cuando finalmente se rompió la guerra entre las dos potencias, la Nueva Inglaterra hizo preparativos en 1745 para atacar esta colonia: levantó un cuerpo de cuatro mil hombres, armados y mantenidos por los habitantes; el comercio aprontó los buques de transporte, y el gobierno británico, al paso que apoyó esta empresa, mandó para sostenerla cuatro buques de

guerra á las órdenes del almirante Wren.

La plaza de Luisburgo fué atacada por tierra y por mar, y sostuvo un largo sitio: luego despues de estar declarada la guerra, había pedido socorro al gobierno frances; pero el buque que se lo llevaba no llegó hasta que ya estaba puesto el sitio; y habiendo sido apresado por la escuadra inglesa, la ciudad se vió reducida al último apuro, hasta que finalmente tuvo que capitular, despues de una resistencia de cincuenta dias, en cuyo tiempo consumió todos los víveres y municiones, y quedaron destruidos sus atrincheramientos. La población de la colonia, que constaba de dos mil almas, fué toda deportada, y los habitantes embarcados en la escuadra y conducidos á Brest, donde el gobierno francés acudió á sus necesidades. Los usos de la guerra y el derecho de jentes, que las hostilidades no pueden interrumpir, han prescrito en todos tiempos que á los habitantes de las poblaciones que se toman se les deje en libertad de permanecer en ellas con tal que se sujeten á las leyes; pero el espatriar á los moradores fué traspasar todas las prerogativas de la victoria.

Señores en el mar entonces los Ingleses, no eran tan venturosos en el continente europeo; y el mismo año en que se apoderaban de una plaza de América, con tan escasos medios de defensa, los Franceses obtenían sobre ellos la toma de Fontenoy, ocurrida en 12 de mayo de 1745, victoria que debe reputarse como de las que deciden la suerte de una campaña, y la llevan á cabo. En los dos años siguientes la suerte favoreció igualmente sus armas: brillaron en la batalla de Rocoux, en la de Laufeld, en la toma memorable de Berg-op-Zoom, y despues de una serie de esclarecidos triunfos, concluyó Luis XV en 1748 el tratado de paz de Aquisgran, en el cual, á mas de otras muchas cláusulas honrosas para la Francia, se estipuló la devolucion de la isla de Cabo Breton, y que las posesiones coloniales volviesen al mismo

pié que tenían antes de la guerra. La Inglaterra dejó en Francia dos rehenes hasta que estuviese ejecutada la restitucion de esta isla; luego se nombraron comisionados de ambas partes para fijar los confines de la Acadia y evitar ulteriores contestaciones; pero estos, lejos de concertarse, sostuvieron de una y otra parte todas las antiguas pretensiones, y dejaron permanentes los mismos puntos de litigio para la primera ocasion que se ofreciese de volver á tomar las armas.

Mientras subsistian estas sangrientas desavenencias entre Francia é Inglaterra, habia esta sufrido los funestos efectos de una guerra civil, promovida por una postrer tentativa que hizo el príncipe Carlos Eduardo, nieto de Jacobo II, para reconquistar el trono de sus mayores: embarcóse en Nantes el día 12 de junio de 1745, y su repentina aparicion en el norte de la Escocia reanimó el celo de los antiguos servidores de su familia; los jefes de las tribus (*clans*) escocesas, montañeses intrépidos que tantas veces empuñaran las armas para defender ó recobrar la independencia nacional, presentáronse decididos á sostener la causa del jóven príncipe, el cual, sin ofrecerles mas que armas y una bandera, logró reunir en pocos momentos hasta tres mil hombres. Apoderóse de Perth, Edimburgo y algunas otras plazas, consiguió el día 2 de octubre una victoria en Preston, pasó la frontera de Escocia y penetró en el condado de Lancaster, donde obtuvo junto á Falkirk otra victoria el día 8 de enero de 1746; pero aquí terminó su buena suerte, pues el 27 del inmediato mes de abril sufrió una completa derrota en Culloden, cerca de Inverness. Contaba entonces el príncipe nueve mil hombres, de los cuales murieron una décima parte, dispersándose los demás en las montañas despues de la derrota. Carlos Eduardo salió herido, y dos de sus adictos, que no le abandonaron, le ayudaron á buscar un asilo. Perseguido hasta los últimos confines de Escocia, divagando en seguida de una á otra isla, en los archipiélagos inmediatos, fué por fin

salvado, despues de cinco meses de reveses y peligros, por dos buques franceses que fueron á tomarle el 29 de setiembre en la costa occidental de Escocia, y le llevaron á Francia con unos pocos de sus partidarios.

La derrota del pretendiente fué seguida en Inglaterra de rigurosísimas medidas. A los oficiales se les castigaba como delincuentes de lesa majestad, y varios pares de Escocia fueron condenados á ignominiosos suplicios. Los principales fautores de la rebelion, que así era llamada la adhesion á los Estuardos, fueron ejecutados en Lóndres, Carlisle y otras ciudades donde se habia manifestado este partido. Despues de haber abatido las cabezas de los principales rebeldes, echóse á la suerte la vida de los soldados que habian hecho armas, cuya vijésima parte subió al cadalso, y todos los demás fueron embarcados para las colonias inglesas de América y distribuidos en varios puntos del continente, donde esos fieros Caledonios, hechos á la fatiga y á toda clase de penalidades, se convirtieron en laboriosos cultivadores. La Inglaterra, al paso que les castigó por haber sido fieles á sus antiguos señores, tuvo siquiera, al espatriarlos, la política mira de aprovecharse de sus servicios, pues todos fueron deportados á las posesiones coloniales que le pertenecian; con cuyo sistema, que por repetidas experiencias conocia ventajoso, no hacia mas que trasladar la poblacion, sin disminuirla, de un punto á otro de sus dominios.

Al mismo tiempo trató el gobierno británico de acrecentar la poblacion de sus colonias con hombres que le fuesen adictos; y á este fin, despues de haber sujetado á la Escocia y concluido la paz continental, ofreció establecimiento y recompensas en América á un sinnúmero de militares que le habian servido en Europa y que iban á quedar sin empleo, á consecuencia de la disolucion de una parte de su ejército. Las concesiones que se les hacia eran proporcionadas á sus grados: á cada soldado ó marino se le otorgaban cincuenta fanegas de tierra, cuya pro-

porcion era sucesivamente mayor para los sarjentos, tenientes, capitanes y oficiales superiores, á quienes se concedian seiscientas fanegas.

Entre las tropas que habia empleado la Gran Bretaña durante la guerra, contábanse muchos regimientos del Hesse electoral, que tambien disfrutaron de aquellas concesiones. Estos cuerpos solamente habian servido en Europa, y concluida la guerra, la mayor parte de sus individuos regresaron á su pais; pero un buen número aceptaron tierras en Acadia. De este modo iba la Alemania contribuyendo á poblar las colonias inglesas, las cuales eran miradas como una tierra de promision á donde la fortuna llamaba indistintamente á todos los pueblos.

Sin embargo, los Europeos que se trasladaban á las colonias inglesas apetecian con preferencia rejiones mas meridionales, cuyo suelo era mas fértil y el clima mas templado; y como á la misma época y con medios análogos se estaba dando fomento á otros establecimientos en las Carolinas y la Jeorjia, estos países mas favorecidos de la naturaleza, atraian mayor número de colonos. En un principio se opusieron á la poblacion de estas comarcas muchas dificultades y obstáculos, pues era preciso vencer una naturaleza agria y silvestre, la intemperie de los lugares pantanosos y las repetidas agresiones de los naturales. Pero un primer establecimiento facilitaba todos los demás: con el trabajo se habia disminuido la insalubridad de la tierra; con el número se habia aumentado la seguridad de los pobladores; los Indios se habian ya internado lejos de las habitaciones europeas; en una palabra, habianse ya desarrollado las colonias, y la posesion de algunos puntos de la costa habia conducido á la ocupacion de vastísimas provincias. El ejemplo de algunas fortunas, hechas rápidamente, atraia otros habitantes, y favorecidos estos por un bienestar cada dia mayor, iban aumentándose progresivamente. La seguridad que disfrutaban era debida á los tratos que habian hecho

con los Indios los fundadores de las colonias, cuya prudente conducta imitó en Jeorjia Oglethorpe cuando fué á formar allí un establecimiento. Entonces el principal caudillo de la nacion de los Creeks era Tomochichi, quien acogió á los Ingleses, trató con ellos, y les ofreció en señal de paz una piel de búfalo, sobre la que habian figurado con plumas de águila la cabeza, el cuerpo y las alas tendidas de una de estas aves. « El águila, dijo este guerrero, es el símbolo de la velocidad, y el búfalo el de la fuerza. Lijeros como aquella, habeis cruzado el ancho mar para venir al extremo de la tierra; y fuertes como este, rompierais todos los obstáculos: sed pues blandos con nosotros como el plumon del águila, y servidnos de abrigo y reparo como los despojos del búfalo. »

Despues de concluido este tratado, siguió Oglethorpe relaciones amistosas con los Creeks, sirviéndose por intérprete de una mujer india, casada con John Musgrove, negociante de la Carolina, la cual entendia las dos lenguas; pero las funciones que ejercia esta mujer le hicieron adquirir insensiblemente entre las tribus salvajes una influencia de que hizo un uso funesto para la colonia. Habiendo quedado viuda casó en segundas nupcias con Tomas Bosomworth, capellan de un regimiento inglés, el cual sirvió primero con mucha lealtad, pero habiendo hecho algunas especulaciones ruinosas, el estado precario de su fortuna y el ansia de repararla le hicieron meterse á intrigar. Su esposa, conocida con el nombre de María, se avino á sus miras ambiciosas, y mediante sus consejos dió en pretender que descendia, en línea materna, de un rey indio, á quien pertenecia todo el territorio de los Creeks. Juntáronse los caudillos de esta nacion, y María supo inspirarles interés á favor de su proyecto, halagando su espíritu de independencia; manifestóles sus derechos y la injusticia que se habia cometido apoderándose de su antiguo territorio, y les incitó á armarse para defender su propiedad. Inflamados aquellos jefes por sus dis-

cursos, le prometieron secundarla en su demanda. Siguiéronla gran número de salvajes hácia Savannah, y haciendo alto á una cierta distancia de la plaza, envió un mensaje al gobernador previniéndole que había recobrado sus derechos de soberanía sobre todos los territorios pertenecientes á los Creeks, y que tratasen de marcharse cuanto antes todos los colonos ingleses.

Inmediatamente se puso la poblacion en estado de defensa, armóse la milicia, que á la sazón solo constaba de ciento y cincuenta hombres, y para evitar una lucha que parecia desproporcionada, tratose de traer á los Indios á pacíficas esplicaciones. El capitán John fué á recibirlos á las puertas de la ciudad, y les preguntó si llegaban como amigos ó enemigos; impusoles su firmeza, y logró reducirlos á que se presentasen sin armas. Bosomworth y la supuesta reina espusieron ante el gobernador y su consejo los derechos que venian á defender. Las circunstancias eran críticas, y por lo mismo se trató de ir contemporizando y valerse del medio de desacreditar á María en el ánimo de los salvajes para disolverlos, trayéndoles á la memoria la oscuridad de su orijen y de todos los de su familia, en la que no se había distinguido guerrero alguno; pero viendo finalmente que eran inútiles cuantos medios se habían empleado para acallar la sedicion, prendióse á Bosomworth que era su principal instigador. Entónces María, llena de furor, amenazó con su venganza á toda la colonia, maldijo á Oglethorpe y sus fraudulentos tratados, y juró, hiriendo la tierra con el pié, que ella era su única soberana. Oglethorpe la mandó prender igualmente, y consiguió luego con la persuasion y los presentes apaciguar á los Indios principales. Estos hechos ocurrían en 1751, cerca de veinte años despues de los primeros establecimientos de la Jeorjia.

Había un valeroso caudillo llamado Malatchee, que los salvajes comparaban con el viento, á causa de la movilidad é incertidumbre de sus afectos, que aun trataba de levantar

un partido á favor de María. Valiase de este lenguaje: « Si ella permitió que los Ingleses pisaran su territorio, no por esto entendió imponerse señores. La tierra le pertenecía, y cuando reclamaba su propiedad, su voz era la de toda una nacion que podia armar tres milguerreros y que estaba pronta á batirse por su defensa. » Los discursos de Malatchee producian una viva impresion en el ánimo de los Indios; pero así como es muy fácil poner en movimiento á estos hombres apasionados, asimismo cuesta muy poco aquietarlos, dirigiéndose á sus corazones y excitando en ellos emociones contrarias. Oglethorpe le dió á entender que los derechos que había usurpado María redundaban en desdoro de todos ellos. « Los Europeos no adquirieron las tierras de esa mujer, sino de vuestros sabios ancianos y de vuestros guerreros. Vosotros les admitisteis á partir un vasto pais cuya entera ocupacion os era inútil: vinieron como amigos, os ofrecieron su alianza y vosotros la aceptasteis. Continúad pues tratándolos como hermanos, ya que ellos os procuran lo que os falta y os proporcionan medios de defensa contra nuestros enemigos. »

Estas palabras fueron bien acogidas por un gran número; y como los momentos de efervescencia ya habían pasado, y el ascendiente de María sobre los salvajes iba disminuyendo, empezaron á marcharse algunos caudillos, y á imitacion suya fueron dispersándose los demás y renació la calma en la colonia. El mismo Bosomworth se arrepintió de haber promovido aquellos disturbios, y en consideracion á sus remordimientos y á sus antiguos servicios, se le indultó; con lo que aquel hombre que había sido desviado por la ambicion, fué en lo sucesivo pacífico y fiel.

Esta sedicion, apaciguada por medio de la prudencia unida á la firmeza, probó no obstante que los hombres turbulentos y dispuestos á promover sublevaciones en las colonias, podian con facilidad hallar auxiliares entre los Indios. La inquietud de todas esas tribus de salvajes se avivaba continuamente con el aumento

de los Europeos, y ya que por la seduccion ó la fuerza se habían dejado arrebatada una parte de su territorio, lamentábanse de este sacrificio y solo esperaban una ocasion favorable para resarcirse de sus pérdidas. Pero el tiempo burlaba todas sus esperanzas; pues de dia en dia veian disminuir la estension de sus dominios, y chocando sus diferentes tribus unas contra otras, mutuamente conspiraban para su ruina comun.

En 1752, se avivó nuevamente la guerra entre algunas naciones indianas, vecinas de las colonias inglesas; y de ello resultaron invasiones de territorio y actos de violencia de que hubo de pedir cuenta el gobierno de la Carolina. Los Creeks habían dado muerte á muchos Cherokees en las mismas puertas de Charleston, y en sus montañas, á un uegociante inglés que iba al pais de los Chikasaws; y el mencionado gobierno se dirigió á sus jefes para pedirles satisfaccion de estos agravios. Malatchee se presentó en Charleston con mas de cien guerreros, y dió al gobierno las siguientes esplicaciones que le dejaron satisfecho. « Una nacion entera no puede ser culpable de los excesos de algunos individuos. Los Cherokees habían concitado nuestro resentimiento dando paso á una tribu que venia á atacarnos; verdad es que su sangre no debía manchar vuestro territorio; pero ya hemos castigado á los que la derramaron. Nos acusais del asesinato de un Inglés: ya nosotros nos anticipamos á vuestras quejas, habiendo nuestros ancianos, y aun su misma familia, condenado á muerte al culpable: y ya el hacha iba á levantarse sobre su cabeza, cuando su tío le ha rescatado, ofreciendo sacrificarse en su lugar y dándose voluntariamente la muerte. »

A la verdad, semejante cambio de víctima no era acto de justicia que debiese satisfacer; pero esta forma de espionacion entraba en las costumbres de los salvajes, y un sacrificio tan generoso era digno de admiracion. El tratado de amistad que ya tenían concluido con los Creeks fué ratificado en esta entrevista, de modo que el gobernador de la Carolina contribu-

yó con su mediacion al restablecimiento de la paz entre las tribus indianas, que á la sazón estaban en guerra. Esta pacificacion era de suma utilidad al comercio de las colonias, pues, á mas de dejar mejor cimentada su seguridad, aumentaba su ascendiente é influencia entre las tribus que bajo sus auspicios se habían reconciliado. Sin embargo, este último resultado fué de poca duracion, por cuanto, en 1755, hubo una conmocion jeneral entre las naciones indianas establecidas en los valles de los Apalaches y en los que bañan el rio Ohío y sus afluentes.

El orijen de estos movimientos nació de las discusiones que se suscitaban entre Franceses é Ingleses acerca de la línea de demarcacion de sus colonias. Al paso que los Ingleses, establecidos en la costa del Atlántico, estendian de un modo ilimitado sus pretensiones hácia el occidente, los Franceses, que poblaban las riberas del Misisipi, trataban de dilatarse hácia el oriente hasta la cordillera de los Apalaches, considerando como dominios suyos todos los valles que derraman sus aguas en este caudaloso rio; y las tentativas opuestas de estas dos naciones pronto promovieron una asoladora guerra en las vastas rejiones cuya soberanía se disputaban.

Ya tenemos indicado que los Franceses, al formar sus primeros establecimientos en la Luisiana, habían procurado enlazarlos con los del Canadá por medio de una cadena de destacamentos intermediarios. Construyeron el fuerte de Niagara entre los lagos Erié y Ontario, y el de Federico ó de la Corona en 1731 al sudoeste del lago Champlain. Este estado de cosas fué conservado en 1748 en virtud del tratado de Aquisgran; y queriendo los Franceses asegurar aun mejor las comunicaciones de las grandes lagunas con el Misisipi, erijieron prontamente nuevos fuertes á orillas del Ohío, á fin de evitar que otras colonias europeas fueran allí á establecerse. Los colonos de la Virginia empezaban á poner la vista sobre estas comarcas; y como el cultivo del tabaco pronto disipaba el ter-

reno, habian contraido la costumbre de ir desmontando siempre tierra nueva para sacar mas provecho de su feracidad. Las primeras cosechas eran siempre mas abundantes, y esto les inducia á proseguir su tarea; y cuando ya hubieron llegado al pié de los Apalaches, intentaron algunos traspasarlos y extenderse en su vertiente occidental. En 1749 se formó en Londres una asociacion con el nombre de compañía del Ohio, á la que concedió el gobierno británico, por medio de real cédula, seiscientas mil fanegas de tierra, enviando, en 1751, un intendente para demarcar el territorio que debía abrazar esta concesion, y organizar relaciones de comercio con los Indios. Pero cuando tuvo noticia de ello el gobernador del Canadá, amonestó á los de las colonias inglesas que hiciesen retirar á los mercaderes y cultivadores que se habian introducido en aquel territorio, previniendo que se echaria mano de todos aquellos que se negasen á verificarlo.

Los Ingleses no quisieron acceder á la peticion que se les hacia, y el gobernador de Virginia dirijió, en 1753, un mensaje al comandante francés de los fuertes del Ohio, intimándole que se retirase, quejándose vivamente de algunos arrestos verificados; pero el comandante contestó que no recibia mas órdenes que las de Su Majestad Cristianísima ó del gobernador del Canadá, porque aquel pais pertenecia á la Francia, y ningun Inglés tenia derecho de establecerse en él. Tan terminante declaracion daba márgen á pensar que se sostendria con enerjía, por lo que, sin demora, se pasó á construir el fuerte del Quesne, en la confluencia del Alleghany y el Monongahela, cuyas aguas reunidas forman el caudal del Ohio. Pronto creció la animosidad de una y otra parte, multiplicáronse las quejas, y finalmente se empezaron unas hostilidades, cuyo resultado debia mudar la situacion política de esta parte del Nuevo Mundo.

Las colonias inglesas tenian una inmensa superioridad por su numerosa poblacion, que era veinte veces mayor que la del Canadá y la

Luisiana, y los Franceses querian remediar esta desigualdad recurriendo á las naciones indianas, conservando por el celo de sus misioneros la influencia que ejercian sobre ellas, y utilizandose como auxiliares algunas tribus de la Luisiana sobre quienes tenían el mismo ascendiente que sobre los del Canadá: pero unas naciones de índole tan variable, tan faltos de recursos y tan frecuentemente divididas entre sí, no podia contarse que prestasen un auxilio vigoroso y duradero. Podian sí, los Indios, hacer sangrientas incursiones y multiplicar los males de la guerra, pero no proporcionar los medios para terminarla: los Europeos entre sí, eran quienes habian de decidir la suerte de las armas.

Luego que se hubo dado principio á las hostilidades, las colonias inglesas mandaron á pedir socorro al gobierno británico. Reinaba á la sazón entre ellas muy poca inteligencia, porque todas eran independientes unas de otras; y como la metrópoli no habia conservado iguales derechos sobre todas ellas, tampoco podia ser igual la influencia que ejercia sobre sus deliberaciones, ni le era fácil obligarlas á que acudiesen, proporcionalmente á sus recursos, á las cargas de la defensa comun. Las colonias mas inmediatas á los territorios, cuya posesion se debatia, se vieron las primeras empeñadas en una lucha que pronto iba á ser jeneral.

Habíase preparado una espedicion contra el fuerte del Quesne, y los Ingleses subieron por los valles superiores del Potomack para traspasar los Apalaches y cojer el rio Monongahela, y trataron con tiempo de establecer un atrincheramiento á pocas leguas de dicha fortaleza; pero en el mes de abril de 1754 se presentó el comandante francés con un destacamento y les intimó que se retirasen, lo que tuvieron que ejecutar por ser muy inferiores en número, abandonando sus obras que inmediatamente fueron destruidas.

Esta retirada solo fué momentánea, replegándose los Ingleses sobre las nuevas tropas que esperaban. A

ESTADOS UNIDOS

ÉTATS-UNIS

Dessin de
Cathédrale Catholique en Baltimore

Cathédrale Catholique en Baltimore

R
L'Esprit de

Ruinas del fuerte Theodoroga.

Manus du Graf Schrenckers.

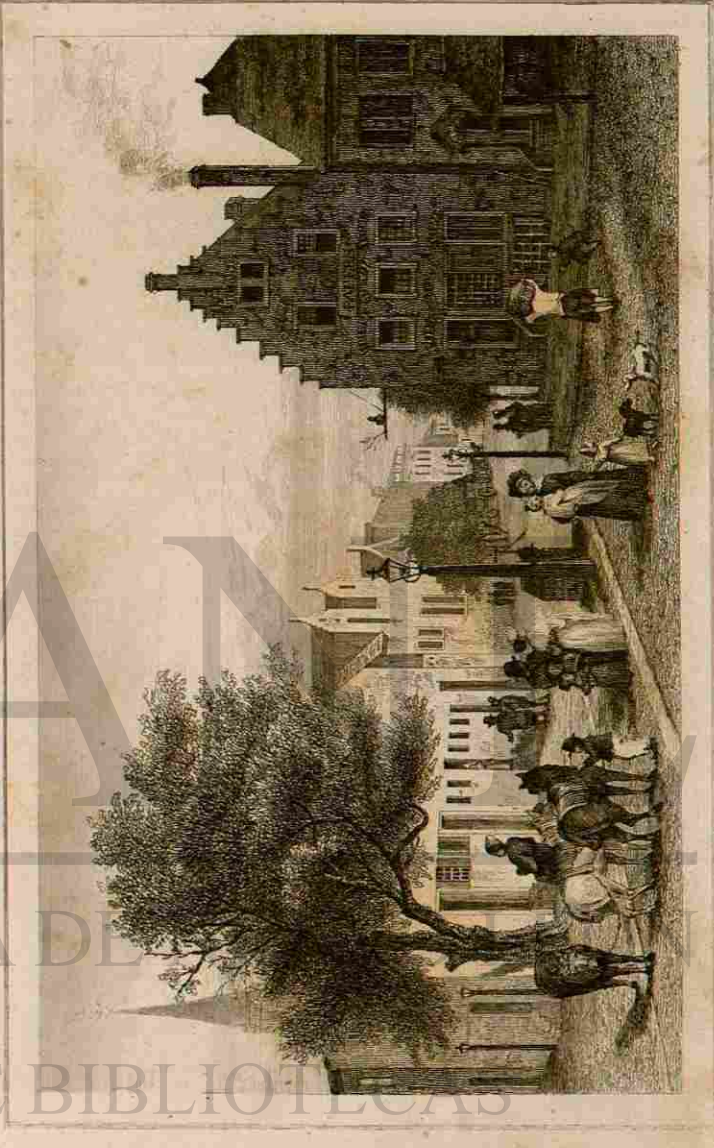


ESTADOS UNIDOS

ÉTATS - UNIS

ÉTATS - UNIS.

ESTADOS UNIDOS.



®

Alban

Manus du gouverneur Hollandais à Albany. Case del Governador holandés en Albany.

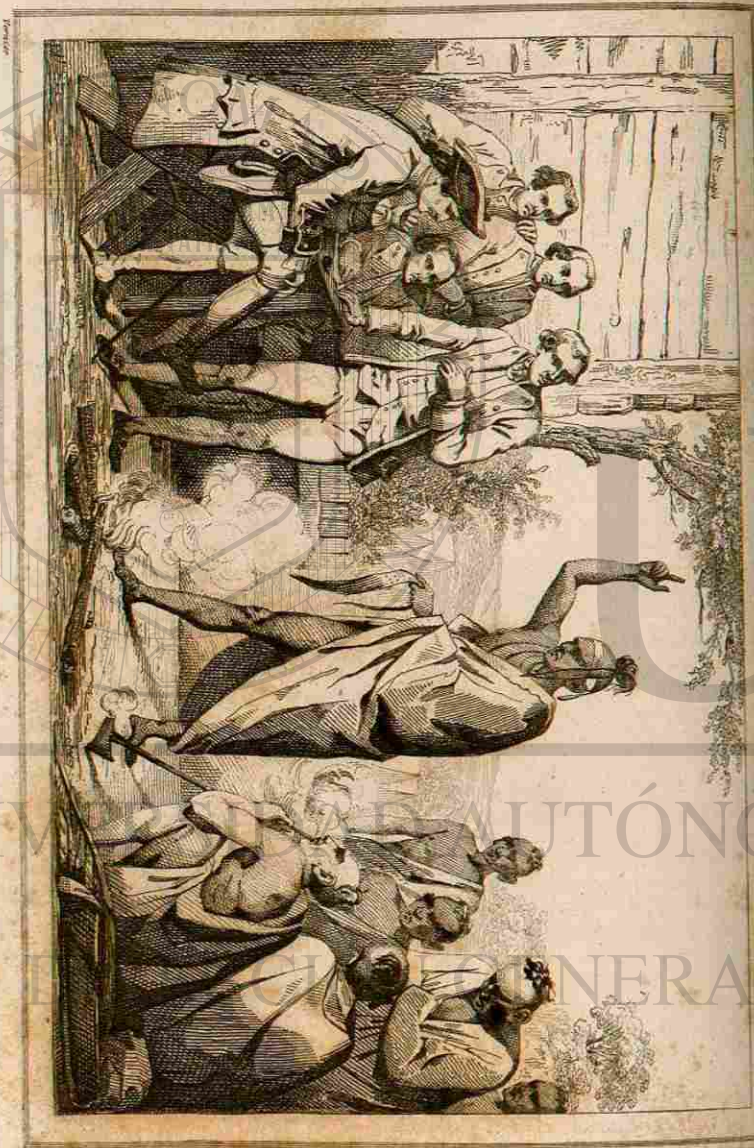
la sazón se dirigía hácia las riberas del Monongahela un regimiento levantado en Virginia, mandado por el coronel Frye, del cual era teniente coronel Jorge Washington, que entónces no tenia mas que veinte y dos años. Estas tropas, á las que se habian juntado algunos indios, sin aguardar la completa formacion del regimiento, fueron dirigidas al teatro de las operaciones militares, llegando los primeros alistados hasta las *grandes praderas*, donde se principió la construccion del fuerte *Necessity*; Washington, sirviendo siempre en la vanguardia, se aproximó al fuerte del Quesne con dos compañías y una partida de salvajes, con el objeto de reconocer el país y facilitar la marcha del cuerpo que debía seguirle. Llegado á pocas leguas de este fuerte tuvo un encuentro de noche con un destacamento francés, de veinte á treinta hombres, á quienes hicieron los Ingleses dos descargas de fusilería; y Jumonville, que mandaba aquella fuerza, quiso darse á conocer como encargado de un mensaje para el comandante inglés; pero sin tener tiempo de acabar su relacion cayó de un tiro entre aquella confusion, aumentada por las tinieblas de la noche. El destacamento francés fué cercado por todas partes y hecho todo prisionero, sin que se escapara mas que un hombre que volvió al fuerte del Quesne, donde la relacion de su pérdida que se acababa de sufrir produjo la mayor irritacion.

Este acontecimiento fué interpretado diversamente por ambos partidos: los Franceses le consideraban como una abierta violacion del derecho de gentes, viendo en Jumonville á un oficial enviado en clase de parlamentario, cuyo carácter y mision debian respetarse; y los Ingleses juzgaban por el contrario que la mision de un oficial deja de ser pacífica cuando se avanza al frente de una fuerza armada, no viendo en aquella escolta mas que un destacamento militar enviado á un reconocimiento, y pareciéndoles que la colision fortuita de dos fuerzas opuestas era asunto que solo se decide con

la suerte de las armas. Sin embargo, si Jumonville se hallaba en poder de sus enemigos cuando recibió la muerte, el comandante de estos tenia un corazon muy noble y jeneroso para no haber vivamente sentido su muerte. Condujo al fuerte *Necessity* sus prisioneros de guerra, que despues fueron trasladados hácia la Virginia; y mientras se continuaban las obras de este destacamento, á donde iban llegando nuevas tropas inglesas, la guarnicion del fuerte del Quesne tambien estaba esperando refuerzo para ir á atacar. Encargóse esta expedicion á un cuerpo de quinientos hombres de tropa de línea y una numerosa escolta de guerreros salvajes, que emprendieron la marcha el día 28 de junio, á las órdenes del capitán de Villiers, hermano de Jumonville.

El día 3 de julio llegaron los Franceses al pié de los atrinchamientos del fuerte *Necessity*, y los atacaron vigorosamente. Trabajóse por una y otra parte un fuego muy vivo, que duró hasta la noche: los Ingleses habian perdido ya ciento y cincuenta hombres; y queriendo Villiers evitar mayor efusion de sangre, propuso á los sitiados que si no querian que se renovase el ataque al día siguiente, rindiesen la plaza por capitulacion, y de este modo no la espondrian á ser tomada á viva fuerza. Firmáronse las condiciones durante la noche, y Washington, que habia quedado de comandante despues de la muerte del coronel Frye, obtuvo poderse retirar á su país con la guarnicion, una pieza de artillería y los honores de la guerra, pero con palabra de devolver inmediatamente al fuerte del Quesne los prisioneros que antes habia hecho.

Estas primeras acciones daban márjen á creer que las riberas del Ohio pronto se verian espuestas á otras hostilidades. La Gran Bretaña envió á Virginia varios regimientos ingleses á los que debian agregarse las tropas de la colonia, y el general Braddock llegó allí para mandarlas el 1.º de febrero de 1755. Estableció el cuartel jeneral en Alejandria,



Conferencia en torno del fuego del Generato

donde reunió las tropas, y convocó para el 18 de abril un congreso de las varias colonias para tratar con sus enviados del sistema de operaciones que se seguiría en la campaña. Convinieron que se formarían en la parte septentrional tres expediciones, una hacia los confines de la Acadia, otra hacia el lago Champlain y la última hacia el lago Ontario, mientras que el general Braddock marcharía en persona hacia el Ohio para apoderarse del fuerte del Quesne. Tenía á sus órdenes tres mil hombres de tropas regulares y milicias, y además algunos Indios, y con estas fuerzas avanzó primero hasta las grandes praderas, donde mandó construir un atrincheramiento, dejando en él ochocientos hombres á las órdenes del coronel Dunbar, y con el grueso de la fuerza siguió hasta situarse á siete millas del fuerte del Quesne. Este militar se había distinguido en las guerras de Europa por su habilidad y su valor, pero como no había servido en América no conocía el modo de combatir de los Indios.

El capitán Contrecoeur, que mandaba en el fuerte del Quesne, supo el día 8 de julio la aproximación del enemigo, y sin quedarse mas que una corta guarnición, mandó salir todas las tropas disponibles á las órdenes del capitán Beaujeu. Eran las ocho de la mañana cuando los Franceses salieron del fuerte, y hacia el medio día estuvieron al frente del enemigo, á quien atacaron con viveza, mientras que los Indios que llevaban por auxiliares trataban de envolverle, diseminándose á derecha é izquierda, al abrigo de espesísimos bosques. Braddock en vez, de enviar exploradores hacia estos, se dirigió con toda su fuerza contra las tropas que se le presentaron de frente, y al principio las hizo cejar. Beaujeu quedó muerto á la tercera descarga, recayendo el mando sobre Dumas, el cual, secundado por Ligneris, cargó con tanto ímpetu sobre la vanguardia enemiga, que la desordenó é hizo replegar sobre el cuerpo de batalla, donde pronto se empeñó la acción. Los Indios, desde los bosques donde estaban guarecidos, hostiga-

ban con su fuego de guerrillas los flancos del ejército inglés, el cual después de una sangrienta refriega tuvo que ceder, viendo sus filas desbandadas; la mayor parte de los oficiales fueron muertos ó heridos tratando de rehacer á los suyos. El mismo Braddock fué herido mortalmente, y se le llevaron del campo de batalla, donde dejó la artillería, los equipajes y la tercera parte de los soldados. Los que se libraron de este desastre, que pudieran haberse reunido con las tropas de reserva que mandaba el coronel Dunbar, solo sirvieron para llevar entre ellas la confusión y arrastrarlas en su fuga; en términos que la derrota vino á ser general, y los hombres que escaparon de esta expedición se retiraron precipitadamente á Virginia, sin parar hasta las poblaciones de la costa, abandonando los establecimientos interiores á merced de las incursiones de los Indios.

Un mes antes de la época que vamos describiendo, ya se habían cometido en el Océano otras hostilidades, habiendo sido atacados en las aguas de Terranova, á diez leguas sudeste del cabo Raze, dos buques franceses nombrados el *Alcides* y el *Lys*, que formaban la retaguardia de una escuadra que había salido de Brest á las órdenes de Dubois y de la Mothe, y que el tiempo había separado. El capitán Hocquart, comandante del *Alcides*, observó hacia el horizonte, el día 8 de junio, un grupo de embarcaciones que creyó eran la escuadra francesa, y trató de aproximarse á ellas; pero la escuadra que había divisado era la del almirante inglés Boscaven, que habiéndole igualmente descubierto llegaba hacia él á toda vela. Siendo inevitable el combate, preparóse á él resueltamente el capitán francés, cualquiera que fuese la desproporción de sus fuerzas; y después de haberle sostenido contra muchos buques ingleses, vióse cercado por todos los demás, rotos sus aparejos, los mástiles prontos á caer y casi todos sus cañones desmontados, con que finalmente tuvo que rendirse al almirante. El *Lys*, que á la sazón se hallaba muy

separado para concertar la defensa con el *Alcides*, fué atacado igualmente por muchos buques enemigos, puesto entre dos fuegos, sujeto al horroroso disparo de infinidad de andanadas, llegando á pelear á tiro de fusil, hasta que le fué preciso ceder á fuerzas harto superiores.

En aquella sazón la guerra de América iba tomando un carácter mas serio: el coronel inglés Monckton fué encargado de extender hacia el norte los confines de la Acadia, que aun se hallaba reducida á la península de este nombre. El istmo que separa esta península del continente no tiene mas que siete leguas de ancho, formando á un lado la bahía Verde y al otro la de Chinecto, y los Franceses para defender su entrada habían construido allí los fuertes Gasparaux y Beausejour; cuyas fortalezas, erijidas en 1750, dos años después del tratado de Aquisgran, eran los puestos avanzados de las posesiones francesas entre el golfo San Lorenzo y la bahía de Fundy. Al norte de esta bahía se hallaban otros establecimientos franceses situados á orillas del rio San Juan, que tiene en ella su desagüe.

Pero la Gran Bretaña quería apoderarse de toda la región situada entre la Acadia y la Nueva Inglaterra, á cuyo fin pedía á la Francia la cesión de un territorio de veinte leguas de ancho sobre toda la playa septentrional de la bahía de Fundy; y no habiendo podido obtenerla por medio de las negociaciones de sus enviados, mandó atacar por tres mil hombres al mando del coronel Monckton el fuerte de Beausejour, que se rindió el 16 de junio después de catorce días de sitio y bombardeo. La rendición de esta fortaleza acarreó la del fuerte Gasparaux, que solo tenía cuarenta hombres de guarnición; y estendiéndose en seguida los Ingleses al norte de la bahía, atacaron el fuerte San Juan junto al rio de este nombre, cuyo comandante, viendo su fuerza muy reducida, y los atrincheramientos muy débiles por ser de empalizadas, tomó el partido de pegarles fuego y retirarse hacia el interior de la comarca, don-

de los Abenakis se habían armado y hacían frecuentes incursiones en Acadia.

La colonia de Franceses neutrales que bajo la protección de la fe pública habían permanecido en aquella península, fué tratada por los Ingleses con el mayor rigor. Tenía sus principales establecimientos en las riberas del rio Annapolis, habiéndose tambien extendido hacia el nordeste: estas jentes descendían de las antiguas familias normandas que en 1604 condujo allí de Monts, y á la sazón llegaban hasta el número de doce mil almas, habiendo conservado, á consecuencia de la paz de Utrecht, las iglesias y sacerdotes para el ejercicio de su religión. Vivían en medio de sus rebaños, con la sencillez de los antiguos patriarcas, ignorando las letras, en términos que había poquísimos que supiesen escribir, y dedicándose únicamente á tejer telas de lino y de lana para su consumo, un poco á la pesca y á un comercio insignificante con la Nueva Inglaterra.

La cesión de su territorio á la Gran Bretaña no había variado sus sentimientos con respecto á la Francia; obtuvieron el privilegio de no hacer armas contra sus compatriotas, y fieles á esta virtuosa resolución, no hicieron mas que prestar juramento de fidelidad y sumisión al gobierno á cuyo dominio les sujetaban los tratados. Sin embargo, los que vivían mas inmediatos á la frontera eran de vez en cuando molestados en el goce de los territorios que habían quedado en litigio, por no haberse fijado los límites ni en la paz de Utrecht ni en la de Aquisgran; y mientras que los comisionados nombrados en virtud de este último tratado, discutían las bases de este demarcación, los Ingleses y Franceses se estaban disputando á mano armada las tierras situadas al extremo de la bahía de Fundy. Los Franceses poseían un lugar al mediodía de la bahía de Chinecto, donde los Ingleses tambien habían construido el fuerte Beau Bassin, y en 1749 se vieron aquellos atacados por el mayor Lawrence y reducidos á abando-

nar sus habitaciones, que no tenían medio alguno de defensa, por lo que prefirieron pegarles fuego mas bien que abandonarlas al enemigo, retirándose al fuerte Beausejour, situado al norte de la misma bahía. Esta destruccion y el abandono del lugar fueron considerados como una defeccion, y una prueba del odio que se tenía á los Ingleses; se supuso que esta accion estaba relacionada con un plan mas vasto, y la desconfianza y animadversion recayó sobre todos los Franceses dispersados en el interior de la Acadia.

Aun no estaba abiertamente declarada la persecucion que les amagaba; pero una vez rotas las hostilidades en América, no se guardó consideracion alguna para con los Franceses neutrales, y se formó el proyecto de deportar toda la colonia. La imparcialidad de la historia nos obliga á declarar que algunos hombres habian delinquido tratando de sublevar á los Micmacs que ocupaban una comarca de la Acadia, é incitándoles á cometer devastaciones en el territorio británico, siendo así que estos Indios habian hecho la paz con las colonias inglesas en 1752; pero la equidad dictaba que tan solo fuesen perseguidos los provocadores, y en vez de ceñirse á la justa reprension de estos, se tuvo la crueldad de comprender en el mismo destierro á toda la poblacion, viéndose doce mil hombres condenados á buscar un asilo fuera de la Acadia, y muchos de ellos en la necesidad de procurarse á costa suya medios de transporte para llegar á otras colonias. Algunos de ellos se trasladaron á varios puntos de la América inglesa, sin que los gobernadores tuviesen aviso alguno de su llegada, ni orden para acudir á su subsistencia: en Virginia desembarcaron mil y quinientos que fueron tratados como prisioneros de guerra y trasladados á Inglaterra, donde les encerraron en las cárceles de Bristol y Exeter; muchos murieron, y los demás, despues de algunos años de detencion, fueron enviados á Francia. Al Maryland llegaron mil y doscientos; los mas jóvenes se mantuvieron con el sudor de

su rostro, y los ancianos y enfermos quedaron abandonados al socorro de la caridad. Otros destacamentos fueron á desembarcar en las costas de la Carolina, de los cuales unos fueron rechazados como piratas y enemigos, y otros tratados como huéspedes incómodos, no habiendo quien quisiese encargarse de ellos. Un buque que llevaba refugiados á Pensilvania fué echado á pique por la tempestad, y los otros Acadios, cuyas embarcaciones se salvaron, envidiaron la suerte de aquellos que habian naufragado.

Sin embargo hubo emigrados mas favorecidos de la suerte, y la causa del infortunio halló defensores que recibieron con humanidad á unos hombres que todo lo habian perdido; así es como la benévola compasion de los ciudadanos trataba de reparar el rigor de los gobiernos, y como las virtudes de los particulares dieron una leccion á la política, dejando á parte toda prevencion nacional y considerando que eran hombres aquellos desgraciados á quienes iban á socorrer.

Varios buques que habian inútilmente buscado asilo en diferentes colonias extranjeras, hicieron vela hácia la bahía de Fundy, y aportaron en territorios aun ocupados por Franceses. Espulsados de sus posesiones de Acadia estabau enteramente libres del deber de neutralidad: así es que armaron en corso algunos buques, y en el curso de la guerra causaron muchos daños al comercio marítimo de las colonias inglesas. Todos los que llegaron á las posesiones francesas fueron socorridos como merecia su desgracia, y en la isla de Cabo Breton y el Canadá les concedieron tierras, aperos de labranza y algun ganado. Como todos eran ganaderos ó labradores, estaban hechos al trabajo, y dieron principio á otros establecimientos, donde al cabo de algunos años mas debian otra vez ser inquietados por nuevos cambios de dominacion.

Los Ingleses, que consideraban como necesaria á su seguridad en Acadia la salida de estos antiguos colonos, se hallaban tanto menos

dispuestos á contemplarlos cuanto esperaban verse atacados de un momento á otro en esta península por la escuadra de Dubois de la Motte, que se hallaba en el puerto de Luisburgo. El dia 19 de agosto se presentó delante de la misma rada una escuadra inglesa de veinte y dos navíos y siete fragatas, á las órdenes del almirante Holburne; pero en vez de buscar el combate se retiró hácia Halifax, donde el dia 25 de setiembre sufrió una violenta tempestad que le destruyó catorce buques, dejando todos los demás sin arboladura, sin aparejos y fuera de servicio; la mayor parte de los naufragos que lograron llegar á las costas de la península fueron víctimas de los salvajes.

Mientras esto sucedia en Acadia, un cuerpo de tropas inglesas, mandado por el jeneral Johnson, se avanzaba hácia el lago Champlain con el intento de atacar el fuerte de la Corona; pero el gobernador del Canadá ya se habia anticipado á su defensa, y los Franceses quisieron burlar los planes del enemigo dirigiéndose á su encuentro. Primero derrotaron un destacamento de mil hombres, y el 8 de setiembre de 1755 atacaron en su campamento al jeneral Jonhson; pero en esta segunda accion fué herido y hecho prisionero el baron de Dieskau que los mandaba, y perdieron setecientos hombres, teniendo que replegarse sobre el fuerte de Ticonderoga (véase la lámina 35). El jeneral Jonhson tambien quedó herido, y las pérdidas que habia experimentado en estos dos encuentros no le permitian continuar su expedicion. Por otra parte la estacion estaba muy adelantada, y pronto tuvieron que suspenderse las operaciones. Los Franceses conservaban todas sus posesiones en esta parte de las fronteras, ocupando los fuertes de Frontenac y Niagara á los dos extremos del lago Ontario, y teniendo libres las comunicaciones entre el Canadá y la Luisiana; y las ventajas obtenidas por ellos hácia el Ohio eran muy superiores á las pérdidas que habian sufrido en algunos otros puntos.

La victoria que obtuvieron cerca del fuerte del Quesne habia aumentado entre los Indios su crédito y ascendiente, cuya disposicion á su favor se hacia estensiva á las mas de las tribus situadas entre los Apalaches y el Misisipi. Algunas de estas tribus no eran mas que restos de antiguas naciones que en otro tiempo fueron mas poderosas, como los Shawaneses, Mingoos y Lennilenapes, que despues de la llegada de los Europeos eran mas conocidos con el nombre de Delawarees, por haberseles encontrado en las riberas de la bahía á la que se dió este nombre. Estas diversas tribus, cada dia reducidas á menor número, se habian aproximado unas á otras para apoyarse mutuamente; pero no formaban un cuerpo de nacion tan compacto como la confederacion de los Iroqueses, porque aun estaban divididos por mutuas rivalidades, y poco hubiera costado disolverlas si ellas no hubiesen estado persuadidas que su interés era entonces común, y que se trataba de defender contra los Ingleses la causa de su independencia. Efectivamente, estos eran quienes sucesivamente las iban despojando de su territorio: las que se habian replegado al occidente de los Apalaches vivian tranquilas en medio de las selvas, sin que la Francia, á pesar de haber formado algunos establecimientos en su vecindad, les hubiese hasta entonces anunciado mas que miras protectoras.

Los Cherokees aprovecharon el momento en que creian á los Ingleses debilitados por una derrota para levantarse contra sus colonias; á cuya defeccion eran incitados por los emisarios de los Indios del Ohio y además por la inquietud con que miraban los preparativos que hacia el gobernador de la Carolina, para construir dos fortalezas en las fronteras de su territorio. Los Cherokees no viven errantes como otras muchas tribus; antes creen que su primer padre bajó de las nubes en el mismo país que aun ocupan, y es tal la veneracion que tienen á los lugares donde descansan sus mayores,

que todos se hacen un deber en defenderlos, y mirarian como el mayor desdoro el abandonarlos.

Con el fin de desvanecer su desconfianza y asegurar la conservacion de la paz, Gleen, gobernador de la Carolina, pasó á avistarse con ellos en 1755; y en la entrevista que tuvo con su jefe no solo logró hacerles mejorar de disposicion, sino que obtuvo de ellos la cesion de un inmenso territorio, que pronto fué cubierto de establecimientos de la colonia, construyendo en él tres fortalezas en ambos vertientes de los Apalaches, esto es, las del Príncipe Jorje y de Moore junto al rio Savannah, y la de Loudown á la otra parte de los montes y á orillas del Tennessee.

Las operaciones hostiles que por espacio de dos años habian ocurrido en América, no habian producido hasta entónces rompimiento alguno en Europa; pero finalmente respondió la Francia á las agresiones de sus enemigos, apoderándose de la isla de Menorca. La Gran Bretaña declaró la guerra el 17 de mayo de 1756, y el alma fogosa de William Pitt, al hacer tomar á su pais esta determinacion, supo tambien hacerle adoptar todos los medios propios para sostenerla con vigor. Como se necesitaba tiempo para prepararlos, el conde de Loudown, encargado del mando de las tropas en América, tuvo al principio que mantenerse á la defensiva, estableciendo el cuartel jeneral en Albany, desde donde se redujo á cubrir las fronteras amenazadas. La Nueva Inglaterra levantó un cuerpo de tres mil hombres, Nueva-York otro igual, y estas tropas, unidas á las del jeneral Johnson, tuvieron otra vez el encargo de situar el fuerte de la Corona: pero mientras duraban estos preparativos, se aproximaron los Franceses del fuerte de Oswego que aquellos habian hecho construir algunos años atrás en la orilla meridional del lago Ontario. Esta plaza era el principal depósito militar de los Ingleses, que habian reunido allí mil y quinientos hombres para asegurar su defensa, cuando el marqués de Montcalm, encargado de esta espe-

cion, vino á atacar por tierra y por agua los atrincheramientos de la fortaleza, y obtuvo su rendicion el 14 de agosto de 1756, despues de algunos dias de sitio: la décima parte de su guarnicion pereció en las primeras salidas que hizo, y la tropa restante quedó prisionera de guerra. Esta pérdida desconcertó los planes de los Ingleses, en términos que en toda esta campaña no pudieron llevar á cabo empresa alguna: las tropas que habian mandado hacia el lago Champlain experimentaron igualmente un descalabro de consideracion, y no mas favorecidos por la suerte en las fronteras de Pensilvania, perdieron allí el fuerte Granville.

Pasada la estacion propia para las operaciones militares, hicieronse de una y otra parte preparativos para la próxima campaña. En 1757 se dispusieron los Ingleses á hacer una invasion en el Canadá, á cuyo fin tenían juntado en el fuerte San Jorje, junto al lago que recibió mas tarde este nombre, un cuerpo de tropas y provisiones de víveres y municiones; pero el marqués de Vaudreuil, gobernador del Canadá, procuró destruir sus preparativos apoderándose de esta fortaleza, y al efecto hizo marchar hácia el lago un cuerpo de ocho mil hombres, compuesto de tropas regulares, milicias y salvajes, y mandado por el marqués de Montcalm. Dirigióse primero este jeneral á ocupar la posicion de Ticonderoga, y mandó varios destacamentos para reconocer las inmediaciones de la plaza; en seguida interceptó la comunicacion del fuerte San Jorje con el de Eduardo, abrió la trinchera á ciento y cincuenta toesas de las murallas, conduciéndola hasta cerca del foso, y los Ingleses trataron de evitar un ataque decisivo, rindiéndose por capitulacion el dia 9 de agosto de 1757, en la cual se estipuló que la guarnicion no haria armas contra los Franceses ni sus aliados por espacio de diez y ocho meses.

Hasta entónces las operaciones de la guerra de América habian sido favorables á la Francia, la que si bien no envió mas que socorros in-

significantes al Canadá, tuvo allí algunos hombres cuyo celo y habilidad supieron multiplicar los recursos. El marqués de Vaudreuil, que llegó á Quebec al principio de las hostilidades, habia sabido mantener las tribus indias favorables á los intereses de Francia, y suplir con su cooperacion á las fuerzas que debia haberle mandado el ministerio. El jeneral de Montcalm, que estaba al frente de las tropas, inspiraba á estas una confianza sin limites, era querido de los salvajes, y halagando á sus caudillos lograba hacerles adoptar todas sus resoluciones. Antes de conceder capitulacion á la guarnicion inglesa del fuerte San Jorje, reunió el consejo de Indios para comunicarles sus artículos, y les dijo: «Vosotros habeis participado de los peligros y nos habeis secundado con valor; y ahora que la suerte del enemigo está en nuestras manos, no quiero disponer de ella sin vosotros.» Los Indios quedaron muy satisfechos de este procedimiento, y dejaron á Montcalm el cuidado de arreglar las condiciones de la entrega, prometiéndole que no molestarían á la guarnicion en su retirada. Muchas veces tuvo que valerse este jeneral del ascendiente que tenia sobre el ánimo de los salvajes, ora para emplearlos como auxiliares, ora para comprimir su espíritu de venganza y suavizar los rigores de la guerra.

Pero mientras que los Canadenses luchaban con tanta enerjía como fortuna contra fuerzas superiores, la Inglaterra procuraba por todos los medios privarles de los socorros de su metrópoli. Con el objeto de asegurar un poderoso defensor á sus posesiones de Hanóver, que podian ser atacadas por la Francia, buscaba en el continente quien la auxiliase; y despues de haberse dirigido infructuosamente á la Holanda, habia contraído una estrecha alianza con el rey de Prusia Federico II, puesto al nivel de los primeros capitanes, á causa de la estension y fecundidad de su ingenio militar. De este modo contaba la Inglaterra atraer hácia Alemania las principales operacio-

nes de la guerra, y en este caso la amplitud que iban á tomar las hostilidades favorecia el proyecto que tenia formado de enviar al Océano y á América gran parte de sus fuerzas, y aprovecharse en las dos Indias de los apuros que en Europa preparaba á la Francia.

Luis XV trató por su parte de oponer otras alianzas á la que los Ingleses acababan de concertar; y con este motivo viéronse por fin terminar los antiguos celos entre las casas de Francia y de Austria, cuyos dos cortes se unieron para contrarrestar las empresas de la Prusia, que tan solo habia empuñado las armas para engrandecerse.

La primera operacion de la Francia fué la ocupacion militar del Hanóver. El mariscal de Estrées, que mandaba el ejército francés, abrió gloriosamente la campaña, y despues de haber derrotado al duque de Cumberland en varios encuentros, le ganó en 15 de julio de 1757 la batalla de Hastenbeck. Luego fué á tomar el mando del ejército el mariscal de Richelieu, el cual sostuvo con nuevos triunfos la buena reputacion que habia adquirido en la expedicion de Menorca: persiguió hasta Stade las tropas inglesas y hanoverianas que se habian replegado sobre el Weser, y las redujo en 8 de setiembre á firmar la capitulacion de Closter-Seven, en virtud de la cual debia disolverse este cuerpo de ejército.

Ajeno seria de nuestro asunto el seguir en Alemania las operaciones de una guerra en la que fueron sucesivamente tomando parte todas las potencias de Europa. Las que en un principio tan solo habian figurado como aliadas de la Francia ó Inglaterra, pronto tuvieron que pelear por sus propios intereses, disputándose entre sí campos de batalla y conquistas. La Prusia y el Austria redujeron á la nulidad los estados mas débiles; la Rusia y la Suecia tambien quisieron tomar parte en aquella sangrienta presa; y al paso que la Inglaterra siquiera ahorvaba su jente comprando tropas en el continente, donde solo enviaba

subsídios, los Franceses iban derramando su sangre por una causa que no era la suya. Los sacrificios que se veían obligados á hacer en Alemania les impedían mandar socorros á sus posesiones de América; la guerra continental amortiguaba todas las demás atenciones: los astilleros estaban parados, descuidada la defensa de las colonias, interceptadas las comunicaciones marítimas, y hasta las costas de Francia se hallaban expuestas á fáciles incursiones del enemigo, por la insuficiencia de las fuerzas navales.

El almirante Hawk, despues de haber costeadado en las aguas de Normandía y Bretaña, amagando un desembarco en aquellas costas, se presentó en las aguas de Saintonje. El mariscal de Sennetere estaba encargado de la seguridad de esta provincia; el regimiento de Roverga y las milicias de Figeac guarnecian la isla de Oleron; y otras tropas ocupaban la isla de Ré; Rochefort estaba bien fortificado, y los habitantes de la Rochela se apresuraron á poner su ciudad en estado de defensa, en términos que hasta los niños quisieron contribuir á ello, llevando en sus débiles manos fajinas y materiales con que se construyó una batería de tierra que fué nombrada de los Niños.

La escuadra inglesa se metió en el Pertuis d'Antioche el dia 21 de setiembre de 1757, verificó un desembarco en la isla de Aix, atravesó el gran canal entre esta isla y la de Oleron, y aparentó querer desembarcar en las riberas del Charenta; pero los preparativos que habia hecho en la playa le hicieron abandonar este proyecto, y en 1.º de octubre volvió á tomar la alta mar.

En 1758 se formó otra expedición contra las costas de Francia, mandado por lord Anson; las tropas desembarcaron en Cancale, desde donde se dirijieron á Saint-Servan: aquí incendiaron varios almacenes, y destruyeron los buques mercantes ó armados en corso que se hallaban en el puerto. Enseguida amenazaron á Saint-Malo, llegando hasta sus puertas, pero el duque de Aiguillon,

que mandaba en Bretaña, habia introducido algun socorro en esta plaza, situándose él en Dinan, donde aguardaba tropas que llegaban á marchas forzadas, y temiendo el enemigo verse cortado en su retirada, se replegó precipitadamente sobre la bahía de Cancale donde se volvió á embarcar.

La intencion de los Ingleses era poner en alarma varios puntos de la costa: dos veces se presentaron al fuerte del Havre, y luego se dirijieron á Cherburgo; pero se contentaron con reconocer las cosas, y despues de haber disparado algunas andanadas contra los varios puestos de la playa, regresaron á los puertos de Inglaterra para tomar nuevos refuerzos. En 7 de agosto volvió á presentarse su escuadra en las mismas aguas, y verificó un desembarco á distancia de algunas millas de Cherburgo, cuya plaza fueron á atacar las tropas; la guarnicion creyó prudente retirarse hácia Valogne, con cuyo motivo, apoderados de ella los Ingleses, guarnecieron de atrincheramientos y artillería las alturas inmediatas, y probaron de mantenerse en aquellas posiciones; pero el duque de Luxemburgo mandó ir precipitadamente á Valogne todas las tropas que se hallaban en Coutances, Saint-Lo y Granville, y ya iba á embestir al enemigo, cuando este tomó el partido de retirarse, despues de haber arruinado una parte del puerto y de los atrincheramientos.

Al salir de Cherburgo se dirijieron los Ingleses hácia las costas de Bretaña, hicieron un desembarco en la ensenada de Saint-Briens y acamparon entre esta ciudad y Dinan. Inmediatamente el duque de Aiguillon se encaminó á Lamballe, donde reunió tropas de Treguier y demás ciudades, y desde allí siguió y observó todos los movimientos de los Ingleses, que se habian adelantado hasta Matignon, empezando desde allí á replegarse sobre Saint-Cast, donde tenían proyectado reembarcarse; pero se vieron tan acosados por las tropas del duque de Aiguillon, y todas las maniobras de los va-

rios cuerpos fueron tan bien combinados, que tuvieron que sostener en la playa una accion jeneral en la que perdieron muchísima jente, quedando los mas en el campo de batalla y ahogándose otros muchos al querer llegar á sus buques.

Las repetidas tentativas que acababan de hacer los Ingleses para inquietar las costas de Francia, tenían por objeto el hacer necesarias á la defensa de este reino las tropas que hubieran podido enviarse á las colonias de América, donde aquellos contaban emprender de nuevo con mejor éxito las operaciones militares, particularmente el ataque de la isla de Cabo Breton, que era la principal mira que se habian propuesto. Mientras que sus cruceros observaban los puertos de Francia en que se hacian armamentos, una escuadra mandada por el almirante Boscaven hizo rumbo hácia esta isla, y llegó el dia 2 de junio de 1758 á la bahía de Gabori. Las tropas de tierra estaban acaudilladas por el jeneral Amherst, que tenia á sus órdenes á los brigadieres jenerales Lawrence, Wolf y Whitmore, y el desembarco principió en la noche del 8 de junio entre el Cabo Blanco y la ensenada del Cormoran. Un destacamento colocado en la costa opuso á los Ingleses una vigorosa resistencia; pero habiéndose apoderado con heroico valor el mayor Scott de la cumbre de un peñasco que dominaba esta posicion y que era tenida por inaccesible, las tropas que guarnecian la playa fueron tomadas de flanco y se replegaron sobre Luisburgo, despues de haber sufrido bastante pérdida. La guarnicion de esta plaza se componia de dos mil ochocientos hombres, y las fuerzas de los Ingleses se calculaban en diez y seis mil; pero cualquiera que fuese la desproporcion de fuerzas se resolvió en la plaza por un consejo de guerra que se haria resistencia hasta el último extremo, con el fin de producir una diversion que redundase en beneficio de la defensa jeneral del Canadá.

Los Ingleses establecieron á alguna distancia de la ciudad dos cam-

pamentos atrincherados, y á medida que iban adelantando las obras de sitio, tenían que defenderse de las frecuentes salidas de la guarnicion. El capitán Desherbiers, que aun se mantenía en el campo con un corto destacamento, logró el 11 de julio introducir algun socorro en la plaza, la que, sin embargo, cada dia se veía mas estrechada, haciéndose mas apurada su situacion con la pérdida de cinco buques de guerra anclados en el puerto; la artillería inglesa pegó fuego á uno, y la explosion de este causó la pérdida de los demás, comunicándose el incendio; otros dos navios que se habian librado de este primer desastre, fueron cercados y atacados por la escuadra inglesa, el uno de ellos incendiado y el otro ganado al abordaje.

El puerto ofrecía el cuadro de un estanque abandonado y lleno de flotantes despojos; las baterías estaban desmontadas, no quedándoles ya mas que doce piezas en estado de servicio; las brechas que abrió el cañon inglés eran ya practicables, la guarnicion no tenía medios de reparar sus numerosas pérdidas; y en esta triste situacion no le quedaba mas arbitrio que obtener una honrosa capitulacion. Drucourt, comandante de la plaza, hizo pedir una tregua para arreglar los artículos de la rendicion, y fué convenido que la guarnicion saldria con los honores de la guerra, que se rendiria la isla de Cabo Breton, y que la isla de San Juan, donde solo habia un destacamento de cuarenta hombres, seria igualmente abandonada. La capitulacion fué firmada el 26 de julio; y esta conquista, que entregaba á las escuadras enemigas las libres entradas del golfo de San Lorenzo, privó á la Francia de sus comunicaciones con el Canadá, contra el cual iban á dirijirse los numerosos armamentos de la Gran Bretaña.

Habia llegado á Nueva York un refuerzo considerable de tropas inglesas. Abercrombie habia sucedido á lord Loudown en el mando del ejército, y resolvió atacar á los Franceses en diferentes puntos, dirijiendo las primeras operaciones contra

el general Moncalm, que estaba acampado cerca de Ticonderoga con tres mil hombres de tropas de línea y mil y doscientos Canadenses ó salvajes. Esta posición la tenían atrincherada por medio de una estensa línea de maderos, y el día 8 de julio de 1758 fué vivamente atacada y repetidas veces cargada por los Ingleses, sin que jamás pudiesen forzarla; antes los Franceses salieron de su campamento, tomaron la ofensiva contra Abercrombie, y derrotaron su división que retrocedió desordenadamente, con pérdida de cuatro mil hombres, muertos y prisioneros.

A pesar de este descalabro, los Ingleses tenían todavía la superioridad numérica y podían formar otras empresas. El coronel Bradstreet fué destacado hácia el lago Ontario, llegó á su extremo oriental, y atacó el fuerte de Frontenac, del que se apoderó en 27 de agosto, quedando con ello cortadas las comunicaciones del Canadá inferior con los grandes lagos; hallaron los Ingleses en el arsenal mucha cantidad de armas y municiones, destinadas á las tropas francesas que ocupaban las riberas del Ohio. Luego dirijieron otra expedición contra el castillo del Quesne, que ya no podía recibir socorros del Canadá. Pero antes de atacar esta plaza habían tratado los Ingleses de separar de la Francia á los Delaware, Shawaneses, Mingoos y otras naciones indianas inmediatas al río; ya el año anterior se había concluido en Easton un tratado de paz entre los Pensilvanos y Delaware, cuya buena disposición predispuso á las demás tribus á reconciliarse. Encargóse esta importante misión á un hermano moravo llamado Federico Post, oriundo de Alemania y hombre muy sencillo y religioso, el cual había vivido por espacio de diez y siete años con los Indios Mohicans, con el fin de convertirlos á la religión cristiana; y aunque sin letras, la fuerza de su raciocinio, lo persuasivo de su lenguaje, y el exacto conocimiento que tenia de las costumbres y cosas de los Indios, le daban mucho ascendiente sobre ellos. Salíó

de Filadelfia el 15 de julio de 1758, tomó guías y una escolta en Bethlehem, que era cabeza de los establecimientos de los moravos, y dirijiéndose hácia el oeste, llegó por fin á las riberas del Monongahela. Estaba con él el jefe de la nación Delaware, que deseaba que todos los Indios, desde donde se levanta hasta donde se pone el sol, no formasen mas que un cuerpo, y que fuesen todos animados del amor de la paz; envió mensajes á todas las tribus circunvecinas, invitando á sus caudillos á que viniesen á reunirse con él en torno del fuego del consejo, y á fumar juntos en la pipa de la amistad (véase la lamina 36).

A la embajada de los Delaware se reunió una diputación de Shawaneses y otra de Mingoos, y juntos se trasladaron cerca del castillo del Quesne, del que solo les separaba el alveo del río, y lograron hacer venir á una conferencia á los jefes Indios que se hallaban en la plaza. El comandante francés, aunque temiese los resultados de aquella entrevista, no podía impedirlo, y se contentó con que algunos oficiales asistiesen á ella por su parte. Federico Post esplicó en estos términos el objeto de su misión: «Nos hallábamos separados de nuestros hermanos los Alleghanys por estar cerradas las vías que antes nos unian, pero hemos vuelto á abrir esas vías para venir hácia vosotros, y os saludamos con toda la efusión de nuestro corazón. El espíritu maligno había introducido entre nosotros la envidia y la desconfianza; invoquemos el auxilio del benigno espíritu, para que haga revivir en nuestros corazones el amor que unia á nuestros mayores. Doce meses han trascurrido desde que hicimos la paz en Easton con los Delaware y otras diez naciones: entónces pedimos á Dios que tuviese piedad de nosotros, y que ocultase los huesos de los hombres que murieron en la guerra, de modo que jamás pudiesen encontrarse, y que el recuerdo de nuestras discordias quedase para siempre borrado de nuestra memoria y de la de nuestros hijos y de nuestros nietos.

El hacha está sepultada, no tratemos de volverla á levantar y renovar nuestras heridas. Van á llegar á esta comarca muchos guerreros Ingleses, pero no para pelear contra vosotros, sino contra los Franceses; yo os tiendo mi mano para separaros de ellos. Os consideramos como á hijos del mismo país que nosotros, y es de nuestro deber mirar por vuestra seguridad; por esto os invitamos á que os retireis y vivais tranquilamente lejos del peligro, con vuestras mujeres y vuestros hijos.»

Después de haber oído las proposiciones que se les hicieron, los Mingoos y Shawaneses prometieron que deliberarian sobre ellas, y algunos dias después declararon que accedían á las condiciones de la paz, convenida anteriormente con los Delaware. Desempeñada su misión, se separó Federico Post de las riberas del Ohio el 27 de agosto, y regresó á Pensilvania para dar cuenta del buen éxito que había conseguido.

En 25 de octubre, este enviado se puso otra vez en camino para las mismas riberas; pero esta vez sus negociaciones iban á ser sostenidas por un ejército que con el general Forbes se dirijia contra el castillo del Quesne, y que ya había atravesado los Apalaches y establecido su campamento cerca del *Laurelhill*, cuando llegó allí Federico Post. Diósele una escolta de cien hombres, con la cual siguió el camino que guiaba al Ohio, adelantándose enseñada por el valle de *Beaver-Creek* para llegar al país de los Shawaneses, que se extendía hasta el Scioto; cuyos Indios acababan de recibir un mensaje del comandante del castillo del Quesne, que les invitaba á unírsele sin demora, para marchar juntos contra los Ingleses. Ya estos guerreros habían mudado de opinión, y se negaron á irle á auxiliar; y viéndose sucesivamente abandonado de las varias tribus y sin esperanzas de poder defender la plaza, tomó el partido de evacuarla y esperar refuerzos en otra parte.

Súpose, en 25 de noviembre, que los Franceses se habían marchado del castillo del Quesne después de ha-

ber destruido los atrincheramientos, que su comandante se había dirijido con doscientos hombres á Venango, situado entre esta fortaleza y el lago Erié, que los demás se habían corrido río abajo con intención de fortificarse en sus orillas, y que el general Forbes había entrado, sin disparar un tiro, en aquella plaza arruinada y abandonada, donde dejó una guarnición con encargo de ponerla otra vez en estado de defensa.

Entónces pidieron los Ingleses á los jefes de los Indios que no permitiesen que los Franceses formasen por allí establecimiento alguno, y los Indios parecieron dispuestos á rechazarlos; pero querían que también se alejara los Ingleses, y un anciano les habló de este modo: «Todas nuestras naciones están unidas para defender los lugares donde cazan los Alleghanys, y no permitir que ningún extranjero venga á establecerse en ellos. Si os retirais á la otra parte de las montañas, tendréis todos los Indios de vuestro partido; pero si os empeñais en estableceros aquí, todos se levantarán contra vosotros, y temo que vuelva á encenderse la guerra para no acabarse jamás.» Poco satisfechos los Ingleses de esta disposición, intentaron hacerla variar; pero no hubo medio de conseguirlo.

Hemos descrito con alguna extensión la expedición dirijida contra el castillo del Quesne, para hacer ver que fué favorecida por la defección de todas las tribus indianas que hasta entónces habían auxiliado á los Franceses. La pérdida de esta plaza, que mudó el nombre en el de Pittsburgo, trajo consigo la de los demás establecimientos que habían formado los Franceses en las orillas del Ohio y sus afluentes.

En esta ocasion vióse cuán valedosos eran los Indios en sus aliauzas, inclinándose siempre á favor del partido favorecido por la fortuna. Los Ingleses supieron hábilmente aprovecharse de la influencia de algunas tribus, para cambiar las disposiciones de las demás y segregarlas de los intereses de la Francia: pero al mismo tiempo pudo conocerse que todos aquellos Indios, de inclinacione-

tan volubles, eran por lo menos unánimes en su amor á la independencia, y que si solicitaban la amistad de una nacion europea, era con la esperanza de libertarse luego de su tutela y no tener en medio de su territorio ningun establecimiento suyo. Repetidas ocasiones tendrémos para demostrar la jenerosidad de su ánimo y los esfuerzos que hicieron para no dejarse avasallar.

La campaña de 1759 se abrió con una expedicion marítima que hizo la Inglaterra contra las posesiones francesas de las Antillas. En 16 de febrero, desembarcaron en la Martinica ocho mil Ingleses; pero el jeneral de Beauharnais, que acababa de llegar allí como gobernador, marchó contra ellos al frente de las tropas y los colonos, y les obligó á volverse á embarcar con pérdida de ochocientos hombres. Entónces la escuadra inglesa, mandada por Moore, se dirigió hácia la Guadalupe, cuya capital, que era la villa de Basse-Terre, fué abandonada por los habitantes; estos se retiraron á otras posiciones fortificadas, y capitularon despues de tres meses de resistencia, sin que pudiesen llegar á tiempo los socorros que les llevaba una escuadra francesa, mandada por Bompard. La rendicion de esta isla acarreó la de la Desseada y de Maria-Galante.

La penosa guerra que la Francia tenia que sostener en Europa, la reducia á concretar sus expediciones marítimas á algunos armamentos incompletos; y queriendo economizar una parte de sus fuerzas navales para tenerlas de reserva, presentábase en la lid con desventaja, al paso que su marina se iba arruinando en detalle, sin ofrecer á las colonias los medios de proteccion de que hubiera sido susceptible.

Los habitantes redoblaron de esfuerzos para inquietar siquiera al comercio británico, multiplicando los armamentos en corso; pero los perjuicios que causaban al enemigo no eran bastantes para contrarrestar sus empresas militares. Adelantábanse sin cesar los preparativos para invadir el Canadá; y como las principales fuerzas que debian proteger esta co-

lonia se hallaban á la sazón al medio día del rio san Lorenzo y hácia el lago Champlain, los Ingleses trataron primero de apoderarse de las posiciones que aun ocupaba el marqués de Montcalm. No quiso este jeneral esponer en un primer encuentro las tropas que le quedaban; y sabiendo que una escuadra inglesa habia penetrado en el golfo de san Lorenzo, para remontar el rio y poner sitio á Quebec, determinó volar al socorro de la capital, abandonando los atrinchamientos de Ticonderoga y evacuando el fuerte de la Corona, sin dejar mas que un destacamento al mediodía del lago Champlain, el cual se fortificó en la isla *Aux-Noix*, y quedó encargado de interceptar la línea de navegacion entre el lago Champlain y el rio san Lorenzo.

Para poner en claro los acontecimientos militares, que iban á decidir de la suerte de Quebec, es necesario tener presente su situacion y la de los demás lugares que iban á ser teatro de la guerra. Está situado Quebec en la orilla septentrional del rio san Lorenzo, en el punto en que este rio se estrecha abruptamente y solo tiene una milla de ancho: la ciudad alta ocupa un terraplen que se junta con la cordillera de las colinas de Abraham, y los flancos del peñasco sobre que está edificada son escarpados por todos lados: la ciudad baja se estienda al pié de este peñasco, sobre un terreno de aluvion, producto de las aguas del rio. Al oriente de Quebec se ve la playa de Beauport, separada de la ciudad por el rio san Carlos, y terminada en el otro extremo por el rio y salto de Montmorency. Encuéntrase al occidente de la plaza, rio arriba, el cabo del Diamante, las ensenadas *des Mers* y *aux Foulons*, el lugar de Sillery, el cabo Rojo, donde terminan las montañas de Abraham, luego se llega á la punta *aux Trembles*, y últimamente al fuerte de *Jacques-Cartier*, cuya posicion dista siete leguas de la capital.

Los que navegan rio arriba, en el san Lorenzo, con direccion á Quebec, pasan entre la isla de Orleans y la orilla meridional del rio, y luego doblan la punta Levis que sale de la

misma orilla y forma el estremo de la costa Lauson, donde pueden establecerse baterías contra la ciudad baja.

Las principales operaciones de la campaña tuvieron lugar en las varias posiciones que acabamos de describir. La escuadra inglesa que estaba encargada de la expedicion contra el Canadá, venia dirigida por el almirante Saunders, y las tropas, en número de diez mil hombres, estaban á las órdenes del jeneral Wolf. En 29 de junio de 1759, desembarcó una parte del ejército al estremo occidental de la isla de Orleans, y luego saltaron á tierra otras dos divisiones, la una hácia la punta de Levis, y la otra cerca del salto de Montmorency; de suerte que el ejército inglés se hallaba dividido en tres cuerpos situados á algunas millas de distancia unos de otros, y al principio hubo indecision acerca del punto principal del ataque.

Las tropas francesas, cuyo objeto era cubrir la capital, se acamparon en la llanura de Beauport: Montcalm tenia el mando del ejército; pero habia de concertar sus operaciones con el marqués de Vaudreuil, gobernador del Canadá, que tambien tenia el cuartel jeneral en el campamento.

Las baterías inglesas, establecidas en las alturas de Lauson, rompieron un vivísimo fuego el 12 de julio, y sus bombas pronto tuvieron arruinada una gran parte de la ciudad baja. El 31 del mismo mes atacaron los Ingleses el ala izquierda del campo francés, inmediata al salto de Montmorency; pero fueron rechazados con pérdida de setecientos hombres, con cuyo motivo tuvieron que abandonar sus proyectos de ataque contra este punto, reforzando el cuerpo que habian establecido en las alturas de Lauson, y colocando otros destacamentos en barcas ligeras propias para remontar el rio; estos hicieron repetidos desembarcos parciales en diferentes puntos, con la mira de talar las campiñas circunvecinas, llamar por este lado la atencion de las tropas francesas y cansarlas con una larga serie de marchas y contramarchas. Efectivamente fué

indispensable destacar un cuerpo de dos mil hombres para cubrir aquella parte de la playa, cuya fuerza se puso á las órdenes de Bougainville y se formó de la flor de los soldados del ejército, por considerarse que era el puesto mas peligroso. Este jefe estableció su cuartel jeneral en el lugar de Sillery, distante tres leguas, colocando una línea de reductos y centinelas en los puntos intermedios que podian ser amenazados, y así es que por mucho tiempo se observó y siguió con bastante vijilancia todos los movimientos de los Ingleses, para que no efectuasen desembarco alguno.

Pero habiendo finalmente los Ingleses reunido hácia la punta de Levis todas sus embarcaciones y tropas, verificaron en la noche del 12 al 13 de setiembre un desembarco en la orilla izquierda del rio, en paraje tan escarpado, que por ser tal, era mas débilmente guardado. Sorprendieron el primer apostadero, pasaron á cuchillo muchos centinelas, cercaron las posiciones inmediatas, y, abriendo la marcha algunos granaderos á las tropas que iban sucesivamente desembarcando, lograron conducir un cuerpo de cuatro mil hombres hácia las alturas de Abraham. Como este movimiento se habia ejecutado de noche, hasta que á la madrugada se dispararon algunos tiros, no tuvieron noticia de él en la plaza: luego se divisó el ejército inglés formado en batalla, y las tropas del campo de Beauport, que eran las mas inmediatas al rio san Carlos, fueron apresuradamente á tomar posicion entre las murallas y el enemigo. Otros cuerpos siguieron este movimiento; pero no fué jeneral, porque el marqués de Vaudreuil detuvo en el campo un cuerpo de mil y quinientos hombres, para tener aquella posicion á cubierto de un desembarco.

Eran las ocho de la mañana cuando Montcalm se hallaba al frente de los Ingleses con tres mil hombres formados en batalla; las tropas de línea ocupaban el centro, y en los flancos se hallaban los Canadenses: algunos pelotones que formaban fue-

ra de la línea de batalla, rompieron un fuego de guerrilla antes que las masas se pusieran en movimiento.

Durante este intervalo, Montcalm mandó traer de la plaza algunas piezas de artillería y municiones; y creyendo que Bougainville iba á llegar con su cuerpo del cabo Rojo, difería empeñar una acción jeneral hasta recibir aquel refuerzo. Pero viendo que no comparecía, y observando que los Ingleses iban recibiendo á cada momento nuevas tropas de desembarco, llamó á consejo á los principales oficiales, y se resolvió que se atacase inmediatamente al enemigo, antes que recibiese mas refuerzos. Los dos ejércitos se hallaban á tiro de pistola; hubo repetidas cargas, y el choque fué bastante mortífero para que en unas y otras filas hubiese algun desórden; pero los Ingleses, superiores en número, habian formado dos líneas, para que, en caso de quedar rota la primera, pudiesen replegarse por los claros á retaguardia de la segunda, en vez que los Franceses habian tenido que formarse en una sola línea para oponer un frente igual á los contrarios, y para ellos un movimiento de confusión era irreparable.

Las dificultades de un terreno obstruido de bosques y abrojos estorbaron que las dos alas del ejército francés avanzasen con paso igual á las tropas del centro, las cuales no tardaron en verse empeñadas solas. El comandante en jefe Montcalm y su segundo Sennezergue, guiaban y animaban la carga; pero el primero fué herido mortalmente por un tiro que le entró en los riñones, y el segundo quedó muerto en el sitio, cuyas desgracias ocasionaron la retirada de sus tropas. Aprovechándose los Ingleses de esta primera ventaja, y del desórden de un ejército que ya no tenia punto de reunion y que en aquellas circunstancias no podía haber reconocido un nuevo jefe, acosaronle en su fuga y pusieronle en nuevo desórden. Montcalm fué transportado á la ciudad en una camilla compuesta con algunas armas, y en las doce horas que le quedaban de vida mostró la mayor serenidad, tra-

tó de consolar á sus amigos, llenos de aflicción, y manifestó que tan solo sentía las desgracias de su ejército. El jeneral Wolf no pudo gozar de su triunfo, porque tambien fué muerto; de modo que los comandantes de ambos ejércitos tuvieron igual suerte.

La noticia del desembarco de los Ingleses habia llegado, de apostadero en apostadero, hasta el cabo Rojo, y Bougainville habia abandonado precipitadamente su posición para acudir á las alturas de Abraham; pero supo antes de llegar al campo de batalla que ya estaba decidida la acción, y se vió precisado á replegarse con las tropas que le seguían. El marqués de Vaudreuil juzgó que no podría socorrer á Quebec con los pocos medios que le quedaban en el campo de Beauport, y tomó el partido de retirarse hácia el cabo Rojo para juntarse con el cuerpo de Bougainville. Las tropas reunidas subieron por la margen izquierda del rio san Lorenzo hasta los desfiladeros de Jacques-Cartier, cuya posición y líneas de defensa podían cubrir las avenidas de *Trois-Rivières* y Montreal. Antes de levantar el campo de Beauport, envió Vaudreuil á Ramsay, comandante de Quebec, la autorización para capitular con las mejores condiciones que pudiesen obtener, y del mismo dictamen fué un consejo de guerra que este convocó el 15 de setiembre. La guarnición se reducía entonces á trescientos soldados de línea y quinientos de marina, la mayor parte de las habitaciones amenazaban ruina y solo habia viveres para algunos dias.

Sin embargo las tropas que se habian retirado en Jacques-Cartier conservaban aun alguna esperanza. El 16 de setiembre llegó de Montreal su nuevo comandante, el caballero de Levis, que intentó librar á Quebec, conduciendo inmediatamente el ejército al cabo Rojo, desde donde iba á dirigirse hácia la capital; pero si bien Ramsay recibió orden suya de suspender las negociaciones ya entabladas, para obtener una capitulación honrosa, no creyó deberlas interrumpir. Firmóse la rendición el 18

de setiembre, en virtud de la cual la guarnición obtuvo los honores de la guerra, salió con armas y bagajes, tambor batiente, mecha encendida, dos piezas de artillería y doce cargas, y fué embarcada para ser conducida y puesta en tierra en el primer puerto de Francia. Jorje Townsend, que sucedió al jeneral Wolf en el mando del ejército inglés, tomó posesión de la plaza.

Esta conquista, aunque importante, no por esto traía consigo la inmediata sumisión del Alto Canadá, donde ocupaban los Franceses la plaza de Montreal y algunas posiciones fortificadas; pero habian perdido en los primeros momentos del sitio de Quebec el fuerte de Niagara, que se rindió en 23 de julio, después de veinte dias de sitio, cuya pérdida y la del fuerte de Frontenac dejaban libre á los Ingleses la navegación del lago Ontario, y les permitían dirigir por esta vía un cuerpo de tropas hácia Montreal y comarcas circunvecinas.

Las mas de las naciones indianas, situadas al norte del rio san Lorenzo, se mantenían fieles á su antigua predilección para la Francia; pero los vínculos que unían á esta con las de las rejiones mas meridionales, eran mas recientes y débiles; por lo que fácilmente fueron rotos. Esta mudanza acrecentó la fuerza de las colonias inglesas, por cuanto unas tribus abandonadas á sí mismas podían oponerles poca resistencia; los Cherokees fueron los únicos que osaron tomar las armas para vengar la muerte ó prisión de varios de los suyos.

Los Ingleses y los Cherokees habian soldado muchos caballos hácia la frontera común, donde los dejaban vivir en estado silvestre hasta el momento que tenían necesidad de ellos; y estos últimos, para rehacerse de los que habian perdido en una guerra anterior en que habian seguido á los Ingleses en clase de aliados, cogieron un número de caballos que pertenecían á unos habitantes de Virginia. Estos, en vez de reclamar su restitución por medios legales, lo hicieron con las armas, matando y prendiendo á muchos Indios, de cuya injuria se ofendió vivamente toda la nación:

los Cherokees usaron de represalias, y los primeros que sufrieron sus efectos fueron los Ingleses, establecidos en el fuerte Loudowny, porque la situación de este apostadero, al oeste de los Apalaches, no les dejaba ninguna comunicación libre con las demás colonias. Los soldados que se internaban en los bosques para cazar y hacer viveres, eran cojidos por los salvajes, ni podían apenas salir del fuerte impunemente, viéndose pronto reducido la guarnición á un corto radio de terreno y amenazada con todos los horrores del hambre: logró, por medio de algunos emisarios, poner en conocimiento del gobernador de la Carolina, Littleton, lo apurado de su situación, y este jeneral dispuso inmediatamente preparativos de guerra contra los Cherokees.

Los Indios, viendo aproximarse la tempestad, empezaron á temer sus efectos, y con el fin de arreglar el asunto amistosamente, pasaron á Charleston treinta y dos de sus caudillos, á cuyo frente estaba Oconostota, gran guerrero de los Cherokees; pero Littleton se negó á darle oídos, y se puso en marcha con cuatrocientos soldados para el fuerte Principe Jorje, situado cerca de los Apalaches; llevando consigo aquella diputación de Indios que creían viajar bajo la salvaguardia del ejército y luego se vieron detenidos como prisioneros.

Cuando hubieron llegado á las fronteras de los Cherokees, consintió Littleton en tener una conferencia con Attakulla, que era tenido por el hombre mas sabio de esta nación, cuyas esplicaciones tuvieron lugar el 19 de diciembre de 1759. Littleton reprodujo los antiguos tratados de paz concluidos con los Cherokees y las repetidas infracciones que estos habian cometido, y pidió que para espíar la muerte de veinte y dos Ingleses, se pusiesen á su disposición igual número de culpables. Dijo que los Indios ya no debían contar con el auxilio de los Franceses, porque estos habian perdido Quebec y todos los fuertes situados al mediodía del rio san Lorenzo y de las grandes la-

gunas; que los Delaware, los Shawaneses y todos los Indios de los valles del Ohio habian hecho la paz con la Inglaterra; que los Choctaws le pedian su proteccion, y que si se obstinaban los Cherokees en desecharla, llamarian contra ellos no solo las fuerzas de la Carolina, sino las de todas las colonias inglesas que con ella hacian causa comun.

Despues de algunas observaciones, quedo convenida la paz con el orador de los Cherokees, mediante á que los Ingleses guardarian, como rehenes, veinte y dos caudillos de guerra hasta que se les hubiesen entregado los asesinos que reclamaban. Los demás jefes fueron puestos en libertad; pero estos, una vez libres, se empeñaron en fomentar el descontento en toda la nacion, ponderando la perfidia de los Ingleses al apoderarse de ellos en Charleston, en ocasion en que habian ido a hacerles proposiciones de paz. Las quejas de Oconostota y el ascendiente que tenia, produjeron un levantamiento jeneral; y mientras que el gobernador de la Carolina se retiraba á Charleston con los restos de su columna, en que habian hecho estragos las viruelas, la guarnicion inglesa de Principe-Jorje se vió estrechamente bloqueada. Los Indios lograron atraer al comandante á una emboscada y le dieron muerte; y sabedores de ello los del fuerte, quisieron poner grillos á los veinte y dos rehenes que tenian, los cuales intentaron resistirse y fueron todos sacrificados. Su muerte acabó de irritar á todas las tribus de Cherokees: cada familia tenia que vengar á un pariente ó un amigo; el cántico de guerra resonó en todas partes, y todos ardian en deseos de bañar sus manos en sangre enemiga. Las habitaciones de las fronteras fueron saqueadas, y los labradores huyeron desprovistos y llevaron el espanto á las ciudades.

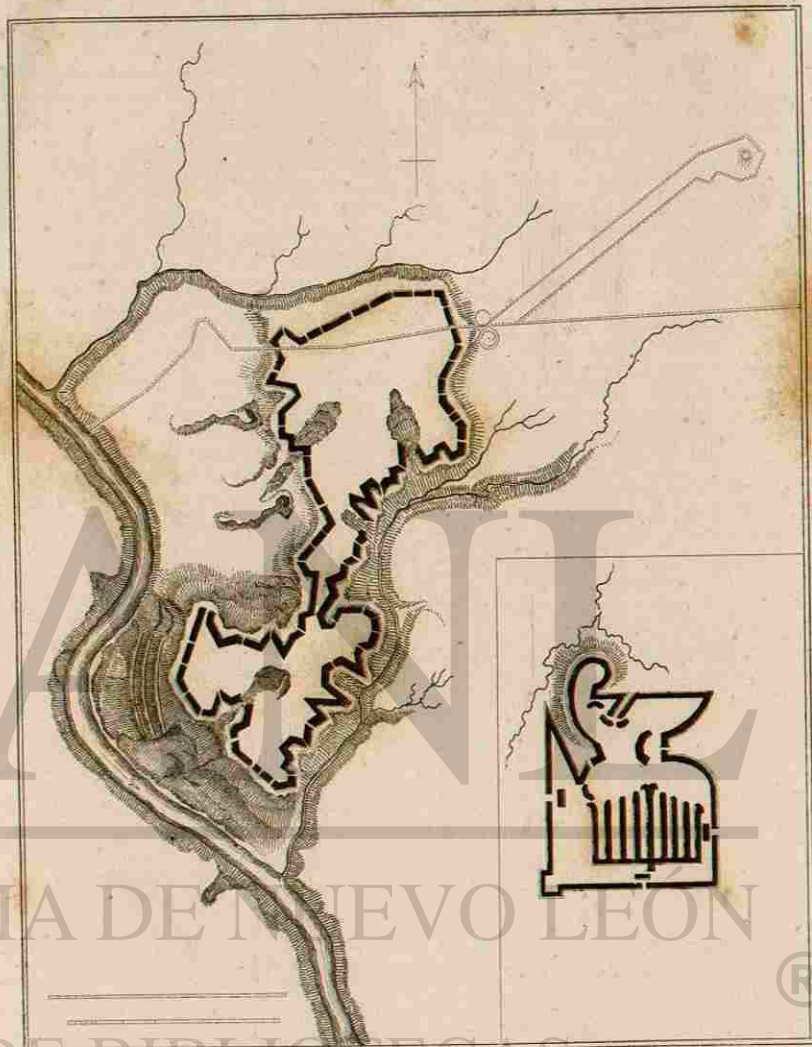
William Bull, que era el nuevo gobernador de Charleston, requirió entonces la ayuda de la Carolina del norte, de la Virginia y de la Jeorgia, y envió diputados con regalos á los Creeks, Catawbas y Chikasawas para inducirles á que marchasen contra

los Cherokees, interin llegaban de Nueva York los numerosos refuerzos de tropas regulares que esperaba, las que en efecto desembarcaron en la Carolina en el mes de abril de 1760, á las órdenes del coronel Montgomery. Este jefe tenia orden de apresurar sus operaciones contra los Indios y regresar prontamente á Albany para reunirse con el cuerpo de ejército que, á las órdenes del jeneral Amherst, debia invadir el Alto Canada. Pasó con su division á Congarees, donde se le juntaron los voluntarios y las milicias de las colonias inmediatas, y avanzó tan rápidamente en el pais de los Cherokees, que tomó por sorpresa los lugares de Keowee, Estatoe y Sugar-town, y los entregó á las llamas: quedaron muertos sesenta Indios, se hicieron cuarenta prisioneros, salvándose los demás á las montañas; inmediatamente fué á socorrer al fuerte Principe-Jorje, y logró hacer levantar el sitio que le tenian puesto los Cherokees.

A pesar del descalabro que habian experimentado los Indios, no por esto se hallaban dispuestos á pedir la paz; y las tropas inglesas, continuando su marcha por entre un pais silvestre hasta cinco millas de Etchoe, que era el lugar principal, y atravesando profundísimos bosques y angostos desfiladeros, se vieron vivamente hostigados por un enemigo que les disputaba á palmos el terreno, que desalojado de una posicion, se rehacia en otra, y finalmente que por mas pérdidas que sufriese en estas varias escaramuzas, privó á las tropas inglesas de proseguir su marcha hasta el fuerte Loudown, que aun tenia circumvalado.

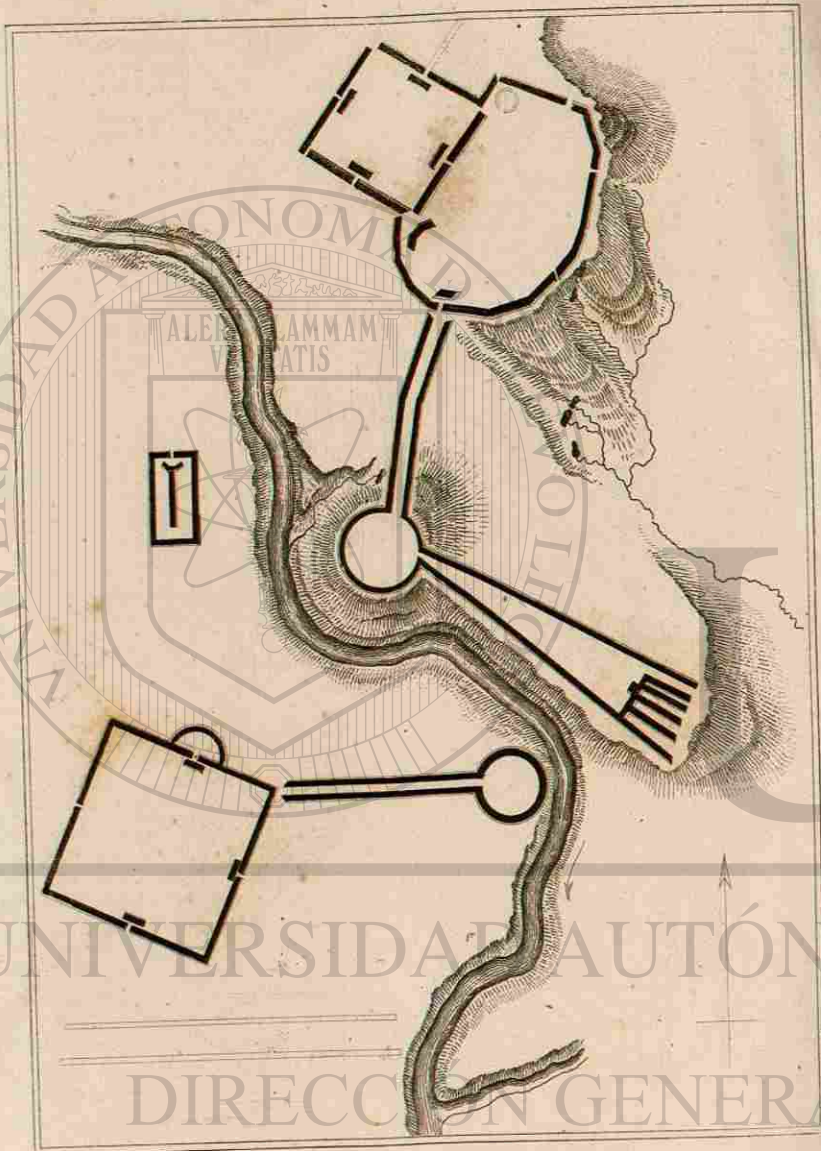
Montgomery creyó que seria imprudente prolongar sus incursiones en aquella comarca, y sin quedarse mas que con los víveres necesarios para llegar al fuerte Principe-Jorje, y empleando, para trasportar los heridos, los caballos que le quedaban, pudo regresar á Charleston con su columna, atropellada por las muchas fatigas que experimentó en esta expedicion.

Con esta retirada perdia el fuerte Loudown toda esperanza de socor-



Anciennes fortifications.

Antiguas Fortificaciones.



Anciennes fortifications.

Antiguas Fortificaciones.

ro: su guarnicion, que solo constaba de doscientos hombres, se hallaba acosada de cerca por el enemigo, habia agotado todas las provisiones y se hallaba reducida al último apuro. Esta triste situacion la hizo tomar la resolucion de rendirse, y la capitulacion fué concluida entre el comandante del fuerte y dos jefes de la nacion Cherokee. Tratose que la guarnicion saldria con armas y bagajes, que podria trasladarse al castillo Principe-Jorje ó á Virginia, á cuyo fin se le daria escolta y provisiones para la marcha, que los enfermos y heridos serian recibidos y tratados humanamente en las habitaciones de los Indios, y finalmente que la pólvora y todas las armas y municiones del fuerte se pondrian inmediatamente á disposicion de los sitiadores.

Esta capitulacion era la primera que los Cherokees hubiesen concluido con una guarnicion europea, conformándose en esta ocasion con los usos de las naciones civilizadas que, para poner término á las desgracias que ocasiona un sitio, dejen este último recurso á un enemigo que ya no se halla en estado de prolongar la resistencia: pero el espíritu de encono y venganza, pronto pudo mas que los sentimientos de humanidad, y la garantia que se dió á los vencidos no fué mas que ilusoria. Ya la primera noche, despues de haber salido de la plaza los Indios que debian servir de salvaguardia á la guarnicion, la abandonaron, y al dia siguiente fué atacada por otros salvajes que les hacian fuego por todas partes: treinta hombres perecieron de resultados de este primer ataque, otros se escaparon á los bosques, y todos los que pudieron cojer fueron hechos prisioneros, en cuyo número se hallaba el capitán Stuart, el cual fué rescatado por un Indio antiguo amigo suyo, que le prodigó toda clase de obsequios, y hasta le ofreció los medios de escaparse, acompañándole hasta las fronteras de Virginia: este amigo era ese mismo Attakulla, firme partidario de la paz, que ya por primera vez habia concluido, y que aun tenia esperanza de volver á

su pais. Jamás habia sido tan necesaria su mediacion, porque las hostilidades iban á reproducirse con nuevo furor: la division reinaba entre los Indios, y ya un sinnúmero de Chikasaws y Catawbos estaban prontos á marchar contra los Cherokees. El coronel Grant conducia de Nueva York á Charleston el rejimiento de montañeses escoceses, que ya habia servido en las anteriores campañas; y las fuerzas destinadas á obrar contra los Indios, llegaron al fuerte Principe-Jorje el 27 de mayo de 1761. Hicieron algunos dias de descanso, y luego marcharon pais adentro y fueron atacadas en los mismos lugares en donde lo habian sido un año atrás las de Montgomery; pero por mas que disputaron el terreno, retiráronse los Indios, y el coronel Grant, prosiguiendo su marcha, se apoderó de Etchoe, que redujo á cenizas, y la misma suerte cupo á otros catorce lugares de Cherokees. Un mes duró esta expedicion, y las devastaciones que se cometieron en el territorio de los Indios, destruyendo sus casas y cosechas, les redujeron á la mas deplorable situacion y á desear finalmente la paz. Attakulla fué otra vez encargado de conseguirla: hizo primero una composicion con el coronel Grant, y en seguida se trasladó á Charleston con muchos jefes indios para arreglar las condiciones de una paz definitiva. En la conferencia que tuvo con el gobernador y el consejo, presentó como credencial de su mision los wampums ó collares de mariscos que las varias tribus Cherokees le habian entregado, y dijo: «Vengo en calidad de enviado de toda mi nacion para veros, fumar con vosotros y volver á hallar á mis hermanos. Todo cuanto ha sucedido habia sido sin duda dispuesto por nuestro padre de arriba. Somos de color diferente; pero el Grande Espíritu es nuestro padre comun; él hizo todos los hombres, él les da y les quita la vida, y no se pasa un solo dia sin que unos vengán al mundo y otros salgan de él. Unámonos para siempre; y ya que vivimos en un inmenso territorio, vivamos tambien como un mismo pueblo.»

Aquel anciano que hablaba de este modo obtuvo la ratificación del tratado. Encendióse una grande hoguera en medio del círculo que formaban Ingleses y Cherokees, y cada uno fumó silenciosamente en la pipa de paz, prometiéndose unos á otros: «que esta amistad duraría tanto tiempo como los rios seguirian su curso y los astros conservarían su luz.»

Antes de quedar terminada esta guerra ya no les quedaba á los Cherokees esperanza alguna de que ocurriese una diversion, pues no habia otra nacion indiana que estuviese en guerra con las colonias inglesas, y el ejército británico establecido en el Canadá, habia ocupado todos los puntos fortificados de esta colonia.

El caballero de Levis, que desde la muerte de Montcalm mandaba las tropas francesas, habia formado el proyecto de tomar por segunda vez á Quebec; pero le faltaban cañones y municiones que estaba esperando de Francia. Habia invitado al gobierno á que se los mandara, y llevaba el plan de ir á esperar este socorro, á últimos de abril de 1760, hasta el pié de las murallas de la plaza cuyo sitio queria emprender. Efectivamente salió este jeneral de Montreal para el cabo Rojo con las tropas que tenia disponibles, y llegó hasta tres leguas de Quebec; y cuando el jeneral Murray, que lo era del ejército inglés, tuvo noticia de su aproximacion, mandó replegar inmediatamente todos los puestos avanzados á lo largo de las alturas de Abraham, y fué á ocupar junto á la plaza las mismas posiciones en que se habia dado la batalla del 13 de setiembre del año anterior. Las tropas francesas avanzaban hácia el mismo punto; y el 28 de abril los dos ejércitos estuvieron á la vista: el de Murray tenia ventaja en el terreno, y las veinte y dos piezas de artillería que cubrian su frente, decidieron á su favor los primeros momentos de la accion. Con el fin de igualar las posiciones, el jeneral francés dió orden de replegarse un poco hácia atrás para tomar una cadena de alturas, parale-

la á la del enemigo; y este movimiento retrógrado fué ejecutado con algun desórden hácia el centro del ejército; pero el valiente Darquier, que en el flanco izquierdo mandaba un batallon del Bearn, dirigió la voz á sus soldados en estos términos. «Hijos míos, no es este el momento de retirarnos: nos hallamos á veinte pasos del enemigo; arrojémonos sobre él á ojos cerrados y la bayoneta calada: este es el mejor modo de pelear.» Al decir esto precipitáronse sus tropas sobre el enemigo, le arrollan y se apoderan con la rapidez del rayo de una parte de sus cañones. Darquier recibe una bala que le atraviesa el cuerpo; pero se manda sostener por sus soldados y sigue dando disposiciones.

En el ala derecha se hallaba un batallon de Royal-Roussillon, el cual ataca con el mismo ímpetu, rompe el enemigo y corta su flanco izquierdo, donde siembra la confusion y el espanto; el centro, que al principio habia cejado, vuelve á la carga y á su vez hace ceder las tropas que tenia de frente. Todo el ejército inglés se retira desordenadamente hácia los muros de la plaza, y su descabro es igual al que sufrieron los Franceses en 1759, en el mismo campo de batalla. Pero el recinto de la plaza ofrece á los vencidos un asilo de seguridad; y no habiendo podido el jeneral Levis apoderarse de Quebec en este momento de confusion, tuvo que sitiarse sin tener los medios de ataque convenientes. Sus tropas abrieron la trinchera, avanzaron las baterías, prepararon las cureñas, y estuvieron aguardando para batir la brecha la llegada de la artillería y las municiones que el jeneral habia pedido al gobierno francés; pero estas no llegaron, y los sitiados estuvieron encerrados en la plaza por espacio de treinta y ocho dias, sin que se pudiese forzarlos. Quedaba la esperanza de reducirlos tal vez por el hambre; pero el día 7 de junio quedaron ellos asegurados por la llegada inesperada de tres navíos de guerra ingleses, cargados de tropas y provisiones. Algunos buques menores franceses, destinados

á la navegacion del rio y á abastecer de víveres á las tropas de sitio, y que á la sazón se hallaban en aquellas aguas, fueron apresados unos, y quemados ó echados á pique otros, despues de haber hecho una vana resistencia. Entre varios ejemplos del valor con que se defendieron, citaremos la conducta de Vauclin que mandaba un bergantin de diez y seis cañones, y sostuvo el fuego contra un navío inglés, hasta tanto que no le quedó pólvora ni balas; en cuyo extremo envió á tierra y puso á las órdenes del jeneral frances la jente del equipaje que aun era buena para el servicio, y él se quedó á bordo con los heridos, y sin tratar de rendirse siguió sufriendo todo el fuego del enemigo. Viendo los Ingleses que el bergantin no les contestaba, envían las falúas armadas al abordaje, y hallan solo á Vauclin en medio de los moribundos; y preguntándole porqué cuando cesó el fuego no arrió la bandera, les contestó: «He cesado el fuego cuando me ha faltado la pólvora, y he aguardado mi suerte sin abandonar mi pabellon ni humillarle.» Deseosos los Ingleses de honrar su valor, que ya habian tenido ocasion de experimentar en el sitio de Luisburgo, le trataron con la mayor distincion y le condujeron á Francia.

La llegada de una escuadra inglesa, que señoreaba la entrada del rio San Lorenzo y privaba á Levis de recibir las municiones que esperaba de Europa, le obligó á levantar el sitio de Quebec y conducir sus tropas hácia el Alto Canadá. La misma circunstancia ponía á los Ingleses en estado de tomar la ofensiva entre Quebec y Montreal, en términos que contra esta plaza combinaron tres expediciones que debían efectuar las tropas del jeneral Murray, establecidas en el Bajo Canadá, las del jeneral Amhergt, llegando por el lago Ontario y otro cuerpo apostado hácia el lago Champlain.

La comunicacion de este cuerpo con el rio San Lorenzo estaba interceptada, como ya hemos observado, por la guarnicion francesa que ocupaba la isla Aux-Noix en el rio Cham-

bly, por lo que era preciso apoderarse primero de esta posicion, que estaba bien fortificada. Bougainville, que á la sazón tenia á su cargo el defenderla, sostuvo allí un sitio y bombardeo de diez y seis dias; pero habiendo recibido del marqués de Vaudreuil orden de abandonarla y replegarse sobre Montreal con los mil hombres que tenia, en cuyo número se hallaban los batallones de la Guyena y de Berry, reducidos á doscientos hombres cada uno, se preparó para retirarse por el lado del rio que no ocupaba el enemigo; y á fin de ocultarle mejor sus movimientos, dejó en la isla un destacamento de cuarenta hombres con el encargo de sostener el fuego contra los sitiadores, hasta que hubiese concluido las pocas municiones que le quedaban: verificóse la retirada con el mayor orden, y cuando en la fortaleza se tremoló bandera blanca por no poder ya resistir, los Ingleses concedieron á aquel destacamento una honrosa capitulacion.

Vaudreuil habia enviado una division al encuentro de Bougainville para proteger su retirada; y este jefe llegó á Montreal al otro dia de su salida.

Esta plaza, que era el último refugio de las autoridades y tropas de la colonia, se hallaba á punto de ser embestida por las varias divisiones del ejército inglés. Amherst llegó el día 7 de setiembre de 1760 á la puerta de la China con las tropas que habian bajado del lago Ontario por el rio San Lorenzo; Murray, que con su ejército habia remontado el rio, se presentó el mismo dia en la puerta opuesta, y de un momento á otro se estaba esperando el cuerpo que acababa de apoderarse de la isla *Aux-Noix*. Como la ciudad de Montreal no tenia mas que una cerca para defenderse de los salvajes, y no podia por consiguiente resistir á tropas europeas, en la noche del 7 al 8 de setiembre se negoció una capitulacion que quedó firmada al dia siguiente: la guarnicion salió con los honores de la guerra, y debia ser conducida á Francia. En la misma capitulacion se comprendieron los

fuertes y guarniciones de Jacques-Cartier, Tres Riberes y demás apostaderos que se hallasen ocupados en todo el largo del Canadá, desde las fronteras de la Acadia hasta la punta de Michillimakinac y riberas del lago superior.

A pesar de los laudables esfuerzos de los hombres que tenían a su cargo la defensa del Canadá, este país fué irremisiblemente perdido para la Francia. Desde aquel momento las fuerzas marítimas inglesas podían tomar otra dirección, é hicieron vela hácia las Antillas; conquistaron sucesivamente la Martinica; la Dominica, las Barbadas, San Vicente y Tobago. Habiéndose unido la España á la Francia en 15 de agosto de 1761, por medio del tratado conocido con el nombre de pacto de familia, fué aquella igualmente atacada. Jorge Pocock y el conde de Albemarle se apoderaron de la Habana al siguiente año; otra escuadra inglesa se dirigió hácia las Filipinas, y Manila fué ocupada por el almirante Cornish y el general Draper.

Vino la paz del 10 de febrero de 1763 que confirmó lo que había decidido la suerte de la guerra. La Francia renunció á todas sus pretensiones sobre la Nueva Escocia ó Acadia; cedió y afianzó á la Inglaterra el Canadá con todas sus dependencias, como igualmente la isla del cabo Breton y todas las islas y costas del golfo y río de San Lorenzo. Conservaron los Franceses en una parte de la playa de Terranova el derecho de pesca y salazon que les había asegurado el tratado de Utrecht, desde el cabo Buenavista hasta el cabo Baya, con libertad de pescar en el golfo á distancia de tres leguas de las costas que ocupaba nuevamente la Inglaterra; é igualmente fueron cedidas á la Francia las islas de San Pedro y Miquelon, situadas al mediodía de Terranova, para servir de abrigo á sus barcos de pesca.

La línea de demarcación de las colonias inglesas y francesas en el continente americano, fué convenido que pasaria por en medio del curso del Misisipi, desde su orígen hasta

el río de Iberville, y que se prolongaría hasta el mar por medio de este río y de los lagos Maurepas y Pontchartrain; de modo que la Francia cedía todo cuanto había poseído en la márjen oriental del Misisipi, á escepcion de Nueva Orleans y la isla en que está situada. La navegación del río tanto en longitud como en latitud quedaba libre para las dos naciones, sin que sus buques pudiesen ser detenidos, registrados ni sujetos á derecho alguno. Las adquisiciones que hacia la Inglaterra á levante del Misisipi se aumentaron con las Floridas, cuyos principales establecimientos eran entonces las ciudades de San Agustín y Panzacola; la España tuvo que abandonar todos los derechos de soberanía y posesión que tenía sobre esta colonia, para rescatar la Habana y Manila, prefiriendo renunciar á las Floridas mas bien que á los principales puestos de la isla de Cuba y de las Filipinas.

La corte de Madrid quedó ampliamente indemnizada de sus pérdidas por la cesion que le hizo la Francia de todos los territorios de la Luisiana, situados á poniente del Misisipi y del río de Iberville. Este tratado fué firmado el mismo día de la conclusión de la paz, pero no sancionado por el voto unánime de los Franceses, á quienes pareció muy sensible que su gobierno, despues de haber hecho tan grandes concesiones en América, á que se había visto reducido por la fortuna de las armas, se resignase á hacer otros sacrificios á favor de sus aliados; porque la Francia, al empeñarlos en aquella lucha, no había respondido de la integridad de sus dominios, y no se halla una razón que explique porqué su liberalidad política para con sus asociados le hacia abandonar una vasta y preciosa colonia que la guerra le había dejado, y donde los habitantes de sus demás posesiones de América hubieran podido refugiarse. No se crea por esto que dicha colonia se hallase en un estado agrícola muy floreciente; por cuanto á no ser algunos puntos de las riberas de los grandes ríos, todo lo

demás estaba aun desierto, hallándose casi toda la población concentrada en la ribera inferior del Misisipi; pero la navegación de un río tan inmenso y de sus tributarios, la fertilidad del país, y la esperanza de que llegarían allí muchos emigrados de Europa y de otras partes de América, prometían rápidos adelantos á la agricultura, al comercio y á la población de aquella colonia, si la Francia hubiese tratado de aprovechar estas fuentes de riqueza; y si despues de la paz hubiese sabido indemnizarse allí de sus pérdidas.

Por otra parte muchos ciudadanos ilustrados se preguntaban entre sí si un gobierno puede disponer á su antojo de la suerte de los pueblos que se hallan bajo la égida de su protección paternal, á no ser cuando la dura ley de la guerra y de la necesidad le impone un sacrificio tan doloroso; y esas almas jenerosas se lamentaban de la suerte de una colonia que veía rotos repentinamente sus vínculos mas caros de familia, y sentían á un mismo tiempo la crueldad de estas separaciones individuales y la disminución colonial de la Francia.

LIBRO SESTO.

GUERRA CON LOS INDIOS DEL OESTE. ESPLORACION DE LOS VALLES DEL OHIO. ANTIGUEDADES Y MONUMENTOS AMERICANOS. OTRAS CONSIDERACIONES ACERCA DE LAS COMARCAS NUEVAMENTE ADQUIRIDAS. CAMBIO DE DISPOSICION EN LAS COLONIAS. PRIMEROS SINTOMAS DE SU ESPIRITU DE INDEPENDENCIA.

La renuncia que hizo la Francia de todas sus posesiones del Canadá y de todos los países situados al oriente del Misisipi, cambiaba enteramente la situación de los Indios, experimentando principalmente los efectos de esta cesion los que vivían al mediodía de las grandes lagunas. Los Franceses habían ocupado allí muy pocos establecimientos, y al rededor y al abrigo de estos apostaderos habían formado algunas plantaciones, cuyo incremento

era muy poco sensible; en tiempo de guerra estas posiciones ofrecían medios de defensa y puntos de reunion, y en tiempo de paz aseguraban las comunicaciones del comercio y proporcionaban mantener relaciones con muchas tribus, de que nacía una mutua confianza entre estos y los Franceses.

Los pueblos indios que se hallaban entre las colonias de Francia é Inglaterra tenían por otra parte grande influencia en las desavenencias de los dos gobiernos, porque tanto el uno como el otro necesitaban contemplarlas, atraerlas á su alianza y tenerlas por auxiliares.

Esta importancia política de los Indios ya no fué la misma cuando no tuvieron por vecinos mas que una sola potencia europea, y cuando se vieron rodeados y como sitiados por sus posesiones. La cadena de apostaderos fortificados que ocupaban á la sazón los Ingleses á su alrededor, se componía de los fuertes Frontenac y Niagara, cerca del lago Ontario; los de Buffalo, Peninsula y Sandusky, al mediodía del lago Erié; los de Miamis y del Estrecho, hácia su extremo occidental, y los de San José, Bahía Verde y Michillimakinac, al rededor del lago Michigan; al occidente tenían los fuertes Illines, Chartres y Kaskaskia, y en el interior los de Vincennes, á orillas del Wabash, de Massiac, cerca del embocadero del Tennesé, de William, hácia el del Kentucky, y de Pittsburgo, á orillas del Ohio.

Los Indios, en cuyo territorio se hallaban diseminados estos varios apostaderos, viéndose sin el auxilio de una potencia que solía protegerles, empezaron á temer por su existencia; pues consideraban aquellas fortalezas como eunas de otras tantas colonias, y en vista de los rápidos adelantos de la Inglaterra en todas las rejiones que ya había sometido, sospechaban que cada uno de aquellos nuevos establecimientos se ensancharia igualmente, y que todas las naciones americanas, echadas unas sobre otras, perderían finalmente todos sus territorios. Dominados de esta opinión, que tantas pérdidas suce-

fuertes y guarniciones de Jacques-Cartier, Tres Riberes y demás apostaderos que se hallasen ocupados en todo el largo del Canadá, desde las fronteras de la Acadia hasta la punta de Michillimakinac y riberas del lago superior.

A pesar de los laudables esfuerzos de los hombres que tenían a su cargo la defensa del Canadá, este país fué irremisiblemente perdido para la Francia. Desde aquel momento las fuerzas marítimas inglesas podían tomar otra dirección, é hicieron vela hácia las Antillas; conquistaron sucesivamente la Martinica; la Dominica, las Barbadas, San Vicente y Tobago. Habiéndose unido la España á la Francia en 15 de agosto de 1761, por medio del tratado conocido con el nombre de pacto de familia, fué aquella igualmente atacada. Jorje Pocock y el conde de Albarquerque se apoderaron de la Habana al siguiente año; otra escuadra inglesa se dirigió hácia las Filipinas, y Manila fué ocupada por el almirante Cornish y el general Draper.

Vino la paz del 10 de febrero de 1763 que confirmó lo que había decidido la suerte de la guerra. La Francia renunció á todas sus pretensiones sobre la Nueva Escocia ó Acadia; cedió y afianzó á la Inglaterra el Canadá con todas sus dependencias, como igualmente la isla del cabo Breton y todas las islas y costas del golfo y río de San Lorenzo. Conservaron los Franceses en una parte de la playa de Terranova el derecho de pesca y salazon que les había asegurado el tratado de Utrecht, desde el cabo Buenavista hasta el cabo Baya, con libertad de pescar en el golfo á distancia de tres leguas de las costas que ocupaba nuevamente la Inglaterra; é igualmente fueron cedidas á la Francia las islas de San Pedro y Miquelon, situadas al mediodía de Terranova, para servir de abrigo á sus barcos de pesca.

La línea de demarcación de las colonias inglesas y francesas en el continente americano, fué convenido que pasaria por en medio del curso del Misisipi, desde su orígen hasta

el río de Iberville, y que se prolongaría hasta el mar por medio de este río y de los lagos Maurepas y Pontchartrain; de modo que la Francia cedía todo cuanto había poseído en la margen oriental del Misisipi, á escepcion de Nueva Orleans y la isla en que está situada. La navegación del río tanto en longitud como en latitud quedaba libre para las dos naciones, sin que sus buques pudiesen ser detenidos, registrados ni sujetos á derecho alguno. Las adquisiciones que hacia la Inglaterra á levante del Misisipi se aumentaron con las Floridas, cuyos principales establecimientos eran entonces las ciudades de San Agustín y Panzacola; la España tuvo que abandonar todos los derechos de soberanía y posesión que tenía sobre esta colonia, para rescatar la Habana y Manila, prefiriendo renunciar á las Floridas mas bien que á los principales puestos de la isla de Cuba y de las Filipinas.

La corte de Madrid quedó ampliamente indemnizada de sus pérdidas por la cesión que le hizo la Francia de todos los territorios de la Luisiana, situados á poniente del Misisipi y del río de Iberville. Este tratado fué firmado el mismo día de la conclusión de la paz, pero no sancionado por el voto unánime de los Franceses, á quienes pareció muy sensible que su gobierno, despues de haber hecho tan grandes concesiones en América, á que se había visto reducido por la fortuna de las armas, se resignase á hacer otros sacrificios á favor de sus aliados; porque la Francia, al empeñarlos en aquella lucha, no había respondido de la integridad de sus dominios, y no se halla una razón que explique porqué su liberalidad política para con sus asociados le hacia abandonar una vasta y preciosa colonia que la guerra le había dejado, y donde los habitantes de sus demás posesiones de América hubieran podido refugiarse. No se crea por esto que dicha colonia se hallase en un estado agrícola muy floreciente; por cuanto á no ser algunos puntos de las riberas de los grandes ríos, todo lo

demás estaba aun desierto, hallándose casi toda la población concentrada en la ribera inferior del Misisipi; pero la navegación de un río tan inmenso y de sus tributarios, la fertilidad del país, y la esperanza de que llegarían allí muchos emigrados de Europa y de otras partes de América, prometían rápidos adelantos á la agricultura, al comercio y á la población de aquella colonia, si la Francia hubiese tratado de aprovechar estas fuentes de riqueza; y si despues de la paz hubiese sabido indemnizarse allí de sus pérdidas.

Por otra parte muchos ciudadanos ilustrados se preguntaban entre sí si un gobierno puede disponer á su antojo de la suerte de los pueblos que se hallan bajo la égida de su protección paternal, á no ser cuando la dura ley de la guerra y de la necesidad le impone un sacrificio tan doloroso; y esas almas jenerosas se lamentaban de la suerte de una colonia que veía rotos repentinamente sus vínculos mas caros de familia, y sentían á un mismo tiempo la crueldad de estas separaciones individuales y la disminución colonial de la Francia.

LIBRO SESTO.

GUERRA CON LOS INDIOS DEL OESTE. ESPLORACION DE LOS VALLES DEL OHIO. ANTIGUEDADES Y MONUMENTOS AMERICANOS. OTRAS CONSIDERACIONES ACERCA DE LAS COMARCAS NUEVAMENTE ADQUIRIDAS. CAMBIO DE DISPOSICION EN LAS COLONIAS. PRIMEROS SINTOMAS DE SU ESPIRITU DE INDEPENDENCIA.

La renuncia que hizo la Francia de todas sus posesiones del Canadá y de todos los países situados al oriente del Misisipi, cambiaba enteramente la situación de los Indios, experimentando principalmente los efectos de esta cesión los que vivían al mediodía de las grandes lagunas. Los Franceses habían ocupado allí muy pocos establecimientos, y al rededor y al abrigo de estos apostaderos habían formado algunas plantaciones, cuyo incremento

era muy poco sensible; en tiempo de guerra estas posiciones ofrecían medios de defensa y puntos de reunión, y en tiempo de paz aseguraban las comunicaciones del comercio y proporcionaban mantener relaciones con muchas tribus, de que nacía una mutua confianza entre estos y los Franceses.

Los pueblos indios que se hallaban entre las colonias de Francia é Inglaterra tenían por otra parte grande influencia en las desavenencias de los dos gobiernos, porque tanto el uno como el otro necesitaban contemplarlas, atraerlas á su alianza y tenerlas por auxiliares.

Esta importancia política de los Indios ya no fué la misma cuando no tuvieron por vecinos mas que una sola potencia europea, y cuando se vieron rodeados y como sitiados por sus posesiones. La cadena de apostaderos fortificados que ocupaban á la sazón los Ingleses á su alrededor, se componía de los fuertes Frontenac y Niagara, cerca del lago Ontario; los de Buffalo, Peninsula y Sandusky, al mediodía del lago Erié; los de Miamis y del Estrecho, hácia su extremo occidental, y los de San José, Bahía Verde y Michillimakinac, al rededor del lago Michigan; al occidente tenían los fuertes Illines, Chartres y Kaskaskia, y en el interior los de Vincennes, á orillas del Wabash, de Massiac, cerca del embocadero del Tennesé, de William, hácia el del Kentucky, y de Pittsburgo, á orillas del Ohio.

Los Indios, en cuyo territorio se hallaban diseminados estos varios apostaderos, viéndose sin el auxilio de una potencia que solía protegerles, empezaron á temer por su existencia; pues consideraban aquellas fortalezas como eunas de otras tantas colonias, y en vista de los rápidos adelantos de la Inglaterra en todas las rejiones que ya había sometido, sospechaban que cada uno de aquellos nuevos establecimientos se ensancharía igualmente, y que todas las naciones americanas, echadas unas sobre otras, perderían finalmente todos sus territorios. Dominados de esta opinión, que tantas pérdidas suce-

sivas había acreditado, trataron los Indios de unirse entre sí y evitar con un ataque imprevisto los peligros de que se creían amenazados. Esta confederación se formó en 1763, y á su frente pusieron los Shawaneses, los Delawares y los Indios del Ohío: distribuyéronse entre todas las tribus las operaciones de la guerra, y simultáneamente fueron atacadas por los pueblos indios más inmediatos todas las fortalezas que los Ingleses acababan de ocupar en las fronteras de su nuevo territorio. La mayor parte de estos apostaderos tenían muy corta guarnición, pues fiados en lo reciente de la paz estaban descuidados, y por esto era más fácil el triunfo del enemigo. Apoderáronse los Indios de todos los fuertes, excepto de los de Niagara, el Estrecho y Pittsburgo, por tener más crecidas guarniciones y estar mejor provistas: la primera ni tan solo fué atacada, la segunda la defendió con bizarría el mayor Glodwin contra los Ottowais, y el fuerte Pittsburgo, mandado por el capitán Ecuier, resistió al primer ímpetu de los Indios del Ohío. El coronel Bouquet conducía al socorro de esta plaza una división que primero se dirigió al fuerte Ligonier, y en seguida pasó á marchas forzadas al valle de Bushy-Run; sus desfiladeros parecían despejados, pero el día 5 de agosto de 1765, los Ingleses se vieron repentinamente envueltos en una nube de enemigos que acudían de todas las alturas inmediatas, y por todos lados los acosaron en aquel angosto paso. Tienen los Indios un modo de pelear que les hace siempre temibles en los países arbolados y montañosos: hacen frecuentes escaramuzas, preparan emboscadas, permanecen quietos días enteros, esperando en silencio la llegada del enemigo; si huyen cuando se ven demasiado débiles, vuelven cien veces á la carga en otros puntos, usan de ardidés hasta en su retirada, y finalmente, como no se les alcanza en la carrera, es menester envolverlos por todas partes para aterrarlos.

En una serie semejante de acciones, que principiaron al mediodía y

no concluyeron hasta la noche, lograron por fin las tropas inglesas desalojar á los Indios de todas sus posiciones; pero al día siguiente, al despuntar la aurora, fueron nuevamente atacados por fuerzas aun más numerosas. El coronel Bouquet resolvió acabar con un golpe decisivo; y cuando estuvo ya empeñada la acción, mandó replegar el centro de su línea con la mira de llamar hácia aquel punto las principales masas de los Indios; efectivamente, precipitáronse estos en el paso que acababan de abrirles los Ingleses; los cuales iban rápidamente á formar una emboscada en una altura cubierta de bosque donde no podían ser observados sus movimientos; y saliendo de repente y atacando con ímpetu los flancos del enemigo, no pudo este, asombrado y aterrado con una carga tan imprevista, ni sostener el choque, ni volver libremente á sus profundas guaridas. Perrieron un sinnúmero de Indios en los dos días 5 y 6 de agosto, y esta fué la última tentativa que hicieron; con lo que el coronel Bouquet pudo proseguir su marcha hácia Pittsburgo, donde llegó cuatro días después con el convoy, aunque no entero, por haber tenido que destruir todo el que llevaban los muchos caballos que se habían perdido en tan penosa y peligrosa marcha. Ya había cumplido el objeto de su expedición, que era proveer de víveres á Pittsburgo; los Indios, desalentados por dos derrotas consecutivas, abandonaron el sitio de la plaza, y el coronel Bouquet, no viéndose con bastantes tropas para perseguirlos en sus bosques, volvió á tomar cuarteles de invierno en Pensilvania.

Los salvajes se corrieron por los valles del Ohío, sin creerse seguros hasta haber llegado al Muskingum. Allí recojieron sus fuerzas, buscaron otros aliados y esperaron la primavera próxima para renovar las hostilidades, y llevar otra vez la desolación á las fronteras. Pero el general Gage, en quien recayó el mando de las tropas británicas, preparó contra ellos dos expediciones, la una, á las órdenes del coronel Brads-

treet, para obrar contra los Viandots, Ottowais, Chipewais y otras naciones ribereñas de los grandes lagos, y la otra, mandada por el coronel Bouquet, para atacar, como en la campaña anterior, los pueblos situados entre los lagos y el Ohío. Brads-treet se dirigió rápidamente á Sanduski, volvió á tomar posesión de todos los fuertes del noroeste, logró contener á los Indios en sus comarcas y les redujo á pedir la paz; pero los preparativos de la expedición del mediodía requería mucho más tiempo, y las tropas que la formaban no pudieron llegar á Pittsburgo hasta el 17 de setiembre de 1764. Con la proximidad del peligro víéronse apurados los Indios del Ohío, por lo que enviaron al coronel Bouquet varias diputaciones para negociar la paz; pero como aun eran ambiguas sus proposiciones, y este jefe quería poner término á sus irresoluciones, penetró más al interior de su comarca, llegando hasta los valles de Beaver-Creek y Muskingum; y no pudiendo los Indios contrarrestarle le hicieron pedir, en 17 de octubre, una conferencia para el día siguiente. Acudió á ella el coronel con un cuerpo de tropas de línea, voluntarios virjínios y caballería ligera; los caudillos de los Delawares, Shawaneses y Senecas vinieron en persona con sus principales guerreros: aquel, después de haberles reproducido las infracciones que habían hecho á sus anteriores promesas de amistad, no quiso consentir en otorgarles la paz hasta que hubiesen entregado todos los prisioneros que aun tenían, diciéndoles: «Conmigo están los parientes y amigos de los que vosotros os habeis llevado; todos quieren vengarse y piden una satisfacción. Los Ottowais, los Chipewais, y los Viandots han hecho ya la paz; nosotros somos señores del curso del Ohío, del Misisipi, del Miamis y de los lagos; os tenemos cercados por todas partes, y nos sería fácil estirpar vuestra nación entera; pero no queremos trataros con rigor con tal que en el término de doce días nos conduzcais todos vuestros prisioneros, sin es-

cepción, bien sean ingleses y franceses, hombres, mujeres y niños, bien sean todos los negros que igualmente habeis detenido.»

Ya el primer día los Delawares entregaron diez y ocho Europeos, y como prenda y símbolo de los demás que debían entregar, que eran en número de ochenta y tres, depositaron un lío de otros tantos tallos de plantas tiernas. Los Shawaneses dudaban en tomar semejante compromiso, por lo que el coronel Bouquet penetró en su país hasta las riberas del Scioto, y entonces se sometieron á devolver igualmente los prisioneros. El 9 de noviembre ya habían llegado al campamento doscientos y seis, y el mismo día se tuvo otra conferencia para tratar de la paz; los Senecas y los Delawares fueron los primeros en concluir, y su orador Kiyashuta, al ofrecer los collares ó presentes de costumbre (véase la lámina 42), dijo: «Ofrezco este wampum para enjugar las lágrimas de vuestros ojos, y os entrego los últimos hombres de vuestra carne y sangre que quedaban en poder de los Senecas y de los Delawares. Con este otro wampum enterraremos todos los hombres que han perecido en la guerra que el espíritu maligno había promovido, y encubriremos sus despojos con tierras y hojarasca para que no vuelvan á aparecer jamás, y queden de este modo sepultados hasta los rastros de nuestros enconos.» Iguales condiciones se estipularon en seguida con los Shawaneses, los cuales en medio de su derrota conservaron un carácter noble y arrogante, declarando que no renunciaban á la guerra por creerse débiles ó impotentes, sino por conmiseración á sus niños y mujeres.

La llegada de todos los prisioneros al campamento presentó un espectáculo tierno é interesante. Los padres, maridos y hermanos reconocían á sus hijos, esposas y hermanas; otros buscaban en vano los que habían perdido, sin atreverse á preguntar por ellos por temor de la respuesta. Los mismos Indios entregaban con sentimiento sus cautivos, porque ya les habían tomado cariño

y adoptado en sus familias; despedíanse de ellos con los ojos arrasados de lágrimas, y la fuerza de su afecto se los hacía recomendar al comandante inglés. Jamás habían sufrido estos prisioneros el trato de esclavos; antes los Indios dejándoles la vida les habían prohibido y alimentado como á hermanos, hermanas ó hijos, y algunos habían crecido en medio de los salvajes, aprendiendo su lengua y contraído sus hábitos, de modo que era preciso violentarlos para hacerlos volver con los Europeos; hasta hubo algunos que lograron escaparse y se volvieron á los establecimientos de los Indios.

Habiendo conseguido el ejército el noble objeto de su expedición, levantó el campo el 18 de noviembre, y llegó el 28 á Pittsburgo, desde donde se mandaron guarniciones á los varios apostaderos. Los prisioneros se dirijieron al país de su nacimiento, y á principios del año 1765 regresó el coronel Bouquet á Filadelfia, donde los representantes de la Pensilvania le dirijieron felicitaciones de agradecimiento, tanto á él como á sus soldados. Igual obsequio les hicieron los representantes de la Virginia; y el rey de Inglaterra Jorge III honró los méritos del coronel, nombrándole brigadier general de sus ejércitos y confiándole un mando en las provincias meridionales de América.

Quando la paz estuvo restablecida en las rejonés occidentales de los Apalaches, los gobernadores de las colonias inglesas, ensanchadas con tan vastos territorios, trataron de reconocer la estension y los recursos de sus nuevas posesiones. Cada colonia, cuyos límites estaban antes fijados en la cordillera, iba á estender sus derechos hácia el poniente hasta las riberas del Misisipi; y estas nuevas rejonés ofrecían morada á los enjambres de su poblacion y á los emigrados que aun les enviaria la Europa; aquellas fértiles tierras iban á ser beneficiadas, y el comercio iba á abrir nuevos caminos por entre aquellos bosques y zarzales. Verdad es que esas comarcas no las había

adquirido la Inglaterra sino de otra potencia europea; pero este título de posesion bastaba á los nuevos ocupantes, sin contar para nada los derechos de los indijenas, cuyas naciones eran consideradas como tribus salvajes, creyéndolas sin propiedad alguna por que vivian errantes en los bosques y asemejándolas á unos viajeros que atraviesan un territorio sin ocuparle y sin tener allí ninguna soberanía. Con que venia á suponerse que el derecho de jentes solo es aplicable á nuestras sociedades civiles, siendo así que debe ser estensivo á la humanidad entera.

Al recorrer varios puntos de estas comarcas se descubrieron los primeros vestijios de algunos monumentos antiguos, que parecian corresponder á una nacion mas adelantada en el estado social. Unos tenian la forma de cerros piramidales; otros se estendian en los llanos á semejanza de atrincheramientos, y otros seguian el contorno de la cumbre de una montaña, abrazando espacios mas ó menos dilatados. Las mas de estas líneas de circunvalacion solo consistian en obras de tierra, acompañadas de un foso paralelo, de donde se habian sacado los materiales para la construccion de aquellas, y tambien se habian empleado de trecho en trecho algunas piedras informes.

Estos diques ó cercas solian estar construidos hácia la confluencia de los rios, y por esto se ha calculado, que ó bien estaban destinados á contener los rios en su alveo é impedir la inundacion de los llanos inmediatos, ó bien á proteger contra las invasiones del enemigo á los habitantes de una ciudad ó de una vasta comarca. El temor, del peligro y el deseo de alejarle han sujerido en muchos países medios análogos de defensa, sin que hayan tenido necesidad los pueblos de imitarse unos á otros. Para esplicar esta semejanza basta tener presente que la marcha natural de la especie humana es un estado progresivo, y que las artes que orijina la necesidad se valen á menudo de los mismos procedimientos; esta observacion puede haberse hecho en varias comarcas del antiguo y

del nuevo mundo, donde los pueblos habian salido del estado salvaje y dado los primeros pasos hácia la civilizacion (véanse las láminas 37, 38 y 39).

No trataremos ahora de investigar los misteriosos anales de un antiguo pueblo sobre el cual no nos ha quedado clase alguna de tradicion histórica: lo único que podremos decir es, que muchas jeneraciones posteriores han pasado sobre su tumba, como lo atestiguan los viejos bosques que hoy dia coronan sus monumentos. Los mismos árboles renuevan allí su verdor hace ya ocho ó diez siglos, cuya edad es fácil reconocerles por el número y sucesivo desarrollo de sus capas concéntricas. Pero este indicio, de una remota antigüedad, es el único que nos ha dejado la naturaleza; y cuando quereamos descubrir cuál fué esa nacion, de qué país era oriunda y á qué grado llegó de progreso social, la duda, las conjeturas y los sistemas se interponen al instante. Como está rota la cadena de los sucesos, trátase de substituir las probabilidades á los hechos, remóntase á los siglos fabulosos, pues cada tierra tiene los suyos, y se cree que el exámen crítico de algunas tradiciones maravillosas podrá tal vez guiar á descubrir la verdad.

Era fácil llegar á saber si estos monumentos encerraban algun vestijio de sus fundadores; y escavando la tierra de esas informes pirámides, levantadas por las manos de los hombres, se halló que encubrian las osamentas y el polvo de sus antepasados. Los conos mas elevados encierran mayor número de despojos; cada año iban levantándose con nuevas capas de tierra en que se hallan diseminados iguales restos; algunas veces están cubiertas con una capa de piedra; recibe á su vez las cenizas de otra jeneracion, y cada capa sucesiva se enriquece con estos fúnebres despojos.

Las proporciones de estos monumentos son mucho mayores en los países del mediodia que en los del norte; y por la cantidad de estos despojos mortales puede calcularse que

efectivamente la poblacion fué mas numerosa en los países de suelo fértil y clima mas dulce. Además parece que despues de haber enterrado por separado y en los mismos puntos, á todos los que habian perecido, luego se reunian en un mismo monumento todos estos restos dispersos. Este traslado se hacia con algunos ritos solemnes, y hemos ya notado que las naciones americanas han conservado su uso: el respeto que tienen á las tumbas está fundado en los sentimientos de la naturaleza, en el pesar de haber perdido á los que estimábamos, y en el deseo de honrar su memoria.

Estos lugares de entierro debian estar cerca de las habitaciones; por eso se encuentran con frecuencia cerca de los recintos fortificados. Pero tambien se ven muchos aislados en la llanura, como posteros indicios de una poblacion antigua, de cuya existencia han desaparecido todos los demás vestijios. Escavando en estas tumbas antiguas, se han hallado en ellas algunos restos de vasos de arcilla, armas ú otros instrumentos de piedra groseramente labrada, ó de cobre roido por el tiempo; pero no se ha encontrado utensilio alguno de hierro, que fuese anterior á la llegada de los Europeos.

Los principales monumentos de estas antigüedades americanas han sido descubiertos en las orillas del Ohio y de sus afluentes, en los territorios donde se construyeron consecutivamente las ciudades de Marietta, Circleville, Newark (véase la lámina 38); otros se han hallado en las orillas del Miamis (véase las láminas 37 y 39); y otros en el país de los Illineses. El jénero de construccion es idéntico; pero los planes y las proporciones se diferencian y todos estos trabajos parecen remontarse á una nacion que ya no existe.

La tradicion mas acreditada y mas comun es que esta nacion, no enteramente civilizada, fué destruida y reemplazada por otros pueblos mas bárbaros. Estos, despues de haberse apoderado del suelo, asolaron los monumentos, hollaron las ruinas

bajo sus piés, y las dejaron usurpar por la invasion gradual de los bosques que echaron raíces entre ellas. Vencedores y vencidos parecen haber venido del noroeste: todas las relaciones de los sachems y ancianos indios concurren á atribuir este camino á las diferentes naciones de América. Desde el mismo tiempo del descubrimiento, los naturales del país manifestaron esta opinion á los Europeos: les habia sido trasmitada de padres á hijos por sus antepasados; y los documentos recojidos posteriormente sobre las emigraciones de los pueblos y analogías de sus rasgos, idiomas, y monumentos que han dejado, hacen presumir que las estremidades nordeste de Asia pudieron enviar á América muchos enjambres de habitantes, y que entre los hombres que pasaron de un país á otro, sea recorriendo de isla en isla los archipiélagos intermedios, sea por el caso fortuito de los vientos y naufragios, los unos fueron sedentarios y cultivadores, y los otros permanecieron cazadores y nómadas. Estas diferencias de condicion no escluyen un comun origen; pero parecen indicar muchas emigraciones sucesivas, cada una de las cuales ha tenido su carácter, y de las que no ha borrado el tiempo todas las señales.

En los países civilizados, los anales de los pueblos son muchas veces atestiguados por inscripciones que vienen á ser los primeros monumentos de su historia; ¿pero qué esplicaciones hemos podido hasta aquí obtener de algunos caracteres, trazados en otro tiempo por pueblos americanos? El mas notable de los cuadros simbólicos que han dejado es una serie de figuras y líneas irregulares, grabadas en un peñasco, cerca del río Faunton, en la colonia de Massachusetts (véase la lámina 40). A primera vista solo queda uno admirado de una mezcla de signos raros y confusos; pero en medio de este caos se distinguen muchas cabezas humanas; se ve evidentemente que esta reunion de imágenes se dirige á algunos hombres y á sus acciones; y se las podria mirar como un

monumento que dejó á las orillas del mar algun pueblo que habia estendido sus conquistas hasta el punto en que le faltó la tierra.

Algunas veces, recorriendo los bosques de los Indios, se observan aun en el tronco de los árboles signos parecidos, cortados en la corteza ó pintados groseramente con un color vivo y brillante; ya indicando con un emblema el nombre de una tribu salvaje, ya las lunas y los dias en que combatieron los guerreros, las victorias que los han señalado y el número de cabelleras quitadas al enemigo. El exámen de estas figuras conmemorativas que aun emplean los Indios, conduciria quizas á esplicar las que un antiguo pueblo habia grabado en las peñas y cuya forma era también bárbara.

El trabajo de los vasos de arcilla que se han sacado de los sepulcros pareciera indicar una nacion mas adelantada en las artes, pero esta clase de utensilios se perfecciona muy fácilmente; muchas veces la misma naturaleza dió la forma; su modelo se encuentra en la capa fibrosa ó compacta de algunos frutos. La nuez del coco, las calabazas, y otras cortezas semejantes eran los primeros vasos; se imitó su figura; y la necesidad hizo variar su fabricacion.

Se han podido reconocer, en las escavaciones que han hecho encontrar algunos de estos restos, los vestigios de muchas poblaciones de animales cuyas familias ya no existen. Una de estas especies gigantescas se inclina á la forma del elefante; pero escede sus proporciones; la diferencia de su dentadura supone otra en la manera de alimentarse: en América se le da el nombre de Manmouth, y los naturalistas lo han colocado en la clase de los mastodontas.

Antiguas razas humanas no son pues las solas que han desaparecido del nuevo mundo; el tiempo y las revoluciones físicas han destruido allí otras jeneraciones: sus huesos, sepultados en las profundidades de la tierra, mezclados con sus diferentes capas y convertidos al estado fósil, atestiguan su elevada antigüedad

y cada una de estas especies ha tenido su lugar y su reinado. Tantas capas de tierra y de rocas, tantos vestigios de animales terrestres ó marítimos, tantos minerales puestas en fusion en los arsenales de los volcanes y arrojados por sus erupciones, han sido amontonados desordenadamente, ó colocados regularmente sobre la faz del continente americano, de manera que se puede notar, al comparar entre sí las dos grandes partes del mundo, que ambos hemisferios, sometidos á leyes comunes, han recibido también sus producciones y sus especies vivas, análogas en los países que han podido corresponderse entre sí, distintas en los que no han tenido unos con otros comunicacion alguna.

El interés del asunto nos ha conducido á esta digresion; pero el género de obra que hemos de escribir no nos permitira darle mas estension y entrar en investigaciones de filología, de arqueología y de historia natural que harian perder de vista la serie de los sucesos y las consideraciones anejas á su examen.

Después de la paz de 1763, mas se ocupaban en América del deseo de conocer bien su situacion actual que de investigaciones especulativas acerca del origen y las antigüedades de los habitantes. Ya no se limitaron á visitar las rejiones situadas al otro lado de los Alleghans, y después de haber penetrado hácia el occidente, quisieron probar otros descubrimientos al noroeste. En 1766, emprendió el capitán Carver un viaje en aquella direccion; recorrió el lago Michigan y la Bahía Verde; pasó del río de los Zorros al Wisconsin, navegó en el alto Misisipi, donde reconoció la entrada del río Santa Cruz y volvió al de San Pedro, que subió hasta en medio del país de los Nadouessis. Luego hizo Carver un reconocimiento igual en la orilla izquierda del Misisipi: entró en el río de los Chippeways y recorrió todo el país que lo separaba del lago superior. Este viaje entre las tribus indias del noroeste manifestó que todas pertenecian á pueblos cazadores y pescadores; solo modificaba

su género de vida su situacion en medio de los bosques ó de las praderias ó sobre las riberas de los lagos y de los rios.

Semejantes escursiones iban acompañadas de fatigas y peligros; pero presentaban á los viajeros un objeto muy digno de su meditacion: es indudablemente un magnífico espectáculo aquel en que se pueden abrazar y comparar entre sí los dos extremos de la vida social, el limite en que empieza el origen de los pueblos y aquel en que se recojen los frutos de la civilizacion. Semejantes comparaciones acarreaban el que se tuviese compasion de la situacion de los salvajes; pero se hacian pocos esfuerzos para cambiarla; y si á veces se levantaban algunas voces para proclamar los deberes de las sociedades cultas para con las naciones aun en la infancia, eran un estéril homenaje que se rendia á los derechos de la humanidad.

Otro interés que el de los aborígenas ocupaba entónces á las colonias inglesas; ante todo procuraban mejorar sus relaciones con la metrópoli, defenderse de las usurpaciones de su autoridad y por último desembarazarse de las trabas y de las cargas que empezaban á sufrir con mayor impaciencia.

Al estudiar la historia de las colonias, se podia notar que la Europa las habia arrastrado en todas sus guerras. La parte que habian de tomar en las hostilidades era el resultado inevitable de su dependencia; tenian que pelear por todas partes donde encontrasen súbditos de una potencia enemiga; y en cualquier parte en que la querrela hubiese empezado, pronto se estendia de un continente al otro. Esta sujecion habia espuesto las colonias á numerosos ataques y les habia hecho comprar tantas veces con sacrificios los socorros necesarios para su seguridad, de manera que los habitantes no deseaban empeñarse ya mas en guerras europeas, y solo tener que pelear de allí en adelante para la defensa de sus propios intereses y de su territorio.

La situacion de las colonias du-

rante la paz les hacia sentir aun mas habitualmente la necesidad de conservar integros sus privilegios políticos y comerciales; discutian sus derechos; y la libertad de opiniones de que habian constantemente gozado les habia hecho contraer la costumbre de analizar los principios de la riqueza pública; no se limitaban á valuaciones inciertas; hacian materialmente todos los cálculos; y esta regla, propia para sorprender todos los ánimos, daba mas precision y valor á las reclamaciones.

Cuanta mas actividad adquiria entonces el comercio de las colonias, mas estaba interesado en librarse de reglamentos rigurosos cuya aplicacion se hacia mas frecuente. Habian concurrido diferentes causas al desarrollo de sus relaciones y llegaron á conocer que el engrandecimiento del comercio de un pueblo no está solo en proporcion de los progresos de su poblacion; se rige tambien por los de su industria y de su bienestar. Una sociedad naciente se limita á satisfacer necesidades indispensables; pero despertada en su seno el amor al trabajo, la emulacion y todos los sentimientos que la conducen á estender la esfera de sus facultades y de sus goces, su industria sigue el mismo progreso; las artes entran en la ciudad; se ayudan mutuamente; aseguran las bases de la prosperidad y del orden público y concurren á ese desarrollo de las facultades humanas que es el mas noble objeto á que pueden llegar las sociedades.

Puede uno convencerse, al observar ese rápido vuelo de la industria en las colonias inglesas, que jamás se habia debilitado hacia mas de un siglo, y que habia sido mucho mas rápido desde el año 1748, época del tratado de Aquisgran. El estado que se hizo de las diferentes operaciones de este comercio durante los veinte años siguientes, manifiesta que, en este tiempo, habia puesto anualmente en circulacion una suma media de sesenta y cinco millones de francos, ya fuese por las ventas, ya fuese por las compras, y que el valor de las esportaciones de la Inglaterra

para la América escedia en diez y seis millones anuales al valor de los productos que de ella recibia. Este balance era favorable á la metrópoli; pero las colonias, para pagar el saldo de cuenta que tenian que remitirla, se aprovechaban de los beneficios de su comercio con las Antillas, las costas de Africa y el mediodía de Europa. Las esportaciones que habian hecho para estos países en 1769 habian escedido en siete millones de francos el valor de sus importaciones; la mayor parte de las mercancías que allí vendian eran pagadas en numerario, y una gran parte de este volvia á Inglaterra. Con todo les quedaba aun que llenar un déficit anual de nueve millones, y renovándose anualmente esta carga hacia proveer el aumento gradual y rápido de una deuda, bajo cuyo peso podrian ser un dia arruinados, á menos que el comercio de las colonias con otros estados adquiriese nuevos desarrollos. Esta estension se hacia necesaria á su prosperidad y cuando la embarazaban las leyes prohibitivas de la metrópoli, se abria entre las colonias inglesas y las posesiones del exterior un comercio de contrabando, tanto mas lucrativo cuanto que se libraba de las tarifas gravosas impuestas por la Inglaterra y que podia fácilmente burlar la vijilancia de la administracion de las aduanas, porque hacia sus desembarcos en un litoral inmenso y de fácil acceso. Con todo la base de un tráfico prohibido es siempre tan frágil, que las colonias deseaban obtener de una manera legal relaciones libres con el exterior.

Las restricciones puestas á su comercio eran particularmente perjudiciales á el de Boston, que era entonces la ciudad mas rica y populosa; pero tambien se hacian sentir en las otras colonias cuyos intereses se hallaban unidos á los suyos. La causa de todas las provincias se hacia una misma; el Massachusetts, al sostener sus propios derechos, podia contar con el apoyo de la opinion jeneral, y las resoluciones cuya iniciativa tomaba, pronto recibian la aprobacion de todo un pue-

blo; pues se empezaba á dar este nombre á los habitantes de las colonias; y esta denominacion, que parecia ya erijir en cuerpo de nacion muchos países cuyos intereses eran los mismos y cuyos deseos eran unánimes, iba á dar á sus movimientos un nuevo carácter de grandeza.

Las colonias inglesas se habian acostumbrado á mantener durante la guerra unas con otras numerosas relaciones. La necesidad de defenderse era una misma para todas; exijia que sus medidas estuviesen concertadas y que sus contingentes militares pasasen luego á las fronteras amenazadas, para tomar parte en las mismas espediciones. Las colonias de la Nueva Inglaterra, desde los primeros tiempos de su formacion, habian dado el ejemplo de estas asociaciones: todas las guerras que estas provincias habian tenido, ya con el Canadá y la Acadia, ya con la Nueva Béljica, ya con las diferentes naciones salvajes, vecinas á sus posesiones, les habian dispuesto á unir sus intereses, sus consejos y todos sus medios de ataque ó de resistencia.

A medida que los dominios de la Gran Bretaña en América fueron estendiéndose á lo largo de las costas del Océano, y que estuvo espuesta una mayor linea de fronteras occidentales al azote de la guerra, todas las colonias interesadas en seguir juntas sus operaciones militares se unieron las unas á las otras. Una parte de las tropas encargadas de su defensa era enviada por la metrópoli: las demás eran levantadas en el mismo país: cada gobierno local tenia sus soldados, destinados en primer lugar á vijilar sobre la seguridad de sus hogares, y despues á socorrer todos los puntos amenazados. Estas tropas americanas, menos regulares y ejercitadas que las de Europa, tenian sin embargo sobre estas la ventaja de conocer mejor el país, de estar mas acostumbradas al modo de batirse de los Indios, de saber evitar sus celadas, y de oponerles arduos iguales. Las milicias levantadas en América bajo diferentes nombres, fueron luego la fuer-

za principal de las colonias: su número siguió el aumento de la poblacion, y este país pudo empezar á contar consigo mismo para asegurar su propia defensa cuando la Inglaterra hubo adquirido todas las colonias francesas situadas al norte de sus posesiones, y todas las que se estendian entre la cadena de los Apalaches y el Misisipi. No habia ya batallas con tropas europeas: las naciones indias eran las únicas á quienes hubo que disputar el territorio, y sus recursos estaban de tal manera reducidos que las colonias no tenian necesidad para contenerlas de socorro alguno de la metrópoli. Los tribus salvajes podian cometer devastaciones en las fronteras, y llevar el estrago á las habitaciones aisladas: pero muy pronto recibian el castigo de estas violaciones, y cada guerra en que se empeñaban solo aumentaba su impotencia.

Las colonias inglesas que se habian engrandecido en medio de esta larga serie de pruebas, reconocieron que tenian en sí mismas un principio de existencia. Estaban animadas de ese sentimiento de confianza y arrogancia que es consiguiente á la fuerza: calculaban los privilegios que debian tener, los que se les habia concedido, y los que les rehusaban aun, deseaban aprovechar el retorno de la paz para mejorar su situacion y dar mas sólidas bases á su prosperidad. La metrópoli, que habia observado sus progresivos aumentos, quiso á lo menos gobernarlas á su gusto, y procuraba conservar el ascendiente necesario sobre las colonias para continuar reteniéndolas en la dependencia. Hacia mucho tiempo que habia modificado la mayor parte de las cartas antiguas que les habian sido otorgadas, y hecho prevalecer la autoridad real sobre la de los propietarios ó compañías que habian obtenido las primeras concesiones: pero al tratar de simplificar y reforzar su poder, no habia tocado los derechos de los ciudadanos, ni los que tenian de su patria nativa y que eran inherentes á la cualidad de Ingles: el juicio por jurados era uno de sus privilegios; y

de este modo el sistema representativo era la base de sus constituciones coloniales. Los habitantes votaban en las asambleas los impuestos, las leyes, y los reglamentos de administración local; y la sanción real, necesaria á la mayor parte de sus actos, era generalmente concedida á todos los que no se oponían á los derechos y legislaciones de la metrópoli; pero cuando sus intereses y los de las colonias chocaban, cada una de las dos autoridades probaba de estender su prerrogativa, y la línea de demarcación era trazada con demasiada vaguedad para no ser muchas veces objeto de litigio.

Las restricciones puestas por el gobierno británico al comercio de estas posesiones lejanas, habían sido al principio consideradas como una compensación de los gastos que tenía que hacer para protegerlas: y las colonias podían guardar sus relaciones con la metrópoli, y observar un sistema de cambios entre sus productos territoriales y sus artículos fabricados, mientras no estuvieran en estado de proveer con su propia industria una parte de sus necesidades; pero luego que tuvieron fábricas y estuvieron interesados en abrir comunicaciones directas con otros países, fué necesario modificar los reglamentos esclusivos con escepciones, después de haber sido quebrantados con violaciones clandestinas que tenían por resultado desacreditar la ley antes de hacerla abolir.

Las nuevas facilidades que tuvo que conceder la Inglaterra á las colonias, la dejaban sin embargo la ventaja de poner tarifa á este comercio, de fijar sus derechos de importación ó esportación y de limitar la naturaleza de las producciones y mercaderías de que podía componerse. Estas condiciones no habían impedido que tomase un gran desarrollo; y la cuota de los derechos percibidos por la metrópoli se aumentó en la misma proporción.

Aunque las colonias inglesas no se habían negado al pago de este impuesto, con todo no habían formalmente reconocido su legitimidad. Sus hombres de estado empezaban

ya á sostener el principio de que solo estaban sujetas á los impuestos votados por ellas: este privilegio les parecía inseparable del sistema representativo; las cargas del país debían arreglarse según sus necesidades; sus propias asambleas eran los árbitros de él; y si tenía que satisfacer los gastos de su defensa, también debía repartir las contribuciones destinadas á ese efecto. Este derecho de impuesto, reclamado por las colonias y contestado por la metrópoli, fué la primera causa de sus disensiones, y la animosidad de sus debates produjo finalmente un rompimiento y hostilidades declaradas.

La guerra anterior había acarreado á la Inglaterra una larga serie de expediciones costosas que habían aumentado la deuda del estado. Habían enviado á las colonias todas las tropas y acopios que necesitaban: y el gobierno, que había hecho los adelantos de todos estos armamentos, no había entonces reclamado los reembolsos de su valor: no quería aumentar las dificultades de las colonias en el momento que les imponía la guerra otras cargas. Pero á la vuelta de la paz, esperaba hacer el recobro por medio de los impuestos, y mandó presentar al parlamento la proposición de establecer un derecho de sello en las colonias de América. Este derecho debía pagarse en todos los documentos que tenían que presentarse ante los tribunales de justicia y cancellerías, fuesen civiles ó eclesiásticos, y ante las universidades y juzgados del almirantazgo: se pagaba en las sentencias de los tribunales, en las licencias de comerciar, en los seguros, en las guías, en las obligaciones de pago, en todos los contratos relativos á trasmisión de bienes por herencia, venta ó donación; se extendía hasta á los libros, almanaques, y á todas las publicaciones cotidianas. El producto de esta contribución debía pagarse en Inglaterra á la caja del fisco, donde se guardaría: y en el parlamento dispondría luego de él, para pagar los gastos que pudiesen exigir la protección y defensa de las colonias.

Este proyecto de bill, presentado en 10 de marzo de 1764, no era sino una medida conminatoria, sobre la cual deseaban sondear la opinión pública. Pero al someterlo á este tribunal, volvieron á nacer con mas desabrimiento todas las discusiones suscitadas anteriormente sobre los respectivos derechos de la metrópoli y las colonias. Los partidarios del bill sostenían que el parlamento de Inglaterra tenía facultad de estender sus acuerdos á todas las posesiones británicas, que su privilegio de representación no se limitaba á los dominios de Europa, que los intereses de las diferentes partes del estado no podían estar divididos, y que el gobierno encargado de velar sobre la seguridad de las colonias, reunía á esta obligación el derecho de hacerles concurrir en igual proporción y por medios análogos. ¿No estaba establecido en Inglaterra el impuesto del sello que se proponía para ellas? ¿No estaban sujetas á él todas las transacciones sociales? ¿No tenía por objeto hacer constar la notoriedad y ponerlas bajo la salvaguardia de la fe pública? ¿No era esta cobranza muy lijera en contratos mas ó menos provechosos? ¿No se exigía en actos habitualmente voluntarios y en épocas que raramente se presentan en el curso de la vida? De este modo procuraba en Inglaterra justificar esta medida y se consideraba igualmente lejítimo el derecho de imponerla á las colonias que el de sujetar su comercio á algunas restricciones. Decían, si la Inglaterra ha podido aplicarles los principios de su acta de navegación, si ha tenido fundamento para creer que en cambio de la protección que les aseguraba podía limitar á su gusto sus relaciones comerciales; si por fin, al imponerles algunas prohibiciones, solo ha seguido la regla observada por otras potencias europeas hácia sus colonias, ¿no tiene el mismo origen el derecho que tiene de establecer una nueva contribución, que el de arreglar su comercio?

Estas teorías, y las consecuencias que se quisieron sacar de ellas para comparar dos contribuciones de di-

ferente naturaleza, ofrecieron luego un campo mas dilatado á la discusión. Los adversarios del bill presentado sobre establecer el derecho de sello, habían desde luego manifestado que esta medida fiscal enredaba todos los actos de la vida, y que imponía á los asuntos trabas inútiles y condiciones gravosas. Las colonias habían pasado sin ella mucho tiempo, sin que los intereses particulares sufriesen por ello y sin que los actos del poder y las reglas de la ley fuesen menos respetadas. ¿Para qué imponer á los habitantes un sacrificio nuevo, agravar sus cargas, desconocer sus derechos y hasta ni escuchar á sus representantes? Era abolir su privilegio mas precioso, y trasladar al parlamento británico el derecho de votar sus impuestos. Cuando llegó la discusión á este punto, fueron examinadas con mas rigor las pretensiones legislativas de la metrópoli; y el principio, de que ningún impuesto podía establecerse sobre las colonias por otro poder que el de sus representantes, fué altamente proclamado, no lo era solo por las autoridades públicas; se había esparcido la misma opinión, estaba acreditada en todas las clases de ciudadanos: por todas partes se quejaban de las exigencias de la metrópoli y del yugo que quería imponer á las colonias. No obstante, con su establecimiento y su concurso la Inglaterra había engrandecido su poder; para enriquecerse ella misma se había apropiado una parte de su comercio. Había llegado el momento en que las colonias debían gozar de mejor condición: aspiraban á desembarazarse de las trabas que habían entorpecido sus progresos; sus leyes necesitaban ser modificadas; y un pueblo que se había aumentado hasta tres millones de almas, no se parecía ya á esos enjambres de fugitivos y de proscritos que habían venido, dos siglos antes, á buscar un refugio en aquellas comarcas salvajes.

Y por otra parte: ¿no se había dado á las colonias el derecho de imponer contribuciones interiores en sus primeras constituciones y en las otras

cartas que habian despues obtenido? En 1692 los representantes del Massachusetts habian invocado solemnemente este derecho; luego lo habian hecho los de Nueva York y de las demás colonias del centro y del medio. Se acordaban que en 1739 se habia discutido el proyecto de hacer imponer á las colonias por el parlamento británico; pero que Roberto Walpole, entonces primer ministro, mirando esta medida como peligrosa, habia preferido dejar su cargo y responsabilidad á sus sucesores. Se reprodujo el mismo sistema en 1754; pero iba á encenderse la guerra en las colonias, y para no esponerse á su disgusto, se emplazó la ejecución de este proyecto.

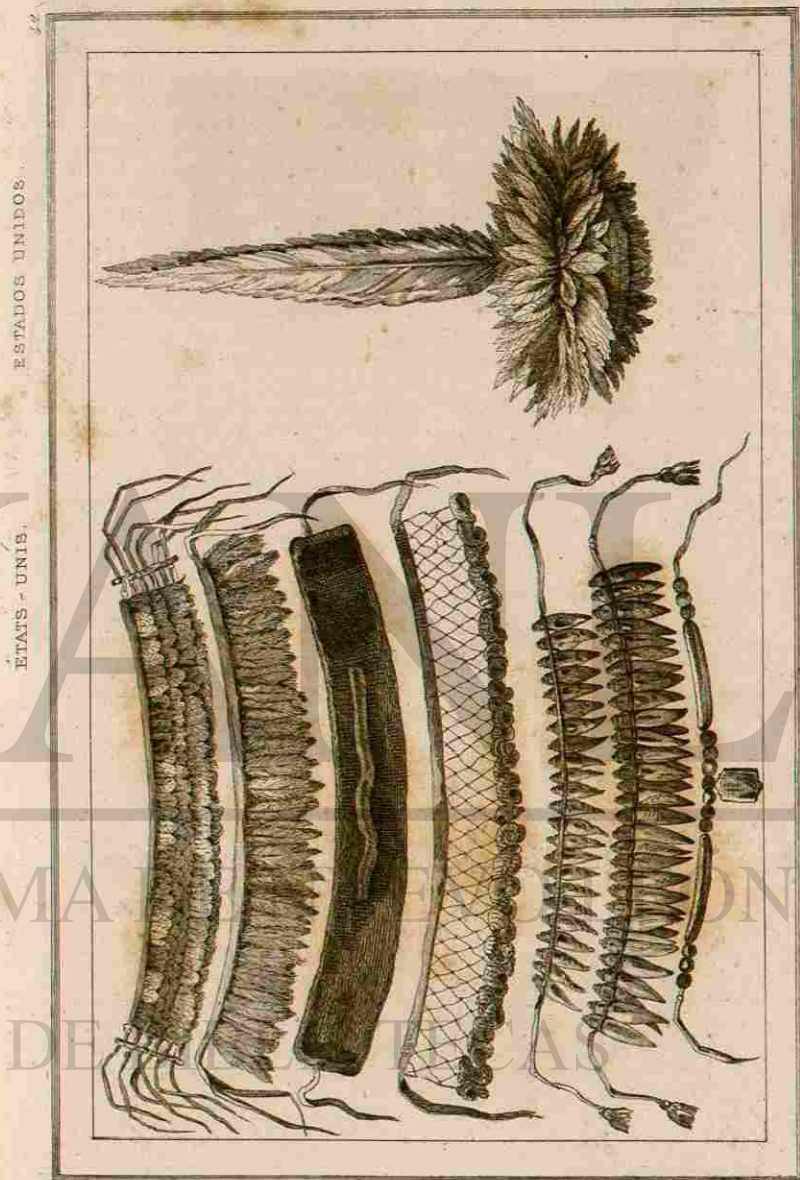
Si el derecho de poner algunas restricciones al comercio de las colonias inglesas era menos contestado en la metrópoli que el de establecer en ellas otros impuestos, con todo hacia nacer un descontento secreto y debilitaba el afecto de estos países para con la madre patria. El gobierno británico no tuvo maña para servirse de un privilegio peligroso que podia estremecer las bases de la prosperidad de las colonias. Los reglamentos que queria mandar ejecutar allí, con la mira de restringir á las producciones de la tierra las exportaciones del país, encontraron una viva oposicion, y los intereses de las colonias parecieron aun mas sacrificados cuando se pusieron nuevas trabas á sus comunicaciones directas con el extranjero.

Aunque se hubiese admitido por principio que su comercio se debia dirigir esclusivamente á la metrópoli, sin embargo se habia permitido despues que la mayor parte de sus producciones fuesen despachadas para otros países, ya con condicion de que serian desde luego enviadas á los puertos de Inglaterra, y que se admitiria á los negociantes ingleses á participar de este beneficio, ya bajo la restriccion de que pagarian un derecho de salida ó de tránsito. Las relaciones comerciales, jeneralmente seguidas entre las colonias del continente y las Antillas, se hallaban tambien sometidas á derechos cuyo mó-

dico valor hizo desde luego que se toleraran sin murmullos; pero se aumentaron las tarifas, se hicieron nuevos reglamentos prohibitivos y el modo empleado en su ejecución los hizo parecer mas molestos. Todos los negociantes de las colonias se deshicieron en amargas quejas, al ver cómo la marina real establecia sus cruceros á la entrada de sus puertos, visitaba con severidad sus buques, hacia muchísimas presas, y unia al rigor de una ley desastrosa todas las formas absolutas de una ejecución militar.

Cada uno de estos agravios, considerado separadamente, no hubiera hecho estallar una insurreccion; pero fomentaba el descontento, aumentaba el número de los motivos de queja, y el sentimiento del mal estado actual crecia de dia en dia con las inquietudes del porvenir; se creian continuamente amenazadas con medidas mas opresoras; y las colonias, perdiendo toda esperanza de ser favorecidas por la metrópoli, consideraron el proyecto de imponerles una nueva contribucion, como el fatal principio de un sistema de impuestos que iba á estenderse progresivamente y á hacer desaparecer sus últimas franquicias.

Finalmente la Inglaterra quiso convertir en ley la proposicion de establecer un derecho de sello; y cuando en 1765 fué reproducido el bill en la cámara de los comunes por Greenville, que era entonces primer ministro, el jeneral Conway fué el único que se atrevió á protestar contra esta medida y declarar que el parlamento se escedia en sus derechos, ya que las colonias no estaban representadas en él. Observaciones tan sabias no cambiaron la opinion de la asamblea. El gobierno se inclinaba á su autoridad; la habia ejercido hasta entonces en cuestiones de comercio y de legislación, y solo consideró los descontentos que se manifestaban en las colonias como movimientos particulares y fáciles de reprimir; tanto contaba con el ascendiente de fuerza y poder de que gozaba desde los últimos tratados de paz. Le fué funesto este des-



ESTADOS UNIDOS.

ÉTATS - UNIS.

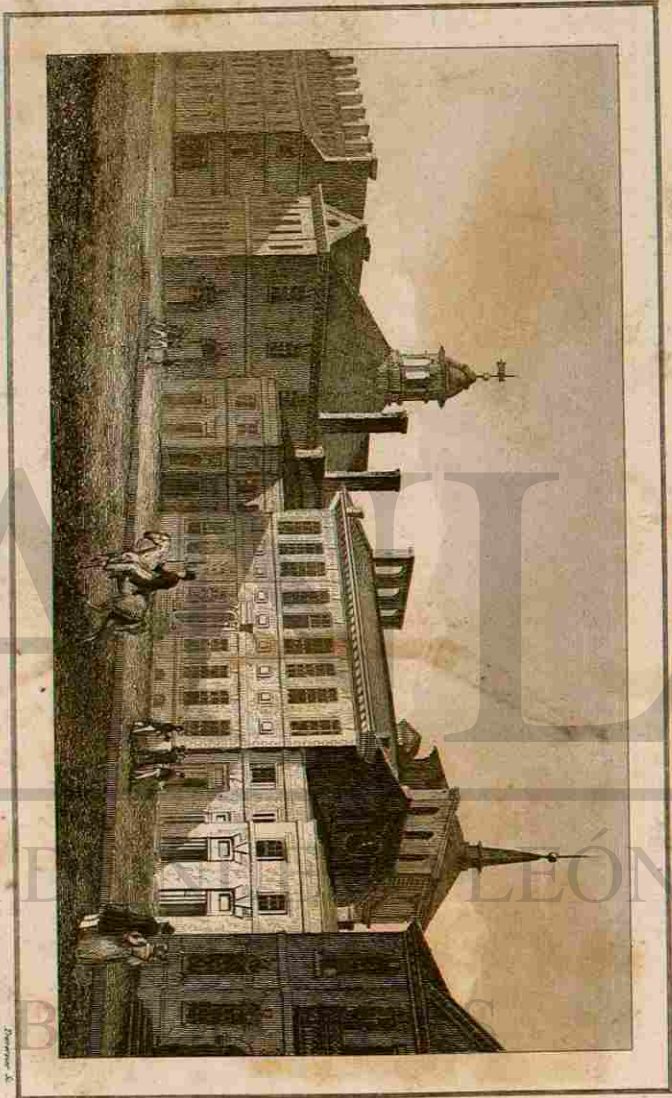
Vampum es adorno de Cabeza.

Wampum es adorno de Cabeza.

R

ETATS - UNIS.

ESTADOS UNIDOS.

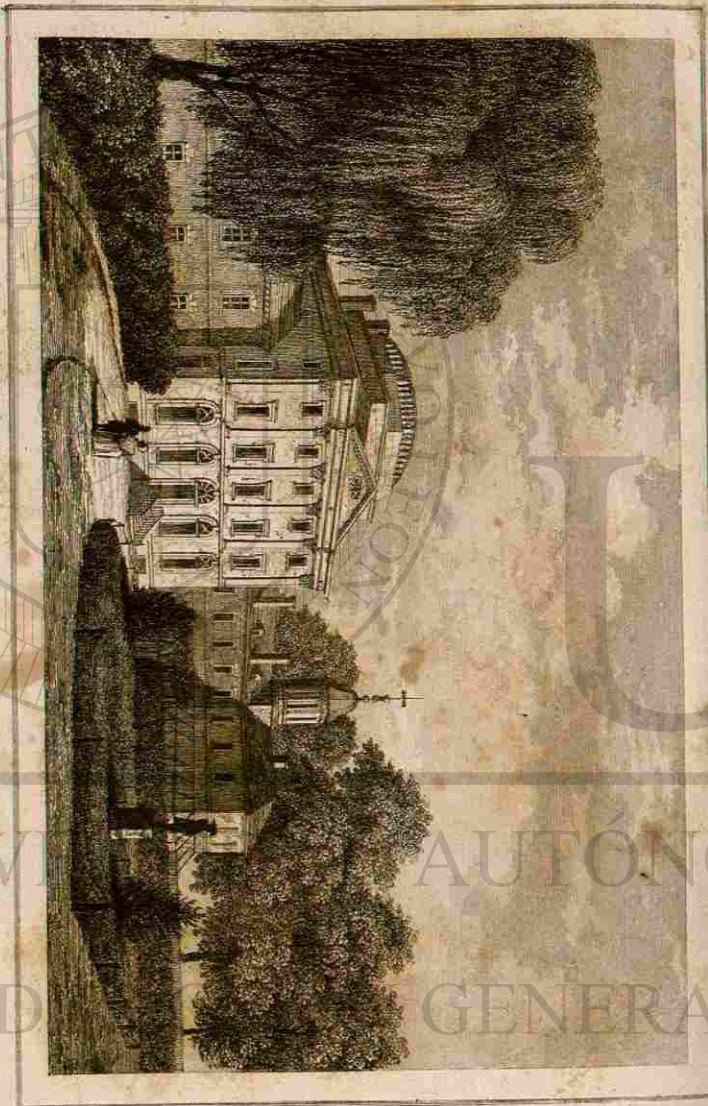


Maison de Ville de Philadelphie.

Casa Consistorial en Philadelphia.

ETATS - UNIS.

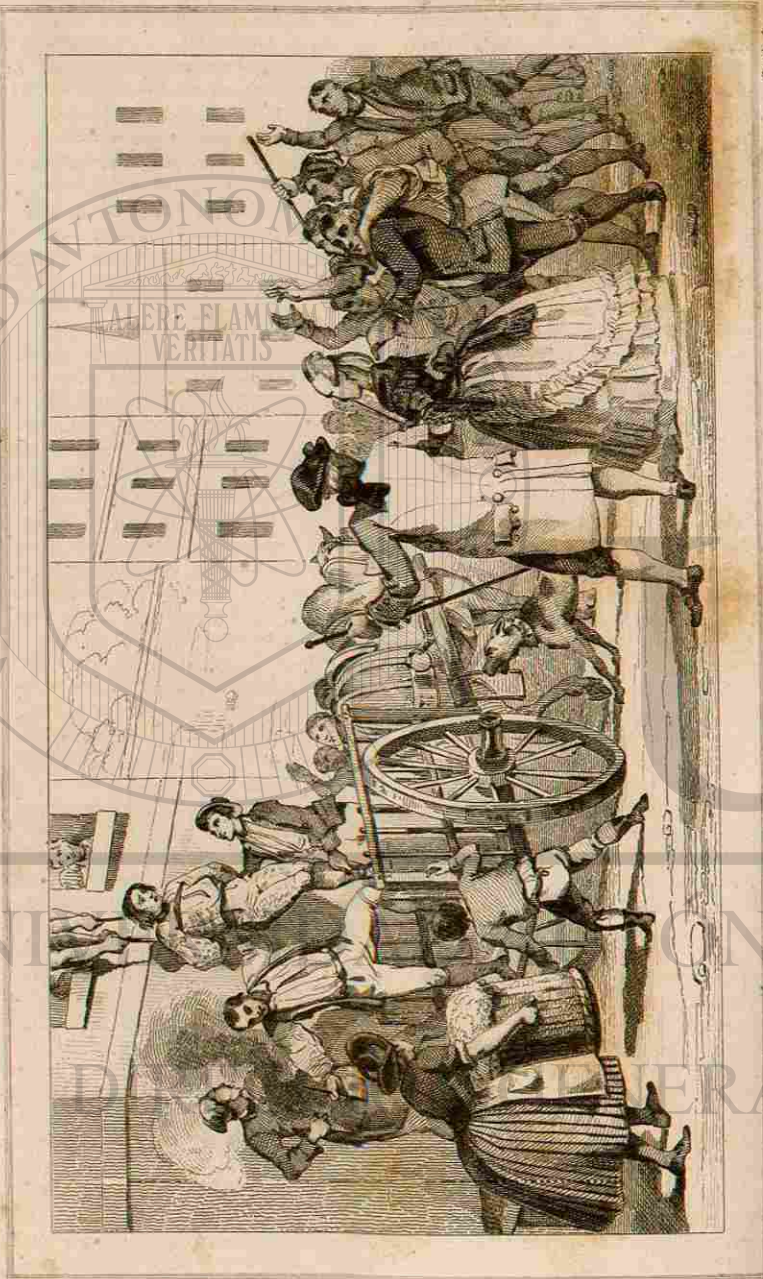
ESTADOS UNIDOS.



Hopital de Pennsylvanie.

Hospital de Pennsylvania.

ESTADOS UNIDOS.



Hombre simplemado

Mujer simplemado

17

precio; su ley enajenó todos los ánimos y la fermentación hizo tan rápidos progresos en las colonias, que no vacilaron ya en manifestar claramente su resentimiento. Viendo que querian detener el vuelo de su industria, resolvieron servirse solo de artículos de sus propias fábricas y no recurrir ya á las de la metrópoli. Boston dió este ejemplo y las demás colonias le imitaron; no se permitió ya la esportacion de lanas: los habitantes se vistieron de telas gruesas, obras de sus propias manos, ó fabricadas en sus telares, aun poco perfeccionados; prefirieron privarse de lo que constituia los esmeros del lujo y los gustos de la vida que sacrificar sus franquicias coloniales. Se habian formado reuniones populares en las principales ciudades para exaltar aun este espíritu de irritación; estas asambleas eran tumultuosas; en ellas se animaban á porfia los unos contra los otros: se empezaba á tener por enemigos del bien público á todos los que no participaban de esta efervescencia y de repente se formó, bajo el nombre de *Hijos de la libertad*, una asociacion de hombres resueltos á pasar á todos los puntos, en que estuvieren amenazadas las instituciones y derechos de las colonias, y donde quisiese llevarse á efecto la ley del sello. Las autoridades públicas, mas circunspectas en sus quejas y mas graves en sus pasos, no autorizaban con una formal aprobacion estas asambleas irregulares, pero toleraban sus clamores; veian en ellas el libre vuelo de la opinion jeneral y de un descontento en cuya prolongacion estaban tambien interesadas. Luego que sesupo en América que el bill del sello, votado por la cámara de los comunes el 7 de febrero de 1765, habia enseguida sido aprobado por la cámara alta y sancionado por el rey, la asamblea legislativa de Virginia declaró que esta colonia no estaba obligada á obedecer una ley que le imponia una contribucion, á menos que esta ley se hubiese votado por sus mismas autoridades. Durante los debates que precedieron á esta declaracion, el gobernador probó de cam-

biar la opinion de la legislatura, disolviendo esta asamblea y mandando se hiciesen otras elecciones; pero todos los miembros que se habian pronunciado contra la ley del sello fueron reelejidos, todos los que habian sido á favor de ella fueron reemplazados, y la declaracion que se queria impedir se hizo unánime. La misma resolucion se tomó en la provincia de Massachusett, y sus representantes convocaron para el 1.º de octubre de 1765 un congreso en el que serian admitidos diputados de todas las colonias, á fin de tomar las medidas de interés público que exijiese la gravedad de las circunstancias. Esta asamblea, celebrada en Nueva York, proclamó el derecho que tenian las colonias de solo ser grabadas con impuestos por sí mismas; resolvió representar á la vez al rey y á las dos cámaras del parlamento, para reclamar este derecho y para obtener el libre ejercicio de la legislacion interior. ¿No se hallaban las autoridades locales por sí solas en estado de juzgar de las leyes y reglamentos convenientes á su situacion? ¿A mil quinientas leguas de distancia podian apreciar sus necesidades y arreglar sus intereses? Las colonias no tenian diputado alguno, órgano alguno en el parlamento; en este solo hallaban defensores benévulos en algunos hombres bastante jenerosos para no sacrificarlas á la metrópoli; pero una proteccion tan impotente no impedia las usurpaciones de la autoridad. Cada dia se multiplicaban los ataques á los privilegios de las colonias; ya no se limitaban á gravar su comercio con contribuciones exorbitantes, llamaban á Inglaterra mucha parte de su numerario, para hacer pagar estos derechos de aduana; procuraban librar del registro de sus asambleas todos los actos de los oficiales civiles ó militares que el rey encargaba de su administracion; y para tener mas fácilmente sujetas á aquellas provincias lejanas, querian mantener allí á espensas de estas un cuerpo de tropas británicas, bajo pretexto de asegurar su defensa, aunque los habitantes pudiesen hacerlo fácilmente por sí

mismos, desde que ya solo tenían que guardarse de los ataques de los salvajes.

Estas representaciones y esta unanimidad de resistencia produjeron en Inglaterra una profunda impresión. A la cabeza de los negocios se colocó un nuevo ministerio mas favorable á los intereses de las colonias: de él formaba parte William Pitt que habló en el parlamento, con toda la fuerza de su razon y de su elocuencia, en contra del establecimiento del derecho del sello, y obtuvo su revocacion. Sin embargo, la mayor parte de los miembros que consintieron suprimirlo se determinaron á ello mas bien porque miraban esta contribucion como impopular y peligrosa, que porque la creian ilegal. Les parecia incontestable la autoridad legislativa del parlamento sobre las colonias; pero admitian que se debía ejercer con restriccion; y como el derecho de establecer tarifas comerciales no habia sido tan vivamente disputado, adoptaron este jénero de impuestos con la esperanza de hallar en ellos un equivalente de las demás contribuciones á que se denegaban las colonias.

Entónces fué presentado al parlamento un nuevo bill para establecer derechos de entrada sobre el té, el vidrio, el papel y los colores que se llevan de Inglaterra á las colonias. Se proponia aplicar sus productos á los sueldos y pensiones que el gobierno tendria que pagar en América, fuese para la administracion de las colonias, fuese para su defensa, y dejar el sobrante á disposicion del parlamento. Esto era darle una estension de autoridad de que aun no habia gozado; era poner todos los delegados del poder fuera de la vijilancia de las asambleas coloniales, que hasta entónces habian votado ellas mismas las bases de sus tratos, y habian podido, con pruebas de favor ó de descontento, influir en el carácter y tendencia de su administracion.

Debía estar vijente estaley de aduanas desde el 20 de noviembre de 1767, y para cuidar de su ejecucion, creó el gobierno británico una administracion permanente, fijando su cen-

tro en Boston y esparciendo los ajenos en los demás puertos. Pero tan pronto como las colonias supieron este nuevo atentado contra sus privilegios, hicieron estallar la mas viva oposicion. Volvieron á aparecer y se multiplicaron las asociaciones contra el comercio inglés; resolvieron privarse del consumo del té, aunque hubiese entrado ya en las costumbres jornaleras de los Americanos: aumentaron los reglamentos suntuarios, intentados hacia muchos años, y procuraron librarse de todas las importaciones que no se aplicaban á las primeras necesidades; ya para estimular la industria colonial, ya para privar la metrópoli de los derechos que imponia el comercio. Era renunciar á algunos goces; pero el amor del bien público fortalecia este sentimiento de abnegacion; quitaba á las privaciones toda especie de amargura, y la firmeza del carácter americano se prestaba fácilmente á semejantes sacrificios. La mayoría de estos hombres habia crecido en medio de las pruebas mas severas; habian recibido, por herencia de sus padres, la constancia, el amor al trabajo, la costumbre de mantenerse firme contra los obstáculos. ¿Quisieran acaso dejenerar de las virtudes primitivas que habian tenido su origen en la proscripcion y que una larga continuacion de fatigas y de peligros habia mantenido de jeneracion en jeneracion? Cuando la opinion pública favorece una resolucion firme, esta arrastra tras si á los mas indecisos y nadie se atreve á sustraerse á ella. Así se hizo pronto jeneral un mismo impulso: de todas partes se gritó contra las imperiosas exigencias de la metrópoli y contra ese sistema de usurpaciones graduales que, bajo pretexto de regularizar el comercio, habia sucesivamente establecido muchas formas de impuestos, con la mira de asegurar á la Inglaterra un caudal de rentas en sus colonias.

Desde el principio de estas contestaciones, habian aparecido en América muchos folletos, en que se examinaban los derechos respectivos de las colonias y de la metrópoli; estas observaciones reproducidas y comen-

tadas por la prensa periódica, circulaban por todas las clases de ciudadanos. No era igual el equilibrio en esta discusion de intereses, y las opiniones mas favorables á las colonias eran las mas esparcidas; se hacian populares; en ellas se veia la expresion de la voluntad comun. Las reuniones particulares en que se agitaban estas graves cuestiones se multiplicaban en todas las ciudades, y las asambleas políticas secundaban este movimiento. La lejislatura del Massachusetts, convocada á principios de 1768, dirigió representaciones sobre el nuevo impuesto al rey, á las dos cámaras del parlamento, á los principales personajes que habian hecho revocar la ley del sello y entre los que se habia señalado William Pitt, creado luego conde de Chatam. Este venerable anciano, conservado por el rey en sus consejos, se hallaba retenido en su casa por sus enfermedades, cuando se votaron las nuevas cargas impuestas sobre el comercio; y los Americanos, considerándole como uno de sus benévolos defensores, recurrían á él para obtener la reforma de los nuevos agravios.

Las colonias tenían jeneralmente en Inglaterra ajentes encargados de defender sus intereses y apoyar sus representaciones: estos comisionados se escogian jeneralmente de entre los hombres mas hábiles y mas ilustrados: Benjamin Franklin era uno de ellos. Reunia á las virtudes públicas todas las que honran al hombre privado; y la consideracion debida á su bondad le era igualmente merecida por la elevacion de su talento. En la profesion de la imprenta habia adquirido su primer gusto por el estudio; y viniendo la reflexion á secundar sus lecturas, le habia revelado sus descubrimientos en el mundo físico, y sus grandes pensamientos en el órden social. Sus observaciones sobre la electricidad atmosférica y sobre los medios de dirigir y dominar el rayo se remontan al año 1752: era el descubrimiento mayor que ilustró la mitad del siglo: llamó la admiracion jeneral sobre su autor. Franklin demostró que pueden conciliarse las ciencias especulativas

y la habilidad de hombre de estado; y si hizo inmortal su nombre en el mundo sabio, puso su gloria principal en servir con honor á su pais y consagrarse á la santa causa que habia abrazado.

Los ajentes americanos defendian con calor los intereses que les estaban confiados; y la fuerza de sus representaciones hacia prever que no cederian. «Las colonias, decian ellos, eran hijas de Inglaterra, y jamás habian faltado en sus respetos hácia la madre patria; pero no eran sus súbditos: tenían sus privilegios que debían sostener. Si animaba á los ciudadanos un noble orgullo, lo habian adquirido en la sangre de sus antepasados, lo debían á las mismas instituciones. Las colonias serian fieles á su juramento de pleito homenaje; pero tenían derecho á que la metrópoli los protejera sin oprimirlos: quererles humillar era esponerse á su resistencia. Veis, añadian, los primeros efectos de vuestras leyes ruinosas: si encuentran tanta oposicion, si tienen irritada hasta tal punto la opinion pública, es porque las colonias están ya abrumadas de cargas y no pueden sobrellevar otras nuevas. Oís el grito de necesidad: haced que no dejenere en clamores sediciosos; acojed los votos de tres millones de hombres que son hermanos vuestros y no desean romper con vosotros.» De este modo se espresaban los hombres mas afectos á los intereses de las colonias; pero la autoridad de estas palabras no llamaba bastante la atencion del gobierno inglés: acusaba de parcialidad ó jactancia á los ajentes y defensores de la América: no se creian sus predicciones, y muchas veces se les achacaba mala fe; y Benjamin Franklin escribia á sus comitentes que su injenuidad con los ministros se tomaba muchas veces por un artificio, y que les engañaba diciéndoles la verdad.

No viendo la Inglaterra en los movimientos de las colonias aun mas que una insubordinacion sin consistencia y sin peligro para ella, esperó detenerla en su mismo foco, enviando tropas á Boston; y el jeneral Gage, á la sazón en Nueva York, man-

dó pasar á ella algunos rejimientos que empezaron á desembarcar el 1.º de octubre de 1768. Esta ocupacion militar irritó sobremanera todos los ánimos; pero todavía mas, cuando aprobando el parlamento británico las medidas tomadas por el gobierno para hacer ejecutar á la fuerza la ley, declaró que los infractores podian ser conducidos á Inglaterra para ser juzgados. Esto era privarles de sus jueces naturales, arrebatárles el juicio por jurado, que siempre se habia considerado como la primera salvaguardia de la inocencia, y entregarles á tribunales preocupados contra ellos, y demasiado distantes de los lugares del delito para conocer el valor de los cargos que se les hacian.

La asamblea de Virginia se apresuró á quejarse al gobierno británico de esta resolucion; y no habiendo con este paso logrado nada, los ciudadanos se obligaron de nuevo, por asociaciones que se formaron en todas las colonias, á interrumpir sus relaciones de comercio con la Inglaterra, y á no recibir ninguna de sus importaciones. La asamblea de Massachusetts declaró que no podia ya deliberar con libertad mientras estuviese la ciudad ocupada por una guarnicion inglesa; rehusó los subsidios pedidos para estas tropas; y las mismas opiniones se espresaron en las asambleas de Nueva York, de Maryland y de Delaware. Ninguna colonia quiso consentir que se le aplicasen las leyes hechas en Inglaterra para reprimir la rebelion, porque todas se creian en un estado legítimo de defensa, en razon á que se limitaban á reclamar el goce de sus derechos.

Por fin, renunciando el gobierno británico á una parte de sus exigencias, consintió en revocar los derechos impuestos sobre el vidrio, el papel y los colores, y solo dejó subsistentes los derechos sobre el té; pero las colonias, sin agradecer la media concesion, que les parecia habia sido arrancada por su resistencia, se quejaron con la misma amargura del derecho subsistente aun. La fermentacion era mayor en Boston que en ninguna otra ciudad; habia habido

muchas riñas, en marzo de 1770, entre los soldados de la guarnicion y los ciudadanos: un reten de ocho hombres, mandados por Preston, habia sido atacado por la multitud; habia hecho uso de sus armas de fuego, y muchos hombres habian perecido en esta sangrienta refriega. La efervescencia del pueblo se aumentó con esto; se exigió que saliese la guarnicion; y para evitar nuevas riñas, el comandante la mandó retirar al fuerte William.

Se pasaron dos años en medidas provisionales y ensayos inútiles para conciliar ambos partidos. El comercio de la metrópoli con las colonias estaba estancado por rehusar las asociaciones recibir sus productos; la administracion de aduanas inglesas ponía á su vez trabas á las relaciones de las colonias con otros países, y este estado de mortificacion, que interceptaba todo comercio legal, solo dejaba subsistir un tráfico de contrabando, siempre funesto á la buena fe, á la moral y á la riqueza pública. En esto, estaban para manifestarse otros síntomas de irritacion. Las asociaciones formadas en los diferentes pueblos habian establecido entre sí una correspondencia regular: el objeto de estas hermandades era animarlas todas del mismo espíritu, y de propagar rápidamente sus deseos y sus resoluciones. Una junta central establecida en Boston se correspondía con muchas juntas jenerales; y estas con otras que daban el mismo movimiento á la provincia entera. Esta organizacion fué imitada por otras colonias: en todas partes se aumentaba el poder del pueblo; y muy pronto fué imposible moderar esta nueva fuerza, que se irrita con la resistencia y tiene aficion á romper todas las trabas.

Puesta en movimiento la clase mas numerosa y turbulenta, se multiplicaron los desórdenes particulares; acostumbrábase á despreciar la autoridad, y muchas veces en las ofensas que se le hacian se combinaba la burla con el ultraje. La administracion de aduanas estaba particularmente espuesta á ello. Uno de sus agentes, en Boston, habiendo que-

rido hacer ejecutar con rigor un reglamento sobre contrabando, fué bañado en brea, luego cubierto de plumas y paseado en un chirrion por las calles, espuesto á las chiflas ruidosas del populacho (véase la lámina 43). Otras veces no se limitaban á insultar; se daba el odioso dictado de enemigos públicos á los hombres que se querian perseguir: sus casas fueron entregadas al saqueo, y ellos debieron su salvacion á la fuga. Muchas veces en los movimientos populares se mezclan hombres interesados en cubrir con un velo sus rapiñas y venganzas: convierten en licencia su pretendido celo á favor de la patria, y profanan con sus excesos la causa que pretenden servir. Los ciudadanos ilustrados y verdaderamente amigos de su país, veian con sentimiento estos desórdenes; y con todo tenian miedo de comprimir demasiado un movimiento irregular que intimidaba á sus adversarios. Habian resuelto resistir las órdenes del gobierno británico, y no era muy prudente en el momento en que podia empeñarse la lucha, encadenar la audacia de los mas sediciosos y rehusar unos auxiliares muy enérgicos.

La llegada de varios cargamentos de té, que la compañía inglesa de las Indias orientales habia despachado de Londres para Boston, ofreció bien pronto la ocasion de estallar. No quiso el pueblo permitir el desembarque; exigió del gobernador de Boston que se alejasen inmediatamente los tres buques con su cargamento; y habiendo sido negada su peticion, se vió de repente á unos veinte marineros, disfrazados de guerreros indios, subir á bordo de los buques, romper las cajas de té y arrojar al mar todos los paquetes. Otros envios fueron hechos á Nueva York, Filadelfia y Charleston: en los dos primeros puntos fueron rehusados; y los tés que llegaron al último fueron encerrados en almacenes donde sufrieron averia.

El gobierno, mas bien irritado que intimidado por estos actos sucesivos de resistencia, en que jeneralmente daba la señal la ciudad de Boston,

creyó que tratándola con rigor desanimaria á las demás colonias, y les haria sentir la necesidad de someterse. Lord North era entónces primer ministro; presentó, el 14 de marzo de 1774 á las cámaras, un proyecto de ley que cerraba el puerto de Boston al comercio, y trasladaba sus privilegios al de Salem: un segundo bill quitaba á la colonia del Massachusetts la facultad de nombrar sus jueces y magistrados, y trasferia á la corona este derecho de eleccion. Fué propuesto por un tercer bill hacer juzgar en otras colonias ó bien en Inglaterra á los individuos acusados de actos de violencia contra los empleados públicos. Toda la elocuencia de Edmundo Burke y del coronel Bare no pudo impedir la adopcion de estas medidas violentas; conocieron sin embargo que no podian ser ejecutadas sin obstáculos, y este secreto presentimiento las reprobaba. Resolvió el gobierno hacerlas sostener por fuerzas militares que debia reunir en el Canadá; y para no tener que temer una sublevacion de esta última colonia, cuya adquisicion era reciente y cuyos habitantes podian aun echar de menos la dominacion de la Francia, aumentó sus privilegios, dirigió sus opiniones religiosas y nada deseó para granjearse sus voluntades.

Apenas se supieron en América las nuevas leyes que iban á privar á Boston de su comercio y al Massachusetts de una parte de sus libertades, que un sentimiento de dolor se manifestó en todas las colonias. El 1.º de junio de 1774, debian ponerse en ejecucion las leyes; la asamblea de Virginia declaró que se consagraria este día al duelo, al ayuno y al rezo. Se rogaba al cielo que apartara los males de que estaban amenazadas las colonias ó que bendijera las armas que tomarian en su defensa comun. En las demás colonias se manifestaron las mismas disposiciones á la resistencia. La asamblea del Massachusetts pidió la formacion de un congreso jeneral; todas las otras provincias emitieron los mismos deseos; todas nombraron sus diputados para el congreso y se resolvió que se abra-

rian sus sesiones en Filadelfia el 4 de setiembre (véase la lámina 44).

El jeneral Gage, enviado como gobernador á Boston en circunstancias tan difíciles, estaba encargado de ejecutar las rigurosas leyes que mandaban cerrar este puerto. Estaban puestos á su disposicion muchos regimientos que habian venido de Europa, del Canadá y de la Acadia; querian vencer el descontento con la fuerza, y efectivamente fué cerrado el puerto el 1.º de junio sin esperar oposicion alguna. Desde este momento ningun buque se acercó á él y hasta se opusieron á la salida de las embarcaciones que se hallaban en el puerto. Este rompimiento de toda relacion de comercio y de navegacion con el exterior, redujo inmediatamente á la indijencia á una numerosa clase de hombres que se alimentaban con otros ramos de industria; pero manifestó el ardiente y noble interés que tomaban las demás colonias en la suerte de esta desgraciada ciudad. Ninguna rivalidad comercial les movió deseos de enriquecerse con sus pérdidas: Filadelfia, Nueva York y Charleston abrieron suscripciones en su favor; Salem, á donde querian trasladar su comercio, ofreció á los negociantes y armadores de Boston el libre y franco uso de su puerto y almacenes, mientras durase aquella borrasca.

Algunos pueblos salvajes manifestaron tambien á esta ciudad que sentian su desgracia; y sus predicadores, despues de haber reunido toda la plata que se encontraba en sus tribus, llevaron algunos pesos diciendo: «He aquí todo lo que poseemos; pero vamos á cazar en el pais alto, y venderémos nuestras pieles á los hombres blancos, para traerlos su valor.»

Semejantes ejemplos animaban el celo de las demás colonias; y este afecto, esta jeneral simpatía eran constantemente sostenidos por las comisiones populares que se habian formado para la defensa comun. Viéndose los Bostoneses fortalecidos con el poderoso apoyo de la opinion, preparaban una resistencia mas abierta á los nuevos majistrados que querian

imponerles; rehusaban reconocerlos, alborotaban con gritos sus discusiones, procuraban proveerse de armas y se ejercitaban en su manejo como si les amenazase una nueva guerra. El pretexto especial de estos armamentos era el alistamiento y la manutencion de sus milicias, autorizadas y hasta prescritas por sus antiguas leyes.

El gobernador de Boston, viendo aumentarse el público descontento, quiso privar á esta ciudad de los socorros que podia recibir del exterior; mandó fortificar y ocupar por tropas el istmo que la separa del continente y por mandato suyo robaron la pólvora de un arsenal que se hallaba en las cercanías. Estas medidas hicieron estallar por todas partes una sublevacion, que hasta entónces no habia pasado de algunas escenas tumultuosas. En la provincia de Massachusetts se levantaron treinta mil hombres al saber los peligros de que estaba amenazado Boston. En el Nuevo Hampshire y el Rhode-Island corrieron tambien á las armas; se ejercitaron las milicias; exijieron que todos los majistrados, todos los empleados públicos, nombrados en contra de las costumbres antiguas, renunciases sus funciones; y las otras colonias apoyaron con su consentimiento todas las medidas que tomaron los Bostoneses para el recobro de sus privilejios.

Se debe observar que el movimiento de insurreccion, que se comunicó rápidamente á través de todas las colonias inglesas, no llegó á las posesiones mas recientemente adquiridas por el gobierno británico. El Canadá, la Luisiana y las Floridas ninguna parte tomaron en esta conmocion; sus habitantes no habian gozado de las mismas prerogativas: no tenian que reclamar ni la institucion del jurado, ni el derecho de imponerse ellas mismas las contribuciones; ni esas asambleas representativas, muchas veces borrascosas, pero siempre caras á los pueblos y miradas por ellos como los mas seguros abrigos de sus libertades. Primeramente el gobierno de las colonias francesas habia pertenecido á las com-

pañías, á las cuales se habian cedido estos territorios; entónces los asociados distribuian sus territorios á su gusto; arreglaban sus derechos y sus cargas y desarrollaban su comercio, pero las vicisitudes que sufrieron estas compañías en sus operaciones, en su crédito y en sus recursos habian hecho peligrar la suerte de las colonias, y el rey las reunió á la corona y todas las leyes emanaron de él. Esta forma de gobierno que fué aplicada al Canadá en 1674, se extendió tambien á la Luisiana en 1730, y se la conservó durante el tiempo que estos paises permanecieron bajo la dominacion de la Francia. Cuando la Inglaterra adquirió el Canadá no cambió los reglamentos civiles y políticos que encontró establecidos; dejó al gobierno toda su autoridad y la accion del poder real no tenia que temer el contrapeso y la resistencia de una poblacion que entónces era muy numerosa. El Canadá solo tenia dos ciudades, á saber, Quebec y Montreal; todos los otros lugares habitados solo eran cabañas, aldeas, puestos militares colocados á distancias lejanas en una inmensa region; algunas poblaciones y algunos fuertes estaban tambien esparcidos entre los grandes lagos, el Misisipi y los Apalaches, y estos paises que debian cubrirse un dia de Europeos, apenas tenian algunos establecimientos.

En semejante situacion, ni el Canadá, ni particularmente las rejiones situadas entre los lagos y bañadas por el Illinés, el Wabash, el Ohío y los rios que desaguan en estos, podian ser arrastrados en los movimientos de las colonias inglesas. Las revoluciones necesitan del contacto de los hombres, de su reunion en las ciudades y de esa fermentacion que entónces produce la mezcla y choque de intereses; allí encuentran medios de poner en movimiento el poder de las masas, el valor, la ambicion, el ascendiente del carácter, del jenio de la audacia, en fin todas las pasiones que se desarrollan en medio de la crisis del órden social. Las habitaciones diseminadas se resisten poco de esos sacudimientos

de la multitud. No habia por otra parte semejanza alguna de miras é intereses entre las colonias inglesas y las posesiones nuevamente adquiridas: su orijen no era el mismo, y sus mutuas relaciones no eran bastante intimas para que pudiesen obedecer los mismos impulsos.

Lo que hemos dicho del Canadá y de los paises situados al oriente del Misisipi se aplica tambien á las Floridas, que habia adquirido la Inglaterra por los tratados de 1763. Ningun cambio habia habido en su forma de administracion; el nombre solo del soberano era diferente. Se habian etablado pocas relaciones entre este pais y las colonias vecinas, y la diferencia de costumbres y opiniones políticas y relijiosas prolongaba esta especie de aislamiento.

Hasta la Acadia, aunque formaba parte de las posesiones británicas desde 1713, habia estado siempre demasiado separada de las demás colonias inglesas por la forma de su administracion, para poderse unir á su causa y entrar en sus disputas con la metrópoli.

Las colonias, al prepararse á la resistencia, no tuvieron por consiguiente que contar con el concurso de las demás provincias de la dominacion británica; pero tenian bastante resolucion, patriotismo y fuerza para empeñar esta lucha con confianza. La Inglaterra estaba separada de ellas por la inmensidad del Océano; necesitaba tiempo para armar; tenia que correr todos los riesgos de la navegacion; una guerra imprevista podia retener en Europa una parte de sus tropas y de sus escuadras, y en este tiempo las colonias unian sus fuerzas y proseguian sus preparativos. Con todo querian, al parecer, evitar un rompimiento, y hasta al dirijir al gobierno inglés sus mas enérgicas representaciones, renovaban las protestas de su afecto y fidelidad á la madre patria; pero lo atrevido del lenguaje daba bien á entender que solo serian fieles al gobierno que reconociese sus derechos. Tales declaraciones de obediencia fueron consideradas en Inglaterra como amenazas audaces, y los hombres

que estaban al frente de los consejos creyeron que solo medidas vigorosas podrian salvar la dignidad y el poder del gobierno.

Con todo se formaba á su alrededor una opinion mas favorable á los intereses y causa de las colonias. La voz de sus asambleas se habia hecho ya sentir; habia movido á todos los que aman la franqueza, el valor y las resoluciones jenerosas. Los deseos manifestados por hombres que reclamaban sus derechos, á nombre de las cartas que habian obtenido y á nombre del mismo pais de donde eran naturales, perdian el carácter de sediciosos. En todas partes tenian numerosos partidarios; y todos los que solo veian en los habitantes de Inglaterra y sus posesiones lejanas, miembros de una misma nacion, deseaban que ambos países gozasen de toda la felicidad de que eran susceptibles. Este les parecia ser el objeto de toda asociacion; cada uno de los dos países debia ser admitido á concurrir á esta con todos sus medios. Se enriquecian mutuamente con un cambio de buenos oficios, y si las colonias estaban florecientes, la metrópoli podia obtener de ellas servicios mas regulares é importantes. ¿Era necesario que, para conservar su ascendiente sobre provincias tan hermosas, las debilitase? No era mas justo procurar conservarlas en su deber por el sentimiento de su felicidad, y haciéndolas felices, quitarles las ganas de mudar de situacion? Si finalmente habia que prever que toda colonia tiende á emanciparse á medida que se hace mas fuerte y mayor, este motivo no bastaba para prolongar su debilidad. Los gobiernos, á los cuales fué confiada la suerte de las naciones, tienen que cumplir una mision mucho mas elevada que la de velar sobre los intereses del poder: les toca proporcionar la accion y estension de este á las diferentes edades de la sociedad, educar las colonias en su infancia, secundar sus progresos y arreglar, segun sus necesidades, los beneficios que deben hacerles.

Cuando la conmocion producida en las colonias inglesas dió márgen á

que se discutieran en Europa cuestiones tan graves de orden social y economía política, estos estudios eran favorecidos por la opinion jeneral, y eran considerados tanto mas dignos de ocupar la atencion de todos los hombres de talento, cuanto que tenian por objeto mejorar la suerte de los hombres, la de las naciones y la de los individuos, y de resolver el problema difícil del gobierno mas feliz, mas paternal y mas favorable al desarrollo del entendimiento humano y de la prosperidad pública.

LIBRO SÉPTIMO.

ACTOS DEL PRIMER CONGRESO.—COMBATE DE LEXINGTON.—VENTAJA CONSEGUIDA CERCA DEL LAGO CHAMPLAIN.—COMBATE DE BUNKERS HILL.—WASHINGTON NOMBRADO JENERALISIMO.—DELIBERACIONES DEL CONGRESO DE 1775.—SITUACION DE LAS DIFERENTES PROVINCIAS.—ESPEDICIONES DE MONTGOMERY Y ARNOLD CONTRA EL CANADA.—EVACUACION DE BOSTON POR LAS TROPAS INGLESA.—DECLAMAMIENTO DE LA AUTORIDAD REAL.—DECLARACION DE INDEPENDENCIA.

El favor público de que gozó el primer congreso le dió desde su origen una autoridad y fuerza de opinion propias para vencer todas las resistencias privadas. Sus miembros se habian escogido entre los hombres mas amantes de su patria: sus sentimientos eran conocidos y sus caracteres experimentados: la mayoría tendia hácia la independencia: los demás probaban de volver á unir los lazos de las colonias con la metrópoli; pero aunque habia diferencia de opiniones, el amor al bien público era el mismo; iban á discutirse las cuestiones de mas gravedad é interés para la patria; y como lo debian ser en una asamblea que ocupaba la atencion del mundo, la solemnidad de sus debates hacia aun mas elevadas sus miras, le advertia constantemente del sentimiento de su dignidad, y daba á su mision un carácter mas augusto.

Este primer congreso, que eligió por presidente á Payton Randolph, de Virginia, se componia de cincuenta y cinco miembros, enviados por todas las provincias, excepto la Georgia, que envió los suyos al año siguiente. La asamblea creyó prudente celebrar sus sesiones en secreto para asegurar mejor la libertad de ellas, y se nombraron dos comisiones, una para examinar los derechos de las colonias, y la otra para justificar sus agravios; pero antes que hubieron tomado resolucion alguna, el congreso recibió un mensaje de Massachusetts que le daba noticia de las medidas adoptadas por los delegados de esta provincia, reunidos entonces en Suffolk. Recordaban en este escrito, que sus antepasados, espulsados de Inglaterra por la injusticia y la violencia, habian penosamente adquirido con sus trabajos y sangre las tierras á que se habian refugiado; que sus hijos al recibir de ellos esta herencia, habian contraido la obligacion de trasmitirla libre y sin menoscabo á su posteridad; que su suerte futura iba á depender para siempre de sus resoluciones, y que si cedian á una servidumbre voluntaria, su memoria quedaba deshonrada para siempre; pero que si resistian á una usurpacion de poder, que entregaba Boston á los ejecutores militares, privaba esta ciudad de sus medios de subsistir, destruia su comercio, anulaba las cartas de la colonia, la cargaba de contribuciones, abolia sus franquicias y constituciones, la posteridad bendiciria el valor de sus defensores.

Despues de espresar con energía los sentimientos que les animaban, los representantes de Massachusetts enunciaban en una larga serie de artículos sus quejas contra el gobierno británico, y la firme resolucion de resistir á todos sus actos ilegales.

La aprobacion dada por el congreso de Filadelfia á las decisiones de esta asamblea, las hizo pasar como espresion de la voluntad jeneral. La resolucion tomada por una colonia se hizo entonces la regla de todas, y el congreso declaró unánimemente que aprobaba la sabiduría y firmeza

ESTADOS-UNIDOS (Cuaderno 12).

con que se oponia el Massachusetts á las medidas de Inglaterra, y que le recomendaba de un modo espreso perseverase en la misma conducta. Luego fueron publicadas las resoluciones del congreso en varias actas cuyas principales disposiciones conviene recordar.

Se proclamaban solemnemente los derechos de los habitantes, y los mas esenciales de todos eran la vida, la libertad y la propiedad. Los colonos debian gozar de todas las franquicias é inmunidades de que gozaban los mismos Ingleses; no habian perdido ninguna de ellas con la emigracion: tenian derecho de concurrir en sus propias asambleas á la formacion de las leyes y á establecer contribuciones: solo podian ser juzgados por sus iguales y por el jurado: debian serles conservados todos los privilegios concedidos á las colonias por sus primeras ordenanzas ó por los estatutos subsiguientes: sus representantes podian dirigir al rey sus quejas, y oponerse con proclamaciones á toda medida ilegítima. No podia haber cuerpos de tropas en tiempo de paz en una colonia sin consentimiento de su asamblea; no se podia confiar á un consejo nombrado por la corona el poder de hacer leyes.

Esta declaracion de derechos fué el principio de las resoluciones adoptadas en seguida por el congreso: tenia tanta mas fuerza cuanto que no se estendia de un modo vago á las teorías que deben seguirse en la organizacion de las sociedades, teorías, cuya aplicacion, modificada de diferentes modos, hubiera podido acarrear nuevos debates. Recordando los privilegios inherentes á la cualidad de Inglés, consagrados por las cartas, reclamados por los intereses de las colonias, no se manifestaba intencion alguna de separarse de la metrópoli: todos los medios quedaban abiertos para una reconciliacion. En este punto se habia seguido la opinion del partido moderado, que temia empuñar una lucha demasiado desigual, y precipitar las colonias en todos los males de la guerra civil.

Los mismos sentimientos distin-

que estaban al frente de los consejos creyeron que solo medidas vigorosas podrian salvar la dignidad y el poder del gobierno.

Con todo se formaba á su alrededor una opinion mas favorable á los intereses y causa de las colonias. La voz de sus asambleas se habia hecho ya sentir; habia movido á todos los que aman la franqueza, el valor y las resoluciones jenerosas. Los deseos manifestados por hombres que reclamaban sus derechos, á nombre de las cartas que habian obtenido y á nombre del mismo pais de donde eran naturales, perdian el carácter de sediciosos. En todas partes tenian numerosos partidarios; y todos los que solo veian en los habitantes de Inglaterra y sus posesiones lejanas, miembros de una misma nacion, deseaban que ambos países gozasen de toda la felicidad de que eran susceptibles. Este les parecia ser el objeto de toda asociacion; cada uno de los dos países debia ser admitido á concurrir á esta con todos sus medios. Se enriquecian mutuamente con un cambio de buenos oficios, y si las colonias estaban florecientes, la metrópoli podia obtener de ellas servicios mas regulares é importantes. ¿Era necesario que, para conservar su ascendiente sobre provincias tan hermosas, las debilitase? ¿No era mas justo procurar conservarlas en su deber por el sentimiento de su felicidad, y haciéndolas felices, quitarles las ganas de mudar de situacion? Si finalmente habia que prever que toda colonia tiende á emanciparse á medida que se hace mas fuerte y mayor, este motivo no bastaba para prolongar su debilidad. Los gobiernos, á los cuales fué confiada la suerte de las naciones, tienen que cumplir una mision mucho mas elevada que la de velar sobre los intereses del poder: les toca proporcionar la accion y estension de este á las diferentes edades de la sociedad, educar las colonias en su infancia, secundar sus progresos y arreglar, segun sus necesidades, los beneficios que deben hacerles.

Cuando la conmocion producida en las colonias inglesas dió márgen á

que se discutieran en Europa cuestiones tan graves de orden social y economía política, estos estudios eran favorecidos por la opinion jeneral, y eran considerados tanto mas dignos de ocupar la atencion de todos los hombres de talento, cuanto que tenian por objeto mejorar la suerte de los hombres, la de las naciones y la de los individuos, y de resolver el problema difícil del gobierno mas feliz, mas paternal y mas favorable al desarrollo del entendimiento humano y de la prosperidad pública.

LIBRO SÉPTIMO.

ACTOS DEL PRIMER CONGRESO.—COMBATE DE LEXINGTON.—VENTAJA CONSEGUIDA CERCA DEL LAGO CHAMPLAIN.—COMBATE DE BUNKERS HILL.—WASHINGTON NOMBRADO JENERALISIMO.—DELIBERACIONES DEL CONGRESO DE 1775.—SITUACION DE LAS DIFERENTES PROVINCIAS.—ESPEDICIONES DE MONTGOMERY Y ARNOLD CONTRA EL CANADA.—EVACUACION DE BOSTON POR LAS TROPAS INGLESA.—DECLAMAMIENTO DE LA AUTORIDAD REAL.—DECLARACION DE INDEPENDENCIA.

El favor público de que gozó el primer congreso le dió desde su origen una autoridad y fuerza de opinion propias para vencer todas las resistencias privadas. Sus miembros se habian escogido entre los hombres mas amantes de su patria: sus sentimientos eran conocidos y sus caracteres experimentados: la mayoría tendia hácia la independencia: los demás probaban de volver á unir los lazos de las colonias con la metrópoli; pero aunque habia diferencia de opiniones, el amor al bien público era el mismo; iban á discutirse las cuestiones de mas gravedad é interés para la patria; y como lo debian ser en una asamblea que ocupaba la atencion del mundo, la solemnidad de sus debates hacia aun mas elevadas sus miras, le advertia constantemente del sentimiento de su dignidad, y daba á su mision un carácter mas augusto.

Este primer congreso, que eligió por presidente á Payton Randolph, de Virginia, se componia de cincuenta y cinco miembros, enviados por todas las provincias, excepto la Georgia, que envió los suyos al año siguiente. La asamblea creyó prudente celebrar sus sesiones en secreto para asegurar mejor la libertad de ellas, y se nombraron dos comisiones, una para examinar los derechos de las colonias, y la otra para justificar sus agravios; pero antes que hubieron tomado resolucion alguna, el congreso recibió un mensaje de Massachusetts que le daba noticia de las medidas adoptadas por los delegados de esta provincia, reunidos entonces en Suffolk. Recordaban en este escrito, que sus antepasados, espulsados de Inglaterra por la injusticia y la violencia, habian penosamente adquirido con sus trabajos y sangre las tierras á que se habian refugiado; que sus hijos al recibir de ellos esta herencia, habian contraido la obligacion de trasmitirla libre y sin menoscabo á su posteridad; que su suerte futura iba á depender para siempre de sus resoluciones, y que si cedian á una servidumbre voluntaria, su memoria quedaba deshonrada para siempre; pero que si resistian á una usurpacion de poder, que entregaba Boston á los ejecutores militares, privaba esta ciudad de sus medios de subsistir, destruia su comercio, anulaba las cartas de la colonia, la cargaba de contribuciones, abolia sus franquicias y constituciones, la posteridad bendiciria el valor de sus defensores.

Despues de espresar con energía los sentimientos que les animaban, los representantes de Massachusetts enunciaban en una larga serie de artículos sus quejas contra el gobierno británico, y la firme resolucion de resistir á todos sus actos ilegales.

La aprobacion dada por el congreso de Filadelfia á las decisiones de esta asamblea, las hizo pasar como espresion de la voluntad jeneral. La resolucion tomada por una colonia se hizo entonces la regla de todas, y el congreso declaró unánimemente que aprobaba la sabiduría y firmeza

ESTADOS-UNIDOS (Cuaderno 12).

con que se oponia el Massachusetts á las medidas de Inglaterra, y que le recomendaba de un modo espreso perseverase en la misma conducta. Luego fueron publicadas las resoluciones del congreso en varias actas cuyas principales disposiciones conviene recordar.

Se proclamaban solemnemente los derechos de los habitantes, y los mas esenciales de todos eran la vida, la libertad y la propiedad. Los colonos debian gozar de todas las franquicias é inmunidades de que gozaban los mismos Ingleses; no habian perdido ninguna de ellas con la emigracion: tenian derecho de concurrir en sus propias asambleas á la formacion de las leyes y á establecer contribuciones: solo podian ser juzgados por sus iguales y por el jurado: debian serles conservados todos los privilegios concedidos á las colonias por sus primeras ordenanzas ó por los estatutos subsiguientes: sus representantes podian dirigir al rey sus quejas, y oponerse con proclamaciones á toda medida ilegítima. No podia haber cuerpos de tropas en tiempo de paz en una colonia sin consentimiento de su asamblea; no se podia confiar á un consejo nombrado por la corona el poder de hacer leyes.

Esta declaracion de derechos fué el principio de las resoluciones adoptadas en seguida por el congreso: tenia tanta mas fuerza cuanto que no se estendia de un modo vago á las teorías que deben seguirse en la organizacion de las sociedades, teorías, cuya aplicacion, modificada de diferentes modos, hubiera podido acarrear nuevos debates. Recordando los privilegios inherentes á la cualidad de Inglés, consagrados por las cartas, reclamados por los intereses de las colonias, no se manifestaba intencion alguna de separarse de la metrópoli: todos los medios quedaban abiertos para una reconciliacion. En este punto se habia seguido la opinion del partido moderado, que temia empuñar una lucha demasiado desigual, y precipitar las colonias en todos los males de la guerra civil.

Los mismos sentimientos distin-

guen el acta que suspendió las relaciones comerciales de los Americanos con la Inglaterra, hasta tanto que se hubiesen reparado las infracciones cometidas con sus libertades. El congreso manifestó en esta segunda declaración, que, movida de las desgracias de las colonias, había tenido que investigar la causa, y que la hallaba en el sistema de administración adoptado desde 1763, sistema que á su parecer tenía por objeto sujetar las colonias y con ellas el imperio británico. Se quejaba de las actas dadas por el parlamento para gravar á los Americanos con nuevas cargas, para quitarles el privilegio del jurado, para privarles de sus jueces naturales llevándose á los tribunales de Inglaterra una parte de sus causas: consideraba las reglas adoptadas para la administración del Canadá como hostiles á las demás colonias inglesas, y como propias para sembrar la division entre los habitantes de ambos países; se esclamaba con enerjía contra las medidas opresivas á que estaban sujetos los habitantes de Massachusett, y para lograr que se satisficieran estas quejas, contraia á nombre de las colonias la obligacion siguiente:

No importaremos en la América inglesa, desde 1.^o de diciembre de 1774, artículo alguno procedente de la Gran Bretaña ó de Irlanda, té alguno de las Indias orientales, no importa de qué parte del mundo fuese enviado jénero alguno colonial que venga de las plantaciones británicas. No importaremos ni comprarémos ningun esclavo; no tomaremos parte en este comercio: no alquilarémos nuestros barcos á los que lo hacen, y no les venderémos ni provisiones ni objetos fabricados.

Toda esportacion para la Gran Bretaña, Irlanda y las islas inglesas de las Antillas debe cesar desde el 10 de setiembre de 1775, si á esta época no ha revocado sus actas el gobierno británico.

En seguida de estas primeras declaraciones, el congreso encargaba á los habitantes perfeccionar la cria del ganado lanar, aumentar su número, ahorrar su consumo y no es-

portarlo. Otro artículo tenía por objeto fomentar la frugalidad, la economía, el trabajo, estender la agricultura, las artes, las fábricas, particularmente las de lana, disuadirles del lujo, de los juegos, de los teatros; de toda diversion costosa, y reducir igualmente los gastos del luto y de los funerales.

Fué resuelto que no se comerciaría ni se tendrían relaciones con las colonias ó provincias de la América del norte que no se adhriesen á esta asociacion ó que la violasen luego, y que se les consideraria como enemigos de las libertades de su país.

Los contrayentes se obligaron por sí y por sus constituyentes, á adherir á esta asociacion hasta que hubiesen sido revocados los actos del parlamento, pasados desde la última guerra, que imponian ó conservaban derechos sobre té, vinos, azúcar café y otros artículos admitidos hasta entónces libremente, las actas que estendian los poderes de los juzgados del almirantazgo mas allá de sus antiguos límites, y los que privaban á los Americanos del juicio por jurado. Las demás medidas cuya revocacion se pedia tambien, eran las que mandaban trasladar ante los tribunales de Inglaterra los hombres acusados de algunos delitos en América, las que cerraban el puerto de Boston, que alteraban las cartas y el gobierno de Massachusett, que cambiaban la organizacion del Canadá, y que prolongaban hácia el mediodía los límites territoriales, para estrechar las demás colonias inglesas y amenazarlas.

La colonia del Massachusett, con sus enérgicos acuerdos, había dado impulso á todas las demás provincias: continuaba ejerciendo un gran influjo sobre sus deliberaciones, y sus representantes dirijieron al congreso un nuevo mensaje para quejarse de los atentados del jeneral Gage, entónces gobernador de Boston. El modo con que fortificaba esta plaza, indicaba, decian ellos, que las tropas iban á considerar como enemigos á todos sus habitantes, los baluartes que protegían las cercanías estaban casi acabados; los habían armado de baterías

las alturas vecinas iban á ser ocupadas y todas las avenidas de Boston, por mar y por tierra, serian dominadas por la escuadra del puerto ó por los atrincheramientos. Todo hacia creer que la querian convertir en plaza de guerra, que el gobierno británico había resuelto obligar por la fuerza á los habitantes á someterse y exijir de ellos rehenes para su garantía. Los últimos actos del parlamento habían imposibilitado la administración de justicia, y todas las leyes iban á suspenderse. Se hacia preciso salir de una situacion tan dura: los habitantes recurrían al parecer del congreso, y declararon que estaban prontos á abandonar la ciudad en que se les queria encadenar y á someterse á todos los trabajos y peligros que podria acarrear la defensa de la causa comun.

Esta enérgica resolucion de los Bostoneses fué alabada y sostenida por el congreso, y esta asamblea dirijió al jeneral Gage unas representaciones contra la ilegalidad de sus medidas; pero como no se trataba de una infraccion parcial, y como los riesgos de una sola colonia se hacian comunes á todas las demás, dirijió el congreso sus quejas á la Inglaterra, al monarca y á la nacion.

El congreso en su peticion al rey, trataba al principio de conmover los sentimientos jenerosos de este príncipe, y se notaba en ella el pasaje siguiente: «Si pluguiera al Creador de la especie humana hacernos nacer en un país de servidumbre, la ignorancia y el hábito hubieran podido suavizar en nosotros el sentimiento de nuestra condicion; pero gracias á su bondad, hemos nacido libres, y hemos gozado de nuestros derechos bajo los auspicios de vuestros antepasados. El temor de ser degradados del glorioso rango de ciudadanos ingleses escita profundamente nuestros corazones. Los títulos de Vuestra Majestad á la corona y los desus pueblos á la conservacion de sus inmunitades se derivan del mismo origen; y como ella goza, sobre todos los demás soberanos, la ventaja de reinar sobre ciudadanos libres, confiamos que no llegará á

disgustarle la injenuidad de nuestro lenguaje.» En seguida esponia el congreso los atentados cometidos contra los privilegios de las colonias, y hacia recaer toda la culpa y parte odiosa sobre los hombres que se habían colocado entre el monarca y sus fieles súbditos, para calumniarlos, y abusar, oprimiéndoles, de la autoridad que gozaban.

El manifiesto de los Americanos al pueblo de la Gran Bretaña respiraba los sentimientos mas adecuados para mover una nacion celosa de sus libertades. Los colonos recordaban á los Ingleses la comunidad de su origen, la semejanza de sus derechos, la gloriosa lucha que habían sostenido sus antepasados para defender y conservar las franquicias nacionales. Les pertenecen todas las libertades garantizadas por la constitucion inglesa: deben tener las mismas prerogativas judiciales; son dueños de sus propiedades; ningun parlamento y ninguna asamblea extraña á las colonias y elejida sin participacion de estas puede gravarlas contra su voluntad; el pueblo de las islas británicas está tambien interesado en no dejar extender sobre estas provincias distantes un poder absoluto, que luego se haria pesar sobre él. Todas estas usurpaciones de autoridad han tenido lugar desde la última guerra: las colonias piden ser restablecidas en su anterior situacion. Si no lo consiguen, si despues de haber gravado su comercio con derechos onerosos, se quiere destruir el de Boston y hacer pesar sobre otras poblaciones los mismos rigores, los habitantes vivirán de las producciones del suelo nativo; buscarán en su industria los medios de pasar sin la del exterior: suspenderán toda relacion comercial con la Inglaterra mientras no se revoquen las medidas de que se quejan.

El congreso dirijió en seguida una proclama á las colonias para describir con vivos colores las infracciones cometidas contra sus privilegios: para animarles á la resistencia; para prepararles contra las insidias engañosas que podrian hacerse con el objeto de desunirles

y conducirles á someterse.

Finalmente fueron invitados por otras proclamas los habitantes del Canadá, los de la Nueva Escocia y los de las Floridas á unirse á la confederacion americana. Si bien no tenían que reclamar las mismas cartas y los mismos privilegios, tenían que procurarse las instituciones que habían asegurado por mucho tiempo la prosperidad á las colonias británicas: su causa se hacia comun: y la diferencia de religion no ponía ningun obstáculo á esta fusion de intereses. De esto había un ejemplo en la confederacion helvética, cuyos vínculos y buena armonía no habían sido debilitados por la diversidad de creencias.

Por muchos meses hubo que aguardar el resultado de estas primeras deliberaciones del congreso. Tenían por objeto atraer á la causa de las colonias un gran número de partidarios, no solo en los países donde las enviaban, sino también en todos aquellos á donde las podía noticiar la voz de la prensa: era un llamamiento que se hacia á todas las naciones, en que empezaban á discutirse los derechos, las cuestiones que interesan al orden social. Si los Americanos obtenían en ellos el apoyo de la opinion pública, esperaban que esta primera fuerza les procuraría algun dia socorros mas eficaces, y que arrastraría á los mismos gobiernos á favorecer su causa.

Habiendo con esto cumplido el congreso los trabajos y diligencias que le sugeria su prevision, dió fin el 26 de octubre á su primera sesion, y señaló el 10 de mayo de 1775 para la del congreso siguiente. Todas las asambleas coloniales aprobaron las resoluciones que había tomado. La Pensilvania, el Maryland, el Delaware y la Virginia levantaron tropas, almacenaron municiones de guerra y se mostraron prontas á resistir las órdenes del gobierno británico. En las colonias mas meridionales, los partidarios de la causa popular se pronunciaron con el mismo ardor; y algunas oposiciones parciales no fueron causa para detenerlos. El celo de las provincias de la Nueva In-

glaterra pareció aun mas exaltado: se combinaba un entusiasmo religioso que cada dia aumentaban las exhortaciones de los sagrados ministros: la causa del pueblo se predicaba á nombre del cielo; y el cielo no abandonaría á los que había tomado bajo su salvaguardia.

La posicion de Nueva York había hecho nacer en ellas diferentes opiniones: esta ciudad, ya favorecida por un estenso comercio, no quería privarse de toda comunicacion con Inglaterra: conservaba vivos deseos de conciliarse con la metrópoli, y temía que la guerra dañase el desarrollo de su prosperidad.

Cuando se supieron en Inglaterra varias resoluciones del congreso, el gobierno británico se prometía aun poder calmar con algunas concesiones los desórdenes de las colonias; no creía en la unanimidad de su resistencia: y habiéndole luego confirmado en esta opinion las noticias recibidas de Nueva York, se adhirió al proyecto de dirigir todas sus fuerzas contra el Massachusett. Lord North propuso al parlamento que declarase que había estallado la rebelion en esta colonia: esperaban de este modo aislar su causa, y hacer á las otras provincias desistir de sus deseos de defenderla, mostrando con ellas las disposiciones mas conciliadoras. En vano fué que Lord Chatham trató con su elocuencia de evitar una declaracion tan funesta, y que Benjamin Franklin, Lee, y Bollan, los enviados de las colonias, se presentaron á la cámara de los comunes, para invitarles á tomar en consideracion las quejas dirigidas al rey por el congreso: no fueron atendidos sus ruegos.

Hacer declarar rebelde el Massachusett, era anunciar otras medidas represivas: se estendieron al Rhode Island, al Connecticut, al Nuevo Hampshire, que formaban con esta colonia las provincias de la Nueva Inglaterra, y que se habían prestado mutuo auxilio. Una ley del parlamento coartó su comercio: no les permitió tener relaciones mas que con las posesiones británicas en Europa y en las Antillas; les prohibió

las pesquerías del banco de Terranova tan útiles á su prosperidad. Pronto impusieron también semejantes restricciones comerciales á las demás colonias, á escepcion de las de Nueva York y de la Carolina del norte, que se habían declarado menos manifiestamente contra la jurisdiccion del gobierno británico.

Introduciendo algunas escepciones en sus medidas de rigor, esperaba el gobierno atraerse una parte de estas provincias. Consentía en dejar á las asambleas coloniales el derecho de proponer la imposicion de sus contribuciones para el pago de las autoridades civiles y militares, y para todos los gastos de la administracion y defensa mientras que estas proposiciones de impuestos y la distribucion de los ingresos provenientes de estos fuesen aprobadas por el rey en su parlamento. Sin embargo estas semiconcesiones no podían satisfacer á las colonias, que no querían admitir la intervencion del parlamento británico ni en la imposicion de sus contribuciones, ni en la distribucion de sus ingresos: solo consideraron las preferencias concedidas á algunas de ellas como un engaño para separarlas de la confederacion.

El gobierno había tomado la resolucion de hacer pasar un cuerpo de diez mil hombres á las colonias rebeldes; miraba esta medida como suficiente para estrechar la sediccion; y cuando Edmund Burke, uno de los miembros mas ilustrados del parlamento, quiso advertirle de todo el peligro de recurrir á la fuerza y le invitó á limitarse á los subsidios que las asambleas podrían acordar por sí solas, el parlamento despreció esta proposicion; la creyó contraria á su autoridad y para no humillarse se precipitó en un peligro mas inminente. Las principales ciudades del reino, Londres, Bristol, Liverpool le dirigieron representaciones; le manifestaban las pérdidas del comercio, las desgracias de una guerra cercana, y todos los riesgos de una emancipacion; pero creyó que las quejas eran exajeradas, que las alarmas eran quiméricas; oposiciones tan

fuertes le parecían inspiradas por la malevolencia; y los defensores de la causa americana eran mirados como los enemigos secretos de las instituciones de su país.

En tanto que el ministerio y el parlamento británico contaban con la pronta reduccion de las colonias, las que parecían mas amenazadas preparaban con actividad sus medios de resistencia. En el Rhode Island se apoderaba el pueblo de la artillería y de las municiones de guerra depositadas en los arsenales; la asamblea del Nuevo Hampshire mandó ocupar el fuerte de *Guillermo y Maria*, en donde hallaron pólvora y cañones; se establecieron fábricas de armas en el Massachusett; la Pensilvania y el Maryland, tuvieron almacenes y fábricas parecidas: por todas partes se alistaron y organizaron milicias; todo se preparaba para la guerra y los alrededores de Boston iban á ser el teatro de las hostilidades.

Habiendo sabido el general Gage que se había formado un depósito de armas en Salem, envió el 26 de febrero de 1775 un destacamento para apoderarse de ellas. Habían tenido tiempo para librarlas de sus pesquisas; ningun resultado tuvo la expedicion; y una pendencia violenta que se empeñó en esta ocasion entre los soldados y el pueblo, fué felizmente calmada por la elocuente y jenerosa intervencion de un eclesiástico, llamado Bernardo; pero otro ataque de la misma naturaleza fué mas grave é hizo desvanecer toda esperanza de conciliacion.

Los emisarios del gobernador de Boston le avisaron que se había establecido un almacén de armas en Concord, situado á diez y ocho millas de esta plaza; y para apoderarse de él hizo marchar un destacamento de tropas, mandado por el coronel Smith y el mayor Pitcairn. Cuando este destacamento llegó á Lexington encontró allí un cuerpo de cien hombres de milicia, quienes, habiendo rehusado rendirse, sufrieron un primer fuego, se replegaron y volvieron muchas veces á la carga. Las tropas inglesas prosiguieron su marcha hasta Concord, donde despues de

haber experimentado alguna resistencia por parte de los habitantes, clavaron muchas piezas de artillería y destruyeron las municiones recojidas.

Con todo la noticia de su marcha habia sublevado la poblacion de los alrededores: los milicianos se dirijian de todas partes hácia Concord y hostigaron en su retirada al destacamento inglés que habia vuelto á tomar el camino de Lexington. El coronel Smith perdió mucha jente en estas continuas escaramuzas, en que los Americanos se aprovechaban del conocimiento de los lugares para atacarlos mejor. Cuando hubo llegado á Lexington, tuvo que defenderse allí contra un cuerpo de milicias mucho mas numeroso; el combate se hizo encarnizado y los Ingleses iban á ser completamente destruidos; pero el general Gage, previendo la resistencia que sus primeras tropas podian encontrar, habia enviado en su socorro dos mil hombres de infantería; lord Percy que las mandaba se adelantó hasta Lexington y salvó los restos de este cuerpo protejiendo su retirada. Los soldados de esta expedicion habian tenido que hacer una jornada de treinta y seis millas; durante su retirada, habian sido continuamente hostigados por los Americanos y volvieron á entrar en la plaza hartos de cansancio y cubiertos de heridas; mucha jente habia perecido.

El combate de Lexington tuvo lugar el 18 de abril de 1775, y fué la señal de guerra. Como habia sido favorable á los rebeldes, les inspiró una nueva confianza y por todas partes se hallaban dispuestos á correr á las armas. La asamblea provincial del Massachusetts, que entonces celebraba sus sesiones en Water-Town, secundaba este ardor de la opinion pública, mandó el alistamiento de trece mil seiscientos hombres de milicias. Con la misma prontitud entregaron sus continjentes las colonias del Connecticut, del Nuevo Hampshire y del Rhode-Island; y un ejército de treinta mil hombres se reunió cerca de Boston, para bloquear en él la guarnicion inglesa y

cortar todas las comunicaciones de esta ciudad con el continente.

Boston está situada en una península cuya estension ocupa enteramente, y que solo está pegada á la tierra por un istmo, reducido á la anchura de una simple calzada. Otras dos penínsulas, la de Charles Town al norte, y la de Dorchester al sud, están tan cercanas á la ciudad que se podria batirla fácilmente con las piezas de artillería que se hubiesen colocado en las alturas de Breeds-Hill y de Nooks-Hill. Esta situacion entre dos penínsulas que la dominan hace mas costosa la defensa de la plaza; si uno no es al mismo tiempo dueño de ambos puntos (véase la lámina 45).

El general Gage no tenia tropas suficientes para ocupar estas dos posiciones laterales; y se concentró en la ciudad de Boston, mientras que el ejército americano se desplegó sobre el continente desde el istmo de Charles-Town hasta el de Dorchester. Ocupaba este el arrabal de Cambridge y el de Roxbury; su ala izquierda se estendia entre el Mystic-River y el Charles-River; su ala derecha cerraba el istmo de Boston y por mucho tiempo solo se dedicó á estrechar el bloqueo de la plaza.

Pero, en el entretanto la colonia del Connecticut intentaba una atrevida expedicion hácia el lago Champlain, que forma con el rio Sorel ó de los Iroqueses una línea de comunicacion entre la colonia de Nueva York y el Canadá. El objeto de esta empresa, dirijida por los coroneles Easton y Allen, era apoderarse de los fuertes de Ticonderoga y de Crown-Point, que cubrian esta comunicacion y donde los Ingleses habian formado almacenes de armas y municiones. Se unió á estos dos oficiales el coronel Arnold; hombre intrépido, inquieto, amante de empresas difíciles, muy influyente en el ánimo de los soldados y que sabia arrastrarlos tras sí con su entusiasmo y valor. Reunieron tan secretamente sus tropas en Castel-Town y las condujeron tan rápidamente hácia Ticonderoga, que los Ingleses, sorprendidos con un ataque inesperado,

entregaron la plaza sin resistencia; marchó luego una porcion de tropas á Crown Point, que fué tambien ocupado. En ambas fortalezas se encontraron mas de doscientas piezas de artillería y una considerable cantidad de municiones.

El ejército americano, al cual se dirijian estos abastecimientos, continuaba el bloqueo de Boston; pero se hacia difícil sostenerlo contra una guarnicion que se habia aumentado considerablemente. Los jenerales Howe, Clinton y Bourgoyne habian llevado de Inglaterra numerosos refuerzos, y el jeneral Gage, que tenia á la sazón doce mil hombres de buenas tropas bajo sus órdenes, se disponia para volver á tomar la ofensiva y para forzar la línea de los atrincheramientos americanos, tanto en Roxbury, como delante de la península de Charles Town. Se abandonó el primer proyecto de ataque y el jeneral Putnam, que mandaba el ejército americano, habiendo penetrado las miras del enemigo, quiso impedir su ejecucion, haciendo ocupar antes que él la península de Charles Town y fortificando las alturas de Bunkers-Hill, que dominan su entrada. El coronel Prescott con un cuerpo de mil hombres estaba encargado de esta expedicion; pero sin duda hubo alguna equivocacion en el traslado de las órdenes y Prescott, en lugar de establecerse en esta posicion, lo hizo en la de Breed's Hill, mucho mas avanzada en la península, y se apresuró atrincherarse en ella en la noche del 16 al 17 de junio. Esta última altura dominaba á Boston, y la artillería que los Americanos podian colocar en ella habria destruido la plaza. Inmediatamente formó el jeneral Gage el proyecto de desalojarlos; puso un cuerpo de dos mil hombres bajo las órdenes del jeneral Howe; y desembarcando estas tropas en la Punta Morton, marcharon en tres columnas sobre los Americanos; la de la izquierda les obligó á evacuar Charles-Town, que luego incendiaron; la del centro atacó los reductos que habian levantado en las alturas de Breed's Hill, y la ala izquierda se

dirijió sobre las trincheras que Prescott habia mandado hacer entre esta posicion y el Mystic River, y que habia hecho guarnecer con una doble hilera de estacadas. Durante la accion ambas partes habian recibido refuerzos: Clinton habia llegado á sostener á los Ingleses con tropas nuevas, y los jenerales Warren y Pomeroy habian llegado al socorro de los Americanos con algunas milicias del Massachusetts y del Connecticut. El combate fué sangriento, y se hallaban reunidos todos los azotes de la guerra: la península estaba á la vez entregada á los furios de un sangriento combate, y á los desastres del incendio que devoraba á Charlestown; y estas escenas de horror y lástima tenian por espectadores los habitantes de una gran ciudad que aguardaban con ansiedad el éxito del combate. Los reductos fueron defendidos con intrepidez: los Ingleses fueron rechazados dos veces y puestos en gran desorden; por fin, al tercer asalto tomaron los atrincheramientos que hacian atacar al mismo tiempo en varios puntos; y forzadas las posiciones de las tropas americanas, despues de una resistencia prolongada y valerosa, que habia agotado sus municiones, se replegaron en buen orden hácia el istmo por donde habian penetrado.

En esta retirada fué muerto Warren resistiendo con firmeza la persecucion del enemigo. Su muerte fué objeto de duelo, y su memoria quedó venerada; dejó muchos huérfanos: la nacion los tomó bajo su proteccion y les adoptó por sus hijos. Warren habia pasado del consejo al ejército, y despues de haber sido uno de los mantenedores mas elocuentes de los derechos de su pais, habia abrazado con ardor su defensa. El elogio de su patriotismo y virtudes resonó en los campos, en la tribuna y bajo la bóveda de los templos. « Ha perecido el héroe americano; pero no del todo: le sobrevive su espíritu y anima aun el valor de nuestros bravos. Enemigos de nuestras libertades, hé aqui vuestra obra; defensores de la patria, venid á admirar á vuestro modelo, aguzad

vuestras espadas y no las dejéis hasta despues de haber libertado vuestra patria. Ancianos, rogad por nosotros; jóvenes acudid á los ejércitos: Warren nos convida á los peligros y á las pompas de la gloria.»

Aunque el campo de batalla quedó por las tropas británicas, los Americanos mostraron tal valor en esta jornada que los proyectos ulteriores del enemigo fueron mas circunspectos: no trató de proseguir este combate mas allá del istmo, y solo hizo ocupar y atrincherar las alturas de Bunker's Hill, para impedir una nueva invasion en la península, donde Charles-Town no era ya mas que un monton de cenizas. El bloqueo de Boston se hizo mas estrecho y rigoroso; empezaron los habitantes á padecer hambre, y muchísimos solicitaron del gobernador inglés permiso para salir de la plaza. Para ellos era un favor; los tuvieron que comprar bajo condiciones muy duras, aunque la necesidad de despachar las bocas inútiles se hacia cada dia mas urgente.

Tal era la situacion de los asuntos que debia ocupar la atencion del congreso en la nueva sesion. Los acontecimientos le imponian grandes obligaciones: la guerra estaba empeñada, se hacian precisas numerosas levas; convenia asegurar su armamento y equipo, prevenir los mutuos celos de las provincias, y sustituir á sus intereses particulares el de la patria comun, asegurarse de las disposiciones de los Indios, centralizar las operaciones militares, escogiendo un jeneral en jefe, que por sus cualidades guerreras, sus virtudes cívicas, la moderacion de sus principios y la enerjía de su carácter, pudiese inspirar una absoluta confianza, agradar al ejército y á la nacion, y ser respetado por todos los partidos. Las opiniones se reunieron en favor de Jorje Washington de Virginia, miembro del congreso; y aceptando el jeneral con gratitud y una modesta dignidad la alta y difícil mision que á nombre de la patria le imponian, se consagró enteramente á su glorioso servicio. Fueron nombrados mayores jenerales á

sus órdenes Arthème Ward, Carlos Lee, Israel Putnam, y Felipe Schuyler; Horacio Gates fué el ayudante jeneral, y ocho brigadieres jenerales fueron escojidos entre los hombres mas distinguidos por su mérito militar.

El ejército delante de Boston estaba reducido á cuatro mil quinientos hombres cuando Washington se encargó del mando. Estableció su cuartel jeneral en Cambridge, puso sus primeros desvelos en organizar con regularidad las diferentes tropas, en disciplinarlas, en instruir las, y fué poderosamente auxiliado por el congreso en todas las medidas que podian aumentar su fuerza y proveer á sus necesidades. Las diferentes colonias rivalizaban en celo, y era jeneral el patriotismo: todos los que estaban en edad para tomar las armas se alistaban voluntariamente; hasta en Filadelfia se vió formar una compañía de veteranos, de ochenta hombres, que habian servido en otros tiempos en las guerras de Europa. Un largo descanso no habia apagado su ardor marcial; y cuando fué necesario socorrer el pais que les habia recibido y se habia hecho su patria, el antiguo honor militar les condujo á volver á alzar su bandera y á dar ejemplo á la nueva jeneracion. Un gran número de cuáqueros, que se habian obligado á no tomar jamás las armas, creyeron que el deber sagrado de defender su pais les relevaba de este juramento. Las mujeres alentaban el celo del nuevo ejército: escitaban el patriotismo, las virtudes militares, y el amor á la gloria: convenia ser valiente para darles gusto. Todo concurría á favorecer este movimiento entusiasta, se consagraba y se bendecia, en nombre de la misma religion, el valor de los hombres que habian combatido en las jornadas de Lexington y Bunker's-Hill.

La Jeorjia no se habia pronunciado hasta el momento del peligro: entónces quiso tomar una noble parte uniéndose á la causa comun: envió sus diputados al congreso, y de este modo se compuso la union federal de trece provincias.



ESTADOS UNIDOS

ETATS-UNIS.

Maison de Johnson dans le pays des Mohawks.
CASA de Johnson en el pais de los Mohawks.



Windsor & Co.

ESTADOS UNIDOS

ÉTATS-UNIS



Entrada del río Hudson.

Entrada de la Bahía de Hudson.



Se vijilaron los movimientos de los países donde aun estaba vacilante la opinion. Para hacer frente á los gastos del ejército, se emitió papel moneda, puesto bajo la garantía de la lealtad de las colonias. Se continuaron las levas de milicias y voluntarios, y se previno la defensa de los puntos mas amenazados. La situacion del Massachusetts era particularmente digna de atencion: aquí era donde se habia empeñado la guerra, donde reunia la Inglaterra todas sus fuerzas, donde iban á desarrollarse las operaciones militares: aumentóse con cinco mil hombres el cuerpo de tropas americanas encargado del bloqueo de Boston. En seguida publicó el congreso un manifiesto para proclamar de un modo solemne todo lo que habian padecido las colonias, los ataques hechos contra sus privilegios, la precision en que se les habia puesto de tomar las armas para defenderse, y la firme resolucion que habian tomado de no dejarlas hasta que hubiesen cesado los peligros de la patria. Los párrafos principales de un escrito tan notable bastan por sí solos para hacer conocer bien las disposiciones enérgicas de esta asamblea.

«Nuestros antepasados, habitantes de las islas británicas, dejaron su país nativo para buscar á este lado del mar una residencia en que pudiesen gozar de la libertad civil y religiosa: á fuerza de sus propios riesgos y sin carga alguna para el país de que se alejaban, levantaron con un trabajo incesante y un valor indomito sus establecimientos en comarcas lejanas y faltas de hospitalidad, ocupadas entónces por un gran número de naciones salvajes y belicosas. Sociedades, investidas con completo derecho de legislatura, fueron formadas y garantizadas por las cartas de la corona, y se establecieron relaciones de buena armonía entre las colonias y el reino de donde tenian su oríjen. Los mutuos beneficios de esta union escitaron la admiracion: fué reconocido que el prodijioso aumento de la riqueza, de la fuerza de la navegacion del reino provenia de esta fuente: y el

ministro que dirigió los negocios con tanta sabiduria y felicidad en la última guerra, ha declarado altamente que las colonias de la Gran Bretaña la habian puesto en estado de triunfar de sus enemigos. Pero nuestro soberano tuvo á bien cambiar de consejeros; y desde este momento fatal se ha visto al imperio británico decaer por grados de esta prosperidad gloriosa, á que la habian elevado las virtudes y habilidad de un hombre.

«Ni la conducta respetuosa de las colonias desde su fundacion, ni la utilidad de sus servicios durante la guerra han podido salvarlas de las innovaciones proyectadas. Se han hecho leyes para estender la jurisdiccion de los juzgados del almirantazgo, para despojarnos del inestimable privilegio de los juicios por jurados, en los casos que interesan á la vida y á la propiedad; para suspender la legislatura de una colonia, para prohibir su comercio, para alterar la forma de gobierno establecida por la carta y confirmada solemnemente por la corona; para sustraer grandes culpables de un juicio legal; para establecer en una provincia vecina, adquirida por las armas reunidas de la Gran Bretaña y de la América, un despotismo peligroso para nuestra existencia; para acuartelar los soldados entre los habitantes, quando hay una paz profunda.

«¿Pero para qué enumerar minuciosamente nuestras injurias? Ha sido declarado en un estatuto que el parlamento tenia sobre nosotros un derecho absoluto de legislatura. ¿Quién nos defenderá contra este poder enorme y sin límites? Ninguno de los hombres que se lo abrogan ha sido elegido por nosotros, ni está sometido á nuestro albedrío é influjo: al contrario todos están exentos del efecto de las leyes que nos imponen, y no quieren mas que alijerar sus propias cargas, á proporcion que agravan las nuestras. Vemos la miseria á la que semejante despotismo quisiera reducirnos. Durante diez años hemos inútilmente sitiado el trono como suplicantes;



Bosque del Consejo.

hemos dirigido nuestras esposiciones al parlamento en el lenguaje mas comedido; no se nos ha hecho justicia, y la administracion, previendo bien que miraríamos estas medidas opresivas como hombres libres deben hacerlo, ha enviado escuadras y ejércitos para ponerlas en ejecucion. Cualquiera que debió ser la indignacion de un pueblo virtuoso, leal y apasionado, aun hemos resuelto ofrecer al rey una humilde y respetuosa peticion; tambien nos hemos dirigido á la nacion británica, y finalmente hemos roto nuestras relaciones comerciales con nuestros conciudadanos, para manifestar con un último y tranquilo aviso que nuestro apego para cualquiera nacion sobre la tierra no prevaleceria sobre nuestro apego á la libertad. Este era, de ello nos lisonjéabamos nosotros mismos, un medio de terminar la discusion; pero los sucesos nos han hecho saber cuán vana era la esperanza de encontrar moderacion entre nuestros enemigos.

«En el discurso de Su Majestad se han insertado muchas espresiones amenazadoras contra las colonias; nuestra peticion, apesar de que se nos dijo que era conveniente, que el rey se habia dignado recibirla favorablemente y que seria puesta á la vista del parlamento británico, ha sido desentendida y recibida con indiferencia en ambas cámaras; los miembros de los comunes han declarado que existia una rebelion en la provincia de Massachusett, que los hombres que tomaban parte en ella estaban alentados por confederaciones en que habian entrado otras colonias y que se rogaba al rey tomase medidas eficaces para asegurar con la fuerza la obediencia á las leyes y la autoridad de la legislatura suprema. En seguida de una declaracion tan hostil, un decreto del parlamento ha prohibido todas las relaciones comerciales de las colonias, tanto entre ellas, como con los países extranjeros; otro decreto ha privado á muchas provincias de la pesca marítima cercana á sus costas y que siempre ha sido necesaria para su subsistencia; y se han enviado con-

siderables refuerzos de buques y de tropas al general Gage.

«Todos los esfuerzos, los razonamientos, la elocuencia de los pares y de los diputados mas distinguidos, que han sostenido valerosamente la justicia de nuestra causa, no han podido detener ni debilitar el furor ilimitado con que se han acumulado tantos ultrajes; ha sido tambien infructuosa la intervencion de las ciudades de Lóndres, de Bristol y de muchas otras grandes poblaciones. Ha recurrido el parlamento á un paso engañoso que ha juzgado propio para dividirnos; nos ha ofrecido redimirnos á nosotros mismos con ofrecimientos de subsidios, dejándonos, por una miserable indulgencia, el cuidado de imponer á nuestra propia manera los tributos que exige de nosotros. ¿Qué terminos mas duros y humillantes podria dictar un vencedor á enemigos sojuzgados? Aceptar hoy dia semejantes condiciones, seria merecerlas.»

El manifiesto americano recordaba igualmente las hostilidades que cometió el general Gage contra los habitantes de Lexington y de Concord, y el rigor que ejerció con los Bostonenses desde el principio del bloqueo. Muchos de ellos habian entrado en arreglos para obtener el poderse alejar, y habian estipulado que despues de haber depositado sus armas en manos de sus propios magistrados, tendrían la libertad de marcharse, llevándose consigo sus demás efectos; pero con una manifiesta violacion de las reglas y de las obligaciones de la buena fe, se apoderó el gobernador para sus propios soldados de las armas depositadas, para que sus propietarios jamas pudiesen recobrarlas: detuvo en la ciudad á la mayor parte de los habitantes que debían salir, y obligó á los pocos á quienes permitió retirarse, á que abandonasen todo lo mas precioso que tenían. Por esta perfidia, las mujeres fueron separadas de sus esposos, los niños de sus padres, los ancianos y los enfermos de sus familias y de sus amigos que deseaban asistirlos; los que estaban acostumbrados á la comodidad y dulzuras de

la vida se vieron reducidos á una miseria deplorable.

«En una proclama del 12 de junio ha reunido este general calumnias absurdas contra los habitantes de las colonias; se propasa hasta declararlos á todos rebeldes y traidores, suspender el curso de la ley comun y publicar la ley marcial ordenando su ejecucion. Las tropas han asesinado á nuestros compatriotas; han incendiado sin necesidad á Charles-Town y otras muchas poblaciones; nuestros buques son apresados, nuestras provisiones interceptadas: al rededor de nosotros se estienden la ruina y la devastacion.

«Sabemos que el gobernador del Canadá incita al pueblo de esta provincia y á las naciones indias á que nos ataquen; y tenemos demasiados motivos para temer que se haya formado el plan de sublevar contra nosotros enemigos domésticos. Finalmente una parte de las colonias sufre hoy dia, y las demás están amenazadas de sufrir á su vez todos los azotes que la venganza de la administracion puede causarles.

«Reducidos á la alternativa de someternos sin condicion alguna á la tiranía de un gobierno irritado, ó de resistir con la fuerza, elegimos este último partido. Hemos pesado las cargas que de él podian resultar y hemos hallado que ninguna seria tan gravosa como la de una esclavitud voluntaria. El honor, la justicia y la humanidad nos impiden abandonar cobardemente esta libertad que hemos heredado de nuestros valientes antecesores y que nuestros descendientes tienen derecho de esperar de nosotros; no podemos sufrir la culpable infamia de reducir las generaciones venideras á la miseria que les está inevitablemente reservada, si las sometemos con bajeza á un yugo hereditario.

«Nuestra causa es justa, nuestra union es perfecta, nuestros recursos son grandes, y si es necesario el auxilio extranjero, sin duda podemos obtenerlo. Reconocemos con gratitud, como una señalada prueba del favor divino para con nosotros, la ventaja inestimable de no habernos

hallado empeñados en esta penosa lucha, antes de haber adquirido nuestras fuerzas actuales, de haberlas ejercitado en algunas espediciones guerreras y de poseer los medios de defendernos nosotros mismos. Fortalecido el corazon con estas reflexiones consoladoras, declaramos solemnemente ante Dios y los hombres que, haciendo uso de toda la enerjia de los poderes que la beneficencia del Criador nos ha graciosamente concedido, y recurriendo á las armas que nuestros enemigos nos han obligado á tomar, las emplearemos, desafiando todos los peligros, con una firmeza y constancia inalterables para la conservacion de nuestras libertades; estando unánimemente resueltos á morir libres antes que vivir esclavos.

«Temiendo que esta declaracion inquiete á nuestros amigos y conciudadanos, en cualquiera parte del imperio que sea, les aseguramos que nuestra intencion no es disolver esta union que por tanto tiempo y tan felizmente ha subsistido entre nosotros y que deseamos sinceramente ver restablecida. La necesidad no nos arroja en este partido desesperado; no nos ha movido á incitar á otras naciones á hacerles la guerra y no hemos alistado ejércitos con el ambicioso plan de separarnos de la metrópoli y formar estados independientes; finalmente no combatimos por gloria ni conquistas: presentamos al mundo el espectáculo notable de un pueblo atacado por enemigos que no habia provocado y que no está ni acusado ni tampoco sospechado de haber ofendido. Se jactan de sus privilegios y de su civilizacion, y sin embargo no nos ofrecen condiciones mas suaves que la esclavitud ó la muerte.

«En nuestro país nativo y para la defensa de la libertad debemos usar de nuestro derecho de nacimiento, del que siempre hemos gozado hasta estas últimas infracciones: solo para proteger contra la violencia actual nuestras propiedades, honrosamente adquiridas con el trabajo de nuestros antecesores y el nuestro, hemos tomado las armas: las depositaremos

cuando cesarán las hostilidades por parte de nuestros agresores y cuando no habrá que temer que se renueven.

«Poseídos de una humilde confianza en la misericordia del juez supremo é imparcial y del regulador del universo, imploramos con fervor su divina bondad para que nos guie felizmente en esta gran lucha, para que disponga á nuestros adversarios á una reconciliación fundada en términos razonables y que libre así al imperio de las calamidades de una guerra civil.»

El congreso, después de haber espuesto en esta declaración los motivos que movían á las colonias á unirse entre sí, quiso establecer de una manera formal las cláusulas de su asociación. Llamaron colonias unidas de la América del norte á esta confederación cuyo objeto era asegurar su comun defensa y el sosten de sus libertades. Cada colonia conservaba el derecho de hacer sus leyes particulares y modificarlas á su gusto. Un congreso general tendría la potestad de determinar la guerra ó la paz, de negociar una reconciliación con la Gran Bretaña y de ocuparse de todos los intereses generales. Por un tesoro comun se satisfarían las cargas de la guerra y cualquier otro gasto de la confederación. Un consejo de doce miembros pondría en ejecución las medidas dictadas por el congreso y estaría encargado en el intervalo de las sesiones de todos los cuidados del gobierno.

Merecen ser notados los artículos de este pacto federal que se refieren á las relaciones de las colonias con los Indios: prueban con qué cuidado procuraban conciliarse la amistad de los salvajes, impedir los fraudes, las injusticias, las usurpaciones de territorio á que podían hallarse espuestas y ponerlas bajo la salvaguardia de la confederación entera contra la ambición y las miras hostiles de algunas provincias. Se decretó que ninguna colonia podría empeñarse en una guerra con los Indios sin el consentimiento del congreso; que sus límites serían reconocidos y afianzados; que, tan pron-

como fuese posible, se concluiría una alianza perpetua, ofensiva y defensiva con las seis naciones iroquesas, que ninguna enajenación de sus tierras sería válida, á menos que se hubiese hecho el contrato entre su gran consejo y el consejo general de las colonias: que residirían algunos agentes cerca de ellos para ponerlos al abrigo de toda sorpresa en sus relaciones de comercio, y para darles, á espensas de la confederación, los alivios y socorros que podría exigir su miseria.

En seguida determinó el congreso que las demás colonias inglesas que pidiesen formar parte de esta asociación podrían ser admitidos á ella, y designó particularmente las colonias del Canadá, de la Acadia, de las Floridas y de las Bermudas. La unión cuyo proyecto acababa de someter á la discusión de las asambleas provinciales, para que el congreso siguiese si estas la aprobaban, debía durar hasta que hubiesen sido consentidas las bases de reconciliación propuestas á la Inglaterra, hasta que fuesen revocadas las medidas tomadas para limitar el comercio y las pesquerías de los Americanos, hasta que se hubiese concedido indemnización por los perjuicios sufridos por Boston, por el incendio de Charles-Town, por los gastos de esta guerra injusta, y hasta que se hubiesen retirado las tropas inglesas de América. Las colonias volverían á entrar en sus relaciones con la Gran Bretaña si eran concedidas todas estas satisfacciones; pero si no lo eran, la confederación sería perpetua. Trazadas las bases de esta unión, el congreso tomó otras medidas para libertar el comercio de las colonias de todas las trabas que le habían puesto los últimos actos del parlamento británico. Resolvió que al cabo de seis meses se cerrarían todas las oficinas de aduanas en América; que las colonias estarían abiertas á los buques de todas las potencias que admitiesen y protegiesen su comercio; que estos estados podrían llevar á ellas y vender, libres de todos derechos, sus producciones, sus artículos fabricados y to-

da especie de mercaderías, á excepción del té y de los diferentes productos de Inglaterra, Irlanda y otras posesiones británicas.

Hasta este momento las resoluciones tomadas por el congreso para defender los privilegios de las colonias y para obtener su restablecimiento no habían hallado oposición alguna en las provincias; pero el acto de unión federal que acababa de serles propuesto ofrecía tantos obstáculos para una reconciliación, no obstante que anunció la intención que tenía de consentir en ella, que un gran número de hombres que la deseaban sinceramente temieron que una liga como esta acarrearía un rompimiento cierto con la metrópoli. Estas vacilaciones y estas inquietudes eran hábilmente mantenidas por los gobernadores y por los agentes empleados de Inglaterra. Usaban, para sostener la causa real, todo lo que les quedaba de influjo y autoridad; pero uno y otro poder se debilitaban de día en día: sus consejos escitaban la desconfianza; las medidas de conciliación que proponían á nombre del gobierno británico parecían insuficientes y no ofrecían garantía alguna; la efervescencia popular se había aumentado con los mismos medios que empleaban para reprimirla; y cuando trataban de poner en seguridad los almacenes de armas, de hacer reparar las fortificaciones y de reunir á su alrededor las pocas tropas regulares de que podían disponer; cada una de sus medidas indignaba mas y mas la opinión pública. Como no parecían dedicarse mas que á los intereses y autoridad de la metrópoli, los hombres moderados que hubieran querido conciliarse con ella, pero que no consentían en dejarle el poder absoluto, se colocaron por necesidad en las filas del partido contrario: ejemplo frecuente en las revoluciones, donde son difíciles los términos medios y donde el deseo de evitar un mal extremo impele hácia otro riesgo.

Los efectos funestos de esta desavenencia entre el gobernador y los habitantes estallaron luego en Virginia. Lord Dunmore se había opuesto

aquí á la leva de las milicias; había mandado recoger la pólvora de un almacén; había reunido en su habitación las armas y medios de defensa; y cuando, después de haber convocado la asamblea colonial para el 1.º de junio de 1775, esperó hacerle acoger las condiciones de arreglo propuestas por el gobierno británico, su voz fué contestada con violentos murmullos. Viendo Lord Dunmore aumentarse el descontento público, no se creyó seguro: salió precipitadamente de Williamsburgo para retirarse á bordo de un buque de guerra anclado cerca de York-Town, y reuniendo una escuadrilla, embarcó en ella algunas tropas regulares y un cuerpo de voluntarios, y se mantuvo en estas aguas, tocando sucesivamente en diferentes puntos de la costa, para tratar de escitar con sus proclamas algunas sublevaciones. Hombres sin bienes ni patria le secundaron en sus tentativas; y como había prometido dar libertad á los negros que sirviesen su causa, cierto número de esclavos estaban prontos á entregarle sus amos. Sin embargo, comenzaba ya á reunirse la milicia de la provincia; se dirigía sobre las costas amenazadas, principalmente hácia la embocadura del James-River: las tropas enemigas habían quemado la aldea de Hampton y habían tomado á Norfolk: hubo un combate cerca de esta población, y las milicias americanas salieron vencedoras.

En el entretanto, un emisario enviado por Dunmore á los países occidentales de la Virginia, se esforzaba á encender en ellos el fuego de la guerra. Este hombre, llamado Conelly, extendió sus relaciones entre los Indios, desde las riberas del Ohío, hasta las cercanías del lago Erie: esperaba, al hacer tomar á los pueblos las armas, hacerlas sostener por algunas tropas inglesas venidas del Canadá. La expedición debía dirigirse contra las colonias del centro, y mientras que se penetraría por la parte de las montañas, debía Dunmore practicar con la escuadra inglesa un desembarco hácia la entrada del Chesapeake: este doble ataque cortaría las co-

municaciones entre las provincias del norte y del sud, y para sujetarlas se contaba con el feliz éxito de ambas invasiones. Pero hubo alguna sospecha de Conelly, se espiaron sus pasos misteriosos, fué detenido á su paso al Maryland, cuando procedía hácia el oeste para terminar allí sus preparativos, y los papeles hallados sobre su persona, que descubrieron su trama, aumentaron la indignacion del pueblo contra el gobernador. Se maidecia al instigador de un designio tan cruel: y Dunmore, perdiendo las esperanzas de poderse mantener ya mas en una provincia donde tenia sobre sí el aborrecimiento público, se vió precisado á abandonar Norfolk; se retiró otra vez á bordo de su escuadra, no tuvo ya consideraciones por una ciudad que iba á caer en poder de sus enemigos, mandó intimar á los habitantes que se retirasen, y comenzó contra ella un bombardeo que redujo á cenizas una gran parte.

El descubrimiento de la conjuracion de Conelly hizo abortar su ejecucion. Los Indios, de los que habia seducido algunos jefes, no intentaron invasion alguna en la alta Virginia, y pudo prevalecer la voz de los que se habian opuesto á esta guerra. El congreso mismo habia procurado averiguar las disposiciones de los Indios y asegurarse de su neutralidad. Se acordaba que la última guerra entre la Virginia y algunas naciones del Ohío habia terminado con la intervencion de un guerrero shawanés, y las palabras que habia pronunciado al llevar al gobernador el calumete de paz habian sido acogidas y retenidas en la memoria como un testimonio sincero de reconciliacion. « Preguntó á todo hombre blanco, si teniendo hambre, ha entrado jamás en mi cabaña sin recibir en ella alimento: si, viniendo desnudo ó tras pasado de frio, le ha faltado jamás una piel para cubrirse. ¡ Durante el curso de esta guerra, tan larga y tan sangrienta, yo habia permanecido sobre mi estera; no habia levantado mi hacha; tendia la mano á los blancos para conciliarlos con nosotros, y no obstante esto, han venido á degollar

todos los míos! No han perdonado ni mi mujer ni mis hijos: no corre ya gota alguna de sangre en las venas de ninguna criatura humana. ¿ Quién queda para llorar me cuando no existirá ya? Nadie. Tanta barbaridad ha escitado mi venganza: la he satisfecho: he muerto muchos de los vuestros; mi tomahac se ha bañado en su sangre; he colgado su cabeza en el árbol que cubre la ancha tumba de mi familia. Pero basta de víctimas: depongamos nuestros odios; respandezca por fin sobre nosotros el sol de la paz. »

El gobernador, á quien manifestaban entónces los Shawaneses disposiciones tan pacíficas, era el mismo Dunmore que trataba ahora de hacerles tomar las armas; pero no quisieron empeñarse en una disputa entre los habitantes y él, y guardaron con los de Virginia la paz que les habian prometido.

En la Carolina del sud estaban los ánimos muy divididos, y el gobernador Campbell creyó poderse aprovechar de estas disensiones oponiendo el cuerpo de las milicias al de las tropas voluntarias que habia levantado esta colonia para su defensa; pero las milicias, compuestas de ciudadanos de todas clases, no estaban dispuestas á separarse de la causa pública. Campbell trató de formar otro partido entre los hombres en bastante número que, teniendo sus tierras de la corona, estaban inclinados por agradecimiento y afecto á sostener la autoridad real. Este recurso era débil: estos hombres estaban diseminados, y el partido contrario, el de la misma nacion, tenia sobre ellos la ventaja de concentrar sus fuerzas y ocupar Charleston, que era la capital de la provincia, el baluarte mas importante de las colonias del sud y su plaza comercial mas floreciente.

La Carolina del norte ofrecia á ambos partidos probabilidades mas iguales; los amigos de la causa real eran numerosos en las montañas; el gobernador Martin tenia con ellos activas relaciones: probaba al mismo tiempo de fortificarse en el litoral, y para evadir los peligros de una insurreccion popular, se habia retira-

do al fuerte Johnson, un poco distante del cabo Fear; pero un cuerpo de milicias, reunido con prontitud en Wilmington, una de las principales poblaciones de la provincia, se presentó para atacarlo, y el gobernador se refugió á bordo de un buque de guerra. Se le acusaba, lo mismo que al de Virginia, de haber querido sublevar los negros, siempre prontos á declararse por el partido que prometia darles su libertad.

Las escuadras británicas admitian tambien á bordo los miembros del partido real que se habian declarado demasiado abiertamente en las provincias meridionales para poder quedarse en ellas con seguridad; eran otras tantas fuerzas puestas á su disposicion; podian hostigar el litoral y dirigirse sucesivamente á diferentes puntos.

La Inglaterra tenia numerosos partidarios en las costas de Georgia: se habian apoderado del fuerte de Savannah, plaza tanto mejor situada cuanto aseguraba sus comunicaciones con la escuadra; pero el partido popular, mas numeroso en los países del interior, estaba mejor provisto de armas y de municiones, y reunia sus fuerzas para la lucha que estaba á punto de empeñarse.

El Maryland, la Delaware, la Pensilvania y el Nuevo Jersey que formaban las provincias del centro, no estuvieron espuestas á las mismas disensiones que las del mediodía: el partido del gobernador era allí mas débil, el congreso gozaba en ellas todo su influjo y las medidas que prescribia eran ejecutadas con celo.

Pero en la colonia de Nueva York eran mayores las dificultades. En la capital de esta provincia era donde solian regularmente desembarcar las tropas reales que llegaban de Europa; esperaban á cada instante algunos cuerpos nuevos, y el congreso habia ordenado á los habitantes que los recibieran sin oposicion, pero que vijilasen á estos peligrosos huéspedes y estuviesen á punto de resistirles si les trataban como enemigos. Estas precauciones eran superfluas: los rejiimientos ingleses que debian ir á Nueva York se detuvieron á la entra-

da de la bahía, y de allí volvieron á hacerse á la vela para Boston; y cuando llegó á su residencia Tryon, nuevo gobernador de la colonia, no tenia tropas á su disposicion, y hallándose reducido á su influjo personal y á la intervencion secreta de sus partidarios, dió pasos secretos para dividir las opiniones, contrariar la leva de las milicias y descarriar la opinion de los hombres aun indecisos.

Las provincias del Connecticut y Rhode-Island, habitualmente espuestas á los cruceros y ataques de las escuadras inglesas que pasaban de Boston á Nueva York, tenian necesidad de defenderse, y el resentimiento de los daños que habian tenido que sufrir los ligaba mas estrechamente á la causa nacional. Fué enviado un destacamento del ejército del Massachusetts, á las órdenes del general Lee, para velar por su seguridad; las asambleas de estas colonias le secundaron con sus propios armamentos y con una vijilancia muy activa contra los que tenian relaciones con el enemigo.

El gobernador y los agentes británicos perdieron tambien toda su autoridad en el Nuevo Hampshire; y como el partido colonial no halló sino una débil oposicion, fué muy fácil conservar la tranquilidad pública.

Este resumen de las disposiciones de las colonias demuestra que en las cercanías del congreso fué generalmente abrazada la causa popular, la cual se ilustraba con las discusiones de esta asamblea: tenia por apoyo esa elocuencia que sabe poner en movimiento todas las pasiones fuertes y jenerosas. Las mismas opiniones reinaban en el Massachusetts que, habiéndose espuesto el primero á los rigores de la metròpoli, veia aumentarse cada dia las desgracias de Boston; pero las disposiciones de los habitantes eran menos unánimes en las provincias mas lejanas del teatro de los grandes acontecimientos políticos ó militares: dos partidos se pronunciaban allí y se veia en el intermedio una clase de hombres que, viendo formarse la tempestad, espe-

raban en silencio, que se dispase, y creían con la indiferencia evitar las desgracias de la guerra civil.

Las tentativas que hizo el congreso para atraer á su causa á los Canadenses dieron á lo menos por resultado que deseaban la neutralidad. No intentaban asociarse á las colonias sublevadas, pero no querían marchar contra ellas; y el general Carleton, gobernador de esta vasta provincia, no pudo decidir á los habitantes á tomar parte en las operaciones de una guerra ofensiva; el obispo de Quebec, á quien habia probado de hacer entrar en sus miras, rehusó cooperar á ellas, y no quiso emplear un ministerio de religion y de caridad para propagar los males de la guerra.

No pudiendo Carleton conmovier la opinion jeneral que se inclinaba hácia la paz, se redujo á proponer una leva de voluntarios, á quienes ofrecia las condiciones mas favorables: se concedian á cada soldado doscientas fanegas de tierra, cincuenta mas si era casado, y cincuenta por cada uno de sus hijos: su obligacion solo era hasta el fin de la guerra, y las concesiones que se le hacian estaban libres de todo cargo por veinte años. El primer cuerpo que logró formar era muy pequeño; pero Carleton esperaba conseguir nuevos sucesos con el ejemplo y el aliciente de las recompensas.

Este gobernador envió emisarios entre los Indios para escitarles á tomar las armas, y se dirigió principalmente á las naciones iroquesas: liga siempre temible, cuyos auxilios habian algunas veces hecho inclinar la balanza entre las colonias europeas. Doce años de paz habian fortificado esta confederacion y le habian dado mas ascendiente sobre las demás tribus indias, menos numerosas y mas divididas: su ejemplo podia arrastrarles y procurar otros auxilios á la Gran Bretaña. Pero se necesitó mucha astucia y muchos medios de seduccion para determinar á los Iroqueses á tomar parte en una guerra que cesaba de interesarles directamente, y cuyo único objeto era someter á la Inglaterra sus colonias

sublevadas. En esta contienda no tenían los Indios motivo alguno que les indujese á apreciar un partido mas que otro; y los ancianos de sus valles y llanuras miraban aquellos sangrientos debates como una espacion de los males que les habia causado el extranjero. «He aquí, decian, la guerra encendida entre los hombres de su nacion: ellos se disputan los campos que nos han arrebatado. ¿Porqué hemos nosotros de abrazar sus querellas? ¿y qué amigo ó enemigo deberémos escoger? ¿Cuando los hombres rojos se hacen mutuamente la guerra, vienen los blancos á mezclarse con uno de los dos partidos? No: dejan que se debiliten nuestras tribus y que se destruyan mutuamente; esperan que la tierra humedecida con nuestra sangre haya perdido su pueblo y sea su herencia. Dejémosles á su vez consumir sus fuerzas y anonadarse: cuando dejen de existir, recobrarémos los bosques, los lagos, las montañas que pertenecieron á nuestros antepasados.»

Pero estos consejos de los ancianos no eran oidos: como quitaban á los bizarros y atrevidos la ocasion de distinguirse, y como la juventud deseaba la guerra, logró esta hacer prevalecer su opinion, y el coronel Johnson redujo á los caudillos á trasladarse á Montreal para alistarse. Su padre habia sido mucho tiempo superintendente del gobierno británico por los negocios de los Indios, y habia fijado su residencia en medio de ellos, como que aun se ve en el día la casa que mandó construir en la comarca que poblaba la nacion de los Mohawks, bañada por un rio de este nombre (véase la lámina 45). Este edificio, grande y sencillo, llama la atencion del viajero al sur de Shenectady á Utica: es la primera habitacion europea que se construyó en aquellas tierras incultas y silvestres. En sus alrededores hicieron algunos desmontes los hombres laboriosos que Johnson llevó consigo; y aquellos campos fecundizados por la industria alimentaron una jeneracion sedentaria y civilizada, al paso que los Indios, para no separarse de su modo de vivir errante, tenían

que recorrer, cazando, para lograr el mismo objeto, los inmensos bosques situados entre el rio Hudson y el lago Ontario. Al volver de sus correrias se reunian para deliberar sobre los intereses de sus tribus, celebrándose las juntas mas importantes de los caudillos en medio del pais de los Oneidas, en un recinto rodeado de altos árboles, que aun es conocido con el nombre de soto del consejo (véase la lámina 46).

Allí decidia la confederacion iroquesa las grandes cuestiones de paz y guerra, se pronunciaba por la neutralidad ó concedia su alianza á otros pueblos. Cuando les prometia socorro, la obligacion que contraia solia ser consagrada de un modo solemne y con toda la pompa de una fiesta militar. Cada guerrero tomaba sus armas; reuniase cada tribu á las órdenes de un mismo caudillo, y para presentar el simulacro de una batalla, se dividian los Indios en dos partidos: marchaban uno contra otro, llenando los aires de confusa griteria, disparándose flechas embotadas y formando varias evoluciones para buscarse, poner emboscadas, envolver y sorprender á los guerreros que se hubiesen imprudentemente desviado; finalmente se aproximaban para pelear cuerpo á cuerpo, sin mas armas que el tomahac; trabábase la lucha, cruzábase las armas; pero en estos juegos de destreza, lejos de derramarse sangre, hubiera sido rigurosamente castigado el que hubiese herido á un adversario. Al simulacro de guerra seguian las fiestas de paz: oíanse gritos de alegría; los jefes de los dos partidos trocaban sus calumetes ó pipas; sepultábase en la tierra un tomahac en señal de reconciliacion, juntábase los guerreros para celebrar una comida jeneral, y los jóvenes se dedicaban á ejercicios de fuerza y agilidad, saltando fosos y empalizadas, levantando pedazos de roca, luchando, tirando al blanco con sus flechas, trepando á la copa de los árboles, persiguiendo, á la carrera, á los animales silvestres y traspasando en pos de ellos el alveo de un rio ó el escarpa-

do precipicio que abrieran las aguas del torrente.

Estos ejercicios, que tenían por objeto desarrollar la energia, el valor y el desprecio del peligro, eran el preludio de los trabajos y fatigas que estaban prontos á arrostrar los guerreros. El coronel Johnson, que habia inducido á los Iroqueses á tomar las armas, regresó á Montreal, acompañado de los jefes indios, los cuales confirmaron sus promesas, obligándose á ponerse en campaña al crecer las primeras hojas del año próximo, cuando los Ingleses hubiesen terminado los preparativos de guerra que habian principiado en el Canadá. El general Carleton se ocupaba de ellos con actividad: debian enviarle de Europa refuerzos de tropas, armas y municiones, y sentia vivamente la demora que traen consigo estos armamentos, porque la invasion que tenia proyectada al mediodía del rio San Lorenzo y hácia las riberas del Hudson le parecia tanto mas urgente cuanto la guarnicion británica de Boston se hallaba estrechamente bloqueada por las tropas americanas, sin que pudiese librarse mas que por medio de una diversion que por su entidad llamase hácia otros puntos una parte de las fuerzas que la tenían sitiada.

Informado el congreso de estos proyectos, resolvió anticiparse á ellos disponiendo á su vez una expedicion contra el Canadá; á cuyo fin el mayor general Schuyler y los brigadieres Montgomery y Wooster recibieron orden de dirigirse con tres mil hombres hácia los fuertes de Ticonderoga y la Corona ó *Crown-Point*, de que se habian apoderado los Americanos algunos meses antes, y desde allí debian correrse, por el lago Champlain, al rio Sorel, que va del mediodía al norte á perderse en el rio San Lorenzo. El apostadero de l'He-aux-Noix, situado entre este lago y el de Chambly, fué pronto ocupado por Montgomery, que vino á esperar en este punto los cuerpos de la misma expedicion. No tardaron los mayores Brown y Livingston en apoderarse del fuerte Chambly, y

en seguida se dedicaron en sitiarse vigorosamente el de San Juan, cuya plaza, por hallarse junto al río Sorel y poder interceptar su navegación, venia á ser la posesion mas importante del enemigo; el gobernador del Canadá quiso enviar en su socorro una division que se hallaba en Montreal, pero los destacamentos americanos, diseminados ya en la orilla meridional del río San Lorenzo, se opusieron al paso de los Ingleses, y el fuerte San Juan, abandonado á sí mismo, se vió en la necesidad de capitular el 3 de noviembre, despues de seis semanas de sitio. Una division americana se embarcó en el río Sorel y se dirigió rápidamente hasta su embocadero, á fin de cortar las comunicaciones entre el alto y bajo Canadá; otra division á las órdenes de Montgomery, en quien recayó el mando del ejército despues de la ausencia y enfermedad del general Schuyler, atravesó con dificultad la rejion pantanosa que se estendia entre el fuerte San Juan y la ciudad de Montreal, desembarcó sin oposicion en la isla en que está situada esta plaza, y como no se hallaba en estado de defenderse, la tomó el jeneral á discrecion, arreglando por sí mismo de un modo muy jeneroso las garantías que concedia á los habitantes para la conservacion de su seguridad personal y de sus propiedades. Este noble comportamiento le mereció la estima de sus enemigos, y fué parte para que los habitantes del campo continuasen pacíficamente sus labores, sin oponerse á sus operaciones militares, proporcionándole acudir con mas facilidad á la subsistencia de sus tropas.

Apoderado de Montreal, puso allí Montgomery una guarnicion destinada á contener las tropas inglesas que pudieran llegar de las inmediaciones de las grandes lagunas; reforzó los destacamentos que habia dejado en los fuertes de San Juan, Chambly, é Ile-aux-Noix, con el fin de conservar las comunicaciones con las colonias, y emprendió otra vez la marcha para seguir río abajo del San Lorenzo, reunirse con las tropas llegadas por el río Sorel, y

proseguir su expedicion hácia el Bajo Canadá. Pero tenia suma dificultad en contener bajo las banderas á toda su jente, compuesta de cuerpos de voluntarios acostumbrados á alistarse solamente para una campaña y á retirarse á sus hogares á la aproximacion del invierno. Era ya el mes de noviembre, y los mas miraban como proyecto temerario é infructuoso el ir á emprender un sitio con medios tan escasos y en estacion tan adelantada, contra una plaza que podia defenderse fácilmente por la sola fuerza de su situacion.

Estos obstáculos no podian arredrar el ánimo de Montgomery; pero necesitaba mayor número de tropas para tener alguna probabilidad de salir airoso de su empeño. La prevision de Washington vino á secundar su empresa. Ocupado en el sitio de Boston atendia igualmente desde su campamento al conjunto de las operaciones militares que era preciso combinar; y mientras que Montgomery se dirigia á Montreal con una division, Washington organizó y mandó salir otra expedicion hácia Quebec. El coronel Arnold fué encargado de mandarla: su denodado valor que animaba aun mas las dificultades y peligros, le hacian á propósito para esta grande y arriesgada empresa; tenia que atravesar unos pais agrestes, cubiertos de bosques y cruzados por profundos barrancos y escarpados peñascos; el transporte de víveres, artillería y municiones presentaba nuevas dificultades, pero las tropas estaban llenas de entusiasmo, y por otra parte contaban sorprender al enemigo y atacarle de improviso, saliéndole al encuentro por unos desfiladeros que hasta entonces habian pasado por impracticables. Componiase esta division de mil y cien hombres escogidos, y distinguíanse en ella el coronel Burr, los capitanes Morgan, Lamb, y otros oficiales de sobresaliente valor.

Estas tropas, destacadas del ejército que sitiaba á Boston, pasaron por tierra á Newbury, hácia el embocadero del Merimac, embarcáronse allí para llegar á la entrada del

Kennebec, que atreviesa del norte al mediodia el actual estado del Maine, y remontaron la corriente de este río hasta su nacimiento. Despues de una dilatada marcha por altos collados, llegaron hasta la sierra que separa los vertientes del Atlántico y del San Lorenzo. Las dificultades del tránsito se iban acrecentando de dia en dia: faltaban los víveres, la fatiga habia llegado á lo sumo, los enfermos eran muchos, y las deserciones frecuentes á causa de la extrema necesidad; pero Arnold oponia á todos los obstáculos un valor inalterable, y los mas decididos y dispuestos imitaban su ejemplo, sosteniendo su constancia la esperanza de llegar á término y encontrar finalmente al enemigo. Llegados á la otra parte de la sierra, ya se hallaron en las fuentes de la *Chaudière* cuyas aguas se derraman en el San Lorenzo á distancia de algunas millas de Quebec; y despues de haber seguido un buen trecho el curso de este río, se dirijieron hácia la punta de Levis, que solo está separada de la capital del Canadá por el alveo del río. La navegación y marcha de las tropas desde su salida del campamento, duró cerca de dos meses, llegando el dia nueve de noviembre á orillas del San Lorenzo, cuyo río no pudieron atravesar á causa de los vientos contrarios hasta la noche del trece, ó sea la misma época en que el jeneral Montgomery verificaba su entrada en la ciudad de Montreal. Saltaron en tierra al oeste del cabo del Diamante, desde donde Arnold trepó con sus tropas por los mismos despeñaderos que habia vencido el jeneral Wolf en la guerra precedente, y lo mismo que él se dirigió sobre la meseta de las alturas de Abraham. Las contrariedades y el retardo de su desembarco le habian hecho perder la ocasion de sorprender la plaza, y sus fuerzas no eran suficientes para atacar por sí solas una guarnicion mas numerosa. Pasados algunos dias tomó la resolucion de remontar por la margen izquierda del río hasta la punta *aux-Trembles*, distante veinte millas, y esperar allí las tropas de

Montgomery, cuyo jeneral llegó el primero de diciembre con una columna de trescientos hombres, formando el total de mil doscientos las dos partidas reunidas. Pero el denuedo con que habian arrostrado tantos obstáculos aumentaba su ardor, y este pequeño ejército se dirigió hácia Quebec con ánimo de sitiársela. No obstante Carleton, gobernador del Canadá, habia tenido tiempo suficiente para volver á introducirse en la plaza y organizar su defensa detenido primero en la parte superior del río entre Montreal, que no habia podido socorrer, y la flotilla americana, que llegó á la boca del Sorel, habia logrado burlar la vijilancia de los buques enemigos, arriesgándose de noche en una lijera embarcacion que atravesó su línea sin ser vista. Los otros buques ingleses que Carleton dejó tras sí, cayeron pronto en poder de los Americanos con los equipajes y destacamentos que tenian á bordo; pero Quebec iba á ser socorrido con la presencia del jeneral, y los Ingleses dieron gracias á la suerte que les habia salvado.

Despues de haber intimado infructuosamente la rendicion de la plaza á su gobernador, trató Montgomery de cansar la guarnicion con frecuentes ataques, y cortarle los víveres privándole de toda comunicacion con las afueras; pero le faltaba artillería gruesa para abrir brechas practicables, y el número de sus tropas era muy reducido para interceptar todos los pasos. Sus soldados además de estar espuestos á todo el rigor del invierno, sufrieron los estragos de las viruelas; y previendo el jeneral la imposibilidad de continuar el sitio, quiso decidir por medio de un postrer refuerzo la suerte de la campaña. Los mayores Brown y Livingston tuvieron el encargo de dirijir dos falsos ataques contra la ciudad alta, mientras que Montgomery y Arnold penetrarian en la ciudad baja por dos caminos opuestos, de los cuales el uno corre á lo largo del río San Lorenzo, y el otro sigue la orilla del río San Carlos. Todos estos ataques debian principiar el 31 de diciembre de 1775, algunas horas

antes de despuntar el día: como estaba nevando en abundancia, podía esperarse que el rigor del tiempo favorecería la sorpresa disminuyendo la vigilancia del enemigo. Montgomery avanzó al frente de su columna, siguiendo la dirección del río por el Anse-des-Mers y el cabo del Diamante. Apoderóse sin resistencia de un fuerte que cubría las inmediaciones de la ciudad baja, pero á la otra parte habían levantado los Ingleses una barrera con una batería, y además aumentaba las dificultades del ataque la mucha nieve que había acumulada en el camino; mas el general, venciendo todos los obstáculos, animaba con su ejemplo el ardor de los soldados; y en el acto en que la barrera y la batería iban á ser ganadas por su valor, cayó muerto de una descarga de metralla (véase la lámina 49).

La muerte de Montgomery ocasionó la ruina de esta expedición, pues fué tal la consternación que produjo en sus soldados, que se retiraron desordenadamente sin que lograsen rehacerlos los esfuerzos del coronel Campbell; y los sitiados pudieron reunir todas sus fuerzas contra el coronel Arnold que avanzaba por el camino de San Roque. Este paso estaba igualmente cubierto por una barrera y una batería; y en el momento en que Arnold iba á forzarlo fué herido en la pierna y tuvieron que llevarle, á pesar suyo, lejos de aquella sangrienta pelea. Entonces el capitán Morgan se puso á la cabeza de las tropas, las cuales se apoderaron de la batería con indecible arroyo: penetró en la ciudad con la vanguardia, y sin esperar siquiera la columna desalojó al enemigo: hizo prisioneros y prosiguió sus triunfos; pero á medida que iba avanzando crecía el peligro, y le fué preciso contener su marcha, hasta que habiéndosele unido algun refuerzo quiso atacar otra batería; pero sus tropas no pudieron ganarla; y cuando rendidas de cansancio, consumidas las municiones, y sin poder resistir mas un vivísimo fuego de fusilería, quisieron replegarse, el enemigo les había ya cerrado el paso

cortándoles la posición y volviendo á apoderarse de los barrios momentáneamente invadidos. La noticia de la muerte de Montgomery y la retirada de las tropas que conducía se esparció rápidamente; el día vino á alumbrar tantos reveses; y el intrépido Morgan se vió en la precisión de rendirse con su vanguardia, ya muy reducida por el largo combate que sostuvo. Las columnas que se habían replegado, con las demás que no habían entrado en acción, no tenían ya medio de mantenerse frente de la plaza; pero Arnold, en quien recayó el mando, se mostró superior á la desgracia, y con esperanzas aun de reparar tamaño desastre, dispuso la retirada de las tropas que le quedaban, se desvió para su conservación, acudió á sus necesidades y reanimó su confianza. Escujo á distancia de tres millas una nueva posición que mandó atrincherar, y desde allí continuó obstruyendo con frecuentes batidas en el llano, las comunicaciones de Quebec con el interior de las tierras, hasta tanto que la llegada de los refuerzos que pidió al congreso de América le permitió aproximarse de nuevo á la plaza y continuar las obras de sitio.

El gobernador de Quebec se concretó por su parte á esperar de Inglaterra los numerosos socorros que le habían sido prometidos; á mas de que el extremo rigor del invierno redujo á los dos partidos á suspender las hostilidades, que debían continuarse con nuevo empeño á la vuelta de la primavera.

Efectivamente, eran grandes los preparativos que hacia la Inglaterra para conseguir la reducción de sus colonias. El gobierno británico había declarado á los delegados del congreso, que no daría contestación alguna á sus representaciones; y al mismo tiempo había continuado los alistamientos para la guerra de América; habiase dirigido á la Rusia y á Holanda para obtener tropas auxiliares, pero inútilmente, y por fin consiguio de la casa de Hesse que le aprontase un cuerpo de trece mil hombres y de la de Brunswick cuatro mil trescientos. A estas tropas

extranjeras debía juntarse un ejército inglés de veinte y cinco mil hombres, cuyo formidable armamento con municiones de toda clase iba á ser trasportado á las colonias por una numerosa escuadra.

Sin embargo se experimentaba en el curso de esta guerra los frecuentes contratiempos que la distancia y el tiempo oponen á las operaciones militares. La ciudad de Boston, á donde había destinado la Inglaterra una parte de aquellas fuerzas, seguía estrechamente bloqueada por los Americanos, tenía interceptada toda comunicación con el país, los socorros que podían recibir por los cruceros americanos y finalmente de un momento á otro iba á dirigirse contra ella un ataque mas decisivo.

No bien tuvo noticia el congreso de los envíos de tropas que tenía preparadas el gobierno británico, cuando dispuso que se diese nuevo vigor á las operaciones del sitio de Boston, haciendo toda clase de esfuerzos para apoderarse de ella, ya fuese para quitar al enemigo una plaza de armas donde sus nuevas tropas podían aportar sin resistencia, ya para disponer del ejército americano, que seria necesario en otros puntos. Washington tenía el proyecto de atacar la plaza á viva fuerza, atravesando la parte de la bahía que la separa de Cambridge y de Roxbury; pero el consejo de guerra, despues de haber discutido varios planes, resolvió hacer primeramente ocupar y atrincherar las alturas de la península de Dorchester que dominan la ciudad, y desde las cuales se podia agobiar la guarnición y obligarla á capitular. Para encubrir este plan y llamar á otra parte la atención del general Howe, que había sucedido á Gage en el mando de la plaza, se rompió un vivísimo fuego en todas las baterías que se habían construido en la costa, y en la noche del 4 de marzo de 1776, una vanguardia americana de ochocientos hombres, seguida de mil doscientos trabajadores, atravesó el istmo de Dorchester protegida por una

profunda oscuridad, y se dirigió rápidamente sobre las alturas sin ser descubierta por el enemigo. Seguía el mismo movimiento un convoy de artillería, gabiones, municiones de guerra y todo el material necesario á la expedición, y los trabajos se ejecutaron con tal ardor que las principales alturas estaban ya fortificadas al despuntar el día.

Hasta entonces no había hecho ocupar el general inglés la península de Dorchester, porque las tropas que tenía en la plaza eran muy escasas, particularmente desde la batalla de Bunker's-Hill, de cuyas resultas había tenido que dejar una división en la península de Charles-Town; pero viendo que los Americanos eran dueños de varias posiciones desde donde podían destruir sus buques, arruinar las fortificaciones de la plaza y cortar las comunicaciones de su recinto con las obras avanzadas, conoció la urgencia de desalojarlos, y dió á lord Percy el encargo de embarcar en la península de Dorchester con una división que debía principiar el ataque hácia la punta oriental. La contrariedad de los vientos y la marea le impidió ejecutar este proyecto en la noche siguiente, cuyo retardo dió lugar á los Americanos para completar los trabajos y hacer inespugnables sus posiciones.

Al mismo tiempo reunía Washington hácia la boca del Charles-River la flor de su ejército y todas las embarcaciones, con el fin de probar un asalto contra la plaza en el mismo acto en que una parte de las tropas inglesas estarían lidiando con las que se habían apoderado de las alturas. Entonces conoció el general Howe lo peligroso de su situación, considerando que una guarnición causada de un bloqueo tan duradero, falta de provisiones, acosada por las enfermedades que son consiguientes al cansancio, la carestía y demás males de la guerra, no podia ya defender la plaza contra fuerzas que diariamente se acrecentaban. Así pues el gobernador previno á los principales habitantes que estaba resuelto á evacuar la plaza y pronto á retirarse pa

cificament: si los Americanos no se oponian á su salida; pero que si trataban de molestarle en su retirada, él, antes de salir, trataria la ciudad sin contemplacion alguna. La diputacion que fué á verse con Washington le halló dispuesto á dejar salir sin oposicion las tropas británicas, pues el jeneral sentia muy vivamente la deplorable situacion de esta plaza para esponerla á una nueva calamidad, consintiendo á las exigencias del gobernador, porque su principal mira era restaurarla y salvarla. La salida de la guarnicion inglesa tuvo lugar el 17 de marzo: componíase de diez mil hombres, á los que se agregaron mil quinientos habitantes que temian ser perseguidos por su adhesion á la causa real; y los buques cargados con este convoy se dirigieron hacia Halifax. Las tropas, antes de su salida, se entregaron á toda clase de desórdenes, no obstante las promesas de su jefe, y sin duda á pesar suyo. No fué posible contener los excesos de unos hombres irritados por el rencor y los contratiempos y que solo buscaban ocasion para vengarse. Varios almacenes fueron dados al saqueo, y los fujitivos cogieron apresuradamente los despojos de la ciudad que abandonaban (véase la lámina 50).

Cuando Washington, al frente de su ejército, verificó su entrada en la plaza, fué recibido como un libertador. Los males que habian experimentado los habitantes bajo el dominio inglés y durante un bloqueo de trece meses, aumentaron su amor á la causa nacional, pues habian visto todas las demás colonias abrazar este partido y deseaban volverles los servicios que de ellas habian recibido. La noticia de la toma de Boston fué acogida en todas partes con transportes de alegría, inspiró á los Americanos una nueva confianza en el valor de sus milicias y en la habilidad de sus jenerales, y les dispuso á proseguir con la misma constancia la lucha en que estaban empeñados.

La peligrosa expedicion que habian dirigido contra el Canadá habia cada dia nuevos obstáculos. Los refuerzos que Arnold estaba es-

perando no llegaban sino en pequeñas fracciones y con mucha lentitud; y las privaciones á que sus tropas veian reducidas las habia vuelto turbulentas é indisciplinadas, quejándose amargamente los Canadenses de este estado de licencia. A pesar de todo, y luchando enérgicamente contra toda clase de dificultades, volvió Arnold á abrir la campaña y á tomar la ofensiva: habia hecho venir una gran parte de la guarnicion de Montreal para reparar las pérdidas de su division, y cuando ascendió esta á mil setecientos hombres, volvió á aproximarse á Quebec. Parecía que su actividad multiplicaba sus fuerzas: cansó á los sitiados con simulados ataques sobre varios puntos; sostuvo con bizarría sus salidas, cojió varios convoyes que les iban dirigidos, y causó con su artillería estragos de consideracion, teniendo esperanzas que los daños y penalidades del sitio inducirian á los habitantes á pedir capitulacion.

Pero el gobernador de Quebec mostraba por su parte un celo infatigable para la defensa de la plaza, y como no ignoraba las muchas privaciones de los sitiadores, combinaba sus operaciones con las tropas que ocupaban otros puntos de la provincia á fin de interceptar los socorros de jente y municiones que esperaba Arnold de las colonias insurreccionadas. Efectivamente este gobernador mandó un destacamento á la orilla derecha del rio San Lorenzo, el que, reunido con algunas compañías de voluntarios canadenses mandados por Beaujeu, sorprendió con su activa vijilancia varios convoyes americanos. Aunque Arnold logró mas tarde derrotar y dispersar aquella division, no por esto mejoraba su situacion, antes consumia todos sus recursos sin poder renovarlos en el pais, y los combates que tenia que sostener, cualquiera que fuese su resultado, le ocasionaban bajas de hombres y municiones que de ningun modo podia reemplazar.

El jeneral Wooster llegó, el 1.º de abril, á tomar el mando de las tropas americanas, y Arnold, cuyas heridas se habian agravado, fué lleva-

do á Montreal. Abandonó con sentimiento una expedicion en que eran tantos los riesgos, y los trabajos que él habia principiado fueron continuados en el primer mes por Wooster, y en seguida por el jeneral Thomas que fué á reemplazarle. Acababa este de distinguirse en el sitio de Boston, donde, al frente de una division americana, se habia apoderado de las alturas de Dorchester, hazña que honraba su habilidad y bizarría. Habiendo conocido desde un principio que era imposible prolongar con tan pocas fuerzas el sitio de una ciudad á la que se dirigian nuevos convoyes marítimos que ya habian aparecido en la parte inferior del rio, quiso por lo menos anticiparse á su llegada haciendo una nueva tentativa para apoderarse de la plaza antes que fuesen mayores las dificultades. Proyectoó incendiar los buques del puerto en la noche del 3 de mayo, y dar al mismo tiempo el asalto, aprovechándose del desorden y confusion que traeria consigo este acto; pero el brulote dirigido contra los buques ingleses ardió y quedó consumido antes de llegar á ellos, por lo que no pudieron tener lugar el asalto y sorpresa de la plaza, retirándose las tropas americanas á su campamento, que tambien tuvieron que abandonar dos dias despues. Veíase llegar la escuadra británica que ya estaba pronta á introducir tropas en la ciudad baja, y señoreando la navegacion del San Lorenzo, cuyo curso iba ya remontando, podia hacer desembarcos en la margen izquierda del rio que hubieran cortado las comunicaciones de los Americanos con el alto Canadá, entónces trataron de abandonarsu posicion, y el jeneral Carleton en una salida que hizo el 5 de mayo con lo mas selecto de su garnicion, les sorprendió mientras estaban verificando aquel movimiento, y les hizo precipitar su retirada, dejando tras sí bagajes y municiones: esta privacion les hacia la marcha sumamente dificultosa, en términos que tuvieron que dispersarse para procurarse subsistencias, y de los descarrados, unos cayeron prisioneros de guerra, y

otros fueron socorridos por la humanidad de los Canadenses.

El punto de reunion de las tropas era en frente de la confluencia del rio Sorel, á donde llegaron despues de una penosa marcha, aumentándose las desgracias con las enfermedades que sobrevinieron, de las que fué víctima el jeneral Thomas. Entónces pareció que la fortuna quiso cambiar la suerte de esta division, pues el jeneral Sullivan se presentó para mandarla con un refuerzo de cuatro mil hombres, cuya leva era procedente de las provincias de Pensilvania, Nueva Jersey, Nueva York y Connecticut; pero la dificultad de completar su armamento y equipo habia ocasionado tanta demora, que ya llegaban muy tarde para poder presentarse de nuevo á continuar las operaciones delante de Quebec, siendo por otra parte su número inferior al que por la suya acababan de recibir los Ingleses.

Las tropas británicas, enteramente dueñas otra vez del bajo Canadá, ocupaban igualmente en sus rejiones superiores varios fuertes inmediatos á los grandes lagos, cuyas posesiones les facilitaban mantener relaciones con los pueblos indios que habian atraído á su partido, como que los salvajes concurrieron con ellos á algunas expediciones contra las tropas coloniales que se habian apoderado de varios apostaderos del alto Canadá. Ayudáronles á reconquistar el fuerte de la Pointe-aux-Cedres, cuya guarnicion hicieron prisionera, embistieron otro destacamento americano que tuvo la misma suerte, sacrificaron inhumanamente algunos de estos desgraciados, y en seguida, para librarse de la venganza del jeneral Arnold, que salió de Montreal para atacarles con fuerzas muy superiores, le manifestaron que, si un solo Indio sufría la muerte, todos los prisioneros de guerra que ellos tenian serian sacrificados: Arnold, para no esponer tantas víctimas al furor de los salvajes, dejó de atacarles y convino en un canje de prisioneros.

Otros acontecimientos mas decisivos iban á tener lugar hácia la parte

del rio San Lorenzo conocida con el nombre de lago de San Pedro, que es un vasto depósito donde van á parar las aguas del rio Sorel y de los lagos que atraviesa. No habia aun llegado hasta allí el ejército inglés que salió de Quebec con el jeneral Carleton, hallándose escalonado en las riberas inferiores del rio, y el cuerpo mas adelantado en el apostadero de los Tres-Rios. Como se hallaba este separado de las demás divisiones, los Americanos creyeron poderle atacar con ventaja, á cuyo fin Sullivan, cuyas posiciones estaban inmediatas á la boca del Sorel, mandó embarcar repentinamente en el lago San Pedro un destacamento para esta expedición; pero las fuerzas británicas eran mas numerosas, y los Americanos, despues de una mortífera accion, tuvieron que retirarse con mucha dificultad por entre las llanuras pantanosas que hay al norte de este lago: como se habian separado mucho de sus embarcaciones, las tropas inglesas les molestaron vivamente en su retirada, hasta el extremo de hacerles abandonar todas las posiciones á un ejército que iba concentrando sus fuerzas en su marcha con todos los cuerpos que se hallaban menos avanzados: componíase de trece mil hombres, y Sullivan no tenia mas que cinco mil en estado de llevar las armas. Este jeneral remontó el rio Sorel y llegó sucesivamente al fuerte Chambly y al de San Juan, donde se le reunió el jeneral Arnold con la guarnicion de Montreal. Como aquellos dos fuertes solo estaban atrincherados con empalizadas y obras de madera, los Americanos les pegaron fuego al abandonarlos para que el enemigo, que les iba siguiendo, no pudiese utilizarlos: y Sullivan, despues de haber ocupado momentaneamente l'Ile-aux-Noix, atravesó de norte á sur el lago Champlain y se replegó sobre los fuertes de Crown-Point y Ticonderoga, de donde habia salido ocho meses antes la expedición americana.

En esta expedición se habia contado demasiado con la cooperacion de una parte de los Canadenses, cuya

falsa esperanza fué causa de emprender, con medios harto escasos, una conquista que solo podia apoyarse en las propias fuerzas de las colonias. Los socorros que fueron sucesivamente enviándose hubieran sido de mucha mas eficacia si hubiesen podido reunirse y emplearse todos á la vez. Quizás podria tambien contarse en el número de las causas que mas contribuyeron al mal éxito de la empresa el frecuente é indispensable cambio de los jenerales que mandaron el ejército americano, que fueron Schuyler, Montgomery, Arnold, Wooster Thomas y Sullivan: no era fácil que les animase á todos un mismo espíritu, antes por el contrario, todos diferian en sus combinaciones militares; y la rapidez con que eran rotos los vínculos que deben unir al jeneral con los soldados privaba de toda unidad y armonía á las operaciones.

No obstante, aunque desgraciada, proporcionó esta expedición la mayor gloria á los Americanos en las muchas ocasiones que tuvieron de acreditar su valor: en ella fueron distinguidas las virtudes militares y civiles de Ricardo Montgomery, que perdió su patria á la edad de treinta y ocho años, y que puede servir de modelo á los guerreros; los Canadenses habian loado su moderacion despues de la victoria, y cuando pereció al pié de los muros de Quebec, el jeneral enemigo le hizo tributar los honores fúnebres debidos á su grado y á la brillantez de sus hechos. El congreso, al saber su muerte, decretó que se le erijiría un monumento que recordase la gloria de su vida y de su muerte, cuyo cenotafio fué colocado á la entrada de la iglesia de San Pablo en Nueva York.

Los Americanos se vieron pues obligados á desistir de su empeño de conquistar el Canadá; pero fueron mas afortunados en las expediciones que tuvieron por objeto su propia defensa. En la Carolina del norte, el jeneral Moore, que mandaba las milicias coloniales, obtuvo una victoria contra los realistas: despues de haberse mantenido en campaña sin empeñar accion alguna hasta tener



Bataille de Montserrat devant Québec
 Muerle de Montserrat ante Québec

Ensemble de l'armée britannique

Ensemble de l'armée française

Ensemble de l'armée anglaise

ESTADOS UNIDOS

ÉTATS - UNIS

ESTADOS UNIDOS



Vue de Boston depuis de la flotte Anglaise
 Vista de Boston Salida de la flota Inglesa

Ensemble de l'armée anglaise

Ensemble de l'armée anglaise



John Hancock

Th Jefferson

Beny. Franklin

John Adams

Chas. Livingston

Charles Carroll of Carrollton

Richard Henry Lee

Robt Morris

Step. Angelliers

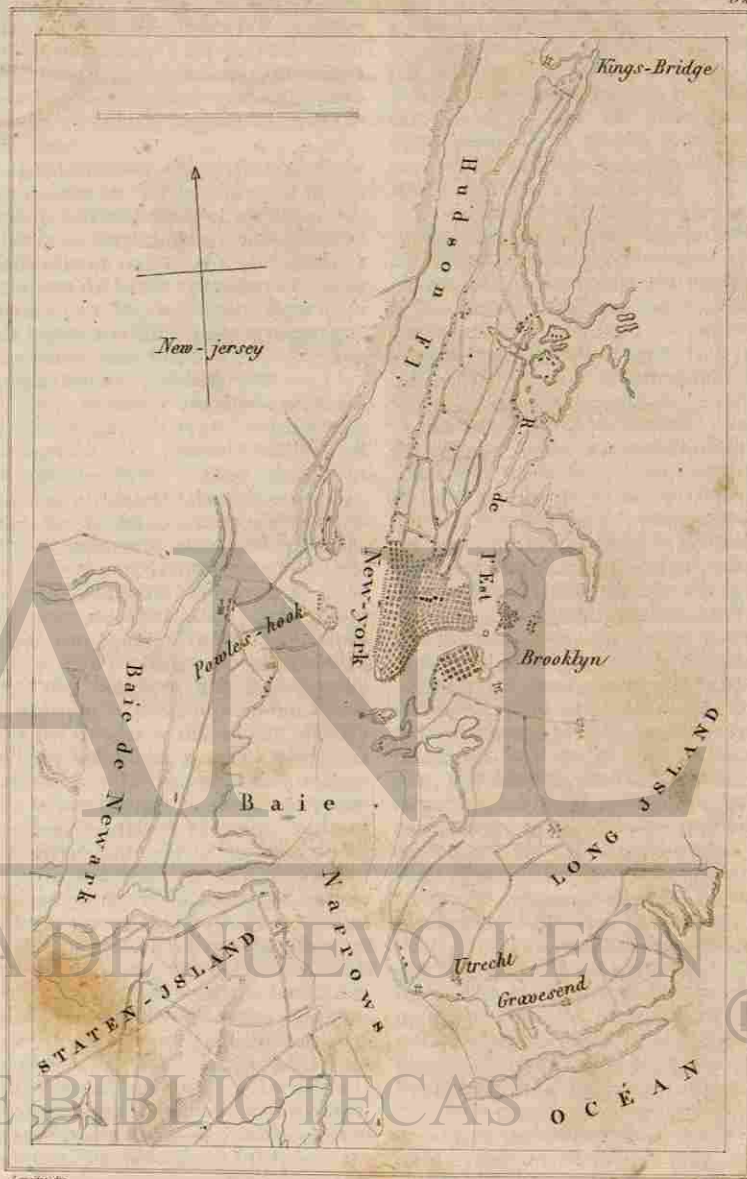
John Morton

John Penn

Edward Rutledge

Fac Similes de quelques Signatures de l'acte d'Independance.

Fac Similes de algunas firmas de la acta de Independencia



Plan de la Baie de New-York.

Plano de la Baia de Nueva York

reunidas las fuerzas, atacó las tropas inglesas mandadas por el coronel Macdonald, y las derrotó cerca de Wilmington antes que pudiesen recibir los refuerzos que esperaban y que ya habían llegado hasta el cabo Fear.

Las tentativas de lord Dunmore para entrar en Virginia fueron igualmente infructuosas por no haber podido verificar ningún desembarco la escuadra en que se había refugiado; y después de haber cruzado por algún tiempo en las costas sin esperanza de lograr sus fines, este antiguo gobernador se retiró á la Florida y sus partidarios se dispersaron.

No tuvo mejor resultado otra expedición que hicieron los Ingleses á la Carolina. El general Clinton y el almirante Peter Parker quisieron probar un desembarco en esta colonia, donde creían tener muchos adictos, prometiéndose reducir fácilmente todo el país á la obediencia del gobierno británico, si lograban apoderarse de Charleston; pero ya el gobierno colonial se había anticipado á poner allí una guarnición de seis mil hombres y á fortificarla, siendo por su posición en la confluencia del Cooper y del Ashley más fácil de defender, y para cubrir sus avenidas marítimas se había ocupado la isla Larga y la de Sullivan, cuyo fuerte estaba á cargo del coronel Moultrie, que por lo valerosamente que supo defenderle, le dió en seguida su nombre. La escuadra inglesa que se presentó el 28 de junio delante de Charleston, dirigió primero todos los ataques contra el fuerte Moultrie, y mientras le estaba bombardeando y batiéndole en brecha, las tropas de tierra que acababan de desembarcar en la isla Larga debían pasar á la de Sullivan para dar el asalto; pero como habían creído que el canal podía vadearse y hallaron luego que era demasiado profundo, no pudo efectuarse el tránsito de las tropas. La resistencia de la fortaleza y el daño que su artillería ocasionó á la escuadra inglesa determinaron á Clinton y Parker á desistir de su empresa; y la escuadra se volvió á hacer á la vela para Nueva York, con-

forme á las instrucciones del general Howe, que mandaba en jefe todas las fuerzas británicas. Este general debía también trasladarse allí con la división que había reunido en Halifax, de modo que las principales operaciones de la guerra iban á tener lugar hacia la entrada del río Hudson (véase la lámina 48).

Ya había previsto Washington este movimiento, y quiso adelantarse á la llegada y establecimiento del enemigo en la provincia que amenazaban invadir, dirigiéndose rápidamente sobre Nueva York con las tropas que le quedaron después de la toma de Boston, cuyo mando confió al valiente y experimentado general Ward. Llegó allí el 14 de abril, y desde luego se dedicó á poner la plaza y todas las posiciones circunvecinas en buen estado de defensa. Todavía gozaba Nueva York de aparente calma; pero todo anunciaba la próxima tempestad que iba á descargar sobre este país. Las tropas americanas ocupaban la ciudad, levantaban reducidos, hacían acopio de víveres y municiones y se preparaban para sostener un sitio; en el puerto estaba surta una escuadra británica, cuyas tripulaciones procuraban mantener secretos tratos con los habitantes, y que, por dominar la bahía, podía interceptar todas las arribadas y cerrar las comunicaciones con el mar, esperando tan solo, para atacar la costa firme, la llegada de los refuerzos que le habían prometido. En medio de las dificultades de esta situación, que cada día era más crítica y que anunciaba la inminencia de las hostilidades, no estaban aun enteramente rotos todos los vínculos que unían la colonia con la Inglaterra, residiendo todavía Tryon en Nueva York como gobernador de la provincia. Este representante, sospechoso de una autoridad caída, trataba de hacer valer un título que aun se le reconocía para recobrar un poder que le disputaban; pero aunque los partidarios de la metrópoli fuesen más numerosos en esta comarca que en las demás colonias, la adhesión á la causa popular hacía no obstante rápidos progresos, pues los patriotas ca-

da día cobraban mas confianza en sus propias fuerzas, y eran mas osados porque podian hallar apoyo en la co-operacion de las demás colonias, en la autoridad del congreso, que cada día se acreditaba mas, y en los medios de proteccion de que ya disponia esta junta central.

La desigualdad, cada día mas marcada, de esta lucha entre los partidos, y la preponderancia que finalmente debía obtener la opinion del mayor número, se notaban, no solo en Nueva York, sino en todas las demás colonias: en un principio se hallaron frente á frente dos autoridades; pero como sus fuerzas eran diferentes, fácil es conocer por qué la una usurpaba gradualmente las atribuciones de la otra y conseguia suplantarla despues de haberla desmembrado por partes. De este modo iban substituyendo las juntas coloniales su poder al de los gobernadores británicos; tenían sus agentes y delegados, podian contar con las milicias porque pertenecian á la masa del pueblo y eran por consiguiente sus naturales defensores, al paso que los gobernadores, para conservar un poder que por momentos se les iba escapando, no tenían mas apoyo que las tropas inglesas enviadas á su socorro y los indecisos y precarios parciales que se unian á su bandera. Con estos medios y estos elementos de division podian principiar y prolongar la guerra civil; pero la verdadera fuerza estaba en el partido colonial, porque se fundaba en opiniones que se habían profundamente arraigado en el país. Su órgano era el congreso, el cual las dirigia, disponia de ellas, y manifestando irresolucion acerca las relaciones que aun podrian unir las colonias con la metrópoli, preparaba de hecho su emancipacion y gradualmente iba haciendo inevitable su independencia.

Efectivamente había cambiado mucho la situacion de estas provincias desde que tuvieron lugar las primeras conmociones. Parecia fácil un arreglo en tanto que una parte se concretaba á pretensiones y la otra á representaciones, porque en estos casos se abria la via de las negocia-

ciones y podian conciliarse los dos partidos. Esta tendencia á favor de la paz la habían patentizado los Americanos en sus primeras jestionés; pero el gobierno británico pareció desentenderse de la causa de sus disposiciones, y atribuyendo á debilidad la condescendencia, creyó que con insistir en sus pretensiones podría hacerlas respetar, á cuyo fin hizo algunas demostraciones de fuerza. Este medio de recurrir á la fuerza armada dió orijen á un primer choque que irritó é indispuso todos los ánimos; y no bien se hubo derramado sangre por la causa americana, cuando de todas partes salieron defensores en su favor: el congreso mismo mudó de disposicion, y los hombres ardientes y jenerosos, cuyos esfuerzos apresuraban la independencia de las colonias, hicieron triunfar una opinion que iba á empeñar á su patria en una penosa guerra, pero que le prometia el mas elevado destino. Este arrojó fué favorecido por la publicacion de varios escritos, en cuyo número sobresalia el de Thomas Payne, titulado *El Sentido comun*, que fué publicado en Filadelfia en febrero de 1776. El autor subia al orijen mismo de la sociedad, y sus observaciones iban dirigidas á un mismo tiempo contra la Inglaterra y contra la monarquía: el gobierno era para él un mal necesario y un suplemento á la insuficiencia de la moral; y bajo este concepto era preciso que tuviese por objeto la libertad y seguridad de los ciudadanos, debiendo darse la preferencia á aquel que aseguraba la una y la otra con menos gastos y mayores ventajas. El poder de la corona era considerado hartó predominante en la constitucion inglesa; el derecho hereditario espuesto al peligro de las historias, rejenias é incapacidades morales é intelectuales, habiendo ocasionado en Inglaterra frecuentes guerras civiles y á los Americanos un cúmulo de desgracias por la dependencia que á ella les tenía sujetos. Opinaba el autor que las colonias abandonadas á sí mismas hubieran prosperado mucho mas; y añadia: «La Inglaterra, al esplotarlas,

no ha tenido mas mira que favorecer su propio comercio, arrastrándolas en todas sus guerras, sin que haya tenido que protegerlas mas que contra los enemigos que ella se había suscitado. No es la Inglaterra su madre patria, porque han recibido habitantes de todas las partes de Europa, y si algunos vínculos particulares las unian con aquella, han quedado rotos desde el momento que dicha potencia se ha declarado su enemiga; son muchos los males que ella les ha ocasionado para que sea posible una reconciliacion, que por otra parte no seria sincera ni duradera, porque no está en la naturaleza humana volver la amistad á aquellos á quienes se deben sus penas, su miseria y sus sangrientas pérdidas. Un gobierno tan separado de nosotros ¿podría prever todas nuestras necesidades y quisiera asegurarnos una prosperidad que ocasionaria su envidia y desconfianza? La América no debe pertenecer á nadie mas que á sí misma, y hora es ya que se emancipe de su tutor. La separacion se verificará tarde ó temprano, y es menester aprovechar el momento mas oportuno para efectuarla: la ocasion no puede ser mas propicia; nuestros soldados se han formado en la última guerra, y no es bueno esperar á que esta jeneracion desaparezca. Hoy día tenemos bastantes hombres para defendernos; no tenemos deuda; abundamos en medios para la construccion naval; nuestra union nos hace mas fuertes, mas confiados y mas seguros de lograr nuestros fines, permitiéndonos que nos demos un gobierno nacional y combinándonos á declararnos independientes. Hasta que hayamos llegado á este estado, no esperemos socorro alguno del extranjero, porque mientras permanezcamos súbditos de la Inglaterra, las demás potencias nos tratarán como rebeldes; pero no será lo mismo cuando nos hayamos puesto en el rango de las naciones.»

Para escitar aun mas vivamente el entusiasmo de todo un pueblo, pintábase Thomas Payne el brillante porvenir que le aguardaba, en estos tér-

minos: «Jamás alumbró el sol una causa mas importante; no se trata de libertar tan solo á esta ciudad, á una provincia, á un reino; trátase sí de emancipar un continente, la octava parte de la tierra habitable: no es el interés de un día, sino el de la posteridad, cuyos destinos hasta los mas remotos tiempos van á depender de nuestras actuales resoluciones.»

Este escrito cuyo carácter acabamos de indicar tuvo una influencia extraordinaria, haciendo nacional el espíritu de independencia; y el congreso, órgano de la opinion pública, no tardó en preparar la adopcion de este sistema, dirijiendo á cada colonia, por resolucion del 6 de mayo, la invitacion de hacer cesar toda autoridad que emanase de la corona británica y establecer la forma de gobierno que creyese mas conforme á sus intereses particulares, y á los de toda la confederacion.

Este impulso dado á las juntas provinciales las indujo á todas á organizar nuevos gobiernos. Todos fueron representativos, y la autoridad real fué substituida por la del pueblo de quien dimanaron todos los poderes ejercitándose de un modo mas ó menos inmediato. La aplicacion de este principio no fué igual en todas las provincias, porque cada una tuvo en consideracion los usos locales, introduciendo en la organizacion de su gobierno todo aquello que podía conservarse de las leyes é instituciones precedentes sin perjudicar las libertades de los habitantes ni las nuevas relaciones que debian enlazar á todas las colonias.

Rhode Island y el Connecticut tuvieron poco que mudar en sus constituciones, en las que todos los poderes emanaban ya del pueblo y todos los magistrados eran nombrados por él. La Virginia y la Carolina del sur ya se habían anticipado á las intenciones del congreso, dejando de reconocer y reemplazando todas las administraciones que tenían su autoridad de la corona. Este ejemplo fué jeneralmente imitado, y el Maryland, la Pensilvania y Nueva York, que aun titubeaban en que-

brantar todos los antiguos vínculos con la Inglaterra, siguieron por fin el torrente de la opinion jeneral.

Algunas observaciones jenerales sobre estos cambios de instituciones bastarán para dar una idea de su carácter y principales resultados. El querer describir detalladamente el gobierno de cada colonia, seria substituir á la historia de un gran pueblo unos cuadros de lejislacion local, que si bien deben ser consultadas, su análisis corresponde á obras de otra clase. La historia ya tiene su terreno marcado, y si se permite algunas pasajeras escursiones fuera de sus límites, es con la sola mira de proporcionarse nuevos rayos de luz que alumbren su marcha, enredarse en nuevas vías, y no perdiendo nunca de vista su principal objeto.

Así pues, nos concretaremos á manifestar, que en casi todas las constituciones coloniales el poder lejislativo fué ejercido en concurrencia por dos camaras, que debian discutir sucesivamente los mismos bills ó proyectos de ley, siendo necesaria para el complemento de la ley la sancion del poder ejecutivo. El poder judicial era independiente de los otros dos, habiéndose puesto especial esmero en darle cuantas garantías podian contribuir á su libre ejercicio. La justicia era considerada como la principal fuerza del estado; reinaba soberanamente, y se quiso que fuese la depositaria mas segura de los derechos é intereses de la sociedad. No daba ningun recelo el ver tomar incremento á una autoridad que servia de apoyo al débil y al acusado; pero el poder ejecutivo era mirado jeneralmente con ojo suspicaz: procurábase limitar las funciones de los gobernadores, y como las habian ejercido anteriormente en nombre de la corona, quería reservarse salvaguardias contra el restablecimiento del poder real. Las instituciones monárquicas habian inspirado á los americanos un espíritu habitual de desconfianza, cuya opinion venia ya de sus antepasados, ó sea de la época en que las reformas religiosas y políticas se pres-

taban mutuo apoyo, en que el protestantismo favorecia el sistema republicano, en que el mismo Cromwell habia derribado la monarquía, y en que las persecuciones, ejercidas antes y despues de él contra los puritanos y otros disidentes, habian hecho emigrar á América muchos hombres imbuidos en las mismas doctrinas para hallar un asilo contra los rigores del poder. Los refugiados que las colonias inglesas habian recibido de las otras partes de Europa estaban animados de iguales sentimientos, pues trajeron á su destierro la misma libertad de opiniones, y aquellas impresiones originales se habian ido trasmitiendo, de jeneracion en jeneracion á sus descendientes. Esta tradicion de los males antiguamente sufridos mantenía en la mayor parte de las familias un resentimiento hereditario, que podia haberse aletargado con el tiempo y otros hábitos de gobierno, habiéndose acostumbrado á la obediencia en tanto que pareció necesaria á la seguridad; pero la lisonjera idea de rehabilitar las opiniones paternas, y de hacer dominar un sistema por el cual se habian sufrido largas persecuciones, volvió á entornizar la causa de la emancipacion, é hizo adoptar todos los principios de gobierno que podian favorecerla. Las mismas leyes de Inglaterra se prestaban á estos principios; y así es que continuaron rijiendo en los nuevos gobiernos que se organizaron, y fué mas fácil efectuar la revolucion, porque no hubo necesidad de desquiciar todas las antiguas bases de la sociedad.

El establecimiento de estas varias administraciones que ya no dependian de la corona, fué un primer acto de reparacion, y ya no faltaba mas que proclamar de un modo solemne la independencia de las colonias: Henry-Lee hizo esta proposicion, y John Adams la sostuvo con calor en la sesion del 8 de junio. En su discurso brillaba la elocuencia de la razon y del convencimiento: demostró que de esta deliberacion dependia no tan solo el destino de un pueblo, sino el de todas las de-

mas naciones espectadoras de una lucha tan memorable. Los Americanos quieren usar de la libertad que sus padres vinieron á buscar en estas playas, y ya que la Inglaterra se la niega, les es forzoso romper con ella: ¿Acaso no han apurado ya inútilmente toda clase de súplicas y representaciones? ¿La metrópoli ha deseado por ventura nuestra felicidad? ¿Ha cumplido las promesas que nos tenia hechas? ¿y quién podría asegurarnos que las cumpliera con mas fidelidad si nos dejáramos de nuevo unirse á su yugo? Podemos volver á ser amigos de Inglaterra; pero no queremos ser ya contados en el número de sus súbditos, porque la naturaleza se opone á que un pais poblado, fértil, estenso é industroso esté sujeto á otra potencia. Es preciso ya desechar las medidas á medias: ya que nos hemos atrevido á desobedecer, sepamos defendernos. La línea de nuestra conducta ya no debe ser incierta: sepan ciudadanos y estrangeros si somos ó no una verdadera nacion. Al elevarnos á la independencia, acrecentamos nuestras fuerzas sin aumentar nuestros peligros, y abrazamos el único partido que conviene á nuestra situacion y á nuestra dignidad. Otros pueblos antes que nosotros han sabido conquistar la libertad; ¿y acaso para obtenerla nos faltan á nosotros tantas fuerzas y tanto valor como ellos tuvieron? Recordaba en seguida el orador las victorias ya obtenidas en Lexington, Boston, Virginia y las Carolinas, viendo en ellas el presajio del triunfo que debia coronar esta empresa. Manifestaba cuál seria el premio de tantos esfuerzos: un continente libertado, un asilo abierto á los oprimidos de todas las naciones y una celebridad inmortal para los hombres que hubiesen fundado la felicidad de su patria.

Tan halagüeña perspectiva no podia menos de seducir á unos hombres jenerosos, y así es que el congreso dió asenso á las opiniones del orador; pero esta asamblea no quiso tomar ninguna resolucion precipitada: la medida que se le proponia requería un maduro exámen, y por

otra parte era necesario obtener unanimidad de votos; y como aun habia algunos pareceres diverjentes se difirió la discusion para principios del siguiente mes.

Entretanto pudieron recibir los diputados de las diferentes colonias las correspondientes instrucciones de sus comitentes; y de ellas resultó que casi todos tuvieron el encargo de votar por la independencia, y á los demás se les autorizó para conformarse con la opinion de la mayoría.

La comision encargada de presentar un dictámen sobre esta importante cuestion, estaba compuesta de Jefferson, John Adams, Franklin, Shermann y Felipe Livingston. Las consideraciones que sometió á la asamblea sufrieron en el curso de la discusion algunas modificaciones, y la declaracion de independencia fué adoptada por unanimidad en la sesion del 4 de julio de 1776. Creemos deber insertar aquí textualmente un acto tan memorable que constituyó la base de la existencia política de los Estados-Unidos (véase la lámina 51).

«Cuando en el curso de los acontecimientos humanos se ve precisado un pueblo á romper los vínculos políticos que le unian á otro pueblo, y á tomar entre las potencias de la tierra el orden igual y distinto á que le autorizan las leyes de la naturaleza y el Dios del universo, las consideraciones que debe al juicio de los hombres exigen que declare las causas que le obligaron á esta separacion.

«Nosotros tenemos por evidentes las siguientes verdades: que todos los hombres fueron creados iguales; que su Criador les dotó de ciertos derechos inajenables, en cuyo número se comprenden la vida, la propiedad y el anhelo de la felicidad; que para asegurar estos derechos se instituyen gobiernos entre los hombres, y que su lejítimo poder dimana del consentimiento de los gobernados que donde hay una forma de gobierno contraria á este objeto, los pueblos tienen derecho de mudarla ó abolirla, é instituir un nuevo gobierno cuyos principios estén fundados y los poderes organi-

zados del modo que les parezca mas á propósito para conservar su seguridad y bienestar.

«La prudencia nos dice en efecto que unos gobiernos establecidos de mucho tiempo no debieran mudarse por causas frívolas y pasajeras, y la experiencia nos enseña que los hombres estan mas dispuestos á sufrir cuando los males son soportables, que á hacerse justicia por sí aboliendo las formas á que ya están acostumbrados: pero cuando una larga serie de abusos y usurpaciones, que incesantemente tienden al mismo fin, prueba el plan de someterlos á un despotismo absoluto, está en su derecho y en su deber desechar semejante gobierno y procurarse nuevas garantías para su futura seguridad.

«Tal ha sido la sufrida tolerancia de estas colonias, y tal es en el día la necesidad que las obliga á cambiar su antiguo sistema de gobierno. La historia del rey actual de la Gran Bretaña es una serie no interrumpida de injurias y usurpaciones que tenían todas la mira directa de establecer en estos estados una tiranía absoluta. Para probarlo bastará que se sometan los hechos al juicio imparcial del mundo entero.

«Ha negado su sancion á las leyes mas saludables y necesarias al bien público. Ha prohibido á sus gobernadores conformarse á leyes importantes de urgente é inmediata necesidad, á no ser que se suspendiese su efecto hasta despues de haber obtenido su beneplácito, y una vez suspendidas, ni siquiera se ha ocupado de ellas. Se ha negado á sancionar otras leyes ventajosas á dilatadas provincias, á no ser que sus habitantes postergasen el derecho de representación en la legislatura, derecho para ellos inestimable y formidable tan solo para los tiranos. Ha convocado cuerpos legislativos en puntos inusitados, incómodos y lejanos de los archivos públicos, con la única mira de cansarlos y doblegarlos á sus planes. Ha disuelto por repetidas veces las cámaras representativas, porque se oponian con varonil firmeza á sus invasiones sobre los derechos

del pueblo, y despues de haberlas disuelto se ha opuesto por mucho tiempo á que se nombrasen otras; y durante su suspension el estado ha quedado espuesto á todos los peligros de la invasion extranjera y de convulsiones intestinas.

«Ha intentado oponerse al aumento de las poblaciones de estos estados, impidiendo á este fin las leyes sobre la naturalizacion de los extranjeros, negándose á sancionar otras leyes para proteger su emigracion á este pais, y agravando las condiciones para la adquisicion de tierras. Ha perjudicado la administracion de justicia, negando su asentimiento á las leyes que establecian poderes judiciales. Ha hecho á los jueces dependientes de su sola voluntad, tanto en el goce de sus oficios como en la tasacion y pago de sus honorarios. Ha creado muchos empleos nuevos, ha enviado una multitud de empleados para abrumar á nuestro pueblo y para devorar su subsistencia. Ha mantenido entre nosotros ejércitos permanentes en tiempo de paz, sin el consentimiento de nuestros legisladores. Ha intentado hacer al poder militar independiente del poder civil y superior á él.

«Ha combinado con otras autoridades los medios para sujetarnos á una jurisdiccion incompatible con nuestra constitucion y que no reconocen nuestras leyes, adhiriéndose á sus actos de supuesta legislacion y esto con el fin de tener acuartelados entre nosotros numerosos cuerpos de tropas; de poner á aquellas, por medio de un insultante simulacro de enjuiciamiento, á cubierto de todo castigo por los asesinatos que hubieren cometido en los habitantes de estos estados; de interrumpir nuestro comercio con todas partes del mundo; de imponernos contribuciones sin nuestro consentimiento; de privarnos en muchos casos de los beneficios que procura el juicio por jurados; de trasportarnos á la otra parte de los mares para ser juzgados sobre supuestas ofensas; de abolir el libre sistema de las leyes inglesas en una vecina provincia, estableciendo en ella un gobierno

arbitrario, y ensanchando sus límites, con la mira de servirse de ella como instrumento y ejemplo para introducir las mismas reglas absolutas en estas colonias; de suprimir nuestras inmunidades, abolir nuestras mas caras leyes y alterar en sus bases el sistema de nuestros gobiernos, y finalmente de suspender nuestras propias legislaturas, y declararse á sí mismo investido del derecho de darnos leyes en todos los casos.

«Ha abdicado el gobierno para con nosotros declarándonos privados de su proteccion, y nos ha hecho la guerra pirateando en nuestros mares, saqueando nuestras costas, incendiando nuestras ciudades y sacrificando á nuestros conciudadanos. En este momento está trasportando inmensos ejércitos de extranjeros mercenarios, para completar la obra de desolacion, tiranía y muerte ya principiada con circunstancias de crueldad y perfidia que apenas tienen igual en los siglos mas bárbaros y que son de todo punto indignos del jefe de una nacion civilizada. A nuestros compatriotas, hechos prisioneros en alta mar, les ha obligado á hacer armas contra su pais, á ser los verdugos de sus amigos y hermanos ó á perecer bajo sus tiros. Ha promovido insurrecciones domésticas entre nosotros, y ha tratado de desencadenar contra los habitantes de nuestras fronteras á unos Indios salvajes é inclementes, cuyo principio de guerra se sabe consiste en destruirlo todo, sin distincion de edad, sexo ni condicion.

«Cada vez que se han repetido los actos de opresion hemos hecho las mas humildes representaciones para que se suspendiera su nocivo efecto; y solo se ha contestado con nuevas injurias á nuestras súplicas reiteradas. Y un príncipe que en vista de todo esto tiene un carácter tan inclinado á todos los actos que solo son propios de un tirano, es incapaz de gobernar un pueblo libre.

«Nosotros por nuestra parte hemos tenido toda clase de consideraciones con nuestros hermanos los

Ingleses; les hemos advertido repetidas veces de las tentativas de su legislatura para estender sobre nosotros un poder que no se apoya en justicia alguna, les hemos manifestado las circunstancias de nuestra emigracion y establecimiento en este pais; hemos apelado á su justicia y natural magnanimidad, y les hemos encarecido, por los vínculos de parentesco que nos hermanan, que desaprobasen estas usurpaciones, las cuales romperian inevitablemente nuestras relaciones y correspondencia con ellos. Pero ellos han cerrado los oídos á la voz de la justicia y de la sangre. En su virtud debemos nosotros ceder á la necesidad que nos impone la separacion, y tenerlos como á los demás hombres, por enemigos en la guerra y amigos en la paz.

«En consecuencia, nosotros los Representantes de los Estados Unidos de América, reunidos en congreso jeneral, y protestando al Juez Supremo del mundo de la recitud de nuestras intenciones, en nombre y por la autoridad del buen pueblo de estas colonias, publicamos y declaramos solemnemente: que estas colonias unidas son y deben ser de derecho estados libres é independientes, que son francas de toda servidumbre para con la corona británica, que todo vínculo político entre ellas y la Gran Bretaña es y debe ser totalmente disuelto, y que, como estados libres é independientes, tienen pleno poder para declarar la guerra, concluir la paz, contraer alianzas, arreglar su comercio y cumplir todos los demás actos que los estados independientes tienen derecho de ejercer.

«En apoyo de esta declaracion, y con una firme confianza en la proteccion de la divina Providencia, empeñamos mutuamente los unos para con los otros nuestras vidas, nuestras fortunas y nuestro honor sagrado.»

La declaracion de independencia que acabamos de insertar fué firmada por todos los miembros del congreso, solemnemente proclamada y consagrada con regocijos públicos

en Filadelfia, Nueva-York, Boston, Baltimore, y demás capitales: todas las brigadas del ejército americano la recibieron con aclamación; resonaron de fortaleza en fortaleza salvas de artillería de trece cañonazos, en honor de los trece estados que formaban la nueva confederación, las que fueron repetidas por todas las baterías de los varios puntos de la costa. De este modo estalló en todas partes la ruptura de todos los antiguos lazos con la Inglaterra, y las enérgicas resoluciones del congreso, sus levas de tropas y todos sus preparativos de defensa, atestiguaban lo bastante que al tomar esta medida irrevocable había previsto y aceptado todos los riesgos que traía consigo.

LIBRO OCTAVO.

DESEMBARCO DE LOS INGLESES EN LONG-ISLAND. BATALLA DE BROOKLYN. FIRMEZA DEL CONGRESO. AUMENTO Y ORGANIZACION DE LAS TROPAS DE TIERRA. ARMAMENTOS MARÍTIMOS. ENVIO DE UN MENSAJE A FRANCIA. DISPOSICIONES DE ESTA POTENCIA CON RESPECTO A LOS AMERICANOS. CONTINUACION DE LAS OPERACIONES DE LA GUERRA EN LAS DOS RIBERAS DEL HUDSON HACIA EL LAGO CHAMPLAIN Y A ORILLAS DEL DELAWARE. ACCIONES DE TRENTON Y PRINCETON. FIN DE LA CAMPAÑA EN NUEVA-JERSEY.

Aunque desde el origen del congreso la independencia americana era el fin á que tendían la mayor parte de sus miembros, no obstante esta gran medida había sido preparada por mucho tiempo antes de ponerse en ejecución. Por espacio de dos años dejaron fomentarse el proyecto que tenían concebido, para que difiriendo su decisión fuese mas vivamente deseado; así es que cuando finalmente fué adoptado por el congreso, no pareció sino dictado por la opinión pública.

La gravedad de los peligros que á las azonas amagaban á los Estados-Unidos exijian de su parte una nueva

energía: la Gran Bretaña había reunido sus fuerzas para someterlos, é iba á caer sobre un país en que podía hallar muchos partidarios, esperando por otra parte obtener fáciles ventajas oponiendo tropas aguerridas á cuerpos de milicias y voluntarios formados apresuradamente. La evacuación de Boston por las tropas británicas, en vez de debilitarlas, no había hecho mas que cambiar el teatro de la guerra. Estas tropas que por mucho tiempo habían estado á la defensiva, tenían que vengar una reciente desgracia, y á su vez iban á tomar la ofensiva; y los poderosos refuerzos que habían recibido, con las escuadras que tenían á su disposición, les permitían presentarse doquier con la superioridad de las armas, de la disciplina y del número.

Consideróse que un ataque hacia el centro de las colonias inglesas sería el medio mas seguro para destruir las fuerzas americanas, reunir en torno de sí á los parciales de la causa real, que podían llegar de varios puntos, y poner el ejército en comunicación con las tropas del Canadá y con las naciones indias cuya cooperación se prometían. En consecuencia dirijieron los Ingleses su expedición hacia el estado de Nueva-York (véase la lámina 259).

La ciudad de Nueva-York está situada al extremo meridional de una isla de este nombre, que se prolonga de Norte á Sur entre el Hudson y el rio del Este. Por las aguas del Hudson se penetra en las partes septentrionales de la colonia. La boca del rio Este separa á Nueva-York de la villa de Brooklyn, y como es bastante angosta para que la artillería pueda batir en brecha de una á otra orilla, la ocupación de este puesto avanzado es de suma utilidad para la defensa de la plaza. Washington hizo pasar á Brooklyn un cuerpo de doce mil hombres mandado por el jeneral Putnam; y esta posición fué cubierta por una línea de atrincheramientos que se extendía desde la bahía de Wallabonel hasta unos profundos marjales que hay inmediatos á la ensenada de Gowanus.

La isla del gobernador, situada al medio día de Nueva-York, cubriendo sus avenidas, estaba ocupada por un cuerpo de dos mil hombres, y además se colocó otro destacamento en la orilla occidental del Hudson, en Powles Hook, que domina la entrada de este rio.

Ya no les era dado á los Americanos fortificar posiciones mas adelantadas hacia el mar, porque una escuadra inglesa surta en la bahía dominaba los *Narrows*, ó estrecho que forma su entrada, y podía en ambas orillas de este paso mantener libres comunicaciones con Staten-Island por una parte y Long-Island por otra; otras escuadras conducían sobre el mismo punto varios cuerpos de ejército, que finalmente ascendieron hasta veinte y cinco mil hombres, cuya mitad se componía de las tropas de Hesse y Brunswick.

El 28 de junio de 1776 se verificó el primer desembarco en Sandy-Hook, punta de tierra avanzada que pertenece al estado de Nueva-Jersey y que se presenta al aproximarse á la bahía de Nueva-York. El dos de julio las tropas tomaron tierra en Staten-Island; la escuadra estaba mandada por el almirante Howe, y el ejército por el jeneral su hermano, combinándose con perfecta armonía las operaciones de mar y tierra. Los Ingleses hallaron en los parajes donde desembarcaron muchos socorros de víveres y provisiones, pareciéndoles que los habitantes estaban animados de las disposiciones mas favorables, y persuadiéndose el jeneral Howe que esta opinión era jeneral, que el imponente aparato de sus fuerzas intimidaría á los sublevados, y que si se les daba esperanza de indulto podrían tal vez someterse. Venía autorizado por el gobierno británico para ofrecer amnistias y prometer *la paz del rey* á las provincias y ciudades que abandonarían la causa de los rebeldes. Esta promesa fué publicada en todas partes, exajerándose al mismo tiempo la fuerza que iba á desplegar la Inglaterra. Los ánimos apocados estaban indecisos, temiendo agravar con la guerra las desgracias de su patria;

y viendo el jeneral Howe que tomaba cuerpo esta opinión, manifestó deseos de tratar con el mismo Washington para arreglar un acomodamiento entre los dos países. Pero al escribirle no hacia mención de su carácter público, y la carta iba dirigida simplemente á Mr. Jorje Washington; por lo que el jeneral americano se negó á recibirla diciendo que como particular no tenía que seguir correspondencia alguna con el jefe del ejército enemigo, y que en sus relaciones oficiales debía reclamar el título que el congreso de los Estados-Unidos le había conferido: su misión no podía ser equívoca, y por lo mismo no quería que se aparentase desconocer la autoridad de quien emanaban sus poderes; y esto no por efecto de susceptibilidad ó pique de etiqueta, sino para sostener por deber y entereza una cuestión de derecho y dignidad. Entónces el jeneral inglés envió á Washington un ayudante de campo para hacerle algunas esplicaciones insuficientes y manifestarle el deseo de hacer un acomodamiento; pero esta entrevista no tuvo ningun resultado: Washington contestó que no estaba autorizado para negociar, y que por otra parte estrañaba que se quisiese tratar como culpables á los Americanos, ofreciéndoles una amnistia que no podía apropiarse á hombres irrepreensibles y decididos á defender su patria hasta la muerte. Frustradas estas primeras jestionnes del jeneral Howe, ya no quedó mas arbitrio que resolver esta gran cuestión con las armas, que es el postrer argumento de los reyes y naciones.

El jeneral Howe tenía intención de dar principio á sus operaciones militares en Long-Island, cuya isla le ofrecía todos los recursos necesarios para la subsistencia de su ejército, al paso que le ponía en comunicación con el Connecticut, Nueva-York y Nueva-Jersey, y le facilitaba escojitar los puntos de agresión.

El 22 de agosto de 1776 desembarcó el ejército británico en la playa occidental de Long-Island, entre las villas de Gravesend, y de Utrecht,

y prosiguió su marcha hacia el vertiente meridional de las alturas de Guant, que le separaban del ejército americano. Los principales pasos de esta sierra estaban guardados, al centro por el general Sullivan, á derecha por los jenerales Parsons y Stirling, y á izquierda por el coronel Miles.

Habiendo resuelto los Ingleses atacar estos tres puntos, para dirigirse en seguida sobre el campo atrincherado que el general Putnam ocupaba en Brooklyn, repartieron igualmente su ejército en tres divisiones: la del centro estaba á las órdenes del general Heister; el general Grant mandaba la izquierda, y el ala derecha, que era la mas numerosa, se componia de tres cuerpos conducidos por Clinton, Percy y Cornwallis. El principal ataque estaba reservado á esta última division; á cuyo frente se hallaba el mismo general Howe, el cual procuró ocultar sus movimientos, y mientras que Heister, que mandaba los Hesseses, y Grant, á la cabeza de un cuerpo británico, empeñaban la accion contra las tropas que tenian de frente, el ala derecha, formada en columna, proseguia su marcha por las alturas, dirigiéndose hacia los mas distantes pasos, que eran los mas fáciles y estaban mas débilmente guardados. Llegó con muy poca resistencia á la espalda septentrional de la elevada sierra que habia atravesado, y despues de haber dejado á retaguardia la posicion del ala izquierda americana, que no tardó en ser dispersada, fué á atacar de flanco las tropas del centro, mandadas por Sullivan, ya vivamente acosadas por el general Heister. Agobiados los Americanos por el número, quisieron replegarse hacia el campo de Brooklyn; pero ya tenian cortada la retirada por otras tropas inglesas que Clinton en el entretanto habia hecho avanzar rápidamente, de modo que se hallaron envueltos por todas partes, y queriendo abrirse paso sufrieron una pérdida de consideracion. El ala derecha de los Americanos aun defendia valerosamente sus posiciones contra el general Grant; pero no

tardó en ser embestida por las tropas británicas que habian arrollado el centro, y además tenia que sufrir el fuego de flanco de la artillería de algunos buques ingleses apostados cerca de la costa; y no pudiendo ya resistir mas, tuvo que retirarse con pérdida de mucha jente, causada tanto por el fuego del enemigo como por los marjales que la separaban del campamento.

El general Howe debió su victoria á la habilidad de sus maniobras, no habiendo perdido en esta batalla mas que cuatrocientos hombres, al paso que los Americanos perdieron mas de tres mil. Las disposiciones que habia tomado Sullivan para disputar el paso de las alturas no habian sido observadas puntualmente, y esta falta de ejecucion, aunque parcial, trastornó el conjunto de la defensa. Las dos alas no tuvieron comunicacion alguna con el cuerpo principal, y reducidos los Americanos á combatir aisladamente en diferentes puntos, sin conocer el verdadero peligro unos de otros, se hallaron privados de los medios de prestarse mutuos socorros. Tan pronto como su derecha hubo sido arrollada, el enemigo pudo atacar con sus fuerzas reunidas cada uno de los otros dos cuerpos. Sullivan, á pesar de haberse defendido con valor, no pudo lograr la muerte, sino que fué del número de los prisioneros.

Despues de una victoria tan decisiva, el general Howe se dirigió rápidamente hacia el campo atrincherado de Brooklyn; pero halló esta posicion guardada por otras tropas americanas que no habian tomado parte en la accion. Washington acababa de llegar allí, y si la derrota no hubiese sido tan completa hubiera probado de cambiar la suerte de la jornada; pero fueron tan rápidos los progresos del enemigo que ya no era fácil contrarrestar su fortuna. El general americano no quiso esponer á una inevitable ruina los cuerpos que podian un dia servirle para reparar sus pérdidas; y conociendo por otra parte que despues de aquella derrota no era fácil conservar la posicion de Brooklyn, reunió un

consejo de guerra, que fué de su misma opinion, y dos dias despues de la batalla se efectuó con órden la retirada, en la noche del 29 de agosto. Washington hizo trasportar á Nueva-York la artillería, los bagajes, las municiones y las tropas, y despues de haber cuidado de la salvacion de todos se embarcó él en último lugar.

Algunos dias despues se evacuó la isla del gobernador, por ser ya inútil su conservacion, pues este apostadero ya no podia defender las avenidas del puerto despues que se habian perdido las posiciones de la playa de Long-Island.

El comandante de las fuerzas británicas creyó entonces poder renovar con mas confianza la proposicion de un convenio, á cuyo fin hizo manifestar al congreso el deseo de tener una entrevista con algunos de sus miembros; el mensaje y la respuesta fueron encargados al general Sullivan: honrosa mision para un prisionero de guerra, que quedando momentáneamente libre bajo su palabra, merecia bastante confianza de amigos y enemigos para ser su mutuo intérprete en circunstancias tan graves. El congreso envió al general Howe los tres diputados Franklin, John Adams, y Rutledge, cuya conferencia tuvo lugar el 11 de setiembre en la orilla meridional de Staten-Island; pero sin ningun resultado, porque las bases propuestas por una y otra parte eran muy diferentes: el general inglés no prometia la revocacion de los actos de su gobierno hasta que las colonias estuviesen sometidas; y habiendo declarado los diputados americanos que los Estados-Unidos jamas volverian al dominio de Inglaterra, quedaron rotas las conferencias.

¿Cuál era el principio de su confianza y enerjia, y cuáles los recursos de que podia disponer? Estas cuestiones son dignas de ser dilucidadas, y su exámen nos conducirá á reconocer ese espíritu de vida y de fuerza que animó desde su orijen la confederacion americana, que la sostuvo en medio de las crisis mas

arduas, y finalmente que aseguró su triunfo.

Entre los hombres que se ocupan constantemente de la suerte de su pais, se encuentran un corto número de ánimo superior que parecen nacidos para influir en su destino; observan los movimientos progresivos de la opinion; siguen, cuando es menester, caminos opuestos á los abiertos y trillados desde muchos siglos, y miran el perfeccionamiento de las instituciones humanas como el asunto mas digno de sus meditaciones. En el congreso de los Estados-Unidos brillaron algunos de esos hombres sobresalientes, los cuales abarcando en su vasta intelijencia los intereses de todo un pueblo, midieron el alcance de sus fuerzas, quisieron allanarle toda clase de estorbos y llamaron una nacion á la existencia. Estos hombres debian merecer la confianza de una asamblea, dispuesta á sacrificarse por la causa pública: acojiéronse unánimemente las ideas y esperanzas que habia concebido su ingenio; ninguna amenaza ni obstáculo fué capaz para intimidarla ó arredrarla; y una vez jurada la independenciam, el congreso se mantuvo fiel á su promesa. Todo lo habia de crear para el sosten de una causa tan grande: las milicias coloniales ya no eran suficientes para defender un pais atacado por tropas regulares y disciplinadas; muchas de ellas tenian que procurarse por sí solas el armamento y equipo; los fusiles eran de diferentes calibres, y muchos hombres no tenian ninguno: faltaban municiones, uniformes y efectos de campamento; la artillería estaba mal servida; los convoyes y las administraciones de abastos estaban sin organizar, y no podia suplirse su servicio por medio de empresas particulares. Asi es, que continuamente estaban espuestas las tropas á las mayores privaciones, luego que habian terminado una campaña, solo aspiraban volver á las pacíficas ocupaciones de la vida privada, juzgando ya cumplidos sus deberes militares.

Con el fin de tener tropas regularmente disponibles, se formaron

cuerpos de voluntarios que se alistaban por mas tiempo; á los que se dió armamento y se les aseguró un sueldo fijo; pero si se dilataban las expediciones para las cuales esos hombres se habian alistado, ó bien si tenian que hacer varias campañas, ya hacian amenazas de abandonar el servicio. Hubo muchos ejemplos de estas retiradas imprevistas durante el largo sitio de Boston y en la guerra de invasion dirigida contra el Canadá; y mas de una vez hubieron de temer los generales la disolucion de sus ejércitos, ya sea por efecto de esta indisciplina ya por haber cumplido el tiempo legal de los enganches.

En circunstancias tan árduas y á fuerza de verse aumentar diariamente los peligros, conocióse por fin que era insuficiente el alistar voluntarios para una sola expedicion. Las hostilidades ya no eran locales y temporáneas, pues la guerra era ya jeneral y continua; era preciso poder contar con hombres que se obligasen á servir hasta la conclusion de la guerra, pero esta época era muy incierta y lejana, y habia muy poca disposicion para comprometerse por tanto tiempo. El espíritu é interés de localidad se habia opuesto igualmente á la formacion de un ejército nacional. Los habitantes de una provincia estaban prontos á defenderla si era directamente amenazada, pero no sabian convencerse que debian prestar igual apoyo á los países vecinos, que solo podian ser fuertes por su union, y que aislando su defensa ponian en peligro la confederacion entera.

El congreso resolvió remediar la causa de semejante desorganizacion é impotencia, mandando la formacion de un ejército de tropas de línea, para el cual cada estado aprontaria su contingente, que se compondria de ochenta y cuatro batallones. Estos alistamientos debian durar hasta la conclusion de la guerra: se aseguraron recompensar á los hombres que hubiesen defendido su país, prometiendo para despues de hecha la paz una concesion de tier-

ra á cada uno, proporcionada á su grado.

La situacion de la marina habia tambien llamado la solicitud del congreso, y ya desde el principio de las hostilidades se habia dado impulso á los armamentos. La colonia de Massachusetts fué la primera que se ocupó de ellos; pues como los obstáculos que la Inglaterra opuso á su comercio y á sus pesquerías habian quitado á los marinos los medios de subsistencia, se procuraron otros atacando los buques ingleses en las aguas de la Acadia, Terranova, las Antillas y hasta la Gran-Bretaña. De este modo sustituyeron los lucros del corso á los del comercio: la actividad y audacia de los marinos les hacian á propósito para esta profesion arriesgada; y si unos eran incitados por el atractivo de las riquezas, otros, mas ansiosos de ser útiles á su país, se dedicaban á interceptar los convoyes de armas y municiones destinadas al enemigo. Mientras duró el bloqueo de Boston, procuraron aislar en este puerto la guarnicion inglesa, apresar todos los socorros que podian llegarle por mar y reducirla á la carestia, al mismo tiempo que las tropas de tierra la privaban de los recursos del continente é iban prosiguiendo los trabajos de sitio.

Estos armamentos en corso se multiplicaron en todos los puertos á medida que se fué experimentando la interrupcion del comercio. Proporcionaban á los marinos ocasion de distinguirse, y les inspiraban una noble emulacion, un sentimiento nacional y patriótico y el deseo de buscar la gloria vengando las injurias de su patria. Vióse repetidas veces á los corsarios americanos atacar buques de fuerza superior y tomarlos al abordaje; otras veces se apostaban en emboscada, escondidos en algunas calas de la costa, y se precipitaban de improviso, cual aves de rapiña, sobre el enemigo que pasaba á su alcance; evitaban el encuentro de las grandes escuadras, pero sorprendian los barcos de convoy que los vientos ó las corrientes

descarriaban; y cuando tenian que librarse de un enemigo demasiado poderoso, buscaban el abrigo de las costas, y hallaban fácilmente refugio tanto por entre los archipiélagos que guarnecen una parte de la costa, como en las ensenadas y rincones que no tienen bastante fondo para dar entrada á los buques de guerra.

No hay comarca marítima mas á propósito que la de los Estados-Unidos de América para desarrollar las inclinaciones y los hábitos de los marinos. Una poblacion acostumbrada desde la niñez á la vista del Océano, y esparramada en un inmenso litoral cortado por infinidad de rios navegables, consideran como patrimonio suyo tanto el mar como la tierra. Sus construcciones navales forman parte de sus habitaciones, pues se halla dividida en familias sedentarias y viajeras, de las cuales unas cultivan la tierra y se dedican á la fabricacion, y las otras entregando su vida aventurera al curso de los grandes rios, á las profundas bahías, y al inmenso Océano, circulan de un paraje á otro, establecen en tiempo de paz relaciones de comercio entre las naciones, y ensanchan en tiempo de guerra el teatro de sus hostilidades.

Este jenio emprendedor y valeroso existia en todas las colonias, y de él se aprovechó el congreso para dar principio al establecimiento de una marina necesaria para la defensa de las costas. En el mes de febrero de 1776, una escuadra americana de dos fragatas, tres corvetas y trece lanchas cañoneras salió del Delaware á las órdenes de Hopkins para una expedicion al archipiélago de las Lucayas, se apoderó de un gran depósito de artillería, balas y pólvora que tenian los ingleses en la isla Providencia, y despues de haber tenido algun encuentro en el mar con el enemigo condujo felizmente su presa á New-London en el Connecticut. Otros combates honrosos tuvieron lugar hácia las costas de Massachusetts; y en los frecuentes encuentros particulares entre buques armados, casi siempre triunfó la intrepidez americana.

Hasta entónces los armamentos en corso tan solo habian sido impulsados por los gobiernos de cada estado; pero de repente recibieron el estímulo de una autoridad superior. El congreso regularizó este servicio, y dirigió el 10 de abril del mismo año una instruccion á todos los comandantes de buques de guerra y barcos armados en corso, en virtud de la cual les autorizaba para capturar todas las embarcaciones británicas, á escepcion de las que trasportasen á las colonias, armas y municiones, destinadas para su defensa, ó pasajeros con intencion de establecerse en ellas. Mandóse igualmente capturar todos los trasportes con armas, soldados ó efectos de guerra, cualquiera que fuese su pavellon, destinados á los ejércitos ingleses existentes en América, creándose tribunales para pronunciar sobre la legitimidad de las presas.

Estas medidas eran en represalias de las que habia tomado el gobierno británico, cuando, á mas de prohibir toda relacion de comercio con las colonias de América mientras durase la insurreccion, declaró que toda embarcacion perteneciente á los habitantes de estas colonias, y empleada en su comercio, seria considerada como enemiga, capturada, y condenada como de buena presa por los tribunales del almirantazgo.

De este modo se oponian mutuamente los dos países sus fuerzas navales; pero no habia entre ellas equilibrio, y cualesquiera que fuesen los daños ocasionados, el imperio del mar quedaba á favor de las escuadras británicas. Una marina naciente no podia estorbar sus operaciones principales, ni contrariar los desembarcos de tropas que les era fácil verificar sucesivamente en varios puntos. Esta superioridad marítima esponia á peligros imprevistos todas las partes de una costa inmensa, teniendo el enemigo la ventaja de poderse dirigir con sus fuerzas reunidas á los puntos mas débiles y accesibles; y para defenderlos era preciso desarmar repentinamente otras provincias, cansar con penosas marchas las tropas de

tierra destinadas á rechazar estas agresiones, necesitándose la mayor habilidad en las maniobras para tan larga serie de expediciones por aquellas vastísimas comarcas.

Después de la batalla de Brooklyn y la retirada de las tropas americanas que ocupaban este campo atrincherado, el objeto principal del general Howe fué el de apoderarse de Nueva-York, de que solo le separaba el río del Este. Para asegurar el éxito de la empresa, quiso primero establecerse al norte de la plaza y hacia el centro de la isla en que está situada. Todos los movimientos de la escuadra y del ejército de los ingleses se dirigieron hacia aquel punto: unos buques subieron por el Hudson, otros por el río Este, metiéndose otros muchos en el canal que une este río con el estrecho de Long-Island, y el 15 de setiembre se verificó un desembarco en la costa oriental de la isla de Nueva-York.

Washington había penetrado los proyectos del general Howe, pero no tenía fuerzas suficientes para oponerse á semejante invasión; y como esta debía tener por resultado el bloqueo de la plaza, creyó necesario retirar su guarnición con el fin de no debilitar con un grueso destacamento el cuerpo de tropas con que iba á hacer la campaña. Mandó reunir un consejo de guerra, y habiendo éste resuelto la evacuación de Nueva-York, la guarnición se replegó hacia el norte; el general Putnam que dirigió esta retirada, la ejecutó con el mejor éxito en el acto mismo en que las tropas inglesas, que habían desembarcado á algunas millas de distancia, principiaban á derramarse por el centro de la isla é iban á cortar todas las comunicaciones. Los ingleses ocuparon inmediatamente á Nueva-York, y tanto las tropas inglesas como americanas se hallaron acantonadas en las demás partes de la isla. Su proximidad dió lugar por espacio de un mes á infinitas escaramuzas, modo de pelear mas á propósito que las batallas campales para unos cuerpos de guerrilleros, poco acostumbrados á las grandes evoluciones, aunque ejercitados en el

manejo de las armas de fuego y hábiles en sacar partido de las desigualdades del terreno. Estas pequeñas acciones, en que los americanos obtuvieron algunas ventajas, contribuían á disipar los malos efectos que produjo el primer descalabro. Sin embargo otras causas promovían la disminución y dislocación de su ejército, consistiendo en el vicio primitivo de su organización, en el poco tiempo que duraban los alistamientos y en el poco sufrimiento del trabajo y la fatiga en una estación que iba á ser tanto mas rigurosa cuanto las diarias operaciones de la guerra tendían á dirigirla hacia el norte.

Efectivamente, el general Howe tenía intención de dirigirse con las principales fuerzas hacia las tierras altas que separan de Norte á Sur las cuencas del Hudson y del Connecticut. Quería con esta maniobra cortar las comunicaciones de los americanos con las varias comarcas de la Nueva-Inglaterra; de donde podían recibir socorros de hombres, víveres y municiones; y confiaba por otra parte obligarles á evacuar enteramente la isla de Nueva-York, llevando por objeto atraerles hacia el punto que él ocupaba, y hacerles empeñar una acción en campo raso.

Washington observaba cuidadosamente todos los movimientos de las tropas británicas, y supo siempre frustrar los planes de su adversario. Un mes se pasó en que uno y otro limitaron sus operaciones á marchas inteligentes, tratando cada uno de escoger buenas posiciones, evitar una sorpresa y no abandonarse al capricho de la suerte. Washington fué ocupando sucesivamente varios apostaderos atrincherados; y por mas que el general Howe le encontraba siempre á su frente, jamás pudo forzarle á una batalla decisiva, contra un ejército que á la sazón era mucho mas numeroso que el de los americanos.

A medida que la defensa de los territorios invadidos ofrecía mas dificultades, y que la guerra iba tomando mayor ensanche, el congre-

so conocía mas y mas la necesidad de unir con vínculos mas fuertes todos los miembros de la confederación americana, y tal fué el objeto de una revolución que tomó en 4 de octubre de 1776, y que sometió á la aprobación de todos los gobiernos particulares, cuyas cláusulas estuvieron en observancia mientras duró la guerra, sin que sufriesen modificación hasta después de muchos años de hecha la paz.

En virtud de aquel acta se obligaban los trece Estados-Unidos á rechazar en comun todos los ataques que se les dirigiesen por causa de religión, soberanía, comercio, ú otro pretexto cualquiera. Reservábase cada uno el derecho de arreglar su legislación y su administración particular; y ninguno podía concluir tratados sin el consentimiento del congreso, ya fuese con otros miembros de la confederación, ya con las potencias extranjeras. Al congreso correspondía determinar el número de tropas y de buques de guerra que cada estado podía tener en tiempo de paz. Cada uno debía contribuir para la formación de un tesoro comun destinado á cubrir los gastos generales. Ninguno podía empeñarse en guerra alguna sin el consentimiento del congreso, á menos que su territorio fuese invadido, ó que estuviese amenazado de un ataque inmediato de los indios. Solo el congreso tenía derecho de hacer la paz ó la guerra, dar credenciales, establecer tribunales para juzgar las presas, enviar y recibir embajadores, hacer tratados de alianza, deslindar los confines, acuñar moneda, fijar los pesos y medidas, arreglar el comercio y todas las relaciones con los Indios, proveer los principales destinos civiles y militares y organizar la administración y los varios servicios del ejército. Tenía el derecho de nombrar un consejo de estado para el despacho de los negocios, contratar empréstitos, crear billetes de crédito y pedir á cada estado un contingente de tropas proporcionado á su población blanca. Si el Canadá deseaba unirse á la confederación, debía ser admitida; y

ninguna otra colonia podía ser agregada sin el consentimiento de nueve estados.

Los Americanos, al paso que se liberaron acerca los medios de defensa que podían hallar en sus propios recursos, y en el concurso de todos los confederados, volvieron al mismo tiempo la vista hacia las potencias extranjeras que podían interesarse en su causa, y de que podían esperar algun socorro. Mientras habían conservado alguna esperanza de acomodamiento con la metrópoli, no habían tratado de buscar ningun apoyo extranjero, antes contenidos por sus vínculos con la antigua patria, no querían ellos ser los fautores de una guerra entre ella y las demás naciones; pero cuando la Inglaterra prohibió toda expedición de armas, municiones y efectos militares con destino á las colonias insurreccionadas, estas recurrieron á los abastos que podía procurarles el comercio extranjero; los puertos de América fueron abiertos á todos los pavellones; dióse especial estímulo á todas las importaciones útiles á la guerra y á la marina, y Silas Deane fué enviado á Francia como agente americano para facilitar esta clase de socorros. Halló negociantes dispuestos á favorecer sus proyectos, los cuales no tardaron en preparar expediciones para aquella vasta comarca, que por tanto tiempo les tuvo vedado el sistema colonial de Inglaterra. El espíritu de rivalidad que reinaba entonces en el comercio fué causa que se emprendiesen especulaciones mas en grande, arrojando los peligros á que los armamentos marítimos de Inglaterra esponían los buques enviados á América; pero aunque fuesen capturados algunos cargamentos, los beneficios de los demás indemnizaban suficientemente de las pérdidas que se sufrían.

Acababa de abrirse un vasto campo, no tan solo al espíritu del comercio, sino tambien al valor; y después que la América había estado recibiendo por mucho tiempo cultivadores europeos, ahora estaba interesada en dar favorable acogida á todos los hombres arrojados que

quisieron contribuir á su defensa. Muchos Franceses deseaban participar de ella: el espíritu militar de esta nacion tenia allí nuevo pábulo para alimentar su pasion á la gloria; habian pasado doce años de paz, y no estaban los Franceses acostumbrados á treguas tan largas. A consecuencia de las grandes reformas que se habian hecho en el ejército, quedaba sin empleo el celo y valor de aquellos guerreros; así es que en 1775, muchos oficiales franceses fueron á ofrecer sus servicios al congreso mientras duraba el sitio de Boston, y otros le siguieron inmediatamente. Entre los que se presentaron ya en el principio de la guerra, debemos citar la Roche de Fermoy, que fué ascendido al grado de brigadier jeneral, Du Portail y Du Plessis-Mauduit, ingenieros distinguidos, cuya arma ha tenido siempre en Francia justa celebridad.

Los primeros Franceses que se pusieron al servicio de América no hicieron mas que seguir un movimiento espontaneo, sin que el gobierno hubiese influido en su resolucion, limitándose á conceder á unos hombres ansiosos de gloria militar la libertad de buscar fuera de su pais ocasiones para ilustrarse con hechos de armas: así, en 1770, habian ido voluntarios franceses á servir en las filas de los confederados polacos que peleaban por la independencía de su patria. Al paso que un cierto número de Franceses habian ido á buscar servicio militar lejos de su tierra, eligiendo por sí las banderas que mejor les acomodaban, el gobierno, que daba libre curso á sus inclinaciones, seguia conservando la neutralidad: hasta entónces, ningun rompimiento habia habido entre él y la Inglaterra, y esta situacion le imponia una reserva que observaba con prudencia; pero iba siguiendo con la vista la marcha de los sucesos; vió romperse los lazos de la Inglaterra con los Estados Unidos, y, sin calificar los derechos que estos tuviesen á la independencía, mirábala como proclamada, y quizás irrevocablemente. Los Americanos se constituian en nacion; y cuando el con-

greso hubo manifestado públicamente el designio de entrar en negociaciones con la Francia, y dado este encargo á los comisionados Franklin, Henri Lee y Silas Deane, ya le eran bastante conocidas las disposiciones de Francia para poderse prometer que se interesaria en el buen éxito de su causa.

Franklin, que salió de Filadelfia el 28 de octubre de 1776, llegó al cabo de un mes á la rada de Quiberon, desde donde pasó á Nantes y luego á Paris; este venerable septuagenario iba acompañado de sus dos nietos. La acogida que se le dió en todas partes era á la vez un obsequio á su mérito personal y un testimonio de interés á favor de los Americanos. Concentrado Franklin en la sencillez de su vida habitual, no anduvo tras ruidosas aclamaciones; y ya en los primeros dias de su llegada á la capital se retiró á Passy con su familia, evitando ostentar un carácter público antes de saber si el gobierno francés estaba dispuesto á reconocer los comisionados americanos y tratar con ellos; y aunque las benévolas atenciones que tuvo con él el conde de Vergennes, entónces ministro de negocios estranjeros, no pareciesen dirigidas mas que á su persona, este trato particular le proporcionó ocasion de desempeñar con habilidad y buen éxito la importante mision que tenia confiada. Todo parecia contribuir al logro de sus deseos: la causa de los Americanos se habia hecho popular en Francia; en todas partes se deseaba su triunfo, y esta tendencia de la opinion pública dimanaba de causas hartó poderosas para que fuese posible desviarlas ó neutralizarlas. En aquella época todos se ocupaban de cuestiones de orden social y economia política, de la obligacion de los gobiernos y de los intereses de los pueblos. A mediados del siglo habia visto la luz pública el Espíritu de las leyes: habianse analizado los principios de la riqueza de las naciones, los del Contrato social, de la lejislacion civil y criminal; en la historia se mezclaban lecciones de mayor interés, y en las discusiones mas gra-



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

ALDE DE BIBLIOTECAS

WASHINGTON.

Washington.



Tercer del

Lemaire, dir.

Dubouche

FRANKLIN.
Franklin.



Tercer del

Lemaire, dir.

Miles, Jr.

JOHN ADAMS.
John Adams.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON



Tomas. del

Lanzetta. del

Sillier. del

JEFFERSON.

Jefferson.

ves se empleaba toda la libertad del pensamiento. Como todos estaban acostumbrados á ejercitar su inteligencia, todos se dejaron arrastrar por este movimiento jeneral, contribuyendo algunos ingenios privilegiados á engrosar su corriente, y en especial una inmensa obra que reasumió todos los conocimientos humanos y fijó el grado de elevacion que habian alcanzado.

El gusto á las letras y á las ciencias habia inclinado á los hombres que las cultivaban á formar numerosas asociaciones, cuyo efecto natural es jeneralizar las ideas de cada uno y por este medio dar cuerpo á las opiniones: estas se esparcen luego propagándose en las varias clases de la sociedad, y tal es la influencia de los progresos intelectuales, que basta que hayan sido suscitados y dirigidos por algunos ingenios superiores para que venzan finalmente toda clase de resistencias. El mismo gobierno tiene que doblegarse á este poder de la opinion, familiarizarse con las innovaciones que exige, y no atreverse siquiera á chocar con una autoridad que es tan superior á la suya, limitándose únicamente á armonizarla con los intereses del estado, cuyo destino le fué encomendado. El gobierno francés se habia ocupado, despues de la paz de 1763, en mejorar sus relaciones de vecindad é intimidad con España, dando mas latitud á las cláusulas mercantiles del pacto de familia, protejiéndolas por medio de un convenio consular y asegurando de un modo legal la represion del contrabando; habia estendido sus relaciones de comercio con el Norte y en el Mediterraneo en virtud de tratados que hizo con Hamburgo, Ragusa y los principales estados berberiscos, y además con varios convenios para arreglar los confines de los Países Bajos y otras comarcas vecinas, para hacer abolir el derecho del fisco (aubaine) y asegurar la trasmision de las herencias entre los habitantes del reino y de una gran parte de Alemania, y finalmente con el importantísimo tratado que concluyó en 1768 con la republica de Génova para obtener la cesion de la

isla de Córcega.

Desde aquella época se habian debatido muy graves intereses en el centro de Europa y en Oriente; pero la Francia, ocupada en reparar sus pérdidas, rehacer su comercio y arreglar sus relaciones inmediatas con sus vecinos, se habia abstenido de tomar parte en aquellas cuestiones lejanas; y ya empezaban algunas grandes potencias á desmembrar otros estados mas débiles, sin que ella interviniese de un modo eficaz para evitar aquellas invasiones. La suerte de la Polonia fué decidida por el Austria, la Prusia y la Rusia, cuyas tres cortes se ligaron para verificar su primera reparticion en 1773: usurpacion funesta que al cercenar este reino preparaba su futura disolucion. La Puerta otomana no tuvo auxiliar alguno en su desgraciada guerra con la Rusia, y la pérdida que sufrió de la Crimea y el Cuban, cuya independencia fué proclamada en 1774 en virtud de la paz de Kaynardgi, abrió el camino á la Rusia para sus ulteriores conquistas. Sin embargo, la Francia debia interesarse en la integridad de la Puerta y de Polonia, porque era parte del sistema que entónces se habia establecido para el equilibrio político de Europa; pero esta balanza era de naturaleza variable, y á fines del reinado de Luis XV, ya la Francia no conservaba en ella el mismo peso. Este monarca iba á pasos lentos al sepulcro, mas acabado por los achaques que por la edad, y el gobierno á la par de él se amortiguaba: todos los servicios eran faltos de vigor; el tesoro público se disipaba prodigamente; y cuando el rey hubo espirado, su sucesor Luis XVI, viéndose rodeado de las ruinas de la administracion, tuvo que reedificarla en todas partes. Su principal anhelo era la felicidad del estado, y para lograrla se apresuró á llamar á su consejo algunos hombres virtuosos y entendidos que la voz pública le designaba, como un Turgot, cuya subida al ministerio fué señalada con la abolicion de la *corvée* (1), la libertad del

(1) Servicio ó trabajo corporal que pres-

comercio de granos y otras grandes miras de economía política, y un Vergennes que llevó hábilmente á cabo importantes negociaciones.

La insurreccion de las colonias inglesas fué el acontecimiento político mas grande que pudiese ocupar á los Franceses. Al principio solo veian en él una lucha entre unas colonias y su metrópoli, y suponian que aun podria terminarse por medio de una conciliacion, pero al verla seriamente empeñada con la declaracion de independéncia, y al considerar si fuera útil ó nocivo á los intereses de Francia que Inglaterra volviese á entrar en posesion de aquellas vastas provincias y dominase todas las comarcas que se estienden entre el Labrador y el Seno mejicano, el gobierno francés ya no estuvo mas dudoso, y la acogida que de él recibieron los diputados americanos fué una primera muestra del interés con que tomaba su causa. Cualesquiera que fuesen los motivos políticos que le sujerian esta determinacion, mezclábase en ello un sentimiento de generosidad, vista la posicion desventajosa en que á la sazón se hallaban los Estados Unidos: se acababa de saber en Europa la pérdida de la batalla de Brooklyn, la ocupacion de Nueva York por las tropas inglesas, las ventajas que estas habian obtenido entre el Hudson y el Connecticut, la retirada del ejército federal en Nueva Jersey y la defeccion de muchos hombres desalentados por esta serie de reveses. En semejante situacion acoger á los Americanos era ir al encuentro de la desgracia; y no por ello el ministerio francés se mostró menos dispuesto á favorecerlos, admitiendo sus buques en los puertos del reino, dando libre curso á todas las esportaciones de armas y municiones destinadas á su defensa, facilitándoles los empréstitos, recibiendo sus presas, y hasta permitiendo la construccion y el equipo de algunos buques destinados á su servicio. Todas las medidas del gobierno francés daban lugar á que los Ame-

taba de balde el vasallo á su señor para labrar sus propiedades rurales.

ricanos se prometiesen un auxilio mas directo y positivo; pero para que este fuese mas eficaz, era preciso diferirlo hasta tener reunidas municiones navales, buques construidos, y, en una palabra, reparada la marina francesa y tripulada con oficiales y soldados que le diesen nuevo lustre.

Mientras que los agentes americanos procuraban estrechar en Francia las relaciones entre los dos países, la guerra iba continuando sus estragos, y despues de haber recorrido el estado de Nueva York, iba á aproximarse á los países del centro. Ya hemos visto que las primeras operaciones fueron favorables al general Howe. Habia tenido varios encuentros parciales con los Americanos desde los *White-Plains* hasta las alturas de *North-Castle*: dueño ya de toda la ribera oriental del Hudson, habíase apoderado en seguida de la fortaleza de Washington, que era la única que les quedaba á los Americanos en la isla de Nueva York; y siguiendo picándoles la retirada en la ribera occidental, habia atravesado el Hackensack y el Passaik y trasladado el teatro de la guerra á Nueva Jersey.

Este ejército que delante de él se replegaba estaba á la sazón reducido á algunos millares de hombres rendidos de fatiga, sin abrigo y sin efectos de campamentos espuestos á la crudeza de la estacion, sin mas medios para procurarse la subsistencia que algunos cortos destacamentos de caballeria, abandonados de la mayor parte de los habitantes y faltos de toda disciplina, fruto inevitable de los contratiempos y de la necesidad. Un corto número de hombres, distinguidos entre la multitud, acostumbrados á luchar contra las vicisitudes de la suerte, y cuya gloria se cifraba en amparar y reanimar la moribunda patria, sostuvieron por sí solos con inalterable firmeza aquella prueba cruel, y sin desconfiar enteramente de la causa pública, conservaron ese núcleo de reunion para sus defensores. Ya no eran mas que las reliquias de un ejército; pero aun llevaban el nombre de tal,

aun conservaban las banderas en que tenian confiado el honor de los varios rejimientos; tesoro y depósito inestimable, cuyo valor solo saben apreciar las almas nobles y elevadas. Con esta idea májica y prepotente, con el nombre sagrado de la patria y con el anhelo de acudir al peligro comun, aquel ejército americano, varias veces reducido á un corto número de hombres, fué reparando sucesivamente sus pérdidas, aprendió á triunfar de la adversidad de la suerte, y vió coronadas con victorias decisivas sus primeras penalidades.

Sin embargo, al rededor de este campo fiel y valeroso que era el baluarte de la patria, la opinion de la muchedumbre era indecisa y se dejaba arrastrar por la corriente de los sucesos. Socavada por las proclamas del general Howe, inclinábase hácia él con la fortuna: abastecía de víveres á su ejército; acogia sus ofertas de amnistia; la defensa de la causa nacional pasaba nuevamente por rebeldia, y los hombres que tenian el valor de sostenerla, solo inspiraban al corto número de sus secretos partidarios una estéril simpatía y una muda admiracion. A la verdad, las circunstancias eran bastante calamitosas para aumentar el desaliento de los tímidos: las tropas inglesas no solo habian invadido los estados de Nueva York y de Nueva Jersey, sino que la escuadra de Peter-Parker se habia presentado en las costas del Rhode-Island, donde desembarcó, en 8 de diciembre, el general Clinton con cinco mil hombres, apoderándose de New-Port y de gran cantidad de municiones navales que allí tenian los Americanos; y como podia dirigirse al Massachusetts ó al Connecticut, obligaba á estos dos estados á detener para su propia seguridad las tropas que Washington habia reclamado para la defensa de Nueva Jersey. La escuadra británica que ocupaba á New-Port quitaba al mismo tiempo el refugio habitual á los corsarios americanos que cruzaban aquellas aguas. Cuando se presentaron los Ingleses á la vista del puerto, hallábase allí con su flotilla el como-

dero Hopkins; pero tuvo tiempo de retirarse al fondo de la bahía y surgir en Providence, y las baterías de la playa y los estorbos de la navegacion privaron que se le persiguiese por entre los canalizos peligrosos del golfo y rio de este nombre.

La guerra que de este modo se iba propagando en los estados del norte habia tomado otro carácter en las fronteras del occidente. Los Ingleses habian renovado las anteriores tentativas con los Indios para atraerlos á su partido, dirigiendo principalmente sus miras á armar á los Creeks y los Cherokees que vivian en las inmediaciones de los estados del sur, á fin de que los habitantes, viéndose amenazados en su propio territorio, no pudiesen prestar socorro alguno á los estados del norte. Prometiése á estas dos naciones indianas que se las sostendria en sus agresiones con un cuerpo de tropas británicas que estaba pronto á desembarcar en la Florida occidental y subir hácia la sierra de los Alleghans; y los Creeks, seducidos por el ansia de robar, fueron los primeros que se decidieron á todas las antiguas posesiones. Ninguna habitacion europea fué librada del saqueo; tanto los amigos como los enemigos de la Inglaterra se vieron robados indistintamente, y el carácter feroz de aquella guerra no tardó en sublevar toda la poblacion contra los salvajes. Burlados los Creeks en sus esperanzas, y viendo que no llegaban las tropas auxiliares que se les habia ofrecido, decidieronse pronto á pedir la paz, que les fué concedida; pero los Cherokees, mas numerosos y aguerridos, y mas invencibles en sus montañas, continuaron las hostilidades y sostuvieron todo el peso de la guerra que habian principiado. Con sus rápidos y temibles ataques y sus imprevistas depredaciones, llevaron el hierro y el fuego á un sinnúmero de haciendas, destruyendo ganados y sembrados y dando muerte cruel á sus prisioneros. Mas las milicias de Virginia y de las Carolinas lograron por fin arrollarlos, y perseguidos en sus montañas, sufrieron á su vez todos los males que ha-

bían causado en las vecinas comarcas. Sus lugares ó wigwams fueron presa de las llamas, perdieron la mayor parte de sus guerreros, y no pudiendo prolongar ya mas la resistencia, se resolvieron á implorar la paz.

Muchos caudillos de los Cherokees tuvieron lugar de convencerse en el curso de esta guerra de cuán inferiores eran sus medios á los que tenían los Europeos, y que para resistir á los extranjeros no bastaba servirse de armas iguales, sino que también era necesario renunciar á los hábitos de la vida errante y salvaje. Esta idea no era nueva en la nacion de los Cherokees, y si observamos las relaciones que tuvieron anteriormente con las colonias europeas, veremos que ya en 1736 trataron de hacer los primeros ensayos de civilizacion; y si bien fueron pronto interrumpidos, hubo algunos hombres que jamás los perdieron de vista: deseaban que los Cherokees se acomodasen á una vida agricultora, y al efecto uno de los caudillos llamado *White-Eyes*, (ojos blancos), quiso persuadirles en una junta de las ventajas que trae consigo un modo de vivir mas sedentario, y de los fáciles medios de subsistencia que les ofrecieran las cosechas de la tierra y la cria de los ganados. Pero para mudar las costumbres inmemoriales de toda una nacion, hubiera sido necesario preparar á ello con tiempo los ánimos, así es que aquella proposicion se estrelló contra el poder de las costumbres y tradiciones, y solo pareció propia para afeminar la raza de los aboríjenas que en otro tiempo habia reinado en todo el continente, tomándola como inspirada por la debilidad y languidez de un viejo, y desechándolo acaloradamente *Lackawane*, guerrero valeroso, en estos términos: « El que quiere inducirnos á imitar á los hombres pálidos y á remover la tierra, es el enemigo de nuestro pais, y trata de sacrificarlo y entregarlo á los blancos. ¿No habeis visto cuál han espulsado todos los pueblos de nuestras comarcas desde las orillas de la gran laguna hasta las fuentes de los rios? Las

naciones que cubrian estos países ya se han marchado al occidente; han desaparecido para siempre; todo murió, ellas, sus hijos y los hijos de sus hijos, sin que subsistan ya mas que los hombres de la aurora. No nos quedan mas que las selvas, y allí es preciso vivir. La caza nos hace guerreros y sola protege nuestra independencia: permanezcamos pues cazadores para defendernos, sostener como hombres la fatiga, el hambre, la sed y las enfermedades, y para saber padecer y morir. Si quieren sujetarnos á la tierra, es tan solo para enervarnos y subyugarnos. » Estas palabras eran la expresion del modo de pensar del mayor número, por conformarse con el espíritu de independencia que hace que prefieran los Indios el valor y la fuerza á otra cualidad cualquiera, é interpreten por debilidad el amor al trabajo y á la paz. Así pues, continuaron los Cherokees viviendo como habian vivido sus mayores. Sin embargo, estas tentativas hechas en varias épocas para sujerirles diferentes costumbres, dejaban en su espíritu algunos rastros, y estos recuerdos se confundian con sus demás tradiciones, siendo factible que disminuyesen insensiblemente la prevencion con que miraban la vida social. Aun les quedaban para mas tarde otras pruebas de esta clase, y no podemos menos de reconocer en esas empresas imperfectas la tendencia de la razon y de la inteligencia del hombre hácia los progresos de la civilizacion.

Al paso que los Ingleses armaban las tropas salvajes contra los habitantes del Occidente, atacaban *Rhode-Island*, y proseguian su marcha atravesando Nueva-Jersey, con igual actividad guiaba el jeneral *Carleton*, gobernador del Canadá, sus operaciones hácia el lago *Champlain*. Tenia el plan de apoderarse primero de la navegacion de este seno interior, y de llevar en seguida la guerra mas hácia el medio dia: los preparativos de esta empresa se hicieron apresuradamente, y con el fin de tenerla mas tiempo oculta á los Americanos, hicieron venir de In-

tierra las anclas, los aparejos y hasta el maderamen para los buques que debian equiparse en el lago *Champlain*; todos estos materiales atravesaron mezclados y revueltos el Océano y fueron trasportados por el *San-Lorenzo* y el *Sorel* hasta los astilleros, donde no hubo mas que juntarlos; y como los operarios necesarios tambien hacian parte del convoy, pronto quedó concluido el trabajo. Sin embargo, el mucho tiempo que se necesitó para los preparativos, hizo que los Ingleses no pudieron tener lista hasta el mes de octubre una escuadra compuesta de varios buques de tres palos, veinte barcas cañoneras y un sinnúmero de lanchas y barcos de transporte: mandábala el capitan *Pringle*, y salió de la boca del lago para atravesarle de norte á sur en toda su longitud.

Hasta entónces los Americanos habian sido señores de esta navegacion, y para conservarla habian logrado equipar una flotilla de dos bergantines, una corveta, y doce buques menores cuyo mando se confió al jeneral *Arnold*; y aunque estos medios eran muy inferiores á los del enemigo, poco asombro tuvo este de las dificultades de su situacion. Su flotilla tuvo un encuentro en 11 de octubre, cerca de la isla de *Valicourt*, con la escuadra inglesa, que ya habia llegado hasta la mitad del lago sin descubrir ninguna vela americana, y por espacio de cuatro horas hubo un fuego muy sostenido entre varios buques; pero como los Ingleses tenian el viento contrario y solo podian emplear una parte de sus fuerzas, el capitan *Pringle* dió el señal de retirada difiriendo el ataque para el dia siguiente. Los Americanos perdieron dos buques, el uno incendiado y el otro echado á pique; viendo *Arnold* la desigualdad numérica, no quiso esperar una nueva accion en el mismo paraje, y durante la noche hizo vela para el surjidero de *Crown-Point*, con el fin de poner su flotilla al abrigo de la artillería de esta plaza y aumentar sus medios de defensa, pero antes de llegar al estre-

mo del lago fué alcanzado por la escuadra inglesa que seguia con ahinco sus movimientos, y empeñóse otra accion, de cuyas resultas solo cuatro buques que formaban la vanguardia americana pudieron llegar á *Crown-Point*: despues de haberse batido algunas horas, no vió *Arnold* medios de defender á los demás buques, y no queriendo que fuesen presa del enemigo, maniobró para dar al través, les pegó fuego y salvó todas las tripulaciones. Este desastre en nada menoscabó la reputacion militar de *Arnold*, pues si bien no pudo triunfar de la superioridad del número, dió nuevas pruebas de intrepidez y no abandonó su buquesino por entre las llamas que le devoraban.

La posicion de *Crown-Point* no era bastante fuerte para que la guarnicion pudiese defenderse contra el ejército inglés que iba á atacarlo por mar y tierra; de consiguiente los Americanos arruinaron sus fortificaciones, y se replegaron sobre *Ticonderoga*, donde sus tropas reunidas ascendian á nueve mil hombres.

Era ya el 3 de noviembre, y tan rigurosa la estacion, que *Carleton* no quiso emprender el sitio de una plaza defendida por una numerosa guarnicion y bien provista de municiones; y como por otra parte tampoco tenia intencion de tomar cuarteles de invierno en el pais, regresó al norte del lago *Champlain*, puso guarniciones en el fuerte *San Juan* y la isla de las Nueces como puestos avanzados, bajó por el *Sorel* antes que los hielos interrumpiesen la navegacion, y difirió para la próxima primavera la continuacion de sus operaciones militares. De ahí resultó que la plaza de *Ticonderoga* se halló momentáneamente libre, y disponibles las tropas destinadas á su defensa, de las cuales llamó una parte *Washington* para reforzar las que él conducia hácia las riberas del *Delaware*.

Hallábase á la sazón este jeneral situado en la línea mas importante de operaciones, y primero se trasladó á *Trenton*, que está en la márjen izquierda de aquel rio; pero como le seguia de cerca el ejército inglés,

que contaba veinte mil hombres, y sus fuerzas eran muy inferiores, no juzgó prudente esperarle en esta posición, pasó el Delaware el 8 de diciembre y se fortificó detrás de esta línea, desde donde podía dar socorro á Filadelfia ó volverse á meter en Nueva-Jersey. Al atravesar el río tuvo la precaución de retirar de la margen izquierda todos los medios de embarque; y los Ingleses ocuparon los puestos que él había abandonado, pero no pudieron pasar el río, cuyo retardo permitió á Washington recibir algún refuerzo. El general Mislin se estaba ocupando con actividad en levantar las milicias de Pensilvania, y su autoridad era tanto mayor cuanto á pesar de pertenecer á la pacífica religión de los Cuáqueros, que son numerosos en aquella comarca, había empuñado las armas una vez reconocida la justicia de la guerra y la inminencia de los peligros públicos; cuyo celo arrastró á muchos hombres irresueltos. Estábase esperando la llegada del general Lee, que debía venir de las orillas del Hudson con las tropas que tenía á sus órdenes; pero antes de entrar en Nueva-Jersey cometió la imprudencia de separarse del cuerpo del ejército que mandaba y detenerse algunas horas en una casa aislada, donde de improviso fué sorprendido y hecho prisionero el 13 de diciembre por un destacamento inglés mandado por el coronel Harcourt: el mando de la división recayó en Sullivan, y este prosiguió la marcha hacia el Delaware. Pronto llegó allí otro cuerpo procedente de Ticonderoga á las órdenes del general Gates, uno de los mejores oficiales del ejército Americano. Estos eran los únicos socorros con que por entonces podía contar Washington, cuyas tropas reunidas solo ascendían á siete mil hombres, número harto escaso si se compara con el de los enemigos, con la importancia de la causa y con la estension de los países que había que defender.

Las operaciones de la guerra eran muy inmediatas á Filadelfia para que el congreso pudiese residir allí con seguridad; por lo que los jene-

rales Putnam y Mislin le invitaron á trasladar su residencia á Baltimore. Allí continuó con igual firmeza las deliberaciones acerca las medidas que exijia la salvacion del estado; y confiando en el honor, el patriotismo y la habilidad de Washington, le dió los mas amplios poderes para levantar tropas, organizarlas, mantenerlas y emplearlas, y conservar á toda costa el orden y la seguridad pública. El ejercicio de esta especie de dictadura, que le fué conferida por seis meses, hizo sobresalir aun mas su moderacion y sus virtudes.

Los esfuerzos que hizo el jeneralísimo para aumentar el ejército, subvenir á sus medidas y ponerlo en estado de volver á tomar la ofensiva, hallaron menos obstáculos en vista de que solo ejercia su autoridad suprema para salvar la patria. Jamás habían sido tan necesarios los sacrificios; porque el enemigo se hallaba á las puertas de Pensilvania, los habitantes tenían que pelear por sus hogares y todo acto de debilidad les hubiera entregado á la servidumbre; y el deseo de alejar los males de que estaban amenazados hizo renacer en sus almas mas patriotismo y enerjia. Diariamente llegaban nuevos soldados al campo Americano. Las tropas se ejercitaban en las maniobras y la disciplina, y su confianza en Washington era ilimitada.

El rigor de la estacion tenia acuartelados á los dos ejércitos y suspendidas las operaciones militares. Los Ingleses se habían distribuido en varios acantonamientos, y los principales puntos que ocupaban en la margen izquierda del Delaware eran Trenton, Bordenton, Burlington, y algunos otros apostaderos intermedios; mas atras otros cuerpos guarnecían varios puntos desde Princeton hasta Nueva-Brunswick, donde el jeneral Grant tenia el cuartel jeneral. Washington, que no deseaba ninguna de las ventajas que la suerte le ofrecia, supo aprovecharse de la dispersion de los cuarteles británicos, y formó el proyecto de sorprender y atacar repentinamente

los puestos enemigos mas separados unos de otros, y que podían prestarse mutuamente menos auxilio; á cuyo fin dividió su ejército en tres cuerpos que debían pasar el Delaware en la noche del 25 de diciembre. El cuerpo principal, que conducía él en persona con los jenerales Green y Sullivan; pasó el río nueve millas mas arriba de Trenton, y se dirigió en dos columnas por caminos distintos á esta villa, donde había tres regimientos hesseses mandados por el coronel Raill; los cuales fueron atacados y derrotados, obligándoles á rendir las armas. El segundo cuerpo, mandado por el jeneral Irwing y destinado á cortar la retirada de las tropas enemigas que podían escaparse de Trenton, no pudo efectuar el paso por razon de los hielos que obstruían esta parte del río; y el tercer cuerpo, conducido por el jeneral Cadwallader y encargado del ataque de Burlington, no pudo pasar la artillería de una á otra orilla. Sin embargo, aunque estos obstáculos hicieron menos completa la victoria, tuvo esta para los Americanos los mas felices resultados porque reanimó los ánimos y jeneralizó mas el deseo de la resistencia; y cuando fueron conducidos á Filadelfia los numerosos prisioneros de guerra hechos en esta jornada, agolpáronse los habitantes en su tránsito y reconocieron con justo orgullo que aquellas tropas tan temidas por su valor y disciplina no eran invencibles.

Al estrépito de esta victoria dirijéronse hacia el ejército varios cuerpos mas respetables de milicias, y Washington para fomentar aun mas la confianza que les inspiraban las primeras ventajas, formó el proyecto de verificar otra expedicion. Había vuelto á pasar á la margen derecha del río con el fin de no verse envuelto en Trenton por todas las fuerzas que el enemigo probablemente dirijiria hacia aquel punto; pero de repente pasa nuevamente á la margen izquierda del Delaware con todas sus tropas, artillería y bagajes, forma y se atrinchera detrás del álveo del Assumpink, y no tarda en verse

frente á frente con el ejército enemigo, de que solo le separa el curso del río. Este ejército á la sazón estaba mandado por lord Cornwallis, que había salido precipitadamente de Nueva-York para ir á socorrer al jeneral Grant con una division de refresco, y al mismo tiempo todas sus fuerzas estaban en movimiento para reunirse; en Princeton había aun tres regimientos, otros en Amboy, cuyas tropas escalonadas en varios puntos iban á juntarse para obrar en masa. En vez de debilitar sus fuerzas presentando batalla á Cornwallis, resolvió Washington dirijirse rápidamente sobre Princeton para arrollar el cuerpo de tropas inglesas que allí se hallaba aislado; y abandonando la noche del 2 de enero de 1777 sus líneas del Assumpink se encaminó hacia Princeton por la via mas larga pero mas débilmente guardada, deseando no encontrar avanzada alguna de enemigos á fin que la noticia de su aproximacion no se divulgase con harta prontitud.

Hasta el nacer el día no echó de ver Cornwallis la marcha de los Americanos, y desde luego tomó igualmente el camino de Princeton, donde confiaba llegar al mismo tiempo; pero como Washington le llevaba una marcha de ventaja, sus tropas estaban descansadas y era práctico de los caminos y del país, logró atacar á los tres regimientos ingleses antes que les llegase el socorro del grueso del ejército y aun antes que estuviesen todos reunidos. La parte de esta division que ya estaba en marcha para Trenton, fué derrotada en Maiden-Head: despues de una vigorosa resistencia, y lo restante lo fué en Princeton: cojiéronse muchos prisioneros, y los que escaparon de la refriega se retiraron desordenadamente en Nueva-Brunswick.

A pesar de estos sucesivos descalabros el ejército de Cornwallis, era aun mas numeroso que el de los Americanos, y fué siguiendo el movimiento de estos, de modo que las operaciones de la guerra fueron de

nuevo llevadas á Nueva Jersey como el año anterior; pero en el tiempo transcurrido habia mudado enteramente la opinion de esta provincia no observándose ya en ella la misma indiferencia por la causa nacional. Los Ingleses y Hesseses en su primera estancia en aquel pais fueron tan incómodos y ocasionaron tantos desórdenes con su codicia y desenfreno, cual tropas que vivian á discrecion en pais conquistado, que se habian grangeado la aversion de todos los habitantes; el partido que habia llamado extranjeros á su ayuda, no tardó en verse agoviado por ellos y en maldecir tan onerosos auxiliares. Todos se inclinaban á favor de Washington, viendo en él á un libertador, y todos iban á engrosar su ejército: publicó una solemne proclama en que perdonaba en nombre del congreso todas las anteriores defecciones, por cuyo medio trató de ponerlas en olvido; y reanimándose otra vez el pundonor nacional, cobró nuevas esperanzas y procuró á la patria mayor número de defensores.

Empero todas las ventajas de este movimiento de la opinion no podian desarrollarse sino gradualmente. Unos levantamientos hechos tumultuariamente no constituian una verdadera fuerza; así es que Washington trató primero de organizarlos é instruirlos, y evitó todo encuentro en campo raso entre los dos ejércitos, dirigiéndose al efecto hácia las tierras altas de Nueva Jersey, donde era mas fácil atrincherarse.

Desde aquellas elevadas posiciones observaba atentamente los movimientos del enemigo, detenía sus convoyes, atacaba sus destacamentos aislados y con frecuentes escaramuzas aguerria á las nuevas tropas para tenerlas dispuestas á mayores peligros y á acciones mas decisivas. Los Americanos se apoderaron sucesivamente del pais de Nueva Jersey que cae al norte del Rariton, desde las montañas hasta el estrecho que corre á lo largo de Staten-Island, y ya no quedaban á las tropas britá-

nicas mas que las posiciones de Nueva Brunswick y Amboy, donde tomaron cuarteles de invierno.

Aunque por ambas partes se vieron precisados á permanecer en la defensiva, Washington despues de haber tomado todas las medidas necesarias para fortificar su campamento y preservarle de una sorpresa, quiso garantizarle de las viruelas, cuyos progresos eran alarmantes: hizo inocular todos los soldados que no las habian tenido, y el campamento ofreció momentaneamente la imájen de un vasto establecimiento de cuarentena y de hospicios, donde recibieron los guerreros todos los cuidados de la humanidad. Los hombres sanos estaban reservados para proteger y defender á los enfermos confiados á su custodia: parecíanse en el jeneroso ejercicio de sus funciones, á aquellos piadosos hospitalarios de San Juan, del Sepulcro y del Templo, que, en tiempo de las cruzadas, se habian ilustrado por su valor y caridad. Aquella activa vijilancia, aquellos desvelos por la salud de su ejército, honraron á Washington, y dieron un nuevo lustre á su gloria. Sus enemigos supieron, con un asombro mezclado de admiracion, el atrevido experimento que ensayaba á su presencia, y la seguridad que conservaba en medio de aquella crisis peligrosa. El jeneral americano usó de la misma prevision en las comarcas vecinas, y en ellos se sometieron á la inoculacion los reclutas que le estaban destinados. Hizo igualmente establecer en diferentes puntos almacenes de víveres, buscó todos los medios de acrecentar sus tropas de línea, y se aprovechó de la autorizacion del congreso, para hacer sacar de cada cuerpo de milicias un cierto número designados por la suerte. Mirábase este último partido como el modo de reclutamiento mas seguro: el servicio de las tropas regulares entraba menos en las costumbres de esta nacion, y los enganches voluntarios no habrian sido suficientes para tener los rejimientos enteramente completos.

De este modo se empleó el invierno en reforzar el ejército americano, en proveer á sus numerosas necesidades, en ejercitar los nuevos reclutas en el manejo de las armas y en las evoluciones, y en poner todas las tropas en estado de abrir con ventajas la campaña siguiente. Washington seguía ocupando el campo de Morris-Town, en el Nuevo-Jersey: de allí enviaba destacamentos hasta el litoral: estos diferentes cuerpos se encontraban á veces con el enemigo, y el pais que separaba sus puestos avanzados, estando espuesto á las incursiones alternativas de ambos partidos, sufría aun mas en una estacion rigorosa, que aumentaba las privaciones. El ejército del jeneral Howe, que habia quedado dueño de Amboy, conservaba sus comunicaciones con el mar: tenia libertad para pasar á otros puntos; podía recibir sus provisiones de fuera; pero se habia acostumbrado á buscarlas en el pais; y haciéndose cada dia mas escasos los recursos que hallaba en él, estas tropas tuvieron menos consideraciones con los habitantes, los abrumaron con cargas de todas clases, y pasaron por grados á una licencia extrema. Los excesos que cometieron eran principalmente imputados á los auxiliares de Hesse, que no estando ligados á los americanos por ninguna relacion de patria, idioma ó costumbres, solo veian en ellos enemigos que destruir.

El gobierno británico habia empleado muchas veces á su servicio tropas extranjeras, hallaba en ellas la ventaja de economizar sangre inglesa, y de quitar menos brazos á la industria y al comercio de la metrópoli. Los subsidios que exijia el sueldo de estos cuerpos alquilados, eran un sacrificio mucho menos sensible: se podía satisfacer con empréstitos, que hacia mas fáciles de contraer el aumento del crédito nacional, y que parecia imponer una carga menos gravosa que la de un impuesto nuevo, porque la mayor parte pesaba sobre el porvenir. Pero los Americanos se indignaban de que para subyugarles otra vez se

comprasen mercenarios. ¿No eran estas tropas estrañas á las disputas de la Gran Bretaña y de la América? ¿Y para qué hacer mediar en la discusion de los intereses mas graves de la humanidad ciegos instrumentos de servidumbre y destruccion? Los Ingleses, con quienes tenían guerra los Americanos, podian á lo menos poner límites á su enemistad contra ellos: no querian quitarles todas las libertades y todas las prerogativas de que ellos mismos gozaban, y para las cuales habian combatido durante tanto tiempo: pero ¿qué consideraciones podian esperar de hombres que en nada estimaban bienes tan grandes?

Este odio contra los extranjeros se hizo luego jeneral, y cuanta mas indiferencia y aversion se les mostraba, mas espuesto se estaba á su furor brutal y á sus ultrajes. La dificultad de comprenderse hacia aun mas difícil una conciliacion: las denegaciones ó peticiones que no entendian se multiplicaban, y el extranjero se llevaba á la fuerza lo que no habia podido conseguir de grado.

La animosidad de las facciones estallaba al mismo tiempo en diferentes puntos del Estado de Nueva York, del Maryland; y de la Pensilvania. Los indiferentes se dejaban arrastrar á la casualidad de los acontecimientos, y se preparaban á seguir el partido que resultase vencedor: los enemigos secretos fomentaban el descontento causado por la prolongacion de la guerra, y trataban de sublevar la opinion: pero el congreso vijilaba sus pasos, y hacia contener á los incitadores con algunos ejemplos de severidad.

Aunque el jeneral Howe difirió empezar otra vez las grandes operaciones militares, hasta la llegada de los equipajes de campaña y de los refuerzos que esperaba de Inglaterra, quiso, en el interin, probar algunas expediciones particulares para apoderarse de los almacenes del enemigo. Un destacamento inglés de quinientos hombres salió de Nueva York el 23 de marzo de 1777, y subió el río Hudson, para apoderarse

de los acopios que habian reunido los americanos en Peek's-Hill: el oficial que mandaba este puesto, no teniendo fuerzas suficientes para defenderse, tomó el partido de evacuarlo, despues de haber quemado una parte, y los Ingleses destruyeron lo demás. Los Americanos habian formado en Danbury, en el Connecticut, un depósito de municiones de guerra: dos mil Ingleses desembarcaron en la costa el 25 de abril, llegaron á este punto, le pusieron fuego, y muy hostigados en su retirada, obtuvieron, cerca de Ridge Field, algunas ventajas sobre las milicias reunidas á toda prisa por Wooster, Arnold y Silliman. El primero fué mortalmente herido en uno de estos encuentros, y á la edad de setenta años acabó su honrosa carrera al servicio de su país.

Los Americanos fueron mas felices en una expedicion que tenia por objeto apoderarse de un almacén de víveres y de forrajes, formado por los Ingleses en Sagg-Harbour, en Long-Island: el teniente coronel Meigs se embarcó en Guilfort, arribó á la isla, destruyó los almacenes, y regresó sin pérdida á las costas del Connecticut.

Ignal feliz éxito tuvo un golpe de mano dado el 10 de junio por el teniente coronel Barton. En el Rhode Island mandaba el jeneral inglés Prescott: se formó el plan de cojerlo en los cuarteles que ocupaba á alguna distancia de New Port, y Barton fué el encargado de esta atrevida empresa. Este oficial se embarca con cuarenta hombres en algunas lanchas de la pesca de las ballenas; salta en tierra á una milla de distancia de la habitacion del jeneral, llega allí sin ser visto, sorprende la centinela de la puerta, se apodera del jeneral á media noche y le hace prisionero de guerra. El congreso, para honrar el valor de Barton, le regaló una espada: no se describe ocasion alguna de conceder á semejantes estas lisonjeras recompensas, que luego quedan depositadas en las familias como gloriosos trofeos, y escitan á los hijos á imitar el ejemplo de sus padres y á consagrar-

se á la defensa de la patria.

Pasó toda la primavera antes que se pusiese en marcha el jeneral Howe con sus principales fuerzas. La escuadra mandada por el almirante su hermano le hacia dueño de todos sus movimientos: un profundo secreto encubria sus designios, y no se sabia si trataria de subir el Hudson y combinar sus operaciones con las de las tropas que debian salir de las orillas del San Lorenzo, ó si penetraria en Pensilvania. Queriendo Washington enlazar todos sus medios de defensa, habia tambien colocado sus principales cuerpos de ejército del norte al sur: uno estaba en Ticonderoga, y debia oponerse á las tropas inglesas que fuesen destacadas del Canadá; otro pasó á ocupar, por la orilla izquierda del Hudson, el campo atrincherado de Peek's Hill; sus movimientos serian favorecidos por la navegacion del rio, y estaba encargado de secundar, en caso de necesidad, las operaciones del primer cuerpo, ó de pasar al Nuevo Jersey, si el enemigo se presentase con muchas fuerzas. El cuerpo de ejército que guarnecía esta última provincia, era el mas numeroso, y estaba á las órdenes inmediatas de Washington. Se habia formado un cuarto campamento en la orilla izquierda del Delaware para cubrir á Filadelfia, donde residia otra vez el congreso; lo mandaba Arnold, y debia proteger los países vecinos. Entonces la guerra no parecia amenazar la Carolina del Sud y la Georjia; no obstante se dejó en ellas, para su propia defensa, las levas que podian hacer: esta medida tenia por objeto mantener su seguridad, y preservarlas de los disturbios interiores.

Por fin el jeneral Howe abrió la campaña en el Nuevo Jersey, donde estaba reunido su ejército: deseaba una batalla campal, y no teniendo esperanzas de poder forzar las posiciones atrincheradas que habia ocupado Washington á mediados del invierno en las alturas de Middle Brook, cerca del Rariton, probó encaminándose al Delaware, de hacerle abandonar aquella posicion y atraer-

le hacia si en aquella direccion. Washington no se dejó engañar por esta marcha fingida: no creyó que los enemigos cometiesen la imprudencia de entrar en una provincia donde se encontrarían entre dos ejércitos americanos; y el jeneral Howe, no habiendo podido mover á Washington con esta marcha, finjó luego volver á abandonar el Nuevo Jersey y retirarse al Staten-Island. Fué echado un puente volante sobre el estrecho que le separaba de esta isla; allí hicieron pasar una parte de los bagajes y se empezó el embarque de las tropas. Creyó el jeneral americano que efectivamente querian los enemigos llevar á otra parte el teatro de la guerra: su movimiento de retirada, que empezó el 19 de junio, le presentaba la ocasion de atacarlos con ventaja, esperó introducir algun desorden en sus filas, y abandonando finalmente sus alturas, se adelantó hasta la posicion de Quibble Town y mandó ocupar la de Metuckin por el jeneral Stirling. Hasta entonces las maniobras del jeneral Howe le habian salido bien; este oficial habia hecho perder á los Americanos la ventaja de su campo trincherado; y para impedir que volviesen á entrar en él, resolvió rodearlos y cortar todas sus comunicaciones con las alturas, mientras que el grueso de su ejército, que parecia replegarse delante de ellos, les hacia repentinamente frente y los cargaria con vigor. Para ejecutar ambos movimientos, se dividieron los Ingleses en dos columnas; la primera mandada por el jeneral Howe, debia empezar el ataque: la segunda, á las órdenes de Cornwallis, iba al contrario, á tomar las posesiones de los Americanos. Pero encontró en su marcha un destacamento enemigo; y el ruido de la fusileria que se empeñó en este punto, habiendo advertido á Washington del lazo que le estaba tendido, retrocedió prontamente á las alturas de Middle Brook y mandó ocupar, antes que los Ingleses llegasen á ellos, los desfiladeros de que habian proyectado apoderarse. Solo

sufrió algunas pérdidas la division americana, que mandaba el jeneral Stirling. Los Ingleses, no esperando ya forzar una posicion que se habia hecho inespugnable, dejaron de continuar la guerra en el Nuevo Jersey; se retiraron á Staten-Island, desde donde tenian intencion de pasar á otra costa, y pronto fué reunida toda la flota británica en las aguas de esta isla y en la bahía de Nueva York, para recibir á bordo al ejército del jeneral Howe.

Washington observaba con cuidado todos los movimientos de los enemigos, para presentarse en los puntos que era necesario defender; fortificó y guarneció de tropas los principales puestos de las riberas del Hudson, cuando los Ingleses parecian querer adelantarse hacia esta direccion; y tan pronto como las maniobras de los enemigos le hicieron suponer que la Pensilvania estaba amenazada, invitó al congreso á reunir en Chester y en Wilmington, sobre el Delaware, las milicias de los países vecinos y á hacer vijilar la entrada de esta bahía por vijijas colocados en el cabo May y en el cabo Henlopen. Tambien fueron reunidas las milicias del Nuevo Jersey y estuvieron prontas para rechazar al enemigo, en cualquier punto en que quisiese desembarcar.

Hallábanse entonces divididas las fuerzas británicas; en tres cuerpos de ejército; el de Rhode-Island, compuesto de cinco mil hombres, tenia estrechadas las milicias americanas del nordeste, é impedía que se marcharan á otros puntos; las tropas inglesas que se reunian en las fronteras del Canadá amenazaban con una próxima invasion todos los países por donde pasa el Hudson; y el ejército del jeneral Howe, el mas considerable de todos, podia combinar sus operaciones con las de los otros cuerpos, ó dirigirse en masa hacia el centro de los Estados-Unidos y atacarlos en el país que reunia entonces sus principales fuerzas y cuya resistencia importaba mas sojuzgar.

LIBRO NONO.

CAMPAÑA DE 1777. ESPEDICION INGLESA QUE SALIÓ DEL CANADA. INDIOS, AUXILIARES DE LAS TROPAS BRITANICAS. FIN TRAJICO DE MAC REA. PRIMERAS VENTAJAS DEL JENERAL BURGFONE: SU MARCHA HACIA EL HUDSON; SUDERROTA Y SU CAPITULACION EN SARATOGA. OPERACIONES DEL JENERAL HOWE EN PENNSILVANIA; SUS VICTORIAS EN BRANDIWINNE Y EN GERMAN-TOWN. TRATADOS DE COMERCIO Y DE ALIANZA ENTRE LA FRANCIA Y LOS ESTADOS-UNIDOS. COMBATE NAVAL DE QUessant. ESPEDICIONES DE RHODE-ISLAND, DE LAS ANTILLAS DE SAVANNAH. ROMPIMIENTO ENTRE LA FRANCIA Y LA INGLATERRA. CONTINUACION DE HOSTILIDADES MARITIMAS.

Llegamos á una de las épocas mas memorables de la guerra de la independencia, á aquella en que las ventajas y los reveses se equilibraron, en que el teatro de las operaciones se engrandeció, en que los Americanos, cuyo espíritu público habia sido exaltado por la victoria, no se dejaron abatir por el infortunio y sostuvieron con una jenerosa constancia el peso de las hostilidades, hasta que otra potencia fué á cooperar á sus esfuerzos y tomar con ellos la obligacion de sostener su causa.

La Inglaterra habia reconocido el peligro de prolongar una guerra que, de un año á otro, aumentaba los recursos americanos. Habian rehusado negociar con ellos desde las infructuosas proposiciones hechas despues de la batalla de Brooklyn: y para sojuzgar á un pueblo que una derrota no habia abatido, querian hacerle sentir mas vivamente todas las calamidades de una invasion. Los que habian querido la guerra procuraban proseguirla con mas vigor, y los primeros sacrificios que habia costado se hallaban acrecentados con nuevas cargas: así aumentaban la escuadra y el ejército, así causaba el sosten de las tropas extranjeras gravosos subsidios;

pero el gobierno se fisonjaba de obtener á este precio la pronta reduccion de las colonias: y como allí aun era secundado por numerosos partidarios, contaba con el recurso de las disensiones civiles y alimentaba la falsa esperanza de que una parte de los habitantes lograria, de acuerdo con él, entregar todas las demás al yugo de la metrópoli. Se propagaba en el parlamento británico esta idea de supremacia; la Inglaterra lo tenia como sentimiento nacional, y no podia acostumbrarse al desmembramiento de un territorio tan rico, tan estenso y tan poblado. El jeneral Burgoyne, que presentaba los medios de reconquistarla, era miembro de la cámara de los comunes; se le habia siempre tentido por uno de los mas hábiles oficiales; habia hecho la guerra en América; allí habia servido el año anterior cerca del lago Champlain, y creia que el ejército inglés habria podido estender mas sus victorias, y sobre todo no abandonar la posicion de Crown Point, que seria convertida en el punto de su partida para otra espedicion. Habiéndose presentado Burgoyne en Inglaterra á fines de 1776, propuso al gobierno un plan de campaña que fué adoptado y cuya ejecucion le fué encomendada. Pedia ocho mil hombres de tropas regulares, dos mil Canadienses y un cuerpo de salvajes. En la primavera debian salir los rejimientos de Europa; pensaban que la navegacion del San Lorenzo y de los lagos vecinos estaria libre á fines de mayo y que entonces podrian principiarse las operaciones. Se abria la campaña con el ataque de Ticonderoga, principal baluarte de los Americanos; y Burgoyne, despues de haberse apoderado de esta plaza, continuaria su marcha hacia el Hudson. Podian acercarse á este rio por dos líneas diferentes, ora siguiendo del norte al mediodia la navegacion del lago Jorje, ora subiendo las orillas del South-River ó Wood-Creek para apoderarse de Skenesborough; este último camino presentaba mas obstáculos que vencer, mas posiciones que forzar; era preciso establecer

una continuacion de apostaderos para la seguridad de las comunicaciones y estos diversos destacamentos debilitarian el ejército; pero no se podia determinar de antemano la eleccion de una ú otra linea, dependeria especialmente de la direccion que seguiria el enemigo.

Esta espedicion, cuyo principal objeto era llegar á Albany y unirse allí al ejército de Howe, comandante en jefe de las fuerzas británicas, debia ser secundada por una diversion del coronel Saint-Leger, que marcharia del lago Ontario para avanzar hasta las riberas del Mohawk. Tendria este oficial bajo sus órdenes setecientos cazadores ingleses y otros tantos guerreros indios, mandados por el coronel Johnson; atacaria el fuerte Stanwix ó Schuylcr, situado cerca del rio: bajaria luego su curso y se presentaria en Albany.

Al proponer este proyecto, deseaba tambien Burgoyne estar autorizado para seguir otra direccion, si la primera presentase muchas dificultades. Entónces se dirijiria á las provincias de la Nueva Inglaterra donde habia nacido la guerra y donde esperaba ahogar su jermen; pero habiendo aceptado el gobierno una segunda proposicion, tuvo que entregarse esclusivamente á los medios de franquear el paso entre los lagos y el Hudson.

Hiciéronse con gran actividad los preparativos de esta espedicion. Apresuráronse á trasportar á Chambly, al fuerte San Juan y á bordo de la escuadra del lago Champlain todas las provisiones necesarias; y apesar del disgusto que tuvo el jeneral Carleton por no habersele encargado de esta espedicion, la favoreció con un celo manifesto. El 6 de mayo de 1777 llegó Burgoyne á Quebec: tenia bajo sus órdenes mas de siete mil hombres de tropas regulares, pero no pudo reunir mas de trescientos Canadienses; esta nacion no trataba de empeñarse en una guerra de opresion que podia esponer su propio territorio á represalias. Se completó la reunion de tropas con la llegada de los guerreros indios que se unieron al ejército en la orilla occidental del

lago Champlain, y el 21 de junio le ofreció el jeneral Burgoyne el banquete de guerra que empezó con esta alocucion:

«¡Jefes y guerreros! el gran rey, nuestro padre comun, y el patron de todos los que buscan y merecen su proteccion, celebra la conducta que han seguido las tribus indias desde el principio de los disturbios de América. Demasiado perspicaces y demasiado fieles para ser engañados y sobornados, os consumis por vengar la injuria hecha al poder paterno; solo han servido á los rebeldes algunos hombres, escoria de una tribu dejenerada; todos los demás han permanecido al lado de la justicia.

«Habeis contenido vuestro resentimiento hasta que el rey vuestro padre os llamase á las armas. ¡Guerreros! la señal está dada; marchad á medida de vuestro valor: herid á los enemigos comunes de la Gran Bretaña y de la América, los perturbadores del orden, de la paz y de la pública felicidad, los destructores del comercio, parricidas del estado.

«Os apreciamos como hermanos de armas. Émulos de gloria y de amistad, hemos de daros y de recibir de vosotros ejemplos, nos esforzaremos á imitar vuestra perseverancia en las empresas, vuestra constancia en resistir al hambre, á las fatigas y al dolor; pero es deber nuestro, es conforme á nuestras costumbres, nuestra religion y á nuestras leyes, guiar vuestras pasiones cuando traspasan los límites, y señalar las circunstancias en que es mas jeneroso perdonar que vengarse y destruir.

«No se parece esta guerra á aquellas en que encontrabais por todas partes enemigos que combatir; el rey vuestro padre tiene muchos súbditos fieles dispersos por esas provincias; esos hombres son hermanos vuestros y dignos de vuestro afecto.

«Estad atentos á las reglas que voy á proclamar, para que sean observadas durante la guerra. Prohibo el derramamiento de sangre, excepto cuando os ataquen con armas. Los ancianos, las mujeres, los niños y los prisioneros deben perdonarse, y recibiréis una recompensa por los

prisioneros que hicieseis.

« Por condescendencia á vuestros hábitos, que os permiten quitar á los enemigos las cabelleras, y dan un gran honor á tales prendas de victoria, podréis rapar á los hombres que combatesen contra vosotros despues de muertos; pero no los heridos, con pretexto de que perdonándoles, favoreceis su evasión.

« Si vuestros enemigos osasen cometer actos de barbarie con alguno de vosotros que tuviese la desgracia de caer en su poder, podeis usar de represalias: pero á menos que os prescisen á este rigor, manteneos fieles sin variar á las reglas que os he trazado; y para atestiguar vuestro celo al rey vuestro padre y protector, seguid las órdenes y consejos de aquellos á quienes ha confiado la dirección y el honor de sus armas.»

Los Indios presentes en esta conferencia eran los Iroqueses, los Abenakis, los Algonquinos y los Ottowayos: el discurso del general Burgoyne les fué traducido por intérpretes, y su jefe anciano de los Iroqueses le contestó en estos términos:

« Me levanto, en nombre de todas las naciones presentes, para asegurar á nuestro padre que hemos escuchado con atención su discurso. Nos alegramos de la aprobacion que habeis dado á nuestra conducta; vuestros enemigos han querido seducirnos: pero os amamos, y vuestras hachas se han aguzado para defender á nuestros amigos y hermanos. Todos nuestros hombres capaces de ir á la guerra han marchado: solo han quedado los ancianos, los enfermos, las mujeres y los niños. Prometemos todos obedecer vuestras órdenes, y suplicamos al padre de los dias que os conceda por muchos años su luz y os haga feliz.»

Completamente reunido el ejército de Burgoyne, abandonó su campamento del rio Bouquet para marchar sobre Ticonderoga, y llegó el 1.º de julio bajo las murallas de la plaza, situada cerca del canal natural que une los lagos Jorje y Champlain. La antigua guarnicion de esta plaza habia sido disminuida durante el invierno por los destaca-

mentos que habian pasado á las orillas del Delaware: no quedaban en ella mas de tres mil hombres, y la necesidad de concentrar su defensa les obligó á abandonar los puestos adelantados. Como tampoco tenian suficientes tropas para ocupar las alturas que dominaban esta posicion, los Ingleses pudieron apoderarse sin resistencia del monte Hope y del Sugar Hill: se fortificaron allí y construyeron baterías prontas para batir la plaza.

El coronel Saint Clair, que mandaba la guarnicion americana, viéndose cercado hácia el occidente, no pudiendo comunicar ya sino con la otra orilla del canal, y no confiando poderse defender contra fuerzas muy superiores, convocó un consejo de guerra para deliberar sobre su situación. Fué jeneralmente adoptado el parecer de evacuar la fortaleza. La guarnicion salió en la noche del 5 de julio, sin llevarse consigo su artillería y sus efectos de sitio: abandonó, en la orilla derecha, el fuerte *Independencia*, donde tambien era imposible defenderse, y se replegó, subiendo el South River, hasta las caídas de Skenesborough. Otra columna se habia retirado por el camino de Huberton y de Castel Town; ambos cuerpos fueron vivamente perseguidos. A su vez fué evacuado el fuerte Anne, al cual pasaron, y estas tropas llegaron por fin al fuerte Eduardo, situado hácia el rio Hudson.

La toma de Ticonderoga habia abierto al ejército británico la navegacion del lago Jorje. El general Burgoyne mandó pasar á él lanchas cañoneras y barcos de transporte, en los cuales embarcó una parte de sus tropas para atacar el fuerte Jorje, situado en medio de este lago, y para reunirse luego al cuerpo principal de ejército (véase la lámina 57).

No obstante se habian hecho muy difíciles todos los caminos desde Skenesborough al fuerte Eduardo. Los Americanos, al retirarse, habian cortado los caminos y los puentes: habian atajado todas las comunicaciones. La corriente del Wood-Creek, necesaria para el transporte de las

municiones, estaba tambien embarrizada por la caída de los árboles y por los peñascos: se necesitaba tiempo para allanar estos obstáculos. Los bagajes del ejército eran numerosos: emplearon cerca de un mes para atravesar este pais salvaje, y Burgoyne solo llegó el 30 de julio al fuerte Eduardo.

El general americano Schuyler habia al principio ocupado esta fortaleza; pero no trató de mantenerse en ella. Hizo tambien evacuar el fuerte Jorje, y concentrando en la ribera occidental del Hudson las tropas de que podia disponer, fué á tomar posicion cerca de Still-Water, á algunas millas al sur de Saratoga. Allí estaba mejor situado para recibir los refuerzos que le habian prometido: podia combinar sus operaciones con las que se intentasen en las orillas del Mohawk: cubria las cercanías de Albany y protegia todas las partes superiores del estado de Nueva York. Estas nuevas combinaciones, es verdad, solo eran el resultado de una retirada; pero el partido que supo sacar Schuyler de su situación, á lo menos estorbó y entibió la marcha del enemigo.

Hasta entonces Burgoyne habia tenido que proseguir con trabajo su expedicion á través de un pais estéril. Sus tropas estaban fatigadas, las provisiones principiaban á escasear, y para hallar medios de subsistir habia que ir muy lejos. Era necesario tomar sucesivamente los diferentes puestos ocupados por los Americanos: las tropas enviadas al fuerte Jorje estaban separadas del Hudson por una distancia de mas de diez y ocho millas, y el terreno podia ser disputado á palmos. La navegacion del rio que baña este pais no estaba libre; la interrumpian las caídas y las rápidas corrientes de Gleens, de Lucerna y de Adley (véanse las láminas 58, 59 y 60); para pasar del estanque de los lagos al del Hudson, era preciso luchar contra numerosos obstáculos, y entonces pensaban muy poco en que algun día el cultivo domaria aquellas tierras rebeldes, que la mano de los hombres abriría allí nuevo curso á la navegacion; y

que estos desiertos estaban destinados á recibir una poblacion activa, industriosa é infatigable, que vendria á exigir nuevas riquezas de la tierra, á aclarar los antiguos bosques, á buscar en las entrañas de la tierra esas minas de hierro, de cobre y de carbon que no se agotarán indudablemente con muchos siglos de ser beneficiadas.

A medida que penetraban en el pais las tropas inglesas, su situación se hacia mas precaria. Habian pasado desde el principio de la campaña cuarenta dias de marcha, de bairse ó de fatigas: el ejército, al cual no habian podido seguir todos sus convoyes, solo hallaba recursos en el Connecticut; y Burgoyne, creyendo que le seria mas fácil invadir esta provincia que la orilla derecha del Hudson, sentia que sus instrucciones no le permitiesen dirigir las operaciones de la guerra hácia este lado. Se ciñó pues á hacer algunas incursiones para cojer los depósitos de municiones y de provisiones que los Americanos habian reunido allí.

En esto supo que el coronel Saint-Leger, encargado de una expedicion sobre el Mohawk, habia avanzado hácia este rio el 1.º de agosto, habia sitiado el fuerte Stanwix, y lo estrechaba muy rigurosamente, habiéndole cortado todas las comunicaciones con el exterior. Saint-Leger esperaba que esta fortaleza se rendiria luego: la guarnicion era muy débil para prolongar su resistencia, y un cuerpo de mil hombres de tropas Americanas, que el general Herkimer probaba de introducir en la plaza, sufrió una sangrienta derrota y no pudo penetrar en ella. No obstante los sitiados continuaban su defensa: el cañon no destruía sus fortificaciones de madera, y las balas caian en ella sin causar grandes ruinas. El descontento se esparció entonces entre las tropas sitiadoras: los exploradores que tenian en las cercanías, no tardaron en dar la noticia de que venia al socorro de Stanwix un nuevo cuerpo americano, y que le mandaba el intrépido Arnold. Este nombre era el terror de los Indios, y tal era á la sazón su desaliento, que ya

no se podía contar con su socorro. La mayor parte desertaron inmediatamente: se preveía la defección de todos los demás, y Saint-Leger, que tenía muy pocas tropas regulares y estas habían sufrido ya mucho, tomó el partido de levantar el sitio, de volver al lago Oneida y de replegar-se sobre Oswego.

Los salvajes, que esperaban el saqueo de la fortaleza, se indemnizaron con el del campamento de que habían formado parte: lo pillaron y partieron cargados de los despojos de sus aliados. Mas de una vez se experimentó el peligro de emplear su auxilio. El ejército de Burgoyne tuvo que sufrir muchísimo, tanto por su indisciplina, como por su barbarie; y entre las desgracias de sus numerosas víctimas, el fin trágico de Mac-Rea se hizo luego tristemente célebre. Dotada esta joven de todos los encantos de su edad, era amada por un oficial inglés que había conocido su familia en Nueva York. El deseo de alejarse del teatro de la guerra había inducido á su padre á subir por las orillas del Hudson, y á retirarse en las cercanías del fuerte Eduardo; pero habiendo la expedición de Burgoyne venido á amenazar el reposo del país donde se había refugiado, fué luego atacado en su asilo por una partida de salvajes indios que iban delante de las tropas de este jeneral, y miss Mac-Rea fué la única de su familia que supo sin miedo la próxima llegada del ejército inglés. Formaba parte de esto el que debía casarse con ella: no trató en huir; y cojida prisionera por dos salvajes, se puso bajo su protección, les confió su vida y marchó sin recelo entre ellos hácia el campamento donde debía verificarse su himeneo. Mac-Rea era tan hermosa, que los Indios se prometían un gran rescate por su libertad: cada uno de ellos tenía iguales pretensiones á este premio: se lo disputaron, y despues de un combate encarnizado, no teniendo esperanzas el mas débil de poder ya gozar de esta recompensa, quiso también privar de ella á su rival: hizo un último esfuerzo, levantó por última vez su tomahac, hirio la pobre joven, y

la tendió bañada en su propia sangre. No pudo volvérsela la vida, y el amante que debía muy pronto colocar en su frente la corona nupcial solo recibió sus restos mortales.

Un fin tan desgraciado esparció por todo el país una viva tristeza. Se reconoció cuán inútiles habían sido todas las precauciones del jeneral Burgoyne para contener la barbarie de los salvajes: los escesos que no había podido impedir producian la desercion de su causa, y sus partidarios la abandonaban. Privado de sus subsidios voluntarios, tuvo que procurarse recursos con la fuerza; y cuando supo que en Benington se habían reunido almacenes considerables, resolvió apoderarse de ellos. El coronel Baum estaba encargado de esta expedición con un destacamento de cuatrocientos hombres europeos y cien guerreros indios: pero avanzó con imprudencia en un país que no conocía; su marcha, que no esperaba ocultar al conocimiento del enemigo, fué luego descubierta; los Americanos le envolvieron por todos lados, y fué abrumado por el número. La mayor parte de sus soldados fueron cojidos ó muertos, y él quedó prisionero. El teniente coronel Breyman había sido enviado á secundarle; pero los obstáculos y la lentitud de su marcha le privaron de llegar á tiempo: fué atacado aisladamente y fué también completamente batido. Este descalabro privó al ejército de Burgoyne de las provisiones que esperaba: ya no se podían recoger en los países vecinos, y los habitantes del Nuevo Hampshire y del Connecticut conducían á lo lejos sus rebaños y cosechas. Burgoyne quedó sin comunicaciones con el jeneral Howe, cuyos despachos eran todos interceptados por los Americanos; solo supo hácia fines de julio que Howe intentaba pasar entónces á Pensilvania, con el fin de atraer á ella la mayor parte de las fuerzas de Washington.

Este nuevo plan ya no iba acorde con el proyecto de practicar cerca de Albany la union de los dos ejércitos británicos, y hacia tanto mas difícil la marcha ulterior de Burgoyne.

ESTADOS UNIDOS.

ETATS-UNIS.



Tajo Jorje.

San Juan.

M. J. G. 1840.

Molino fabrica de Gieena.



Estados Unidos

ESTADOS UNIDOS.

ÉTATS - UNIS.

ESTADOS UNIDOS

ESTADOS UNIDOS

40



Estados Unidos

Estados Unidos

Puente sobre el Hudson cerca de Iuzerna.

Puente sobre el Hudson cerca de Iuzerna.



Campada de Adela's.

porque el jeneral americano Sullivan acababa de llegar á Albany con dos mil quinientos hombres. Putnam ocupaba con cuatro mil hombres las alturas vecinas del Hudson; y por cuanto se habian enviado nuevos auxilios al jeneral Gates, sucesor de Schuyler, encargado del mando de las tropas reunidas en Still Water. El jeneral Burgoyne, cuyo ejército era menos numeroso, vacilaba en pasar el Hudson y tomar la ofensiva contra el enemigo, antes de la llegada del socorro que esperaba del Canadá: con todo la orden que habia recibido de proseguir su marcha hácia Albany le parecia tan terminante, que no creyó poder dejar de hacerlo, no obstante que reconoció que los peligros de esta expedición se aumentaban de dia en dia; que penetrando en el pais agotaba sus últimos recursos; que no podia ya contar con ventajas fáciles, y que un nuevo revés podia destruir todas sus esperanzas.

Cuanto mas arriesgadas se hacian sus operaciones, mas fuerzas trataban de reunir contra él los Americanos. Los cuerpos principales de su ejército estaban reunidos hácia el norte: se quería á toda costa impedir la union de Burgoyne con las demás fuerzas británicas: convenia detener su marcha, arruinar su expedición: y si se lograba esto, haciendo en diferentes puntos algunos sacrificios momentaneos, esperaban recuperar sus ventajas inmediatamente. Se habian dejado pues sin guarnicion los estados del centro para aumentar el ejército del jeneral Gates, cuando atravesando Burgoyne el Hudson, el 13 de setiembre, vino á acampar á algunas millas de distancia de los Americanos, en las alturas y llanura de Saratoga. Esperaba imponer al enemigo con la audacia y rapidez de sus movimientos; y avanzando hácia las líneas que ocupaba Gates en Still Water, las atacó con vigor el 19 de setiembre. Saliendo de sus atrincheramientos los Americanos, sostuvieron el combate hasta la noche: se retiraron á ellos en buen orden; y Burgoyne, no teniendo esperanzas de forzarles en

aquella posicion, apesar de que consiguió en la jornada alguna ventaja, volvió á su campamento, empezó á fortificarlo y se mantuvo á la defensiva. Habia invitado al jeneral Clinton, que mandaba á la sazón en Nueva York, á practicar una diversion; y este jeneral hizo en efecto atacar el fuerte Montgomery, situado á algunas millas al sur de West-Point; pero esta empresa era demasiado insignificante para influir sobre las operaciones de la campaña: las fuerzas del jeneral Gates se aumentaban cada dia, y Burgoyne, cuya situacion se hacia mas peligrosa, á medida que se prolongaba, probó el 7 de octubre de romper por el ala izquierda del enemigo, á la cabeza de mil quinientos hombres: pero luego fué arrollado por tropas mucho mas numerosas que le rechazaron despues de una viva resistencia. El campamento británico fué en seguida furiosamente atacado: Arnold alentaba á los Americanos; tomaron parte de los atrincheramientos, y envolvieron las posiciones de Burgoyne que, despues de haber combatido hasta la noche, logró, á favor de la oscuridad, replegarse sobre las alturas cercanas, y á la mañana siguiente continuó su penosa retirada hácia Saratoga. Su intencion era pasar otra vez á la orilla izquierda del Hudson, y abrirse paso hácia el fuerte Eduardo; pero el destacamento que tenia encargo de reparar los puentes, fué dispersado por los Americanos: las lanchas que le quedaban aun fueron atacadas y destruidas; no podia contar ya con la llegada de socorro alguno: sus municiones y víveres estaban agotados: y en esta situacion funesta, convocó un consejo de guerra, para calcular sobre los últimos medios de defensa.

El rio era vadeable en algunos puntos; y habia esperanzas de poder pasarlo con las tropas, llevando estas mismas sus provisiones, sin artillería ni convoyes: perose supo que los Americanos se habian atrincherado en la orilla opuesta; que habian establecido un campamento entre el fuerte Jorge y el fuerte Eduardo, y que sus destacamentos vijilaban todos los

movimientos de las tropas británicas. Se habían juntado á su ejército nuevos cuerpos de milicias y voluntarios; tenían mas de diez y seis mil hombres; sus posiciones eran inatacables; formaban un círculo alrededor del campamento y lo cercaban por todas partes.

El 12 de octubre se celebró un nuevo consejo de guerra, en que entraron todos los oficiales de estado mayor y todos los capitanes comandantes. Les espuso Burgoyne la situación de ambos ejércitos: en la orilla derecha del Hudson tenían los Americanos á su alrededor mas de catorce mil hombres y una numerosa artillería; en la orilla izquierda tenían mil y quinientos hombres, y ambos cuerpos podían comunicarse por un puente colocado mas abajo de Saratoga. Juzgó el consejo que el único recurso era llegar, durante la noche, sin bagaje alguno, á un vado, que parecia estar aun libre en la parte superior del río; pero pronto supieron con certeza que el enemigo se había apoderado de él, y que era dueño de todos los pasos. A la mañana siguiente, se celebró otro consejo de guerra; tenia que decidirse la suerte del ejército; y Burgoyne les manifestó que estaba pronto á emprender á su cabeza toda operación difícil ó arriesgada que sus fuerzas ó su valor pudiesen ejecutar: sin embargo, tenia algunas razones para creer que una capitulación entraba en las miras de todos los que conocían la verdadera situación de las cosas; y en una circunstancia que tocaba tan de cerca al honor nacional y personal, miraba como un deber reunir las opiniones de todo el ejército, consultando los oficiales que le representaban. Sentó en primer lugar esta cuestión: si un ejército, reducido á tres mil y quinientos combatientes, podía capitular sin faltar á los principios de la dignidad nacional y del honor militar. Habiendo decidido el consejo que su situación actual justificaba una capitulación, con tal que los términos de ella fuesen honrosos, el mayor Kingston fué enviado el 14 de octubre al campamento del general Ga-

tes para abrir esta negociacion y para obtener un armisticio mientras durara. Hizo suspender este arreglo la discusion de un solo artículo. Pedían los Americanos que las tropas británicas rindiesen las armas antes de salir de su campamento, pero estas tropas no querian deponerlas sino despues de haberlo abandonado, gozando de los honores concedidos á las guarniciones de las plazas que se habían defendido con valor. Dióseles aquella satisfaccion: Burgoyne firmó la capitulación, y el ejército que mandaba se entregó prisionero (véanse las láminas 61 y 62).

La campaña que tan felizmente habían terminado los Americanos por la parte del norte, no se había seguido con las mismas ventajas en las orillas del Delaware, á donde había dirigido el general Howe sus principales fuerzas. Hemos visto que á fines de julio había abandonado Nueva York y la embocadura del Hudson para dirigir á otro punto sus operaciones militares. Sin duda se había persuadido, al saber entonces las primeras ventajas de Burgoyne y la pronta reduccion de Ticonderoga y de los fuertes Ana, Eduardo y Jorje, que este general podría fácilmente proseguir su expedicion por sí solo; tambien se creía bastante fuerte para intentar una empresa que fuese aun mas decisiva; y deseando atacar á los Americanos en el centro mismo de su poder, se hizo á la vela con treinta y seis batallones de tropas europeas y algunos otros cuerpos de voluntarios alistados en América. Dejaban en el estado de Nueva York seis mil hombres bajo las órdenes del general Clinton; se habían enviado otros tantos al Rhode-Island, y sir William Howe pensó que estos dos cuerpos bastarian para ocupar y contener, en las orillas del Hudson y en la Nueva Inglaterra, á las tropas americanas destinadas á su defensa.

Se ignoró por mucho tiempo en qué costa deseaba desembarcar, y los vientos contrarios le detuvieron en el mar, durante un mes entero. Solo cuando hubo doblado el cabo May, situado á la entrada del Dela-

ware, se tuvieron los primeros indicios de la direccion que había tomado. Entónces Washington se apresuró á abandonar las alturas del Nuevo Jersey, donde se había sostenido con su ejército; llegó al interior de la Pensilvania, atravesó el Schuylkill y se adelantó hasta las orillas del Brandywine, á la otra parte del cual había ya tomado posicion el ejército inglés. El 25 de agosto había estese embarcado en el fondo de la bahiade Chesapeake, había atravesado el alveo del Christiana y ya solo le separaba de los Americanos un río vadeable en muchos puntos. Contaban por momentos con una batalla que en efecto tuvo lugar el 11 de setiembre al amanecer. Las tropas británicas estaban divididas en dos columnas: la de la derecha, mandada por el general Knyphausen, debía intentar el paso del Brandywine; y la de la izquierda, bajo las órdenes de Cornwallis, estaba encargada de subir por un gran rodeo hacia los diferentes rios que desaguan en el alveo principal. El paso de cada uno de estos rios no ofrecía obstáculo alguno, y Cornwallis debía dar la vuelta á las posiciones del ejército americano; en tanto que Knyphausen, continuando contra este un falso ataque, atraeria sobre sí sus fuerzas principales y las pondria fuera de estado de resistir en otros puntos.

Esta estratagemata tuvo un completo y feliz éxito y el ala derecha del ejército americano fué pronto envuelta por las tropas de Cornwallis, sin poderse desembarazar de esta peligrosa posicion. Las ventajas obtenidas por el ala izquierda contra Knyphausen no podían equilibrar ni reparar este perjuicio; se limitaban á contener al enemigo y á disputarle el paso del río. Washington que primeramente había empleado en este punto fuerzas numerosas, mudó luego el orden del combate y voló al socorro de su ala derecha, cuyas diferentes brigadas, mandadas por Stephens, Stirling y Sullivan, estaban peleando con el enemigo; pero los movimientos de Cornwallis eran tan rápidos que todos estos tres cuerpos habían sido forza-

dos antes que se pudiese llegar á su socorro. Fueron irreparables estas primeras pérdidas, y llevando á este punto nuevas tropas para restablecer en él el combate, se debilitó el resto del ejército. No bastaba ya la division del general Waine para contener á la otra parte del Brandywine las tropas de Knyphausen; pasaron el río y tomaron parte en la victoria. La accion había durado hasta el anochecer y el general Greene, que mandaba un cuerpo de reserva, no se retiró hasta la entrada de la noche. Las tropas americanas se replegaron precipitadamente sobre Chester, desde donde marcharon á Filadelfia. El ejército había perdido mil y cuatrocientos hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Fué menor la pérdida de los Ingleses; habían tenido en todos los puntos la superioridad de las armas.

El marqués de Lafayette, que había llegado á los Estados Unidos hacia muchos meses, se encontraba en esta jornada y hacia sus primeras armas en favor de los Americanos. De veinte años de edad y animado de sentimientos jenerosos, no había podido ver sin emocion la carrera que le abría en América al valor y á la gloria militar. El pensamiento de unir su nombre al de los defensores de la independencia había inflamado su celo, y para buscar este jenero de celebridad había atravesado el Océano y se había presentado como voluntario. La batalla de Brandywine hizo nolar su valor; en ella salió herido; pero persistió aun en pelear para detener cuanto pudo el desorden de la retirada.

Entre los estranjeros que tomaron parte en este combate se señaló Casimiro Pulawski, intrépido defensor de la confederacion de Bar. Era el único de su familia que hubiese sobrevivido á los reveses de la Polonia, debilitada en 1772 con el primer reparto. Entónces desapareció Pulawski, y su destierro voluntario le salvó del suplicio que le estaba destinado; pero, al saber la insurreccion americana, pasó al nuevo mundo. Los servicios de un guerre-

ro tan hábil y tan valiente hicieron que se le buscara: obtuvo el mando de un cuerpo de caballería y justificó la alta confianza que había inspirado.

No desalentó á los Americanos la pérdida de la batalla de Brandywine. El congreso sostuvo este revés con constancia; mandó nuevos refuerzos para el ejército, y Washington estuvo autorizado para solicitar todas las provisiones necesarias. Habiendo reanimado este general el ardor de sus soldados, se encontraba, cinco días después, en presencia del enemigo y estaba pronto á darle un nuevo combate. Habiéndole faltado la ocasión que buscaba, se retiró á los valles superiores del Schuylkill; y entonces pudo dirigirse el general Howe hacia Filadelfia, en donde entró el ejército inglés el 26 de setiembre. Acababa de salir de ella el congreso; se había trasladado á Lancaster, donde continuaba cuidando con el mismo celo de las necesidades y defensa de la patria.

En seguida fijaron los Ingleses su cuartel general en German-Town, á doce millas al norte de Filadelfia, pero metiéndose en este país habían de dividir sus fuerzas. Cuatro batallones, bajo las órdenes de Cornwallis, quedaron en la capital; otros tres fueron destacados para apoderarse de las fortalezas que interceptaban las comunicaciones de esta plaza con la parte inferior del Delaware é impedían á la escuadra británica llevar al ejército de tierra provisiones y socorros.

El momento, en que se hallaba el general Howe debilitado con estos destacamentos, pareció favorable á Washington para formar otra empresa. Habiendo venido á tomar posesión en las orillas del Schippach, á diez y ocho millas de German-Town, dejó su campamento el 3 de octubre al anochecer, y en la mañana siguiente atacó las líneas inglesas. Al centro se dirigieron sus principales esfuerzos; pero al mismo tiempo debía ocupar las dos alas para que no fuesen á socorrer á los cuerpos intermedios. Salieron bien las primeras cargas y las tropas americanas pene-

traron en German-Town; pero no pudieron conseguir desalojar al coronel Musgrave de un edificio donde estaba atrincherado con algunas compañías de infantería. No fueron atacadas las dos alas del ejército inglés como lo había mandado Washington; fueron al socorro del centro, y los Americanos, perdiendo las ventajas que habían obtenido, fueron á su vez forzados en sus posiciones. Cundió el desorden por sus filas y fué imposible rehacerlos. Habían perdido en esta acción mil y doscientos hombres, y Washington se replegó detrás del curso del Perkiomi, desde donde volvió á las orillas del Schippach, allí trabajó de nuevo para reparar sus pérdidas, para reanimar la confianza de sus tropas, para volverlos á poner en estado de entrar en campaña, y de volver á cojer la fortuna que les había escapado dos veces. No le imputó el congreso su infortunio; honró la virtud desgraciada, alabó la habilidad del plan concebido por el general y solo hizo recaer la culpa sobre algunos hombres que no le habían secundado.

Si reunimos los datos de los principales sucesos militares que tuvieron lugar en las regiones vecinas del Hudson y del Delaware, vemos que la victoria igualaba entonces sus favores entre ambos partidos. El 11 de setiembre había ganado el general Howe la batalla de Brandywine y el 4 de octubre había conseguido una segunda victoria en Germantown; mientras que Burgoyne, peleando contra los Americanos desde el 19 de setiembre, sufría el 7 de octubre en Saratoga una sangrienta y decisiva victoria y se hallaba precisado, algunos días después, á rendirse por capitulación con su cuerpo de ejército.

Las noticias de estos reveses y de estas victorias llegaron á Europa á un mismo tiempo, y las negociaciones que los enviados de los Estados Unidos seguían con la Francia, tomaron una nueva actividad. Si los reveses hacían poner una gran importancia en obtener los socorros de un poderoso aliado, las victorias

manifestaban todo lo que los Americanos podían hacer en su propia defensa; honraban su patriotismo y valor; apreciaban dignamente su amistad, y las dos naciones se sentían dispuestas por una mútua estimación á caminar bajo las mismas banderas. Podríamos aun añadir que las penosas pruebas que había tenido que sufrir el ilustre general americano inspiraron un interés mas vivo á favor de la causa de que él era defensor infatigable y virtuoso. Solo se podía considerar á este hombre con gran veneración á su favor, cuando, siempre grande en el infortunio, hacía constantemente frente á los victoriosos, alentaba con el ascendiente de su carácter los ánimos que ya desfallecían, y arrancaba al enemigo el fruto de sus ventajas. En Francia se alababa la habilidad del general Gates y el valor de sus tropas al triunfar del general Burgoyne; pero el nombre respetable de Washington, superior hasta en sus desgracias, recibía otros homenajes; y la política de un gobierno ilustrado, y las inclinaciones de una nación sensible á todo lo que es grande y hermoso, se dejaban influir por tales sentimientos. Luis XVI mandó declarar á los enviados americanos, en 16 de diciembre de 1777, que la Francia concluiría con ellos un tratado y que apoyaría con todas sus fuerzas la causa de los Estados Unidos. Desde este momento se siguieron con un interés mucho mas vivo todos los acontecimientos de una guerra en la cual iban á tomar parte y que se consideraba como nacional.

Los Ingleses abandonaron German-Town algunos días después de la batalla que se dió allí, y se replegaron sobre Filadelfia. Su intención era apoderarse de los fuertes que aun ocupaban los Americanos en el curso inferior del Delaware. El fuerte Mercer, situado á la punta de Red Bank, fué atacada por los de Hesse, el 22 de octubre; pero fueron rechazados y el coronel Donop que los mandaba, murió de resultas de sus heridas. No tuvo mejor éxito un ataque dirigido al mismo tiempo con-

tra el fuerte Mifflin; pero los Ingleses lo renovaron el 15 de noviembre con mas tropas y artillería: sus baterías derribaron inmediatamente los atrincheramientos; los fosos fueron llenados; se preparaban para asaltarlo al día siguiente, pero la guarnición americana, demasiado débil contra la fuerza sitiadora, se retiró durante la noche, y llegó al fuerte Mercer. Este puesto fué tambien evacuado en seguida por los Americanos, al acercarse lord Cornwallis, que había pasado á la orilla izquierda del Delaware para tomarlo á viva fuerza: una diversion, practicada por el general Greene para proteger esta fortaleza, tuvo mal éxito.

La toma de estos dos puntos no aseguraba aun á los Ingleses la libre navegación del río, en el cual tenían los Americanos una escuadra de diez y siete buques; pero los Ingleses lograron bloquearla estrechamente; la rechazaron á las aguas superiores, y cuando no pudieron defenderse mas, la incendiaron para que no cayese en poder del enemigo y aumentase sus fuerzas navales.

Las ventajas que había sucesivamente logrado el general Howe, no le hacían dueño de la campaña: habíanse disputado aquellas mucho tiempo, y Washington tuvo el necesario de recibir refuerzos: el general Gates le llevó cuatro mil hombres del ejército del norte; se reunieron con él en las riberas del Schippach, que seguía ocupando, y con ellas ascendieron sus tropas á quinientos mil hombres. Washington trasladó su campamento á Wite-March, y el general Howe, que se le aproximó el 4 de diciembre, no pudiendo ni forzarlo en sus líneas, ni sacarle de aquella posición, resolvió, después de haberse cansado inútilmente con marchas y contramarchas, tomar cuarteles de invierno en Filadelfia; Washington se estableció tambien en Walley-Forge, situado en la orilla derecha del Shuylkill. La estación era demasiado rigurosa para que pudiera el ejército mantenerse en sus tiendas: se construyeron barracas y chozas en algunos días; y

después de una penosa campaña de cuatro meses, el ejército americano tuvo esperanzas de gozar algún reposo bajo estos informes abrigos. Allí estuvo espuesto á nuevas privaciones. En breve se agotaron los almacenes de víveres; el país vecino no podía ya abastecer de provisiones, y los habitantes mas lejanos apenas traían ningunas, sea que estuviesen ya empobrecidos por la guerra, sea que el aliciente de la ganancia decidiese á un gran número de ellos á conducir sus provisiones á Filadelfia, donde estaban seguros de recibir el precio inmediatamente, mucho mejor que en Walley-Forge, donde solo les podían dar promesas de pago.

El ejército americano se hallaba así amenazado de una carestía absoluta; le faltaban almacenes de armas y de vestuarios, y para atender á sus necesidades, le era preciso recurrir á requisiciones; pero cuanto mayor era el rigor que se empleaba en estas, mas cuidado tenían los habitantes de esconder sus postreros recursos, á fin de reservarlos para sí mismos. Se procuraba á cualquier precio hacerse con efectos de equipo y de subsistencia, y el congreso multiplicó, para pagarlos, las emisiones de papel moneda; pero cuanto mayor era la cantidad que circulaba, mas disminuía su valor, y no tardó este descrédito en ser ilimitado. El congreso creyó remediar el mal, fijando un *maximum* por precio de todos los artículos necesarios: esta medida acabó de alejar á los vendedores, y no hizo mas que aumentar la escasez: los artículos sometidos á esta tarifa se hicieron muy escasos, y para que volvieran á comparecer en los mercados, fué preciso permitir de nuevo la libre fijación de su precio.

La dificultad de conducir al campamento las pocas provisiones que se obtenían por medio de compras ó requisiciones exijía otros esfuerzos: faltaban carros y tiros, y muchas veces tenían que hacer estos penosos trasportes los mismos soldados. La mayor parte iban descalzos y sus vestidos se caían á pedazos; no se hu-

biera creído que estos hombres, medio desnudos, estenuados por las privaciones y las fatigas, perteneciesen á un ejército, si su corazón no hubiese estado constantemente animado de un fuego heroico, y si dos poderosos móviles de nuestras acciones jenerosas, el amor patrio y el de la gloria, no los hubiese sostenido en medio de las adversidades, y no les hubiesen mostrado en perspectiva la palma que debía coronar sus trabajos.

No obstante las miserias del ejército eran tan grandes que algunas veces se levantaban violentos murmullos contra el jeneral: los revoltosos le echaban la culpa de las calamidades sufridas, fuese por las vicisitudes de la guerra, fuese por la falta absoluta de provisiones, se habia formado un partido poderoso á favor del jeneral Gates; y la habilidad y prevision de Washington se ponían en duda porque no habia podido siempre vencer la superioridad de número de sus enemigos, y todos los males que habian desencadenado contra él el rigor de la estación, la estenuación de la tierra y la mala voluntad de las facciones.

En esta época fué tambien cuando una comision militar propuso al congreso enviar un cuerpo de ejército al Canadá: se queria dar el mando á La-Fayette, en la persuasión de que un nombre francés podría hacerse popular en este país, y sublevar en él un poderoso partido; pero cuando este nuevo jeneral pasó á Albany para ponerse al frente de las tropas que debían reunirse en él, no las encontró y fué luego llamado al campamento de que habia salido. Washington no habia sido consultado sobre este proyecto de expedición, y las invasiones primeras del Canadá habian tenido un resultado tan infructuoso, que podia considerarse como intempestivo renovar entonces una expedición semejante.

En tanto que se formaba sin él un plan militar tan prontamente concebido y abandonado, en tanto que se trataba de darle por sucesor del

vencedor de Saratoga, y que se dirijian cartas anónimas, falsos rumores é intrigas secretas contra Washington, este gran ciudadano, constante en su deber, se aplicaba á consolar al ejército, á retener bajo sus banderas los hombres cuyo enganche habia concluido, á conseguir nuevos premios para los que sirviesen hasta el fin de la guerra, á concertar todos los medios de volver á emprender, á la entrada de la primavera, el curso de las operaciones militares. Ningun fin ambicioso le habia decidido á aceptar el mando del ejército, y estaba pronto á renunciarle luego que no le apoyasen en este honroso y difícil empleo los deseos que le habian hecho tomarle: pero las quejas de sus enemigos no fueron atendidas por el congreso; una virtud tan acrisolada triunfó de ellas, y le fué aun confiada la suerte de su patria, ligada entonces estrechamente con las operaciones de la guerra.

En estos momentos de crisis, cada dia progresaban las negociaciones entabladas con el gobierno francés por Benjamin Franklin, Silas Drane y Enrique Lee. La Francia se preparaba al mismo tiempo para la guerra; era necesario que tuviese sus fuerzas prontas al momento que se declarase aliada: toda proclamación prematura comprometeria su dignidad, su poder y haria menos eficaz su cooperación.

La Francia tenia tambien que evitar otro escollo: sabia que el gobierno británico trataba entonces de reconciliarse con los Americanos, y que si lo lograba, tenia intencion de reunir las fuerzas de ambos pueblos y dirijirlas contra la Francia. Los favores dispensados á los Estados-Unidos por el gobierno francés, los acopios que habian aquellos hecho en este reino, y los envíos de armas y municiones que el comercio les habia facilitado, anunciaban una próxima alianza entre las dos naciones: la Inglaterra la queria impedir, y sabiendo que los enviados del congreso estaban autorizados para entablar una negociación en Londres lo mismo que en Paris, y

consentir en un tratado de paz que reservase y asegurase su independencia, se mostraba dispuesta á hacer en su favor los mayores sacrificios, si podía contar con su cooperación en la guerra que iba á estallar entre las dos coronas.

En una posición tan delicada, el gobierno francés queria estar seguro de que si él apoyaba con sus armas la causa de los Estados-Unidos, el congreso no haria la paz sin él. La prudencia le inducía á temporizar hasta que hubiese puesto en seguridad los intereses de la Francia y que hubiese consolidado sus relaciones amistosas con las demás potencias del continente. Sus miras nada tenían de provocante para ellas, y su mediación á favor de los Americanos era justificada por ejemplos análogos. ¿No habia la misma Inglaterra alentado y apoyado en Córcega los esfuerzos de Paoli cuando este hombre célebre quiso hacer independiente su país? ¿No habia sido varias veces incitada la Grecia á saquear el yugo de la Puerta otomana? Si la emancipación de algunos pueblos europeos habia hallado protectores, ¿era extraño favorecer la de un gran país, separado de sus antiguos dueños por el Océano, y ya desprendido enteramente de ellos por muchos años de guerra, y por una diferencia de intereses que no permitía ya que otra vez dependiera de ellos? El apoyo dado á la independencia de los Americanos, algun tiempo después del primer desmembramiento de la Polonia, era una especie de satisfacción que se hacia á la gran familia de la humanidad. Iba á levantarse un pueblo nuevo, brillante en juventud y fuerza, y la Francia ponía gran gloria en secundar deseos tan nobles: el rango que ocupaba en la civilización, y el hábito que habia contraído de favorecer los progresos, debían guiar su política y contribuían á hacerla mas jenerosa.

No tardó la Francia en dar una prueba de sus nobles disposiciones en cláusulas de los tratados que concluyó con los Estados-Unidos, y fueron firmados en 6 de febrero de 1778.

Estos tratados consagraron los principios del derecho de gentes y de la libertad comercial, proclamados altamente por aquel gobierno, y por cuyo sostén debía aun combatir. Introduciendo los Americanos estas máximas en sus primeros tratados, los convirtieron en base de sus ulteriores transacciones con otros estados, y la Francia debe honrarse del influjo que pudo ejercer en aquella época sobre el carácter de su legislación marítima.

Estos tratados dejaron á cada una de las dos potencias libertad de modificar á su gusto sus reglamentos relativos al comercio y á la navegación, y la de hacer á los otros estados partícipes de las ventajas que se concedían mutuamente una á otra. Las relaciones del comercio solo debían fundarse en su utilidad recíproca y en leyes de una justa competencia, y el gobierno francés había declarado solemnemente que no tenía pretensiones á concesión alguna exclusiva: hasta deseó facilitar mas el comercio de los Estados Unidos, ya sea concediéndoles en Europa ó en las Antillas varios puertos libres, ya sea empleando su influjo con las rejenias berberiscas, para que no cometiesen violencia alguna contra los navegantes americanos.

Los dos pueblos se concedieron todos los favores y todas las libertades que podían multiplicar sus relaciones. Se suprimieron entre ellos los derechos del fisco rejio en los bienes de los extranjeros que muriesen en donde no estaban naturalizados: en los estados de uno y otro debían gozar mutuamente todas las ventajas concedidas á la nacion mas favorecida: se prometían recíprocamente asilo y auxilio para todos sus buques en riesgo inminente: toda mercadería, recobrada de los piratas, debía volverse á su propietario; las presas hechas al enemigo podían entrar libremente en los puertos de ambos aliados: ningun habitante del uno podía armarse en guerra contra el otro.

Se admitía como principio de derecho marítimo, que el pabellon cubria la mercadería; que si el buque

era amigo, se debía considerar como tal el cargamento, y enemigo, si el buque en que iba lo era.

Las embarcaciones mercantes de ambas partes podían navegar libremente con todas las mercaderías cargadas á su bordo, cualquiera que fuese el propietario y de cualquiera parte que viniesen. Podían frecuentar puertos y ensenadas de las potencias enemigas, pasar de un puerto enemigo á otro neutro, y hasta de un puerto enemigo á otro enemigo: se exceptuaba el transporte del contrabando, y era lícito cojerlo: pero todas las demás mercaderías podían conducirse libremente á su destino. Con este nombre de contrabando se designaban armas, municiones, los instrumentos de guerra, y no se comprendían bajo esta denominación las provisiones que sirven para alimento del hombre y sosten de la vida, los metales, las maderas y los demás artículos que no tuviesen forma de un instrumento de guerra por mar ó tierra. Se debían dar á los buques pasaportes y certificados de cargamento, cuando una de las dos partes estaba en guerra, á fin de hacer constar la naturaleza de su expedición: se suprimía toda fórmula molesta á las visitas de los barcos y solo se hacia con el objeto de examinar sus pasaportes y verificar su propiedad.

Firmando con los Americanos este tratado de amistad y comercio, el gobierno francés no declaraba la guerra á la Inglaterra, pero sus nuevos vínculos le hacían prever que incesantemente podía alterarse la paz entre las dos coronas: fué concluído un tratado de alianza para este caso eventual, y la Francia y los Estados Unidos resolvieron concertar sus proyectos y esfuerzos contra todo ataque del enemigo. El objeto esencial de este tratado era mantener la libertad, la soberanía y la independencia absoluta é ilimitada de los Estados Unidos. Si una de las dos partes formaba alguna empresa y necesitase en ella del socorro de la otra, esta se uniría á ella para obrar de acuerdo mientras su propia situación se lo permitiese. En caso de que

los Estados Unidos intentasen reducir el poder británico, bien fuese en las rejiones de la América septentrional que aun le obedecían, bien fuese en las Bermudas, las conquistas que hicieren serian suyas: si la Francia creía conveniente atacar las islas inglesas de las Antillas, también conservaría sus conquistas. Ninguna de las dos potencias concluiría la paz con la Gran Bretaña sin haber obtenido el consentimiento de la otra parte; y ambas se obligaban á no dejar las armas, antes de que la independencia de los Estados Unidos quedase asegurada con los tratados que terminasen la guerra.

La noticia de estas obligaciones se supo luego en Inglaterra. El mismo gobierno francés no esperó para confesar oficialmente sus transacciones, que hubiesen sido ratificadas por el congreso. El marqués de Noailles, embajador de Francia en Londres, declaró el 13 de marzo que se había concluído un tratado de amistad y de comercio entre Su Majestad Cristianísima y los Estados Unidos; que ambas partes contratantes habían tenido cuidado en no estipular ventaja alguna exclusiva en favor de la nacion francesa y que los Americanos tenían la facultad de tratar con todas las naciones bajo el mismo pié de igualdad y de reciprocidad. Esta declaración hacia también conocer que la Francia estaba decidida á proteger eficazmente la libertad legítima de su comercio y el honor de su pabellon, y que de consiguiente había tomado algunas medidas eventuales con los Estados Unidos.

Jamás se había recibido en Francia resolución alguna con mayor favor. Presentábase la ocasion de reparar grandes pérdidas; pero no pensaban reconquistar en el continente americano antiguas posiciones abandonadas; hasta habían declarado formalmente que renunciaban á ellas. Hacia tomar las armas una política mas ilustrada, y la Francia veía en el desmembramiento de las posesiones de la Inglaterra la fundación de una nueva potencia.

Franklin, uno de los hombres que

mas habían contribuído á la alianza de los Estados Unidos con la Francia, vió entónces á Voltaire, que acababa de gozar en Paris de sus últimos triunfos. La entrevista de estos hombres célebres tuvo lugar en marzo de 1778, y despues de la conversacion que tuvieron juntos sobre intereses de tanta entidad, presentando Franklin su nieto al anciano de Ferney, le pidió que lo bendijera: «¡Dios y la libertad! dijo Voltaire, he aquí la sola bendicion que conviene al nieto de Mr. Franklin.» Estos últimos deseos de un hombre, cuyos escritos tuvieron tanto influjo en la marcha de nuestro siglo, nos han parecido dignos de ser consagrados en la historia.

Inmediatamente despues de haber recibido la notificacion del gobierno francés, el rey de Inglaterra mandó venir de Paris á su embajador y dirigió, el 17 de marzo, un mensaje al parlamento para obtener los medios de sostener con vigor la guerra que iba á empeñarse. En la cámara de los comunes se discutió si convenia procurar reconciliarse con los Estados Unidos, reconociendo su independencia, ó sostener á la vez la guerra con la Francia y con los insurreccionados: se adoptó el último parecer. En seguida se abrió la misma discusion en la cámara de los pares, y en esta circunstancia solemne el conde de Chatam tomó la palabra por la última vez. Este gran ministro había propuesto muchas veces medios de reconciliacion entre la Inglaterra y las colonias, y se había pronunciado contra las medidas impolíticas que habían acarreado su separacion; pero aun esperaba que no seria irrevocable esta desunion; se indignaba que quisiesen hacer renunciar su país á la soberanía de la América y reunió las pocas fuerzas que le quedaban para levantar su voz contra el desmembramiento de esta antigua y noble monarquía. Tampoco quería que la Inglaterra cayese postrada á los pies de la casa de Borbon, y si no podia mantenerse la paz, pedía que se empezase la guerra sin vacilar. La agitacion y desorden de esta discusion

agotaron sus fuerzas desfallecientes; se desmayó en medio del parlamento, y llevado á su casa sin conocimiento, algunos días despues exhaló el último suspiro. Su muerte fué en Inglaterra un motivo de luto. El hombre de estado, el orador era igualmente ilustre: fué enterrado al lado de los reyes en la abadía de Westminster.

Mientras que en Europa se hacian los preparativos de guerra, los tratados concluidos entre la Francia y la América eran ratificados por el congreso, que los recibió el 5 de mayo, con vivas muestras de reconocimiento. Luis XVI fué honrado como bienhechor de los Estados-Unidos y se esperó con una nueva confianza el feliz éxito de una causa que acababa de obtener un protector tan fuerte y generoso. En medio de los campamentos se proclamó tambien la alianza de ambos países, y se acogió esta satisfactoria noticia con los mismos sentimientos de afecto.

Estaba asegurada la union de ambas potencias cuando muchos comisionados británicos llegaron el 9 de junio á Filadelfia, con la mision de negociar una reconciliacion entre la Inglaterra y los Americanos. Proponian la cesacion de las hostilidades, la continuacion del comercio, la exoneracion de las deudas de la América, el establecimiento de otra especie de administracion. Las colonias tendrian diputados en el parlamento británico; establecerian ellas mismas las bases de su legislacion y de su administracion interior; sus recursos y sus fuerzas estarian unidas á las del reino, tanto en la paz como en la guerra, y finalmente gozarian de todos los privilegios compatibles con la libertad británica.

Por mas estensas que fuesen estas concesiones, el congreso no veía en ellas un reconocimiento formal de la independenciam de los Estados-Unidos. Declaró que este solo reconocimiento podria ser la base de una negociacion, y fueron desechadas todas las proposiciones de los comisionados ingleses. La decision de esta gran disputa continuó pues abando-

nada á la suerte de las armas.

Las tropas americanas parecian deber estar entónces oprimidas con tan penosa carga, y la constancia de Washington tenia que padecer los mas difíciles sufrimientos. Los progresos del hambre y la insuficiencia de las provisiones proporcionadas por las administraciones obligaron muchas veces á este jeneral á procurarse víveres y forrajes con destacamentos armados. Los jenerales Wayne y Greene, el coronel Tilgman y el capitán Lee fueron enviados á los países vecinos para procurar provisiones. La desercion fué otra calamidad: muchos hombres abandonaron sus banderas. Las milicias, cuyos empeños acababan de espirar, no fueron completamente reemplazadas, y el ejército de Valley Forge solo tenia cinco mil hombres el 1.º de febrero, aunque al principio contase catorce mil.

La situacion del jeneral inglés era mas favorable; invernaba en un país rico; la abundancia reinaba en sus acantonamientos, y sus tropas eran mas numerosas. Con todo, apesar de su superioridad nada de importante intentó durante el invierno; por ambas partes se limitaron á algunas incursiones, y tiroteos de los puestos amenazados. Washington hacia guardar cuidadosamente las cercanías de su campamento; y dos mil hombres de tropas escogidas fueron puestas á las órdenes de Lafayette que debia mudar muy amenudo de posicion para inquietar al enemigo é impedirle que se extendiera en el interior.

Lafayette se adelantó hasta ocho millas de Valley Forge, y ocupaba la posicion de Barren-Hill, cuando el jeneral Howe concibió el proyecto de sorprenderle. Un cuerpo de cinco mil Ingleses, á las órdenes del jeneral Grant, tuvo el encargo de cortarle la retirada, y este cuerpo, enviado en la noche del 19 de mayo, fué efectivamente á situarse entre él y el ejército americano, pero Lafayette, habiendo tenido el aviso de este movimiento antes de que se hubiese verificado, se apresuró á alcanzar el Schuylkill. Sus manio-

bras contuvieron á las tropas enemigas; pasó el río por el vado de Matson sin sufrir resistencia alguna, y felizmente se unió al campamento de Valley Forge.

Poco despues, el jeneral Howe dejó el mando del ejército británico sucediéndole Enrique Clinton, que acababa de llegar á Filadelfia. Estaba resuelto el proyecto de evacuar esta plaza y dirigir á otro punto las operaciones militares, y el jeneral Clinton hizo todos los preparativos de marcha. Su intencion era irse á Nueva York, atravesando el Nuevo Jersey, y como esta provincia, agotada ya por la guerra, no le habria proporcionado provisiones, quiso abastecerse de ellas, y las tomó bajo su escolta. El ejército inglés abandonó Filadelfia que habia ocupado durante nueve meses: el 22 de junio pasó el Delaware, desembarcó en Gloucester y subieado la orilla izquierda del río, se dirigió luego á Allen Town, desde donde podia tambien pasar á Brunswick ó á Monmouth.

El mismo día habia abandonado Washington su campamento de Valley Forge é iba á observar los movimientos de aquel ejército, para aprovecharse durante su marcha de la ocasion de atacarlo victoriosamente. Ya habia enviado al Nuevo Jersey á los jenerales Dickenson y Maxwell para cortar los caminos y embarazar la marcha del enemigo. En seguida un consejo de guerra tuvo que deliberar acerca de si se limitarian á hostigar la retirada del enemigo ó si se daría una batalla jeneral. Washington era del último modo de pensar; pero la mayor parte de los jenerales opinaban al contrario; y el jeneral Lee principalmente creía que sería imprudente arriesgar en una batalla la suerte de una campaña que estaba á punto de acabarse con la retirada del enemigo.

Por de pronto evitaron una batalla campal; pero habiendo Washington hecho hostigar vivamente la retaguardia británica, tuvo esta que batirse con la vanguardia americana, el 28 de junio, cerca de Monmouth, en el Nuevo Jersey. Clinton,

para no esponer los numerosos bagajes de su ejército, los acababa de hacer desfilas rápidamente hácia Middletown: tomó con Cornwallis el mando de la retaguardia que empezaba á ser atacada, y sus primeros avances rompieron la vanguardia americana á las órdenes del jeneral Lee: esta retirada, que se hizo muy desordenadamente, fué muy difícil de reparar. Washington se adelantaba con su cuerpo de ejército, y con sus esfuerzos valientes y constantes logró reanimar el combate, sostenerlo con ventaja y rechazar al enemigo. Sobrevino la noche y Washington la pasó sobre el campo de batalla: intentaba renovar la accion á la mañana siguiente; pero Clinton, continuando su marcha á favor de la oscuridad, se habia rápidamente dirigido sobre Middletown, á donde habian llegado sus numerosos convoyes. La escuadra inglesa, salida del Delaware, llegaba al mismo tiempo á Sandy Hook: Clinton y su ejército fueron á embarcarse en ella para Nueva York, donde se hallaban entónces reunidas las principales fuerzas británicas.

La guerra iba á recibir nuevos desarrollos, y sus operaciones, que hasta entónces se habian limitado al continente y á las aguas de América, iban á invadir diferentes rejiones del Océano. Las hostilidades entre la Francia y la Inglaterra principiaron el 17 de junio de 1778 con el ataque de dos fragatas francesas, la *Licorne* y la *Belle Poule*, encontradas por la escuadra del almirante Keppel. La guerra no habia sido aun declarada, y el comandante de la *Licorne*, habiendo accedido á la intimacion que se le hizo de pasar á la popa del almirante inglés, fué retenido prisionero con su buque: el capitán de la *Belle Poule* no cedió á la intimacion: sostuvo un glorioso combate con la fragata inglesa *Arctusa*, y despues de obligarla á alejarse, fué á anclar en las costas de Francia, cerca de Plouescat.

Otras hostilidades se siguieron á la señal de guerra que se acababa de dar: una escuadra francesa de trein-

ta y dos buques salió de Brest el 8 de julio; la mandaba el conde de Orvillers; y el almirante Keppel, que había partido á reforzar sus armamentos en los puertos de Inglaterra, volvió á hacerse á la vela el 9, y se presentó en las costas de Francia con fuerzas iguales. Las dos escuadras se avistaron el 23 de julio, á treinta leguas de las islas de Ouessant, y los almirantes maniobraron durante muchos días para disputarse la ventaja del viento y combinar mutuamente sus evoluciones. En sus movimientos se acercaban las escuadras: se hacia inevitable un combate y tuvo lugar el 27 de julio. Soplabá el viento del oeste; la escuadra francesa llegaba estendiendo su línea del norte al sur; la escuadra inglesa estendía la suya del sur al norte; ambas desfilaban así en presencia una de otra, y habiendo empeñado el combate sus buques mas adelantados, se prolongó sucesivamente por toda la línea, á medida que los buques estaban en situación de tomar parte en él. Las diversas maniobras mandadas durante la acción variaron muchas veces el orden de ataque, sin hacer esta jornada mas decisiva; ambas escuadras quedaron muy estropeadas; la inglesa en la arboladura, la francesa en los cascos de los buques: una y otra necesitaban reparar prontamente sus averías: la una se guareció en el puerto de Plymouth, la otra regresó á Brest, y ambas estuvieron un mes despues en estado de volver al mar; pero durante esta campaña no tuvieron accion alguna.

El comercio de Francia habia ya sufrido numerosas pérdidas desde el principio de las hostilidades: sus embarcaciones, que aun no iban escoltadas por buques de guerra, quedaban indefensas y espuestas al encuentro del enemigo, y muchas de ellas fueron capturadas. Las del comercio ingles recibian de la marina real una proteccion mas eficaz; muchos convoyes que habia tomado bajo su escolta, llegaron felizmente á su destino; y la Francia reconoció la necesidad de dar á sus buques mercantes la misma seguridad. Al

mismo tiempo procuró organizar los armamentos en curso contra el enemigo, y con esta mira se publicaron muchas ordenanzas; la del 24 de junio de 1778 tenia por objeto alentar á los captores con gratificaciones y partes mayores en la presa; la del 26 de julio estableció los principios del corso y determinó los reglamentos que habrian de seguir, ora con el enemigo, ora con la navegacion y el comercio de las embarcaciones neutrales. Estos reglamentos eran conformes á los del tratado concluido entre la Francia y los Estados-Unidos, en el cual se hallaban formalmente conservados los derechos de los neutrales. Se prohibía á todo armador frances detener y conducir á los puertos del reino embarcaciones neutrales, hasta en el caso de que saliesen de los puertos enemigos, ó que estuviesen destinados á ellos, á escepcion sin embargo de los que llevasen socorros á plazas bloqueadas, cercadas ó sitiadas. Si se hallasen algunas embarcaciones neutrales cargadas de mercaderías de contrabando, destinadas al enemigo, podrian ser detenidas y estas mercaderías serian cojidas y confiscadas; pero serian dejados los buques y el resto del cargamento. Se referian los otros artículos á las embarcaciones que debian ser consideradas como enemigas, segun el lugar de su construccion, la nacionalidad de sus propietarios, de sus comandantes ó de sus tripulaciones, la irregularidad de sus documentos de bordo, ó el arrojó de algunos papeles al mar.

Estos diferentes reglamentos marítimos estaban consagrados hacia mucho tiempo por una poderosa autoridad, la de los tratados de Utrecht, que, al establecer en 1713 las bases de la política europea, perfeccionaron entónces el derecho público y el de jentes, hicieron dar nuevos pasos á la civilizacion, y tuvieron por resultado mejorar la condicion de los neutrales y circunscribir en límites mas estrechos las desgracias inseparables de la guerra. Estos tratados habian declarado formalmente que las embarcaciones mercantes podian

ir de un puerto neutral ó enemigo á otro puerto enemigo y que la libertad de comercio y de navegacion se estendia á todas las mercaderías, esceptuando el contrabando de guerra: tambien se habian reconocido que se debian considerar como neutrales todas las mercaderías halladas á bordo de un buque neutral.

La Francia habia permanecido fiel á estos principios que tendian á favorecer la circulacion general del comercio; pero la Inglaterra, creyéndose mas interesada en cercenar las libres comunicaciones de los neutrales, procuraba hacer revivir antiguos principios del consulado de mar, caidos hacia mucho tiempo en desuso y contrarios al derecho de pabellon; pretendia apoderarse de las mercaderías enemigas halladas á bordo de un buque neutral. Hasta se la vió, en muchas declaraciones, aplicar el derecho de bloqueo á lugares cuyas escuadras estaban tambien alejadas, y comprender en el contrabando de guerra los artículos necesarios para la subsistencia.

Esta diverjencia de opiniones sobre los principios del derecho marítimo acarreó nuevas disputas entre las potencias y tendremos mas adelante que seguir su desarrollo.

Antes que las hostilidades llegasen en Europa, una escuadra francesa mandada por el conde de Estaing y compuesta de doce navios de línea y de cuatro fragatas, pasaba á los mares de América: habia salido de Tolon el 13 de abril; pero su travesía duró cerca de tres meses, le contrariaron sucesivamente las calmas y las tempestades. Deseando el almirante que sus buques estuviesen constantemente reunidos, los ponía en facha todas las noches á fin de que su navegacion durante la oscuridad no los separase, y de que no se encontrase alguno de ellos aisladamente con el enemigo. Preveía que al saber su salida, la Inglaterra enviaria al mar una escuadra para buscarle; y en efecto se habia despachado en su persecucion una escuadra de trece navios y algunas fragatas, á las órdenes del almirante Byron, pero no salió de Inglaterra

hasta mediados del mes de junio, y antes de llegar á las costas de los Estados-Unidos, se dirigió hácia Kallifax.

El conde de Estaing llegó el 8 de julio á la entrada del Delaware: supo que la escuadra inglesa de Howe habia salido de allí el 18 de junio para pasar á la bahía de Nueva-York, y tomando él mismo esta direccion, se presentó el 11 de julio á la altura de Sandy-Hook. Pero se quedó fuera de la bahía; las relaciones de los pilotos le hacian temer que no habria bastante agua para los buques grandes, en el banco de arena que se estiende entre esta punta y la estremidad de Long-Island; no creyó poder salvar este paso con su escuadra entera, y no pudiendo atraer al enemigo fuera de la bahía, fué á probar otra empresa.

En esto el congreso habia regresado á Filadelfia, y recibió solemnemente en su sesion el 6 de agosto á Conrado Gerard, nombrado ministro plenipotenciario francés. Este hábil negociador de los tratados concluidos con los Americanos era digno de su amistad: estos hicieron tambien una eleccion igual, y Franklin continuó representando en Francia con una noble sencillez la naciente grandeza de su país.

Las relaciones de alianza de los dos países se abrieron con una expedicion á que debian concurrir ambos pueblos, dirijíase contra las tropas británicas que ocupaban el Rhode-Island; la escuadra del conde de Estaing, llegada á aquellas aguas, penetró el 8 de agosto en la profunda bahía que se prolonga entre esta isla y la de Connecticut. La plaza de New-Port debia ser atacada por mar y por tierra; y el almirante se disponía á hacer allí un desembarco, en tanto que un cuerpo de tropas americanas, mandadas por Sullivan, se reunía en Providencia y llegaba al norte de la isla donde está situado New-Port. Los Ingleses tenian algunas fragatas en los diferentes canales de este archipiélago; prendieron fuego á las que desesperanzaban poder defender, hundieron varios navios á fin de obstruir los pasos mas ac-

cesibles, y mientras que preparaban su resistencia, recibieron sin pensar un poderoso socorro. El almirante Howe se presentó á la vista de la bahía; la escuadra que tenia en Sandy-Hook se habia aumentado con varios navíos, recientemente llegados al mismo puerto; y pudiendo con esto hacer frente á la escuadra francesa, venia á buscarla para combatirla. Dos veces habia el conde de Estaing esperado encontrarse con el almirante inglés: no vaciló en aceptar la ocasion que se le ofrecia, y en lugar de tentar un desembarco cuyo buen éxito parecia asegurado, levantó áncoras el 10 de agosto para colocarse ante la escuadra enemiga. Ambas escuadras se hallaron en presencia durante dos dias, y despues de haberse disputado la ventaja del viento y de la posicion, estaban á punto de combatir, cuando una tormenta, acaecida en la noche del 11 al 12, las dispersó y les causó daños tan considerables que no se hallaron en estado de empeñar una accion. La escuadra del almirante Howe se guareció en la bahía de Nueva-York, y la del conde de Estaing en la de Rhode-Island. Los Americanos esperaban que su cooperacion podria aun asegurar la rendicion de New-Port, á donde ya se habian acercado sus tropas; pero este jeneral habia resuelto alejarse é ir á reparar las averías de su escuadra en el puerto de Boston: en efecto salió el 22 de agosto; y el jeneral Sullivan tuvo entonces precision de renunciar á su expedicion. Los Americanos se habian apoderado de las alturas inmediatas á New-Port y habian establecido sus baterías contra la plaza; pero la guarnicion no temiendo ya un desembarco, podria reunir contra ellos todas sus fuerzas; volvió á tomar en muchos combates las posiciones de que Sullivan se habia apoderado; y este jeneral, replegándose en buen orden hácia el norte de la isla, ganó otra vez el continente por los canalizos de Bristol y de Howland y volvió á Providencia, que continuó ocupada por las tropas americanas. Cuando abandonó el ataque de New-Port, un refuerzo de

cuatro mil hombres, mandados por el jeneral Clinton, estaba próximo á llegar al socorro de los sitiados: supieron los Ingleses á su desembarco en las costas, que esta plaza estaba librada, y volvieron á Nueva-York que estaba convertida en punto central de sus operaciones.

La bahía de Buzzard, situada al este del Rhode-Island, servia entonces de refugio á los corsarios americanos, y á ella conducian una parte de sus presas; bajo las órdenes del jeneral Grey envió allí Clinton algunas tropas que destruyeron setenta buques, astilleros de construccion, almacenes de mercaderías, é hicieron una expedicion parecida á la isla de Marthas Wineyard que tambien daba asilo á los corsarios.

En este tiempo cruzaba en las aguas de Terranova una escuadra mandada por el almirante Montagu; su comodoro Evans fué destacado con algunas fragatas, y el 14 de setiembre se apoderó de las islas de San Pedro y de Miquelon, donde entonces tenian los Franceses el depósito de sus pesquerías. No teniendo estas islas medio alguno de defensa, se entregaron por capitulacion, y sus habitantes fueron transportados á Europa.

Otros armamentos británicos salieron de Nueva-York, para hacer incursiones en las costas del Nuevo-Jersey; desembarcó el capitán Ferguson en Egg-Harbour, quemó los buques y almacenes que allí se hallaban y destruyó las salinas situadas en las cercanías. A alguna distancia estaban acantonadas muchas compañías de la lejion de Pulawski, avisado el enemigo de su posicion por un desertor, las sorprendió y destrozó; pero Pulawski, sobreviniendo repentinamente con los que le quedaban de su lejion, salvó los restos de aquel destacamento y obligó á los Ingleses á retirarse.

En la época de estas sangrientas devastaciones, los comisionados británicos, encargados de abrir una negociacion con el congreso, se encontraban aun en América. Estaban terminadas sus conferencias públicas; pero habian procurado conservar re-

laciones con algunos personajes influyentes; fomentaban los partidos, incitaban á la paz á los hombres tímidos, exajeraban las fuerzas que la Inglaterra iba á desplegar y hacian esperar recompensas á los que la hubiesen secundado. Fué denunciada esta correspondencia al congreso, y los comisionados tuvieron que desistir de su conducta: entonces fueron mas descomedidos, y antes de salir de la América publicaron un manifiesto en que hicieron saber que su gobierno, despues de haber ofrecido inútilmente la paz á los Americanos, iba á hacer gravar sobre ellos todas las calamidades de la guerra.

La respuesta dada por el congreso á este manifiesto probó que esperaba de los ciudadanos la mas enérgica resistencia. «Si vuestras ciudades son amenazadas, decia, alejad á gran distancia vuestras mujeres, vuestros hijos y vuestros efectos mas preciosos, y conservad solo vuestras armas para defenderos: si quemaran vuestras habitaciones, si asolan vuestros campos, usad de represalias con vuestros enemigos y que todos los males de la guerra recaigan sobre los que la han provocado.»

No fueron vanas estas amenazas, hechas por ambas partes. La animosidad de los partidos era ya tan grande que sus recíprocas hostilidades habian muchas veces tomado un carácter de esterminio, particularmente en las ocasiones en que habian hecho intervenir á las naciones salvajes. De ello ofrecen un lamentable ejemplo los desastres que vamos á referir.

La colonia de Wyoming habia sido fundada en los valles superiores del Susquehanna, cerca de la rama oriental de este rio, por diez y siete familias del Connecticut, que habian comprado aquel territorio á las naciones indias. La adquisicion era anterior á la guerra de la independencia; y el gobierno del Connecticut, el de la Pensilvania se disputaban entonces la posesion de aquella comarca, el uno porque, segun su primitiva carta, se atribuia todas las regiones comprendidas bajo la misma

latitud que el Connecticut, entre el grado 41.º y 42.º; el otro porque consideraba que formaban parte de la Pensilvania todas las tierras situadas al occidente de Nueva York y del Nuevo Jersey. Estas cuestiones se calmaban y se renovaban á intervalos: no impidieron la prosperidad de la colonia; y tal era la fecundidad del suelo, tal la hermosura de la situacion y tal la suavidad del clima, que un gran número de emigrados del Connecticut fueron sucesivamente á establecerse en Wyoming y los demás valles. Se contaban en ellos mas de mil y doscientas familias, cuando empezó la guerra: ocupaban ocho distritos ó *townships*, cada uno de los cuales tenia cinco millas cuadradas de estension, y sus establecimientos estaban distribuidos en los cantones mas fértiles.

El rompimiento entre Inglaterra y América entregó inmediatamente esta colonia á conmociones mas funestas, y estallaron vivas disputas entre los partidarios de la metrópoli y los amigos de la independencia. Los primeros eran los menos numerosos; fueron perseguidos: muchos fueron despojados de sus posesiones; y los que se habian establecido en Wyolucing, Wissack y Standing-Stone, tomaron el partido de refugiarse á los Indios shawaneses que ocupaban el pais vecino y eran del número de aquellos cuyos servicios empleaba la loglaterra. A estos Indios era á quienes habia pertenecido originalmente el territorio; concedieron hospitalidad á los refugiados que les pedian un asilo; hasta enviaron diputados á los jefes de la orilla del Wyoming, punto principal de la colonia, para reclamar los rebaños y otros medios de subsistencia de los emigrados; sufrieron empero los Indios una repulsa; se cometió la imprudencia de ofenderlos é irritarlos; sus nuevos huéspedes ayudaron á escitar su resentimiento; y formaron el plan de volver á entrar por fuerza en los establecimientos de donde les habian echado.

Los Indios que iban á secundar su empresa habian á la sazón adoptado por jefes de guerra á Brandt y Butt-

Vista actual de Saratoga

Wm. H. Smith del Saratoga



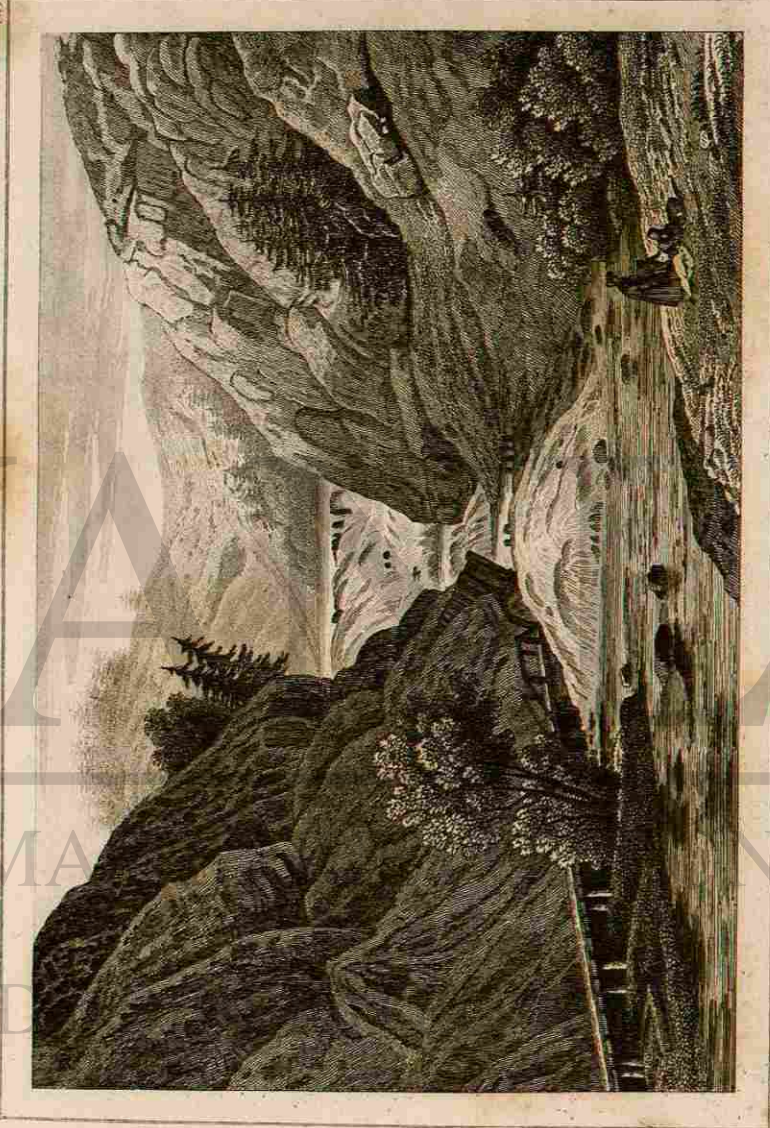
187

ESTADOS UNIDOS

ETATS-UNIS

ESTADOS UNIDOS

188



Wm. H. Smith del

®

White Lion près le Mont Ida

Cascada cerca del Monte Ida

ña siguiente. Saldria una columna de tropas de Pittsburgo para las riberas del lago Erié; saldria otra de Wyoming para las del lago Ontario; se dirijirian sus primeras operaciones contra los Indios, cuyos establecimientos arruinarian: en seguida irian á atacar las fortalezas de Detroit, de Niagara y de Oswego; mientras que un ejército de cinco mil hombres reunido en el Connecticut, se dirijiria hácia el lago Champlain, llegaría al rio de San Lorenzo y se apoderaria de Montreal. Deseaban que la Francia quisiese al mismo tiempo cooperar á una expedicion contra Quebec, á otra contra Halifax y la Nueva Escocia; y como ordinariamente los autores de las empresas las juzgan fáciles, se proponian atacar la isla de Terranova, despues de haber hecho estas conquistas.

El congreso, al que fué presentado este proyecto, no reconoció al momento sus graves inconvenientes; pero la esperiencia militar de Washington se los hizo advertir bien pronto. Admirábase del embarazo de reunir las tropas, las municiones y los medios de transporte necesarios para semejante expedicion. Preveía la dificultad de hacer coincidir muchas apariciones marítimas y militares, que serian comprendidas separadamente en diferentes lugares y cuyo conjunto podria contrariar los azares de la navegacion y de la guerra. Además el ejemplo de las invasiones anteriores le hacia desconfiar del feliz éxito de una tentativa tan arriesgada; y pensaba este jeneral que en lugar de soñar en conquistar, era preciso librar el territorio de los Estados-Unidos de la presencia de las tropas británicas. Las objeciones que Washington dirijia al congreso parecieron primeramente hacer poca impresion; pero fué en persona á Filadelfia, para esponer todos los motivos que le inducian á considerar una empresa tan grande como ruinosa, y se abandonó el proyecto.

Lafayette debía tener un mando en la expedicion propuesta; y como no tenia efecto habia pedido licencia para volver á Francia: al dársela, el

congreso le conservó su grado en el ejército americano y encargó á Franklin que le entregara una espada de honor á su llegada á Francia.

La escuadra francesa, estacionada en el puerto de Boston, segua reparando en él sus averías, y los astilleros y almacenes de esta poblacion le suministraban socorros que no hubiera encontrado en New-Port: pero el sentimiento de los Americanos por haber tenido que renunciar á la expedicion del Rhode-Island hacia brotar desavenencias entre ellos y sus aliados: y por mas cuidado que se puso en calmarlas, no se pudo impedir que los marineros de las dos naciones vinieran á las manos muchas veces: las autoridades ofrecieron una recompensa á los que diesen á conocer los principales instigadores de los disturbios; pero nadie fué denunciado. Los mismos desórdenes hubo en la Carolina, en el puerto de Charleston, donde habia algunos buques franceses.

El conde de Estaing volvió á hacerse á la vela el 4 de noviembre con direccion á las Antillas: una escuadra inglesa, á las órdenes del comodoro Hotham, acababa de salir de Nueva York hácia el mismo punto, con cinco mil hombres, y otra á las del almirante Byron, iba á dejar las aguas del Rhode-Island, para dirijirse tambien hácia el mar de las Antillas. Estas diferentes escuadras no se encontraron en la travesía, y llegaron sucesivamente á este archipiélago, donde iban á tener lugar otros acontecimientos militares. Las operaciones de la guerra habian empezado allí hácia dos meses, y el marqués de Bouillé, gobernador jeneral de las Islas del Viento, habia atacado bruscamente la isla inglesa de la Dominica, cuya situacion entre la Martinica y la Guadalupe inquietaba á ambas colonias. Bouillé desembarcó en esta isla el 7 de setiembre con mil ochocientos hombres; se apoderó, espada en mano, de los principales fuertes, obligó al gobernador á capitular, y se volvió á hacer á la vela, dejando una guarnicion francesa en la isla.

El conde de Estaing, que llegó á



Vista de la Ciudad de Hudson.

la Martinica el 6 de diciembre, tenía intención de probar una expedición contra la Barbada; pero mientras que hacía sus preparativos, supo que el almirante inglés Barrington acababa de desembarcar cuatro mil hombres en la isla de Santa Lucía, que pertenecía entonces á la Francia. Esta isla solo tenía de guarnición cien hombres, y era preciso ir á socorrer: Estaing se embarcó el 14 de diciembre y fué á atacar la escuadra inglesa anclada cerca de la costa. El cañoneo que hubo desde largas distancias no tuvo resultado alguno; y el almirante francés efectuó, seis días despues, un desembarco de tropas en otro punto de la costa; pero no pudo introducir socorros en la fortaleza embestida ya por los Ingleses. Las bajas causadas en sus filas por el fuego de sus baterías le determinaron á volver á embarcar sus tropas; y el gobernador de Santa Lucía capituló cuando no tuvo esperanzas de que la socorriesen. La adquisición de esta isla aseguraba á los Ingleses una buena plaza de armas y un apostadero para sus fuerzas navales; aumentaron sus fortificaciones, pusieron en ella una numerosa guarnición, y la escuadra del almirante Byron fué á anclar allí algunos días despues. Estaba en estado de vijilar los movimientos marítimos de la Martinica y del canal intermedio, y durante muchos meses se estaban observando unos á otros sin emprender en las aguas de las Antillas nuevas expediciones; pero la situación de las fuerzas navales que se habían dirigido hácia este archipiélago tuvo alguna influencia sobre las operaciones militares que iban á practicarse en los Estados Unidos.

Convenia á la Gran Bretaña aproximar y combinar entre sí las fuerzas que podía hacer obrar en las Antillas y en el continente; y para conseguir este objeto, mandó el general Clinton embarcar en Nueva York, para la Georjia, un cuerpo de dos mil y quinientos hombres, mandados por el coronel Campbell. El 23 de diciembre, la escuadra del vice-almirante Hyde Parker, los desembarcó en la embocadura del Savannah. Esta in-

vasion era inesperada; la provincia estaba indefensa y la ciudad de Savannah solo tenía una débil guarnición. Reunieron apresuradamente los Americanos las pocas fuerzas de tropas arregladas y milicias que se encontraban en los alrededores y probaron de cubrir las cercanías de la plaza. Pero observando Campbell que habían dirigido hácia el ala derecha sus principales medios de defensa, mandó atacar con vigor el ala izquierda: al mismo tiempo la hacia envolver por un destacamento considerable; y este doble ataque, habiendo introducido el desorden en las filas americanas, hizo cesar la resistencia en toda la línea: se desbandaron y los Ingleses se apoderaron de Savannah, que Campbell tuvo la fortuna de preservar del saqueo, aunque hubiese entrado en ella á viva fuerza.

Acarreó esta reduccion la de todo el norte de la Georjia y en ella estableció el vencedor su autoridad pacíficamente; una parte de los habitantes se sometieron á la autoridad real; los demás se refugiaron á la Carolina. Al mismo tiempo atacaba al mediodía un cuerpo de tropas inglesas que salió de la Florida oriental, á las órdenes del general Prevost: se apoderó del fuerte Sunbury, contra el cual también marchaba Campbell, y allí se juntaron ambas columnas.

Pronto siguió á la expedición de Georjia una tentativa de invasión en las Carolinas. En Nueva York se embarcó un destacamento británico bajo las órdenes del mayor general Gardiner, para ir á atacar la isla de Port-Royal; pero los Carolinenses le rechazaron; y los Ingleses, antes de volver á la carga, procuraron hacer sublevar en su favor un gran número de descontentos que se hallaban á la sazón en los países superiores de la Carolina. A fin de secundar sus movimientos, subió Campbell el río hasta Augusta; pero sus partidarios, quienes acababan de tomar las armas, habiendo sido derrotados por el coronel americano Pickins, regresó él mismo y volvió á tomar su primera posición. Por otra parte le estrechaba la aproximación de las tro-

pas que el congreso enviaba para socorrer á la Carolina; el general Lincoln, que las mandaba, fué á acampar en Black-Swamp, cerca de las orillas del Savannah. Su intención era empujar hácia el litoral las tropas inglesas que costeaban la orilla derecha del río. Allí mando pasar un cuerpo de dos mil hombres, á las órdenes del general Ashe, y este cuerpo fué á establecerse en una fuerte posición cerca del Briar-Creek; pero eran milicias nuevamente alistadas: fueron atacadas y derrotadas el 3 de marzo de 1779. Perekieron muchos y no volvieron cuatrocientos de ellos á las banderas del general Lincoln.

Aun durante estas últimas expediciones se había sentido mas vivamente la necesidad de someter por fin á reglamentos invariables el orden y la disciplina de las tropas, é introducir uniformidad en sus operaciones. Tal fué el objeto de una ordenanza que publicó el congreso el 29 de marzo. Abrazó todos los pormenores del servicio militar, el armamento y equipo de los oficiales y soldados, la organización de las compañías, la de los rejimientos, la instrucción de los reclutas, el ejercicio por compañías, por batallones, la formación y el acto de desplegar las columnas, los cambios de frente, las marchas, los fuegos, las evoluciones de los cuerpos de ejército, la disposición de los campamentos y finalmente todas las partes de la teoría y todos los deberes propios de los diferentes grados.

Era aplicable esta ordenanza á la infantería; se hizo un trabajo análogo para las demás armas, y Washington se aprovechó de la interrupción de las grandes operaciones militares para estender y hacer practicar en su campamento estas reglas de servicio y de disciplina. Era entonces inspector general el general Steuben, antiguo oficial prusiano, naturalizado en los Estados-Unidos: se había formado en la escuela de Federico y conocia los grandes principios de la táctica. Entonces se hizo el servicio mas regular; la instrucción de los oficiales tuvo una guía y las tropas mas ocupadas se dedicaron mas á deberes que conocian mejor.

Lincoln procuraba entonces reparar sus pérdidas; hizo nuevos alistamientos en la Carolina, y cuando tuvo cinco mil hombres bajo sus órdenes, volvió á tomar la ofensiva, marchó sobre Augusta y entró en Georjia. Las tropas británicas que habían invadido este vasto país, solo ocupaban entonces las partes inferiores: allí había concentrado sus fuerzas el general Prevost, y en lugar de marchar contra el general Lincoln, de quien se hallaba muy distante, esperó decidirle á retirarse, haciendo él mismo una incursión en la Carolina. Las avenidas del río Savannah que tenía que atravesar formaban en sus orillas una larga línea de pantanos; pero logró salir de ellos, y hallando solo en su paso mil y quinientos hombres de milicias, forzó fácilmente este nuevo obstáculo. Una primera victoria aumentó su confianza, se dirigió rápidamente á Charleston con intención de aprovecharse de esta plaza con un golpe de mano y fué á sentar su campamento entre el Ashley y el Cooper, en cuyo confluente está situado Charleston.

Con todo, por mas rápida que fuese su marcha, los Americanos habían tenido tiempo para hacer pasar á esta ciudad un refuerzo de tropas. La guarnición se había puesto en estado de defensa; se habían compuesto las fortificaciones, se disponían las baterías, y no teniendo el general inglés bastante jente para atacar la plaza, ni tampoco para mantenerse delante de fuerzas superiores que se adelantaban apresuradamente, se retiró en medio de la noche, tomando el camino del litoral: alcanzó esa reunión de islas que se estienden á lo largo de la Carolina, de la que solo están separadas por estrechos canales, y fué á acantonarse en la isla de Port-Royal, donde se hallaba en estado de recibir de la escuadra inglesa refuerzos y provisiones.

Por mucho tiempo conservó la Carolina funestas señales de la invasión tentada por los enemigos. Los Negros habían ayudado esta expedición con esperanzas de obtener la libertad que se les había prometido. Saquearon las habitaciones de sus dueños; des-

truyeron una parte de las plantaciones: y cuando los Ingleses se retiraron, engañados los Negros en sus deseos, fueron conducidos como esclavos á las colonias de las Antillas: otros perecieron miserablemente en los bosques, á donde iban á refugiarse para evitar el castigo de su rebelion.

Otra incursion probaron los Ingleses en las costas de Virginia: su objeto era destruir los almacenes de víveres, los depósitos de armas y de municiones, los barcos y las cosechas principales del pais: dos mil hombres, á las órdenes del jeneral Matthews, desembarcaron en medio del Chesapeake: devastaron las orillas del James-River, ocuparon Hampton, el fuerte Nelson, Portsmouth, Norfolk, y despues de haber asolado la costa, ganaron otra vez Nueva York, de donde se habian salido por órden del jeneral Clinton.

Este jeneral se proponia entonces una empresa mas importante: queria apoderarse de los fuertes de Verplank y de Stoney-Point, situados en las orillas del Hudson. La escuadra del comodoro Collier subió el rio con algunas tropas, y Clinton, que las mandaba, tomó tierra en la ribera occidental, donde sorprendió el fuerte de Stoney-Point, mientras que el jeneral Vaughan iba á atacar en la orilla opuesta el de Verplank, que despues se rindió sin resistencia alguna.

A esta noticia se aproximó Washington con su ejército, se estableció en las alturas que dominan al Hudson, y encargó al jeneral Wayne que volviese á apoderarse de Stoney-Point: este valeroso ataque tuvo feliz éxito; y como tan solo se proponia llevarse la guarnicion, la artillería y las municiones de este puesto, Wayne recibió órden de evacuarlo, despues de destruir las fortificaciones. Tambien probaron los Americanos de recobrar Verplank; pero no pudieron desalojar al enemigo.

Un destacamento británico, mandado por el jeneral Tryon, hizo luego un desembarco en las costas del Connecticut: se apoderó de Nuevo-Haven, redujo á cenizas Fairfield,

Norwalk y Greenfield, é hizo en todo el litoral un gran botin.

Hacia el mismo tiempo, el coronel Mac-Lean fué á establecerse y fortificarse en la embocadura del rio Penobscot que riega el territorio de Maine. Colocándose en la frontera nordeste de los Estados- Unidos, amenazaba á los paises vecinos con una invasion, y podia concertar el plan con las tropas británicas que aun ocupaban el Rhode-Island. Los habitantes del Massachusetts formaron el proyecto de reconquistar los puntos de que se habia apoderado Mac-Lean, y enviaron una escuadrilla á la bahía de Penobscot; pero conducida esta empresa con indecision, no dió resultado ninguno. Las tropas desembarcadas se atrincheraron en lugar de marchar rápidamente contra el enemigo; y cuando resolvieron ir á forzar sus posiciones, despues de haberle batido en brecha durante quince dias, fueron desalentadas por la repentina aparicion del comodoro Collier que venia de Nueva York con su escuadra: se retiraron por tierra apresuradamente, y los barcos que les habian conducido fueron cojidos ó destruidos.

Este resumen de las primeras operaciones de la campaña de 1779 demuestra que en el territorio de los Estados- Unidos se limitaban las tropas de ambas partes á expediciones parciales que, al mismo tiempo que causaban grandes perjuicios al pais, no podian influir sobre su suerte. La guerra iba cometiendo sus crueles destrozos de lugares en lugares; sin que se pudiese esperar que la paz pusiera aun fin á ellos.

Los Americanos aprovecharon el momento en que no les daban gran cuidado los armamentos de Inglaterra, para dirigir contra los Indios una expedicion jeneral que les imposibilitara por mucho tiempo de hacer daño. Aunque las crueldades cometidas contra la colonia de Wyoming no se pudiesen imputar sino á algunas tribus salvajes, se les consideraba á todas como ligadas entre sí por comunes sentimientos de odio contra los Estados- Unidos. Las seis

naciones colocadas entre los grandes lagos y las fronteras del Connecticut, de Nueva York, de la Pensilvania, habian tomado el partido de la Inglaterra en las campañas anteriores: se habian reunido al ejército de Burgoyne, y su barbarie habia aumentado los males de la guerra. Fué abrazado con energía el proyecto de atacar y destruir sus establecimientos: tres cuerpos de tropas debian invadir su territorio, subiendo las orillas del Susquehanna, del Mohawk y del Alleghany; y al mismo tiempo debia hacerse un falso ataque hacia el lago Champlain y el rio Sorel, á fin de entretener las tropas que se pudiesen enviar del Canadá para socorrerles. Sullivan mandaba el cuerpo principal encargado de penetrar por el Susquehanna en el pais de las seis naciones.

Desde luego se envió un destacamento contra los Onondagas que habitan las orillas del lago de este nombre. A la primera noticia, huyeron á sus bosques, y solo se alcanzaron unos pocos; pero sus habitaciones, cosechas y ganados fueron destruidos.

Todas las tribus de estas comarcas conocieron con esta expedicion el peligro que amenazaba á su confederacion entera, y corrieron á las armas; y algunos jefes, á fines del mes de julio, hicieron una incursion en las fronteras del estado de Nueva York, donde fueron devastadas las habitaciones y sorprendidos y desterrados algunos destacamentos americanos. Las fuerzas principales de los Indios se habian reunido en número de mil ochocientos hombres cerca de Newtown sobre el Susquehanna: habia con ellos doscientos cincuenta Europeos, y Johnson, Butler y Brandt dirigian sus movimientos. Habian levantado una gran trinchera delante de la línea que ocupaban: cubrian el frente un arroyo y una estacada, y las estremidades de la línea se apoyaban por un lado en la orilla del Susquehanna, y por el otro en una cadena de alturas cubiertas de bosques, en que se habian emboscado muchos Indios. Habiendo reunido Sullivan los dos cuerpos americanos

que habian subido el Mohawk y el Susquehanna, fué á atacarles el 28 de agosto: tenia entonces cinco mil hombres bajo sus órdenes; y despues de haber reconocido la posicion de los enemigos, procuró envolverlos quitándoles las alturas que dominaban su flanco izquierdo; al mismo tiempo se dirijia un vivo ataque contra su frente, y los Indios echaron á huir cuando empezaron á oír la fusilería detrás de ellos: la mayor parte se echaron en el rio, que atravesaron á nado; otros se fugaron á los bosques y perdieron poca jente; pero su derrota les habia desalentado: se dispersaron, llegaron en desórden á rejiones mas lejanas, y habiendo quedado su pais sin defensa, fué completamente devastado.

Una comarca inculta y pobre, en que solo se suponen rocas, rios, bosques, animales salvajes y los frutos espontaneos de la tierra, parece que no presenta motivo alguno á las devastaciones; pero hemos ya recordado que los Indios de esta rejion habian dado los primeros pasos hacia el estado social; estaban menos separadas sus chozas; se habian reunido en poblaciones en donde sus familias vivian cercanas las unas á las otras, y los cazadores y los guerreros se encontraban allí de vuelta de sus penosas expediciones. En las cercanías de sus wigwams habian emprendido tentativas de cultivo; el maiz, la batata, riquezas indijenas del pais, les proporcionaban las primeras cosechas; habian sembrado otras semillas; tenian árboles frutales y sus relaciones de cambio y comercio con los Europeos les proveian de los instrumentos aratorios y de los utensilios necesarios para sus primeras necesidades. Mandó Sullivan destruir en esta expedicion las poblaciones, las habitaciones aisladas, los trigos, los frutos, los ganados de un pais que entonces se convirtió en un vasto desierto, y la columna de las tropas que subia las riberas del Alleghany cometió los mismos estragos en las rejiones ocupadas por los Mingoos y los Shawanés.

Fué un doloroso espectáculo para

la humanidad ver así dirigirse otra vez hacia la vida salvaje un gran número de tribus que empezaban á gozar de mejor suerte. Si algunos jenerosos defensores de la raza proscrita levantaron la voz en su favor, sus aceitos de piedad no fueron escuchados, y se estendió á una raza entera el castigo merecido por algunas tribus. Pretendieron que todos estos pueblos no podrian ser jamás conducidos á la civilizacion y se atrevieron á presentarlos al mundo como degradados de esa dignidad moral é intelectual, cuyo sello gravó la Divinidad en la frente de todos los hombres.

En tanto que en América se seguia un sistema de hostilidades destructivas, el teatro de la guerra se estendió á las otras partes del mundo; habia alcanzado á todas las posesiones coloniales de la Francia y de la Inglaterra, desde el rompimiento que habia estallado entre ambas potencias, y esta nueva contienda parecia absorber momentaneamente su atencion. La Inglaterra se habia apresurado á aprovecharse de la superioridad de sus fuerzas en las Indias Orientales, para atacar allí las posesiones francesas, antes que pudiesen ser socorridas; y sus hostilidades empezaron en Asia en el mismo tiempo en que se acababa de dar en Europa el combate naval de Ouessant. El 29 de julio de 1778 habia salido el comodoro Vernon de Madrás para ir á bloquear la rada de Pondichery, mientras que el general Munro, con las tropas de tierra debia poner sitio á dicha plaza: el 10 de agosto tuvo lugar un combate naval entre la escuadra de Vernon y la de Tronjoli que se encontraba entonces en la rada y que se dirigió á su encuentro. Fué indeciso el resultado de este combate y ambos comandantes volvieron á ganar la playa para componer allí sus buques. Tronjoli no intentó otro ataque, y diez dias despues se hizo á la vela para pasar á la isla de Francia.

Desde entonces se encontro Pondichery reducido á una débil guarnicion. Hacia algunos años se habia descuidado la composicion de las

antiguas fortificaciones para construir las nuevas que aun no estaban terminadas: estos trabajos incompletos hacian la defensa mas difícil. Habiéndose apoderado los sitiadores de una línea de circunvalacion que servia de limite á esta colonia, le cortaron toda comunicacion con la tierra; el 6 de setiembre empezaron el fuego de sus baterías, cerraron mas estrechamente sus avenidas, y condujeron su galería hasta el foso. El jeneral Bellecombe, que mandaba la plaza, la defendió durante cuarenta dias con trinchera abierta; pero viendo finalmente que muchos baluartes caian arruinados, que habia una brecha practicable, y que los habitantes estaban amenazados con todas las desgracias consiguientes á un asalto, capituló el 17 de octubre y obtuvo todos los honores de la guerra. La llegada durante el sitio de cinco navios de la compañía de las Indias habia reforzado la escuadra inglesa, que se apoderó sucesivamente de Chandernagor, de otras factorías francesas, situadas en la costa de Coromandel, y de Mahé, en la de Malabar.

Mas felices habian sido las armas de la Francia en las rejiones occidentales del Africa. El 30 de enero de 1779, una escuadra mandada por el marqués de Vaudrenil, habia tomado posesion de los fuertes y de las factorías de Inglaterra en la orilla del Senegal; y despues Ponteves de Gien le quitó sus demás establecimientos de la Gambia, de Sierra-Leone y de la costa de Oro.

Pero las expediciones dirigidas hacia las aguas de Africa y de Asia no tendian al objeto principal de la guerra, tan directamente como las operaciones marítimas que debian seguirse, tanto en Europa, como en América. A ellas queria dedicar el gobierno francés todos sus desvelos; deseaba no hallarse envuelto en una guerra continental; y viendo esta guerra ya encendida hacia muchos años entre el Austria y la Prusia, estaba interesado en apagar en Alemania un incendio que podia llegar á sus propias fronteras. Su mediacion, unida á la de la Rusia, reconcilió á

los beligerantes y consiguió hacerles concluir el tratado de Teschen, que fué firmado el 13 de mayo de 1779. Lo ratificó la dieta de Ratisbona, y se aseguró la pacificacion del continente.

La Francia estrechó con otras convenciones sus vínculos con muchas cortes de Alemania, y debemos citar entre estos actos el tratado de comercio que concluyó, el 18 de setiembre, con el duque de Mecklenburgo-Schwerin; tratado que consagraba los grandes principios, ya adoptados entre la Francia y los Estados-Unidos, sobre los derechos del pabellon, sobre los de los neutrales, y sobre todas las franquicias del comercio y de la navegacion. La corte de Mecklenburgo, con la cual estaban estipuladas estas cláusulas, no tenia, sin duda, un gran poder territorial y marítimo; pero era una de las familias de príncipe mas antiguas y mas ilustres: su situacion en el Báltico, sus alianzas con las cortes del Norte, le daban un gran peso en sus consejos, y los principios marítimos que adoptaba no debian tardar en encontrar en esta rejion de Europa jenerosos y poderosos apoyos.

Estendiendo sus relaciones amistosas con el continente, la Francia gozaba una completa seguridad en sus fronteras; conservaba la libre disposicion de sus fuerzas y reunió en las costas de Normandía y de Bretaña un ejército de treinta y cinco mil hombres, destinado á intentar un desembarco en Inglaterra; este tenia una numerosa artillería; debian formar su vanguardia cinco mil granaderos sacados de los diferentes cuerpos, y en los puertos del Havre y de San Maló se aprestaron los buques de transporte necesarios para esta expedicion. Advertida la Inglaterra de estos preparativos, tomó al momento medidas de defensa proporcionadas á la grandeza del peligro. El litoral fué armado de baterías; algunos cuerpos de tropas arregladas y de milicias fueron repartidos en diferentes puntos de la costa; debian reunirse á la primera señal: tenian orden de alejar todos los ganados y de sacar medios de subsis-

tencia de todos los lugares que el enemigo podria amenazar. Durante muchos meses se prolongaron las públicas alarmas. Jamás habia reinado mas actividad en los puertos de Francia; las tropas estaban entusiasmadas; se les ejercitaba para todas las maniobras de la expedicion proyectada. Se hacian otros preparativos en los puertos de España, y las cortes de Versailles y de Madrid, estrechando entre sí los lazos que habian formado en 1761 en su pacto de familia, estaban prontas á unirse para obrar de concierto contra el gobierno británico.

Primeramente la España habia procurado colocarse como mediadora entre la Inglaterra, la Francia y los Estados-Unidos, y despues de haber seguido inútilmente durante ocho meses una negociacion para reconciliarlos, se decidió á romper con la corte de Londres y la hizo entregar, el 16 de junio de 1779, una declaracion en que esponia sus numerosos motivos de queja. Recordaba que su pabellon habia sido insultado, sus embarcaciones saqueadas, sus posesiones de América amenazadas; que la Inglaterra habia incitado muchas naciones indias contra los habitantes de la Luisiana; que habia usurpado en el Darien y en las costas de San Blas los derechos de la soberanía, cometido hostilidades en la bahía de Honduras y denegado toda especie de reparacion por estos actos de violencia. La España se veia en la necesidad de recurrir á la fuerza de las armas para sostener sus derechos, y confiando en la justicia de su causa, esperaba no ser responsable ni á Dios ni á los hombres de las consecuencias de su resolucion.

Estaban prontos numerosos armamentos marítimos para apoyar esta declaracion; se habia puesto á las órdenes de Don Luis de Córdoba una escuadra de veinte y ocho buques; debia reunirse á ella la flota aprestada en Brest, y lo efectuó el conde de Orvilliers, el 25 de julio, hacia la isla de Cizarga, á la altura de la Coruña. El almirante francés, convertido en comandante de las escuadras combinadas, tenia entonces

bajo sus órdenes sesenta y seis navios de línea y otras muchas embarcaciones mas ligeras. Tres divisiones, cada una de quince navios, formaban la vanguardia, el centro del ejército y la retaguardia: delante de la armada marchaba una escuadra ligera, y otra escuadra de observacion seguia los movimientos de la retaguardia. Adelantándose la armada en este orden, levantó las áncoras para la Mancha, y se dirigió á las costas del Devonshire y de Cornuaille. Como jeneralmente le contrariaban los vientos de nordeste, maniobró durante mucho tiempo en aquellas aguas sin poderse acercar á tierra; finalmente se encontraba el 31 de agosto, al sudoeste de las islas Sorlingas, cuando á cinco leguas de distancia observó los pabellones de la flota británica que vijilaba y seguia sus movimientos. Entónces tuvo Orvilliers la esperanza de empeñarse en un combate, y al disponer su orden de batalla, encargó al conde de Guichen, comandante de la vanguardia, que corriese á colocarse entre las costas de Inglaterra y la flota enemiga; pero el almirante Hardy, que no tenia mas que treinta y siete embarcaciones, no quiso esponerse á un combate demasiado desigual en que le podia envolver el número; y las maniobras del conde de Guichen que iba á bloquear la costa, le determinaron á huir á toda vela. Conservaba una delantera de muchas leguas á la flota combinada que le persiguió inútilmente por espacio de veinte y cuatro horas hasta la entrada de la rada de Plymouth, á donde se refugió el 1.º de setiembre.

Aun permaneció Orvilliers en la Mancha por algunos dias, pero ningun otro suceso señaló su crucero; el mal tiempo, las enfermedades de sus tripulaciones, la falta de agua potable, y la averia de las provisiones le determinaron á dirigirse á la rada de Brest, donde volvió á entrar el 10 de setiembre, despues de haber estado en el mar durante ciento y cuatro dias. Fué severamente juzgada la campaña marítima que acababa de hacer. Se le acusó de no haber sacado bastante partido de las

fuerzas puestas á su disposicion; al mismo tiempo le imputaron el no haber interceptado dos convoyes del comercio británico, á saber, el de las islas del Viento, que llegó el 31 de julio á la rada de Plymouth, y el de la Jamaica que arribó ocho dias despues á la isla de Wight: sin embargo su entrada en la Mancha fué muy anterior á la del conde de Orvilliers, y su direccion habia sido demasiado distinta para que este almirante, que llegaba de las costas de España, pudiese encontrarlos en su travesia; pero los hombres caidos en desgracia son muchas veces acusados por la opinion pública de todos los sucesos que burlan sus esperanzas.

Las operaciones de la escuadra francesa que se encontraba entónces en las aguas de las Antillas, habian obtenido resultados mas favorables y decisivos. El conde de Estaing procuraba apoderarse de una parte de las posesiones británicas. En el mes de junio encargó al caballero Romain que atacase la isla de San Vicente con una escuadra de cinco navios y un destacamento de trescientos hombres. Verificóse el desembarco y fueron tomadas las alturas que dominaban el fuerte de Kings Town. Los Caribes, antiguos habitantes de la isla, bajaron de sus guaridas para unirse á los sitiadores, y el gobernador inglés entró en negociaciones para entregar la plaza. Entónces se descubrieron tres velas británicas que venian á traerle socorros. Romain se apresuró á ir contra esta escuadrilla; se apoderó de dos embarcaciones, hizo huir la tercera y volvió á tomar posesion de la fortaleza.

La llegada de una escuadra de seis buques, mandada por la Motte-Piquet, puso bien pronto al conde de Estaing en estado de emprender una expedicion mas importante. Salió el 30 de junio del Fuerte-Real de la Martinica con una flota de veinte y cinco velas y se dirigió á la isla de Granada, en la que desembarcó el 2 de julio. Tres columnas á la vez atacaron con vigor el fuerte del Hospital que dominaba la ciudad de San Jorje; las mandaban Estaing, el con-

de de Dillon y el vizconde de Noailles: á media noche tomaron el fuerte por asalto y en el que tenia lord Macartney una guarnicion de setecientos hombres, viéndose precisado á rendirse á discrecion.

Estaba terminada esta conquista en la que se señalaron las tropas con el mas brillante valor, cuando el 6 de junio se presentó el almirante Byron á la vista de la Granada: iba á desembarcar en la isla algunos refuerzos y no tenia noticia de que se hubiesen apoderado de ella. No tardó en empeñarse el combate entre ambas escuadras; y el almirante Byron, aprovechándose de la ventaja del viento, procuró dirigir su vanguardia hácia la entrada de la bahia de San Jorje; pero cuando supo con certeza que la isla estaba ocupada, al momento mandó alejar sus buques de transporte que se dirigieron hácia San Cristóbal, recorriendo de mediodía á norte las aguas de este archipiélago; él mismo continuó combatiendo para cubrir la retirada de su convoy, y ambas flotas quedaron en presencia la una de la otra hasta la noche; entónces se alejaron los Ingleses, y al amanecer volvió á entrar el conde de Estaing en la rada de San Jorje. Habia sido maltratada la escuadra inglesa, y la de Francia, despues de haber reparado sus averias, se hizo á la vela y se presentó el 22 de julio en las aguas de San Cristóbal; pero no pudo sacar al enemigo de la posicion en que se habia retirado, y el conde de Estaing prosiguió su navegacion hasta Santo Domingo.

Le prescribian sus instrucciones que llevase á Europa doce embarcaciones y dejase las demás de la escuadra en Santo Domingo ó en la Martinica durante el invierno; pero las noticias que recibió durante su residencia en el Cabo Francés sobre los sucesos militares de los Estados-Unidos, particularmente sobre la situacion de los paisés del Sud, le decidieron á intentar una expedicion para recobrar Savannah, ocupada hacia ocho meses por las tropas británicas. Salió del Cabo Francés con veinte navios de línea y ocho fragatas, y se dirigió á las costas de Jeorjia, don-

de sorprendió un navio y tres fragatas inglesas. Así que los Americanos supieron su aproximacion por algunos buques que habia enviado á Charleston, el jeneral Lincoln mandó reunir un gran número de embarcaciones ligeras, con cuya ayuda pudo el conde de Estaing efectuar su desembarco á algunas millas de Savannah; y el 15 de setiembre se reunieron las tropas francesas y americanas que debian bloquear dicha plaza; la lejion de Pulawski formaba parte de este cuerpo de ejército.

En el entretanto, el jeneral Prevost, gobernador de Savannah, hacia venir cerca de él á toda prisa las tropas inglesas que se encontraban en diferentes puntos de la Jeorjia; se apresuraba á mandar componer las fortificaciones; y para tener tiempo de completar sus medios de defensa, fingió escuchar las primeras intimaciones que le hicieron los sitiadores y consiguió un armisticio de un dia, durante el cual pudo recibir los socorros que esperaba. La guarnicion constaba de tres mil hombres de tropas arregladas; el armamento de todos los negros le proporcionó un refuerzo de cuatro mil hombres, y los sitiadores se encontraron entónces en menor número. Con todo abrieron la trinchera que llegaba á estar, el 24 de setiembre, á trescientos pasos del camino cubierto: el 3 de octubre empezó el bombardeo; duró cinco dias y arruinó el interior de la ciudad, pero no dañó las fortificaciones. El conde de Estaing habia esperado reducir la plaza inmediatamente; veia acercarse la mala estacion; sus embarcaciones estaban ancladas en una costa poco segura; deseaba no tenerlas allí espuestas á los vientos del equinoccio cuyo influjo se sentia aun; y para acabar pronto una expedicion que le parecia demasiado peligrosa prolongar, resolvió dar el asalto, aunque no tuviese aun brecha abierta, ni tampoco estuviese acabada la trinchera.

En la noche del 9 de octubre se acercaron á las murallas las tropas francesas y americanas, mandadas

por Estaing y Lincola, y antes de amanecer, dieron el asalto al baluarte de Ebenezer; rivalizaban estas dos columnas en bravura y audacia; pero el ataque fué sostenido con igual denuedo. Las filas rechazadas volvieron muchas veces á la carga; y en una de sus escaladas, plantaron una bandera en la cima de los atrinchamientos, sin poderse mantener allí; el conde de Estaing y otros muchos oficiales fueron heridos, señalándose á la cabeza de sus tropas. Pero el ataque se debilitó al cabo de una hora; los Ingleses hicieron una salida; y el conde Pulawski, corriendo á colocarse entre ellos y las murallas de la plaza, con la esperanza de cortarles la retirada, encontró una muerte gloriosa al precipitarse sobre ellos con sus caballos lijeros. Todos los esfuerzos que hacían los sitiadores para vencer una resistencia tan obstinada y para renovar un asalto mortal, no hacían mas que aumentar su pérdida, que fué para los Franceses de setecientos hombres, y para los Americanos de cuatrocientos; y el ejército, despues de haberse mantenido aun delante de la plaza durante nueve dias, levantó el sitio el 18 de octubre. Las tropas americanas pasaron á la orilla izquierda del Savannah; y habiendo Estaing embarcado á los suyos, se hizo á la vela el 28 de octubre para irse á Francia con la mitad de la escuadra, en tanto que las otras embarcaciones iban á recobrar su estacion en las Antillas.

Si el valor de un jefe de ejército esparce tambien una especie de brillo en sus reveses, la expedicion del conde de Estaing merece citarse en la historia; pero al alabar la valentia del guerrero, se culpan las combinaciones del general. ¿Se debía intentar una grande operacion marítima, en la estacion de las borrascas, sin poder contar con un abrigo para la escuadra, y se debía apresurar temerariamente un asalto, cuando no era aun dueño de las cercanias de la plaza? Las tropas de que se disponia manifestaron que sabian morir; pero no se les habia dado la posibilidad de vencer.

O no debía empezarse la empresa de Savannah; ó debía seguirse con mas constancia. El vencedor de la Granada habia hecho tener mucha confianza en su cooperacion, y de él esperaban los Americanos las mismas ventajas que en las aguas de las Antillas.

Sin embargo su aparicion en Georgia no dejó de influir en la continuacion de las operaciones militares. En otras orillas se podia intentar un desembarco; y el general Clinton, comandante en jefe de las tropas británicas, creyó deber concentrar á su alrededor sus principales fuerzas, á fin de dirigirse en masa sobre los puntos que se verian amenazados; llamó al estado de Nueva-York el cuerpo de ejército que aun se hallaba en el Rhode-Island: sus diferentes apostaderos fueron abandonados el 25 de octubre, y los Americanos recobraron tranquilamente la posesion de un territorio en que los Ingleses se habian sostenido por mas de dos años. Este acontecimiento hacia prever que el teatro de la guerra iba á cambiar: libraba á los estados del nordeste de la cercania del enemigo, pero no les abria libres comunicaciones con los del centro. Ocupaban los Ingleses Nueva-York y la orilla oriental del Hudson; los Americanos las alturas de la orilla occidental; y el ejército de Washington, destinado á defenderles, se estendia desde el Nuevo Jersey hasta la otra parte de West-Point, punto cuya importancia militar hacia muy notable y que luego debía adquirir nueva celebridad.

Al recordar los diversos acontecimientos que se sucedieron en el curso de esta campaña, no hemos tenido que citar la intervencion de los Estados-Unidos en grandes expediciones navales. En sus astilleros aun no se habia construido navío alguno de linea; y de ellos solo habian podido salir lijeros armamentos; destinados al corso, ó á la defensa de los puertos y de las radas, ó á algunas valerosas expediciones á las costas enemigas.

Ya se ha podido observar que desde el principio de las hostilidades

marítimas, los Americanos se habian lanzado con ardor en esta peligrosa carrera. Acostumbrados al mar como sus rivales, arrostraban todas sus fatigas con igual constancia, y no teniendo aun los mismos recursos navales de la Inglaterra, procuraban, en algunos combates parciales, arrancarla á lo menos una porcion de sus ventajas. En 1777 se habia visto á una escuadrilla americana, armada en el puerto de Boston, hacerse á la vela á favor de un viento de nordeste, que habia alejado de la entrada de esta rada á un crucero inglés, dirigirse rápidamente hácia el mar de las Antillas, y causar considerables daños al comercio de la Inglaterra con las Indias occidentales.

El bloqueo de una parte de los puertos de la confederacion no le impidió que al año siguiente pusiesen en el mar muchos armamentos que inquietaron la navegacion del enemigo; y mientras que las escuadras británicas cruzaban á la entrada del Chesapeake y del Delaware, los Americanos se abrian un paso mas al mediodia por la bahía de Albemarle, el estanco de Pamlico y el estrecho de Ocoak, y continuaron dando salida á sus armamentos en corso y á sus embarcaciones de comercio.

Entre los hombres que se hicieron célebres en estas expediciones marítimas debemos señalar á Paul Jones, Escocés de nacimiento, adicto al servicio de los Americanos, y célebre entre sus mas memorables hazañas el combate que dió, el 23 de setiembre de 1779, al capitán inglés Pearson, que con dos fragatas escoltaba en el mar del Norte un convoy que venia del Báltico. La fragata de Pearson se estaba quemando y la corbeta de Paul Jones tenia muchas vias de agua: sin embargo ambos buques continuaron combatiendo con encarnizamiento, y llegaron tan cerca que se enredaron sus maniobras. Entonces quiere el Inglés intentar el abordaje; pronto el fuego de su buque se comunica á las velas americanas: un espantoso incendio aclara la noche que habria

terminado esta lucha sangrienta, y no por eso cesa el combate; finalmente en esta obstinada lucha queda vencido el capitán Pearson, que arria su bandera. Tambien se rindió la segunda fragata que navegaba de conserva con él, y Paul Jones quedó victorioso en su buque que hacia agua por todas partes; habia perdido trescientos hombres y la corbeta que habia montado se fué á pique la mañana siguiente. No sin gran trabajo condujo él mismo á las aguas del Texel el resto de su escuadrilla, desamparada y batida por la tempestad.

Quince dias despues tuvo lugar un combate, igualmente memorable, entre la fragata francesa la *Surveillante* y la inglesa el *Quebec*; pero fué mas funesto á sus capitanes Couedic y Farmer. Habian sido derribados todos sus palos, sin que se hubiese debilitado el furor del combate, y Couedic estaba cubierto de heridas; pero continuó mandando y peleando hasta el momento en que la fragata inglesa cojió fuego, y tan jeneroso como bravo, cifró todos sus afanes en salvar la tripulacion enemiga que acababa de arrojar al mar. No quiso el capitán inglés sobrevivir á su desastre; esperaba abordó la explosion de su fragata; se hundió con ella, y el capitán francés, victorioso y moribundo, volvió á Brest, donde no tardó en espirar.

Despues de haber trazado las calamidades de la guerra, se complace uno en descansar en actos mas consoladores para la humanidad. Entonces esperaba la Inglaterra la próxima vuelta del capitán Cook que habia hecho á las rejiones sobrevivir á las grandes del grande Océano sus inmortales viajes de descubrimientos: y Luis XVI, apreciando la importancia y el mérito de una empresa que interesaba á todas las naciones, habia mandado á todos los comandantes de las embarcaciones francesas que tratasen al capitán Cook como á un oficial de una potencia neutral y aliada; esta orden era del 19 de marzo de 1779: á aquella época no se podia aun saber en Europa el trájico y deplorable fin del navegante

que feneció el 14 de febrero, en la isla de Owhyhee, víctima de los feroces habitantes. El capitán Clerk, convertido en comandante de la expedición, murió también el 22 de agosto, y el capitán Gore, que le sucedió, se halló bajo la misma garantía, y contestó á un proceder tan noble, absteniéndose también de todo ataque contra las embarcaciones francesas.

¿Qué homenaje mas digno podia rendirse á las ciencias y á la gran sociedad humana, que considerar como neutrales á los hombres encargados de comunicar á las naciones naciescentes los beneficios de las artes y de la civilización! Parecían estar revestidos de una misión religiosa y sagrada, y en su presencia se humillaron las armas de los beligerantes.

LIBRO DÉCIMO.

ARMAMENTOS Y CONVOCES DIRIGIDOS HACIA JIBRALTAR. — OPERACIONES NAVALES EN LOS MARES DE EUROPA Y EN LAS ANTILLAS. — SITUACION DE LAS POTENCIAS NEUTRALES. — LIGA DE LA NEUTRALIDAD ARMADA. — TOMA DE CHARLESTON POR LOS INGLESES. — CONSPIRACION DE ARNOLD. — OPERACIONES SUCESIVAS DE LA GUERRA. — UNION DE LAS TROPAS FRANCESAS Y AMERICANAS. — SITIO DE YORK-TOWN Y CAPITULACION DE CORNWALLIS. — BATALLAS Y ULTIMO CONTRATIEMPO DEL CONDE DE GRASSE. — TOMA DE MENORCA. — ULTIMOS ATAQUES CONTRA JIBRALTAR. — CAMPAÑAS DE SUFFREN EN LAS INDIAS OCCIDENTALES. — FIN DE LAS HOSTILIDADES.

La estension que toman las operaciones militares nos va á hacer distinguir en todas partes los pabellones y armas de los beligerantes. En cualquier punto en que estas potencias pueden disputar una posesion, tratan de derribarse mutuamente; sus ataques se estienden hasta todos los lugares en que habia penetrado su comercio; si bien las grandes escuadras solo aparecen en algunos

puntos, los armamentos aislados circulan por todas partes; niugun pabellon se oculta á sus investigaciones; y este nuevo modo de agresion estiende sobre el mundo entero el azote de las hostilidades.

La Inglaterra, que habia enviado nuevas tropas á América á fin de volver á tomar la ofensiva, hacia también poderosos esfuerzos en los puntos de Europa donde se habian declarado contra ella otros enemigos. La plaza de Jibraltar, bloqueada por la España por mar y tierra, no podia contar con los bastimentos habituales que un comercio libre le hubiera llevado de las costas de España y de Africa; empezaban á tener falta de víveres; y queriendo el gobierno británico proveerla con un convoy de vituallas, encargó al almirante Rodney, que le escoltase con una escuadra de veinte y un buques, que despues debia pasar á las Antillas.

Llegada esta escuadra, el 8 de enero de 1780, á la altura del cabo Finisterre, se apoderó de un convoy, salido de San Sebastian para Cádiz, bajo la proteccion del navio *Guipuzcoa* y de algunos otros buques armados que también cayeron en su poder. Otra escuadra de nueve navios de línea, á las órdenes de don Juan de Lángara, fué avistada el 16 de enero cerca del cabo Santa María: percibiendo este almirante de lejos los buques enemigos, solo consultó su ardor y resolvió atacarles: pronto reconoció la desproporcion de sus fuerzas; pero ya no era tiempo de evitar un combate tan desigual, y, apesar de su intrepidez, fué abrumado por el número. Voló uno de sus buques: otros cuatro fueron cogidos y llevados á Jibraltar, á donde condujeron felizmente su convoy los Ingleses. Rodney, despues de reparar sus averías, volvió otra vez al mar para pasar á las Antillas con parte de su escuadra; los demás buques fueron conducidos á Inglaterra por el contra-almirante Digby, y en su travesía se encontraron con un convoy salido de Brest para la isla de Francia, bajo la escolta de los navios *Ajax* y *Proteo* y la fragata *Charmanthe*. Chillau mandaba este armamen-

to, y para salvar el convoy, dió orden al capitán del *Ajax* de alargarse durante la noche con la mayor parte de los buques, mientras él atrería sobre sí las fuerzas del enemigo, continuando en su alcance y en la misma direccion. Esta maniobra aseguró el convoy; pero el *Proteo*, perseguido vivamente y atacado por cinco navios de línea, perdió un palo, fué cojido y conducido á Inglaterra.

La escuadra española que el año anterior habia pasado á Brest, habia dejado este puerto el 13 de enero para volver á Cádiz: componíase de veinte y cuatro buques: y si se hubiese encontrado con la escuadra británica, hubiera podido combatir ventajosamente; pero fué dispersada por una tormenta, y sus buques pudieron á duras penas refugiarse en el Ferrol y en Cádiz.

Rodney prosiguió entonces su navegacion hácia las Antillas, donde iba á reemplazar al almirante Hyde-Parker. Le habia precedido en estos puntos la escuadra francesa, mandada por el conde de Guichen; y el primer combate entre los dos almirantes tuvo lugar el 17 de abril al oeste de la Dominica; duró hasta la noche, y el resultado fué indeciso: muchos buques de ambas escuadras fueron abandonados, y Guichen, antes de volver á empezar sus operaciones, fué á depositar sus heridos en la Guadalupe. Tenia intencion de secundar un desembarco que debia hacer el marqués de Bouillé en el *Gros-Islet*, cerca de las costas de Santa Lucia; y habiendo sido avistada la escuadra inglesa el 8 de mayo al norte de esta isla, los dos almirantes se prepararon para otra batalla. Maniobraron á la vista uno de otro durante muchos dias, y el 15 de mayo hubo un combate parcial á las siete de la tarde; pero la noche vino á impedir que se prolongase. En los dias siguientes se hicieron nuevas evoluciones para buscarse, evitarse y escojer sus posiciones; y el 19 de mayo se acercaron tanto las escuadras, que se atacaron inmediatamente: las dos líneas prolongándose llegaban á tener los costados opuestos;

y el combate comenzado entre los primeros en hilera se estendió muy pronto á toda la línea. Al anochecer, las dos escuadras se habian parado y los Franceses quisieron virar de costado para renovar el combate; pero Rodney se alejó durante la noche; y navegando sus buques á toda vela, á la mañana siguiente se hallaban á dos leguas de distancia. Las hábiles maniobras de los almirantes, cuyas fuerzas eran iguales, hicieron honor á ambos; y las tripulaciones rivalizaron en valor en los diferentes encuentros, á consecuencia de los cuales pasaron ambas escuadras á repararse, una á la Martinica y otra á la Barbada.

Supo luego el almirante francés la aproximacion de doce navios de línea españoles, de un convoy de víveres y de once mil hombres de tropas de esta nacion: Guichen fué á su encuentro, y el 9 de junio se reunió con ellos entre la Dominica y la Guadalupe. Esta escuadra iba destinada á una expedicion contra la Jamaica; pero el gran número de enfermos que tenia á bordo don José Solano le indujo á suspender la ejecucion de su proyecto y á pasar á la isla de Cuba; y el conde de Guichen le escoltó hasta el estrecho de Bahama, antes de irse á reunir con la escuadra de Motte-Piquet, que estaba entonces estacionada en Cabo-Francés.

El año anterior, Motte-Piquet habia tenido un mando en la escuadra del conde de Estaing; habia conducido de Savannah á la Martinica la escuadra puesta bajo sus órdenes, y habia sostenido en la misma rada de Port-Royal un heroico combate contra la escuadra del almirante Hyde-Parker. Su valor habia salvado la mayor parte de un rico convoy despachado de Marsella para la Martinica; y en seguida habia escoltado un gran número de buques que iban á buscar víveres á la isla de San Eustaquio. Se habia establecido un crucero inglés en las costas de Santo Domingo; cuando pasó se batió con él, lo dispersó, y su llegada libró el Cabo de un bloqueo que hacia tres meses que duraba.

Las operaciones navales iban á en-

tibiarse por un momento en estos puntos: Guichen se marchó en agosto para volver á Europa; y Rodney, despues de enviar una parte de sus fuerzas á la Jamaica para asegurar su defensa, se hizo á la vela para Nueva York con sus demás buques.

La importancia de los acontecimientos que se verificaban ó se preparaban entónces en Europa, y que tenían todos relacion con la guerra sostenida por la Gran Bretaña contra sus numerosos enemigos, exige que los vayamos presentando sucesivamente con alguna esplicacion.

El ataque de Jibraltar, en el cual tenía el general Elliot una guarnicion de seis mil hombres, continuaba ocupando una parte de las tropas españolas. El general Mendoza, que mandaba las fuerzas sitiadoras acantonadas en el campo de San Roque, procuraba estrechar la plaza: el almirante Barceló mandaba la escuadra á la entrada de la bahía; y en la noche del 6 de junio de 1780, probó de incendiar con brulotes algunos buques de guerra y mercantes que había en el puerto; pero los hombres encargados de echar los brulotes, los encendieron con demasiada precipitacion, y las embarcaciones inglesas se libertaron. En seguida armó Barceló muchas lanchas cañoneras: estaban destinadas á bombardear la plaza; pero las baterías bajas de Jibraltar destruyeron una gran parte de ellas, y con este motivo hubo de abandonarse aquel nuevo modo de ataque.

Los Españoles se mantenian con bastantes fuerzas, en las aguas de Cádiz y Aljiciras, para poder continuar mejor el bloqueo de Jibraltar é interceptar los socorros que podia la Inglaterra dirigir hacia este puerto: de este modo estaban muy lejos de las aguas de Brest, donde tenían sus principales armamentos los Franceses; y regularmente en el Golfo de Gascuña solo se veian algunas fragatas en crucero, encargadas de observar los movimientos de las escuadras enemigas, de proteger el comercio de las costas, y de ponerlas al abrigo de las incursiones que podian

tentar los armadores emprendedores.

Durante la campaña de 1780, estas fragatas fueron algunas veces sorprendidas por fuerzas muy superiores; y su defensa probó que aun en medio de una derrota puede el valor conservar todo su brillo. El 5 de julio fué encontrada la fragata francesa *Capricieuse* por las dos inglesas *Prudent* y *Licorne*; y despues de un combate de noche que sostuvo de muy cerca, estaba á punto de irse á pique cuando se rindió. La fragata *Belle Poule* que cruzaba en las aguas del Aunis, sostuvo, el 16 de julio, con el navio inglés *Non-Parcil*, un combate que duró algunas horas, y solo arrió su pabellon despues de haber perdido sus aparejos de nave y la mayor parte de su tripulacion: estaba ya hundida la cala del buque. El 10 de agosto sufrió la misma suerte la fragata la *Nymphe*, combatiendo contra la fragata la *Flora*, cuya artillería y tripulacion eran mas numerosas; al probar el abordaje, quiso librarse de la superioridad del fuego del enemigo; pero fué destruida en esta lucha desigual. Ransanne, Kergariou y Romain eran los comandantes de las fragatas francesas; todos tres perecieron en estos combates.

Pero en la misma época, la escuadra combinada que entónces mandaba don Luis de Córdoba, encontró, á sesenta leguas del cabo de San Vicente, un convoy inglés escoltado por el navio el *Ramillies* y por tres fragatas; había sido despachado para las Indias Orientales, y se componia de un acopio considerable de aparejos de nave, de armas y municiones; navegaban bajo la misma escolta algunos buques mercantes, ricamente cargados; y otras embarcaciones llevaban á bordo tres mil hombres de tropas, que debian despues separarse del convoy y dirigirse á las costas de América. Sesenta buques fueron marinados y conducidos á Cádiz, donde semejante victoria escitó una viva alegría; los buques de guerra que los habian escoltado solo se escaparon huyendo á toda vela.

¿Cuál era sin embargo, en medio de las hostilidades marítimas, la situacion de los neutrales? Su comercio había proporcionado una parte de los convoyes detenidos por los beligerantes; y cubriéndose con el pabellon de una potencia enemiga, estaban espuestos á los ataques del partido contrario. Pero aun corrian otros peligros los neutrales; muchas veces eran detenidos navegando con sus propias banderas; sus actos inofensivos no los ponian al abrigo de los males de la guerra, y en este choque de las naciones enemigas fueron demasiadamente sacrificados los derechos de la paz, de la soberanía y de la independencia. Entónces empezaron á elevarse numerosas voces en favor de los neutrales, y la opinion pública, viniendo á su socorro, exclamó con imperiosa exigencia las franquicias de que debian gozar.

Interesa á todos los pueblos que en tiempo de guerra se respete el pabellon de los neutrales; asegura al comercio un salvo-conducto, impide que se interrumpan todas las relaciones de las potencias enemigas: les sirve de mediador y facilita una nueva reconciliacion entre ellos. Además ¿tienen las naciones beligerantes el derecho de envolver en sus agresiones á un pueblo extraño á sus querellas, y les es permitido maquin contra su prosperidad y agotar los recursos de su comercio?

Por las embarcaciones neutrales recibia la marina de Francia una porcion de los objetos necesarios para sus construcciones; y cuando vió que su pabellon no era respetado por la Inglaterra y que no presentaba ya la misma seguridad, tuvo que recurrir á otros medios de comunicacion menos estensos, es verdad, pero mas resguardados de las hostilidades. La travesía del Paso de Calais y de la Mancha era la mas peligrosa; y se procuraron las comodidades que podia ofrecer la navegacion interior, para recibir de afuera las municiones navales y los demás artículos que no podian trasportarse libremente por el Océano; los que se sacaban de Ostende llegaban á Gante por el ca-

nal de Brujas; subian el Escalda hasta Cambrai, desde donde se les despachaba por tierra para San Quintin; de allí navegaban sucesivamente por el Oisa, el Sena, el canal de Briare, el Loira, hasta Nantes, y se les hacia pasar á Brest ó á Rochefort por via de cabotaje.

La navegacion del canal de Languedoc permitió tambien corresponder entre el Océano y el Mediterraneo sin estar espuesto á los cruceros ingleses, y sin tener que dar la vuelta á las costas de España y meterse en el estrecho de Jibraltar. Pero estas comunicaciones interiores no podian satisfacer todas las necesidades de la marina y del comercio: tocaba principalmente á los neutrales proveerse de ellas, y la inviolabilidad de su pabellon se hacia cada dia mas necesaria. El gobierno francés había formalmente reconocido sus derechos, y su legislación sobre la neutralidad era demasiado liberal para dejar de obtener la adhesion de las diversas potencias: la Europa casi entera la adoptó y se vieron aparecer un gran número de publicaciones cuyo objeto era prescribir su observancia á los navegantes.

El mas célebre de estos reglamentos fué el del gobierno de Toscana que proclamó, el 1.º de agosto de 1778, la neutralidad del puerto de Liorna. El objeto de este reglamento era prohibir á los habitantes toda participacion en los armamentos y hostilidades de las potencias beligerantes, asegurar con un positivo reconocimiento los privilegios del comercio neutral y el libre goce de sus relaciones, ya con los demás neutrales, ya con el enemigo, esceptuando los casos en que los buques estuviesen cargados de contrabando de guerra, ó tratasen de introducirse en un puerto en estado de bloqueo. Pronto recojió Liorna las ventajas de una política tan prudente, y su prosperidad fué uno de los principales frutos del gobierno de Leopoldo. La paz protegia allí con igual imparcialidad al comercio de todos los pueblos; se recibia á los neutrales; los mismos enemigos venian á suspender allí sus hostilidades, no podian ni salir jun-

tos para atacarse en alta mar, ni combatir en las aguas vecinas á aquella costa. Liorna estaba convertido en un lugar de asilo donde se veian renacer los días de la *tregua de Dios*; y privilegio tan santo daba algun descanso á las enemistades.

El 19 de setiembre siguiente salió á luz un edicto del rey de las Dos Sicilias que consagró las mismas bases de neutralidad. Sucesivamente publicaron otros edictos análogos á la santa sede, la república de Venecia y la de Génova. Así se unian todos los gobiernos de Italia en una misma causa: y como su posición en el centro del Mediterraneo esponia menos sus parajes á los ataques de los enemigos, en realidad se ejercieron allí mas libremente los derechos de los neutrales.

Los pueblos cercanos al Océano adoptaron tambien los mismos reglamentos. El senado de Hamburgo, tan paternalmente ocupado en todos los intereses de esta ciudad, habia publicado, el 18 de setiembre de 1778, una ordenanza para establecer sobre las bases de la neutralidad las reglas de su comercio y navegacion. En marzo del año siguiente, dió el rey de Suecia una ordenanza semejante.

En un reglamento publicado el 3 de mayo de 1779, tambien proclamó la Holanda los derechos de los neutrales. Este pais, mas vecino de los belijerantes, tenia que precaverse ordinariamente contra sus colisiones; y como mucha parte de los transportes de su comercio consistia en lónces en municiones navales, se hallaba espuesto, desde el principio de la guerra, á los ataques de los corsarios y de los demás armamentos británicos. Los Ingleses consideraban sus expediciones para los puertos de Francia ó de los Estados-Unidos como un socorro destinado al enemigo; y los cargamentos de que lograron apoderarse sus navios, fueron desde luego sometidos en Inglaterra á un derecho de preencion, que privaba al comercio holandés de toda su libertad y de la mayor parte de sus beneficios. Pronto fueron tambien confiscados, y pretendieron asemejarlos al contrabando de guerra,

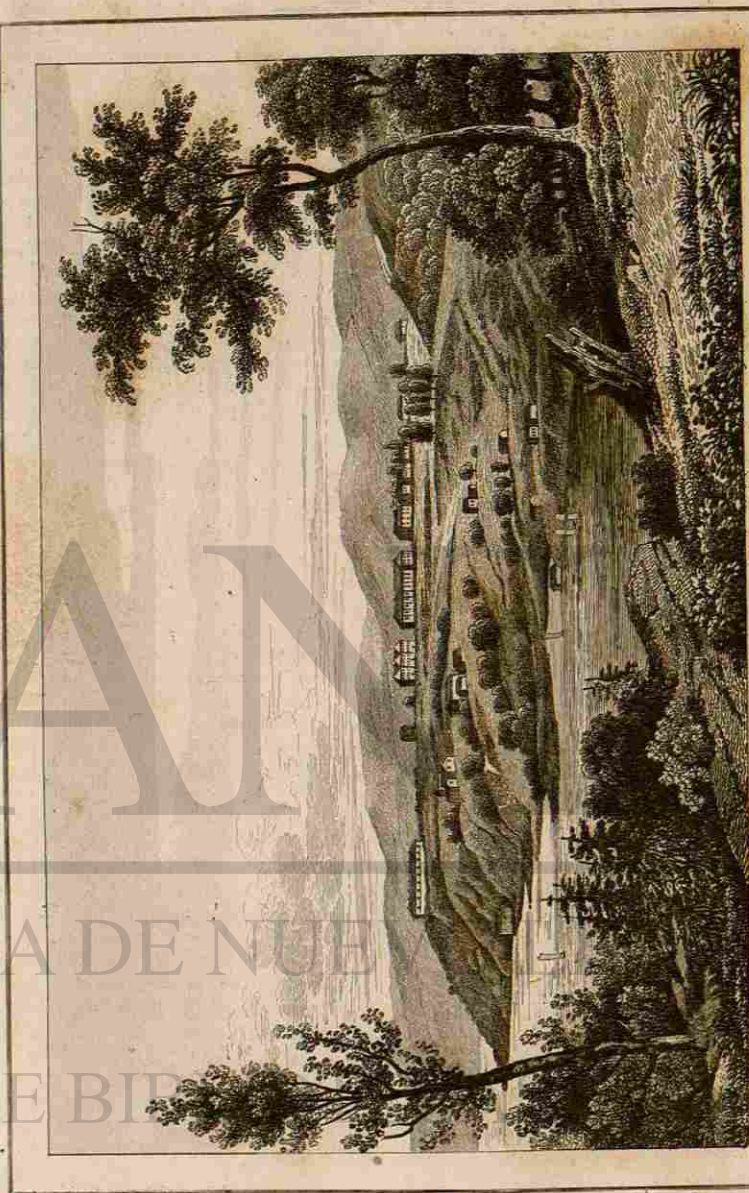
aunque los tratados entre ambos estados hubiesen formalmente declarado que se comprenderian en la clase de mercancías libres, los palos, las demás maderas y todos los artículos necesarios para la construccion ó reparacion de las embarcaciones.

El 31 de diciembre de 1779, una escuadra británica atacó un convoy de buques mercantes holandeses, que se dirijian á los puertos de Francia y de España, escoltados por muchos buques de guerra, mandados por el conde de Byland. Ninguna satisfacción dió la Inglaterra por este acto á los estados jenerales; solo respondió, el 21 de marzo siguiente, á su reclamacion, quejándose de que le denegaban los socorros estipulados en sus tratados de alianza; y el 19 de abril, mandó dar á los oficiales de su marina la orden de apoderarse de todos los buques holandeses despachados para Francia y España y de todos aquellos cuyos cargamentos perteneciesen á los súbditos de una u otra potencia. En un fallo del tribunal del almirantazgo se proclamó este principio: Que por su posición los puntos franceses estaban naturalmente bloqueados por los de la Inglaterra, y que se les podia aplicar la prohibicion de navegar hácia los puntos bloqueados.

Los primeros ataques dirijidos por la Inglaterra contra los derechos de los neutrales no se habian limitado á la detencion de algunos buques holandeses; muchas embarcaciones suecas habian sufrido la misma suerte. Desde el 10 de febrero de 1779 se habia quejado de ello el comercio, y la corte de Estocolmo hizo algunos preparativos de armamento para protegerlo. De la misma manera que la Suecia, estaban interesadas la Rusia y la Dinamarca en esta libre propagacion del comercio de los mares del Norte y del Báltico: estos gobiernos querian asegurarse el libre goce de la neutralidad; pero simples declaraciones de principios hubieron sido ilusorias. Fácilmente pudieron reconocer que en medio de los desórdenes y de las violencias de la guerra, las mas jenerosas teorías no se defienden por sí mismas; les faltan

ESTADOS UNIDOS

ÉTATS-UNIS



View of West Point.

View of West Point.

Thompson del 1865.

Franklin del 1865.

Jardin de Kocclunco.



1865 del.

ESTADOS UNIDOS.

ESTADOS UNIDOS.

1867

ESTADOS UNIDOS.

ESTADOS UNIDOS.



1867 del.

1867 del.

1867 del.

Arrestation du Major Andre au Bourg Ferry France.

fuerzas y medios de resistencia: y estas máximas, después de haber obtenido la tranquila adhesión de muchos estados, hallaron por fin una poderosa garantía en la confederación que se formó en el norte de la Europa bajo el nombre de neutralidad armada. La emperatriz de Rusia, Catalina II, queriendo hacer prevalecer derechos tan legítimos, reconocidos ya por muchos gobiernos, dió la señal de esta liga por su declaración de 28 de febrero de 1780. Se cenia esta á los principios siguientes: Los buques neutrales pueden navegar libremente de puerto en puerto y en las costas de las naciones en guerra; los efectos pertenecientes á estas son libres á bordo de barcos neutrales, á escepcion de las mercaderías de contrabando ó de las que se quieran introducir en un puerto bloqueado. Para fijar la calidad de puerto bloqueado, solo se llama así aquel en que hay peligro evidente de entrar, por la disposición de la potencia que lo ataca con buques estacionados y bastante cercanos. Al adoptar estas disposiciones, declaraba la emperatriz que para apoyarlas y proteger el honor de su pabellon y la seguridad del comercio y navegación de sus súbditos, hacia aparejar una parte considerable de sus fuerzas marítimas.

El gobierno francés vió con satisfacción que esta soberana proclamaba el principio de la libertad de los mares; consideraba las franquicias de los neutrales como una consecuencia del derecho natural, como una garantía de la independencia de las naciones, y como un consuelo para las que estaban aflijidas por el azote de la guerra. Esta ilustrada política era conforme á las reglas ya prescritas á la marina francesa. Luis XVI creía haber dado un gran paso á favor del bien jeneral, y haber preparado una época gloriosa para su reinado, fijando con su ejemplo los derechos que puede y debe cualquiera potencia beligerante reconocer como adquiridos por los barcos neutrales, y deseaba que el sistema, á cuyo favor se declaraba la emperatriz y que sostenian los mis-

mos Franceses á costa de su sangre, se hiciese base del derecho marítimo universal.

Las Provincias Unidas se apresuraron en la misma época á adherirse á la manifestación de la Rusia, y á declarar que estaban prontos á concurrir, en union de las demás potencias neutrales, al sosten de los principios que garantizaban sus derechos. La Suecia se puso de acuerdo con la Rusia sobre los medios de combinar las fuerzas de la confederación de los neutrales. El rey de Dinamarca, considerándose como dueño de las llaves del Báltico, anunció que no permitiría la entrada en este á ningun buque armado por las potencias en guerra con el objeto de cometer hostilidades contra cualquier pabellon, y envió á las cortes de Versalles, Londres y Madrid una declaración conforme á la de la Rusia. Los mismos sentimientos espresó en una declaración Gustavo III, rey de Suecia; y estas dos resoluciones de las cortes de Copenhague y Estocolmo fueron inmediatamente apoyadas por las convenciones que hicieron con la Rusia.

Esta serie de transacciones y medidas tan favorables á los derechos de los neutrales, puede en parte explicarse por esos progresos de la razon pública y de la intelijencia humana, que tienden á conciliar las diferentes naciones y á no poner traba alguna á sus pacíficas relaciones y á su bienestar. Pero intereses mas positivos y fundados directamente en los recursos y necesidades de los pueblos del Norte, inducian tambien á sus soberanos á apoyar eficazmente los derechos de los neutrales y la libertad de su comercio. Estos países suministraban á las demás potencias de Europa breña, cáñamo, hierro, arboladura y otras maderas de construcción necesarias para sus astilleros; privarles del derecho de disponer de esto y de trasportarlo libremente, era despojarles del ramo mas lucrativo de su comercio. Les convenia conservar los mercados de las naciones beligerantes, y era injusto hacer considerar estas diferentes producciones como contrabando de



Desastre de Vermont.

guerra, con el pretexto de que podían ofrecer al enemigo nuevos medios de ataque ó defensa; porque lo mismo pueden servir para los usos de la paz como para los de la guerra. La industria humana saca provecho de ellos á su gusto: ella sola fija su aplicación; y estos materiales inofensivos en sí, solo se hacen hostiles cuando son convertidos en armas, y se les ha dado la facultad de dañar.

Hemos creído conveniente deber reunir y ligar entre sí todos estos últimos acontecimientos marítimos; sea que hayan tenido el carácter de hostilidad entre los beligerantes, sea que hayan conducido á esta confederación armada que sostuvo con una energía tan varonil los derechos de los neutrales, tales como los habían reconocido por sus tratados la Francia y los Estados-Unidos. Los armamentos de las potencias del Norte protejieron especialmente la navegación del Báltico: este mar fué cerrado al corso; y el comercio, escoltado por los buques de guerra de la confederación, fué respetado en el Océano. El gobierno británico estaba entonces demasiado enredado en dificultades para querer multiplicar el número de sus enemigos; teniendo que luchar á la vez con los Estados-Unidos, la Francia, la España y la Holanda, tenía que reunir todas sus fuerzas para sostener la guerra en que estaba empeñada, y se proponía seguir con nuevo vigor sus operaciones militares contra los Americanos.

Las pérdidas y la retirada de las tropas aliadas que habían levantado el sitio de Savannah, proporcionaban á los Ingleses la facilidad de probar en las comarcas vecinas empresas más considerables. Las fuerzas que tenían en Nueva York constaban de diez y nueve mil hombres después de la llegada de las tropas que había traído de Europa el almirante Arbuthnot: Clinton dejó en ella un cuerpo de once mil hombres á las órdenes de Knyphausen, y se embarcó con el resto del ejército. Contrariada la escuadra por las tempestades, solo llegó el 31 de enero de 1780, á la entrada del río de Savannah, y cuando se

le reunieron todos los barcos de transporte que había dispersado el temporal, se aproximó á Charleston, desembarcó una parte de las tropas en las islas de Saint-John y de James, y condujo las demás á las orillas del Ashley que baña los muros de esta plaza. Casi todos los caballos habían muerto en la travesía: fué preciso procurarse otros; y como los Americanos habían tepido tiempo de aumentar la guarnición de Charleston, de componer sus atrinchamientos y de poner en estado de defensa los puestos inmediatos, el general Clinton creyó deber hacer venir de Nueva York nuevas tropas antes de empezar las operaciones del sitio.

Lincoln, que mandaba la plaza, había ordenado en primer lugar hostigar al enemigo con algunas compañías de tropas ligeras; su número era demasiado pequeño para sostener la campaña y fué preciso mandar que se replegasen. Los Americanos habían también querido defender con algunas fragatas las cercanías del puerto y la embocadura del Cooper, que una barra natural hacia por otra parte menos accesible á las grandes embarcaciones; pero se vieron obligados á abandonar sucesivamente sus respectivas estaciones. Pasaron la barra las embarcaciones inglesas que Arbuthnot había cuidado de mandar alijerar: atravesaron luego las tropas de tierra el Ashley, y adelantándose al istmo que este río y el de Cooper forman entre sí antes de reunirse, se encontraron, el 1.º de abril, á cuatrocientas toesas de las fortificaciones y abrieron la trinchera.

Al principio del sitio, recibió la guarnición algunos socorros; se componía de dos mil hombres de tropas disciplinadas y mil hombres de milicia; todos los habitantes en estado de llevar las armas participaron de las fatigas y peligros de la defensa.

El 9 de abril se concluyó la primera paralela de los sitiadores; ocupaba el puerto el almirante Arbuthnot; y Clinton, pudiendo entonces atacar la plaza con sus fuerzas de

mar y tierra, dirigió al general americano la intimación de rendirse; pero negóse á ello este comandante: había permanecido dueño de sus comunicaciones con la orilla izquierda del Cooper, y en este hallaba los medios de hacer llegar á la ciudad nuevos acopios, y de proporcionar á la guarnición la facilidad de retirarse si se hacia imposible una defensa más larga. Pero resolvió Clinton quitar este recurso al enemigo; encargó al coronel Tarleton la toma del puesto de Monk's Corner, ocupado por los Americanos: este ataque, verificado con ímpetu, tuvo un éxito completo: los Ingleses se fortificaron al norte del Cooper; lord Cornwallis tuvo encargo de protejer estos trabajos; y Charleston perdió las únicas comunicaciones que le quedaban con el continente.

Durante esta expedición, hacia Clinton proseguir la trinchera y empezar la segunda paralela: había recibido de Nueva-York un refuerzo de tres mil hombres, y estrechando cada día más las operaciones del sitio, abrió la tercera paralela, cuyos trabajos fueron momentáneamente interrumpidos por una salida del coronel Henderson.

Duportail, injeniero francés al servicio de los Estados-Unidos, logró introducirse secretamente en la plaza: reconoció por el estado en que se hallaban las fortificaciones, que era imposible prolongar la defensa y propuso hacer una tentativa para retirarse; pero esta proposición fué rechazada. Los habitantes, que se habían consagrado á la causa nacional, temían quedar abandonados á la venganza del partido contrario; y la guarnición, sin poder salvar la plaza, perdió la ocasión de libertarse y reservarse para otra empresa.

Luego se apoderaron los Ingleses de los últimos puntos que tenían que ocupar: tomaron la punta Lampriere, la de Mont-Plaisant y el fuerte Moultrie, situado en la isla de Sullivan. La guarnición no tenía comunicación alguna con las afueras; los enemigos solo distaban de las trincheras diez toesas; los cañones de las murallas estaban desmonta-

dos, los parapetos demolidos, y no quedaba abrigo alguno contra el fuego de los sitiadores: no podía además esperarse socorro alguno; y habiendo Lincoln apurado todos los medios de defensa que podían sujetarle su valor, su habilidad y el desec de sostener dignamente el honor de las armas americanas, se vió precisado por las súplicas de los habitantes y por la desgracia de su posición que incesantemente se empeoraba, á consentir en una capitulación, después de cuarenta y dos días de sitio: esta se firmó el 12 de mayo: la guarnición y los marineros quedaron prisioneros, y las milicias recibieron autorización para retirarse, bajo promesa de que no volverían á tomar las armas durante la guerra. No obstante de haber hecho honor al general Lincoln la defensa de Charleston, se suscitaron muchas quejas contra él; no se hacían cargo de las dificultades de su situación, y se le imputó una pérdida que no había ocasionado. Los hombres hábiles y de experiencia no participan de esta prevención, y la estimación de Washington consoló á Lincoln de esta injusticia.

Después de haber dejado al general Leslie por comandante de la plaza, se apresuró Clinton á penetrar con sus tropas en el interior del país que quería someter. Iban sus soldados en tres columnas: la primera ganó las fronteras de la Carolina del Norte; la segunda, mandada por el mismo Clinton, penetró en la Carolina del Sur, y la tercera subió el curso del Savannah. La primera expedición fué la más sangrienta: el coronel Tarleton no dió cuartel á un destacamento de trescientos Americanos que encontró cerca de Waxhaws, y cargó á la cabeza de su caballería. La destrucción de este cuerpo, en que casi todos los hombres fueron muertos ó heridos, esparció el terror en los estados del Sur, donde se hallaban entonces dispersas todas las levás militares. Clinton no encontró ya resistencia, y creyendo que podía contar con la sumisión de los habitantes que la fuerza había reducido al silencio,

regresó á Charleston y se embarcó para Nueva York.

Las tropas inglesas que habian quedado en esta plaza, habian hecho, durante la ausencia del general en jefe, algunas incursiones en el Nuevo Jersey; y prosiguiendo Clinton esta empresa, trató de desalojar á los Americanos de las alturas atrincheradas que ocupaban en Morris-Town; pero le salió mal el plan, y el único resultado de sus expediciones fué la ruina de los campos que recorrían las tropas y el odio y espíritu de venganza que produjeron sus devastaciones.

Clinton habia dejado en la Carolina del Sur un cuerpo de cuatro mil hombres, y su comandante Cornwallis estaba revestido á la vez de la autoridad militar y civil: dirigió todos sus esfuerzos á restablecer el gobierno real, á procurarle partidarios, y á alistar los prisioneros de guerra americanos que consintiesen en servir bajo sus banderas; pero pocos hombres abrazaron voluntariamente este último partido: y entre los que se queria obligar á prestar juramento á la causa real hubo muchos que prefirieron espatriarse, y pasaron á la Carolina del Norte, donde procuraba el congreso reunir nuevas fuerzas.

Las mujeres de la Carolina ofrecieron, en circunstancias tan penosas, ejemplos raros de patriotismo y entusiasmo. Poseidas de un amor santo á la libertad pública, querian asociarse á sus persecuciones y á su gloria: consolaban en la cárcel ó en el destierro á sus esposos y á sus hermanos que se habian espuesto al rigor del enemigo; rehusaban ver á los vencedores, asistir con un corazón lastimado á las fiestas que celebraban, y adornarse en estos dias de luto público, marcados por tantas calamidades. La miseria á que se redujo á sus familias no abatía su valor: al contrario lo exaltaba mas, y hacia inalterable la fe que habian jurado á la patria.

Pruebas mas tristes estaban aun reservadas á su país, que gozaba hacia dos meses de una especie de armisticio: la guerra iba á encender-

se de nuevo, y las tropas levantadas por el congreso debían probar de volver á tomar Charleston, Savannah y todas las posesiones del enemigo. El general Gates fué encargado del mando de este ejército. A su nombre iba unida una especie de prestigio: le rodeaban los gloriosos recuerdos de Saratoga, y las tropas que conducía se creían seguras de vencer.

Después de largas marchas á los países superiores de la Carolina, que riegan las aguas del Black-River, del Pedee, y del Catawba, se hallaba finalmente reunido el ejército, el 13 de agosto, entre Camden y Clermont. Habian llegado para juntarse los cuerpos del baron de Kalb, de los coroneles Sumter, Woodfort y Armand. Ocupaban las tropas una posición entre dos pantanos que cubrían sus flancos, pero que no les permitían estenderse; y Cornwallis, proponiéndose empeñar una acción, habia llegado en persona á Camden y se encontraba en presencia de los Americanos; tenía muchas menos tropas, pero se aprovechó de una situación en que el general Gates no podia desplegar las suyas. El enemigo, después de haber experimentado una viva resistencia en la línea americana, que solo contaba un pequeño número de tropas regulares, la forzó, perdió esta novecientos hombres y muchos mas fueron heridos ó hechos prisioneros. Ya en esta ocasión no tuvo la Carolina esperanzas de ser socorrida; y vuelto Cornwallis á Charleston, tomó las mas rigurosas medidas para tener el país sujeto.

La mañana siguiente á esta batalla, derrotó Carleton, cerca de las orillas del Catawba, á un cuerpo de tropas americanas, mandado por Sumter. En este combate mató á ciento cincuenta hombres, é hizo trescientos prisioneros. Muchos de estos habian prestado juramento de fidelidad al rey; otros habian tomado las armas por segunda vez, después de haber prometido no hacerlo mas; el vencedor los mandó colgar como perjuros, y esta severidad acarreó crueles represalias. Frecuen-

temente se presentaba la ocasión de ejercerlas porque las guerras civiles interpolan á los enemigos y multiplican las facilidades que tienen para atacarse é incomodarse. Una gran parte de los habitantes del territorio invadido no habian obedecido muchas veces sino á la fuerza, pareciendo cambiar de partido; procuraban desentenderse de un juramento prestado por el temor; y esta especie de población flotante, que habia fingido someterse al vencedor, deseaba secretamente el triunfo de la patria y se alistaba en su bandera cuando recobraba la esperanza de verlas ondear victoriosas.

Las desgracias de muchas provincias que habian sido sucesivamente teatro de la guerra, dieron un nuevo vuelo al patriotismo. Querian poner un término á una larga continuación de calamidades, que devoraban los recursos públicos, quitaban al estado numerosos defensores y tenían por tanto tiempo en peligro la causa por la cual habian tomado las armas; pero las dificultades parecían aumentarse; no bastaban las levas de hombres, y para sostener la guerra, era preciso remediar también los embarazos del tesoro público y la desorganización de muchos servicios.

El apuro de la hacienda y la dificultad de proveer á las necesidades, continuamente en aumento, de un ejército sometido á tantas penosas pruebas, disminuían sobre todo del descrédito en que habia caído el papel moneda y de la insuficiencia de los esfuerzos que habian intentado para hacer volver á aparecer en circulación el numerario. Finalmente recurrieron al establecimiento de un banco público en Filadelfia. Algunos suscritores proporcionaron los primeros fondos; estuvo autorizado el banco para contratar empréstitos sobre su crédito; el congreso le mandó entregar el producto de las contribuciones; y todos los fondos de que podia disponer fueron destinados al mantenimiento del ejército y al pago de los contratos que se hicieren para sus provisiones, sus municiones y todos sus avíos; todo

otro gasto debía depender de estos; la guerra era el primer azote de que tuvieron que librarse los Estados Unidos.

Al mismo tiempo se dedicaban á aumentar los alistamientos militares, ya con el aliciente de las recompensas, ya con el de la gloria y del honor, tan propio para lisonjear á las almas nobles. Pero no era general este entusiasmo: las fatigas de la guerra consumían á los hombres débiles y les hacían desear adquirir la paz á cualquier precio.

Aprovechándose los Ingleses del momento en que la superioridad de sus fuerzas estrechaba al partido contrario y parecia dar al vencedor mas ascendiente sobre la opinión de la multitud, esperaban reducir á las diferentes porciones de la confederación americana una por otra; y para lograrlo con mas seguridad, procuraban conservar inteligencias secretas en los países en que la causa de la independencia habia conservado mayor número de defensores. Sobre todo se dedicaron á causar defecciones en el ejército, á irritar el sentimiento de sus padecimientos, y á reducir con el incentivo de sus promesas la avidez ó la ambición de los hombres sin virtud.

Arnold, que habia adquirido en medio de los campos una gran notoriedad, deshonoraba su gloria militar con un amor insaciable á las riquezas; y muchas veces habia abusado de las ocasiones que la guerra le presentaba, para enriquecerse con exacciones; pero sus bienes mal adquiridos se disipaban en prodigalidades, y recurría á nuevos robos para subvenir á sus gastos desenfrenados. Washington, al mismo tiempo que culpaba sus vicios, apreciaba sus talentos militares, y creyéndole afecto á la patria, no queria privarla de los servicios de un general tan experimentado. Las honrosas heridas que Arnold habia recibido en el sitio de Quebec y en Saratoga le habian obligado momentaneamente á concretarse á funciones sedentarias, por lo que Washington le confió el mando de Filadelfia cuando los Ingleses se hubieron retirado de allí.

Sin duda esperaban que en el mismo centro de la confederacion, y á la vista del congreso, se haria respetar bastante para no dar queja alguna de su conducta; pero solo vió en su empleo un nuevo medio de enriquecerse; y las requisiciones que parecia hacer solo para las necesidades del ejército, le daban la facilidad de acumular provisiones que luego mandaba vender por hombres de su confianza. Su conducta arbitraria y sus ganancias ilícitas indignaron al gobierno de Pensilvania; y el congreso, al cual fueron denunciados sus actos, mandó que un tribunal militar se encargase de conocer de ello; este tribunal debia reunirse en Morris-Town, y Arnold, que se habia despedido de la comandancia de Filadelfia antes de la resolucion del congreso, se dirigió al campamento para comparecer ante sus jueces. Se descartó de una parte de las imputaciones, afirmando, por el honor de un soldado, que la acusacion era falsa, y tal era la confianza de los jueces en las palabras de un guerrero, que dieron fe á su declaracion; pero se probaban otros cargos de tal manera, que el tribunal militar no pudo absolverlo y una sentencia del 20 de enero de 1779 declaró que debia ser reprendido por el comandante en jefe. Aquí recordáremos, como ejemplo de moderacion y dignidad, los términos en que cumplió este penoso deber Washington. «Nuestra profesion, dijo, es la mas casta de todas: la sombra de una falta empaña el brillo de nuestras acciones mas heróicas; el mas insignificante descuido puede hacernos perder este favor público, tan difícil de conseguir. Os reprendo por haber olvidado que cuanto mas temible sois á nuestros enemigos, tanta mas moderacion debierais tener con nuestros conciudadanos. Mostrad otra vez las hermosas cualidades que os han colocado entre nuestros jenerales mas ilustres: en cuanto pueda, yo mismo presentaré ocasiones de recobrar la estimacion de que habeis gozado.»

Arnold se retiró sin contestar; su corazon estaba llagado; se veia de-

gradado en la opinion, y resolvió renunciar á un pais donde ya no podia satisfacer su ambicion y codicia. En el primer instante se queria refugiar entre los salvajes; pero la celebridad que algun dia pudiera adquirir como jefe guerrero no hubiera bastado para esta alma ardiente y vengativa: concibió el culpable proyecto de hacer traicion á la nacion, cuya causa habia defendido tan valerosamente, y prostituirse á servir al enemigo.

Sin dar á conocer sus odiosas intenciones, Arnold en varias instancias manifestó su descontento con el sistema político del congreso, con la alianza concluida con la Francia, y con su denegacion de acceder á las proposiciones de paz de la Inglaterra. Los partidarios de esta potencia le buscaban, le escitaban á salir de la oscuridad, y le iustaron con eficacia á abrazar una carrera mas digna de su habilidad y valor, dictando á los Americanos los términos de su reconciliacion con su antigua patria. Cediendo luego Arnold á estas insinuaciones, buscó un mediador para manifestar al jeneral en jefe de las fuerzas británicas el deseo que tenia de dedicarse á la causa real y de acordar con él los medios de servirla. Esta proposicion fué acogida por el jeneral Clinton, y Arnold trató de utilizar mas su defeccion esforzándose á recobrar un mando en el ejército de los Estados-Unidos. Sus pasos para granjearse el favor de los Americanos mas influyentes tanto del congreso como del ejército, le ocuparon durante varios meses; y cuando supo que la Francia iba á enviar á los Estados-Unidos un ejército auxiliar, á las órdenes del conde de Rochambeau, y que se aguardaban por momentos estas tropas, juzgó que si conseguia el mando de West-Point, podria entregar á los enemigos la posicion militar que mas les importaba tomar.

Hemos ya hecho observar que West-Point, situado á sesenta millas inglesas al norte de Nueva-York, cubria las orillas occidentales del Hudson. Terminando esta meseta

bruscamente del lado del rio en un largo escarpamiento de rocas, estaba defendida por una línea de trincheras y numerosas baterias: se habia construido allí el nuevo fuerte *Clinton*, que era uno de sus principales trabajos, y dominaba este terraplen una cadena de montañas mas altas, sobre las cuales se habia erijido el fuerte *Putnam*. Unos ingenieros franceses, recientemente empleados por Washington, habian enlazado entre sí todas las partes de este sistema de defensa. El objeto habia sido no solo fortificar la orilla del rio, sino impedir su navegacion en caso de necesidad: una cadena de hierro atada á los peñascos de West-Point, debia pasar de una orilla á otra hasta el baluarte levantado en la isla de la *Constitucion*: este brazo del rio es el único que pueden recorrer los barcos grandes, y el otro lado de la isla no les ofrecia suficiente fondo (véase la lám. 65).

La posicion de West-Point era la mas fuerte que podia dominar el curso del Hudson, y era necesario ocuparla con un cuerpo numeroso á fin de asegurar la libre comunicacion entre las dos orillas. Washington habia establecido allí su cuartel jeneral hacia varios meses, y aun puede verse su habitacion en un valle que domina la meseta del promontorio, y conduce á las alturas por un camino practicable en su pendiente. Los fondeaderos abiertos á la entrada de este valle sirven de embarcaderos á West-Point, que de este modo recibe por el rio sus municiones y bastimentos.

Washington para asegurar aun mas la defensa de una posicion fortificada por la naturaleza y el arte, vijilaba con un celo incansable sobre la guardia de todos los puntos, el sosten de la disciplina y la exactitud del servicio. La esplanada de su ejército era un campo de manobras diarias; los nuevos reclutas hacian el ejercicio y los veteranos les servian de modelos, el jeneral tenia á su alrededor una coleccion de hombres fieles, y entre los que poseian toda su confianza, se hallaba Kosciusko, uno de esos ilustres res-

tos de la emigracion polaca, que despues de haber visto sucumbir su patria, habia ido á aguardar en el nuevo mundo la ocasion de servirla aun. Kosciusko, haciendo de edecan de Washington, tenia constantemente delante el modelo de una gran virtud: admiraba y ardia por imitar todo lo que puede hacer por su patria una alma jenerosa; y en los intervalos de ocio que le dejaban sus deberes militares, muchas veces se retiraba solo á pensar en la patria ausente. Su retiro favorito era una plataforma estrecha y rústica, cortada por la naturaleza en el flanco del promontorio; este sitio, que ha conservado el nombre de *jardin de Kosciusko*, estaba situado entre una roca escarpada que amenazaba caer y un precipicio á cuyo fondo desplegaba su corriente el Hudson. Cultivaba allí el jóven héroe algunos arbustos, lilas y laureles; y esta especie de santuario debia conservar su celebridad á través de los años (véase la lám. 66). Kosciusko en West-Point meditaba el medio de libertar á su patria sirviendo con fidelidad una causa parecida: Arnold iba á esponerse allí á las maldiciones de la posteridad.

Cuando Arnold hizo manifestar á Washington sus deseos de salir de una inaccion, y de volver á servir á su lado y á sus inmediatas órdenes, el jeneral en jefe tuvo al principio alguna dificultad en emplear otra vez á un hombre que tanto se habia desacreditado; sin embargo las instancias de algunos ciudadanos respetables, que creian poder responder de él, le decidieron á prometerle un mando en una espedicion que entónces se proponia dirigir contra Nueva York. Arnold pareció agradecido á esta nueva confianza; pero deseó obtener el mando de West-Point hasta que la curacion de sus heridas le pusiera en estado de sostener todas las fatigas de una campaña; y Washington, demasiado virtuoso para sospechar siquiera unas intenciones tan viles que aun no se podian preveer, accedió á esta peticion. Arnold pasó al campo de West-Point, y entónces mantuvo

relaciones mas regulares con el enemigo á fin de madurar la ejecucion de su proyecto.

El mediador de estas secretas comunicaciones era un jóven oficial inglés, John André, edecan del jeneral Clinton: durante la permanencia del ejército inglés en Filadelfia, habia tenido relaciones de sociedad y amistad con la familia de mistress Arnold, que se habia pronunciado á favor de la causa real, y gozaba de la confianza de los dos hombres que querian reconciliarse. Estableció bajo el nombre de Anderson una correspondencia con Arnold, que tenia el nombre de Gustavo: sus cartas parecian solo aplicarse á los negocios comerciales, pero ellos se habian dado la llave de aquel lenguaje alegórico, y cubrian sus misteriosastramas con este velo.

En la época en que se activaron mas sus relaciones, acababan de llegar al Rhode-Island seis mil Franceses, á las órdenes de Rochambeau; habian desembarcado en New-Port: los americanos les habian encargado la custodia de todos los atrincheramientos levantados en la costa, y estas tropas esperaban ser luego atacadas por Clinton, que tenia entonces en Nueva York la mayor parte de sus fuerzas, y estaba á punto de embarcarse para el Rhode-Island con un cuerpo de ocho á diez mil hombres; pero apenas habia comenzado Clinton su movimiento, cuando regresó: un mensajero le anunció que Washington iba á aprovechar el momento en que era menos numerosa la guarnicion de Nueva York para probar un ataque y ver si podria recobrar aquella plaza: Clinton no quiso esponerse á perderla, yendo á probar á lo lejos una expedicion de probabilidades inciertas. Detenido por aquella contrariedad imprevista, redobló sus instancias para apresurar la ejecucion del complot: el negocio de la traicion de Arnold estaba concluido; le prometian treinta mil libras esterlinas y la conservacion de su grado en el ejército inglés: á este precio, habia consentido Arnold renunciar á su gloria.

La presencia y la vijilancia de Was-

hington le habian opuesto un obstáculo insuperable; pero iba á aprovecharse del momento en que debia este jeneral pasar á Hartford, en el Connecticut, á fin de conferenciar allí con Rochambeau sobre las operaciones de la campaña. Su marcha parecia fijada para el 17 de setiembre, y durante su ausencia, quiso Arnold tener una entrevista con el mayor André, para remitirle los planes de las fortificaciones de West-Point, y para acordar con él la marcha que las tropas inglesas deberian seguir para apoderarse de él. Habiendo recibido John André esta invitacion, salio de Nueva York, el 19, á bordo del sloop inglés el *Vautour*; subió el curso del Hudson, y se detuvo la mañana siguiente enfrente del fuerte Montgomery, á cinco millas mas abajo de West-Point. Enarbolaba este buque el pabellon parlamentario, y por medio de esta señal se podia penetrar en las líneas americanas. Los usos de la guerra autorizaban este jénero de comunicaciones, y á él habian recurrido muy á menudo los jefes enemigos, para arreglar entre sí diferentes intereses que las mismas leyes de la guerra respetan y que ellas autorizan á conciliar, tales como carteles de canje, socorros reclamados por la humanidad, salvoconductos para la administracion de asuntos privados; pero hacer servir para conspiraciones una señal de neutralidad, era dar á estas maquinaciones un carácter aun mas odioso.

Partia Washington aquel mismo dia para dirigirse á la conferencia de Hartford; esperábase Arnold en la playa; lo conduce en su canoa á la otra orilla del rio y cuando está bien seguro de su alejamiento envia un pasaporte al mayor André, bajo el nombre de Anderson y le señala una entrevista para la noche del 21, en la casa de Josué Smith; allí le entrega los planes de las fortificaciones y una memoria sobre su ataque y defensa. Conviene en que las tropas inglesas, cuyo embarque se habia ya principiado en Nueva York, subieran inmediatamente el Hudson, para llegar al pié de West-Point. Arnold debia mandar salir de los atrin-

Despues de la conferencia, volvió John André á la ribera, y por medio de una canoa quiso alcanzar el sloop el *Vautour*, que debia volverle á Nueva York: pero este buque, cuya estacion inspiraba alguna desconfianza, se habia visto precisado alejarse mas. André no habia podido lograr de Arnold que diese al patron de la canoa la órden de conducirlo, se vió obligado á hacer su viaje por tierra, y se quitó su uniforme, para pasar con mas seguridad y sin causar recelos, á la otra parte de las líneas americanas, y hasta los puestos avanzados de los Ingleses. Acompañábale Josué Smith; ambos atravesaron el Hudson en King's Ferry y continuaron su ruta á caballo hasta las orillas del Croton; allí abandonó Smith á John André quien recorrió aun ocho millas, antes de llegar cerca de la poblacion de Tarry Town, último puesto de los Americanos. Hallábase en las cercanías una patrulla de tres milicianos y vijilaban los movimientos del enemigo; uno de ellos sale de un bosque y coje la brida de su caballo; al momento llegan los otros dos; le detienen, se admiran de la confusion de sus respuestas; y le registran de piés á cabeza para ver si llevaba correspondencia alguna culpable. En sus botas le encuentran los planes y papeles que le habia entregado Arnold; los milicianos, á quienes no pudo seducir con recompensa ni promesa alguna, lo conducen al capitan Jameson, que mandaba la línea de los puestos avanzados (véase la lámina 67).

Hallábase Jameson bajo las órdenes de Arnold, y nosospechando que este jeneral pudiese ser culpable de una traicion, le informó de la presa que acababa de hacer. El 25 por la mañana llegó esta noticia á West Point; allí se esperaba á Washington el mismo dia: dos oficiales americanos que le precedian anunciaron su próxima llegada; y Arnold, no debiendo ya vacilar sobre el partido que debia tomar, se embarcó precipitadamente, bajo pretexto de ir á recibir á su jeneral á la otra parte del rio; le mandó conducir á todo

remo al sloop inglés que aun estaba fondeado en el mediodia de Verplank y que salió al momento para Nueva York.

La noticia de la traicion de Arnold penetró de dolor á Washington. Un oficial que habia derramado su sangre por su pais le habia parecido digno de confianza, y se acusó á sí mismo por haberse dejado engañar con sus declaraciones de celo. Ya no habia que temer la conspiracion descubierta; las tropas que Arnold habia retirado de los atrincheramientos fueron inmediatamente llamadas otra vez á ellos; y se reconoció que ningun oficial americano tenia parte en aquella trama.

En West Point habia quedado Mistress Arnold con sus hijos; Washington respetó la desgracia de su posicion; y hasta tuvo la atencion de hacerla saber que Arnold no habia sido alcanzado en su huida; tambien se le autorizó para irse á Filadelfia á despedirse de su familia; y el juez encargado de la instruccion de este negocio se negó, por delicadeza, á hacerle sufrir un interrogatorio, aunque hubiese sido enterada del fatal secreto; no queria esponerla, ni á herir la verdad, ni á faltar al respeto y afecto para con su esposo.

John André pudo prever la suerte que le estaba reservada; no se mostró débil en nada; escribió á Washington sin quejarse de su destino y sin tratar de evitar la muerte, y solo para que su suplicio no tuviera nada de infamatorio. Clinton mismo escribió al jeneral americano para salvar un oficial que le interesaba tanto; pero sus pasos fueron infructuosos. Las leyes de la guerra eran rigurosas y positivas: el congreso, consultado por Washington, no creyó prudente suspender su curso, y John André fué llevado ante un consejo de guerra, presidido por el jeneral Greene, compuesto de otros ocho oficiales jenerales: confesó ante sus jueces todos los hechos que le habian imputado, y declaró que se resignaba á su suerte. El disfraz en que habia sido detenido le hacia considerar como espía; y condenado el culpable á muerte, tenia que sufrir una pena

ignominiosa. Habiéndose retardado esta algunos días, Clinton dió nuevos pasos para salvarle; y el general Robertson, á quien envió al campamento americano, ofreció entregar en cambio los prisioneros de guerra que designase Washington y pidió que á lo menos permitiese al acusado apelar al congreso. Cuando vió que la sentencia era irrevocable y sin apelacion, entregó al general Greene, que habia sido encargado de recibirle, una carta que dirigia Arnold á Washington, amenazándole con que vengaria la muerte de John Andre con terribles represalias en los hombres que cayesen en su poder. Greene la leyó, la arrojó á los piés de Robertson y se retiró.

André, en sus últimos momentos, escribió al general Clinton recomendándole su madre y hermanas que habia dejado en Inglaterra. Al anunciarle la hora del suplicio, no manifestó agitacion alguna, y viendo desahacerse en lágrimas al hombre que le servia, le dijo: «Retiraos y no os volvais á presentar sin el valor de un hombre.» Marchó con paso firme al punto de la ejecucion, entre dos subalternos con armas al brazo: concurrió muchísima jente: las tropas cubrian la carrera; se hallaban presentes todos los oficiales, excepto Washington y su estado mayor.

Llegado el culpable al pié del patíbulo, no pudo menos de estremecerse á su vista: sube á la carreta que debia servir de tablado, se cubre él mismo los ojos con su pañuelo y coloca en su cuello el udo fatal: dase la señal, y retirándose la carreta, le deja colgado. Verificóse su suplicio el día 2 de octubre de 1780, en la aldea de Tappan, donde habia sido llevado prisionero. Los tres milicianos que le habian cojido eran John Paulding, David Williams é Isaac Vauvert: el congreso alabó su virtud haciéndoles entregar por Washington, en presencia de todo el ejército, unas medallas, en que, á continuacion de sus nombres, habia estas palabras sagradas: «vincit amor patriæ».

Digna era esta divisa de hombres de patriotismo inalterable; lo era tambien de un pueblo pronto á en-

prender cualquiera cosa para salir independientes y vencedores de la lucha. Continuaban á la sazón las hostilidades en la Carolina con suceso variado; un pequeño número de tropas se esparcia en países muy extensos; por ambas partes se hacian incursiones, y mas bien era una guerra de partidarios que una serie de operaciones de dos cuerpos de ejército que se observan y arreglan uno con otro sus movimientos.

Las posiciones mas fuertes que ocupaban los Ingleses en el interior de la Carolina eran Augusta, Ninety-Six y Cambden; otras tropas mantenian en las rejiones intermedias: una columna, mandada por Cornwallis, subia las orillas del Catawba, y Carleton se adelantaba tambien con su caballeria. Pero era difícil mantener un ejército en un país estéril, en donde la guerra habia ya producido sus funestos efectos; la falta de viveres hacia mas indisciplinadas las tropas; los rigores y crueldades que cometieron escitaron la desesperacion de los habitantes, y pronto se vió bajar una multitud de intrépidos montañeses de sus comarcas salvajes á rechazar esta invasion. Muchos carecian de armas de fuego: habian cojido sus hachas, sus guadañas, sus trillos y todos los instrumentos de hierro cuyos mazos ó filos podian defenderles; se hallaban á su frente oficiales arrojados, y entre los mas valientes se notaban los coroneles Sumter, Williams, Campbell y Marion, que iban siguiendo todos los movimientos del enemigo, le hostigaban en su marcha, interceptaban sus comunicaciones y le hacian perder en frecuentes escaramuzas las ventajas que habia obtenido en batalla campal.

En uno de estos encuentros, las tropas mandadas por el coronel Ferguson fueron destrozadas por mil seiscientos montañeses americanos: las fortificaciones que ocupaban en una altura habian sido tomadas por asalto, y todos los que se libraron de la muerte fueron hechos prisioneros.

Otro encuentro hubo cerca del Tigre, donde se hallaba entonces el coronel americano Sumter:

sostuvo sin replegarse los violentos ataques del intrépido Tarleton; pero fué gravemente herido, dispersándose los voluntarios, á quienes ya no podia guiar: Tarleton, que habia debido retirarse en su presencia, pudo luego recorrer libremente aquellas altas rejiones.

Apesar de que estos diferentes combates solo tuviesen una influencia local y parcial, con todo dieron á conocer bastante que los Americanos continuarian oponiendo á sus enemigos una viva resistencia; que los Ingleses no eran dueños del país; que sus tropas podian cometer en ellas devastaciones; pero que del seno de la tierra asolada saldrian aun innumerables defensores.

Cornwallis conocia todas las dificultades de su situacion; pero iba á ponerse en estado de formar una empresa importante: acababa de recibir del general Clinton un refuerzo de tres mil hombres á las órdenes del brigadier Leslie; y estas tropas destacadas de Nueva York hacia mediados de octubre, habian desembarcado en Portsmouth, puerto situado en Virginia, á la entrada de la bahía del Chesapeake. Cornwallis los mandó ir por mar á Charleston: la mitad quedó en esta ciudad y la otra fué á reunirse con su ejército en las orillas del Broad-River y del Catawba.

Las principales operaciones de la campaña de 1781 principiaron en aquellas comarcas. Las tropas ya no estaban á las órdenes de Gates; acababa de tomar el mando el general Greene: llamaba á su lado á todas las nuevas levadas de la Carolina, y en tanto que reunia sus principales fuerzas á las orillas del Pedee, el coronel Morgan y el coronel Washington, sobrino del general en jefe, fueron enviados á las orillas del Broad-River con un cuerpo de infanteria y caballeria lijera. Morgan tuvo luego de habérselas con un adversario digno de su valor: Tarleton se adelantaba á su encuentro con tropas mas numerosas, sobre todo de caballeria. Le alcanzó cerca de Cowpens, en el Pacolet y el Broad-River, y sus tropas estuvieron a la vista el 18 de enero: las de Morgan estaban formadas en dos

líneas, una delante de un bosque y la otra á cubierto de este abrigo. La primera línea, compuesta de las tropas menos aguerridas, fué luego forzada; pero la segunda se defendió con mucho valor: en tanto que se atacaba de frente, uno de los flancos fué envuelto por otra columna enemiga; y Tarleton se creia ya vencedor cuando, cayendo repentinamente sobre él la caballeria lijera del coronel Washington, restablecieron el combate. Al mismo tiempo rehacia Morgan los cuerpos que habian flaqueado: reanimaba su valor, los hacia á su vez vencedores y causó á los Ingleses una sangrienta derrota: estos perdieron ochocientos hombres: su mejor caballeria fué destruida y los restos del cuerpo vencido tuvieron mucho trabajo para llegar al campamento de Cornwallis.

Este general era fecundo en recursos; resolvió reparar este revés; y subiendo á toda prisa la orilla derecha del Catawba, se proponia caer de improviso sobre las tropas de Morgan; mas este inteligente oficial habia penetrado sus designios, y creyéndose demasiado inferior en número, habia pasado ya al otro lado del río: perseguido en su marcha, llegó á Salisbury, atravesó el Yadkin y llegó el 7 de febrero á Guilfort, á donde acababa de pasar el general Greene con su cuerpo de ejército. De este modo se hallaban reunidas las fuerzas americanas; pero como aun así eran inferiores en número á las de Cornwallis, esperaba este general atacarlas con ventaja, y Greene reconoció la necesidad de replegarse inmediatamente sobre la Virginia. Para penetrar en ella habia que pasar el Dan-River: los dos jenerales trataban de llegar primero á las orillas del río, el uno con el objeto de pasarlo, y el otro para estorbárselo; y Greene supo embarazar tan bien la marcha del enemigo con frecuentes escaramuzas, talas de árboles y obstruccion de los caminos, que llegó primero, atravesó el Dan y logró contener al enemigo, formando su ejército á la orilla opuesta.

Cornwallis cambió entonces de plan: no existiendo ya tropas ameri-

canas en el territorio de las dos Carolinas, esperó hacerse mas firme en ellas y poder hacer nuevas levadas que le pondrian en estado de tentar una invasion en Virginia. Una escuadra inglesa habia ocupado nuevos puntos en el litoral; habia desembarcado tropas en Wilmington, cerca del cabo Fear, y todas las comunicaciones de Cornwallis estaban libres, tanto con el interior de estas provincias como con el mar.

Con todo el jeneral americano no queria abandonar la defensa de la Carolina, de donde se habia alejado momentaneamente: hizo entrar en ella un cuerpo de caballeria á las órdenes del coronel Lee, y volvió á comparecer personalmente con algunos refuerzos. Luego que supo Cornwallis su marcha, pasó á la cabeza de tres mil hombres á observar y seguir todos los movimientos de los Americanos, y bien pronto se acercaron tanto los dos ejércitos, que hubo muchas escaramuzas entre sus tropas ligeras; pero el jeneral Greene evitaba una accion hasta que recibiese las levadas que se le habian prometido; y cuando hubo recojido parte de ellas, resolvió empeñar un combate decisivo, y tomó posicion en Guilfort. Sus tropas, en número de seis mil hombres, estaban en tres líneas, en un terreno un poco inclinado: la primera y tercera ocupaban un terreno descubierto, la segunda se prolongaba bajo unos plantíos de árboles; dos cuerpos de caballeria estaban situados sobre las alas.

Los Americanos tenian la ventaja del número; pero se podia confiar menos en su modo de combatir; la mayor parte veian el fuego por la primera vez: algunas milicias flaquearon y las tropas regulares tuvieron que sostener el combate solas. La primera línea, replegándose sobre las otras dos, habia introducido la confusion en sus filas, y los esfuerzos de los soldados mas valientes no pudieron recobrar la ventaja, que fué disputada durante mucho tiempo; pero por fin triunfó la disciplina, y retirándose los Americanos á través de los bosques, despues de un combate obstinado, abando-

naron al enemigo un campo de batalla cubierto de muertos y heridos. La caballeria de Tarleton habia empezado la accion, y ella acabó la derrota: Greene se replegó á cinco millas de distancia en la orilla del Reedy-Fork; y Cornwallis, que habia perdido la cuarta parte de sus tropas, no creyéndose en estado de aprovecharse de una ventaja adquirida á tanto precio, ni menos de sostenerse en un país que hacia muchos meses sufría los estragos de la guerra, abandonó aquellos paises asolados para bajar hácia el litoral: siguió el largo valle que bañan las aguas del Raw, y por último, el 7 de abril llegó á Wilmington. Sus tropas necesitaban descansar: las tuvo durante un mes en las cercanías del cabo Fear, en donde aguardaron la órden de volver á emprender las hostilidades.

Apesar de que el jeneral Greene habia sido batido en Guilfort, recojió sus tropas para hostigar la marcha de Cornwallis; en seguida se dirigió hácia Combden, con intencion de desalojar de aquella fuerte posicion á las tropas de lord Rawdon que aun la ocupaban, y su ejército se habia aumentado cada dia mas con la llegada de los voluntarios que preferian colocarse en sus banderas y asociarse á sus virtuosos estueros y peligros mas bien que quedar sometidos á la dominacion extranjera.

A su llegada cerca de las murallas de Combden, el jeneral Greene, no teniendo aun á su disposicion todos los medios de sitiirla, estableció su campamento á una milla de distancia, en la altura de Hobkirk, pero fué repentinamente atacado el 25 de abril por lord Rawdon, que acababa de salir de la plaza con todas sus fuerzas: la posicion de los Americanos fué envuelta, y su ala izquierda tuvo que sufrir toda la violencia del primer choque. Greene maniobró hábilmente: consiguió á su vez arrojar la columna que habia avanzado sobre él, la desordenó, la derrotó, y sus tropas prosiguieron la ventaja, cuando un cuerpo nuevo, que lord Rawdon tenia en reserva, vino de improviso á caer sobre ellos, los desbarató por la vivacidad de su ataque

y penetró en los atrincheramientos.

Greene rehizo sus tropas á algunas millas del campo de batalla. Este revés no las habia desalentado: los habitantes del país continuaban declarándose en favor de la causa de la independencia; el enemigo se veia obligado á abandonar sucesivamente sus diferentes puestos: y Rawdon, no esperando ya poderse sostener en Combden, resolvió evacuarla el 9 de mayo, despues de haber destruido sus fortificaciones. En seguida un cuerpo de tropas americanas, á cuya cabeza se hallaba el jeneral Pickens, volvió á tomar la plaza de Augusta; y Greene fué en persona á sitiara de Ninety-Six, única que los Ingleses conservaban en las altas rejiones de la Carolina del sud, donde habian sucesivamente perdido los fuertes Watson, Mott, Granby y otros puestos destinados á cubrir sus comunicaciones.

Sin embargo, Ninety-Six iba á ser socorrido por lord Rawdon, que se adelantaba á toda prisa. Antes de su llegada, quiso Greene probar un ataque á viva fuerza, y apenas hubo llevado la mina al pié de los atrincheramientos, que mandó dar el asalto, aunque tampoco hubiese trinchera alguna practicable. Fué infructuoso este sangriento ataque; los Americanos levantaron el sitio el 19 de junio y se retiraron á la otra parte del Broad-River. Dos dias despues llegó lord Rawdon á la plaza; pero no se detuvo en ella; y continuó manteniéndose en campaña para observar los movimientos del enemigo. Pronto principiaron á debilitarse las operaciones de la guerra en estos paises; eran tan escesivos los calores, que las enfermedades alcanzaban á ambos ejércitos. Maniobraron sin empeñar accion alguna importante en el país que riegan el Broad-River, el Catawba y el Edisto; la Carolina iba á volver á tener algunos momentos de tranquilidad; y el teatro de los principales acontecimientos de la guerra iba á ser trasportado á otro punto.

El comandante en jefe de las tropas británicas habia resuelto probar una expedicion en Virginia; habia mandado salir de Nueva York un

cuerpo de mil y seiscientos hombres, á las órdenes de Arnold: la escuadra se dirigió á la bahía de Chesapeake; y los buques de transporte, subiendo el James River, efectuaron un desembarco cerca de Westover. Arnold tenia que ganar el precio de su traicion, y degradado en la opinion de los Americanos, se vengó de su desprecio, manifestándose mas desapiedadado; pero su nombre y sus crueles hostilidades sublevaron á los habitantes contra él; y pronto le obligó su resistencia á encerrarse en Portsmouth. Por otra parte Washington se habia apresurado á enviar algunos refuerzos á Virginia, bajo las órdenes del baron de Steuben y del marqués de Lafayette, que habia vuelto de Francia, hacia muchos meses; y en seguida el jeneral Wayne condujo allí las milicias de Pensilvania. Rochambeau habia tambien destacado de su ejército, que ocupaba el Rhode-Island, un cuerpo de mil y doscientos hombres, á las órdenes de Viomenil; y al principio de marzo fueron embarcadas estas tropas para el Chesapeake; pero un combate que tuvieron que dar al almirante Arbuthnot, á la entrada de aquella bahía, maltratado de tal manera á ambas escuadras, que no pudo efectuarse el desembarco, y los buques de transporte debieron ser conducidos otra vez al Rhode Island. Este contratiempo iba á hacer mas difícil la situacion de la Virginia: logró desembarcar en las orillas del James-River un nuevo cuerpo de dos mil Ingleses, mandados por el jeneral Philipps; y estas tropas, unidas á las de Arnold, pudieron volver á tomar la ofensiva y cometer mayores devastaciones. Entónces resolvió Cornwallis dirigirse en persona á aquel país con una gran parte de sus fuerzas, en tanto que el resto de sus tropas continuaria ocupando Charleston y procurarian hacer cara al jeneral Greene, dueño de todas las rejiones superiores de la Carolina. El 8 de mayo fueron abandonados los acantonamientos que Cornwallis habia tenido en Wilmington; atravesó este jeneral el Roanoke en Halifax, y prosiguiendo su larga y penosa marcha hasta las fron-

terras de Virginia, se reunió allí con las tropas de Philipps y de Arnold y tomó el mando de todo el ejército. Su llegada aseguró á los Ingleses la seguridad del número; con todo los Americanos sostuvieron sus ataques con resolución; lograron contener al enemigo en las rejiones de la costa y cubrir el interior del país, hasta que nuevos refuerzos debían ponerlos en estado de empeñar combates mas decisivos.

Desde el principio de esta campaña, habia tomado la guerra un carácter mas serio en las Antillas: amenazaba todas las playas del golfo de Méjico, y en aquellas aguas ya no se contaron islas neutrales. Aquellos tranquilos depósitos de comercio, mirados hasta entonces como tan útiles para los acopios de los Estados-Unidos, y hasta para los de Inglaterra que venia á proveerse de una parte de las municiones necesarias para sus escuadras de América, perdieron el derecho de asilo de que habian gozado y fueron una abierta contienda para los beligerantes. La isla holandesa de San Eustaquio, habitualmente frecuentada por todos los navegantes, debia á este concurso jeneral su prosperidad; pero tan pronto como la Holanda pareció dispuesta á recibir un enviado del congreso y accedió á los principios de la neutralidad armada, la Inglaterra, no habiendo podido tener los estados jenerales como aliados, se determinó á declararles la guerra: sus embarcaciones tenian orden de perseguir á todos los buques holandeses; muchos fueron capturados en el mar; y las colonias de esta potencia en las Antillas fueron inmediatamente atacadas por las fuerzas británicas. El 3 de febrero de 1781, el almirante Rodney y el jeneral Vaughan se apoderaron de San Eustaquio; las islas de Saba y de San Martin, puestos indefensos, situados en las mismas aguas, fueron pronto ocupados, como igualmente los principales apostaderos de la Guyana holandesa, Demerary, Berbice y Essequibo.

Se remontaban á una época anterior las hostilidades de Ingleses y Es-

pañoles en el golfo de Méjico. En 1780, el capitán inglés Luttrell se habia apoderado de la pequeña isla de Roatam, situada en el golfo de Honduras, y esta situacion permitia á las escuadras británicas hacer incursiones sobre el continente vecino; pero al norte del golfo de Méjico los Españoles habian conseguido ventajas importantes. Don Bernardo Galves, gobernador de la Luisiana, procuraba reconquistar la Florida occidental; y despues de haber tomado algunos apostaderos cercanos al Misisipi, en febrero de 1780, hizo una expedicion contra la Mobile, abrió el 9 de marzo la trinchera delante de aquella plaza, y despues de algunos dias se apoderó de ella. Estas primeras ventajas le movieron á emprender el sitio de Pensacola, cuya posicion estaba mucho mejor fortificada, y en la isla de Cuba hizo todos sus preparativos. En el mes de octubre salieron de la Habana trece navios de linea y un gran número de buques de transporte, montados por tres mil ochocientos hombres; pero un huracan dispersó estas fuerzas: los navios de guerra volvieron á la Habana, y los otros buques, no pudiendo resistir tanto la tempestad, se desviaron del golfo de Méjico y con gran trabajo se refugiaron, unos en las aguas del Misisipi, y otros en la bahía de Campeche.

En la primavera del año siguiente se volvió á emprender la expedicion de Galves. Embarcóse este en la Habana con mil y trescientos hombres, se hizo á la vela para Pensacola y ocupó, en la entrada de esta bahía, la isla de Santa Rosa, en donde se estableció el 9 de marzo de 1781; y cuando hubo recibido algunos refuerzos de la Mobile y de Nueva Orleans, desembarcó una parte de sus tropas en el continente y bloqueó la plaza por mar y tierra. Aun le fueron enviados de la Habana nuevos refuerzos: llegó el almirante Solano con una escuadra de trece buques, de los cuales cuatro eran franceses, y las tropas que desembarcó aumentaron hasta ocho mil hombres el ejército sitiador. El 26 de abril se abrió la trinchera; y apesar de la valerosa defen-

sa de la guarnicion inglesa, la explosion de un almacén de pólvora que arruinó uno de los principales atrincheramientos, decidió inmediatamente al coronel inglés Campbell á capitular. Durante los trabajos del sitio se habian visto numerosas partidas de Indios estenderse al rededor del campamento español, atacar los puestos avanzados y los forrajeadores, y refugiarse luego en sus comarcas salvajes, para atraer allí á Galves y debilitar sus ataques contra la plaza; pero este jeneral no se habia distraído de su empresa y habia evitado sus lazos (véase la lámina 69).

Hacia la misma época, una escuadra francesa mandada por Motte Piquet, encontró un convoy de treinta y cuatro embarcaciones inglesas despachadas de San Eustaquio bajo la escolta de cuatro buques de guerra, y cargadas de las mercancías y municiones que habian arrebatado de los almacenes de aquella colonia; la francesa se apoderó de veinte y dos buques, otros dos fueron capturados por unos corsarios, y los demás del convoy llegaron con trabajo á las costas de Irlanda.

En las aguas de las Antillas iban á tener lugar otros acontecimientos. Una escuadra de veinte y tres embarcaciones, salida de Brest el 20 de marzo, bajo las órdenes del conde de Grasse, llegó el 28 de abril á la vista de la Martinica, y despues de haber perseguido durante mucho tiempo la escuadra del almirante Hood, que procuró evitar un encuentro con fuerzas demasiado superiores, fué á fondear en Fuerte Real.

Entonces se acordó el ataque de la isla de Tabago entre el conde de Grasse y el marqués de Bouille, gobernador de las islas del Viento. Desde luego se envió un destacamento de mil y quinientos hombres, á las órdenes del jeneral Blanchelande, que se apoderó de la ciudad y fuerte de Scarborough; inmediatamente llegó allí Bouillé para desembarcar con tres mil hombres. Las tropas inglesas se habian atrincherado en el fuerte Concord; allí fueron perseguidas y se replegaron sobre Cale-

donia, principal establecimiento de la isla, que se entregó el 1.º de junio por capitulacion. El almirante Rodney, que se hallaba á la sazón en la Barbada, se habia apresurado á ir al socorro de Tabago; pero habiendo llegado á aquellas aguas despues de su rendicion, procuró no pelear con la escuadra francesa que se dirijia á su encuentro, y se retiró en la noche del 6 de junio. Dejó Bouillé una guarnicion francesa en Tabago, y la escuadra le volvió á conducir á la Martinica. Allí se preparaba un numeroso convoy para la isla de Santo Domingo; le escoltó el conde de Grasse y le condujo al Cabo Francés, donde llegó su escuadra el 26 de julio. La continuacion de sus operaciones estaba acordada con Washington y Rochambeau; en aquella correspondencia se habian empleado muchas embarcaciones ligeras; para libertar á los Estados-Unidos se queria tentar una expedicion decisiva; y cuando los planes de esta estuvieron ya arreglados, salió aquel almirante del Cabo Francés con tres mil y cuatrocientos hombres de tropas de tierra. Tomó su escuadra la peligrosa direccion del viejo canal que se estiende entre la isla de Cuba y el archipiélago de las Lucayas; subiendo en seguida hacia el norte por el canal de Bahama, apareció el 28 de agosto delante de la bahía de Chesapeake. Algunos dias despues se efectuó el desembarco de las tropas en James Town y aquel cuerpo de ejército se unió con los de los jenerales Wayne y Lafayette.

El 3 de setiembre se descubrió hacia el este una escuadra británica de veinte y un buques, espedita de Nueva York, á las órdenes del almirante Graves, y al momento mandó el conde de Grasse cortar los cables para dirijirse á su encuentro. No tardaron en hallarse en presencia la una de la otra, y el fuego fué muy vivo por ambas partes; pero mientras que una de sus alas se encontraba á tiro de fusil, la otra estaba demasiado lejana para tomar parte en este combate, que duró hasta la noche. Alejóse la escuadra inglesa; y el conde de Grasse, despues de ha-

ber permanecido en el mar durante muchos días, volvió á la entrada de la bahía, donde se apoderó de dos fragatas inglesas.

Acababa de llegar á la misma bahía una escuadra francesa, mandada por el conde de Barras; habia sido despachada del Rhode-Island con un convoy de municiones y de artillería que fueron desembarcados en la embocadura del James-River; y al mismo tiempo se recibieron nuevos avisos sobre la marcha y próxima llegada de las tropas de Washington y de Rochambeau. Habian sido tan bien tomadas todas las disposiciones, tanto por tierra como por mar, que pronto se pudieron reunir en el mismo punto todas las fuerzas que debían obrar á la vez contra el ejército británico.

El 9 de junio se habia embarcado Rochambeau en New-Port; subió hácia el norte del Rhode-Island hasta Providencia, y los Franceses tomaron luego el camino por tierra para atravesar el Connecticut y presentarse en Philisbury, en las orillas del Hudson. Allí se unieron el 6 de julio al ejército americano que habia abandonado las alturas situadas á la otra parte del río. Esta marcha de doscientas y quince millas, hecha con un calor excesivo, no abatió ni la alegría ni el entusiasmo franceses: ambos ejércitos se acogieron mutuamente con cordialidad, y se consagró su reunion con fiestas militares. Los Franceses se felicitaban de ver al venerable guerrero cuyas virtudes personales servian de ejemplo á sus soldados, y que se habia hecho demasiado grande para escitar la envidia, para ser ambicioso y para anhelar otra gloria que la de su país. Los Americanos aplaudian aquel noble celo de los Franceses de todos grados, que iban á alistarse bajo las mismas banderas. La facilidad de sus costumbres, sus agasajos y la exactitud de su disciplina les habia hecho apreciables durante su residencia en el Rhode-Island; y estos sentimientos de afecto y aprecio habian estrechado los vínculos políticos formados entre ambas naciones.

Después de la reunion de las tropas en Philisbury, Washington mandó hacer un reconocimiento hácia el sud como si hubiese tenido el plan de atacar á Nueva York; pero esta plaza tenia una guarnición de quince mil hombres; estaba cubierta por muchas líneas de defensa, y el general aparentando amenazarla, solo trataba de retener allí las fuerzas enemigas, á fin de conservar mas libertad en sus propios movimientos. Hasta hizo subir tropas hácia el norte, para no encontrar en el paso del Hudson el crucero de los buques ingleses; y después de haber pasado el río en *King's-Ferry*, entró en el Nuevo Jersey, y se dirigió sobre Princeton y Trenton, sitios célebres por hechos gloriosos y caros á la memoria de los Americanos. Allí se encontraba en un camino triunfal, y los primeros vencedores recibieron de sus auxiliares el juramento de imitarles.

Las tropas francesas llegaron el 15 de agosto á las puertas de Filadelfia; hicieron alto para vestirse, como si fuese un día de fiesta ó de batalla; y cuando hicieron su entrada, la concurrencia de los habitantes á su paso fué inmensa; las casas estaban adornadas con las banderas de las dos naciones, la alegría y la esperanza eran unánimes; y cuando estos guerreros de las bandas viejas desfilaron á la vista del congreso, la asamblea les honró con su saludo fraternal y sus aclamaciones.

Los Franceses no se detuvieron en Filadelfia mas que un solo día. Se supo que la escuadra del conde de Grasse acababa de llegar á la entrada del Chesapeake, y se apresuraron á pasar hácia el fondo de la bahía, en donde se embarcaron algunas compañías: el resto de las tropas se dirigió sobre Baltimore, y de allí á Anápolis, donde se encontraron mas buques de transporte. Habiendo las dos escuadrillas recorrido la bahía, entraron en el James-River, y los rejimientos que tenian á bordo se reunieron á los que el conde de Grasse habia traído de las Antillas y mandaba el marqués de Saint Simon. Este general estaba á la cabeza de



ESTADOS UNIDOS

ETATS-UNIS

Capitulacion de Cornwallis en York-town.

Capitulacion de Cornwallis a York-town.

Historia de

Oficina de Engraving

Toma de Pensacola.



66

ESTADOS UNIDOS.

ETATS - UNIS.

ESTADOS UNIDOS.

ETATS - UNIS.

77



W. H. Woodcut.

Dispositivo

Décaujos.

los regimientos de Ajenois, de Galinai y de Turena, y Rochambeau llegaba con los del Borbonés, del Soissonais, de Santonje y de Real Dos-puentes.

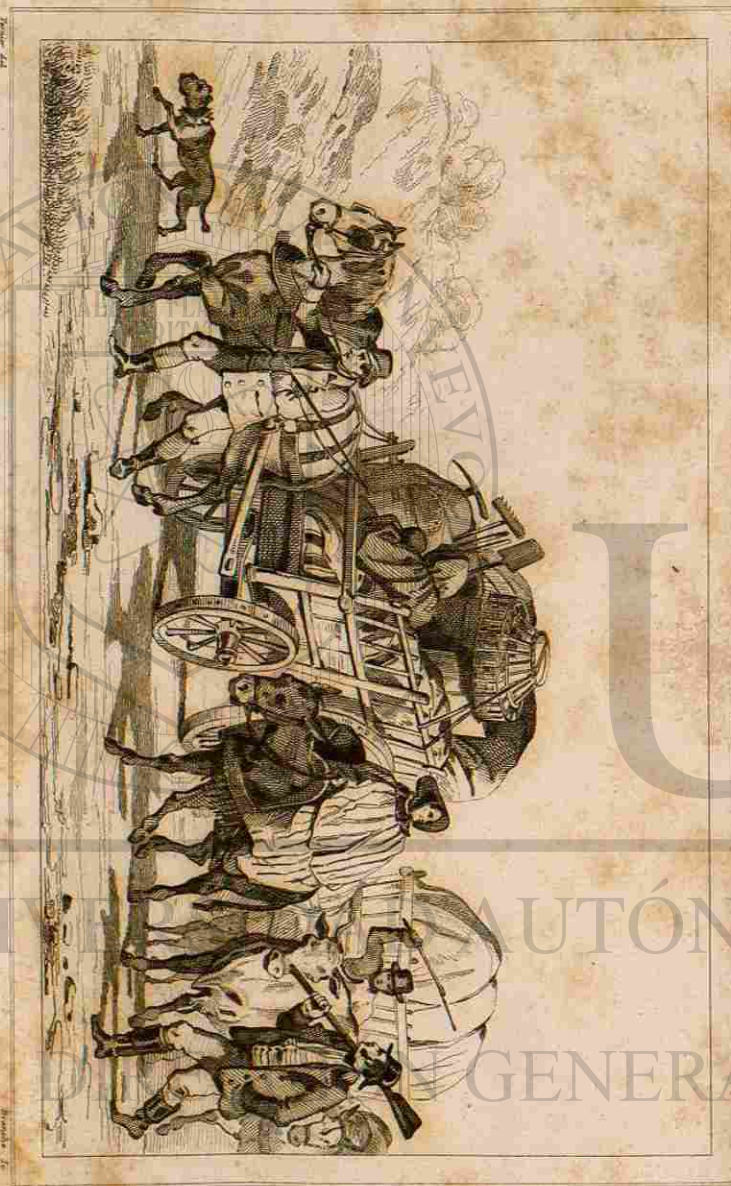
Hacia la misma época se recibió en el campamento de los aliados la noticia de los últimos acontecimientos en la Carolina. Los Americanos habian sostenido en ella la guerra con honor, y el ascendiente momentaneo de sus enemigos habia ido disminuyendo cada dia. El general se habia desde luego aprovechado, para reparar sus pérdidas, de la época en que los escesivos calores y la insalubridad de la estacion entibaron las grandes operaciones militares: habia llamado las milicias, los voluntarios y algunas tropas regulares de las comarcas inmediatas, y desde el 1.º de setiembre habia vuelto á tomar la ofensiva contra los Ingleses, que ocupaban aun, entre el Santee y el Savannah, las regiones inferiores de la Carolina. Lord Rawdon no se hallaba ya á su cabeza; se habia embarcado para Europa, y habia dejado al general Stewart el mando de este cuerpo de ejército.

Cuando los Americanos maniobraron para encontrar al enemigo, replegándose aquel á su aproximacion, llegó á las orillas del *Eutaw Springs* que desagua en el Santee, y allí fué vigorosamente atacado, el 8 de setiembre. En este memorable combate se disputó la victoria durante mucho tiempo. La vanguardia americana habia sucumbido al primer choque; pero habiendo el enemigo roto sus filas en aquella carga precipitada, se habia aprovechado Greene de aquella falta de formacion para atacarles por el flanco y cortarles, introduciéndose en los intermedios. Su maniobra era tan hábil como atrevida, y los Ingleses fueron rechazados á su vez. Con todo algunos incidentes del terreno les facilitaron el rehacerse luego: se pudieron atrincherar en el recinto de un gran edificio en el cercado de un jardin, y en el difícil acceso de los arbolados á donde habian sido arrojados; y habiendo el general Greene probado inútilmente de de-

salosjarles de sus nuevas posiciones, mandó cesar el ataque y se retiró á su campamento. Los Ingleses habian sufrido tanto en aquel encuentro, que se alejaron al dia siguiente y se replegaron de punto en punto hasta Charleston, en presencia de los Americanos, quienes continuaban observando y siguiendo sus movimientos.

En esta campaña no solo tuvo Greene que resistir á las tropas británicas sino tambien á los descontentos que les favorecian, y á las incursiones de los Cherokees, escitados tantas veces á tomar las armas. Esta nacion guerrera, situada en medio de los Apalaches, celosa del engrandecimiento de las posesiones europeas, y siempre dispuesta á reconquistar un pais que le habia pertenecido, habia bajado rápidamente de sus altas rejiones, y habia asolado como un torrente todas las habitaciones que halló á su paso. El general Pickens fué enviado contra los agresores, á la cabeza de cuatrocientos caballos: penetró en su pais, quemó trece aldeas indias, alcanzó en su huida la mayor parte de los hombres que no habian perecido en el combate, y cojió muchos prisioneros. Las pérdidas que experimentaron los Cherokees hicieron muy pronto desaparecer sus esperanzas, y les obligaron á solicitar la paz.

Igual feliz éxito logró, cerca de las orillas del Mohawk y del Canadá, Creek, contra un cuerpo de guerreros indios al servicio británico. El coronel Willet contuvo sus devastaciones, y les mató muchos hombres, entre ellos á Butler, uno de sus principales instigadores: los demás guerreros se retiraron á favor de la noche, ganaron la profundidad de los bosques, y se dispersaron en aquellas comarcas salvajes, donde parece que atestiguan uno de los trastornos mayores de la naturaleza moles inmensas de peñascos, arrancados de raiz de las montañas y echados á rodar á través de anchos valles, todos revueltos. La dificultad de perseguir allí á los Indios protejió su huida; pero á lo menos no se renovaron sus hostilidades y se pá-



Emigraciones de la Carolina.

Emigraciones hacia el Oeste.

cificó aquella frontera como acababa de hacerse con los países occidentales de la Carolina y de la Georgia.

Charleston, Savannah y algunos puntos menos importantes, dispersados en el litoral, eran entonces las únicas plazas del mediodía que ocupaban las tropas inglesas: estaban reducidas á la defensiva, se hallaban aisladas desde la marcha de Cornwallis á la Virginia, y su situación debía depender de los sucesos que acaeciesen á su alrededor. Hemos visto que hacia ya algunos meses que se habia enviado á Virginia un cuerpo de mil y doscientos Americanos á las órdenes de Lafayette. Habia resistido las primeras incursiones del enemigo, y una de sus hazañas mas felices habia sido la desalvar de las llamas la ciudad de Richmond, que Arnold amenazaba destruir. Habiéndose luego aumentado aquel cuerpo con las tropas del baron de Steuben y del general Wayne, logró contener los movimientos de Cornwallis, y reducirle á ocupar la península bañada por las aguas del York-River y del James-River.

El 25 de junio se empeñó un combate cerca de este último rio. Los Ingleses habian establecido su campamento detrás de un pantano que cubria su centro é izquierda: á su derecha se prolongaba un estanque, y no obstante la fuerza de su posición les atacaron los Americanos. Creian tener delante una parte de las fuerzas británicas, y Cornwallis habia hecho correr el falso rumor de que el James-River le separaba del resto de sus tropas. Sus hábiles maniobras envolvieron luego las dos alas de los Americanos, los derrotó y quedó dueño del campo de batalla.

En seguida maniobró Cornwallis en ambas orillas del rio: no parecia que hubiera determinado plan alguno de operaciones generales: unas veces se acercaba este jefe á Portsmouth y otras maniobraba en las riberas del York-River: queria establecer en un puerto un punto seguro de comunicacion entre él y el general Clinton, que le debia enviar de Nueva York nuevos refuerzos; y

por fin se decidió á fijar en York-Town su cuartel jeneral y concentrar sus fuerzas en aquel punto.

Allí iba á tener que resistir los esfuerzos de los aliados cuyas tropas estaban reunidas cerca de Williamsburgo: todos aquellos cuerpitos abandonaron su campamento el 28 de setiembre, y pasaron á cercar á York-Town. Ocho mil Americanos ocupaban la derecha, y siete mil Franceses la izquierda: formaban al mediodía de la plaza una larga línea de circunvalacion, cuyas dos estremidades se apoyaban en el rio: tambien fué bloqueado el apostadero de Gloucester, situado en la orilla opuesta, á fin de quitar á Cornwallis todo medio de retirarse pasando de un lado á otro. El bloqueo, puesto á la entrada del York-River por algunos buques de la escuadra francesa, privaba á los sitiados de toda comunicacion con el mar; y rodeado Cornwallis en esta posición por todos lados, solo trató de prolongar su defensa para aguardar los auxilios que le podrian suministrar el general Clinton y el almirante Graves.

Las obras exteriores de York-Town eran muy estensas, y debian cubrir todas las cercanias de la plaza: pero aun estaban incompletas cuando se vino á formalizar el sitio; y no creyendo Cornwallis posible defenderlas, las abandonó en la noche del 29 de setiembre. Pronto se situaron en ellas los sitiadores, se abrió la trinchera el 7 de octubre; fué trazada una primera paralela, y luego se descubrieron setenta y seis bocas de fuego. Habiendo sido atacados siete horas despues dos reductos avanzados, el uno por Viomenil y el otro por Lafayette, fueron ambos tomados espada en mano, y sirvieron de puntos de apoyo para la segunda paralela. La plaza fué estrechada mas y mas, y los sitiados intentaron una vigorosa salida en la noche del 15; pero fueron rechazados. Las baterías continuando su fuego rompian las estacadas; destruian los atrincheramientos y abrian profundas brechas; y entonces quiso Cornwallis atravesar el rio

para refugiarse en Gloucester; pero el mal tiempo se lo impidió: sus recursos estaban agotados, y no pudiendo prolongar mas su resistencia, pidió, el 17 de octubre, una suspension de armas. Este dia era el cuarto aniversario de la capitulacion de Burgoyne; y la de Cornwallis se firmó el 19 del mismo mes. Fueron inmediatamente ocupados dos reductos de la plaza, el uno por un destacamento americano y el otro por unos granaderos franceses: las guarniciones de York-Town y Gloucester quedaron prisioneras de los Estados Unidos, y todos los buques fueron entregados á la marina de Francia. La infantería inglesa salió con las armas al hombro, tambor batiente y banderas desplegadas; la caballería espada en mano y tocando las trompetas; todas las tropas desfilaron entre las fuerzas americanas y francesas, fueron á depositar sus armas delante de los apostaderos, y solo los oficiales conservaron sus espadas. Cornwallis sufría demasiado ó estaba demasiado rendido para poder presentarse; marchaba á la cabeza de la columna el mayor general O'Hara, y cuando presentó su espada al general francés, Rochambeau le manifestó que debia tomar las órdenes del general Washington: este recibió su arma y se la volvió. Los Ingleses habian perdido mas de setecientos hombres; y el número de los prisioneros de guerra pasó de seis mil y seiscientos, incluso los heridos (véase la lámina 70).

La capitulacion de Burgoyne y la de Cornwallis fueron los acontecimientos mas memorables de la guerra de América: ambas pérdidas privaron al enemigo de todas sus ventajas, y en un dia destruyeron las esperanzas que habia concebido. En el curso de la guerra como en todos los demás asuntos humanos, hay ocasiones que conviene aprovechar: el jenio militar las prevé y las sigue; y si las casualidades de la fortuna le contrariasen lo suficiente para inspirar una confianza ciega á sus enemigos y hacerles arrojarse temerariamente á empresas mas arriesgadas, goza de su seguridad, fatiga

a sus vencedores, y se abre paso á través de sus efimeros triunfos, hasta el terrible momento de las represalias, en que lo ha dispuesto todo para abatirles y sepultarles en sus glorias.

Siete dias despues de la capitulacion se presentó á la entrada del Chesapeake una escuadra inglesa de veinte y ocho navios de línea; enviada de Nueva York con cuatro mil hombres de tropas, pero se retiró luego que supo este suceso.

Las tropas de tierra y la escuadra francesa habian tenido una parte tan gloriosa en esta expedicion, que deseando el congreso honrarles en las personas de sus jefes, ofreció al conde de Rochambeau dos cañones y al conde de Grasse otros cuatro tomados al enemigo: monumentos preciosos en que fueron grabados sus nombres y el recuerdo de sus servicios. Habiendo el almirante francés cumplido su encargo, volvió á hacerse á la vela el 4 de noviembre para regresar á las Antillas con las tropas que habia traído al continente; pero permanecieron las de Rochambeau, y tomaron el 14 del mismo mes cuarteles de invierno en York-Town, Hampton, y Williamsburgo. Las tropas americanas fueron enviadas á la Carolina y conducidas por el general Lincoln á los Estados del Nuevo Jersey y Nueva York; y Washington pasó á Filadelfia para acordar con el congreso los preparativos de la campaña inmediata.

En estos momentos de reposo fué cuando el marqués de Chastellux, mayor general del ejército de Rochambeau, hizo con varios oficiales franceses un viaje en el interior de la Virginia hácia Monticello, donde Jefferson dedicaba al estudio de las ciencias los ratos que tenia libres de los asuntos públicos, hácia los rústicos valles que atraviesa el *Puente natural*, hácia esas comarcas del James-River que han conservado la memoria de los primeros colonos de la Virginia y de Pocahontas su bienhechora. Ya Chastellux habia visitado el invierno anterior los Estados situados entre el Rhode-Island y la

Pensilvania: estudiaba entonces los países, en cuya defensa debían tener parte las tropas francesas, y había recorrido en este reconocimiento militar todos los puntos en que habían establecido los Americanos sus principales apostaderos, y todos aquellos célebres por alguna acción, desde Saratoga al Brandywine y á Germantown.

El conde de Grasse, conduciendo su escuadra á las Antillas, quería pasar primero á la Barbada: vientos contrarios se lo impidieron; causaron grandes averías en su arboladura, y el almirante fué á anclar el 26 de noviembre delante del Fuerte Real de la Martinica. Se hallaba á la sazón ausente el marqués de Bouillé: se había embarcado hacia algunos días con mil y doscientos hombres para volver á tomar la isla holandesa de San Eustaquio, de la que se habían apoderado los Ingleses; y no obstante que solo pudieron saltar en tierra como unos cuatrocientos hombres, se encaminó hácia el fuerte con tal rapidez, que la guarnición mandada por Cockburn fué sorprendida en el glasis haciendo el ejercicio. Sobrecojida por un ataque tan brusco, quiso retirarse al fuerte; pero el caballero de Frene, mayor del regimiento Real Franco-Condado entró mezclado con ellos, seguido de sus cazadores y los del regimiento de Auxerrois: luego que hubo pasado mandó levantar los puentes levadizos para impedir el regreso de las tropas que quedaron fuera del recinto, y haciendo rendir las armas á los que ya estaban dentro, se encontró dueño de la plaza, mientras el marqués de Bouillé obligó á los otros cuerpos á rendirse. Este jeneral mandó devolver á los Holandeses un millon que les había pertenecido y estaba aun depositado en casa del gobernador, volvió á apoderarse, algunos días despues, de las islas de Saba y San Martin, y así acabó esta gloriosa campaña por los servicios hechos á los aliados de la Francia.

Bajo los mismos auspicios se abrió la campaña de 1782; y haciéndose á la vela el conde de Kersaint para la

Guyana holandesa, fué á recuperar los establecimientos de Demerary, Berbice y Essequibo.

Luego que reparó sus averías la escuadra del conde de Grasse, este almirante volvió á abrazar el proyecto de atacar la Barbada; pero fué acometido por ráfagas tan violentas, que tuvo que volver al fuerte Real; de tal manera fueron perseguidas algunas de sus embarcaciones por los vientos de sudeste, que les fué preciso alcanzar los atracaderos de las islas de San Eustaquio y de Santo Domingo. Entonces los vientos contrarios hicieron renunciar á la expedición proyectada, y algunos días despues levantó las áncoras la flota para intentar la conquista de la isla de San Cristóbal con tres mil quinientos hombres, mandados por el marqués de Bouillé. El 11 de enero desembarcaron estas tropas en *Basse-Terre*, hácia la mitad de la costa meridional, y marcharon luego sobre Brimstone-Hill, cuya altura y fortaleza dominaban Sandy Point, situado á la estremidad occidental de la isla.

La necesidad de reemplazar una parte de la artillería y de las municiones que el naufragio de un buque les había hecho perder, hizo retardar los trabajos de la trinchera, y en este intervalo se vió aparecer la escuadra del almirante Hood, que venía, con dos mil cuatrocientos hombres embarcados en la Barbada y en Antique, á introducir algunos socorros en la plaza. Al momento salió el conde de Grasse de la rada de Sandy Point, donde se hallaba á la sazón, para alejar á las embarcaciones inglesas; y el almirante Hood, replegándose delante de él hasta las aguas de la pequeña isla de Nevis, se aprovechó luego de un viento de este para volver á fondear en la gran bahía de las Salinas, que empieza al sudeste de San Eustaquio: en vano la atacaron las embarcaciones francesas en su atracadero, y mil y trescientos hombres que desembarcó el almirante inglés en la costa inmediata, obtuvieron al principio algunas ventajas contra un cuerpo de tropas aisladas;

pero la aproximación de un destacamento mas numeroso los decidió á volver á la flota. Continuaba el marqués de Bouillé apresurando con actividad los trabajos del sitio de Brimstone Hill; y cuando sus baterías hubieron derribado el revestimiento de las primeras murallas, el comandante de la plaza pidió una suspensión de armas, y obtuvo una capitulación que fué firmada el 13 de febrero. Constaba la guarnición de setecientos y cincuenta hombres de tropas disciplinadas y de trescientos hombres de milicia; salió con los honores de guerra.

La escuadra del conde de Grasse continuaba bloqueando la inglesa en la bahía de las Salinas: pero habiendo aquel dejado su estación el 20 de febrero para ir á recibir hácia la isla de Nevis un convoy de víveres que le estaba destinado, se aprovechó el almirante Hood de su alojamiento para abandonar el fondeadero que ocupaba y para ganar precipitadamente la alta mar. No se conocieron sus movimientos; la escuadra se alejaba viento en popa con una profunda oscuridad; y los vijías de las fragatas francesas que cruzaban á alguna distancia tomaron los fuegos, que había encendido en sus boyas cuando cortaron los cables por los de la misma flota. Los marineros mas espermentados alabaron esta feliz estratagemá, con cuya ayuda pudo el almirante Hood salir de una peligrosa posición en que le habían bloqueado momentáneamente fuerzas muy superiores.

Cuando terminada la expedición de San Cristóbal, el marqués de Bouillé dejó allí una guarnición francesa, una escuadra, mandada por el conde de Barras, fué dirigida sobre la isla de Mon-Sarrat que capituló con las mismas condiciones y la armada volvió á la Martinica.

Hasta entonces acertadas combinaciones habían favorecido las operaciones de la guerra en las Antillas; y la Francia y la España se disponían á reunir allí cincuenta buques de guerra y veinte mil hombres para atacar la Jamaica, mientras que la Gran-Bretaña hacia nuevos es-

fuerzos para recobrar la superioridad en aquellas aguas. En Inglaterra habían cambiado las opiniones sobre la dirección que se debía dar á las hostilidades: había prevalecido el partido de la oposición; y en lugar de continuar una guerra ofensiva contra los Americanos y en el continente de los Estados-Unidos, fueron por grados acomodándose á la idea de su independencia, y los Ingleses quisieron dirigir todas sus fuerzas contra la Francia y sus aliados. Se desplegó una nueva actividad en todos los trabajos de los astilleros; cada armada iba á ser reforzada, la primera que se aumentó fué la de las Antillas; y á fines de febrero fueron diez y siete buques de guerra, mandados por Rodney, á unirse á los del almirante Hood, y aumentaron hasta treinta y seis velas la escuadra británica que tuvo entonces Rodney á sus órdenes. Sus cruceros al oriente de este archipiélago no pudieron interceptar un convoy de víveres, despachado de Brest para la Martinica; y en seguida fué á fondear en las aguas de Santa Lucía para hallarse en situación de seguir todos los movimientos del conde de Grasse, cuya escuadra constaba de treinta y tres embarcaciones. Estaba destinada esta armada á la expedición de la Jamaica, iba á escoltar ciento cincuenta buques de transporte ó de comercio, de los cuales había una parte cargada de municiones de guerra; y cuando el 8 de abril salió de la Martinica con la mira de dirigirse á Santo Domingo, donde debía reunirse á las fuerzas de Solano, el almirante Rodney en persona se apresuró á abandonar su apostadero, para ir á toda vela contra la escuadra francesa que encontró la mañana siguiente entre la Dominica y la Guadalupe. Allí hubo en el mismo día un combate entre las dos vanguardias; las otras divisiones navales no estaban en situación de tomar parte en él; fueron desamparadas muchas embarcaciones; se alejaron para aparejarse; y el conde de Grasse se aprovechó de esta primera ventaja para acelerar la marcha de los buques de convoy

que debían llevar municiones á Santo Domingo. Se habían dirigido estos buques sobre la Guadalupe, cuando se avistó la escuadra británica y á media noche se volvieron á hacer á la vela para llegar á su destino.

Después de este combate se dirigió el conde de Grasse al canal de las Santas, para pasar luego al viento de la Deseada, y subir hacia Santo Domingo; pero pronto fué debilitada su escuadra por muchos accidentes sucesivos. En la noche del 10 chocó el *Zélé* con el *Jason*, y le causó tales averías, que fué preciso volverlo á la Guadalupe, con otro buque dañado con la explosión de un cañón; de tal manera había sufrido que su marcha se entorpeció con este accidente. Podían estos buques caer en poder del enemigo, y el almirante quiso volar á su socorro. En la jornada del 11 logró librarlos, pero el *Zélé*, fatal instrumento de ruina, chocó aun en la noche siguiente con la *Ville de Paris*. Las nuevas averías que este choque le hizo experimentar obligaron á que fuese remolcado por otro buque: y el conde de Grasse, queriendo protegerlo, se encontró cerca de la escuadra enemiga y empujó, el 12 de abril, un combate naval, que fué el más funesto de todos los que la Francia había dado en estas aguas. Ambas escuadras habían estendido sus líneas, y se encontraban la una de la otra á medio tiro de cañón. La vanguardia francesa y la mitad de la escuadra del centro fueron muy maltratadas en sus aparejos; la variación del viento, que pasó repentinamente al sudeste, desbarató el orden de batalla y permitió á Rodney cortar por en medio la línea opuesta. La *Ville de Paris*, que ocupaba esta posición, fué pronto atacada por muchas embarcaciones reunidas: habían ya perdido sus aparejos algunos buques que la precedían inmediatamente, y se habían rendido, después de un sangriento combate. Los otros buques que debían seguir al almirante, hasta aquellos que le servían de pilotos, se hallaban distantes de él y fué envuelto con mucha facilidad. El conde de Grasse, después de ha-

ber combatido desde las ocho de la mañana hasta la noche, bajo un fuego terrible que había destruido sus arboladuras, sus maniobras y una gran parte de su tripulación, no teniendo ya municiones y no pudiendo prolongar su defensa, ni perecer bajo los golpes del enemigo, tuvo la desgracia de arriar su pabellón. Esta presa del navío almirante completó la victoria de Rodney. Habían sido destruidos cinco buques franceses; otros que cayeron en poder de los Ingleses, estaban tan maltratados que se fueron á pique algunos días después, y otros quince buques que se libraron de este desastre, á las órdenes del marqués de Vaudreuil, llegaron sucesivamente á Santo Domingo. El 25 de abril este jefe de escuadra echó anclas en el Cabo Francés, y allí encontró once buques españoles, como igualmente las tropas destinadas al ataque de la Jamaica; pero esta isla iba á ser socorrida por fuerzas navales muy superiores; fué preciso renunciar á la expedición proyectada, y Solano volvió con su escuadra á la Habana.

Sin embargo la fortuna quiso mezclar con tan grandes pérdidas algunos acontecimientos favorables; se recobró la isla de Roatan que ocupaban los Ingleses hacia más de dos años, y las islas Lucayas, donde generalmente encontraban sus corsarios un refugio; muchos convoyes, aguardados en Europa, se hicieron felizmente á la vela bajo buenas escoltas; y una escuadra, mandada por Perouse, fué enviada á la bahía de Hudson y allí destruyó los establecimientos y las factorías de la compañía inglesa. El marqués de Vaudreuil volvió al mar con trece buques de guerra; iba á completar en la rada de Boston la reparación de sus averías y recibió de los Americanos todos los socorros que se podía esperar de su fiel amistad. Habiéndose estrellado contra las rocas cercanas á la entrada del puerto uno de sus buques, maltratado ya en el combate del 12 de abril, el congreso de los Estados-Unidos regaló al rey de Francia el buque la *América* que acababa de hacer construir.

Recibió este gobierno con suma aflicción la noticia de los reveses del conde de Grasse; no había entibiado su celo, ni en favor de la defensa de la patria, ni del mantenimiento de su unión con la Francia; y aunque la Inglaterra le hubiese entonces manifestado intenciones más pacíficas, el congreso resolvió no negociar arreglo alguno sin la participación de su aliado.

Entonces sir Henry Carleton había reemplazado á Clinton en el mando de las tropas británicas; y este general, célebre ya por sus servicios en el Canadá, tenía que dirigir todas las operaciones de la guerra; pero no se le enviaba refuerzo alguno, y se mantenían en la defensiva los diferentes apostaderos que ocupaban los Ingleses en la Carolina. Siempre permanecían en su poder Charleston y Savannah; de ellos habían hecho sus plazas de armas por la parte del mediodía; y las tropas esparcidas por los alrededores tenían muchas escaramuzas con las del general Greene. El 11 de julio de 1782, fué evacuada la posición de Savannah, y los Ingleses no ocupaban ya más que Charleston en los Estados del Sud; pronto insinuaban la intención de abandonarla, y si permanecieron allí algunos meses más, fué sin llevar á ella nuevas fuerzas. Suspendieron sus incursiones hacia el interior; los Indios no fueron ya escitados á cometer hostilidades en las fronteras; y como estas regiones no parecían ya espuestas á volver á ser el teatro de la guerra, las tropas francesas, que habían quedado en Virginia pasaron, á fines del verano, á los estados del Norte para hallarse mas al alcance de las riberas que aun podían ser amenazadas.

La Francia, después de haber conquistado en las Antillas una parte de las posesiones inglesas, esperaba á su vez inquietudes por sus propias colonias; no les protegia ya la presencia de una armada; y era preciso hacer nuevos esfuerzos para reparar sus pérdidas: Luis XVI quiso lograrlo y fué secundado en esta generosa resolución por el concurso de todas las clases del reino.

Se pusieron en los astilleros doce buques de alto bordo; regalaron voluntariamente otros muchos los dos hermanos del rey, los estados de Borgoña, las ciudades de Paris, Lyon, Burdeos y Marsella y otras grandes administraciones, y esta emulación de celo manifestó al gobierno que podía prolongar con nuevos y fecundos recursos una lucha en que era sostenido por la opinión de todo un pueblo.

Esta guerra no había cambiado de objeto; su fin constante era hacer reconocer la independencia americana; pero la Francia, al adquirir aliados en Europa; se había aun impuesto otras obligaciones para con ellos, quería defender sus dominios, favorecer sus empresas y unirlos por su propio interés á la causa de los Estados-Unidos. De este modo se había encontrado la España empeñada en su querrela, hasta antes de haber reconocido su independencia; los ayudaba con sus diversiones y ocupaba una porción de las fuerzas que la Inglaterra había dirigido contra ellos. Muchas expediciones dirigidas hacia el mediodía de la Europa, ó hacia otras aguas más lejanas, hicieron conocer que todas las operaciones de una guerra tan estensa estaban estrechamente unidas, y que al negociar un día las condiciones de la paz se tendrían que equilibrar las ventajas y los reveses, en cualquier parte del mundo que hubiesen acontecido.

Desde la liga de la neutralidad armada, el corso marítimo, más contrariado por la parte del norte, se había dirigido hacia el mediodía. Los armamentos ingleses que pasaban al Mediterráneo, encontraban en la isla de Menorca un lugar de asilo y de reunión, desde donde se extendían por todo el mar occidental que baña las costas de España, de Francia, de Italia y de una parte del Africa. El gobierno español formó el designio de apoderarse de esta isla, y el 9 de agosto de 1781 desembarcó en ella un cuerpo de nueve mil hombres que salieron de Cádiz, á las órdenes del duque de Cri-

llon. Su principal fortaleza era el fuerte de San Felipe; los atrincheramientos, las minas, las casamatas y los fosos estaban formados en la misma roca, eran difíciles los ataques, y la plaza tenía muchas cercas unidas entre sí por galerías subterráneas. Primeramente se limitaron á cercarla; se necesitaba mayor número de tropas para bloquearla, y esperaron que llegasen de Francia los rejimientos del Lyonés, de Bretaña, de Bouillon y de Real Sueco; entonces se adelantaron con actividad los trabajos del sitio: el 6 de enero de 1782 se descubrieron ciento cincuenta bocas de fuego que batieron la plaza sin interrupción, durante veinte y nueve días. Las bombas sobre todo le causaron tantos estragos que fué preciso hacer retirar la guarnición y los heridos á las casamatas, donde pronto se declaró una furiosa enfermedad epidémica; alcanzó á casi toda la guarnición; faltaban recursos; ya no había bastantes brazos para defenderla; y el 4 de febrero entregó el general Murray la plaza por capitulación. La rendición del Puerto Mahon y del fuerte San Felipe que la defendía, acarrió la de la isla entera, y puso á la España en posesión de uno de los mas hermosos puertos del Mediterraneo.

La brillante victoria que acababa de conseguir el duque de Crillon decidió á la corte de España á que le confiara la dirección del sitio de Jibraltar, cuyo cerco estaba empezado hacia ya mas de diez y ocho meses. Fácilmente se hubiera podido completar el bloqueo de tierra con el establecimiento del campo de San Roque; pero era difícil interceptar todas las comunicaciones marítimas, y Jibraltar había recibido por esta via numerosos recursos; son inaccesibles las peñas que dominan el estrecho, y la ciudad, que se estiende por debajo de esta montaña escarpada, está defendida por muchas líneas de atrincheramientos. Constaba la guarnición de siete mil hombres; tenía una numerosa artillería; era gobernador de la plaza el general Elliot, y su habilidad

y valor debían adquirir en ella un nuevo brillo.

Cuando estuvieron reunidas todas las fuerzas de los sitiadores, se quiso probar á la vez un ataque por mar y tierra. Fueron á tomar parte en él el conde de Artois y el duque de Borbon, que llegaron al campo el 14 de agosto; muchos oficiales franceses habían pedido licencias por favor, para ir al sitio de Jibraltar; y entre los que solicitaron y obtuvieron esta gracia, citarémos á la Tour de Auvernia, este intrépido oficial que, diez y seis años despues, mereció el honor de ser nombrado primer granadero de la república, cuando la Francia ensayaba aquella forma de gobierno.

Mientras que cuarenta mil hombres ocupaban el campo de San Roque y una artillería de cerca de doscientas piezas iba á retumbar contra Jibraltar, diez baterías flotantes debían atacar los atrincheramientos de la ciudad baja: cada una de estas baterías tenía la forma de un ponton ó de un buque raso, cuyos costados estaban revestidos con un segundo casco de tablonés y maderas fuertes, guarecidos de las bombas. Entre este blindaje y el cuerpo del buque se podía introducir, por medio de bombas, tanta agua como se quería, para apagar las balas rojas que hubiesen podido penetrar en este intervalo; una profunda capa de arena, en donde se infiltraba el agua, servía para conservar allí una humedad constante, y estas vastas máquinas de guerra, de las cuales llevaba cada una de nueve á veinte y cuatro piezas de artillería, eran primeramente tenidas por imposibles de ser hundidas; el coronel Arson, uno de los mas hábiles ingenieros franceses, había trazado su plan, y el general Moreno estaba encargado de dirigir las maniobras de las mismas; pero no se dejó al inventor tiempo para perfeccionar su obra; y en lugar de calafatear con mas cuidado el mismo cuerpo de estos buques, para hacerlos impermeables, rehusaron tener jeneralmente agua entre ambos bordajes, cuando se fué conociendo que

penetraba en los costados de los buques y que les esponía á irse á fondo. Era esto privarse de toda seguridad contra el incendio, y no tuvieron bastantes medios para resguardarse de él.

En la noche del 13 de setiembre debía verificarse un ataque jeneral, y las baterías flotantes fueron puestas en movimiento; pero no concurren todas á los lugares de fondeadero que les estaban señalados; no se hallaron todas en estado de atacar con las mismas ventajas, y las tres primeras, que eran las mas avanzadas, se hallaron espuestas á todo el fuego del enemigo. Una bala roja, que vino á alojarse entre los costados y el blindaje de una batería, la incendió inmediatamente; otras dos experimentaron la misma suerte; la mayor parte de los hombres que las montaban perecieron entre las aguas y las llamas; y las tripulaciones de las otras siete baterías flotantes, á las cuales aun no había alcanzado el fuego, se desalentaron á la vista del primer desastre: se aprovecharon de las chalupas que cruzaban en las cercanías para alejarse de estos pontones, despues de haberlos incendiado. Entonces se abandonó un ataque tan infructuoso y tan funesto, y los sitiadores se concretaron á bloquear la plaza por la parte de tierra, y á continuar sus cruceros para interceptar por mar todos los convoyes. La armada, mandada por don Luis Córdoba, estaba apostada en las aguas de Aljeciras, pero los vientos contrarios la alejaban algunas veces de allí, y la impidieron oponerse al paso del almirante Howe, que logró penetrar en el estrecho y hacer entrar, el 18 de octubre, un convoy en Jibraltar. Dos días despues volvió á llegar al Océano, despues de haber cumplido su misión; y el combate que entonces se vió obligado á sostener con Córdoba no fué jeneral: solo pelearon la vanguardia y la retaguardia de cada escuadra: pues ambos cuerpos de batalla, se hallaban muy distantes entre sí para poder tomar parte en esta acción. El almirante Howe, que tenía menos número de buques, evitó un

nuevo encuentro, y prosiguió su navegación hácia la Mancha.

Las expediciones marítimas que acabamos de recordar no absorbian todos los recursos de la Inglaterra; esta potencia había hecho estos armamentos contra los Holandeses; y la invasión inesperada de sus colonias, los primeros ataques contra su comercio, habían ocasionado muchos combates entre sus fuerzas navales. El 5 de agosto de 1781, en las aguas del Dogger's-bank, tuvieron un combate los almirantes Hyde Parker y Zoutman. Escoltaba este último con siete buques de guerra un convoy holandés, despachado para el Báltico, cuando le encontró una escuadra inglesa que contaba el mismo número de velas; la acción que se empeñó fué muy viva por ambas partes; no cesó hasta que ambas escuadras estuvieron enteramente desamparadas. Aun quedaban los almirantes en presencia el uno del otro sin poder renovar el combate, y finalmente Hyde Parker volvió á los puertos de Inglaterra, y Zoutman hizo volver á entrar en el Texel sus buques de guerra y su convoy.

Muchos meses antes de este acontecimiento, otra escuadra británica, á las órdenes del comodoro Johnstone, se había hecho á la vela para atacar la colonia holandesa del cabo de Buena Esperanza: ya había llegado á Santiago, una de las islas del cabo Verde, y estaba fondeada en la bahía de Praya, cuando avistó la escuadra francesa del baillío de Suffren, que había sido igualmente despachada para el Cabo, donde iba á llevar socorros de hombres y municiones. Queriendo Suffren asegurar la navegación del convoy que le acompañaba, le mandó continuar su camino bajo la escolta de la corbeta *la Fortune*, mientras que él iría á empeñar el combate con la flota enemiga. Va á echar el áncora delante de ella con dos de sus embarcaciones; las otras tres continuaban con las velas puestas; y como no pueden guardar con precisión ni sus distancias ni su orden de batalla, las dos primeras se encuentran espuestas á todo el fuego

de la escuadra inglesa, que procura envolverlas. Mientras duraba el combate, aléjanse los buques de transporte; y cuando no pueden ya ser cogidos, corta Suffren sus cables, se interna mar adentro y se une á sus otros buques de guerra. Entonces se vuelve á formar en línea, y está pronto para batirse de nuevo; pero Johnstone, despues de haber salido de la bahía para observarle, vino luego á su antiguo fondeadero: tenia que reparar sus averías; y prosiguiendo su viaje los buques franceses, llegaron el 21 de junio al cabo de Buena Esperanza. Esta escuadra fué luego alcanzada allí por el convoy que se había separado, y su llegada precedió á la del comodoro inglés, que, desesperanzado de atacar aquella colonia, solo logró apoderarse de algunos barcos mercantes holandeses, que estaban en la bahía de Saldagna, y regresó á Europa con sus presas.

Una nueva campaña iba á abrirse mas allá de estas lejanas aguas: la guerra se había propagado en todas las partes del Océano, porque en todas ellas había colonias que conquistar ó defender; y esta estension de hostilidades ponía á los beligerantes en la precision de dar un aumento extraordinario á sus construcciones navales: sobre todo era muy difícil completar las tripulaciones; y no hallando ya la Inglaterra tantos estrangeros que emplear; tuvo que ejercer en sus puertos con nuevo vigor la leva forzada de los marineros: la Francia recurrió á su marina mercante, á la de sus barcos pescadores y á sus tropas de tierra, para completar la tripulacion de sus numerosos buques: sus primeras campañas por mar habían formado oficiales, y continuaron haciéndose notables por sus eminentes servicios. Mas de una vez se observó que entre los hombres valientes se levantaban hombres llamados, por su carácter y jenio, á dominar la turba, á arrastrarla en sus proyectos y á hacerla participar de las grandes acciones que han concebido: de este número era el bailío de Suffren, uno de los gloriosos adornos de la marina francesa.

La escuadra que había llevado al

Cabo pasó en seguida á la isla de Francia, donde se reunian las fuerzas destinadas á obrar en el mar de las Indias; y cuando salió de aquella isla, el 7 de diciembre de 1781, contaba doce navíos de línea; los transportes que escoltaba tenían á bordo tres mil soldados y muchos bastimentos.

Suffren servia entonces á las órdenes del conde de Orves; pero este general, en el instante de morir, le entregó el mando el 3 de febrero de 1782; y subiendo el nuevo jefe de escuadra á lo largo de las costas de Coromandel, prolongó su reconocimiento hasta veinte leguas al norte de Madrás, y volvió en seguida hacia Pondichery. Los Ingleses ocupaban entonces la última plaza, todos los puertos de la India y Trincomale en la isla de Ceylan: solo estaba abierto á Suffren el mar, y necesitaba un puerto que pudiese servirle de plaza de armas habitual; pero este abrigo le iba á ser disputado; debía conseguirlo á fuerza de combates; y había salido de Madrás, en la misma direccion que la francesa, una escuadra británica, mandada por el almirante Hugues. Hubo una accion entre las dos escuadras, el 20 de febrero, al norte de la isla de Ceylan, y ambas partes sufrieron bastantes averías. La inglesa pasó en seguida á Trincomale, donde tuvo por conveniente establecer su apostadero, y la francesa llegó á Porto Novo en la costa de Coromandel.

Ayder-Ali estaba entonces en guerra con los Ingleses, y su hijo Tippoo-Saib acababa de destrozarse, cerca de Trichenapali, un cuerpo de tres mil hombres que esperaban en Madrás. El bailío de Suffren se aprovechó de esta diversion; recibió de Tippoo-Saib un refuerzo de dos mil Cypayos, y se apoderó en seguida de Goudelour: adquisicion preciosa, que le suministró un fondeadero seguro para su escuadra, y un punto fortificado, cuyos atrinchamientos podía aumentar en caso necesario.

Durante el combate naval, sostenido por Suffren en estas aguas, se habían separado los buques de transporte que llevaba bajo su escolta: los

unos habían ido á parar en Tranquebar, situado á la mitad de Porto Novo, y los pudo recoger con facilidad; los otros, buscando un abrigo mas lejos, habían ganado las costas meridionales de la isla de Ceylan: Suffren marchó á socorrerles. Esperaba encontrar la escuadra inglesa á la altura de Trincomale: y cuando la hubo avistado, las dos escuadras tuvieron, el 9 de mayo, otro combate, de cuyas resultas el almirante Hugues volvió á la bahía de Trincomale para reparar sus averías, mientras que el bailío de Suffren pasaba al puerto de Batecalo, mas al mediodía. Allí se le reunieron los transportes que le habían dejado recientemente, y otros buques despachados de la isla de Francia con cargamentos de víveres y municiones: Suffren llevó sus convoyes á Goudelour, punto central de sus operaciones. Se propuso volver á tomar la colonia holandesa de Negapatnam, de que se habían apoderado anteriormente los Ingleses: pero el almirante Hugues le había tomado ya la delantera para llevar socorros á aquella plaza: acababa de anclar delante del puerto, y Suffren se apresuró á buscarle para darle otra accion. En ella fueron muy maltratadas ambas escuadras, y en seguida se separaron: los Ingleses se retiraron bajo la proteccion de las baterías que tenían en la costa, y pasaron despues á reparar sus averías á Madrás: los Franceses arribaron á Karical, de donde regresaron á Goudelour.

Este combate acaeció el 25 de julio: y Suffren, combinando con la habilidad de los planes marítimos una celeridad de ejecucion, aun mas necesaria por la vijilancia de sus enemigos, volvió luego á hacerse á la vela para ir al encuentro de un convoy nuevo de tropas, víveres y municiones que le enviaban de la isla de Francia: lo alcanzó cerca de Batecalo; y aprovechando luego este refuerzo para ir á sitiar Trincomale, desembarcó dos mil y cuatrocientos hombres á la entrada de la península en que está situada esta plaza. Por el vigor del ataque podía conocerse el resultado; se abrió inmediatamente la trinchera, y el fuego de las ba-

terías fué tan vivo y mortífero, que el comandante inglés, no pudiendo prolongar su resistencia, fué precisado á capitular el 30 de agosto. La guarnicion constaba de trescientos Europeos y cuatrocientos Cypayos: obtuvo los honores de la guerra y fué enviada á Madrás.

Tres dias despues de la conquista de la ciudad, de los fuertes y de las baterías que no habían podido defender la bahía de Trincomale, se avistó la escuadra inglesa que venia á traer socorros. Suffren se hizo tambien á la vela para buscarle: le alcanzó el 3 de setiembre; y despues de un combate de algunas horas, en el cual sufrieron mucho varios buques de las dos escuadras en sus aparejos, arboladura y línea de agua, el almirante Hugues volvió á hacerse á la vela para Madrás, y el bailío de Suffren entró en la bahía, puso Trincomale en estado de defensa, y fué á depositar en Goudelour una parte de los refuerzos que había recibido.

Los daños sufridos por ambas escuadras exijian reparaciones, é iban á causar una suspension de hostilidades. Suffren, aprovechando este descanso para atravesar el golfo de Bengala, pasó á Achem, al norte de la isla de Sumatra: iba á la vez á llevar socorros y reparar sus averías: y cuando vió que no estaban amenazadas las colonias holandesas de las islas de la Sonde, volvió á fijar su crucero en las aguas de Orixá y de Coromandel, de donde pasó á Trincomale. El marqués de Bussy llegó al mismo punto, algunos dias despues, con dos mil y quinientos hombres y un convoy de municiones que traía de la isla de Francia; y estos refuerzos le permitieron continuar la lucha con feliz éxito, contra las nuevas fuerzas que iba á desplegar la Inglaterra en las Indias orientales.

Sin embargo, aunque la tempestad se estendia con violencia en estos países lejanos, se calmaba en los de América, donde había principiado la guerra. Cada dia iba á menos la actividad de las operaciones militares: la Inglaterra no había aumentado el número de las tropas que ocupaban aun á Nueva York, Char-

leston y algunos puntos menos importantes; y su jefe había manifestado varias veces la disposición del gobierno británico á tratar de la paz con todas las potencias, y ante todo á reconciliarse con los Americanos. El congreso mismo deseaba restablecer la paz; pero mientras estaban inciertas las condiciones, velaba sobre la defensa de la patria y los medios de sostener con honor sus derechos. La Inglaterra solo había dado á los Estados Unidos el nombre de colonias ó plantaciones de América, en las primeras proposiciones de paz que les hizo: esto era espresar aun pretensiones á la supremacía, y era preciso que se la obligase á renunciarlas. Por otra parte se sabía que la Inglaterra, tratando de negociar aisladamente con cada uno de sus enemigos, había ya probado de reconciliarse con la Holanda por medio de la Rusia, y que había hecho otras proposiciones de paz á la España y á la Francia. Si hubiese conseguido romper un primer lazo de la alianza formada contra ella, era de temer que se mostrase menos conciliadora con los demás beligerantes.

Las circunstancias pues eran aun difíciles, y los Estados Unidos daban aun grande estimación á la cooperación de la Francia; le dieron en estos momentos de crisis pruebas constantes de su sinceridad, y apesar de los grandes embarazos de su hacienda, reconocieron y consagraron, por un convenio de 26 de julio de 1782, las obligaciones pecuniarias que habían contraído con ella. La Francia les había prestado en diferentes épocas, desde la conclusion de su tratado de alianza, una suma de diez y ocho millones de francos: se había hecho garante de un empréstito de diez millones que habían negociado en Holanda: hasta les había hecho los adelantos, y su disposición amistosa hacía ella se reconoció tambien en los arreglos que hizo para fijar el modo y términos de los reembolsos. Consintió en solo cobrar por doze años y anualidades los diez y ocho millones que había prestado: el primer plazo de este pago solo debía empezar tres años despues de firmada la

paz; y la Francia les hizo gracia de todos los intereses hasta el día en que aquella se firmase, y convino tambien en que no cobraría sino por décimos, desde 5 de noviembre de 1787, los diez millones que había garantizado y adelantado.

El empréstito hecho por los Estados Unidos en Amsterdam, solo tenia el carácter de un simple contrato concluido con negociantes, y no establecía aun relaciones políticas entre los dos pueblos, pero las preparaba: John Adams, enviado plenipotenciario americano en Holanda, supo aprovechar con habilidad esta primera ventaja, para lograr de los estados jenerales que reconociesen la independencia de los Estados Unidos. Esta declaracion se hizo el 19 de abril de 1782, y luego propuso el negociador un tratado de amistad y comercio.

John Adams hizo valer al principio el respeto y reserva que habían inducido á los Americanos á no querer arrastrar en su querrela á un pueblo que deseaba conservar la paz y la neutralidad, y que esperaba con esto formar un principio de prosperidad y grandeza. Pero cuando la Inglaterra había ya empezado bruscamente sus hostilidades, y las posesiones holandesas eran atacadas por todos lados, el congreso ya no tenia motivo para diferir una union y enlace de intereses tan deseados por ambas repúblicas. Los Americanos tenían gusto en recordar que los primeros colonos del Massachusetts y los estados vecinos, habían hallado en Holanda un asilo contra las persecuciones religiosas, antes de pasar al nuevo mundo: la memoria de esta proteccion y hospitalidad movia aun su reconocimiento. El Nuevo York y el Nuevo Jersey habían recibido de la Holanda sus primeros habitantes: habían vivido bajo sus leyes, y sus costumbres conservaban numerosas señales de este origen. Tenemos placer, decia John Adams, en reconocer que los hombres que fundaron la independencia de las Provincias Unidas, son los que se han propuesto por modelos los Americanos: ambas naciones tienen formas análogas de

dades entre ambas potencias.

LIBRO UNDÉCIMO.

CONVENIOS PRELIMINARES Y TRATADOS DE PAZ CONCLUIDOS POR LA INGLATERRA CON LOS ESTADOS-UNIDOS, LA FRANCIA, LA ESPAÑA Y LA HOLANDA.—LICENCIAMIENTO DEL EJÉRCITO AMERICANO Y RENUNCIA DE WASHINGTON.—CREACION DE LA SOCIEDAD DE CINCINNATUS.—FORMACION DE MUCHOS ESTADOS AL OCCIDENTE DE LOS APALACHES.—TRATADOS CON LOS INDIOS.—REVISION DEL PACTO FEDERAL.—PRESIDENCIA DE WASHINGTON Y PRIMEROS ACTOS DE SU ADMINISTRACION.

Los tratados de paz que finalizaron la guerra de América, ofrecieron grandes lecciones á los gobiernos y á los pueblos. Hasta entonces no se había visto en sus sangrientos debates mas que luchas de ambicion, conquistas y pérdidas de territorio; las naciones adictas á su suelo cambiaban frecuentemente sus señores, y los hombres y el terreno seguian una suerte comun. Aquí se llama á un nuevo pueblo á la existencia; va á constituirse y á darse leyes, y de este principio de vida y de independencia van á nacer grandes instituciones que se extenderán, sin intervalos, á las comarcas vecinas, y que engrandecerán el dominio y poder de la confederacion americana.

La Inglaterra reconoció la libertad, la soberanía y la independencia de los Estados Unidos, en el convenio que hizo con ellos el 30 de noviembre de 1782. Su territorio, cuyos límites se señalaron, fué separado de la Nueva Escocia por el rio de Santa Cruz y del Canadá, por la cadena de alturas que dividen el vertiente de las aguas entre el Océano Atlántico y el rio San Lorenzo. Despues de haber llegado esta línea al manantial del Connecticut, debía seguir su curso hasta el grado cuarenta y cinco de latitud, y dirigirse luego hácia el oeste hasta el San Lorenzo: subiria el alveo de este rio, atravesaria todos los grandes lagos de orien-

gobierno: se parecen por la conformidad de las creencias religiosas, por la libertad de conciencias, por la de opiniones y de industria, y por un movimiento progresivo hácia todas mejoras. La historia de un pueblo es igual á la del otro: no hay en Holanda hombre alguno ilustrado que no apruebe las causas de la independencia americana: si las condenase temeraria que negaba las acciones mas gloriosas de sus antepasados.

Además une á los dos pueblos el gran interés del comercio, vínculo tan poderoso de las relaciones nacionales. La Holanda ha apurado sus recursos en el movimiento de su navegacion, en la actividad de sus negociantes, y la abundancia de sus capitales: este comercio le es necesario, y los Estados Unidos favorecerán su desarrollo con las riquezas de su territorio y la variedad de sus cambios.

Todas estas consideraciones, presentadas con arte por los negociadores americanos, determinaron á la Holanda á concluir, el 8 de octubre, un tratado de amistad y de comercio con los Estados Unidos; sus bases fueron parecidas á las de su convenio con la Francia, y en él se consagraron tambien los derechos de los neutrales, de la libre navegacion y del pabellon.

Durante esto, se observaba por todas partes una tendencia jeneral hácia el restablecimiento de la paz; las negociaciones empezadas entre los beligerantes, hacian progresos de día en día; la seguridad empezaba á renacer, y en América se apresuraban á licenciar una parte del ejército. Las tropas británicas acababan de abandonar á Charleston: ya solo ocupaban Nueva York y algunos apostaderos vecinos al Hudson, y en el continente americano no se necesitaba ya el cuerpo de ejército del conde de Rochambeau, que había empezado su embarque. Finalmente se allanaron todas las dificultades de este arreglo, y el 30 de noviembre de 1782, los plenipotenciarios de la Inglaterra y de los Estados Unidos, firmaron en París un convenio preliminar, que iba á poner un término á las hostili-

leston y algunos puntos menos importantes; y su jefe había manifestado varias veces la disposición del gobierno británico á tratar de la paz con todas las potencias, y ante todo á reconciliarse con los Americanos. El congreso mismo deseaba restablecer la paz; pero mientras estaban inciertas las condiciones, velaba sobre la defensa de la patria y los medios de sostener con honor sus derechos. La Inglaterra solo había dado á los Estados Unidos el nombre de colonias ó plantaciones de América, en las primeras proposiciones de paz que les hizo: esto era espresar aun pretensiones á la supremacía, y era preciso que se la obligase á renunciarlas. Por otra parte se sabía que la Inglaterra, tratando de negociar aisladamente con cada uno de sus enemigos, había ya probado de reconciliarse con la Holanda por medio de la Rusia, y que había hecho otras proposiciones de paz á la España y á la Francia. Si hubiese conseguido romper un primer lazo de la alianza formada contra ella, era de temer que se mostrase menos conciliadora con los demás beligerantes.

Las circunstancias pues eran aun difíciles, y los Estados Unidos daban aun grande estimación á la cooperación de la Francia; le dieron en estos momentos de crisis pruebas constantes de su sinceridad, y apesar de los grandes embarazos de su hacienda, reconocieron y consagraron, por un convenio de 26 de julio de 1782, las obligaciones pecuniarias que habían contraído con ella. La Francia les había prestado en diferentes épocas, desde la conclusión de su tratado de alianza, una suma de diez y ocho millones de francos: se había hecho garante de un empréstito de diez millones que habían negociado en Holanda: hasta les había hecho los adelantos, y su disposición amistosa hacía ella se reconoció tambien en los arreglos que hizo para fijar el modo y términos de los reembolsos. Consintió en solo cobrar por dozos y anualidades los diez y ocho millones que había prestado: el primer plazo de este pago solo debía empezar tres años despues de firmada la

paz; y la Francia les hizo gracia de todos los intereses hasta el día en que aquella se firmase, y convino tambien en que no cobraría sino por décimos, desde 5 de noviembre de 1787, los diez millones que había garantizado y adelantado.

El empréstito hecho por los Estados Unidos en Amsterdam, solo tenia el carácter de un simple contrato concluido con negociantes, y no establecía aun relaciones políticas entre los dos pueblos, pero las preparaba: John Adams, enviado plenipotenciario americano en Holanda, supo aprovechar con habilidad esta primera ventaja, para lograr de los estados jenerales que reconociesen la independencia de los Estados Unidos. Esta declaración se hizo el 19 de abril de 1782, y luego propuso el negociador un tratado de amistad y comercio.

John Adams hizo valer al principio el respeto y reserva que habían inducido á los Americanos á no querer arrastrar en su querrela á un pueblo que deseaba conservar la paz y la neutralidad, y que esperaba con esto formar un principio de prosperidad y grandeza. Pero cuando la Inglaterra había ya empezado bruscamente sus hostilidades, y las posesiones holandesas eran atacadas por todos lados, el congreso ya no tenia motivo para diferir una union y enlace de intereses tan deseados por ambas repúblicas. Los Americanos tenían gusto en recordar que los primeros colonos del Massachusett y los estados vecinos, habían hallado en Holanda un asilo contra las persecuciones religiosas, antes de pasar al nuevo mundo: la memoria de esta proteccion y hospitalidad movia aun su reconocimiento. El Nuevo York y el Nuevo Jersey habían recibido de la Holanda sus primeros habitantes: habían vivido bajo sus leyes, y sus costumbres conservaban numerosas señales de este origen. Tenemos placer, decia John Adams, en reconocer que los hombres que fundaron la independencia de las Provincias Unidas, son los que se han propuesto por modelos los Americanos: ambas naciones tienen formas análogas de

dades entre ambas potencias.

LIBRO UNDÉCIMO.

CONVENIOS PRELIMINARES Y TRATADOS DE PAZ CONCLUIDOS POR LA INGLATERRA CON LOS ESTADOS-UNIDOS, LA FRANCIA, LA ESPAÑA Y LA HOLANDA.—LICENCIAMIENTO DEL EJÉRCITO AMERICANO Y RENUNCIA DE WASHINGTON.—CREACION DE LA SOCIEDAD DE CINCINATAS.—FORMACION DE MUCHOS ESTADOS AL OCCIDENTE DE LOS APALACHES.—TRATADOS CON LOS INDIOS.—REVISION DEL PACTO FEDERAL.—PRESIDENCIA DE WASHINGTON Y PRIMEROS ACTOS DE SU ADMINISTRACION.

Los tratados de paz que finalizaron la guerra de América, ofrecieron grandes lecciones á los gobiernos y á los pueblos. Hasta entonces no se había visto en sus sangrientos debates mas que luchas de ambicion, conquistas y pérdidas de territorio; las naciones adictas á su suelo cambiaban frecuentemente sus señores, y los hombres y el terreno seguian una suerte comun. Aquí se llama á un nuevo pueblo á la existencia; va á constituirse y á darse leyes, y de este principio de vida y de independencia van á nacer grandes instituciones que se extenderán, sin intervalos, á las comarcas vecinas, y que engrandecerán el dominio y poder de la confederacion americana.

La Inglaterra reconoció la libertad, la soberanía y la independencia de los Estados Unidos, en el convenio que hizo con ellos el 30 de noviembre de 1782. Su territorio, cuyos límites se señalaron, fué separado de la Nueva Escocia por el rio de Santa Cruz y del Canadá, por la cadena de alturas que dividen el vertiente de las aguas entre el Océano Atlántico y el rio San Lorenzo. Despues de haber llegado esta línea al manantial del Connecticut, debía seguir su curso hasta el grado cuarenta y cinco de latitud, y dirigirse luego hácia el oeste hasta el San Lorenzo: subiria el alveo de este rio, atravesaria todos los grandes lagos de orien-

gobierno: se parecen por la conformidad de las creencias religiosas, por la libertad de conciencias, por la de opiniones y de industria, y por un movimiento progresivo hácia todas mejoras. La historia de un pueblo es igual á la del otro: no hay en Holanda hombre alguno ilustrado que no apruebe las causas de la independencia americana: si las condenase temeraria que negaba las acciones mas gloriosas de sus antepasados.

Además une á los dos pueblos el gran interés del comercio, vínculo tan poderoso de las relaciones nacionales. La Holanda ha apurado sus recursos en el movimiento de su navegacion, en la actividad de sus negociantes, y la abundancia de sus capitales: este comercio le es necesario, y los Estados Unidos favorecerán su desarrollo con las riquezas de su territorio y la variedad de sus cambios.

Todas estas consideraciones, presentadas con arte por los negociadores americanos, determinaron á la Holanda á concluir, el 8 de octubre, un tratado de amistad y de comercio con los Estados Unidos; sus bases fueron parecidas á las de su convenio con la Francia, y en él se consagraron tambien los derechos de los neutrales, de la libre navegacion y del pabellon.

Durante esto, se observaba por todas partes una tendencia jeneral hácia el restablecimiento de la paz; las negociaciones empezadas entre los beligerantes, hacian progresos de día en día; la seguridad empezaba á renacer, y en América se apresuraban á licenciar una parte del ejército. Las tropas británicas acababan de abandonar á Charleston: ya solo ocupaban Nueva York y algunos apostaderos vecinos al Hudson, y en el continente americano no se necesitaba ya el cuerpo de ejército del conde de Rochambeau, que había empezado su embarque. Finalmente se allanaron todas las dificultades de este arreglo, y el 30 de noviembre de 1782, los plenipotenciarios de la Inglaterra y de los Estados Unidos, firmaron en París un convenio preliminar, que iba á poner un término á las hostili-

te á occidente, y se estenderia hasta el noroeste del lago de Bois. De aquí deberia pasar al Misisipi, que serviria de demarcacion hasta el grado treinta y uno; y se fijaria el limite del sud, entre los Estados-Unidos y la Florida, por una línea trazada de occidente á oriente, desde este rio hasta el de Apalachicola; se bajaria este rio hasta su confluente con el Flint; y se alcanzarian en línea recta las fuentes del rio Santa María, cuyo curso se seguiria hasta el Océano Atlántico.

Les pertenecian todas las islas situadas á veinte leguas de las costas de los Estados-Unidos, exceptuando las que hasta entonces habian sido comprendidas en los limites de la Nueva Escocia.

Los Estados-Unidos continuarian gozando del derecho de pesca en todos los bancos de Terranova, como igualmente en el golfo de San Lorenzo, y en todos los demás lugares en que habian habitualmente ejercido la pesca los Ingleses y los Americanos.

Se devolverian á los súbditos británicos sus propiedades y bienes confiscados; no se les perseguiria de ningún modo en sus personas ni en sus bienes á los que hubiesen tomado parte en aquella guerra.

La paz seria perpetua; debian inmediatamente cesar las hostilidades por mar y por tierra; se entregarian los prisioneros hechos por ambas partes; no se haria esclavo alguno; la Inglaterra retiraria sus ejércitos, sus guarniciones y sus escuadras, y dejaria en las fortalezas la artilleria americana que en ellas se encontraba.

La navegacion del Misisipi, desde su origen hasta su embocadura, quedaria libremente abierta á los habitantes de ambos países; se restituirian todas las conquistas que se habrian hecho, antes que llegase á América la noticia de la paz.

Este convenio, hecho por los Estados-Unidos, solo debia tener su efecto cuando se hubieran tambien fijado las bases de un tratado entre la Francia y la Gran Bretaña; pero las negociaciones de ambas potencias hacian prever este próximo resulta-

do, y el 20 de enero de 1783, firmaron sus plenipotenciarios los artículos preliminares de la paz.

La Francia, que habia tenido por objeto el establecimiento de la independencia americana, habia procurado en todas las operaciones de la guerra no complicar esta cuestion principal con expedicion alguna al norte de los Estados-Unidos, ninguna tentativa habia hecho ni contra la Acadia, ni contra el Canadá. Resuelta á renunciar para siempre á estas dos colonias, que habia perdido en las guerras anteriores, no queria sustituir una guerra de ambicion á la que habia emprendido en favor de la causa de sus primeros aliados: y cuando los Americanos concibieron el proyecto de intentar una invasion en el Canadá, é hicieron invitar al gobierno francés á cooperar con sus fuerzas navales á esta expedicion, no accedió este gobierno á la proposicion que se le habia hecho; se pasaba, lo mismo que Washington, de la inmensa confusion que naceria de semejante agresion. Estender el teatro de la guerra no habria sido preservar á los Estados-Unidos de todos sus azotes, habria sido debilitar en su propio pais una defensa tan penosa. Los hombres que incitaban á la Francia á esta nueva expedicion, no abrazaban en su pensamiento toda la estension de sus obligaciones para con sus aliados, ni todas las medidas que una política prudente debia prescribirle con respecto tambien á sus enemigos: le convenia no esponer á nuevos riesgos los resultados de sus primeras ventajas, y no amenazar, en el continente de América, dos grandes posesiones inglesas que se habian mantenido estrañas á las insurreccion de los Estados-Unidos. Atacarlas, hubiera sido reanudar en Inglaterra el deseo de prolongar la guerra contra la Francia.

Efectivamente podemos notar que cuando se firmaron los preliminares de la paz entre la Inglaterra y los Estados Unidos, habia enteramente cambiado la opinion pública con respecto á las colonias emancipadas; habia caído el antiguo ministerio; habia prevalecido el partido de la

oposicion, y la elocuencia de Fox habia conseguido un glorioso triunfo, volviendo á traer la paz entre los pueblos de la vieja Inglaterra y sus jenerosos descendientes: hasta se prevenian ya los frutos que se podrian recojer de esta reconciliacion y de la prosperidad comercial de una nacion independiente, cuyo origen era el mismo. Pero los hombres que se reconciliaban con los Estados Unidos, aun no perdouaban á la Francia el haberse unido á su causa; se habia abrazado tantas veces la ocasion de empeñar con ella una lucha nacional, que los partidarios de esta guerra habrian sido aun sostenidos por la opinion, si hubiesen podido representar á la Francia como dispuesta á disputar á la Inglaterra sus últimas posesiones en el continente de América.

El gobierno francés tuvo la prudencia de jamás perder de vista el objeto por el cual habia emprendido la guerra, hizo servir noblemente para los intereses de sus aliados las ventajas que habia conseguido; reclamó para sí pocas indemnizaciones, y la jenerosidad de sus estipulaciones honró su política, como la guerra habia honrado sus armas. Un grande imperio acababa de ser fundado en medio del estremecimiento del mundo entero; esto bastaba para la Francia: no deseaba mas que salir bien de haber calmado tantas agitaciones.

Se decretó que tan pronto como estuviesen firmados y ratificados los preliminares, se enviaria á todas las partes del mundo la orden de cesar las hostilidades.

Conservó la Francia el derecho de pesca, al norte y al occidente de Terranova, desde el cabo San Juan hasta el cabo Rayo; poseyó con entera propiedad las islas de San Pedro y de Miquelon: se fijó la suerte de las Antillas: restituyó la Inglaterra á la Francia la isla de Santa Lucia, y le cedió la de Tabago; pero se le devolvieron las islas de la Granada, de San Vicente, de la Dominica, de Nevis y de Mont Serrat, que se le habian conquistado durante la guerra.

En Africa, las factorías y fuertes, situados en el rio del Senegal, fueron cedidos y afianzados á la Francia, se le entregó la isla de Gorea, y la Inglaterra quedó poseyendo el fuerte James y el rio de Gambia.

En las Indias Orientales, restituyó el gobierno británico á la Francia Chandernagor y demás establecimientos en la costa de Oriza, Pondichery y Karical, en la costa de Coromandel, Mahe, en la de Malabar, y la factoria de Surata, al noroeste de la India. La Francia, al volver á entrar en estos dominios, prometió tambien restituir las ciudades y los territorios de que se hubiesen apoderado sus armas en las Indias Orientales.

Se estipuló formalmente la anulacion de todos los artículos que habian limitado sus derechos de soberania sobre Dunquerque: ambas potencias resolvieron establecer sus relaciones comerciales en bases de reciprocidad y de una conveniencia mutua; finalmente se señalaron los términos en que debian tener lugar las restituciones de territorios y los plazos, pasados los cuales se considerarian como ilegales, y deberian ser restituidas las presas hechas en alta mar. Estos plazos fueron de doce dias en los mares del Norte y en la Mancha, de un mes en las aguas mas meridionales y hasta las islas Canarias, de dos meses hasta el ecuador, y de cinco meses en todas las demás partes del mundo.

El mismo dia que la Inglaterra firmaba este arreglo con la Francia, restablecia tambien con la corte de Madrid sus relaciones de paz. La España conservaba la isla de Menorca, gloriosamente conquistada durante la guerra, y adquiria la entera posesion de las dos Floridas, de que ya habia recobrado una parte. Los Ingleses podrian libremente comerciar con el palo campeche, en un distrito de la costa de Honduras, cuyos límites se fijarian; volverian á poseer el archipiélago de Bahama, y por ambas partes se devolverian las demás conquistas que se hubiesen hecho.

Solo hasta mucho despues se po-

dian saber en las Indias Orientales las negociaciones que la Inglaterra acababa de arreglar con la Francia y la España. Allí se proseguían con ardor las operaciones de la guerra; y no debemos pasar en silencio las hazañas de los hombres valientes que fueron empleados hasta su término en aquella lucha penosa, pero gloriosa.

El baido de Suffren se aprovechaba de la conquista de Trincomale y de la de Goudelour, para hostigar en las aguas de Ceylan y de Comandel las fuerzas navales del enemigo; pero la guerra iba á pasar al continente; el ejército de tierra de los Ingleses habia recibido nuevos refuerzos; una parte de las tropas que habian empleado anteriormente contra los indijenas, estaba disponible, desde la muerte de Aider-Ali, y desde que su hijo Tippoo-Saib se habia alejado de las costas del Comandel para defender las de Malabar. Entonces formaron los Ingleses el proyecto de atacar á Goudelour, y el jeneral Stuart fué á poner sitio á esta plaza con cinco mil soldados europeos y nueve mil Cipayos.

La guarnicion francesa se hallaba reducida á la mitad de este número; pero á pesar de esta inferioridad, el jeneral Bussy que la mandaba estableció su campamento entre las murallas y el ejército británico. El 27 de junio tuvo lugar una acción muy empeñada, y por ambas partes se combatió con intrepidez. Citaremos entre los mas brillantes hechos de armas una carga del rejimiento de Austrasia. Primeramente habia atacado con sumo valor un cuerpo de tropas inglesas, y haciéndolas retirar á su presencia, habia estendido su persecucion bastante lejos, para que otra columna enemiga pudiese rodear su posicion. Cuando quiso volver á unirse el ejército, observó su valiente jefe que le habian cortado la retirada. «Soldados, gritó, acordaos que sois los hijos de la Champaña.» Estas palabras, este recuerdo animan aun su valor; se arrojan con ímpetu sobre el enemigo, lo arrollan, lo destro-

zan, y recobran á la bayoneta su línea de batalla.

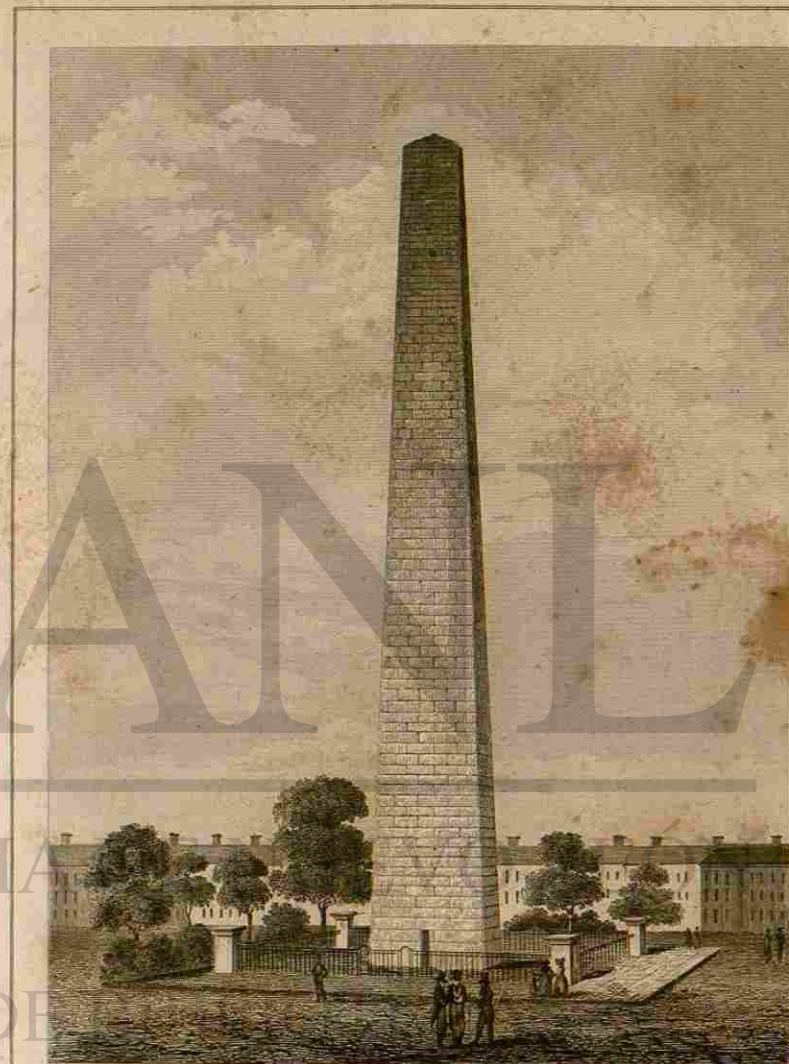
De resultas de este combate memorable, las tropas francesas volvieron á entrar en Goudelour, y los Ingleses conservaron fuera de la plaza algunas posiciones de que se habian apoderado.

La escuadra británica se habia visto precisada á ganar el alta mar de resultas de otro combate que Suffren le habia dado; y la guarnicion de Goudelour, favorecida por algunas tropas, sacadas de los buques franceses, se preparaba á volver á tomar la ofensiva, cuando la llegada de una fragata inglesa, salida de Madrás el 27 de agosto con pabellon parlamentario, llevó la noticia de la cesacion de las hostilidades y del restablecimiento de la paz, cuyos preliminares estaban firmados en Europa hacia mas de siete meses.

Aun en este tiempo no gozaba la Holanda de los beneficios de una reconciliacion; pero el 2 de setiembre siguiente se establecieron sus bases. Conservó todas las colonias que le habian quedado durante la guerra ó que los Franceses habian reconquistado para ella; pero no pudo conseguir de la Inglaterra la restitucion de Negapatnam; y el gobierno británico se limitó á prometerle la devolucion de esta ciudad, por vía de cambio, y cuando podria conseguir un equivalente. Aunque estas disposiciones fuesen evasivas y dejasen poca esperanza á la Holanda, sin embargo prefirió la paz á una prolongacion de hostilidades que le podia ser mas funesta.

Entonces se encontraron pacificadas todas las potencias que habian estado en guerra con la Gran Bretaña, y pudieron pensar en curar las heridas que habian recibido en medio de los reveses y triunfos.

Los Estados Unidos se habian aprovechado de los primeros momentos de la paz, para estender á Europa sus relaciones de comercio, cuyos principios estaban ya fijados por sus tratados con la Francia y la Holanda; habian abierto con la Suecia negociaciones análogas; y el 3 de



Monument de Bunker's-Hill.

Monumento de Brunker's-Hill.



Museum de Philadelphia.
Museo de Filadelfia.



Casa Consistorial en Nueva York.

Hotel de Ville de New York.



Eglise S. Paul à New-York.

Iglesia de San Pablo en Nueva-York.

abril de 1783 se había concluido un tratado de amistad y de comercio entre las dos potencias. En él se estipularon, como igualmente en los anteriores convenios, los derechos del pabellon y los de los neutrales, la libertad de sus relaciones en tiempos de guerra, escepto para los artículos de contrabando, y todas las ventajas de navegacion y comercio de que pudiese gozar la nacion mas favorecida.

En efecto, la posesion de estos privilegios y de estas franquicias debía ser el objeto principal de un gobierno que tenia que crear la prosperidad de su pais y que queria fundarla en las bases mas sólidas. El pueblo americano, separándose de una nacion activa y laboriosa, había permanecido fiel á sus primeros hábitos y á las reglas fundamentales que debian algun dia constituir su grandeza. La libertad de opinion y de conciencia, la del trabajo y de la industria eran consagradas por todas las instituciones civiles, políticas y religiosas que había adoptado: este pueblo reconoció luego la necesidad de unir á ellas la libertad de navegar, y la del comercio con el esterior. Con todas estas ventajas iba á formar el principio de su fuerza: pero antes de gozar de este desarrollo feliz, tenia que pasar aun por algunas crisis penosas, que había originado una larga guerra, y podian aun rodearle de nuevos peligros.

El espíritu de amotinamiento que algunas veces había obrado en el ejército, había podido ser comprimido durante la guerra por el sentimiento del peligro público y del deber que pesaba por esto sobre el patriotismo y el valor: pero asegurada otra vez la paz, se rompieron los vinculos de su disciplina, los hombres que habían servido constantemente, reclamaron los atrasos del sueldo que se les debía, y alguna garantía de las obligaciones contraídas con ellos para asegurar su suerte. Consumiendo en servicio del estado la flor de su vida, la mayor parte estaban imposibilitados para seguir otra carrera: la costumbre

de los campamentos disuade de las ocupaciones sedentarias; priva de los recursos que á ellas van anexas, y constituye para la patria un deber de asegurar la suerte futura á los que la han defendido.

Estas opiniones se propagaban en el ejército; y como las deliberaciones de un cuerpo indispensable y convencido de su fuerza, fácilmente se vuelven turbulentas, el lenguaje de los descontentos se hizo sedicioso. Se debian reunir el 15 de marzo de 1782: se había convocado para ello á todos los oficiales por medio de una circular anónima, y se quejaban de la ingratitud del congreso para con ellos. «Van á renacer los benéficos frutos de la paz, pero solamente para los que se aprovechan de vuestras fatigas y no escuchan vuestras quejas. Si siendo necesarios para la defensa comun vuestros servicios no os han atendido, ¿ereis que desarmados y cubiertos de heridas os escucharán mejor? Tendreis que envejeceros en la miseria, y solo contar con los recursos que os ofrezca la compasion de los hombres por quienes os habeis sacrificado.

Quejas tan vehementes eran propias para irritar todavía mas los ánimos. Washington no se opuso al plan que tenían los oficiales de enviar una diputacion al congreso, para apelar á su justicia y reclamar la realizacion de sus promesas; pero supo moderar sus deliberaciones, y retenerles en los límites de su deber. Deciales: «Yo he sido compañero de vuestros padecimientos; he gozado de los elogios que merecis; los intereses vuestros son los míos. ¿Seriais capaces de amenazar hoy dia á la patria que habeis defendido, y consentiriais en empañar, abandonando su causa, una reputacion tan heroicamente adquirida? En nombre de vuestro honor, os suplico encarecidamente rechaceis consejos que nos conducirian á la guerra civil, y confieis enteramente en la sabiduria del congreso, que conoce vuestros servicios, y no los puede olvidar.»

Esta reunion, en medio de sus deliberaciones mas acaloradas, no po-

dia con todo desconocer la autoridad de Washington: cedió á sus observaciones paternales, y, en su espoución al congreso, se limitó á referirse á su justicia, para obtener el arreglo de las cuentas del ejército, y la asignación de los fondos necesarios para pagar los sueldos y recompensas que les habian prometido.

El congreso atendió á esta petición; pero la penuria del tesoro público le privaba de efectuar sus promesas. En esta ocasión hubo una nueva prueba del patriotismo desinteresado del gobernador Morris, administrador del tesoro, que recurrió á su crédito, bienes y obligaciones personales para satisfacer los gastos mas urgentes. En la campaña última se habia ya practicado esta anticipación, hecha á su propio riesgo, sobre los ingresos de las rentas públicas aun no recibidas; y los adelantos hechos por Morris habian servido muchas veces para las tropas del general Greene, cuando, encargado de la defensa de las Carolinas, luchaba con tanta energía contra toda clase de peligros y privaciones.

En esto seguia siempre en Europa adelante la obra de la paz, cuyas bases se habian fijado hacia ya muchos meses; y á pesar de que habia habido nuevos cambios en el ministerio británico, y el poder ya no estaba en manos de los hombres que habian negociado los preliminares de la paz, con todo sus sucesores, escuchando como ellos la voz de la opinión y los consejos de una sabia política, concluyeron definitivamente la pacificación con los tratados de 3 de setiembre de 1783. El de Francia con Inglaterra se concluyó por la mediación del Austria y de la Rusia, que habian interpuesto sus buenos oficios para restablecer la paz. Se insertaron en él todas las cláusulas ya comprendidas en los artículos preliminares, y se determinó abrir nuevas negociaciones, para un arreglo comercial entre ambas potencias.

La paz definitiva de España con Inglaterra se hizo tambien con la

mediación de las cortes de Viena y de San Petersburgo: se determinó el territorio que debian ocupar los Ingleses en las costas de Honduras: estendíase este entre el curso de la Balisa y del Rio Hondo, y una convencion ulterior debia arreglar las relaciones comerciales de ambos reinos.

Declaróse en el preámbulo del tratado definitivo, firmado el mismo dia entre los Estados Unidos y la Inglaterra, que este acto no se miraba concluido hasta que se hubiesen arreglado los términos de la paz entre la Gran Bretaña y la Francia. Era un homenaje justo que debia tributarse á la buena fe de los Estados Unidos, que se habian obligado á no prestarse á ningun arreglo por separado. Todas las bases establecidas en los artículos preliminares fueron renovadas y confirmadas por el tratado definitivo. Las dos cortes de Austria y Rusia, como no reconocian aun los Estados Unidos, no intervinieron en esta negociacion, como lo habian hecho en las de España y Francia.

Faltaba concluir un tratado definitivo entre la Inglaterra y la Holanda: este se firmó el 20 de mayo de 1784; y se insertó la misma cláusula en los artículos preliminares, sobre la ocupacion de Negapatnam, que debió permanecer en poder de la Inglaterra, hasta tanto que la otra potencia pudiese rescatar esta colonia con algun cambio de territorio. La Holanda no podia ya esperar volverla á tomar á viva fuerza: no podia ya contar con la cooperación de las armas francesas, ni con la de Tippoo-Saib que acababa de concluir la paz con un convenio firmado en Mangalore.

En los diferentes tratados que restituyeron la paz al mundo, no observamos estipulación alguna sobre los principios de derecho marítimo que habian dividido la Inglaterra y las demas potencias beligerantes. La diferencia de los arreglos hechos por ambas, partes tendia sin duda á la diversidad de intereses. Se habian movido pretensiones rivales: los unos no querian ya reconocer supe-

riores en el mar, los otros no querian reconocer iguales, y los tratados que se concluyeron sin tocar á estas cuestiones, las dejaron aun en disputa. Pero á lo menos la paz suspendia estas discusiones; iba á remover todos los obstáculos de la navegación, y no habia neutros que proteger, desde que no habia enemigos que combatir.

Luego que se supieron en América los tratados definitivos, y ratificó el congreso el de los Estados Unidos, el general Clinton mandó evacuar los puntos que aun ocupaban los Ingleses. El regreso á Nueva-York de las tropas americanas, se verificó el 25 de noviembre de 1783: un cuerpo de tres mil hombres, con el mayor general Enrique Knox á su frente, relevó todos los destacamentos británicos á medida que se retiraban. En seguida entraron Washington y todas las autoridades civiles y militares. Se enarboló el pabellon de los Estados Unidos en la casa de la ciudad, y encima de la batería que cubre y domina el puerto, y fué saludado por las aclamaciones del pueblo y del ejército. (Véase la lámina 75).

Durante algunos dias la escuadra inglesa fué detenida en la bahía por vientos contrarios. Así que hubo partido, Washington dejó en la ciudad una guarnicion de algunos centenares de hombres, y las demás tropas volvieron á sus acantonamientos.

Este general iba á pasar á Annápolis para resignar en presencia del congreso el mando del ejército; su salida á Nueva-York estaba fijada para el 4 de diciembre, y se despidió de sus compañeros de armas en una asamblea en que se hallaban reunidos todos los oficiales, las autoridades públicas y un gran número de ciudadanos. Sus palabras afectuosas escitaron una profunda emoción; le acompañaron bendiciéndole hasta la ribera en que iba á embarcarse; y Washington tomando tierra en Powles-Hook, á la otra orilla del Hudson, prosiguió su camino á través del Nuevo-Jerzey y de la Pensilvania.

El deseo de arreglar sus cuentas personales, le detuvo algunos dias en Filadelfia. Habia aplicado sus propias rentas á la mayor parte de los gastos de su servicio; y sucedió que los fondos que habia pedido al tesoro para cubrir completamente este gasto, no llegaban á quince mil dollars, desde el año de 1775 hasta el 13 de diciembre de 1783: raro ejemplo de moderación y de una loable precaución en el empleo de los caudales públicos.

Cada una de las autoridades de Filadelfia se apresuró á ofrecer sus votos á Washington; todas debian reconocimiento al defensor de sus derechos, y la sociedad filosófica americana se señaló por este patriótico homenaje. Se honraba de contar á Washington entre sus miembros; y al felicitarle por la vuelta de la paz, preveía su feliz influencia en las ciencias y las letras. «He aquí, decía, las compañeras de la libertad y de la virtud; ellas deben concurrir á transmitir vuestro nombre á nuestros últimos nietos. ¡Ojalá podais gozar de una felicidad inalterable en la vida privada que os aguarda! y siempre os seguirá el afecto y reconocimiento de vuestra patria.»

La sociedad que dirigia á Washington elojios tan lisonjeros, era uno de los hermosos establecimientos fundados por Franklin, que constantemente habia procurado cultivar las ciencias útiles á los intereses de su pais y de la razon humana. Esta reunion, de que continuaba cada año siendo reelegido presidente, á pesar de su larga ausencia, habia permanecido siempre fiel al objeto de su institucion; hacia servir su noble ascendiente y sus trabajos para hacer á los hombres mejores y mas ilustrados.

Washington salió el 15 de diciembre de Filadelfia; al pasar por Baltimore, recibió una diputacion de las autoridades, y los homenajes de la ciudad entera; y cuando estaba para llegar á Annápolis, se dirijieron á su encuentro los jenerales Gaites, Smilwood y una multitud de ciudadanos. Reunióse el congreso el 23 de diciembre, y Washington, recibí

do con honor en esta augusta asamblea, pronunció el siguiente discurso:

« Señor presidente, habiéndose por fin realizado los grandes acontecimientos que han acarreado mi dimision, tengo el honor de ofrecer al congreso mis sinceros parabienes, y presentarme ante él para poner en sus manos el depósito que me había confiado, y para reclamar el permiso de retirarme del servicio de mi país.

« Dichoso por la confirmacion de nuestra independencia y de nuestra soberanía, dichoso por la victoria que han obtenido los Estados-Unidos en ser una nacion respetable, renuncio con satisfaccion un cargo que solo había aceptado con desconfianza, y con el temor de no poder llenar una tarea tan difícil. Felizmente se ha disipado esta inquietud, por la confianza que inspiraba la justicia de nuestra causa, por la ayuda del supremo poder de la Union, y por la proteccion del cielo.

« El glorioso resultado de la guerra ha justificado nuestras mas vivas esperanzas, y migratitud por los beneficios de la Providencia y por el apoyo que he recibido de mis conciudadanos, crece aun á medida que considero la importancia de esta gran contienda.

« Al recordar cuánto debo al ejército en jeneral, faltaria á mis propias afecciones, si no reconociese aquí los servicios particulares y el distinguido mérito de los hombres que han sido adictos á mi persona durante el curso de la guerra; no podía ser mas feliz la eleccion de los oficiales de confianza llamados á componer mi familia. Permitidme señalar particularmente los que han continuado sus servicios hasta este dia, como dignos de la benevolencia y del favor del congreso.

« Miro como un deber indispensable cerrar este solemne y último acto de mi vida política, recomendando los intereses de nuestra cara patria á la proteccion del Todopoderoso, y poniendo bajo su santa guardia a los que dirijen los negocios de la misma.

« Habiendo finalizado la tarea que me estaba asignada, me retiro del

teatro de los acontecimientos; y al despedirme de este augusto cuerpo, á cuyas órdenes he trabajado tanto tiempo, entrego aquí mi nombramiento y renuncio todos los empleos de la vida pública.»

Después de haberse espresado así, Washington se adelantó hácia el presidente del congreso y le entregó el acta de dimision que acababa de leer. Era á la sazón presidente el jeneral Mifflin, antiguo miembro de la sociedad de los cuáqueros, dedicado á la defensa de su país desde el principio de la guerra; su respuesta noble honró al orador y al héroe.

« Reunidos los Estados Unidos en congreso, reciben con una emocion, demasiado viva para ser espresada, la renuncia solemne de la autoridad, en virtud de la cual habeis conducido sus tropas con acierto, en medio de los peligros y riesgos de la guerra.

« Llamado por vuestra patria á defender sus derechos invadidos, habeis aceptado este sagrado deber, antes que ella hubiese formado alianzas, y cuando no tenia amigos ni gobierno para apoyaros.

« Habeis dirigido esta gran lucha militar, respetando siempre los derechos del poder civil aun en medio de las vicisitudes y reveses. Habeis escitado á vuestros compañeros por el amor y confianza que os profesaban, á desplegar su talento marcial y transmitir su fama á la posteridad. Habeis sido constante hasta el momento que, ayudados los Estados Unidos por un rey y una nacion magnánima, han podido bajo los auspicios de la Providencia terminar la guerra con la emancipacion, seguridad é independencia; acontecimiento feliz, sobre el cual nos unimos sinceramente á vuestras felicitaciones.

« Después de haber defendido el estandarte de la libertad en el nuevo mundo, y de haber dado útiles lecciones á los que imponen la tiranía y á los que la sufren, os retirais de la grande escena de los negocios públicos con las bendiciones de vuestros conciudadanos; pero la gloria de vuestras virtudes no acabará con vuestro mando militar; se perpe-

tuará á los tiempos mas remotos. Reconocemos, como vos, nuestras obligaciones con el ejército entero; y nos encargamos especialmente de los intereses de esos oficiales de confianza que han seguido vuestra persona hasta este momento decisivo.

« Nos unimos á vos para recomendar la suerte de nuestra amada patria á la proteccion del Todo Poderoso: le rogamos disponga los corazones y ánimos de los ciudadanos á aprovechar la ocasion que se le ofrece de constituirse en una nacion feliz y respetable; y en cuanto á vos, le dirigimos nuestras mas ardientes plegarias, para que rodee del especial cuidado de su providencia una vida que nos es tan apreciable: que vuestros dias pueden ser tan felices como lo han sido ilustres, y que os conceda Dios finalmente la recompensa que no puede el mundo ofrecer.»

En seguida de esta tierna y solemne ceremonia, Washington, volviendo á la vida privada, se retiró á su hacienda de Montevernon, situada en la Virginia, cerca del Potomac; pero no podía ocultarse ya, en su retiro, de los testimonios de la veneracion de su patria, y de los servicios públicos que aun se esperaban de su esperiencia y sabiduria.

Se había licenciado el ejército; y los hombres, que los peligros de la patria y los deseos de defenderla habían por tanto tiempo distraído de sus oficios y hogares, iban á emprender de nuevo sus trabajos interrumpidos. La cria de los ganados y el cultivo de los campos había ocupado el mayor número; cada uno colgó sus armas en las paredes de su casar ó choza para empuñarlas otra vez al primer llamamiento, ó para dejarlas á sus hijos como una honrosa herencia.

El deseo de perpetuar la memoria de los servicios que habían prestado juntos durante la guerra de la independencia, había inducido á los oficiales del ejército americano á constituirse en sociedad de amigos; que debía subsistir tanto como su posteridad. Abrazando de nuevo la vida privada, tomaban por modelo á Cin-

cinnatus y daban su nombre á su institucion. El programa que dieron á luz, hizo conocer que su objeto era conservar los derechos y libertades por que se habían batido tanto tiempo, hacer amar la union y el honor nacional, necesarios para la felicidad y dignidad de la patria, y emplear su beneficencia con los oficiales y familias que necesitasen de socorro. Cada miembro debía entregar un mes de sueldo para formar los fondos de esta caja de socorro. Todos los oficiales que habían hecho renuncia honrosa después de servia tres años, los que hubiesen llevado las armas hasta la paz, y los hijos mayores de los que hubiesen muerto en el servicio, tenían derecho de formar parte de esta asociacion: este derecho se hacia hereditario para los hijos mayores de los miembros de la sociedad, y se trasmitia á la línea colateral, en caso de faltar la directa. Las tropas francesas debían tener parte en la distribucion de los mismos honores, y se concedieron á los oficiales superiores de mar y tierra de esta nacion que habían servido en la guerra de la independencia.

Tales fueron las bases primeras de la sociedad, que los oficiales del ejército americano quisieron formar antes de disolverse: el jeneral Knox había concebido el proyecto que había sido adoptado en una asamblea, celebrada el mes de abril de 1783, por los mayores jenerales y por los comisionados de los diferentes cuerpos del ejército. Como esta proposicion interesaba á un gran número de familias, que se habían señalado mas ó menos durante la guerra, encontró partidarios y defensores en todos los Estados de la confederacion. Los estatutos presentados no eran aun mas que una primera tentativa de organizacion, un establecimiento semejante solo podía constituirse con el consentimiento de los gobiernos particulares y con el del congreso. La opinion pública, cuyos sufragios era preciso acoger, podía tener recelos de una institucion que tomaba su origen en medio de los campamentos; y no se queria

que los defensores de la patria se erijesen en protectores, ni que una aristocracia militar pudiese levantarse de entre sus filas, y poner en peligro derechos adquiridos á precio tan enorme. No era que rehusasen honrar los hombres que habian servido con valor la causa pública: la misma nacion realzaba esta prueba de reconocimiento; pero si se consentia que trasmitiesen á sus hijos una distincion personal, el espíritu particular podria suceder á los sentimientos de union que animaban á los fundadores; y cada una de las repúblicas de que se componia la confederacion, tendria, desde el orijen, una clase privilegiada.

Se presentaron muchos escritos contra la institucion proyectada, y el mas notable de todos fué publicado bajo el nombre de Cartas de Casio, por Aedan Burke, jefe de justicia en la Carolina del Sur. Demostró que una institucion hereditaria no podia convenir á la república; que las virtudes de los fundadores no garantizaban las de sus descendientes; que no era con insignias, que se debia transmitir el recuerdo de la revolucion americana; que el deber de socorrer á los defensores de la patria y de perpetuar en el Estado los sentimientos del honor y de la union pertenecia al mismo gobierno, y no á una orden separada. «No teníamos distincion alguna entre nosotros, cuando levantamos la cabeza contra nuestros opresores, cuando nuestros trabajadores resistieron sus fuerzas y las de sus Cipayos europeos. ¿Se quiere que los *Cincinnati* se crean de una raza mas elevada; que se miren como descendidos del cielo y como los Incas de nuestra América? Aquel cuyo nombre y autoridad toman no pensó crear una orden privilegiada; no guardó sus fases consulares al volver á trabajar á su campo. Si nuestros guerreros salvaron el Estado, toca á la admiracion de los hombres levantar un dia un trofeo sobre su tumba. Debemos dar al mundo el ejemplo de la libertad politica, civil y religiosa; pero esta solo puede nacer de la igualdad de derechos. No permitamos

que en nombre de los servicios prestados á la patria se concedan recompensas hereditarias; y tememos que los planes que os han seducido sean una combinacion peligrosa para la república. ¿Qué nobleza mas real y verdadera podeis buscar que la participacion de la soberania, que os pertenece como á vuestros hermanos?»

Estas ideas, reproducidas en muchos escritos y muchas veces desenvueltas en un estilo fuerte, eran la misma expresion de la opinion pública; fueron adoptadas por algunos Estados. Se declaró en el Rhode-Island que los *Cincinnati* serian privados de sus derechos políticos y civiles; el gobierno de Pensilvania no reconoció su establecimiento; el del Massachusetts lo miró como ilegal, ya que no estaba sancionado por autoridad alguna legislativa: desaprobó la pretension que se atribuia esta sociedad, de proteger la union y la dignidad nacional, que se hallaban colocadas bajo la salvaguardia del gobierno mismo, la de deliberar acerca de las medidas cuyo examen pertenece á las autoridades públicas, la de hacerse independientes de la accion de estas, y de crear un imperio en el imperio, haciendo recaudacion de fondos, aumentándolos, adquiriendo el influjo que nace de la propiedad y de la riqueza, organizando asambleas regulares, perpetuando de padre á hijo una corporacion nacida de entre el ejército, e imbuida en todas las máximas de mando y obediencia, favoreciendo de este modo, sin quererlo, planes poco generosos, y disponiendo quizás á la posteridad á que distinga de los demás ciudadanos los descendientes de aquellos que concurrieron á la fundacion de sus libertades.

En una asamblea de la Carolina del Sur, el mismo gobernador del Estado hizo otras objeciones contra la tendencia de este establecimiento. Supuso que miras de ambicion habian guiado á los autores del proyecto, y esperaba que esta institucion se dirigiria á un objeto mas elevado, y digno de hombres que solo debian buscar la gloria. «No tendríamos se-

guros, decia, ni nuestras personas ni nuestros bienes, si se formase una asociacion cuyos miembros se creyesen superiores á los demás ciudadanos: de ello nacerian recelos, envidias y discordias que ocasionarian la guerra civil. ¿Pertenece á nuestros guerreros recompensarse á sí mismos y señalar el mérito de sus hazañas? Solo á la historia pertenece proclamarlos. La guerra que hemos sostenido no se ha hecho para consagrar sus privilegios, sino para asegurar los derechos de una nacion entera.»

Estas últimas observaciones, menos absolutas que las de Burke, no tendian á suprimir la sociedad de Cincinnati sino á modificarla. Esta opinion fué la de los hombres de estado, quienes abrazando en sus miras todos los intereses de la confederacion y apreciando los servicios y sacrificios del ejército, deseaban asegurar á su valor honrosas distinciones. Vió el congreso sin disgusto que los hombres que habian ocupado un lugar en aquel ejército libertador, quisiesen gloriarse de ello: era ceder á una inclinacion natural y bastaba impedir sus excesos.

Washington era digno por su moderacion de ser en este caso el intérprete de los sentimientos de su pais; pronto procuró dirigir esta asociacion segun los principios indicados por la opinion pública, y segun las mismas constituciones de los diferentes Estados de la Union. Se debian fijar los estatutos de la sociedad, en una reunion jeneral convocada en Filadelfia en mayo de 1784: Washington fué nombrado su presidente, y la sabiduria de sus consejos, la autoridad de sus palabras, decidieron á todos los miembros á renunciar al principio de derecho hereditario y á toda especie de usurpacion sobre los derechos y las atribuciones legales de las autoridades públicas. De este modo volvió la institucion á ser popular, y ya no se vió en los hombres que formaban parte de ella sino ciudadanos que, unidos durante mucho tiempo por los mismos deberes para con la patria, procuraban unirse aun mas por sen-

timientos de fraternidad de armas y de beneficencia. La condecoracion adoptada por los socios recordaba el nombre y el objeto de su establecimiento; jeneralmente no llevaban sus insignias, por respeto á las máximas de igualdad que dominaban en toda la confederacion, y las reservaban para el dia aniversario de su independencia. Se estableció entre ellos el uso de reunirse en esta gran fiesta; les hacia observar cada año nuevas pérdidas; aclaraba las filas de los defensores de la libertad pública; y estos testimonios de una gloriosa época iban disminuyendo de dia en dia, hasta que encontrándose enteramente estinguida la jeneracion, ya solo quedaria para los mas virtuosos y grandes un nombre en la historia, y honrosos recuerdos en las tradiciones de las familias.

La medalla de la sociedad de Cincinnati fué enviada á los condes de Rochambeau, de Grasse, de Guichen y á todos los jenerales, coroneles y capitanes de buques franceses que habian servido en la causa de la América: tambien quiso Luis XVI recompensar todos los cuerpos de su ejército que habian tomado parte en esta guerra memorable, é hizo en sus filas numerosas promociones. Hacia muchos años habia sido ofrecida la primera dignidad militar á Washington; y el rey, al poner sus tropas bajo la direccion del ilustre americano, le habia conferido los honores de mariscal de Francia.

Otras señales menos personales consagraron las diferentes fases de la guerra de la independencia, la columna y las inscripciones de Bunker's Hill recordaban su orijen (véase la lámina 73), y las de York-Town marcaban sus últimos triunfos; ambas estaban puestas á los dos límites de esta sangrienta carrera, y se veian dispersados en el intervalo un gran número de cenotafios, erijidos á la memoria de los hombres que habia perdido la América y que houraba con su sentimiento.

Debemos citar entre los monumentos artísticos, destinados á conservar tan nobles recuerdos, una

reunion de cuadros en que el coronel Trumbull, adicto al estado mayor de Washington, trazó los principales acontecimientos políticos y militares que pertenecen a esta época. Su espada sirvió á la patria, su pincel representó sus defensores, y la fidelidad de sus retratos aumentó aun el interés histórico de estas grandes composiciones, donde la posteridad se complace en encontrar las imágenes de sus mas venerables antecesores.

Cuando estuvieron aseguradas la independencia y la paz, los Americanos, estendiendo la vista sobre su nueva situación, pudieron quedar admirados del engrandecimiento de su país. Los tratados les habian hecho adquirir inmensos territorios hacia el oeste, y pronto procuraron beneficiar tan ricos terrenos. Les era ya conocida una parte de estas comarcas: allí habian penetrado algunos exploradores hacia treinta años, y sus primeras investigaciones se habian dirigido hacia el Ohio. Conviene llamar aquí otra vez la atención para manifestar por qué esfuerzos sucesivos y penosos consiguieron por fin formar hacia el oeste establecimientos mas duraderos.

James Bridd, habiendo dejado la Virginia en 1754, para dirigirse hacia las orillas del Ohio, habia bajado el rio en una piragua hasta la embocadura del Kentucky, y al desembarcar en la orilla meridional, habia gravado en algunos árboles la fecha de su descubrimiento; pero pronto se distrajo de esto la atención pública por los acontecimientos de la guerra que siguió muy de cerca esta expedición. En 1767, John Finley se abrió un nuevo paso hacia las mismas rejiones en que iba á hacer el tráfico de peleterías, y pasó la cadena de los Apalaches para penetrar en los valles superiores, regados por el Kentucky; el curso de este rio dió su nombre á este país, y entonces se conocieron dos rutas para pasar allí, una por la navegación del Ohio, y otra por las gargantas y valles de las montañas.

Dos años despues renovó Finley sus viajes: acompañábasele el coro-

nel Boon y algunos otros Carolinenses; pero su tropa fué dispersada por los salvajes; y Boon, habiendo quedado solo con su hermano, y arrostrando con valor las fatigas y los peligros, recorrió durante dos años los países en que proyectaba fijarse. Volvió luego á la Carolina del Norte, vendió la hacienda que poseia en el Ajadkin, y en 1773 se puso otra vez en camino, con su familia y algunos hombres, resueltos á probar fortuna; se le unieron otros cuarenta, y formaron sus primeros establecimientos en los valles donde empiezan su curso el Kenhawa, el Kentucky y el Cumberland.

Dunmore, que era gobernador de la Virginia, hacia al mismo tiempo prolongar á lo largo de las orillas del Ohio, los descubrimientos principados. Los habian estendido hasta los rápidos que entorpecen la navegación del rio, y habian sido enviados algunos agrimensores á sus riberas para medir y dividir las sierras de que tendria que disponer la Virginia. Reclamaba este estado la posesion de todo el país situado al occidente de su territorio hasta las orillas del Misisipi; pero, como muchas naciones indias ocupaban aun estas rejiones, era preciso conseguir de aquellas el derecho de establecerse en estas.

Con esta mira se abrieron negociaciones con las seis naciones iroquesas, cuyos comisionados se encontraban en el fuerte Stanwix, y el coronel Donalson de Virginia les compró las tierras situadas á la orilla derecha del Kentucky: en 1775 fueron compradas las de la orilla izquierda, por un contrato hecho entre los Cherokees y el coronel Henderson de la Carolina del Norte, y esta doble adquisicion infundió mas confianza á los primeros cultivadores. Sin embargo no quedaron ambas posesiones en poder de los dos propietarios; pretendia el Estado de Virginia que él solo tenia derecho de adquirir estas tierras y de disponer de ellas, ya que estaban comprendidas en sus límites; entregó á Donalson el valor de su adquisicion; no reconoció como válida la que habia

hecho un Carolinense, y la miró como una usurpacion de sus propios derechos. Sin embargo, reteniendo para sí las tierras que Henderson habia adquirido de los Cherokees, le dió otras situadas mas al occidente, hacia la embocadura del Green River.

El gobierno de la Virginia, convertido en poseedor de una parte de los valles del Kentucky, favoreció las emigraciones para esta comarca, y mandó erijir muchos fuertes para asegurar su defensa. Se construyeron sucesivamente los de Boon's-borough, de Logan, y de Harrod: se pusieron los cimientos de Denville, Lexington, de Franckfort y de Luisville, establecimientos endebles que por mucho tiempo tuvieron que defenderse de los salvajes.

Varias tribus indias se disputaban estos territorios: hasta los de que habian dispuesto los Cherokees y los Iroqueses, eran reclamados por otros pueblos estraños á ambas naciones: y este país, siempre en pleito, quedaba espuesto á frecuentes incursiones. Le quedó el nombre de tierra sangrienta, y por mucho tiempo estuvo á prueba el valor de los primeros colonos. El coronel Boon era el firme apoyo de la colonia; se señaló en la guerra de la independencia, fué prisionero de los Shawaneses en 1778, y se escapó luego de sus manos, para venir á defender contra ellos la fortaleza de Boon's-Borough. Este oficial tuvo despues una parte honrosa en las últimas expediciones, cuando habiendo los Shawaneses invadido las riberas meridionales del Ohio, fueron á su vez atacados y perseguidos por el jeneral Clarke en las orillas del Muskingum y del Scioto, segun hemos referido antes.

Un arreglo con los Indios fijó la suerte de algunas otras comarcas; y cuando se reunieron los enviados de los Jeorjios, de los Creeks y de los Cherokees para trazar los límites de sus territorios, concluyeron el 31 de mayo de 1783 un tratado de cesion, en virtud del cual se tomó por línea de demarcacion el rio Occonee,

cuyas aguas corren del norte al mediodía, y van á formar por su reunion con las del Flint, el Apalachicola. Los Cherokees se estendian al noroeste de esta línea, remontando hacia el nacimiento de los rios, y ocupaban los valles y las alturas de los Apalaches: al mediodía eran vecinos de los Creeks cuyas tribus, designadas bajo nombres diferentes, tenian muchas veces guerra con los habitantes de la Jeorjia y de las Floridas.

Al occidente de los Creeks y de los Cherokees no habia aun establecimientos, y otras dos naciones indias, los Choctawos y los Chikasawos, habian hasta entonces sido pacíficos poseedores de los países que se estienden hasta el Misisipi; pero hacia el curso inferior de este rio, se empezaba á estrechar su territorio; se formaban nuevos plantíos, que iban propagándose poco á poco, para envolver algun día las comarcas ocupadas por las tribus aboríjenas. Ya habian desaparecido muchas, y la reduccion progresiva de las tribus que sobrevivian, daban grande inquietud á sus ancianos mas previsores. Se acordaban que en todas las guerras con la poblacion blanca, habian tenido que ceder á la superioridad de sus armas, y que haciendo con ella la paz, habian tenido que abandonarle una parte de su territorio. El tiempo, que cercenaba su número y sus fuerzas, aumentaba el poder de los Europeos; estos acudian á bandadas á America para repartirse los bosques, que les alimentaban. El extranjero invadia las llanuras: las piraguas no gozaban ya de la libre navegación de los rios: la caza y la pescase agotaban, y los Indios iban á desaparecer por falta de subsistencias. Cuando dos naciones blancas tenian guerra en su vecindad, eran contempladas á lo menos por una de ellas, y reuniéndose á su causa, podian ser protegidos por sus armas, y tomar parte en sus victorias: ¿pero ahora qué recurso les quedaba? Rodeados por un solo pueblo ¿no quedaban espuestos á su ambicion y entregados á su disposicion? Una cadena

de hierro les iba á retener y estrechar cada día mas en su reducido recinto; y si conseguían separar las unas tribus de las otras, fácilmente podrían acabar con ellas aisladamente, privándoles de la facultad de socorrerse mutuamente. ¿No era además de temer que escitasen sus mutuos celos? Ya las habían debilitado unas por las otras haciéndolas disputar entre sí: ellas se habían ciegamente prestado á este modo de destruccion, y todos sus pueblos, despues de haberse destrozado durante mucho tiempo, eran presa mas fácil de los estrangeros, que iban á aprovecharse de su estenuacion, y quitarles sus últimos despojos.

Cuando la paz entre los Estados Unidos y la Inglaterra hubo privado de todo auxilio extranjero á las naciones indias, las que aun estaban en guerra, depusieron sucesivamente las armas. Los Shawaneses, los Mingoos y los Delawares habían ya cesado sus hostilidades, y las tribus de Wabash enviaron sus jefes guerreros al apostadero de Vincennes, para hacer un convenio con el enviado de los Estados Unidos. Les declaró Tomás Dalton en una asamblea, celebrada el 25 de abril de 1784, que les presentaba la guerra ó la paz; los invitaba á elegir inmediatamente y les pedia, por primera condicion de arreglo, la restitucion de los hombres y de los rebaños que habían quitado. Se les ofreció en señal de reconciliacion un collar ó wampum; y habiéndolo recibido el jefe de los Piankashaws, declaró en nombre de todos los Indios de las orillas del Wabash, que estaban prontos á hacer la paz.

«Sabeis, decia, todo lo que hemos sufrido; los males de la guerra nos han herido como á vosotros, y la tierra se enrojeció con nuestra sangre. ¡Ojalá se puedan borrar sus señales! Han perecido nuestros amigos, nuestros valientes hermanos; recojeremos sus huesos dispersos, los reuniremos bajo un mismo otero, y en él plantaremos el árbol de la paz, para que estienda un día sus ramas sobre nuestros hijos. Fu-

mad sucesivamente con nosotros con el calumete que os presentamos. El tomahac está ocultado debajo de la tierra, ¡caiga la maldicion sobre aquellos que quisieran volverlo á levantar! Los rigores del invierno han alcanzado á todos los rebaños divagando en nuestras llanuras, y los que nos pedis han perecido; pero nuestros wigwams han estado abiertos á vuestros prisioneros; los hemos admitido en nuestras familias, y se han alimentado al rededor de los mismos hogares. Hoy están ausentes y dispersos en los bosques con nuestros cazadores; los reuniremos á su vuelta, y en una luna os serán entregados.»

Cuando hubo hablado el jefe de guerra, fué concluido un convenio con él, y entregó al enviado de los Estados Unidos un calumete, adornado con los colores y brillantes plumas que son, entre los Indios, el símbolo de la paz.

A la época de la conclusion de este tratado, el congreso tomaba una resolucion para organizar en muchos distritos las tierras que habría adquirido de los indijenas, y las que los diversos Estados habían cedido á la confederacion entera. En 1783, el Estado de Virginia le había trasferido todos sus derechos sobre los territorios que podía pretender al noroeste del Ohio; pronto siguieron este ejemplo otros gobiernos; y se estableció un nuevo derecho público sobre la soberanía de las vastas posesiones del oeste. Muchos Estados, que las habían mirado hasta entónces como comprendidas en sus límites, porque se hallaban colocadas bajo los mismos grados de latitud, empezaban á reconocer la dificultad de gobernar por una misma administracion las comarcas situadas al oriente y al occidente de los Apalaches; esta cadena de montañas oponia demasiados obstáculos á las comunicaciones ordinarias; las enormes distancias y la vasta estension de una y otra rejion hacian impracticable esta comunidad de gobierno; los intereses, la posicion y las necesidades eran demasiado dis-

Sin tocar aun á los derechos de soberanía que los Estados particulares tenían que abandonar, se dedicó el congreso primeramente á obtener de ellos que las tierras cedidas voluntariamente por los Indios, fuesen consideradas como dominio de la confederacion entera. La venta de estas tierras debía proporcionarle los medios de satisfacer la deuda pública; por otra parte había prometido concesiones de fondos á los oficiales y soldados del ejército americano, ya á título de recompensa, ya en pago de los sueldos atrasados que se les debían; y estas concesiones, si estaban hechas en nombre de la confederacion misma, estarían colocadas bajo una garantía mas poderosa.

Para llenar estas obligaciones de honor y buena fe, mandó el congreso reconocer cuidadosamente las diferentes partes de los dominios públicos, donde mejor convenia formar establecimientos; sus agentes dividieron el territorio en *townships*, ó distritos de seis millas cuadradas de estension: se subdividieron estos en porciones de una milla cuadrada; y los unos fueron vendidos, los otros fueron dados como recompensas militares; á escepcion de los territorios que se conservaron para plantear los edificios y diversos establecimientos necesarios para los servicios públicos y para la administracion.

Estas ventas y distribuciones de tierras atrajeron pronto al Kentucky nuevos habitantes; y á fines de 1784 subia su número á treinta y seis mil. Obedecían las leyes de la Virginia y la autoridad de su gobierno; pero la distancia les hacia perder los efectos de su proteccion; perjudicaba la seguridad del pais, y lo esponia indefenso á los ataques de los Indios, de quienes solo se podían obtener treguas pasajeras. Una reunion, celebrada en Denville, reconoció la necesidad de una emancipacion; propuso pedir á la metrópoli que el Kentucky fuese erijido en nuevo Estado; y habiendo sido ratificada esta proposicion en otro consejo, que inmediatamente fué convocado, los comi-

sionados pasaron á Richmond á solicitar del gobierno de Virginia su separacion. Consintieron á ello los Virjinienses con una generosa benevolencia; abandonaron toda pretension sobre esta vasta comarca, é invitaron á los habitantes á organizar una administracion separada, que desde luego debía colocarse bajo el patronato del congreso, hasta que el aumento de su poblacion les permitiese formar un nuevo Estado.

A mediados del siglo diez y ocho, habían sido explorados los paises que riega el Tenesee, al par que los del Kentucky; pero solo, en 1774, se formaron en ellos colonias importantes. Los nuevos habitantes se separaron pronto de la Carolina del norte, por razon de la distancia y de la dificultad de las comunicaciones; y esta primera tentativa de independencia los condujo despues á gozar de los mismos privilegios que el Kentucky.

Los territorios situados al noroeste del Ohio presentaban un campo aun mas estenso á nuevos establecimientos, y despues de la conclusion de la paz, pasaron allí numerosos cultivadores. En 1784, solo se contaban en Pittsburgo ochenta casas; pero su situacion en el confluente del Mononganela y del Alleghany, destinaba esta ciudad á ser uno de los mas grandes depósitos del comercio entre los Estados del este y del oeste. Las mercaderías que se recibían allí de los paises orientales servían para el cambio de peleterías, cuyo tráfico se hacia con los Indios vecinos del Miami, del Muskingum y de los otros rios que desaguan en el Ohio. En Luisville se había formado un establecimiento mas occidental, y numerosos emigrados, llegados del este, se aprovechaban de la navegacion del rio para pasar á este nuevo centro de colonizacion y cultivo. Aun ofrecía esta ciudad todas las señales de una nueva creacion; se concluían los desmontes, las calles, abiertas á través de los bosques, cuyos árboles aun no estaban todos arrancados, solo contaban, en 1784, un centenar de casas y otras tantas cabañas; pero la actividad de los trabajos empezados hacia prever rápidos aumentos.

Se renian otras colonias en las orillas del Kentucky, del Cumberland, del Green-River y de los demás rios. Los primeros plantadores preferian la ribera de las aguas; fuese que el curso de los rios era necesario para el establecimiento de máquinas, fuese que abria un camino natural á las comunicaciones.

Muchas veces un solo hombre fundaba una ciudad entera; trazaba su plan, dividia su territorio, llamaba á los habitantes, á los accionistas, y los veia concurrir en tumulto á esta convocacion. Los Indios, en paz con los creadores de las nuevas ciudades, venian algunas veces á contemplar sus trabajos, y no podian comprender los motivos de una actividad tan asidua. Al ver cortar los viejos bosques, escudriñar la tierra para aniquilar sus raices, cambiar los productos del suelo, levantar con esfuerzos edificios, uno de estos guerreros cazadores se compadecia de los trabajos de los nuevos obreros. «¿Por qué, preguntaba á un anciano que le parecia oprimido por el peso de los años, porque te cansas en un trabajo de que no gozarás? —Tengo hijos, respondia el cultivador; les falta una casa para abrigarse, cosechas para alimentarse, nuevos árboles que les sean mas útiles, y que á la vez les den frutos y sombra: les faltan instrumentos de labranza, fábricas para sus vestidos, muebles para todos los usos de la vida: si estuviesen reducidos á la caza y á la pesca para subsistir, la mayor parte perecerian de necesidad. —Me admiras, decia el Indio; yo enseño á mis hijos á tender sus lazos para matar los animales salvajes; el agua, abundante de pesca, y los bosques, poblados de aves y animales monteses, me han proporcionado alimento: estos bastarán para mis hijos.» Respondió el cultivador: «Mira tu nacion, decrece de dia en dia, y la nuestra aumenta sin cesar, he aqui el fruto de vuestra indolencia y de nuestro trabajo.»

Para estenderse por las tierras que pertenecian á los Indios, no se habia tenido siempre necesidad de emplear la fuerza ó de estipular tratados. Muchas veces se alejaban voluntaria-

mente, á medida que los Europeos se adelantaban; y como creian que las primeras colonias de extranjeros habian llevado á América las abejas, cuando llegaban algunos enjambres de estas á sus bosques, decian: «Vámonos, los blancos van á llegar.» Entonces se dirijian hácia el oeste para alcanzar retiros mas independientes.

Las naciones indias que formaban hácia el norte la confederacion iroquesa, supieron mantenerse por mucho mas tiempo en su territorio: pero reconocieron, como las del Ohio, del Wabash y del Kentucky, la necesidad de dejar las armas, cuando no pudieron ya contar con los socorros de la Inglaterra. Los Tuscaroras y los Oneidas vivian ya en paz con los Estados Unidos: su mediacion facilitó una reconciliacion con las demás tribus; y los comisionados de todas las provincias, habiendo pasado al fuerte Stanwix, cerca de las orillas del Mohawk, concluyeron, el 22 de octubre de 1784, un tratado de paz y de amistad con los enviados del congreso.

Los Estados Unidos, teniendo pacificadas todas sus fronteras, pudieron entonces prolongar con mayor seguridad los establecimientos que habian emprendido hácia el oeste.

En estas nuevas rejiones, que debian un dia adquirir tan gran prosperidad, solo se percibia, al formarse las primeras colonias, un inmenso territorio, regado por un gran número de rios navegables. Cada uno de estos estanques fluviales se inclina hácia el Ohio ó hácia el Misisipi; y las ondulaciones del suelo, formadas por las encrucijadas de los Apalaches y por los valles que se estenden en sus intervalos, presentan al que los contempla desde lo alto de las montañas, inmensos bosques, cuyos límites se estenden hasta el curso de los rios, ó hasta las llanuras pantanosas, ocupadas por juncos ó herbajes altos.

La variedad, el lujo de esta vegetacion espontanea, reproduciéndose por sí misma y sin la ayuda del cultivo, desde luego pasman la vista. La elevacion de los pinos y de los de-

más árboles resinosos, cuyos troncos derechos reunen sus ramas á su alrededor, forma un majestuoso contraste con el desarrollo de los robles de todas clases que alargan á lo lejos los mil encorvamientos de su ramaje; el cedro, la noguera y el castaño cubren tambien las alturas y los costados de los valles: la familia de los arces, la de las acacias, buscan las orillas de los arroyos: el tulipero, uno de los árboles mas hermosos de América, apetece los terrenos húmedos; sus proporciones esceden algunas veces las de los robles; la viña serpentea alrededor del tronco de estos diversos árboles, y sus pámpanos, cargados de racimos, están unidos á sus ramas, cuyo largor ocupan. En las comarcas meridionales, una inmensa profusion de arbolitos y plantas parasitas bloquea las avenidas de los bosques y los hace impenetrables: hácia el norte se aíslan los grandes árboles, y la vegetacion inferior está mas clara bajo su sombra.

Debajo del inmenso abrigo de estos bosques del oeste, se encuentran las diversas razas de animales que los Europeos habian encontrado al momento del descubrimiento, y que se han retirado delante de ellos, al par que los naturales del pais. Innumerables rebaños de búfalos andan errantes en medio de las sábanas, ó en esas tierras impregnadas de sal, cuyo sabor buscan; los castores, que frecuentaban la orilla de los rios, empiezan á huir hácia las rejiones menos conocidas; solo ejercen su industria en la soledad; el hombre, al adelantarse, reconoce su arquitectura; pero los constructores han desaparecido ya. El wapiti, el caribol y el danta, semejantes al ciervo, al renjifero y al alce, se retiran á los bosques mas cercanos á los grandes lagos; algunas clases, tan ágiles y mas débiles, el armiño, la marta y la ardilla, buscan en la cima de los árboles su último asilo: el didelfo, particular á estas rejiones, da tambien á sus pequeños un asilo en el buche natural, en el que los recibe cuando está espantado por la aproximacion de un enemigo. Se ha observado que algunas tribus indíjenas le tributaban

una especie de culto, y parecian considerar sus desvelos y costumbres como un símbolo de la prevision materna (véase la lámina 78).

Al penetrar en estas comarcas, y al notar sus producciones y las diversas familias de animales que les eran propios, se observaba en los costados de las montañas la situacion de los minerales, su variedad, su riqueza, y se descubrian en algunas de estas escavaciones, hechas entre las peñas, las unas revestidas de estalactitas, las otras debidas indudablemente á la accion de los fuegos subterráneos, á la subversion de esas masas destrozadas y sublevadas por esplosiones, ó al hundimiento de los terrenos inferiores, cavados y robados por la corriente de las aguas (véase la lámina 77).

A medida que iba uno alejándose de las montañas para acercarse á los rios, se admiraban muchas veces de la escarpadura de sus orillas en los valles superiores; en seguida se abajaban las riberas, y las aguas, adelantándose hácia su embocadura, se deslizaban por un lecho mas estenso, y se extravasaban en las llanuras, inundadas muy á menudo (véase la lámina 79). Todas estas rejiones diferian entre sí; y el águila las frecuentaba todas, desde la peña elevada y salvaje, donde habia construido su nido, hasta cerca de la superficie de las aguas, donde iba á apoderarse de la presa del águila pescador (véase la lámina 80).

Muchas veces el atractivo de la ciencia escitaba á los hombres á proseguir con mas cuidado sus investigaciones; particularmente les ocupaba el estudio de su pais; y ya se habian empezado á formar esas colecciones de minerales y de otras producciones que debian un dia adornar los principales museos, y que iban á esparcir nuevas luces sobre la historia natural de los Estados Unidos (véase la lámina 75).

Un conocimiento mas exacto de las comarcas, donde se estendian los desmontes, servia tambien de guia para los nuevos plantíos que podian prosperar allí; se elejían con discernimiento, y el cultivo iba á aclima-

tar alrededor de los habitantes todos los vegetales que fuesen útiles para su alimento y para las diversas necesidades de la sociedad. Los granos, los cañamos, y los árboles frutales fueron colocados en los lugares mas propios al efecto: al mediodía iban bien el árbol del café y la caña de azúcar: en los países montuosos se empezaron á beneficiar las minas: en las llanuras se procuró vencer la humedad del suelo; y labrando el hombre la tierra de un país salvaje, la hizo á la vez mas saludable, fecunda y accesible á las numerosas colonias que iban á reunirse allí.

Así que se trató de cultivar los países situados al occidente de los Apalaches, un gran número de hombres, animados de este espíritu emprendedor y aventurero, desarrollado aun mas por los trabajos y riesgos de la guerra, pasaron á estas nuevas comarcas. Los Estados viejos fomentaban un movimiento, propio para desarrollar los recursos de la confederación entera: se procuraba multiplicar las relaciones entre todas las partes de un territorio tan vasto. Esta era la opinión de los hombres ilustrados; y uno de los proyectos que mas ocupaban á Washington fué el de enlazar con muchas comunicaciones los Estados del este y del oeste. Hacia mucho tiempo que tenia el pensamiento de hacer navegable el James-River y el Potomac en la mayor parte de su curso; tambien podían serlo los que desaguan en el Ohio; y las conducciones que se tendrían que establecer en el intervalo de las dos líneas de navegacion, no serian muy estensas. Washington habia recorrido estos países mucho antes de la guerra, é hizo, hácia fines de 1784, un nuevo viaje á Pittsburgo, para enterarse mejor de los obstáculos que habia que vencer. Su plan fué juzgado practicable: los gobiernos de Virginia y Maryland se pusieron de acuerdo para favorecer la ejecucion; y ambos tomaron cierto número de acciones en esta empresa, para la cual se formó una corporacion.

Esta circunstancia manifestó de nuevo el noble desinterés de Washington; la legislatura de Virginia de-

seaba manifestarle su agradecimiento, ofreciéndole la mitad de las acciones que habia tomado; pero él la suplicó aplicase esta donacion á establecimientos públicos; y se fundaron en Virginia dos colejos con las sumas que le destinaban.

Otro hombre, igualmente célebre por su patriotismo y virtudes, Benjamin Franklin, regresaba entonces á los Estados-Unidos, despues de haber servido, durante mucho tiempo, con sus negociaciones. Habia concurrido á la conclusion de todos los tratados que fundaron y afirmaron su independencia, y aceleraron su comercio y prosperidad; y el último acto de su carrera diplomática fué el tratado hecho con la Prusia, el 10 de junio de 1785, al cual concurren tambien John Adams y Jefferson. Una de las cláusulas autorizaba en principio la libre circulacion del comercio en tiempo de guerra, y la abolicion de los armamentos en curso contra los buques empleados en sus comunicaciones y cambios. Esta salvaguardia, concedida á las pacíficas relaciones del comercio, debia algun dia ser violada; pero era humano y jeneroso establecer este principio, y de este modo abrir el camino á adelantos útiles en el derecho de jentes.

Cuando Franklin regresó á Filadelfia, iba á cumplir ochenta años. Su larga ausencia habia dado á los establecimientos de instruccion y beneficencia, de que él era fundador, el tiempo necesario para desarrollarse: pudo gozar de sus trabajos; los achaques de su vejez no habian debilitado su alma; é iba aun á consagrar sus últimos años al servicio de su patria. En Francia quedaba un tierno recuerdo de su presencia, y Jefferson fué muchas veces testigo de ello. «Me hallo, decia, aquí en una excelente escuela de humildad; y en todas partes donde me presento en calidad de ministro de los Estados-Unidos, las primeras palabras que me dirijen son siempre: «¿Sois vos, caballero, quien reemplazais á Franklin? — No hay nadie, he respondido yo luego, que le pueda reemplazar: solo soy su sucesor.»

Cuando todos los Americanos felicitaron á este venerable anciano sobre su regreso á América, la voz de Washington se unió á las aclamaciones del público. Estos dos hombres eran dignos el uno del otro: una estrecha amistad les unia. Ambos habian tomado por divisa, que la virtud constituye la verdadera grandeza: esta idea inspiró las acciones de su vida entera.

Si, recorriendo los hechos principales de esta historia, hemos insistido sobre el mérito de algunos grandes ciudadanos, es porque ejercen un saludable influjo sobre los destinos de su patria y con sus principales adornos.

Ocupaba á la sazón á todos los espíritus sabios la perfeccion de la organizacion social. No bastaba haber acabado la guerra: convenia reparar los daños, restablecer la prosperidad interior, coordinar entre sí las relaciones de los diferentes Estados de la confederacion, y reunir sus fuerzas en un solo centro. El deseo de concentrar su unio, su armonía y sus medios de defensa, animaba á todos los miembros del congreso; pero este objeto era tanto mas difícil de conseguir, cuanto se habia aumentado el territorio nacional: habia que conciliar entre sí los intereses de todos los Estados que habian oriijinalmente formado la república, y de todos los países adquiridos en virtud de tratados de paz. Estos últimos terrenos se debian colonizar bajo la autoridad del congreso: se hacia preciso darles un gobierno provisional, que preparase, sin sacudimientos, su organizacion definitiva. Un acta del 13 de julio de 1787 trazó las bases de las colonias que iban á establecerse al noroeste del Ohio; y despues recibió otras aplicaciones.

«Ninguna persona pacífica podrá ser turbada en su culto y opiniones religiosas.

«Los habitantes tendrán derecho á participar del beneficio del *habeas corpus*, del juicio por jurado, y de una proporcionada representacion en las asambleas lejislativas. Nadie podrá ser privado de su libertad, excepto en virtud del juicio de sus igua-

les ó de la ley del país: todo aquel, cuya propiedad fuese tomada para la necesidad del estado, deberá ser indemnizado.

«Se establecerán escuelas y medios de instruccion. Se encarga la buena fe para con los Indios: no se les podrá privar de sus tierras sin su consentimiento: no serán turbados en la posesion de sus bienes, derechos y libertad, excepto en las guerras justas y lejitimas, autorizadas por el congreso: se harán sucesivamente leyes, fundadas en la equidad natural y en la humanidad, para servirles de salvaguardia y para conservar con ellos paz y buena armonía.

«Este territorio y los Estados formados en él harán parte de la confederacion de los Estados-Unidos: estarán sujetos á todas las leyes que en ella rijen: contribuirán, con una cantidad proporcionada, al pago de sus deudas y gastos de gobierno: las contribuciones que deberán pagar, serán impuestas y percibidas en los distritos ó Estados nuevos, por autoridad y orden de sus asambleas lejislativas. Estas asambleas no se mezclarán en las medidas que tomase el congreso, para disponer primitivamente del terreno y asegurar los títulos de los propietarios que hubiesen adquirido de buena fe.

«No se impondrá contribucion alguna sobre los terrenos propios de los Estados-Unidos. Se considerarán las aguas navegables que conducen al Misisipi ó al San Lorenzo, y los caminos de acarreo entre estos rios, como caminos públicos y libremente abiertos á los ciudadanos de toda la confederacion, sin que para disfrutar de ellos tengan que pagar derechos ó impuestos.

«De los territorios situados al noroeste del Ohio, se formarán á lo menos tres, y á lo mas cinco Estados. El Estado occidental tendrá por límites el Ohio, el Misisipi y el Wabash, subiéndolo hasta Vincennes, y de allí una línea tirada en direccion al norte; el Estado del mediodía se extenderá entre el Wabash y la embocadura del Gran Miami, desde donde se trazará otra línea hácia el norte; y el Estado oriental estará comprena-

dido entre esta línea y las fronteras de la Pensilvania. Por este acto, el congreso se reserva la facultad de cambiar estos límites posteriormente, si desease formar uno ú dos Estados mas en los territorios situados, tanto al este como al oeste del lago Michigan.

«Cuando uno de estos dislritos territoriales tenga de poblacion sesenta mil habitantes, será admitido á ser representado por sus diputados en el congreso de los Estados Unidos; y podrá darse una constitucion y gobierno republicanos, conformes á los principios sentados aquí; esta admision podrá ser concedida aun antes de que llegue la poblacion á sesenta mil almas.

«En el territorio situado al noroeste del Ohío no habrá ni esclavos, ni servidumbre violenta, excepto para castigo de algun crimen, de que habrá sido debidamente convicto el culpable: pero si se refujiase á él un hombre cuyo servicio ó trabajo forzado fuese legalmente exijido por otro Estado, podrá ser reclamado, y deberá ser restituído.»

Así se organizaron los establecimientos de los nuevos territorios; pero la confederación entera necesitaba algunas otras instituciones. No se habian superado numerosas dificultades, cuyo oríjen se remontaba á la última guerra; y si bien habian cesado enteramente las hostilidades entre los Estados Unidos y la Inglaterra, no se ejecutaban aun todas las cláusulas de su tratado de paz. La Inglaterra se quejaba de que no se habian devuelto todos los bienes confiscados á los súbditos británicos; de que no se habian revocado las diligencias que se habian comenzado contra sus partidarios, y de que no se habian pagado las deudas contraídas con los particulares, sea en el comercio, ó sea para indemnizarles de sus pérdidas. Representaban á su vez los Estados Unidos que los apostaderos militares, ocupados por los Ingleses en la orilla meridional de los grandes lagos, no estaban evacuados: esta larga detencion era contraria á las bases de la demarcacion fijada por el tratado de paz; esponia los terri-

torios del oeste á una invasion mas fácil, si la guerra llegase á renovarse; hacia temer que las naciones indias, establecidas en estas comarcas, y tan á menudo hostiles, no continuasen siendo alentadas en sus ataques por la cercanía de estos puestos fortificados y por la facilidad de recibir de ellos armas y otros socorros.

Tambien se suscitaban serias discusiones sobre la fijacion de los límites entre los Estados Unidos y la Nueva Escocia. Se debia tomar por línea de demarcacion el rio de Santa Cruz; pero muchos rios llevaban un nombre semejante; y por ambas partes se estendian sus pretensiones hasta la línea mas lejana.

Finalmente tenian que decidirse cuáles serian las relaciones comerciales de los Estados Unidos con la Inglaterra, y sobre todo con sus colonias de las Antillas, cuyo monopolio procuraba constantemente asegurarse. Los Americanos deseaban gozar allí de una libertad de comercio mas estensa; y en febrero de 1785, encargaron á John Adams que abriese negociaciones en Lóndres para arreglar las bases de este tratado, y para conciliarse igualmente acerca de los demás puntos en cuestion; pero esta mision no tuvo entónces resultado alguno. La Inglaterra hizo saber que las leyes y las reglas comerciales de la confederacion, no tenian aun ni bastante union, ni bastante fijeza para que pudiesen prometerse su ejecucion de una manera completa y uniforme.

Este obstáculo era poderoso: los mismos Estados Unidos reconocian la necesidad de adoptar un sistema mas regular en todas sus transacciones con el extranjero, y de fundar la estabilidad de estas nuevas relaciones en una constitucion que diese mayor fuerza al vínculo federal y al poder encargado de mantenerlo.

Para conseguir este importante objeto, se necesitaba aun algun tiempo de discusiones y de pruebas. Cada uno de los gobiernos particulares, mirando ante todo su propia situacion, se prestaba difícilmente á sacrificar una parte de sus ventajas,

ESTADOS UNIDOS

ESTADOS UNIDOS



C. W. B. 1784

C. W. B. 1784



Jaguar
Santivaipaja

Capibara
de Santivaipaja

Culebra Carachipi

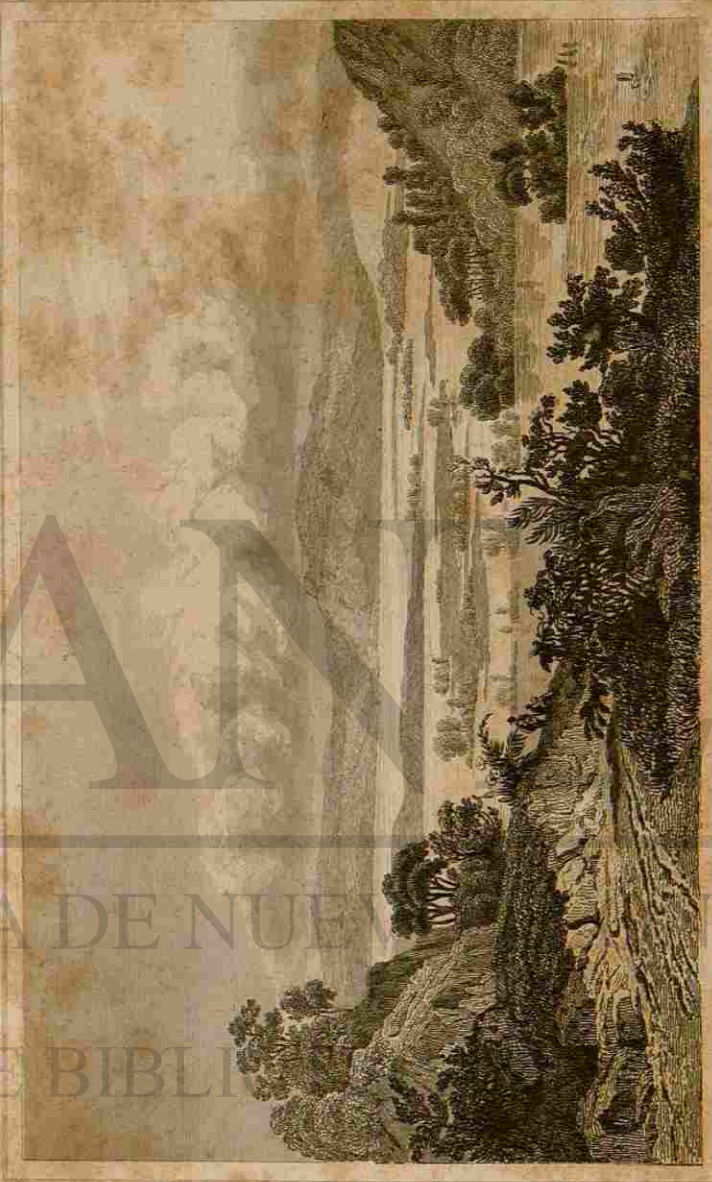
76

ESTADOS UNIDOS

ESTADOS UNIDOS

ESTADOS UNIDOS

77



77

77

Inundacion del Mirzap

Inundacion del Mirzap

®

para concurrir á las de otro estado; y en este cambio de servicios mutuos, se estimaban las pérdidas en valor mas subido que las compensaciones.

Antes de convencerse por todas partes de la necesidad de una organizacion federal que tuviese mayor fuerza y unidad, muchos Estados procuraron, por medio de asociaciones parciales, poner en comun las ventajas que la navegacion interior y el comercio podian proporcionarles. La Virginia y el Maryland dieron este ejemplo; y pronto fueron invitados los demás gobiernos para arreglar de una manera uniforme todos los intereses que podian asegurar el mantenimiento de su union; accedieron á este proyecto todos los Estados del centro, y enviaron sus comisionados á Annapolis; pero deseaban que la asamblea fuese mas jeneral, y que estuviese autorizada para rectificar el acta federal en todas sus partes. Para el 2 de mayo de 1787 se convocó una reunion en Filadelfia. Todos los Estados, exceptuando el Rhode-Island, enviaron sus diputados á ella, y Washington fué nombrado presidente.

Este exámen de las constituciones americanas habia sido hecho por muchos publicistas; y la correspondencia de John Adams, que entonces residia en Inglaterra, ilustró con mucha claridad cuestiones tan profundas y tan serias. Estableció, como base de un gobierno libre, la necesidad de equilibrar los poderes; la legislatura debia componerse de dos cámaras, y para mantener el equilibrio entre si, le parecia necesario que el poder ejecutivo pudiese tambien tener parte en la formacion de las leyes. John Adams buscó en los anales de la historia el apoyo del sistema que defendia. Examinó los gobiernos de todas las repúblicas antiguas, de las de la edad media, de las que aun subsistian, y de los monarquías atemperadas que admitian estas formas reguladoras: se fundó en la opinion de los hombres de estado y de los escritores ilustrados que, á ejemplo de Ciceron, han dado la preferencia á esta forma de gobierno; analizó todos los principios desenvueltos por

otros filósofos, como Aristóteles y Platon entre los antiguos, Sydney, Nedham y Montesquieu entre los modernos, y dió á conocer todas las ventajas que podian resultar de la organizacion de un sistema representativo, apoyado y fortificado por el concurso de los tres poderes.

Un trabajo tan distinguido, fué útilmente consultado por los legisladores encargados de modificar la constitucion federal de los Estados- Unidos. La discusion de un nuevo plan de organizacion duró muchos meses, y cuando hubo acabado la deliberacion, Washington lo dirigió y sometió al congreso. Como este actor fué la base del poder americano, y como señala una era notable en los anales de las naciones, cremos de nuestro deber recordar sus principales disposiciones.

«Todos los poderes legislativos pertenecerán al congreso de los Estados- Unidos, que se compondrá de un senado y de una cámara de representantes. Esta se formará de miembros elejidos cada dos años, por el pueblo, de edad á lo menos de veinte y cinco años, y ciudadanos de los Estados- Unidos desde siete años.

«El número de los representantes, y la cuota de las contribuciones directas de cada Estado de la Union, serán proporcionados al número de sus habitantes; y se fijarán, añadiendo al número total de las personas libres (incluyendo en ellos los hombres que están obligados á servir por un tiempo limitado, y no incluyendo los Indios no tasados), los tres quintos del número de los demás individuos.

«Cada diez años se hará el padron de la poblacion. Solo podrá haber un representante por cada treinta mil almas; pero cada Estado deberá á lo menos tener uno, y si sobreviniere alguna vacante en su representacion, se procederá al momento á una nueva eleccion. Cada cámara elijirá su orador y demás empleados; ella sola tendrá facultad para acusar los empleados públicos.

«El senado de los Estados- Unidos se compondrá de dos senadores por



cada Estado. Serán nombrados por la legislatura y por seis años: deberán tener á lo menos treinta años, y gozar de los derechos de ciudadanía desde nueve años. El vice-presidente de los Estados-Unidos será presidente del senado; pero solo tendrá voto cuando haya empate.

« Solo el senado podrá fallar en las acusaciones que hiciere la otra cámara. Su fallo solo podrá privar al acusado de su empleo, y declararlo inhábil para recibir otro de los Estados-Unidos; pero la parte culpable no por eso se librará de tener que comparecer ante los tribunales, para ser juzgada y castigada según la ley.

« El congreso deberá reunirse á lo menos una vez cada año, y por lo regular deberá abrir su sesion el primer lunes de diciembre.

« Cada cámara juzgará las elecciones y títulos de sus miembros, de terminará sus reglamentos, y castigará los desórdenes cometidos en su seno.

« Los senadores y representantes recibirán una recompensa por sus servicios: tendrán en todos los casos, excepto en los de traicion, felonía é infraccion de la paz, el privilegio de no ser arrestados durante su asistencia al congreso, y desde su salida para pasar á él hasta su regreso. No se les podrá pedir cuenta jamás fuera del congreso de sus discursos y debates en una ú otra cámara.

« Un senador ó representante no podrá aceptar, mientras tenga este cargo, empleo alguno civil, creado en este intermedio; y ninguna persona que tenga un empleo de los Estados, podrá, durante su empleo, ser nombrado miembro de una ú otra cámara.

« Todos los proyectos que tengan por objeto cobrar un impuesto, deben emanar de la cámara de los representantes; pero el senado puede concurrir á ellos con enmiendas, como en las demás proposiciones.

« Cada proyecto que haya pasado en las dos cámaras, será presentado, antes de tener fuerza de ley, al presidente de los Estados-Unidos, quien,

si lo aprueba, deberá firmarlo, y si no enviarlo con sus objeciones otra vez á la cámara de donde habia tomado origen; si despues queda aprobado por los dos tercios de los miembros de una y otra cámara, adquirirá fuerza de ley. Todo proyecto que el presidente no envíe al congreso dentro de diez dias despues de recibido, tambien tendrá fuerza de ley.

« El congreso tendrá facultad de imponer contribuciones y derechos para pagar la deuda pública, y prevenir la defensa comun y el bien jeneral: tendrá facultad de contraer empréstitos bajo la garantía de los Estados Unidos; de arreglar el comercio exterior é interior; de establecer reglas uniformes sobre la naturalizacion y leyes sobre quiebras; de acuñar moneda, y fijar el valor de sus monedas, y la base de los pesos y medidas, de castigar la falsificacion de las monedas que corren en los Estados-Unidos; de establecer oficinas y caminos de correos; de favorecer los adelantos de las ciencias y de las artes útiles, asegurando por un tiempo limitado á los autores é inventores la propiedad esclusiva de sus escritos y descubrimientos; de constituir tribunales inferiores al consejo supremo; de definir y de castigar las piraterías y felonías cometidas en alta mar, y las ofensas contra las leyes de las naciones; de declarar la guerra; de conceder patentes de corso y de represalias, y de hacer reglamentos relativos á las presas por mar y tierra; de levantar y pagar tropas, sin asignar para mas de dos años los fondos de este gasto; de pagar la marina; de establecer reglas para la direccion y administracion de las fuerzas de mar y tierra; de mandar la convocacion de la milicia, para ejecutar las leyes de la Union; poner un término á las sediciones y rechazar las invasiones, de dar tambien providencias para su organizacion y disciplina, como igualmente para el mando de los cuerpos que pueden ser empleados en el servicio de los Estados-Unidos, reservando para los Estados particulares el nombramiento de los oficiales, y la autorizacion

de instruir á las milicias conforme á las reglas de disciplina, prescritas por el congreso; de ejercer un derecho exclusivo de legislacion en un distrito de diez millas cuadradas, que, en virtud de la cesion de algunos Estados y de la aceptacion del congreso, podrá llegar á ser el sitio del gobierno de los Estados-Unidos; de gozar de una autoridad uniforme en todos los terrenos comprados con el consentimiento de las legislaturas particulares, para erijir en ellos fuertes, almacenes, arsenales, astilleros y otros establecimientos útiles: de hacer todas las leyes que serian necesarias para asegurar el ejercicio de los poderes conferidos por esta constitucion al gobierno de los Estados-Unidos.

« No se suspenderá el privilegio del derecho de *habeas corpus*, á menos que lo exija la seguridad pública, en caso de rebelion ó de invasion. No se impondrá ley penal alguna á un delito anterior. No se impondrá capitation ú otra contribucion directa, sino en proporcion al último empadronamiento. No se percibirán ni contribuciones ni derechos sobre las esportaciones de un Estado á otro: no se dará, por los reglamentos de comercio ó de rentas públicas, preferencia alguna á los puertos de un Estado sobre los de otro; no sesacará del tesoro suma alguna, sin que una ley haya fijado su destino.

« No concederán los Estados Unidos título alguno de nobleza; y ninguna persona, ejerciendo bajo su autoridad un oficio lucrativo ó un empleo de confianza, podrá, sin el consentimiento del congreso, aceptar ningun regalo, emolumento, cargo ó título de cualquiera naturaleza, de un rey, príncipe, ó Estado extranjero.

« Ningun estado de la Union podrá obligarse en tratados, alianzas ó confederaciones, conceder patentes de corso y represalias, acuñar moneda, emitir letras de crédito, hacer aplicar al pago de las deudas otros valores que el oro y la plata acuñados, imponer leyes retroactivas, ú otras leyes que debiliten las

obligaciones de los contratos, y conferir títulos de nobleza.

« Ningun Estado podrá, sin el consentimiento del congreso, establecer impuestos ó derechos de importacion ó de esportacion, excepto los que sean necesarios para la ejecucion de sus leyes de vijilancia. El producto neto de todos estos derechos estará á la disposicion del tesoro de los Estados-Unidos; y la ley que los habrá establecido se someterá á la revision del congreso.

« Ningun estado podrá, sin el consentimiento del congreso, imponer derechos de tonelada, mantener tropas ó buques de guerra en tiempo de paz, entrar en algun arreglo con otro Estado ó con una potencia extranjera, ni empeñarse en una guerra, á menos que su territorio esté invadido, ó que se encuentre en un peligro bastante inminente que no pueda admitir retardo alguno.

« El poder ejecutivo está confiado á un presidente de los Estados Unidos: sus funciones y las del vicepresidente duran cuatro años, y se procede á su nombramiento en la forma siguiente: cada Estado nombra electores, en número igual al de los senadores y de los representantes que tiene el derecho de tener en el congreso. Se reúnen los electores en sus respectivos Estados; y cada uno de ellos vota por escrito y designa dos candidatos. Las listas de aquellos, por los cuales se ha votado, indican el número de votos que cada uno ha obtenido; son enviadas bajo sello al presidente del senado, que las abre en presencia de este y de la cámara de los representantes. El que ha reunido mas votos es nombrado presidente, si tiene la mayoría del número total de los electores; pero si muchos ciudadanos tienen dicha mayoría, y han obtenido un mismo número de votos, la cámara de los representantes elije un presidente entre ellos; si ninguno obtiene entónces mayoría, esta cámara elije entre los cinco candidatos que han tenido mas votos. Cuando se ha hecho este nombramiento, el que ha obtenido en las elecciones mayor número de votos es nombrado vice-

presidente; y si este número es el mismo para muchas personas, elije el senado entre ellas por votacion.

«El día de reunirse las asambleas electorales para dar sus votos, debe ser el mismo en todos los Estados Unidos.

«En el caso en que las funciones del presidente cesasen, por muerte, dimision ó incapacidad, las ejercerá el vice-presidente, y si este tambien faltase, nombrará el congreso el oficial que debe reemplazarlo temporalmente.

«El presidente, antes de ejercer sus funciones, presta el solemne juramento de ejercer fielmente el empleo de presidente de los Estados Unidos, y de mantener, proteger y defender con todo su poder la constitucion que han adoptado. Es comandante en jefe del ejército y de la escuadra americana, como igualmente de las milicias de los Estados particulares, cuando son llamadas al servicio de la confederacion. Tiene la facultad de conceder cédulas de perdon y de próroga por ofensa contra los Estados Unidos, exceptuando el caso de acusacion por la cámara de los representantes; puede, con el parecer y consentimiento del senado, hacer tratados, nombrar embajadores, otros empleados públicos y cónsules, nombrar los jueces para el tribunal supremo, y todos los demás empleados cuya eleccion no esté mandada por la ley. Puede llenar provisionalmente todas las plazas que hayan quedado vacantes en el intervalo de las sesiones del congreso. En casos extraordinarios puede convocar las dos cámaras, ó una de ellas, y fijar el tiempo de su reunion, cuando no se conformen sobre este punto. Recibe los embajadores y los demás ministros; debe vijilar sobre la fiel ejecucion de las leyes; remite á todos los empleados de los Estados-Unidos los títulos de sus destinos.

«El presidente, el vice-presidente, y todos los empleados civiles de los Estados Unidos, podrán ser destituidos de sus puestos si son acusados por los representantes y convencidos de traicion, de soborno ó de

otros crímenes y delitos contra el Estado.

«El poder judicial de los Estados Unidos esta encomendado á un tribunal supremo, y á los tribunales inferiores que el congreso puede establecer, y los jueces conservan sus puestos mientras su conducta les haga dignos de ellos. Se estiende este poder á todas las cuestiones de ley y de justicia que dimanen de la constitucion, de las leyes de los Estados Unidos, y de los tratados concluidos bajo su autoridad; á todas las cuestiones concernientes á los embajadores, á los demás empleados públicos y á los cónsules; á todos los negocios de almirantazgo y de jurisdiccion marítima; á las discusiones que se suscitan entre muchos Estados, y á diversas causas en que están mezclados los intereses y las cuestiones, y solo pueden ser arregladas por una autoridad comun.

«Se someterán á un jurado todos los procesos criminales, excepto en caso de acusacion, por la cámara de los representantes; se deberá perseguirles en el Estado en que habrán sido cometidos los delitos.

«La traicion contra los Estados Unidos consiste en tomar las armas contra ellos, ó favorecer á sus enemigos, prestándoles ayuda y socorros. El congreso podrá pronunciar el castigo de este crimen; pero esta condena solo acarreará la mancha de la sangre ó la prevaricacion durante la vida del culpable.

«Los ciudadanos de un Estado particular tienen derecho á los privilegios y á las inmunidades de los ciudadanos de los demás Estados. Los individuos que serán acusados de traicion, de felonía ó de otros crímenes en un Estado, y que habrán cambiado de domicilio para librarse de la justicia, serán entregados al Estado que los habrá reclamado, y al que pertenece la persecucion de su delito. Ninguna persona que estuviere obligada en un Estado á un servicio ó á un trabajo en virtud de las leyes locales, y que se escapase pasando á otro Estado, podrá librarse de esta obligacion por las leyes ó reglamentos que están

establecidos en él; pero deberá ser entregado, reclamándolos aquellos á quienes este servicio ó este trabajo pueda ser debido.

«El congreso podrá admitir á nuevos Estados en la Union; pero ninguno deberá erijirse en la jurisdiccion de otro Estado; y ninguno se formará por la union de muchos Estados ó de algunas partes de sus territorios, sin el consentimiento de sus legislaturas y sin el del congreso. Esta autoridad tiene la facultad de hacer todas las disposiciones y reglamentos relativos á los territorios y á las propiedades que pertenecen á los Estados Unidos.

«Los Estados Unidos aseguran á cada Estado de la confederacion una forma republicana de gobierno; deben protegerlo contra la invasion, y concederle, cuando lo pida, el mismo apoyo contra toda violencia doméstica.

«El congreso, si las dos terceras partes de los miembros de ambas camaras lo juzgan necesario, podrá proponer enmiendas á esta constitucion; podrá tambien convocar una reunion para proponerlas, si hacen la peticion las dos terceras partes de las legislaturas particulares; y estas enmiendas formarán parte de la constitucion, si las tres cuartas partes de los Estados de la confederacion las ratifican.

«Todas las deudas, todas las obligaciones contraidas por los Estados Unidos antes de la adopcion de esta constitucion, serán tan válidas y obligatorias bajo este gobierno como bajo la confederacion anterior.

«Esta constitucion, las leyes del congreso, que será su consecuencia, y todos los tratados hechos ó por hacer bajo la autoridad de los Estados Unidos, serán la suprema ley del pais; y los jueces estarán obligados á ejecutarla en cada Estado, á pesar de toda disposicion contraria en las disposiciones ó en las leyes de algun Estado particular.

«Los senadores y representantes, los miembros de las legislaturas particulares, y todos los empleados civiles y judiciales de los Estados Unidos y de los diferentes Estados, es-

tarán obligados, por juramento ó por afirmacion, á sostener esta constitucion; pero jamás será preciso *test* alguno religioso para ejercer un empleo ó unas funciones públicas, bajo la autoridad de los Estados Unidos.

«Bastarán las ratificaciones de nueve Estados para establecer esta constitucion entre los Estados que la hayan así adoptado.»

Al dirigir al congreso el acta cuyo análisis acabamos de presentar, Washington le manifestó con qué miras habia sido redactada. Los legisladores habian reconocido la imposibilidad de asegurar una soberanía independiente á cada uno de los Estados particulares, y de proveer al mismo tiempo á los intereses y seguridad de todos; habian considerado su union como necesaria para su prosperidad, para su poder, y quizás para su existencia nacional: y esta opinion, profundamente grabada en sus ánimos, habia dispuesto todos los Estados á una deferencia mutua, y á concesiones útiles al bienestar de la confederacion entera.

El congreso no declaró su parecer sobre el proyecto de constitucion que se le proponia: lo volvió á enviar al exámen de los diferentes Estados de la Union, y cada uno de ellos fué invitado á convocar una reunion para discutirlo. El plan debia ser puesto en ejecucion, si se obtenia el consentimiento de nueve Estados; y se procederia inmediatamente, segun las formas indicadas por esta constitucion, á la eleccion de un presidente de los Estados Unidos.

Esta doble prueba de las deliberaciones de una asamblea especial, que habia abrazado en sus miras todos los intereses nacionales, y de trece asambleas particulares que tenían que ocuparse aisladamente de las mismas cuestiones, y que podian comparar con el interés comun el de sus propias localidades, presentaba el modo de discutir mas imparcial y luminoso: aseguró, desde el principio, el apoyo de la opinion jeneral á la constitucion que fué

adoptada. La Carolina del Norte y el Rhode-Island fueron los únicos Estados que rehusaron su adhesión en los primeros instantes: todos los demás Estados lo aprobaron: para el 4 de marzo de 1789 se convocó un nuevo congreso en Nueva York; y cuando ambas cámaras estuvieron completamente formadas, se procedió, con el objeto de elegir el presidente de los Estados Unidos, á resumir los votos recojidos en las asambleas jenerales de todos los Estados. Washington habia reunido la unanimidad de los votos: fué proclamado presidente, y John Adams, que habia conseguido mayor número de votos despues de él, fué llamado á la vicepresidencia.

Así se finalizaron las actas del congreso federal, que, despues de haber atravesado penosamente y con honor todas las crisis de la guerra y de las revueltas intestinas, veia finalmente asegurado con tratados y sabias instituciones la independencia de su país.

Diez y ocho meses se habian pasado entre presentar y poner en ejecucion la nueva constitucion de los Estados Unidos: este intervalo habia dado tiempo á que se recojiese la opinion de todas las legislaturas, y de todos los hombres ilustrados que habian profundizado estas grandes cuestiones. Varias enmiendas parecian convenientes: fueron discutidas en el nuevo congreso, y en él se adoptaron las disposiciones siguientes.

«El congreso no podrá hacer una ley para establecer una religion, ó para prohibir su libre ejercicio, para restringir la libertad de pensar ó de la prensa, el derecho de reunirse pacíficamente, y de dirijir peticiones al gobierno para obtener la justicia de algun agravio.

«Siendo necesaria para la seguridad del Estado una milicia bien arreglada, debe ser respetado el derecho de tener y llevar armas.

«En tiempo de paz, ningun soldado podrá ser alojado en una casa sin consentimiento del dueño, y en tiempo de guerra solo lo podrá ser segun la forma establecida por las leyes.

«El derecho de estar asegurado en su persona, casa, papeles y efectos contra toda pesquisa y embargo ilegítimo, no se podrá violar; y solo se podrá mandar una indagacion cuando haya motivos probables, sostenidos con juramento ú afirmacion; se deberá en tal caso designar positivamente el lugar que deba visitarse, y las personas ó cosas que se deban embargar.

«Nadie estará obligado á responder, por un crimen que merezca pena capital ú infamante, escepto por la acusacion ó queja de un gran jurado; á no ser que los hechos pasen en el ejército de mar ó tierra, ó en la milicia, cuando está de servicio activo en tiempo de guerra ó de peligro público. Nadie será puesto en peligro de su vida ó miembros dos veces jurídicamente, y por la misma ofensa; ni obligado á dar testimonio contra sí mismo en los negocios criminales; ni privado de la vida, libertad ó propiedad sin procedimiento legal: ninguna propiedad particular se podrá reservar para el servicio público, sin una justa indemnizacion.

«En todos los procesos criminales, gozará el acusado del derecho de ser juzgado pronta y públicamente por un jurado imparcial del Estado y distrito en que se haya cometido el crimen; de ser informado de la naturaleza y causas de la acusacion; de ser confrontado con los testigos del acusador; de hacer citar y comparecer los testigos en su favor; de ser asistido por un abogado para la defensa.

«En las causas civiles, en que el valor disputado no esciediese de veinte duros, se deberá observar el derecho de ser juzgado por jurado; y ningun pleito, juzgado de este modo, será sometido de nuevo al examen de un tribunal de los Estados Unidos, sino segun las reglas de la ley comun.

«No se podrán exigir canciones escesivas, ni imponer enmiendas sin moderacion, ni castigos crueles y fuera de uso.

«La enumeracion de los derechos indicados en la constitucion, no po-

drá ser interpretada como una denegacion ó derogacion de los demás derechos reservados por el pueblo.

«Los poderes no delegados por la constitucion á los Estados Unidos, ó cuyo ejercicio no prohiba esta á los Estados particulares, quedan reservados á estos últimos ó al pueblo.»

Las enmiendas que acabamos de citar fueron sometidas al exámen de los diferentes Estados, como lo habian sido los artículos de la constitucion, y fueron igualmente aprobadas. La esperiencia hizo despues adoptar algunas nuevas modificaciones, sobre las atribuciones judiciales y el modo de elegir el presidente. No debemos referirlas aquí: seria anticipar demasiado los acontecimientos.

En la constitucion que acababa de establecerse, no se habia usurpado al pueblo derecho alguno: todos los poderes conferidos al gobierno central, solo ponian limites á la autoridad de los gobiernos particulares: al reducir sus atribuciones se habia procurado trazar una línea exacta entre las facultades que les debian cercenar y las que convenia dejarles, de modo que satisficiera los intereses y seguridad de todos. Cada uno de estos Estados particulares tuvo así que sacrificar una parte de sus privilegios, para consolidar la union que era la garantía mas segura de su duracion, y hubo que modificar todas estas diferentes constituciones, á fin de ponerlas en armonía con los poderes confiados al congreso y al gobierno de los Estados Unidos.

No entra en el dominio de una historia jeneral, en que debe uno limitarse al cuerpo mismo de la confederacion americana, abrazar y analizar todos los cambios interiores, practicados entre sus miembros. Debemos considerar los Estados Unidos como potencia, y debemos dar cuenta de las instituciones que constituyen su fuerza, de los principios de su organizacion comun, y del conjunto de los poderes entre-

gados á su gobierno; mas un trabajo sobre sus legislaciones particulares nos alejaria de nuestro objeto. La historia que pinta la marcha de un pueblo, no puede describir en todos sus detalles las ruedas numerosas y complicadas de su administracion.

Nos basta recordar que de los trece estados que componian la confederacion, y en donde se hallaban establecidos el sistema representativo y la division de poderes, once de ellos adoptaron por principio que el poder legislativo debia residir en dos cámaras. La Pensilvania y la Jeorjia continuaron en no admitir mas que una sola; aunque la Jeorjia autorizaba al poder ejecutivo para concurrir á la formacion de las leyes; quedando la Pensilvania con una sola cámara, que reunia todos los poderes de la legislatura.

Franklin habia concurrido con su poderoso influjo á que se adoptase este último sistema de gobierno: además habia deseado, en 1787, hacerle admitir en la formacion del congreso de los Estados Unidos; pero su opinion fué desechada por la asamblea constituyente, de que era miembro, y suscribió al proyecto de una constitucion federal, cual apetejian sus cólegas, no queriendo de este modo debilitar, insistiendo en sus objeciones, el respeto de que deseaba estuyese rodeado el gobierno central. Como no creia en la infalibilidad de ningun legislador, se aplicaba á sí mismo esta duda, dejando á la esperiencia de los hombres el cuidado de modificar y mejorar su obra.

Uno de los últimos actos de la vida política de Franklin, fué una memoria presentada al congreso, en 1789, en nombre de una sociedad que él presidia, y que se habia formado en Filadelfia, para llegar gradualmente, con la supresion del comercio de negros, á la abolicion de la esclavitud. Esta idea le habia ocupado por largo tiempo, y aun antes de que se manifestasen los primeros síntomas de la revolucion americana; y estuvo animado de los mismos sentimientos hasta su postrer suspi-

ro, habiéndole dictado, tres semanas antes de espirar, algunas páginas notables, en las cuales, bajo el velo de la alusión, se pronunciaban contra el comercio de negros, zaheriendo con una ironía satírica el que las rejerencias berberiscas hacían de los blancos.

La muerte de Franklin acaeció el 18 de abril de 1790, cuando había llegado á la edad de ochenta y cinco años. Toda Filadelfia concurrió á sus exequias, siendo su pérdida intensamente sentida de todos los Estados de la unión; la Francia le rindió un homenaje público, decretando la asamblea constituyente que se vistiesen de luto todos sus individuos por espacio de tres días.

Esto nos conduce naturalmente á señalar el influjo que la revolución y la guerra de los Estados Unidos pudieron ejercer sobre las primeras conmociones de la Francia. Si desde su oríjen, la causa americana se halló favorecida en Europa por las opiniones liberales de las clases superiores y mas ilustradas, la proclamación de las franquicias del nuevo mundo produjo á la vez en sus ánimos una reacción inevitable; y la potencia que se había colocado á la cabeza de esta nueva liga, fué la primera que probó los efectos de su cooperación. Había tenido en América un ejército, y otros súbditos suyos habían tomado también voluntariamente parte en tan célebre guerra. Todos estos auxiliares, viviendo entre los Americanos, se habían empapado en sus máximas, y participado de sus honrosos peligros. A su vuelta á Europa, habían contado los sucesos que habían presenciado, y sus relaciones circulaban por el ejército. Estas memorias tenían tanto mas atractivo para él, en cuanto embriaban ideas llenas de gloria y de triunfos. Los guerreros que se habían quedado en Francia, sentían que se hubiesen cogido aquellos laureles en el nuevo mundo sin su participación; y los jefes regresados de América, condecorados con la orden ó medalla de Ciucinnato, parecían mas particularmente designados á la predilección del pueblo. Las familias

mas antiguas y esclarecidas se honraban con esta distinción plebeya, y la añadian con orgullo á los demás timbres de la monarquía. Algunos nombres se habían hecho particularmente gratos á los Americanos: Lafayette, regresado de Francia á los Estados-Unidos, en 1785, había sido acogido con festejos públicos, y los mas espresivos testimonios de afecto en todos los que recorrió, habiéndole admitido algunos de ellos en el rango de sus ciudadanos. Eran demasiado halagüeñas estas recompensas populares para que dejasen de producir impresion. Estas evasiones públicas iban adquiriendo en Francia cierto valor; y á medida que el trono perdía sus cortesanos, la nación veía aumentar los suyos.

Nonos toca investigar por qué motivos, inherentes á la posición misma de la Francia, el triunfo de la revolución americana hizo estallar tan vivo júbilo: bastanos asegurar el efecto que produjo en la opinión pública. Se había protegido allende los mares el levantamiento de un pueblo contra su antiguo gobierno; y otros intereses mas directos iban á poner en movimiento este mismo espíritu de reforma y de innovación. Se debatían los derechos del ciudadano, los deberes de la autoridad, las relaciones que debían enlazar entre sí todas las partes del orden social; pero si el ejemplo de los Estados-Unidos de América favoreció este primer impulso, bien pronto renunció la Francia á la marcha que aquellos habían seguido; y mientras que estos aseguraban las bases de su constitución y de la prosperidad pública, la Francia, conmoviendo un edificio que contaba catorce siglos de duración, preludiaba aquella larga serie de agitaciones y vicisitudes que debían hacer trizas y renovar todas sus instituciones. Apresurémonos pues, sin empeñarnos en una digresión que sería ajena á los Estados-Unidos, á volver á añadir el hilo de los acontecimientos de su historia.

El congreso mandó, en 1790, que se formase el primer censo de la población. Esta había sido apreciada, quince años antes, en dos millones

y cuatrocientos mil individuos, comprendidos los esclavos: pero este aprecio, obtenido por medios muy imperfectos, ó por cálculos de probabilidad, fundados sobre las relaciones numéricas de los nacimientos, matrimonios y defunciones, solo un censo capital era el que podía ofrecer alguna exactitud; y como las leyes de cada Estado no concedían, sin escepcion á todas las clases, el derecho de concurrir á las elecciones, el de sentarse en el congreso, ó de ser representados en él con igual proporción, en el nuevo censo se mandó que se hiciese distinción de los blancos y libres, únicos que eran llamados á gozar de todos los derechos de ciudadano; de las demás personas libres, cuyo número componían los hombres de color emancipados, los Indios que no estaban sujetos al pago de tributos, y que se hallaban como fuera de la asociación; y finalmente los negros y hombres de color esclavos. Para determinar el número de representantes de un estado, se incluyó también á esta última clase, pero no se la tomaba en cálculo sino por tres quintos de su número efectivo.

Es muy digno de observarse que la constitución federativa de los Estados-Unidos no designa á estos servidores con el nombre de esclavos; sino que les da el de hombres atenidos al trabajo ó al servicio doméstico, por las leyes de muchos Estados. Esta denominación no habrá sido adoptada seguramente sin algun motivo: los autores del pacto federal se espresaron indudablemente con esta reserva por respeto á la dignidad del hombre; ó tal vez quisieron hacer concebir á sus descendientes, que sin herir la constitución de los Estados, podrían, por prudencia ó por un sentimiento jeneroso de compasión, dulcificar y cambiar algun día la condición de estos infelices.

El resultado del empadronamiento de la población de los Estados-Unidos, mandado hacer por el congreso, en 1790, sin contar empero con los Indios, fué el de 3,921,329 habitantes. Las personas libres que comprendía este número eran

3,164,148 blancos, 59,481 personas libres y 697,700 esclavos: el mayor número de hombres que pertenecía á esta última clase, se hallaba en los estados meridionales.

La antigua legislación, con respecto á los esclavos, había sido ya modificada en la mayor parte de la confederación: en los Estados de Massachusetts y de Maine no había esclavos, y en los del Nuevo Hampshire y Vermont existían solo en número muy reducido. Su importación á otros Estados por medio del tráfico estaba prohibida por las leyes, y otros muchos gobiernos habían adoptado medidas para llegar á la abolición de esta especie de servidumbre, por medio de mejoras sucesivas que les parecían preferibles á los cambios bruscos y completos; y los Estados que quisieron que subsistiese la esclavitud, reconocieron á lo menos la necesidad de moderar su rigor.

El congreso, desde los primeros momentos de su instalación, se había ocupado de la organización del gobierno en todas sus partes: había creado las secretarías de negocios estranjeros, de guerra y de hacienda; y Washington nombró para ocupar tan eminentes destinos á Jefferson, al general Knox y á Alejandro Hamilton. El ministerio de marina, del que formó una administración separada, nueve años despues, estaba en aquella sazón unido al de la guerra.

Por una ley de 24 de setiembre quedó organizada la administración de justicia de los Estados-Unidos, tanto en el sitio en que residía el gobierno, y en donde debía tener una sesión igualmente el tribunal superior, como en los Estados particulares, en los que los tribunales de distrito debían ir á celebrarlas. Entre estas dos jurisdicciones se establecieron muchos tribunales de circuito, con el fin de juzgar en segunda instancia una parte de los negocios; pudiendo en los asuntos de mayor cuantía, apelar aun de sus sentencias al supremo tribunal. Este concurría á formar con los tribunales de circuito y de distrito una jerarquía jurídica independiente en su acción y en su objeto, de los tribunales creados por cada Estado para

la administración común de justicia; y los límites de estos dos poderes, estaban bastantemente demarcados, para que no se originase entre ellos ningún conflicto de jurisdicción. El uno tenía por objeto defender los intereses y conservar los vínculos de la asociación; y el otro proteger la vida y las propiedades de los ciudadanos.

La forma federativa de los Estados Unidos exigía la creación de esta doble autoridad, no solo en el orden judicial, sino también en la administración de las rentas públicas, de las cuales unas pertenecían á los Estados particulares, y otras á la confederación entera: de este modo el congreso tuvo que organizar los cuerpos encargados de la percepción de los derechos de aduanas, de tonelaje y navegación, de la venta de las propiedades públicas, de la ejecución de todas las leyes que tenían por objeto el aumento de las ventas, y de cubrir los gastos de los Estados Unidos.

Por de pronto se buscaron los principales recursos en el establecimiento de derechos de importación: y pudieron clasificarse de dos modos: los unos se percibían sobre el valor, y se aplicaban á los artículos en que el precio del objeto fabricado era muy inferior al de la mano de obra, como la platería, papel pintado, las telas y otros géneros manufacturados; los otros eran regulados por la cantidad, en los cuales se comprendían el vino, los licores espirituosos, el azúcar, el café, el añil, el té, el tabaco, algunas manufacturas sencillas, útiles á las primeras necesidades de la vida, ó al servicio de la marina.

Otra ley de 31 de julio de 1789, determinó los distintos puertos en los cuales quedaba organizado el cobro de estos derechos, y en donde los capitanes de los buques debían presentar el manifiesto de sus importaciones. Esta ley estableció los colectores, los vistas y los demás agentes de este servicio; así como fijó también los reglamentos que debían regir, y las disposiciones penales á las que estarían sujetos los contraventores.

Los mismos oficiales quedaron en-

cargados de la ejecución de las leyes, que sujetaron á un derecho de tonelaje á todos los buques que llegasen á alguno de los puertos de los Estados Unidos.

La creación de este derecho y su diferente proporción, cuando se percibía sobre buques americanos ó extranjeros, tuvo por objeto principal el dar más actividad á los arsenales y á las expediciones marítimas. Los buques cuya construcción y propiedad eran americanas, solo estaban sujetos á un derecho de seiscientos por tonelada; los construidos en los Estados Unidos, pero de propiedad extranjera, pagaban solo treinta centos, y un derecho de cincuenta centos ó de medio duro por tonelada, todos los demás buques extranjeros que aportaban en ellos.

Esta clasificación daba á los navegantes americanos tal ventaja en el transporte y flete del cargamento, que muy pronto pasó á sus manos, y á su pabellón la mayor parte del comercio de los Estados Unidos. Sus buques, insuficientes para el transporte de sus propias mercancías, se multiplicaron rápidamente, y fueron empleados por otras naciones interesadas en aquel comercio.

Los gastos necesarios para el entretenimiento de las vijías, señales, boyas y balizas destinadas á la seguridad de la navegación, fueron puestos á cargo del gobierno federal: se hicieron otras leyes para el fomento de las pesquerías y del comercio de cabotaje, para el régimen de los puertos; y todo lo concerniente al servicio marítimo fué sometido á reglas comunes, en cuanto tenía relación con las naciones extranjeras y con la percepción de las ventas públicas.

Luego que el congreso hubo tomado estas resoluciones, que no eran más que los primeros elementos de un sistema de centralización, de fuerza y de hacienda nacionales, el secretario del tesoro le presentó, el 9 de enero de 1790, un informe ó dictámen acerca de la deuda de los Estados Unidos, el medio de redimirla, y el de sacar del abatimiento en que yacía el crédito público: es-

ta deuda, creada tanto en el extranjero como en la nación, ascendía entonces á 79,124,464 duros, equivalentes á trescientos veinte y dos millones de francos.

La deuda extranjera, procedente de varios empréstitos hechos en épocas diversas, debía ser redimida en los mismos términos espresados en sus respectivas contratas, tanto por lo tocante á las cuotas de sus intereses, como en el modo y época de su reintegro; pero podían hacerse proposiciones á los acreedores nacionales acerca de diferentes modos de satisfacerles, propios para minorar los embarazos del tesoro público, dejándole la facultad de reembolsarlos gradualmente y por anualidades, hasta que se hallase con medios suficientes para verificarlo de un modo más completo.

La deuda de los Estados particulares, originados con motivo de la necesidad de sostener la guerra y sufragar á los dispendios de la misma, obtuvieron igual garantía que las de la confederación entera, quedando el tesoro público igualmente encargado de su pago.

Se reconoció que, desde el origen de la deuda, los títulos de los acreedores habían cambiado de dueño muchas veces; pero cualesquiera que fuesen estos al momento de la redención, su derecho fué tenido por inviolable, y el reembolso de las sumas adelantadas no debió sufrir reducción alguna.

Las proposiciones presentadas por Hamilton fueron discutidas en el congreso; y una ley de 4 de agosto de 1790, dispuso el modo de reembolsar la deuda pública.

El presidente de los Estados Unidos quedó autorizado para tomar á préstamo una suma de doce millones de duros para pagar los atrasos, los intereses, y una parte del capital de la deuda extranjera.

Se abrió un empréstito para el reintegro progresivo de la deuda interior ó doméstica, en el que podían tomar parte los acreedores voluntariamente, recibiendo, hasta igualar el capital que se les debía, inscripciones con interés, ó acumu-

lacion de anualidades, reintegrables á tenor de las condiciones indicadas en la ley.

Por último se abrió un tercer empréstito de veinte y un millones de duros para redimir el capital y los intereses de las deudas de los Estados particulares, creadas con objeto de sostener la causa general.

Se dió como garantía del pago de estas diferentes obligaciones, el producto en venta de las tierras situadas en las comarcas del oeste, el cual debió emplearse hasta llenar todos los empeños contraídos.

La mira del gobierno federal era la de apresurar la reducción de la deuda pública; y el congreso decidió que fuese aplicado á estas estinciones sucesivas todo el producto posible de los derechos de tonelaje y de aduanas, de que se pudiese disponer, después de satisfechas las atenciones públicas, á las cuales estaba especialmente destinado.

Para hacer apreciar mejor el valor de semejantes derechos, observáremos desde luego que en 1790, el cómputo general de tonelaje en los Estados Unidos, ascendía á 478,377 toneladas; al cabo de algunos años se hizo mucho más considerable, y continuó en un estado progresivo. El tonelaje de los buques empleados en la pesca del bacalao y de la ballena estaba comprendido en este cálculo, ascendiendo entonces á 32,542 toneladas, sin que espermentase casi variación alguna durante mucho tiempo.

El valor total de las importaciones en 1790 fué de 19,012,041 duros, consistiendo en gran parte en artículos manufacturados que los hábitos y el bien estar habían introducido en las necesidades de la vida, en algunos productos de Europa, como vinos y licores espirituosos, géneros coloniales que suministraban las Antillas, y el té, el cual ya se había hecho un artículo de comercio importante con la China.

No todas las mercancías importadas en los Estados Unidos se consumían en ellos, una parte de ellas quedaba en reserva para ser exportada, hallándose las de este núme-

ro en calidad de depósito ó de tránsito; y constituyendo un ramo especial de comercio, del cual los Americanos eran los corredores y los comisionistas.

La renta pública, procedente de los derechos que se percibieron en 1791, sobre el tonelaje ó importaciones, ascendió á 4,400,000 duros, llegando á cinco millones, comprendido el valor de las contribuciones impuestas en el interior del país sobre las diferentes manufacturas, así como del producto de la venta de los terrenos que pertenecían á los Estados-Unidos. Los bienes nacionales de que se disponía, tenían dos orígenes distintos, los unos provenían de cesiones de territorio que muchos Estados habían hecho á la confederación entera; las otras dimanaban de los diferentes contratos de adquisición concluidos con las razas indias; y esta última clase de posesiones debía necesariamente ir en aumento todos los días.

Si los principales ramos de hacienda que acabamos de mencionar fueron poco productivos en el primer año, les vimos inmediatamente tomar incremento y correr parejas con la navegación, el comercio, la industria y el territorio de los Estados Unidos. El peso de la deuda pública se hallaba aligerado, una gran parte de esta estaba convertida ya en inscripciones de rentas, y quedaban asegurados á la vez los medios de proveer al pago anual de los intereses y de la amortización del capital.

Deseando Hamilton dar al crédito público una base mas estensa, propuso el establecimiento de un banco nacional, cuyo capital debía ser de diez millones de duros: este debía dividirse en veinte y cinco mil acciones de cuatrocientos duros cada una, y favorecer todas las operaciones de hacienda del tesoro público: su residencia principal debía ser en Filadelfia, con hijuelos en muchos puertos de la Union, como Boston, Nueva York, Baltimore, Norfolk y Charlestown, debiendo aumentarse el número de estas con el objeto de que estuviese mas á la

mano, para los pagos que tuviese que hacer ó recibir. Los productos de los derechos de aduana, de tonelaje y de cualesquiera otra contribucion de que debiese disponer el gobierno, debían colocarse en estos depósitos, encargándose el banco de hacer saldar en todos los Estados todas las sumas que la tesorería debiese hacerles llegar. Su crédito y sus recursos eran representados como medios de comunicacion rápidos y seguros, á propósito para aproximar todas las distancias, para garantizar la puntualidad de los pagos y facilitar todos los servicios.

Se hicieron objeciones vivísimas á la creacion de este establecimiento; no se dudaba de sus ventajas, pero no se estaba acorde en cuanto á su legalidad: los partidarios de esta institucion prevalecieron por fin en hacerla adoptar como implícitamente autorizada por la constitucion federal, la cual daba al congreso el derecho de formar todas las leyes que fuesen necesarias para la marcha del gobierno establecido. El banco fué votado, y desde luego se presentó un gran número de accionistas. Estos debían pagar en oro ó plata una cuarta parte de sus inscripciones; las otras tres podían serlo en papel de la deuda pública; y la mayor parte de los acreedores del Estado, se apresuraron á colocar sus fondos en este nuevo establecimiento que les ofrecía otros beneficios casuales. El crédito del banco fué repentino; los billetes que emitió adquirieron desde luego todo el valor de las especies metálicas, y aun subieron sobre la par de aquellas, entrando en circulacion por todas partes.

Los accionistas se formaron en corporacion, con el título de presidente, directores y compañía del banco de los Estados-Unidos. Se les concedió la autorizacion para adquirir tierras, rentas, herencias y bienes de cualquiera naturaleza, hasta la suma de quince millones de duros, comprendidos los fondos de sus acciones, pudiendo administrar, enajenar, permutar y disponer de estos bienes á su voluntad. Estas posesiones eran una garantía de segu-

ridad para las operaciones del banco, y para el pago de las deudas que pudiese contraer durante su administracion: mas estas deudas no podran exceder nunca de diez millones de duros sobre los valores que tuviese en depósito, á menos que no estuviese autorizada por una ley de los Estados, para contratar un empréstito mas considerable: si la deuda era mayor, el banco no la reconocia, y los directores se hacían personalmente responsables de ella.

El congreso quiso asegurar con su cooperacion la solidez y los primeros pasos de este establecimiento; y el gobierno federal, colocándose al frente de los accionistas, tomó por sí la cuarta parte de las acciones que debían formar el todo de su capital. Los privilegios de que se revistió al banco eran concedidos por el término de veinte años: debiendo subsistir aquel hasta el 4 de marzo de 1811; y durante su existencia, ningun otro banco podia ser creado por una ley de los Estados-Unidos.

Con el fin de facilitar todas las operaciones de hacienda, y para garantir al propio tiempo la religiosidad de todos los pagos, era indispensable que hubiese una moneda nacional y uniforme; necesidad que habia sido ya reconocida antes de la adopcion del acta federal: un dictamen acerca de esta cuestion fué presentado al nuevo congreso, y las diferentes partes del sistema monetario fueron resueltas por una ley de 3 de marzo de 1791.

El dolar, moneda de plata, cuyo valor equivalia al duro español, fué mirado como el tipo al cual debían referirse todas las demás monedas superiores ó inferiores. Se acuñaron águilas, ó piezas de oro de diez duros, medias águilas y cuartos de águila. El dolar se dividió en cien partes: en plata se acuñaron medios duros, cuartos de duros y mitades de décimo, que no representaban mas que la vijésima parte del dolar: la moneda de cobre se componia de piezas de un ciento y de otras de medio ciento.

La casa de la moneda fué establecida en Filadelfia. Ocupóse luego de

la refundicion de las monedas antiguas que habían estado en circulacion, con el objeto de uniformar su timbre y su valor; pero esta operacion, que abrazaba un país vasto con una poblacion muy diseminada, debía ser tanto mas engorrosa cuanto aparecia muy poca plata en circulacion. El papel ocupaba su lugar: era recibido en todos los mercados, en todas las áreas públicas, y con él se solventaban todos los gastos de la confederacion.

Estos consistían en los que el congreso y el gobierno central causaban: comprendían asimismo los de las autoridades judiciales y administrativas que pertenecían á la Union; la manutencion del ejército, de los arsenales y medios de defensa, la administracion de los bienes nacionales, y los que orijinaban los tratados con los Indios, los intereses de los empréstitos, y los reintegros de una parte de la deuda nacional.

Los gastos todos del gobierno y de la administracion solo ascendieron, en 1791, á la suma de 1,919,590 duros; y si se añade á este importe el de 5,287,949 duros para el pago de los intereses de la deuda y su reduccion, el total de los dispendios del gobierno fué de 7,207,539 de duros: sin embargo, además de estos gastos comunes, cada Estado tenia que sobrellevar los suyos propios, y sufragaba á las atenciones de su gobierno, por medio de otra clase de impuestos, cuyo cobro y empleo él solo tenia derecho de acordar.

Aunque estos gastos locales aumentasen realmente la suma de las contribuciones, cuando se comparaban con los gastos de los gobiernos europeos, debían parecer ligeros. Las causas de tanta diferencia son muy fáciles de esplicar, si observamos las circunstancias favorables en que se hallaban los Estados-Unidos. El restablecimiento de la paz habia hecho desaparecer los gastos mas onerosos: no tenían que defenderse sino de las incursiones de los Indios; y algunos puestos militares, situados en los límites de sus establecimientos, parecia que bastaban á su se-

guridad; los numerosos levantamientos de tropas que habian por largo tiempo absorbido todos los recursos, se hallaban reducidos, en 1790, á un cuerpo de mil y trescientos hombres, formando un rejimiento de infantería y un batallon de artillería. A estos se unió otro rejimiento el año inmediato, y el presidente fué autorizado para llamar á las armas á una parte de las milicias si la defensa del pais lo exijere; pero el empleo de estas fuerzas subsidiarias no ocasionaba ninguna carga permanente, y cesaba cuando la seguridad pública renacia.

Los legisladores de los Estados Unidos habian buscado desde un principio en la fuerza del vínculo social, la garantía de la paz interior; y deseando que las deliberaciones del congreso estuviesen libres de toda influencia local, habian resuelto señalarle una capital y una comarca, cuya jurisdiccion le perteneciese exclusivamente. Este sitio fué elegido en las márgenes del Potomac, inmediato al brazo oriental de este rio, y en un distrito de diez millas cuadradas, el cual fué jenerosamente cedido por los Estados de Maryland y de Virginia. Washington echó en este lugar los cimientos de una ciudad que recibió su nombre; y que en el término de diez años debió hacerse la residencia de las primeras autoridades federales; y el congreso que se habia muchas veces reunido en otras ciudades, se fijó en Filadelfia, hasta que pudiese trasladarse á su nueva residencia.

Afianzando la autoridad tutelar del gobierno central, habia que ocuparse de las instituciones que deraman sobre todas las clases el amor á la patria, el gusto del trabajo y el progreso intelectual. Washington contribuyó á ello con su influjo: miraba como uno de sus primeros deberes el estender los beneficios de la instruccion; y su mensaje del 8 de enero de 1790, invitó al congreso á que examinase si seria conveniente fundar una universidad nacional, y qué impulso podria darse á los establecimientos de educacion ya planteados.

La mayor parte de las medidas que debian adoptarse pertenecian á las legislaturas particulares; y por consiguiente se concretó el congreso en este momento á garantizar, por una ley de 10 de abril, el derecho de propiedad á los que hubiesen inventado ó hecho descubrimientos útiles; ley fecunda en resultados y muy adecuada para dar un nuevo impulso al jenio activo é industrioso de esta nacion.

En aquella época se habian difundido generalmente grandes proyectos de mejoras: y las sociedades sabias que existian en Boston, Filadelfia, Nueva-York, y en otras ciudades animadas del mismo espíritu de emulacion, debian considerarse como otros tantos focos de ilustracion. La enseñanza pública florecia en las universidades de Cambridje, de Pensilvania, de Providencia y de Georgia; tambien se hallaba floreciente en los grandes colegios de New-Haven, de Princeton, de Charleston, y en los de New-Hampshire y de Virginia (véanse las láminas 81, 82, 83 y 87). Allí era en donde se habian formado la mayor parte de los hombres de estado que habian sostenido con tanta dignidad los derechos de su patria; en ellos habian recibido asimismo honrosas distinciones, y cualquiera podrá acordarse que cuando Washington, ya jeneral del ejército americano, forzó las tropas inglesas á evacuar Boston, largo tiempo ocupado por ellos, la universidad de Cambridje confirió, al esclarecido defensor de las leyes y libertades públicas, el diploma de *doctor en derecho de la naturaleza y de jentes*.

Este sistema de estímulo, del patriotismo y del saber, se propagó en todos los puntos de la confederacion: los establecimientos de educacion elemental se multiplicaron; se formaron escuelas especiales para las ciencias, ó para las profesiones civiles que exijan estudios mas sublimes; y no hubo Estado que no tuviese desde luego instituciones centrales, en donde se encontrasen reunidas todas las facultades literarias.

No era suficiente el que la ense-

ñanza pública desarrollase la inteligencia: el congreso queria sobre todo que formase las costumbres, que ayudase á prevenir los crímenes, y que inspirase el amor á la humanidad. Existia el convencimiento que el excesivo rigor de las leyes no es capaz de reprimir la propension al vicio, y que eran precisos, para estimular á la virtud, motores mas poderosos. Se deseaban en jeneral mejoras en el código penal de muchos Estados, y este principio estaba consignado en el acta constitucional; pero solo era de la incumbencia de las legislaturas particulares el modificar sus propias leyes, empujadas aun de la severidad de los antiguos códigos británicos.

La idea jenerosa de mitigar los castigos y de escojitar medios de hacer volver los criminales al camino de la virtud, habia sido concebida en Europa; y desde el año de 1772 se habia puesto en práctica en la ciudad de Gante. Allí los condenados estaban divididos en muchas clases, segun el sexo, la edad y la naturaleza de las ocupaciones á que cada uno de los culpables se hallaba sujeto. Los tejedores, reunidos en grandes salas, trabajaban en sus telares, alineados unos detrás de otros, debiendo guardar un silencio absoluto. En otros talleres se trabajaban artículos de hierro, de madera y otros productos industriales. Las mujeres estaban reunidas, ocupándose en la filatura ó en obras de aguja; los adolescentes, en quienes no se imponia todavía un completo discernimiento, estaban separados de los criminales, y aun estos se dividian en muchas clases, segun el grado de criminalidad y la duracion del castigo. Cada preso ejercia una profesion ú oficio adecuado á sus fuerzas y á sus facultades: el resultado de su trabajo se depositaba en un almacén: todos estos artículos eran vendidos, ó se consumian en el establecimiento; la mayor parte de su valor quedaba reservada para los presos, y se les entregaba al espirar el término de su condena, pudiendo otra vez entrar en la sociedad con el conocimiento de un oficio y

al costumbre del trabajo y de una vida regular, muy propia para cambiar y emanciparse de sus pervertidas inclinaciones.

Tan saludable idea fué desde luego desarrollada en los escritos de Howard y de Bentham, y ocupó á todos los hombres filantrópicos; y el principio de la reclusion por la noche, del trabajo en comun y del silencio durante el dia, parece fué en lo sucesivo la idea dominante en el establecimiento de las casas de correccion. La Pensilvania fué el primer Estado de América que las adoptó. En 1786 habia emprendido la revision de sus leyes penales, y en Filadelfia habia hecho el ensayo en la cárcel de Walnut-Street de un sistema de clasificacion de presos, de los cuales unos se hallaban condenados á una reclusion y aislamiento absoluto sin trabajo, mientras que los otros podian trabajar en comun y entretenerse ó divertirse entre sí. Este principio de reforma en el régimen carcelario era favorable, aunque fuese muy incompleto; pues que oponia ya un primer obstáculo al contagio de las ideas criminales, estableciendo una division entre los hombres mas ó menos culpables, y emprendia el camino de los adelantos que se tantearon luego en Pensilvania y en otros Estados. En Filadelfia la soledad de los condenados se hizo perpetua, y se les obligó á trabajar solos en un calabozo particular: en los demás Estados, estaban reunidos de dia en talleres comunes. El tiempo solamente podia suministrar la prueba para apreciar cuál seria el influjo moral de uno y otro sistema. (Véanse las láminas 85 y 86.)

LIBRO DUODECIMO.

SISTEMA SEGUIDO CON LOS INDIOS. ADQUISICIONES HACIA EL OESTE. DISCUSIONES Y TRATADOS DE 1794 CON LA INGLATERRA, Y EN 1795 CON LA ESPAÑA. DESAVENENCIAS ENTRE LOS ESTADOS-UNIDOS Y LA FRANCIA. MUERTE DE WASHINGTON. CONVENIO DE 1800, NUEVOS DEBATES CON LA FRANCIA. ADQUISICION DE LA LUISIANA

guridad; los numerosos levantamientos de tropas que habian por largo tiempo absorbido todos los recursos, se hallaban reducidos, en 1790, á un cuerpo de mil y trescientos hombres, formando un regimiento de infantería y un batallón de artillería. A estos se unió otro regimiento el año inmediato, y el presidente fué autorizado para llamar á las armas á una parte de las milicias si la defensa del país lo exigiere; pero el empleo de estas fuerzas subsidiarias no ocasionaba ninguna carga permanente, y cesaba cuando la seguridad pública renacía.

Los legisladores de los Estados Unidos habian buscado desde un principio en la fuerza del vínculo social, la garantía de la paz interior; y deseando que las deliberaciones del congreso estuviesen libres de toda influencia local, habian resuelto señalarle una capital y una comarca, cuya jurisdicción le perteneciese exclusivamente. Este sitio fué elegido en las márgenes del Potomac, inmediato al brazo oriental de este río, y en un distrito de diez millas cuadradas, el cual fué jenerosamente cedido por los Estados de Maryland y de Virginia. Washington echó en este lugar los cimientos de una ciudad que recibió su nombre; y que en el término de diez años debió hacerse la residencia de las primeras autoridades federales; y el congreso que se habia muchas veces reunido en otras ciudades, se fijó en Filadelfia, hasta que pudiese trasladarse á su nueva residencia.

Afianzando la autoridad tutelar del gobierno central, habia que ocuparse de las instituciones que deraman sobre todas las clases el amor á la patria, el gusto del trabajo y el progreso intelectual. Washington contribuyó á ello con su influjo: miraba como uno de sus primeros deberes el estender los beneficios de la instruccion; y su mensaje del 8 de enero de 1790, invitó al congreso á que examinase si seria conveniente fundar una universidad nacional, y qué impulso podria darse á los establecimientos de educacion ya planteados.

La mayor parte de las medidas que debian adoptarse pertenecian á las legislaturas particulares; y por consiguiente se concretó el congreso en este momento á garantizar, por una ley de 10 de abril, el derecho de propiedad á los que hubiesen inventado ó hecho descubrimientos útiles; ley fecunda en resultados y muy adecuada para dar un nuevo impulso al jenio activo é industrioso de esta nacion.

En aquella época se habian difundido generalmente grandes proyectos de mejoras: y las sociedades sabias que existian en Boston, Filadelfia, Nueva-York, y en otras ciudades animadas del mismo espíritu de emulacion, debian considerarse como otros tantos focos de ilustracion. La enseñanza pública florecia en las universidades de Cambridje, de Pensilvania, de Providencia y de Georgia; tambien se hallaba floreciente en los grandes colegios de New-Haven, de Princeton, de Charleston, y en los de New-Hampshire y de Virginia (véanse las láminas 81, 82, 83 y 87). Allí era en donde se habian formado la mayor parte de los hombres de estado que habian sostenido con tanta dignidad los derechos de su patria; en ellos habian recibido asimismo honrosas distinciones, y cualquiera podrá acordarse que cuando Washington, ya jeneral del ejército americano, forzó las tropas inglesas á evacuar Boston, largo tiempo ocupado por ellos, la universidad de Cambridje confirió, al esclarecido defensor de las leyes y libertades públicas, el diploma de *doctor en derecho de la naturaleza y de jentes*.

Este sistema de estímulo, del patriotismo y del saber, se propagó en todos los puntos de la confederacion: los establecimientos de educacion elemental se multiplicaron; se formaron escuelas especiales para las ciencias, ó para las profesiones civiles que exigian estudios mas sublimes; y no hubo Estado que no tuviese desde luego instituciones centrales, en donde se encontrasen reunidas todas las facultades literarias.

No era suficiente el que la ense-

ñanza pública desarrollase la inteligencia: el congreso queria sobre todo que formase las costumbres, que ayudase á prevenir los crímenes, y que inspirase el amor á la humanidad. Existia el convencimiento que el excesivo rigor de las leyes no es capaz de reprimir la propension al vicio, y que eran precisos, para estimular á la virtud, motores mas poderosos. Se deseaban en jeneral mejoras en el código penal de muchos Estados, y este principio estaba consignado en el acta constitucional; pero solo era de la incumbencia de las legislaturas particulares el modificar sus propias leyes, empujadas aun de la severidad de los antiguos códigos británicos.

La idea jenerosa de mitigar los castigos y de escójitar medios de hacer volver los criminales al camino de la virtud, habia sido concebida en Europa; y desde el año de 1772 se habia puesto en práctica en la ciudad de Gante. Allí los condenados estaban divididos en muchas clases, segun el sexo, la edad y la naturaleza de las ocupaciones á que cada uno de los culpables se hallaba sujeto. Los tejedores, reunidos en grandes salas, trabajaban en sus telares, alineados unos detrás de otros, debiendo guardar un silencio absoluto. En otros talleres se trabajaban artículos de hierro, de madera y otros productos industriales. Las mujeres estaban reunidas, ocupándose en la filatura ó en obras de aguja; los adolescentes, en quienes no se imponia todavía un completo discernimiento, estaban separados de los criminales, y aun estos se dividian en muchas clases, segun el grado de criminalidad y la duracion del castigo. Cada preso ejercia una profesion ú oficio adecuado á sus fuerzas y á sus facultades: el resultado de su trabajo se depositaba en un almacén: todos estos artículos eran vendidos, ó se consumian en el establecimiento; la mayor parte de su valor quedaba reservada para los presos, y se les entregaba al espirar el término de su condena, pudiendo otra vez entrar en la sociedad con el conocimiento de un oficio y

al costumbre del trabajo y de una vida regular, muy propia para cambiar y emanciparse de sus pervertidas inclinaciones.

Tan saludable idea fué desde luego desarrollada en los escritos de Howard y de Bentham, y ocupó á todos los hombres filantrópicos; y el principio de la reclusion por la noche, del trabajo en comun y del silencio durante el dia, parece fué en lo sucesivo la idea dominante en el establecimiento de las casas de correccion. La Pensilvania fué el primer Estado de América que las adoptó. En 1786 habia emprendido la revision de sus leyes penales, y en Filadelfia habia hecho el ensayo en la cárcel de Walnut-Street de un sistema de clasificacion de presos, de los cuales unos se hallaban condenados á una reclusion y aislamiento absoluto sin trabajo, mientras que los otros podian trabajar en comun y entretenerse ó divertirse entre sí. Este principio de reforma en el régimen carcelario era favorable, aunque fuese muy incompleto; pues que oponia ya un primer obstáculo al contagio de las ideas criminales, estableciendo una division entre los hombres mas ó menos culpables, y emprendia el camino de los adelantos que se tantearon luego en Pensilvania y en otros Estados. En Filadelfia la soledad de los condenados se hizo perpetua, y se les obligó á trabajar solos en un calabozo particular: en los demás Estados, estaban reunidos de dia en talleres comunes. El tiempo solamente podia suministrar la prueba para apreciar cuál seria el influjo moral de uno y otro sistema. (Véanse las láminas 85 y 86.)

LIBRO DUODECIMO.

SISTEMA SEGUIDO CON LOS INDIOS. ADQUISICIONES HACIA EL OESTE. DISCUSIONES Y TRATADOS DE 1794 CON LA INGLATERRA, Y EN 1795 CON LA ESPAÑA. DESAVENENCIAS ENTRE LOS ESTADOS-UNIDOS Y LA FRANCIA. MUERTE DE WASHINGTON. CONVENIO DE 1800, NUEVOS DEBATES CON LA FRANCIA. ADQUISICION DE LA LUISIANA

POR LOS ESTADOS-UNIDOS. CONSECUENCIAS DE ESTE ACONTECIMIENTO. AUMENTO DE LOS RECURSOS DEL COMERCIO Y DE LA NAVEGACION DE LOS ESTADOS-UNIDOS. GOLPES CONTRA SU NEUTRALIDAD, DURANTE LAS GUERRAS DE EUROPA. SINTOMAS Y PRIMEROS ACTOS DE INDEPENDENCIA EN LA AMERICA MERIDIONAL.

Se han recordado ya con frecuencia en el decurso de esta historia, las relaciones de los Estados-Unidos con los Indios, y al pintar las numerosas vicisitudes que sufrieron, hemos debido buscar sobre todo la causa en las desavenencias de los Europeos que se disputaban entre sí las regiones del nuevo mundo, y que arrastraban tras sus querellas la mayor parte de los pueblos americanos. Estas relaciones, dominadas entonces por una multitud de circunstancias imprevistas, no podían estar dirigidas por una política uniforme, antes de haber los Estados-Unidos mezclado completamente sus intereses, sus recursos, todas sus fuerzas, y fortalecido su gran confederación. Cuando estuvieron en estado de partirse con los Indios la posesión de un inmenso territorio, pudieron en sus progresivas invasiones seguir, con respecto á sus antiguos dueños, un sistema mas fijo, y cuya tendencia fué siempre la misma.

Debía tratarse y resolverse sobre el destino de los aborígenes, y una cuestión tan grande se elevaba mucho sobre los intereses comunes; pues que estaba enlazada con la causa misma de la humanidad. ¿Qué sería de los restos infelices y tantas veces diezmos de estos pueblos en su infancia? ¿Se les había de salvar de la barbarie? ¿Y por qué serie de esfuerzos constantes y jenerosos podría conducirlos un día á gozar de los beneficios del orden social, y al desarrollo de la inteligencia humana?

Desde un principio se ensayó este camino; y para mejor señalar el punto de que se había partido, citaremos el convenio mas notable que ha tenido lugar entre los Estados-Unidos y los Indios en tiempo de la guerra de la independencia, y en el año

misimo en que la Francia se había hecho aliada de los Americanos.

En 17 de setiembre de 1778 se concluyó en Pittsburgo un tratado de confederación, entre los enviados de los Estados-Unidos y los diputados y jefes de la nación Delaware. Convino en él, que cuando una de las dos partes se hallase empeñada en una guerra justa y necesaria, la otra le auxiliaria con proporción á sus fuerzas. Los Delawares se obligaron á dar paso por su territorio á las tropas de los Estados Unidos que marchasen á atacar los puestos y los fuertes que poseían los Ingleses en las orillas de las grandes lagunas del norte y de los rios del oeste: prometieron darles guías para que les condujesen á ellos por los caminos mas seguros, cediéndoles granos, caballos y otros artículos de provisión, y que se uniría á ellos cierto número de sus mejores y mas espermentados guerreros.

Con el objeto de proporcionar un abrigo mas seguro á los ancianos, mujeres é hijos de su nación, mientras que sus guerreros marchasen contra el enemigo, se estipuló que los Estados-Unidos construirían un fuerte en el país de los Delawares, y que le pondrían una guarnición.

Ambas partes se obligaron á castigar á los culpables de actos de violencia ú otras infracciones á la paz; y los Estados-Unidos consintieron en suministrar á los Delawares, por el establecimiento de un comercio regular y dirigido al bien comun, los artículos de vestuario, utensilios, armas y todas las mercancías propias y necesarias á sus hábitos.

Como se había procurado persuadir á los Indios que el proyecto del gobierno federal era el de aniquilarlos y tomar posesion de su país, queriendo los Estados-Unidos disipar semejante opinion, se obligaban á garantizar á los Delawares y á sus descendientes todos los derechos territoriales que les pertenecian, del modo mas completo y absoluto, tales como habían sido reconocidos en los últimos tratados, por todo el tiempo que sus tribus habitasen aquel país; y conservasen los vincu-

ESTADOS UNIDOS

ETATS-UNIS.



Universidad de Cambridge, cerca de Boston.



UNIVERSIDAD DE VENEZUELA
Universidad de Philadelphia

Universidad de Philadelphia

ETATS - UNIS.

ESTADOS UNIDOS

1772

ETATS - UNIS.

ESTADOS UNIDOS

83



Fluoy del

Compartir de

Institut de Franklin

Instituto de Franklin.

los de amistad que acababan de formar.

Por último se había convenido entre las partes contratantes (si en lo sucesivo la juzgasen útil á sus respectivos intereses) invitar á otras tribus amigas á unirse á la presente confederación, y á formar un Estado, á cuya cabeza estaría la nación Delaware, y que tendría un representante en el congreso.

Se reconocían formalmente en este tratado de alianza los derechos de los Indios, como naciones soberanas é independientes; pero ningún otro convenio les conservó los mismos privilegios; y cuando se concluyeron los tratados de paz en 1783 entre Inglaterra y América, con la declaración de que el territorio de esta nueva potencia se extendería hasta el Missisipi, los Estados-Unidos no miraron ya más las regiones ocupadas por los Indios en aquel inmenso intervalo, sino como distritos enclavados dentro de sus límites.

Entonces se estableció un nuevo derecho de jentes con respecto á ellos. Estos pueblos no se consideraron ya como independientes, sino que estuvieron bajo la protección y tutela del gobierno federal: no podían enajenar sus tierras sino en favor de este, ó con su autorización. Se procuraba reducir sus acantonamientos por medio de nuevos tratados, y cada cesión que se obtenía de ellos, parecía comprada con algunas compensaciones en metálico ó en mercaderías, disminuyendo así progresivamente los medios de su existencia.

Así es que en un convenio, hecho en 22 de octubre de 1784, con los Iroqueses, fueron recibidos estos bajo la protección del gobierno federal; se trazaron los límites de su territorio, y después de haberlos reducido se les mandaron algunos regalos.

Otro tratado, concluido el 21 del mes de enero inmediato con los Delawares, los Wiandotes, los Chipewayos y los Ottowayos, declaraba que estos pueblos se reconocían colocados bajo la protección de los Estados-Unidos. La región que los

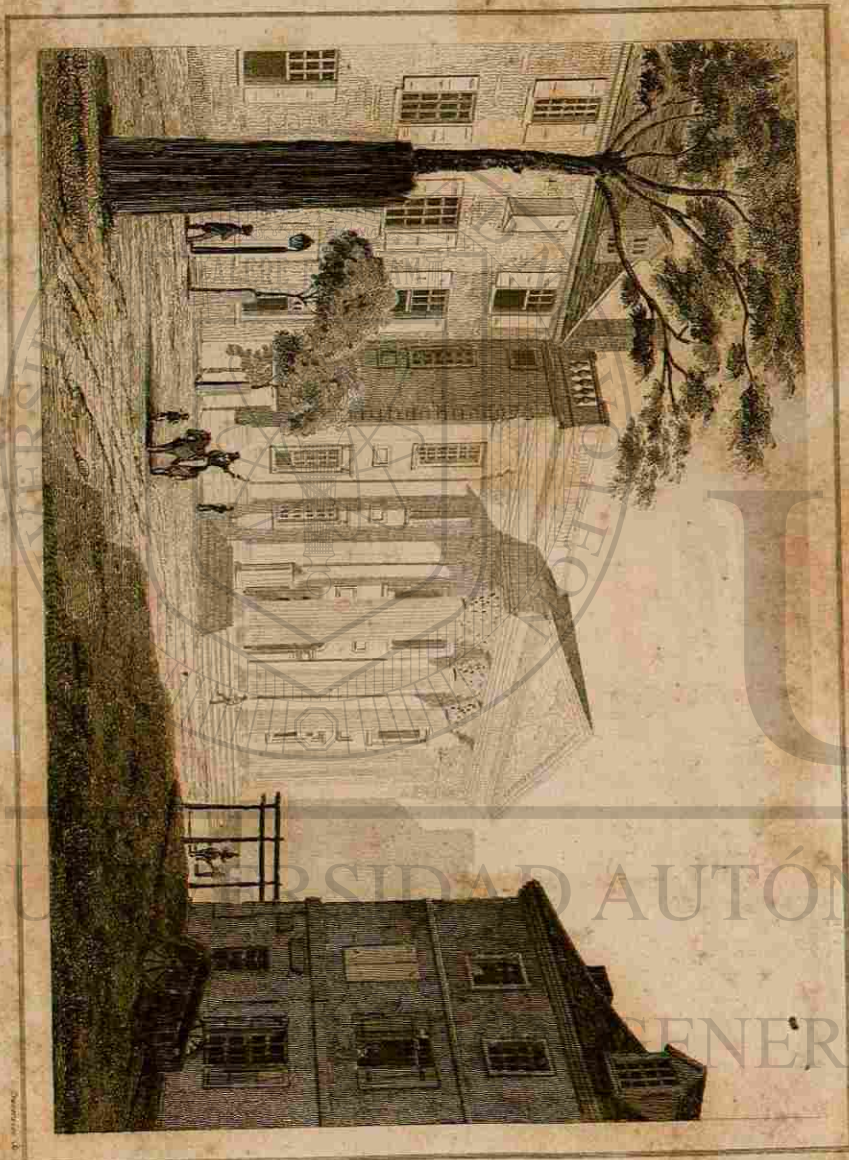
dos primeros debían ocupar á lo largo del lago Erie, tenía sus límites por el lado de Oriente en el río Cahahoga, al oeste en el Maumée, al sur en una línea trazada de oriente á occidente, desde el Muskingum hasta el nacimiento del Miami. Todas las tierras situadas entre estos límites fueron concedidas á los Wiandotes y á los Delawares para que viviesen y cazasen en ellas; reservándose empero los Estados-Unidos sobre ellas muchos distritos inmediatos á las orillas del Maumée y del Sandusky; y obtuvieron también en la línea de las grandes lagunas otras concesiones, al rededor de los puestos fortificados del Estrecho y de Michilimakinac.

Las fronteras del país de los Chiroqueses se fijaron por un tratado en 21 de noviembre de 1785. Se les abandonaron los territorios situados al occidente de los montes Occoneos para sus cacerías, reservando al congreso el derecho de arreglar su comercio con los Estados-Unidos.

Bajo los mismos principios se concluyó otro tratado con todos los pueblos Choctawos, en 3 de enero de 1786, los cuales reconocieron sus tribus, puestas bajo la protección de los Estados-Unidos, como igualmente sus moradas y las tierras que les estaban designadas para vivir y cazar. Se señalaron los límites de su territorio, conservando para la plantificación factorías mercantiles, tres cantones de seis millas cuadradas cada uno, y dejando al congreso la elección de los sitios en que debían establecerse.

El 10 del mismo mes se hizo con los Chikasawos un tratado semejante, fijando sus límites entre el Tennesée, el Missisipi y el territorio de los Choctawos, de los Creeks, y de los Chiroqueses, reservándose los Estados-Unidos una factoría de comercio en las orillas del Tennesée, junto á *Muscle-Shoal*.

Los Shawaneses hicieron, en 31 de enero, un tratado por el que reconocían á los Estados-Unidos como únicos soberanos absolutos de su territorio: estos les prometían su protección, y les cedían para su manuten-



Capitolio de Estados Unidos

Diseño de Balthasar Cortáez

ESTADOS-UNIDOS.

ESTADOS-UNIDOS.

cion y para la caza el distrito situado al oeste de los Wiandotes y de los Delawares, entre el curso del Maumée y el del Wabash.

Los empeños contraídos en 1785 por estos dos últimos pueblos y por los Ottowayos y Chippewayos, fueron confirmados, en 9 de enero de 1789, por un nuevo convenio, comprendiendo en este á los Sacs y los Potawatamis, pueblos del nordeste. Todos los artículos de este convenio les eran aplicables, y estos nuevos pueblos se hallaron igualmente bajo la protección del gobierno federal, que iba ensanchando paso á paso el ejercicio de su poderío.

El resumen que acabamos de hacer de estos tratados nos demuestra que todos estaban basados sobre unos mismos principios. Los Estados-Unidos reducían habitualmente el territorio que ocupaban los Indios, y procuraban enclavarlos en medio de sus posesiones, formando otros establecimientos distantes en las márgenes del Misisipi, del Wabash y del Illionés. Los Franceses habían tenido en otro tiempo varias colonias en las mismas márgenes, y los Estados-Unidos se fundaban con razon en estos títulos de primitiva ocupacion, para hacer que las familias, á las cuales habían pertenecido aquellos terrenos, volvieran á entrar en posesion de ellos.

Una estensallanura, cuya longitud varia de tres á cuatro millas, se dilata por la parte del norte de Kaskaskia, entre la orilla oriental del Misisipi y una cadena de cerros á trechos escarpados. La hermosura del pais y su fertilidad llamaban á él numerosos colonos, y en la direccion del mediodía al norte se habían formado los establecimientos de Kaskaskia, del Prado de la Peña, del fuerte de Chartres, de San Felipe y de Cahokia. También habían ocupado otros sitios los Franceses en las orillas del Illionés. Otros habían estado establecidos en las del Wabash, entre los que se contaba Vincennes, el mas importante de todos por la actividad de su comercio y sus progresos agrícolas.

Devastados la mayor parte de estos

territorios durante la guerra, sus antiguos poseedores habían desaparecido; pero sus derechos y los herederos de aquellos existían todavía, y el gobierno americano quiso reconocerlos y dar valor otra vez á estas plantaciones. Con esta mira, el congreso, en 20 de junio de 1788, tomó la resolucion de restablecer el cultivo de todas las tierras que habían sido abandonadas, y al tiempo de poner en venta las propiedades públicas situadas en aquel territorio, conservó para los antiguos colonos muchos acantonamientos alrededor de los sitios que habían ocupado; ó acrecentando además sus antiguas posesiones para indemnizarles de las pérdidas que la guerra y la separacion de ellas les había acarreado. Estas medidas adoptadas acerca del Misisipi lo fueron despues acerca del Wabash y en el pais de los Illioneses.

Con el restablecimiento de estas posesiones coloniales en las márgenes de los grandes rios del oeste, el congreso de los Estados-Unidos aseguraba para sí el libre goce de su navegacion, y abría un vasto desagüe á las riquezas de las rejiones bañadas por el Misisipi y los numerosos rios que afluyen en él. Las tierras que se habían reservado en los distritos mismos, cuyo goce disputaban los Indios, le daban igualmente los medios de multiplicar los lugares de depósito del comercio, de levantar fuertes para su protección, y de proporcionar nuevos centros de actividad á las construcciones navales, á la explotacion del suelo y á la industria fabril; se había además asegurado el derecho de abrir caminos de comunicacion á través de los paises todavía salvajes, y principiado á trazar y cruzar en muchos sentidos las primeras líneas de una vasta red que debía envolver algun dia todas estas rejiones occidentales.

Para venir mejor en conocimiento de la situacion de los Indios que las habitaban, recordáremos que la civilizacion y la cultura se extendían sin cesar á su alrededor, y que las líneas de demarcacion, señaladas entre sus posesiones y los establecimientos europeos, ni estaban bastante defi-

nidos, ni suficientemente al abrigo de las invasiones, para que no diesen motivo á frecuentes litijios: el hábito de la caza multiplicaba las ocasiones de pasar de un territorio á otro; y en su persecucion se traspasaban aquellos límites: la miseria y la indisciplina daban lugar á las agresiones y á los hurtos, que traían en pos de sí las represalias particulares y las venganzas nacionales.

La inestabilidad de un orden de cosas, que no ofrecía mas que alternativas continuas de ataques imprevistos y de treguas pasajeras, debió naturalmente llamar la atencion del nuevo gobierno de los Estados-Unidos, haciéndole concebir la necesidad de modificar el sistema político que había estado en práctica para con los Indios, si se deseaba establecer con las mismas relaciones y vínculos mas seguros.

Como la duracion de su estado salvaje aumentaba su miseria, y hacía que sus hostilidades fuesen mas bárbaras y temibles, el ensayo de cambiar sus hábitos era el único medio que podía suavizar sus costumbres y mejorar su situacion. Cuantos menos eran los recursos que les suministraba la caza, mayor se hacía la necesidad de llamarlos á la agricultura, y de desenvolver en ellos este primer jérmén de civilizacion. Algunos hombres piadosos habían hecho en otro tiempo varias tentativas, para reunirlos con el auxilio de ideas religiosas; pero las opiniones abstractas no podían tener sobre ellos el mismo ascendiente que la imperiosa voz de la necesidad. Nuevos medios de subsistir eran los que debían procurarse á todos estos pueblos apremiados por la necesidad; y para obtenerlos, era preciso que se resignasen al trabajo, y mezclasen con los hazares eventuales de la caza las ocupaciones de una vida mas sedentaria. Se había dado principio al desmonte de algunos terrenos, pero era necesario multiplicar estas operaciones, y hacerlas mas fáciles para los procedimientos de la labranza; pero el arte de cultivar las tierras era demasiado desconocido de los Indios, para que pudiera proporcionarles algun

bienestar seguro. Washington emprendió semejante tarea, y este benéfico pensamiento es sin duda uno de los que mas honor harán á su administracion. En los diversos tratados hechos con los Indios, mientras ejerció la presidencia, halláremos la prueba de las miras filantrópicas de que estaba poseído. Los tratados son los actos solemnes que mejor aseguran la gloria de un vencedor, cuando al concluirlos con una parte débil, no se aprovecha de las ventajas que le da la fuerza para oprimirla, y si está en su poder favorecer los adelantos de pueblos que se hallen todavía en su infancia, infunde en sus victorias un nuevo lustre, y se hace acreedor al dictado de bienhechor del jénero humano.

Esta mision de civilizar á los Indios, que Washington había jenerosamente emprendido, nos conduce á hacer memoria de varias cláusulas de los tratados que había hecho con los Creeks y con otros de los pueblos indijenas.

En 1790, se hallaban los Creeks en guerra con la Jeorjia; Mac-Gillivray, hijo de un Irlandés y de una India, los capitaneaba: reclamaban la restitucion de un territorio situado junto á sus fronteras. Esta contienda se concluyó por un tratado de paz, en el que se insertó este notable artículo: «Para que los Creeks puedan ser conducidos á un grado mayor de civilizacion y llegar á ser pastores y agricultores, en vez de permanecer en el estado de cazadores, los Estados-Unidos les abastecerán de vez en cuando gratuitamente de los animales domésticos y de los aperos de labranza que les sean útiles; además, para auxiliarles en una marcha progresiva, tan apetecible, y para establecer un medio seguro de comunicacion con ellos, los Estados-Unidos mandarán, para que residan en medio de este pueblo, varios agentes, que tendrán el carácter y harán las funciones de intérpretes. Los Creeks les asignarán tierras para que las cultiven ellos ó los que les sucedan en sus destinos.»

En los demás tratados que sucesivamente hizo Washington con otras

tribus fueron observados los mismos principios. Todos estos actos tenían por objeto prevenir los conflictos continuos entre los Estados-Unidos y los Indios. Con trazar una demarcación de territorio mas exacta, se proponia asegurar el castigo de los actos de violencia que se cometiesen por una y otra parte, atraer á la agricultura á los salvajes, y favorecer sus adelantos. Washington miraba el deber de mejorar la erudición de los Indios como inseparable del derecho de protegerles; así es que habia tomado por su cuenta el modificar, sin sacudimientos, antes bien por medio de útiles estímulos, las costumbres inherentes á su vida errante y salvaje. Otro convenio hecho con los Chiroqueses era conforme á este sistema; se les concedían socorros anuales en indemnización de los terrenos que habian cedido á los Estados-Unidos.

Estas negociaciones con los Creeks y los Chiroqueses afirmaban la paz de los estados meridionales, y fueron particularmente útiles á la Carolina del sur, á la Georgia y á los territorios de Kentucky y del Tenesee, los cuales no podían aumentar su población sino al abrigo de la paz y de su agricultura; pero las vastas rejiones situadas al occidente de la Pensilvania, quedaban espuestas á continuas incursiones, y se temia asimismo que volviese á renovarse la guerra sobre las orillas del Mohawk. En estas circunstancias fué cuando varios jefes de la nacion de los Senecas se presentaron en Filadelfia para hacer presentes á Washington sus agravios.

«Cuándo vuestro ejército, le dijeron, penetró en nuestro territorio, os dimos el nombre de esterminador de los pueblos; nuestras esposas, cubierta su frente de palidez, huyeron, y nuestros hijos echaban aterrorizados, los brazos al cuello de sus madres. Nuestros Sachems y nuestros guerreros, que tambien son hombres, no pueden temblar, pero el llanto de nuestras mujeres y de nuestros hijos llenan de amargura nuestros corazones, y desean que el hacha quede profundamente sepultada.

«Antes de que tomaseis las armas contra vuestro antiguo rey, que reside allende las grandes aguas, encendiais vuestros trece fuegos separadamente y sin que formaseis una misma nacion; nos deciais que éramos hermanos vuestros, que ese rey era nuestro padre comun, que su poderío era irresistible, y que su virtud brillaba como el astro del dia. Seducidos por vuestros consejos, prometimos obedecerle y lo cumplimos, auxiliando á nuestro padre.

«La guerra nos ha sido funesta: habeis salido vencedores y nos habeis pedido una vasta estension de terreno, por precio de la paz que nos ofreciais. Pero cuando nos habeis exigido este sacrificio, no han sido consultados todos nuestros pueblos: estais aun irritados contra nosotros: nuestros mas principales guerreros han sucumbido, y no hemos hecho otra cosa sino ceder á la fuerza. Volvednos una parte de nuestras comarcas: los pueblos que moran en el oeste nos las vuelven á pedir; los Chipewayos y otras tribus nos reconviene diciéndonos: «¿En donde está el sitio que nos reservasteis para descansar en paz? así nos arguyen, y nosotros nos cubrimos de vergüenza porque no sabemos qué contestarles.»

«Pretendeis que el rey, vuestro antiguo jefe, ha cedido nuestro país á los trece fuegos; pero ¿tenia él por ventura el derecho de disponer de ellos. Estas tierras no eran suyas, son el patrimonio de diez naciones: nuestros padres los habian recibido, nos las transmitieron para nuestros hijos, y nosotros no podemos abandonarlas.

«El grande espíritu enviaba en otro tiempo á nuestras selvas animales sin cuento para nuestro sustento; y supuesto que los aleja ahora de nosotros, será sin duda su voluntad que labremos la tierra con el arado como los blancos: pero dadnos á conocer si vuestra intencion es la de dejarnos á nosotros y á nuestros hijos alguna tierra para que la cultivemos.

«Conocemos que sois fuertes: hemos oido decir que sois sabios, y por vuestra respuesta deseamos conocer que sois justos.»

La negociacion, cuyo objeto acabamos de indicar, duró mas de un mes; y las esplicaciones que Washington dió á los jefes de los Senecas, pudieron al fin satisfacerles. Les hizo presente que su nacion no podia reclamar las cesiones que habia hecho á los Estados-Unidos en 1784, y que habia confirmado en otros tratados: les rogó que fuesen constantes en los esfuerzos que habian hecho para inspirar á los Indios del oeste miras de conciliacion, y les dió á entender que deseaba concurrir á su prosperidad, estendiendo entre ellos el uso de los animales domésticos, la labranza y el cultivo del trigo.

El nombre de *Corn-planter* ó plantador de grano, era entónces el del primer jefe: Este guerrero entraba en los proyectos de Washington acerca de las ventajas de ilustrar á los Indios; y no abandonó el lugar de su nuevo amigo hasta que hubo restablecido la paz entre las dos naciones. Los Sénecas espresaron otra vez el deseo que tenian de aprender á cultivar la tierra: esperaban que se les mandaria luego un agente con el encargo de proteger su comercio; y se proponian enviar á las ciudades algunos Indios jóvenes para que se educasen en ellas, y volviesen á su país con las ventajas de su educacion: Washington creyó hacerles el mejor servicio, estableciendo en su mismo país algunos medios de instruccion: les ofreció que les enviaria un maestro para los niños, y operarios que enseñasen á los hombres las faenas del campo.

La ilustrada prevision de Washington obtuvo de este modo la reconciliacion de los Estados Unidos con los seis pueblos; y estos, no pudiendo recobrar todo su territorio antiguo, buscaron en los adelantamientos de la agricultura un suplemento á las primeras necesidades de su subsistencia. Las desgracias de la última guerra les hacian mas apetecible la conservacion de la paz; mas las naciones occidentales que habian padecido menos, y que creian todavia poder contar con algunos auxiliares, resistieron todos los consejos de pacificacion. Los Delawa-

res, los Wiandotes, los Shawaneses y los Miamis, viéndose constantemente rechazados hácia las grandes lagunas y las rejiones del nordeste, reunieron de nuevo sus esfuerzos para luchar contra este destino inevitable, mientras que la guerra seguia empeñada todavia en los países situados entre el Ohio y el lago Erié. En 1791 se mandó allá un cuerpo de mil y quinientos hombres, á las órdenes del jeneral Harmer. Este debia dirigirse á las márgenes del Scioto, y destruir en él las habitaciones de los Indios, siguiendo hasta Wabash su expedicion; pero habiendo dividido sus fuerzas, se consumieron estas en combates parciales, y todos los destacamentos que hizo obrar aisladamente fueron atacados y destruidos. Envalentonados los salvajes con estos primeros sucesos, estendieron sus devastaciones á las fronteras del Kentucky y de la Pensilvania; lo que dió motivo al congreso para mandar contra ellos nuevas fuerzas. El mando de estas fué conferido al jeneral Arturo Saint-Clair, que era entónces gobernador del Ohio. Era el mismo oficial que en 1777 habia estado encargado de la defensa de Ticonderoga cuando Burgoine, ensoberbecido por sus primeras ventajas, invadia el norte de los Estados Unidos. Aunque se replega Saint-Clair entónces delante del enemigo, gozaba sin embargo de alguna reputacion militar, y se le conceptuó tanto mas capaz de dirigir una expedicion contra los Indios, cuanto habia contraido el hábito de tratar con ellos, y debia estar enterado de su situacion y de sus recursos.

En el mes de setiembre de 1791 avanzó este jeneral hácia el curso del Miamis y tomó posicion á algunas leguas de este rio; pero atacado por los Indios en las alturas en que habia establecido su campamento, forzaron estos sus líneas, derrotaron sus tropas y se apoderaron de su artillería, despues de haber hecho pedazos los que la servian. Saint-Clair mandó la retirada, que se hizo en el mayor desorden; y el ejército, que habia perdido la mitad de la jente,

fué ostigado vivamente en ella por los vencedores.

Jamás se había experimentado un revés tan sangriento en las guerras sostenidas contra los Indios, y esto hizo conocer que se habían aprovechado admirablemente del uso de las armas de fuego y de todos los medios de ataque que habían aprendido de los europeos. Habían además reunido todas sus tribus, y el aliciente del botín y el orgullo de la victoria les infundían un ardor mas vivo, y daban á sus hostilidades un nuevo carácter de furor.

El congreso reconoció la necesidad de levantar mayores fuerzas, para sostener una guerra que se había hecho tan desastrosa. Mandó que se formase un ejército de cinco mil hombres, mandado por el general Wayne; y mientras que estas tropas se reunían, se enviaron dos oficiales á los Indios, para negociar un tratado con ellos y evitar nueva efusion de sangre; pero estos ministros de paz fueron asesinados.

Entonces se pusieron en movimiento las tropas de la confederación. Era el mes de setiembre, y la estación estaba ya demasiado adelantada para que el general Wayne pudiera concluir antes del invierno la expedición que se le había confiado: se limitó pues á ocupar el campo de batalla en que había sido derrotado el general Saint-Clair, y fortificó aquella posición. Allí fué reuniendo todos los medios para abrir la campaña inmediata: ejercitó sus tropas, animó su valor, y no conservó en ellas la impresión de los reveses anteriores, sino para conseguir una venganza mas ruidosa. Empezó otra vez su marcha en la primavera de 1794, penetró en el territorio de los Indios, y se dirigió hácia el curso superior del Maumeo, el cual, corriendo del mediodía al norte, va á desaguar en el lago Erié.

Mientras que los salvajes se replegaban delante de él, estaban espionando todos sus movimientos, y procuraban atraerle á sus emboscadas y sorprender todos los destacamentos que podían estraviarse; pero el general Wayne avanzaba con precau-

ción, y esquivaba las escaramuzas: tenía la precaución de atrincherarse todas las noches, y despues de haber fatigado y engañado á los Indios con sus maniobras, se mantuvo á su vista en frente de ellos, hácia la confluencia del Glaise y del Maumeo. Los Indios habían reunido todas sus fuerzas, ambos campamentos estuvieron observándose por espacio de quince dias, y durante este borrascoso armisticio, Wayne hizo todavía llegar á manos de varios jefes de tribu proposiciones para un arreglo, las que fueron desechadas. No podía conseguirse la paz sin combatir, y en 20 de agosto, tuvo lugar una acción decisiva. Los Indios se habían dirijido por entre los bosques hácia la posición ocupada por el enemigo; pero este los atacó á la bayoneta con tanto impetu, despues de haberles hecho una descarga, que les arrojó del bosque, no les dió tiempo de rehacerse, dió la muerte á los mas bravos, y persiguió á los demás hasta tiro de cañon del fuerte que los Ingleses ocupaban aun en las orillas del lago.

Tras de esta victoria, el general Wayne destruyó á considerable distancia los establecimientos de los Indios, y levantó algunos fuertes en sus fronteras para impedir su retorno.

Los Estados-Unidos habían desbaratado con esta última victoria la liga de los Indios del nordeste, y procuraron desde luego, por medio de un nuevo tratado con las seis naciones iroquesas, estender las relaciones que habían recientemente establecido con los Senecas. Este tratado, concluido en 11 de noviembre de 1794, confirmó á los Oneidas, los Onondagas y Cayugas, la propiedad de las tierras que se les habían reservado anteriormente por los convenios que habían hecho con el Estado de Nueva-York. Se fijaron las fronteras del territorio de los Senecas, que debían conservar sin disputa hasta el momento que desearan venderlo á los Estados-Unidos. Los Senecas se obligaron, de conformidad con las otras cinco naciones, á ceder á los Estados-Unidos el dere-

cho de abrir un gran camino á través de su país, desde el fuerte Schlosser hasta el lago Erié, proporcionándoles el libre uso de los puertos y de los rios situados en él.

Teniendo en consideración un empeño tan útil á la facilidad de las comunicaciones y al desarrollo del comercio, los Estados-Unidos concedieron á las seis naciones el valor de diez mil duros en mercaderías; se obligaron á darles anualmente hasta el de cuatro millones en telas, animales domésticos, instrumentos de labranza y otros utensilios propios para satisfacer sus necesidades; y pusieron á su disposición artesanos que residiesen en su territorio.

Despues de haber fijado así sus relaciones habituales con las seis naciones, los Estados-Unidos determinaron recompensar á los Oneidas, á los Tuscaroras y á algunos restos de la tribu de los Stockbridjes que habían abrazado su causa durante la guerra de la independencia, y cuyas casas y propiedades habían sido destruidas. En reconocimiento de las obligaciones que habían contraído para con estas poblaciones, se comprometieron á distribuirles, en indemnización de sus pérdidas, una suma de cinco mil duros, á hacer construir para su uso, y al alcance de sus principales establecimientos, un molino harinero y otro de aserrar; á sufragar al mantenimiento de estas máquinas, y á educar á algunos Indios en las artes y oficios que les emplean.

La época de estos tratados con las seis naciones fué la inmediata á la derrota de los Indios del nordeste: no pudiendo estos esperar en la prolongación de una lucha tan desigual, hicieron tambien un arreglo con los Estados-Unidos, el 3 de agosto de 1795, los cuales pusieron á su disposición algunos medios de desarrollar entre ellos un principio de cultivo y de industria.

Si fiásemos al cálculo de los guarismos la importancia de las libertades, nos abstendríamos de consignar en la historia los tennes subsidios que se concedieron á los Indios por estos diversos tratados.

Mas estos socorros, de los cuales debía renovarse una parte todos los años, llevaban en sí mismo un carácter de humanidad y de prevision, que aumenta su precio: eran concedidas á unas tribus sencillas á cuya situación se adoptaban, procurando inspirarles el amor al trabajo y á una vida mas sedentaria: idea fecunda y jenerosa, cuyos frutos deseaba Washington cojiesen algun dia los Indios.

Por mas que las guerras que tuvieron que sostenerse contra los Indios, hubiesen arrastrado á sangrientos estragos en los últimos años que hemos recorrido, este azote destructor había sido parcial: un distrito particular había sido devastado como por efecto de un torrente, ó un incendio, producido por una violenta tempestad; mas los otros se habían libertado de sus terribles efectos; y por consiguiente le quedaban todos los recursos de la confederación; y se tenía por fin la seguridad de triunfar de un enemigo tan inferior en número, en la calidad de las armas y en el modo de hacer la guerra. Los peligros se hubieran hecho mucho mas graves, si hubiese estallado un rompimiento entre los Estados-Unidos y algunas otras potencias; pero se tenían necesidad de afirmar sus nacientes instituciones; y el gobierno federal esperaba todavía sustraerse por su distancia á las nuevas borrascas de que se hallaba ya amenazada la Europa. La revolución que había estallado en Francia empezaba á conmover al mundo, y había vuelto á encender la guerra entre dos naciones mal reconciliadas, las hostilidades que iban á desolar la tierra debían asimismo estenderse al Océano, y abrasaron su vasta estension, y perturbaron las relaciones de comercio de los pueblos mas distantes.

En esta memorable lucha, en la que las primeras naciones de Europa se coligaron contra una sola, todos los derechos de las potencias neutrales que deseaban permanecer en paz, fueron desde luego desconocidos y sacrificados, y espusieron igualmente á los Estados Unidos á

las agresiones de los que habían sido sus aliados y sus enemigos durante la guerra de la independencia. Sin embargo estas causas de desavenencia no debieron por de pronto conducirlos á un rompimiento: la Francia daba pasos para atraerlos á su alianza, y la Inglaterra les ofrecía transijir amistosamente todas las diferencias que existían acerca de la ocupación militar de algunos puertos, situados cerca de los grandes lagos, y sobre cuantiosos intereses pecuniarios y de comercio, si consentían en renunciar á ciertos privilegios de la neutralidad de pabellón.

El gobierno federal, colocado en esta alternativa, prefería á todas las demás ventajas la de dar mejores fronteras al país de los Estados Unidos, de completar su independencia y garantizar su seguridad: deseaba asimismo extender en las colonias inglesas de las Antillas las relaciones del comercio americano, reconociendo la necesidad de comprar por medio de algunos sacrificios estas importantes concesiones. Pero para dar razón más cabal de los motivos que la decidieron á semejante arreglo, es necesario recordar los sentimientos de que estaba animada para con la Francia al principio de la revolución, y las principales causas de mala inteligencia que vinieron á alterar este sentimiento de mutuo afecto.

Los Estados-Unidos habían seguido constantemente, en sus relaciones políticas con la Francia, los principios que les habían dirigido en la constitución de su gobierno. Miraban sus instituciones como una emanación de la voluntad del pueblo: la autoridad que las había establecido conservaba el derecho de modificarlas, haciendo derivar de este primer origen todos los poderes.

Al ver que la Francia cambiaba la forma de su gobierno, los Estados-Unidos de ningún modo pretendieron inmiscuirse en examinar su organización interior, y respetaron en ella este derecho de independencia que habían reclamado para sí; pareciéndoles que la nación era el

único juez de sus propios actos, en su consecuencia no se ocuparon en medio de sus vicisitudes, sino de la conservación de sus tratados con ella, creyendo que las relaciones de entrambas potencias debían estar al abrigo de aquellas conmociones.

Cuando la revolución francesa hubo precipitado del trono al monarca mismo que había preparado la reforma, llamando á su alrededor los consejos de su pueblo, los Americanos no debieron manifestarse insensibles á las desgracias de un príncipe que había sido su aliado: con todo, los sentimientos que merecía de parte suya esta grande víctima, no les impidieron reconocer el gobierno republicano que se acababa de proclamar, miraron más bien las nuevas instituciones de la Francia, como más análogas á las de los Estados-Unidos, y como destinadas á unir más estrechamente los intereses y las miras de ambas naciones.

En esta época la duración de la presidencia de Washington tocaba á su término; pero se le habían conferido nuevamente los mismos poderes, y en circunstancias tan difíciles iba á poner todo su conato en la conservación de la paz de los Estados-Unidos, todo el tiempo que fuese compatible con sus ventajas y su dignidad. La distancia á que se hallaban les favorecía, para no tener que tomar parte en la guerra: el recuerdo de las desgracias que había acarreado á su territorio no estaba borrado enteramente; y si podían mantenerse neutrales en medio de las guerras de Europa, un nuevo desarrollo comercial parecía reservado á esta nación que, constantemente arrastrada por un movimiento progresivo, desde que había asegurado su independencia, había hecho prosperar su agricultura y su industria, multiplicado sus buques, los cuales ostentaban su pabellón en todas partes.

El día 22 de abril de 1793, publicó Washington un manifiesto de neutralidad, declarando que se observaría un proceder amistoso con todas las potencias, y que el gobier-

no federal no concedería protección alguna á los ciudadanos de los Estados-Unidos que incurriesen en las penas ó confiscaciones de las partes beligerantes, ya sea que cometiesen hostilidades contra ellos, ó que llevasen á sus enemigos artículos mirados como de contrabando de guerra.

Una política tan sabia debía asegurar á los Americanos un comercio libre y pacífico con las demás naciones; pero esas numerosas velas que empezaban á circular por todos los puertos, tanto neutrales como enemigos, y que podían remplazar los de las potencias beligerantes, sin hallarse espuestos á los mismos riesgos, empezaban á causar celos á la Inglaterra y á la Francia, y cada uno de estos gobiernos consideró bien pronto á los Americanos como los factores natos del comercio de sus enemigos.

Desde este momento su libre navegación experimentó numerosos golpes. Los muchos armamentos británicos ofrecieron el primer ejemplo; y habiendo reconocido la convención nacional que la neutralidad de pabellón no era respetada por los enemigos de la Francia, declaró, por una ley del 9 de mayo de 1793, que los buques de guerra y los corsarios franceses podían detener y conducir á los puertos de la república los barcos neutrales que se encontrasen cargados en todo ó en parte, ya de bastimentos de propiedad neutral, y destinados á puertos enemigos, ya de mercancías pertenecientes á los enemigos: estos últimos se declaraban de buena presa, debiendo únicamente ser reembolsado el valor de los artículos de subsistencia.

El ejemplo de estos embarazos, puestos á los derechos de los neutrales, arrastró en pos de sí muy en breve otros rigores de los que con frecuencia tuvieron que sufrir los Americanos. Las instrucciones que el gobierno británico dió á los armadores el 8 de junio siguiente, les prevenían que detuviesen los buques cargados de trigo ó de harinas con destino á los puertos de

Francia: que sus cargamentos los compraría luego el gobierno, á no ser que permitiese á los capitanes trasportarlos y venderlos en algún puerto de una potencia amiga de la Inglaterra.

De este modo el comercio de los neutrales se halla perjudicado unas veces por medio de ataques individuales, otras por leyes y decretos, que sucesivamente suspendidos, renovados ó modificados, hicieron inciertas todas sus relaciones.

La Francia carecía entonces de marina militar; sus navíos carecían de oficiales; habían perecido muchas escuadras, y estos combates desiguales y funestos habían hecho brillar inútilmente algunos hechos de heroica adhesión, como el de la tripulación del *Vengeur*, que prefirió sepultarse voluntariamente entre las olas que rendirse al enemigo. Entonces se habían estimulado los armamentos en corso: se habían prodigado las patentes; y para atraer á los corsarios con el cebo de un botín más rico, se les había entregado no solo el comercio de los enemigos, sino una porción crecida del de los neutrales.

Era la época en que la Francia, después de haber forcejeado en sus fronteras para deshacerse de las fuerzas de Austria, de la Prusia, de la España, de la Inglaterra y de la Italia, coligados contra ella, abría no sin trabajo la larga carrera de sus victorias, espiraba entre las convulsiones de la anarquía la gloria de sus triunfos, y miraba cómo se sucedían uno á otro los jefes de aquella revolución sangrienta.

Desgarrada la Francia por el furor de las facciones, á lo menos había conservado su superioridad sobre sus enemigos exteriores: con la defensa el país había dilatado sus fronteras: pero no siéndole posible enseñorearse de los mares, de los que habían desaparecido sus fuerzas, había abandonado su dominio á todos los que pudiesen confundir las relaciones marítimas y de comercio de la Inglaterra con las demás naciones.

Mientras tanto fué testigo la Amé-

rica de un acontecimiento funesto, muy á propósito para hacer olvidar en aquel momento todos los intereses políticos, para despertar de nuevo en todos los corazones los mas profundos sentimientos de humanidad y de compasion. Hacia casi dos años que las turbulencias y las desgracias de Santo Domingo afligian á la Francia; esta isla se habia cubierto de ruinas desde el 20 de agosto de 1791 en que habia estallado la primera insurreccion de los negros; el incendio de algunas habitaciones se habia convertido en la fatal antorcha que propagó rápidamente el incendio de la guerra civil, y cuyas llamas, devorando las posesiones de los amos, no se extinguian sino con su sangre; quedando rotos al propio tiempo todos los vinculos de la esclavitud, sin que se estuviese preparado para hacer uso de la libertad.

Aunque la pintura melancólica de esta larga serie de calamidades no entra en el cuadro de esta historia, sin embargo, despues de la ruina del Cabo Francés, que fué incendiado el 24 de junio de 1793, por los negros y jente de color, vimos un gran número de heridos, de enfermos y de proscritos á bordo de los buques, perplejos acerca de la eleccion de un asilo en donde pudieran acoger su infortunio. Unos se retiraron á la isla de Cuba, en la que introdujeron el cultivo del café; otros aportaron en la Luisiana, en donde siendo del mismo orijen que sus moradores, debian contar con la reciprocidad de sus favores, mayormente cuando se tenia presente que al saberse el incendio que habia devastado á la Nueva Orleans por los habitantes de Santo Domingo, se habian estos apresurado á socorrerles para que reedificasen sus habitaciones. Un gran número de fugitivos tomaron el rumbo de los Estados-Unidos; en cuyas ciudades fueron acogidos con hospitalidad. Los gobiernos les prestaron auxilios, se concedieron tierras á los que podian cultivarlas, y se proveyó con otras larguezas á las necesidades de los ancianos, de las viudas y de los huérfanos. ¡Ejemplo digno de obser-

vacion en un momento en que las relaciones políticas entre la Francia y los Estados-Unidos se hallaban con frecuencia interrumpidas, y podian conducir á un rompimiento!

Llegado Genet á Charleston, en calidad de ministro plenipotenciario de la Francia, se habia desvelado desde los primeros momentos de su llegada para llenar su mision, procurando hacer armamentos en corso en aquel puerto: habia espedido patentes para dar caza á buques, cuya propiedad ó cargamentos perteneciesen á enemigos de la Francia, autorizando á los aprensos para conducir sus presas á los mismos puertos de los Estados Unidos. Bien pronto se hicieron á la vela del puerto de Charleston varios corsarios, cuya expedicion se habia dispuesto con tanto sigilo y celeridad, que le fué imposible al gobierno federal impedir su salida. Estos armamentos hicieron algunas presas en alta mar y aun en las aguas mismas de las costas americanas, y dentro del círculo de su jurisdiccion. Los Estados Unidos se juzgaron entonces responsables; y Washington no titubeó en reconocer que se debia indemnizar á los apresados que tenian que quejarse de semejantes actos de violacion. El gobierno federal decidió que los buques armados en corso fuesen desarmados, y varios armadores que desobedecieron esta disposicion fueron presos de su orden.

Pero no se trataba ya de un simple conflicto entre las autoridades nacionales y un ministro extranjero: las pasiones de las masas habian sido excitadas. Se habian formado dos partidos en América, uno que deseaba conservar la neutralidad entre las potencias beligerantes, y otro que, sublevando todos las ambiciones y todos los enconos, se esforzaba para conducir los Estados Unidos á la guerra, erijia el poder de las sociedades populares sobre el de los magistrados, y miraba las tumultuosas asambleas de aquellos como los órganos de la verdadera opinion pública, y sus mas seguros intérpretes.

El gobierno federal sin embargo no cedió á sus pretensiones; antes bien declaró, por un decreto del 3 de agosto, que ninguna de las potencias beligerantes tenia derecho á equipar ni armar en los puertos americanos ningun buque destinado al ataque ó defensa, y que cualquiera expedicion de esta naturaleza era ilegal. Hizo saber además en 5 de setiembre al gobierno británico, con quien deseaba estar en paz, que no se permitiria que fuesen recibidos en los puertos de los Estados Unidos los armamentos que hubieran salido de ellos para cruzar contra el pabellon Inglés, y que procuraria lo pagar la restitucion de las presas que se habian hecho.

Washington habia dirigido, tanto á la Francia como á la Inglaterra, varias representaciones acerca de los golpes que habian dado una y otra á la libertad del comercio americano: de las cuales dió cuenta al congreso por medio de un mensaje, en 5 de diciembre, en el que se quejaba vivamente de la conducta del plenipotenciario francés, el cual, sin participar de los sentimientos de la nacion que le enviaba, procuraba envolver á los Estados-Unidos en las desgracias que acarrea una guerra extranjera, y en las de la discordia y de la anarquía. Irritado Genet por las disposiciones que se habian tomado para paralizar el efecto de sus armamentos, y no pudiendo inducir á los Estados-Unidos á hostilizar al gobierno británico, concibió esperanza de empeñarlos en otra guerra, con el proyecto que habia formado de dos invasiones en territorios vecinos, sujetos á la España. Evió emisarios á la Gortia para hacer levar á los hombres que debian penetrar en la Florida, y mandó otros al Kentucky para que ensayasen un armamento semejante contra la Luisiana. Esta segunda empresa encontraba numerosos partidarios en los Estados-Unidos del Oeste: las tropas que se juntaban allí debian bajar por el Ohio y el Mississipi, creyéndose igualmente que podian apoderarse sin obstáculo de la Nueva Orleans.

Estos preparativos no se oculta-

ron á la vijilancia del gobierno federal: ninguna violacion de una naturaleza mas grave podia tentarse contra la neutralidad de los Estados Unidos, ni aun contra su soberanía; pero como la prudente firmeza de Washington se encerraba en no desviarse de la imparcialidad que se habia prescrito, Genet se esforzó en oponer la autoridad del pueblo, al que procuraban sublevar sus agentes, á la del presidente. Un club, formado bajo sus auspicios, establecia sus afiliaciones con otras sociedades semejantes: designaba como enemigos del bien público á los que no participaban de sus exaltadas opiniones; y atacado Washington personalmente por sus actos, y viendo que peligraba la paz de los Estados-Unidos, por las turbulentas intrigas de un agente que abusaba de su mision, encargó á la legacion americana en Paris que pidiese el relevo de aquel. Esta peticion fué acogida por la comision de salud pública: nombró un nuevo ministro cerca del gobierno federal, y manifestó el deseo que tenia de estrechar los vinculos de la Francia con los Estados-Unidos.

Sin embargo el riguroso sistema que entorpecía la navegacion y el comercio de las potencias neutrales, no quedaba revocado: el gobierno británico les molestaba con las mismas trabas que habia aun agravado, dando, el 6 de noviembre, á los comandantes de sus buques de guerra y de sus armadores en corso, la autorizacion de apresar todo buque y cargamento procedente de las Islas francesas de América, ó con rumbo á sus puertos. Aunque estas providencias habian sido espuestas de un modo general, el pabellon de los Estados-Unidos se hallaba mas espuesto que ningun otro á su aplicacion. En aquella época la Inglaterra habia formado el proyecto de conquistar la Isla de Santo Domingo, en la que hacia poco tiempo ocupaba el cuartel de Jeremias y el del muelle de San Nicolás, situados hácia las dos puntas mas occidentales. El gobernador de Jamáica estaba encargado de esta expedicion: un cuerpo de quinientos

hombres habia desembarcado, el 19 de setiembre, en la grande ensenada que costean las parroquias de Jeremias, y habia tomado posesion de ella en nombre del gobierno británico: otro destacamento inglés habia llegado tres dias despues junto al muelle de San Nicolás, habiéndole sido entregada la guardia de aquel puerto. Los mismos colonos habian llamado á estos protectores extranjeros, y contaban con ellos para impedir que la insurreccion penetrase en sus establecimientos. La situacion de estos puestos avanzados permitia á los Ingleses fácil comunicacion con la Jamáica: podian recibir de esta isla refuerzos y provisiones: así que con esta proporcion invadieron gradualmente otros puntos de Santo Domingo, y sin poderse afirmar en la posesion de ella, contribuyeron á lo menos á que la perdiese la Francia.

Con el ensayo de ensancharse en las Antillas, la Inglaterra reconocia aun mejor la ventaja de conservar la paz con los Estados-Unidos: deseaba estrechar su union con ellos, y el gobierno británico declaró, el 26 de marzo de 1794, que abriria todos sus puertos á todas sus producciones y mercancias, y que podrian estas importarse directamente á los mismos, tanto en buques ingleses como americanos: el 18 de agosto inmediato revocó las providencias que autorizaban la detencion y la aprension de los cargamentos de trigo ó de harina, destinados á los puertos franceses, limitándose á mantener la prohibicion de comunicar con las plazas en estado de bloqueo.

Semejantes concesiones hacian prever un arreglo próximo entre los Estados-Unidos y la Gran Bretaña. John Jay habia pasado á Londres en clase de negociador, y discutió con Grenville todas las cuestiones en litigio, y los dos plenipotenciarios firmaron, el 19 de octubre, un tratado de amistad, de comercio y navegacion. Se convino en que los Ingleses retirarian, antes del mes de junio de 1796, las tropas y las guarniciones de las plazas que todavía ocupaban al mediodia de los lagos, y de este

lado de las fronteras del territorio asignado á los Estados-Unidos, por el último tratado de paz. Se aseguró á los habitantes de entrambas fronteras la libertad de sus recíprocas comunicaciones, de su comercio y navegacion; y se declaró espresamente que las dos partes contratantes disfrutarían igualmente del curso del Mississipi. Se nombraron comisionados encargados de fijar con precision la línea divisoria que debia seguirse desde el nacimiento de este rio hasta el lago de los Bosques; tambien debieron decidir cuál era el rio conocido con el nombre de *Santa Cruz*, que debia servir de límite entre los Estados-Unidos y la Nueva Escocia.

Las reclamaciones hechas sobre deudas ó pérdidas que se remontaban á la época de la última guerra, ó sobre presas ilegales, de cuya restitution se habian lisonjeado, fueron igualmente sometidas al exámen de una comision, que tenia que pronunciar por via de arbitraje, y cuyo juicio debia ponerse en ejecucion.

Todas las estipulaciones que acabamos de referir tenian un carácter permanente y absoluto, y daban fin de un modo irrevocable á las discusiones que se habian promovido entre la Inglaterra y los Estados-Unidos; pero á estos primeros artículos se añadieron otras cláusulas que no debian producir sino un efecto transitorio. Las unas eran aplicables á las relaciones mercantiles que los Americanos pudiesen tener, ya con las colonias Inglesas de las Indias orientales ú occidentales, ya con los dominios británicos de Europa; las otras determinaban cuáles serian, en tiempo de guerra, las restricciones que se pondrian á su comercio marítimo con otras naciones.

No hallamos ya en las reglas que se habian adoptado en esta circunstancia, aquellos principios protectores que los Estados-Unidos habian observado por tanto tiempo, y que habian asegurado una garantía á los derechos de los neutrales, reconociendo que el pabellon ponía á cubierto la mercancia. Por este nuevo tratado se estableció, que si un buque halla-

do en el mar por un armador, tenia á bordo alguna propiedad perteneciente al enemigo, esta parte de su cargo seria dada por de buena presa. Se incluyeron en el número de los artículos de contrabando, no solamente las armas é instrumentos de guerra, sino todos los materiales que pudiesen servir directamente al equipo de los buques, quedando igualmente todos sujetos á ser confiscados. En cuanto á las subsistencias y á otros objetos que no eran generalmente mirados como contrabando de guerra, pero que podian parecer tales, se estipuló, que siempre que fuesen cojidos con este motivo, el propietario seria indemnizado de su pérdida, ó por los aprehensores ó por el gobierno, bajo cuya autorizacion hubiesen obrado.

Así se hallaba limitada esta libertad absoluta de comercio y de navegacion, que los Estados-Unidos habian mirado hasta entónces como inherente á los derechos y goce de la neutralidad. El congreso que con frecuencia habia proclamado y sostenido estos privilegios marítimos, no cedia sino con pena á un sacrificio de esta naturaleza, sin que hallase en el tratado de Londres suficiente compensacion.

Sobre todo echaba menos las trabas puestas por este tratado á las relaciones habituales de los Estados Unidos con las colonias inglesas de las Antillas: y el Senado rehusó ratificar el artículo 12 que ceñia este comercio á las expediciones directas de uno á otro pais, sin permitir á los buques americanos llevar á Europa las producciones de las colonias: deseaba que se diese mas libertad á su circulacion, y las discusiones que se orijinaron de este incidente, hicieron diferir un año entero el canje de las ratificaciones, el cual no tuvo lugar en Londres hasta el 28 de octubre de 1795.

Se habia firmado un tratado de amistad, entre los Estados-Unidos y la España, en San Lorenzo, por Tomás Pinckney y el príncipe de la Paz, el que tenia por objeto conciliar á entrambas potencias en punto

á la demarcacion de sus dominios y de la navegacion del Misisipi.

Los territorios que baña el Ohio, el Kentucky y el Tenessee se quejaban de las trabas puestas á su navegacion: el Misisipi y sus afluentes eran sus conductos naturales de comunicacion con el mar. En los tratados de 1783 se les prometia el libre uso de ella, y todas las restricciones eran un golpe dado á sus derechos. Los habitantes del oeste lo sentían vivamente, y así fué que se á caloraron en sus representaciones: estaban decididos á procurarse á viva fuerza el goce de un privilegio necesario á su prosperidad y aun á su propia existencia, y el gobierno federal tuvo bastante que hacer para contener un descontento próximo á estallar, y á impedir que hostilidades imprevisas no viniesen á enmarañar las negociaciones empezadas.

Se fijó con precision, en el tratado de 27 octubre de 1795, la línea que debia separar la Florida del territorio federal desde el océano hasta el Misisipi; los Estados-Unidos tuvieron por límites occidentales el medio del curso de este rio, descendiendo hasta el grado treinta y uno de latitud: conviniéndose asimismo que su navegacion seria libre hasta su desembocadura para los americanos y para los españoles solamente, á menos que su Majestad Católica ampliase este privilegio á otras naciones por un convenio especial. Se acordó un derecho de depósito para la Nueva Orleans, de tres años, en favor de los ciudadanos de los Estados-Unidos; y en caso de no continuarlo su Majestad Católica, debia señalarles un lugar equivalente de depósito en otro punto de las orillas del Misisipi.

Los principios de la libertad de comercio, aun con los enemigos, los de la inviolabilidad de pabellon que debia cubrir la mercancia, los que limitaban el contrabando á las armas é instrumentos de guerra, y que no consideraron de esta clase las maderas de mastelería y construccion, ni otros artículos necesarios al equipo de los buques, ni todos los objetos

nútiles al sostenimiento de la vida, fueron formalmente reconocidos por este tratado.

Esta contradicción entre algunas cláusulas fundamentales de los dos convenios, concluidos hácia la misma época, el uno con la Inglaterra y el otro con la España, podía hacerse embarazosa para la política de los Estados-Unidos, porque restringían por un tratado los derechos de pabellón y de comercio, y les dejaba por el otro una latitud entera: habían ofrecido á la Inglaterra partir con ella la libre navegación del Misisipi, conviniendo con la corte de Madrid que ellos y los Españoles gozarían solos de esta navegación.

Al publicarse ambos tratados debió notarse la diferencia de estas estipulaciones; pero los Estados Unidos tuvieron la debilidad de quedarse silenciosos en los debates á que podía aquella dar origen: habían obtenido de las dos potencias todas las ventajas que podían esperar, y su territorio quedaba libre de la presencia de tropas extranjeras; y el depósito mercantil que les estaba abierto en la Nueva Orleans, les ponía en camino de una nueva prosperidad, debiéndoles un día asegurar concesiones más importantes.

Si al escribir la historia de un pueblo se limitara uno á señalar los actos políticos, por los que se manifiestan su voluntad y su poder, cómo establece sus relaciones con los otros Estados, cómo declara la guerra, asienta las bases de la paz y regula sus relaciones de comercio, semejante historia tal vez no sería más que la de su gobierno: para conocer la nación es necesario penetrar en sus inclinaciones, en sus costumbres, y seguir sus movimientos libres y espontáneos, que revelan su carácter, y pueden influir sobre los progresos de su marcha social y de su prosperidad.

Puede hacerse observar á los Estados-Unidos que la mayor parte de los desarrollos de poder es obra de los mismos ciudadanos, y que tienen lugar sin la intervención del gobierno. En el seno mismo de la familia es en donde se forman las empresas

mas aventureras, en donde se toma la resolución de desmontar los terrenos incultos, de poblar el desierto, de comenzar, por la fundación de un lugarejo, la de un nuevo Estado. Habiendo renunciado los emigrados á su suelo natal, la necesidad misma del éxito les anima y les sostiene.

El cuadro de una de estas expediciones hará apreciar mejor su importancia. Figúrese cualquiera un joven colono, recientemente unido á una esposa de su elección. Emprenden ambos su marcha para las sierras occidentales, después de haber recibido la bendición paternal; un carro grande va cargado con todos los tesoros que han de servirles de auxiliares para su establecimiento: la segur y la sierra, los utensilios para los usos domésticos, para el cultivo y las necesidades de su naciente industria. Granos para los primeros siembros, y otras subsistencias que alcancen hasta la época de la cosecha, forman su provision. Algunas jaulas, en las que van metidas las aves domésticas, coronan este confuso equipaje, y la aldeanita, viajando en su trono como la reina de la colonia que va á formarse, canta los placeres de su infancia, la dulzura de sus recientes vínculos, ó las esperanzas de su porvenir. Su esposo con el fusil al hombro, guía la marcha de este carro de triunfo que arrastra en pos de sí, como otros tantos esclavos, al toro, al carnero, y al caballo, lozanos y llenos de vigor y juventud. Otros animales domésticos van en su séquito libres, y el perro que los tiene bajo su custodia, como un criado fiel apremia sus pasos, los conserva unidos en una misma morada, y segunda con su vigilancia los desvelos y afanes de su señor. (véase la lámina 71.)

Una nueva familia y convoy semejante se reúnen á la primera; su perspectiva es la misma: entrambos jefes irán á establecerse, y fijarán sus nuevas moradas vecinas la una de la otra. En sus necesidades y en los accidentes imprevistos se prestarán mutuamente socorro: lo

hijos que esperan crecerán juntos, y ya sus pensamientos mismos y sus votos se lanzan á un porvenir distante: las familias se unirán un día entre sí por los vínculos más santos: la soledad de los bosques que les rodean habrá desaparecido, y se prometerán nuevas prosperidades para su jeneracion.

Esta perspectiva alienta á los primeros moradores: sin embargo no se deja columbrar sino al través de fatigas y privaciones. En un país salvaje es preciso crearlo todo: el terreno se muestra rebelde al cultivo; y después de haber echado abajo con el hacha y el fuego inmensas selvas, sus raíces quedan todavía arraigadas en el suelo. ¡Qué de sudores para estirparlos y para desbrozar la tierra, arrancar las rocas de que se halla erizada, desviar las aguas pantanosas que la invaden, asegurándolas un curso libre! El trabajo es el que debe convertir en saludable aquel húmedo lodazar: pero, ¿no vendrán á asaltar al colono fiebres contagiosas, y herir de muerte á los primeros huéspedes de aquellas comarcas? En este caso se suspende el cultivo de la tierra y esta ha perdido su vegetación indijena, sin haber dado todavía nuevo fruto. No obstante el camino está abierto y se siguen las huellas de sus guías: un trabajo emprendido deja siempre alguna herencia que recojer; se reemplazan los primeros ocupadores, y el trabajo se hace menos penoso en un terreno á medio abrir: el arado abre en él sus surcos, van á reproducirse la patata y el maíz, se prolonga un cercado al rededor de los plantíos cuyo centro ocupa una cabaña rústica, y los hombres recojidos debajo de aquellos humildes techos, empiezan muy luego edificios más duraderos y regulares. (Véase la lámina 72.)

Rápidamente se desliza el tiempo entre la infancia y juventud de estas colonias. Un país explorado ya, va á cultivarse con más discernimiento: la calidad del suelo es conocida, y pueden conaturalizarse en él otras producciones: se descubren minas; se ha dado con algunas lí-

neas de navegación para el comercio; llegan los artesanos, y se establecen los ingenios; multiplíquese el trabajo bajo todas las formas, y en proporción á las necesidades de sus habitantes; y á medida que aumenta la colonia, se desarrolla con su felicidad, se presta á sus exigencias, y llega á asemejar su industria á la de otros Estados, de los que habían desaparecido sus fundadores. Ellos habían tenido la ventaja de emprender sus nuevos establecimientos, con todos los recursos que ofrece el desarrollo de las artes y de la inteligencia humana. De esta manera se organiza fácilmente la nueva ciudad; y como emana de una sociedad ya floreciente, naturalmente es conducida á no adoptar sino instituciones análogas.

Hemos observado que la principal población de los Estados del oeste les había sido enviada por los del Atlántico, pero que frecuentemente se había aumentado por efecto de las revoluciones y de las guerras del antiguo mundo. Estaba á la sazón la Europa abrumada con tantas calamidades, que un gran número de hombres iba á buscar un refugio al otro lado de los mares. La religión había tenido sus proseritos; tuvo también los suyos la política, y cada uno de ellos fué á disfrutar de la tolerancia, de la libertad civil y de la seguridad; y la confederación americana, enriquecida con las pérdidas de otras naciones, pudo contar desde luego con algunos Estados nuevos. Se habían erijido en 1790 en el Kentucky y el Tenesee dos estados territoriales, y ambos países fueron admitidos en el rango de los Estados, el uno en 1792, y el otro en 1796. El territorio del Ohio, no obtuvo la misma concesión sino al cabo de seis años: había estado expuesto á las incursiones de los Indios, y este peligro habitual había perjudicado á los primeros progresos de su población y de su cultura.

Uno de los medios más seguros de favorecer el desmonte de los países del oeste, fué la ocupación de una grande extensión de tierras de propiedad pública por los que habían

servido durante la guerra de la independencia: se distribuyeron en los cantones que se les habian asignado, y siendo estas concesiones vecinas unas de otras, pudo ser apreciado á la vez un distrito entero, y hallar medios de defensa en la fácil reunion de sus recursos y de sus fuerzas. No podian ciertamente estos distritos territoriales asimilarse á las colonias militares, sujetas á prestaciones personales, y que imponen á sus poseedores la obligacion de un servicio de guerra. Ninguna condicion especial se les prescribia, pero su valor estaba ejercitado: los combates les eran familiares, y sus levas voluntarias podian cubrir todo el pais como con un grande escudo.

A medida que la poblacion iba extendiéndose por aquellas comarcas, procuraba el gobierno enlazar todas sus partes, multiplicando entre ellos los medios de comunicacion. El establecimiento del correo y sus correspondencias, recibian cada dia aumentos proporcionados á las necesidades. La autoridad pública no costeaba sus gastos; contratava para cada una de las grandes líneas de este servicio con empresarios particulares, y sin tener que entrar en sus dispendios, recojia una parte de sus beneficios. Este modo de conducir la correspondencia no ofrecia sin duda mucha garantia; la conduccion de las cartas no siempre corria por los agentes destinados á este empleo; con frecuencia se recurria á los viajeros que tenian que seguir la misma direccion; y el interés y el secreto de las familias estaban á su discrecion; pero rara vez abusaban de esta confianza, hallándose aun algunas veces su carruaje cargado, sin saberlo, con la valija de la correspondencia.

En las rejiones todavía cubiertas de bosques, en las que el cultivo empezaba apenas, y los habitantes eran raros y estaban diseminados, mas de una vez se suplió al establecimiento de una administracion de correos, colgando de un árbol, colocado al lado del camino, la bolsa en donde debian echarse las cartas.

Los mensajeros dejaban en ella la correspondencia que los factores, encargados de distribuirla en los distritos vecinos, recojian en dias fijos: igualmente se confiaban al mismo depósito las cartas que debian marchar, y el árbol tutelar se hallaba puesto bajo la salvaguardia de la fe pública. Los Indios mismos se habian acostumbrado á respetar aquellos *lienzos habladores*; y les atribuian una especie de poder mágico que no se atrevian á insultar, protejiendo su creencia en los sortilejos este frágil medio de conduccion.

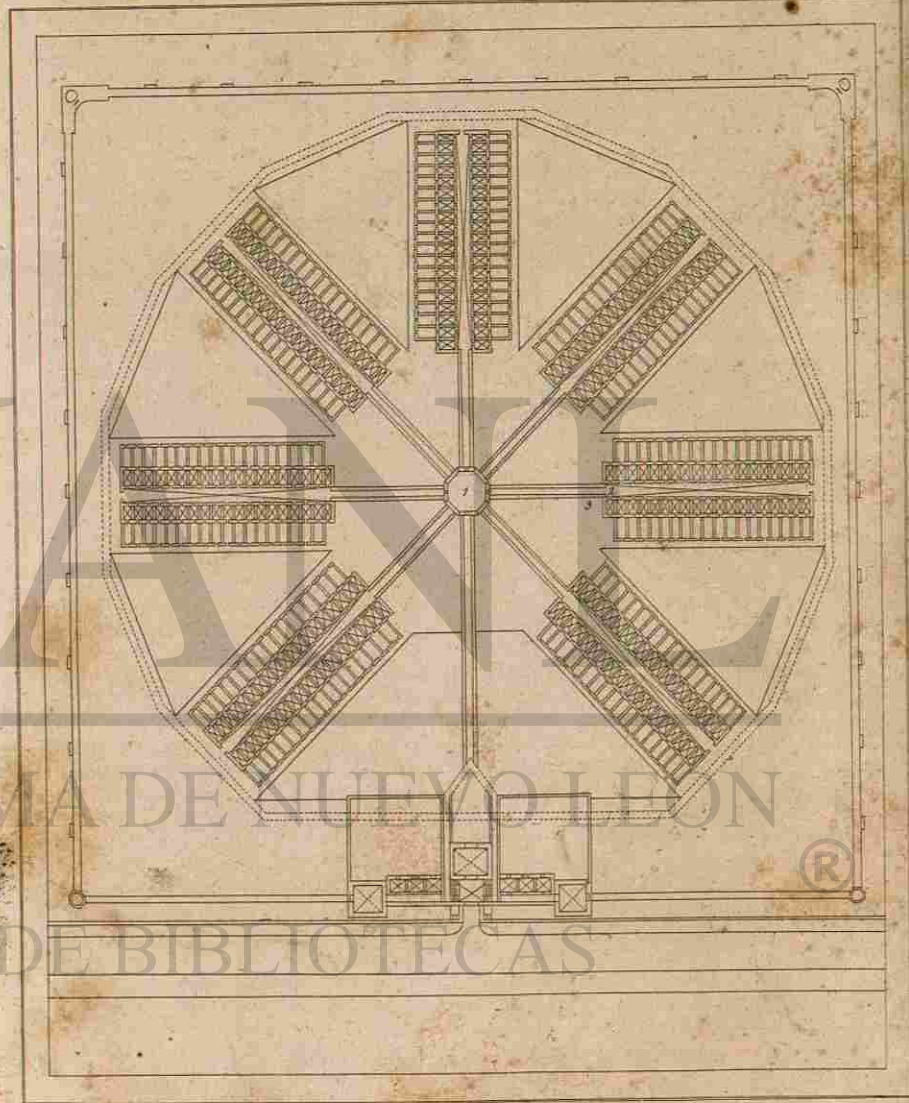
Cuando esta facilidad en corresponderse hubo hecho menos sensible lo largo de las mayores distancias, todos los trueques de socorros y servicios entre las diferentes partes de la confederacion fueron mas numerosos: parecia que un movimiento jeneral arrastraba hácia los estados del oeste todas las especulaciones y todos los intereses; y un deseo de acrecer la felicidad individual, se juntaba á la lisonjera esperanza de ensanchar el territorio y el poder de su patria.

El rápido desarrollo de algunos Estados era poderosamente secundado por ese espíritu de asociacion, del que hemos ya señalado el influjo, y que hacia comunes los recursos y la voluntad de un gran número de personas. Este empleo de la fuerza y de las masas habia hecho erijir en otro tiempo monumentos gigantescos; y si los brazos de todo un pueblo habian podido levantar ó nivelar montañas enteras, ¿qué no debia hacer el poder del número cuando estaba dirigido por un gran desarrollo intelectual, y era aplicado á los primeros intereses de la sociedad, y á todo lo que podia acelerar sus progresos? En estos casos todo conspira á un mismo fin, y los trabajos se dividen, y cada empresa se conduce separadamente: se forma una compañía de accionistas para la construccion de una carretera ó la escavacion de un canal; otra para el desagüe de un terreno pantanoso: aquí se principia la explotacion de una mina, allá se ponen en juego

ÉTATS-UNIS.

ESTADOS UNIDOS.

87



Plan du Penitenciaro.

Plano del Penitenciaro

1. Observatorio. 2. Corredor. 3. Cellules.

1. Observatorio. 2. Pasadizo. 3. Celdas.

Escuela de la Universidad de Harvard.

Banco de Harvard Gerard

Fortificación de Philadelphia.

Harvard



682

ESTADOS UNIDOS.

ÉTATS-UNIS.

68

ESTADOS UNIDOS.

ÉTATS-UNIS.



Kenyon

Kenyon

®

College de Kenyon. (Banc de Ohio)

College de Kenion. (Bancu del Ohio)

los ingenios, y lo que es superior á las fuerzas de un hombre lo ensaya una comparacion: sin embargo ¿cuáles son los recursos de que dispone para sufragar á sus gastos? Apóyase en el crédito y la confianza que ha inspirado. A estas compañías les faltan brazos, pero llegan extranjeros en busca de trabajo, carecen de numerario, mas el papel que emiten equivale á dinero. Se establecen bancos particulares, y la circulacion de todos estos signos monetarios queda abierta libremente, y esto basta para la seguridad del pago de la mano de obra y de los cambios del comercio. El éxito de semejantes empresas, concebidas con prudencia y seguidas con perseverancia, puede contarse como cosa segura; sin embargo especuladores temerarios, abrumados con el peso de sus cargas, caen en medio de sus imperfectos trabajos, y ese infatigable ardor que comunmente se dirige á las operaciones difíciles y azarosas, esplica las numerosas quiebras ocasionadas por la insuficiencia de los medios que se han empleado. Serian menos frecuentes en un pais, en donde todos los gastos que tienen un objeto de utilidad pública fuesen hechos por el mismo gobierno, porque podria desplegar un conjunto de recursos y de poder de los que no pueden disponer las asociaciones particulares; pero en los Estados-Unidos, el cuidado de las mejoras locales se deja con frecuencia á las poblaciones que deben reportar de ellas mas ventajas.

Todos los intereses están de tal suerte ligados en un pueblo industrial y mercantil, que la ruina de un especulador, arriesgado en sus empresas, lleva en pos de sí la de los acreedores de quienes habia obtenido los recursos. Si ha disipado su fortuna, las instituciones públicas y la opinion oponen á semejante abuso de confianza un freno demasiado poderoso, y la lenidad de las leyes concernientes á quiebras priva de toda garantía las transacciones, de las cuales la buena fe debería siempre ser la base. Parece

haberse temido poner límites á esta activa y poderosa emulacion que al empezar una empresa, muchas veces ruinoso para su autor, ha prosperado luego en las manos del que se ha apoderado de ella, y conducido á su término. Mas sobre estos intereses, y sobre estos cálculos se elevan las leyes de equidad, las cuales serán siempre consideradas como los elementos mas duraderos de grandeza; y si uno puede creer que todas las instituciones sociales han de perfeccionarse gradualmente, esta parte de la legislación americana sin duda será rectificada.

Sobre todo en las cuestiones religiosas es en donde el espíritu de asociacion se desarrolla con un celo que no seria tan fervoroso en los negocios secundarios. Cada una de las comuniones goza de una entera libertad en sus dogmas y en su modo de adoracion, todas tienen sus templos y forman sus corporaciones distintas, que proveen á la manutencion de sus ministros, á los gastos del culto y á todas sus santas ceremonias. El gobierno no se mezcla en ninguna de sus prácticas; su autoridad no castiga sino las acciones que pudieran perjudicar el orden social, y todas las relaciones entre el hombre y la Divinidad son ajenas de su inspeccion.

Esta independencia religiosa, á la que no coarta ningun género de trabas, ha sido causa ya de que naciesen de las creencias primitivas un cierto número de escisiones: y desde la época en que estas comuniones diversas, perseguidas en el antiguo mundo, vinieron á buscar un asilo en el nuevo, las hemos visto propender al desmembrarse aquel espíritu de rencor y celosía de que habian estado animadas por tanto tiempo. Cada una de ellas tenia el mismo origen: todas se remontaban igualmente á la revelacion y á los libros santos; y como se habian reservado el derecho de interpretar las escrituras, permitieron el mismo exámen á los nuevos comentadores. Entre ellos hubo muchos que no se diferenciaban



ESTADOS-UNIDOS.

ESTADOS-UNIDOS.

Universidad de Virginia.

Banco de Historia General

sino por lijeros matices, otros consiguieron formar cuerpos enteros de doctrina.

Despues de haber delineado en el libro segundo de esta historia las religiones importadas en América por los fundadores de sus colonias, nos incumbe continuar algunas de sus ramificaciones, y á recordar aquellas que ejercieron un imperio mas decidido sobre la opinion.

La iglesia anglicana seguia teniendo un gran número de prosélitos. Reconoce en su confesion de fe la Trinidad, la Encarnacion del Hijo de Dios y la divinidad del Espíritu Santo: niega el purgatorio, rechaza las indulgencias, la veneracion de las imágenes y de las reliquias, y la invocacion de los santos; condena el celibato del clero, y se acerca á ciertos principios de la Reforma en cuanto á los Sacramentos y á la interpretacion de los misterios; pero difiere esencialmente de ella por sus reglas acerca de la jerarquía y la disciplina eclesiástica, con el deseo de mantener la uniformidad de la doctrina, y de no abandonarla á innovaciones arbitrarias, que algunos hombres sin carácter y sin mision quisieran introducir en ella.

Sin embargo apenas la Iglesia anglicana se hubo separado de la Santa Sede, un gran número de disidentes se alzaron contra ella; y aunque estuviesen divididos entre sí por algunas opiniones y ritos, se reunian para hacer una oposicion de mano común á una autoridad que pretendia imponerles su creencia. Su partido se habia hecho mas temible porque no se habia limitado á las cuestiones religiosas, habiendo deseado introducir en la administracion civil los principios democráticos, á los que la constitucion de sus iglesias les habia acostumbrado. Asi que sus diversas asociaciones y su espíritu de independencia dieron un poderoso apoyo á los que se presentaron como reformadores del gobierno.

Los anabaptistas derramados por casi todos los Estados de la Union,

no habian tampoco permanecido invariables en sus doctrinas. Una Iglesia en que cada cual tenia la facultad de predicar, por necesidad debia con frecuencia estar agitada por la exaltacion ó la elocuencia de los que habian sido inspirados por el cielo, y este entusiasmo favorecia todavia mas el espíritu de innovacion. Estos religionarios habian establecido ya nueve congregaciones distintas: cada una de estas tenia sus asambleas y sus ministros, pudiendo preverse ultteriores desmembraciones.

Los hermanos moravitas, otros de los reformadores del luteranismo, se habian hecho igualmente populares: se atenian como los anabaptistas, á sostener la autoridad de sus doctrinas por la gravedad de sus costumbres; su conducta prevenia en favor de su creencia, y las tierras que fecundaba su trabajo se consideraban como bendecidas por el cielo. Enviados á puntos lejanos sus misioneros, no solamente en las ciudades y campos ocupados por hombres civilizados, sino en medio de las naciones indias, á las cuales procuraban convertir á la fe y al orden social.

Alguna vez, apartándose de la línea de las costumbres y opiniones recibidas, una corporacion se hace mas reparable. Los moravitas formaban entre ellos verdaderas comunidades religiosas: sus asambleas arreglaban el trabajo de cada hermano, disponian de su tiempo, fijaban su suerte, y no permitian á las hermanas jóvenes ni la eleccion de sus mas dulces vínculos, proponiéndolas los esposos que les destinaban. Un sistema en el que no se consultaban para nada las inclinaciones mutuas, hacia temer que un gran número de uniones fuesen mal ó poco felices; pero se creia apartar este peligro dejando á las personas que no estuviesen conformes, el derecho de consultar por tres veces la suerte. Si esta era favorable, se hacian de semejante autoridad, para rehusar el partido que se las habia propuesto; y este recurso ofrecia una escusa legítima, quizás un medio de supercheria, á las que tenian en vista un enlace de inclina-

cion, ó que deseaban permanecer libres. El tiempo desacreditó una costumbre que ya se habia aprendido á eludir; y se aproximó mas y mas á las costumbres de la sociedad, cuando se reconoció que los casamientos mas felices no dependian ni de la voluntad de otro ni del capricho de la suerte.

La comunión que progresó mas en los Estados-Unidos fué la de los metodistas. John Wesley, su fundador, nació en 1703, en Epworth en Inglaterra, y desde muy temprano se hizo notar por su viva y entusiasta imaginacion. La lectura continua de la *Imitacion de Jesucristo* le disponia para la vida interior; y emprendió la reforma de la Iglesia anglicana, despues de haber atraído á sus opiniones cierto número de estudiantes de la universidad de Oxford, en donde habia concluido sus estudios; siguiendo el curso de sus predicadores, tanto en Inglaterra como en America, en donde fue poderosamente auxiliado por la elocuencia de Whitefield, el cual luego se separó de él. Wesley habia seguido desde luego los principios de los moravitas y de los bernabites, pero los halló sobradamente místicos en su ereencia, demasiado distante de los demás hombres, y excesivamente mezquinos en su caridad. Le parecia que la fé era un don del Espíritu Santo, que era la que justificaba, pero que tenia necesidad de la concurrencia de las buenas obras. Si uno carece de las luces de la fe, este error no puede ser castigado como un pecado; la felicidad y la dicha de la otra vidz dependen de la conducta que se ha observado en esta; los hombres no son ciertamente predestinados, y la sabiduría de un Dios justo y misericordioso ha previsto su suerte, aunque no la haya decidido, ni embarazado su libre albedrio.

El clero metodista admite una jerarquía, á la cabeza de la cual se hallan colocados los obispos. Los principales ministros del culto se reúnen anualmente en conferencia: en estas asambleas se señala el número de predicadores para cada distrito: se vigila la observancia de la disciplina; el clero recibe los nuevos miembros,

y los aspirantes que desean ser admitidos á ejercer la predicacion, son admitidos á prueba durante muchos años, antes de ser confirmados en su ministerio.

Existen dos clases de ministros; los unos de asignacion fija en las ciudades, y los otros ambulantes. Estos últimos recorren los países, en los que las habitaciones se hallan todavia aisladas, y tienen asambleas (*meetings*), algunas veces en campo abierto, á las que concurren de todas partes sus correligionarios. Estos llamamientos de todos los cristianos dispersos en un vasto territorio, tenían lugar durante los primeros siglos de la Iglesia, y cuando los fieles carecian de templos en donde poder reunirse, venian á orar juntos debajo de la bóveda del cielo. Esta tradicion es la que ha servido de regla á los metodistas; y si sus *meetings* han sido alguna vez objetos de censura, con todo esta nota no puede llegar hasta la intencion con que fueron establecidos. Los reformadores religiosos no pueden aspirar á tener ningun influjo en una sociedad civilizada, sino respetando los principios que la animan y conservan, y una institucion seria dirigida contra las costumbres seria reprobada por la opinion pública.

Mas, si consideramos que en medio de esas grandes asambleas todos los concurrentes no se limitan á recojer la palabra divina, y que despues de haber oido cánticos religiosos y la predicacion, ceden ellos mismos á una inspiracion repentina, para dirigir resueltamente al cielo sus plegarias con un grado de fervor que raya en éxtasis, para acusarse públicamente de sus faltas, y para dar el mayor libre vuelo á su arrepentimiento, podemos reconocer en este exceso de emocion, que confunde algunas veces todas las facultades del alma, un estado de escitacion, del cual pueden sacar ventajas las pasiones humanas. La juventud que acaba de manifestar los combates y las flaquezas de su corazon, ¿no ha entregado una arma contra sí misma á los que intenten seducirla? ¿no ha hecho conocer que habia po-

dido caer y la vivacidad misma con que ha espresado su pesar, ¿no ha revelado asimismo la intensidad de sus inclinaciones?

Estas asambleas duran con frecuencia muchos días, y por consiguiente es necesario que los concurrentes hayan proveído á su subsistencia. Un gran número de ellos hacen juntos sus comidas, y en estos nuevos *agapes*, se pierde ordinariamente el fruto de la predicacion y de la plegaria; los errores que se habian ellos mismos reprendido, vuelven á aparecer mas escusables: las tinieblas, que vienen á echar un velo sobre las acciones, pueden favorecer algunos desórdenes. La noche está sembrada de lazos; y la virtud vacilante tiene necesidad de las miradas del mundo, y de la luz del día. Sin embargo estas máximas no son aplicables solo al metodismo: otras comuniones religiosas han visto algunas de sus ceremonias igualmente espuestas á la profanacion; y el interés de la moral pública las ha conducido muchas veces á renunciar á las reuniones nocturnas, de las que podría haber abusado la corrupcion ó la flaqueza del corazón.

El fundador de los metodistas murió en 1791, despues de haber afianzado sus doctrinas, y haber obtenido en todos los rangos de la sociedad numerosos y fervientes discípulos. Las prácticas son iguales para todos, pero el don de inspiracion varía; y la forma y el fondo de sus plegarias improvisadas son modificados á tenor del grado de su educacion, y la estension de su talento. Su lenguaje se convierte en elocuente ó vulgar, en entusiasta ó compasado, y revela las desigualdades de carácter, de espíritu y de inclinacion, y todo lo que hay de elevacion ó abatimiento en el fondo del corazón. La mayor parte de los esclavos son metodistas: estos hombres, á quienes la desgracia hace iguales, se unen tambien en sus votos y en sus oraciones, y no reconocen á sus amos al elevarse hácia el Dios que consuela.

El catolicismo, que pasó á Amé-

rica con las diferentes ramas del cristianismo, no se habia establecido por de pronto sino en el Maryland, en donde una colonia inglesa habia sido conducida por el lord Baltimore: pero su esfera se ha agrandado; y en la mayor parte de los Estados esta Iglesia ha aumentado el número de sus neófitos. La majestad de sus templos, la pompa de sus altares, la solemnidad de las ceremonias sagradas, el esplendor, la armonía de sus cánticos que mil voces repiten, disponen el alma á cambiar de region y á elevarse hácia el cielo. Este influjo de los signos ciertamente no es todavía la piedad misma, pero dispone el espíritu al recogimiento, y le conduce á la oracion. Conmoviendo la imaginacion del hombre, es como se penetra mas vivamente hasta su corazón: el orador sagrado es entonces mas poderoso; desde la cátedra evangélica domina todos los intereses humanos, y la moral, á la que imprime el sello de la religion, se convierte en palabra de Dios.

El libre ejercicio de todas las creencias fundadas sobre la antigua y la nueva ley, no ha ocasionado ningun trastorno en los Estados- Unidos; y esta calma no es por cierto el efecto de una indiferencia religiosa. Cada uno continua perteneciendo á la comunión que ha escogido: observa sus reglas, contribuye para los gastos de sus establecimientos de piedad, de instruccion ó beneficencia; y si abandona las ciudades para ir á formar un nuevo establecimiento lejano, sus opiniones religiosas toman mayor solidez, cuando entregado á penosas tareas, y demasiado advertido de su debilidad, siente la necesidad de un protector invisible que le vijile continuamente. Cuanto mas difícil es su situacion, tanto mas desea y espera la intervencion de la Divinidad en los negocios humanos.

La diversidad de comuniones necesariamente debe atraer á los Estados- Unidos mayor número de habitantes. Cada extranjero que va allí, está seguro de hallar su creencia establecida: esta forma entre ella y los antiguos moradores un primer vín-

culo, hace desaparecer por la asociacion religiosa la diferencia de origen, y la fusion de los intereses principia por la de las opiniones.

Las libertades religiosas y civiles, que acabamos de mencionar, estaban constantemente protegidas por el gobierno federal, el cual veia en ellas principios de emulacion y de prosperidad: se afirmaban todas sus instituciones; los diferentes ramos de administracion se hallaban organizados; y Washington, uno de los primeros artifices de esta grande obra, procuraba ante todo ponerla al abrigo de innovaciones, y evitar á su país una nueva crisis. Sin duda debió la América felicitarse de una reserva tan prudente, al contemplar el espectáculo de los sacudimientos de Europa: dos naciones jenerosas habian sido atacadas por los enemigos de sus recientes instituciones, y uno de estos pueblos acababa de sucumbir. Su destino afectó á Washington, el cual supo al mismo tiempo las desgracias de un héroe, que habia servido á su lado en la causa de la independencia americana.

Kosciusko, acostumbrado á combatir en favor de tan grandes intereses, habia sido, á su regreso en Europa, uno de los principales defensores de la constitucion polaca de 1791, que habia tenido por objeto volver á levantar su patria y hacer mas fuerte su gobierno y mas regular, suprimiendo el *liberum veto*, y debilitando los jérmenes de anarquía sembrados en sus antiguas leyes. Mas la confederacion de Targowice vino á despedazar nuevamente á este pueblo, cuya union se habia intentado: aquella favorecia á los Rusos contra quienes combatia Kosciusko. Este les venció en Dubienka, el 17 de julio de 1792, sin que su gobierno le permitiese aprovecharse de la victoria, y cuando vió la causa nacional abandonada por el mismo rey que le mandaba cesar las hostilidades, se desterró él mismo exclamando, «¡Dios mio! ¡permítidme que pueda aun desvainar la espada por mi patria!»

Cuando la Rusia y la Prusia hu-

bieron decidido el segundo repartimiento de la Polonia, sus jenerosos defensores se sacrificaron todavía por ella; y se tramó con el mas profundo sigilo una conspiracion para salvarla, aunque tenia ramificaciones en todo el reino. Los desterrados se dirijieron á Cracovia, en donde debia estallar la conspiracion, algunos restos del ejército polaco pudieron llegar allí; otros insurjentes concurrían de todas las provincias armados con hoces, hachas y lanzas formidables; se procuró aprovechar este ardor, y nombrado Kosciusko jeneralísimo, el 24 de marzo de 1794, alcanzó, en 4 de abril, una primera ventaja que exaltó las esperanzas de toda la nacion. Durante mas de seis meses este guerrero sostuvo el campo gloriosamente, apoyado por la intrépida adhesion de sus compañeros de armas; y desplegando tanto valor como habilidad, fatigó los movimientos de los enemigos, interceptó sus comunicaciones, y les hizo levantar el sitio de Varsovia, á la que atacaban hacia ya dos meses: pero despues de haber sostenido con heroicidad una lucha tan desigual en Raslawice, en Chelm y en todas partes, vió en fin espirar la independencia de su patria el día 10 de octubre de 1794, en la sangrienta jornada de Macejowice, en la que obstinándose sus tropas en combatir contra un enemigo muy superior en número, fueron destrozados enteramente. Kosciusko, acribillado de heridas, cayó en el campo de batalla, del que fué levantado por el enemigo, para ir á sufrir en Rusia un cautiverio cruel que duró hasta la muerte de la emperatriz Catalina. Pablo I respetando su virtud y su desgracia, le concedió entonces la libertad; y Kosciusko abandonó á Europa para buscar un asilo en los Estados- Unidos. Llevaba las señales de sus gloriosas heridas, los rigores de la prision le habian debilitado; pero la igualdad de su espíritu, la pureza de su virtud, y la inextinguible dulzura de su carácter no se habian alterado. Volvió á ver con emocion los campos de Saratoga en los que

había combatido, la meseta elevada de West-Point en donde algunas rocas salvajes estaban aun consagradas por su nombre, y las fértiles campiñas, las ciudades numerosas, cuya prosperidad se había acrecentado desde la guerra de la independencia. El ilustre polaco comparaba el estado de ambos países, y hacia votos por el suyo, sin esperanzas de verlos cumplidos; procuraba en ese luto patriótico que jamás le abandonó, evitar los homenajes públicos; y la modesta sencillez de su vida hacía resaltar todavía más el resplandor de su gloria. Así se presentó en América, y así volvió luego á Europa cuando adoptó á la Francia por su nueva patria.

Un Francés, cuyos servicios recordaban con gratitud los Americanos, estaba sufriendo otras adversidades desde 1792. Lafayette había podido reconocer á través de las primeras borrascas de la revolución, que esta empezaba á sacrificar á los hombres que querían moderar su curso, y que el pueblo, inconstante en su entusiasmo, encumbraba y destruía sus ídolos. Este general, á quien el favor popular había acompañado desde un principio á la cabeza del ejército del Norte, había sido proscrito luego; y al querer refugiarse en la Bélgica para llegar á Holanda y retirarse á los Estados-Unidos, había caído en poder del enemigo, y sido trasportado sucesivamente á las cárceles de Magdeburgo, y á las de Olmutz. El gobierno federal quiso manifestarle en medio de su cautividad y de su desamparo la intención de dulcificar una situación tan penosa; y el 27 de marzo de 1794, el presidente autorizó con su sanción un acto del congreso, que concedía al mayor general Lafayette su sueldo y sus emolumentos, por todo el tiempo que había servido á los Estados-Unidos. El congreso, usando cautamente de delicadeza, no quería aparecer sino como que le satisfacía una deuda. Washington encargó á las legaciones americanas de Europa que empleasen sus buenos oficios para conseguir su libertad, y se dirigió luego en derecho al emperador Leopoldo; no como á je-

fe de una nación, sino en su propio nombre fué como pidió que Lafayette pudiese restituirse á los Estados-Unidos, bajo las condiciones que el mismo emperador tuviese á bien fijar: los lazos de amistad, los sentimientos de humanidad le dictaban esta conducta; no reclamaba sino lo que hubiera concedido él mismo; y creía ofrecer á Leopoldo la ocasión de ejercer un acto de magnanimidad, útil á su política y á su gloria.

Se habían retirado á América un gran número de Franceses, y cada una de las fases de la revolución había hecho pasar allí nuevos refugiados. Tras la proscripción de la grandeza había seguido la de la riqueza; los hombres colocados sobre el nivel común habían sido amenazados indistintamente: y todas estas clases, diferentes por su antigua posición, pero reunidas por la condición del destierro, habían buscado en la otra parte de los mares un país donde pudieran cobijar todas sus desgracias.

En medio de estos antiguos propietarios, de estos comerciantes, de estos manufactureros activos é industriosos, que no habían podido salvar más que su vida, y que hallaban en una acogida hospitalaria y en su propio crédito algunos medios de realzar los restos de sus fortunas, muchos viajeros despreciando estos penosos desvelos, y ocupados de ideas más elevadas, estudiaban las costumbres sencillas de los naturales del país, ó las instituciones de los pueblos más adelantados, ó las perspectivas de los lugares y los caracteres naturales del país. Mr. de Chateaubriand buscaba las impresiones inherentes al grande espectáculo del Nuevo Mundo, é iba á recoger en el país de los Choctaws y de los Natchez las brillantes inspiraciones de su genio: La Rochefaucauld-Liancourt, analizando en sus viajes las costumbres, las leyes y todos los ramos de la administración, se dedicaba sobre todo á los establecimientos de humanidad y beneficencia, cuyo ejemplo podía ser imitado: Volney desenvolvía sus sistemas físicos y geológicos acerca de

los vientos, las corrientes, el clima y suelo de los Estados-Unidos. En la misma época ofreció también la América otros objetos de observación á los hombres de estado, ocupados con las cuestiones más graves de economía política, de comercio y de las colonias, y á los príncipes jóvenes que empleaban para la instrucción los días del destierro y las lecciones de la adversidad. Algunos refugiados de Francia y de sus colonias habían señalado los lugares de su retiro con los nombres de *Azylum* en Pensilvania, de *Gallipolis* sobre las orillas del Ohio, ó dádoles otras denominaciones que les recordaban una patria ausente: sin embargo una parte de estos ensayos de colonización no prosperó; y cuando las puertas de la Francia volvieron á abrirse á la mayor parte de los emigrados, prefirieron todavía gozar del país natal, volver á ligarse con él, bajo otras esperanzas, y procurar recoger algunos bienes escapados del común naufragio.

Después de una tormenta tan larga, la caída de Robespierre ofreció por fin días mejores á los amigos de la humanidad y de la paz. Monroe, á quien el congreso había enviado á Francia, tuvo noticia al llegar al Havre de aquel día memorable, del 9 de termidor, año III (27 de julio de 1794); su misión iba á abrirse bajo auspicios más favorables. Este ministro fué recibido con celo y solemnidad el 14 de agosto por la Convención nacional; y su presidente le expresó los votos de fraternidad que el pueblo francés dirigía al pueblo americano. El pabellón de los Estados-Unidos fué ofrecido á la Convención; esta le enarboló en la sala de sus sesiones al lado de los colores franceses; y el nuevo ministro que enviaba la Francia á América, tuvo el encargo de ofrecer al congreso la bandera de la Francia.

Estos mutuos cumplimientos parecían anunciar el deseo de una conciliación, y Monroe presentó á la comisión de salud pública las reclamaciones del gobierno federal contra ciertos actos que él miraba como otras tantas infracciones de los tra-

tados: sin embargo el examen de estas demandas produjo lentitudes, y nosotros tenemos que dar razón entretanto de algunos otros intereses de esta misión.

Los Estados Unidos, que habían concluido en 25 de enero de 1787, un tratado de amistad y de comercio con el emperador de Marruecos, no le tenían todavía con la rejección de Arjel; y las negociaciones que habían hecho seguir acerca de esta, no estaban todavía concluidas, cuando el comandante Cibon, encargado de negocios de Malta en París, dirigió á Monroe, el 26 de octubre de 1794, algunas observaciones relativas al interés que podrían tener los Estados-Unidos y la orden de Malta, en aproximarse y unirse por un continuo canje de atenciones, miramientos y servicios. Observaba que los navegantes americanos, siempre numerosos en el Mediterráneo, se hallaban espuestos á ser presa de los corsarios arjelinos; que la isla de Malta, colocada en el centro de este mar, entre el Africa y la Sicilia, podría ofrecerles un asilo y todo género de socorros, que sería útil al comercio de los Estados-Unidos hallar en aquellos parajes puertos hermosos, provisiones, y aun medios de defensa contra los piratas berberiscos. En cambio de estas ventajas pedía que los Estados-Unidos concediesen á la orden de Malta algunas tierras, cuya extensión determinarían de concierto los dos gobiernos, y cuya concesión, formalmente garantizada por la confederación americana, sería perpetua.

Monroe instruyó á su gobierno de las proposiciones que le habían sido hechas; y dando gracias al encargado de negocios de Malta por las intenciones amistosas de aquella orden, creyó de su deber entrar en algunas esplicaciones, acerca de las tierras vacantes de que podían en efecto disponer los Estados-Unidos. Estas las ponían en venta, y cediendo solamente el derecho de propiedad se reservaban la alta jurisdicción: el gobierno de estos territorios estaba indicado de antemano, debiendo

ser electivo ó republicano, y formar parte del sistema nacional ya establecido.

Estas condiciones no habrían sin duda llenado las miras de la órden de Malta, que habiendo perdido en Europa la mayor parte de sus dominios, podía apetecer reparar sus pérdidas en América. Sus proposiciones no tuvieron consecuencia alguna; y el gobierno de los Estados-Unidos, prefiriendo hacer la paz con las rejenias berberiscas, mas bien que tomar otras garantías que habrían podido conservar un estado de hostilidad, concluyó con los Argelinos un tratado de paz y amistad en 5 de setiembre de 1795. El año siguiente firmó otro tratado con el bey de Trípoli, cuyas cláusulas fueron garantizadas por el dey y la rejenia de Arjel.

Por este último tratado, quisieron los Americanos hallarse formalmente al abrigo de todos los ataques dirigidos contra el pabellon cristiano; y el artículo que contiene este empeño, está concebido en estos términos: « Como el gobierno de los Estados-Unidos no está fundado bajo ningún sentido sobre la religión cristiana, y no lleva en sí mismo ningún carácter de enemistad contra las leyes, la religión ó la tranquilidad de los Musulmanes, y como los Estados-Unidos no han entrado jamás en ninguna guerra ni hostilidad contra ninguna de las naciones mahometanas, se declara por las partes contratantes que ningún pretesto resultante de opiniones religiosas deberá interrumpir la armonía que existe entre ambos países.»

Por esta disposición se hallaba descartada toda guerra de religión, y las relaciones de los Americanos con Trípoli, iban á preservar de un peligro habitual su navegacion en el Mediterraneo.

Sin embargo otros armamentos en corso continuaban incomodando su comercio marítimo, ya en varios puntos de Europa, ya en las Antillas, en donde estos se hallaban especialmente protegidos. La política de la Convencion nacional, hacia los Estados-Unidos era la misma, y la

comision de salud pública habia desde luego procurado decidirles á una alianza, haciéndoles aun mas peligroso el estado de neutralidad: habia pedido que se hiciesen aliados ó enemigos, y parecia que miraba como un proyecto hostil contra la Francia toda reconciliacion con la Inglaterra.

Hemos observado ya con cuánta prudencia habia Washington conjurado esta primera tempestad. Creyendo la paz necesaria, y conservando siempre sus antiguos sentimientos de afecto para con la Francia, habia tenido habilidad para resistir al inmoderado celo de los partidos, que escitándole á la guerra, aspiraban en secreto á arrebatárle la autoridad, y á cambiar el espíritu de las instituciones federales. Hasta entonces habia tenido buen éxito esta reserva: la Francia misma habia evitado un rompimiento: una mezcla de quejas y protestas de amistad se hallaba en las comunicaciones de ambos gobiernos: la animosidad no llegaba hasta la amenaza, y la mala inteligencia presente no excluía tampoco el deseo de una reconciliacion. Todos los pasos de Monroe tendían á este fin; y la comision de salud pública, tomando por último en consideracion las representaciones del ministro americano, decretó, en 18 de noviembre de 1794, que los buques de los Estados Unidos y los de las demás potencias neutrales, serian libremente admitidos en los puertos de Francia, y que se les permitiría la salida de ellos sin obstáculo, cualquiera que fuese su destino ulterior. Los comandantes de todos los armamentos marítimos tenían el encargo de hacer respetar, por lo que miraba á ellos, los derechos de los estados neutrales y las estipulaciones de los tratados: los buques de estas potencias no podían ser separados de su ruta: no podían arrestarse á bordo de los mismos, ni los pasajeros ni los individuos de sus tripulaciones, ni cojerse las mercancías pertenecientes al enemigo, á menos que la Inglaterra se empeñase en apresarse en aquellos las

mercancías francesas. Se prometía una indemnizacion á los capitanes cuyos buques habian estado detenidos por un embargo, y que se reembolsarian los adelantos hechos por los Estados-Unidos á la administracion de Santo Domingo.

Estas disposiciones conciliadoras eran á propósito para hacer cesar todo motivo de disension; pero la noticia del tratado de amistad y de comercio que los Estados-Unidos firmaban con la Inglaterra, en el momento mismo en que acababan de obtener esta mitigacion, muy pronto se traslució en Francia; y la comision de salud pública se apresuró á revocar, por un nuevo decreto de 4 de enero de 1795, la mayor parte de las resoluciones que habia tomado recientemente en favor de los Americanos. Habria podido contemporizar mas; y como el tratado de que se quejaba no podia llegar á ser completo y definitivo sino despues de haber sido ratificado, tenia aun la esperanza de que el senado americano no adoptaria todos sus artículos; en efecto este convenio fué vivamente combatido, no solo en el congreso en donde se discutía, sino en las principales ciudades mercantiles; en las que se hicieron estallar numerosas quejas contra los partidarios de la Inglaterra; y aunque compelidos á respetar el carácter de Washington, se acusaron los errores de su política.

Però la comision de salud pública no reportó ninguna ventaja de estos momentos, en que la ratificacion del tratado de Londres estaba todavía indecisa. Los manejos de las facciones, y los motines sucesivos á que daban origen, embarazaban entonces su marcha; y cada una de estas revoluciones interiores, mudaba la composicion de las autoridades públicas y el carácter del poder. Cuando la convencion nacional hubo cesado en sus funciones, el 27 de octubre de 1795, despues de haber dado á la Francia un nuevo gobierno, el Directorio ejecutivo que acababa de crear, no adoptó con respecto á los Americanos sino una política inflexible: hizo declarar á

Monroe, el 15 de febrero de 1796, que miraba la alianza de ambos países como concluida, y que el tratado de Londres tendía á colocar los Estados-Unidos en la categoria de las naciones coligadas contra la Francia. Esta opinion fué espresada con acritud al ministro americano en muchas conferencias; y el Directorio ejecutivo la renovó, el 7 de julio, del modo mas absoluto. Veía en este tratado, concluido con los enemigos de la Francia, una infraccion de los deberes de la amistad, y de los empeños contraídos desde mucho tiempo sobre los derechos de la neutralidad de pabellon, derechos reconocidos generalmente, y que los Americanos mismos habian consignado en todos los demás tratados que habian hecho. Ya que en el dia renunciaban á sus antiguas obligaciones, el Directorio ejecutivo creía deber modificar tambien sus relaciones con ellos, y no queria conservar privilegios, de los cuales no podia esperar reciprocidad alguna de su parte. Esta declaracion hizo presumir que tomara inmediatamente nuevas medidas con respecto á los Americanos: habia entonces concluido la paz con la Prusia, la Holanda, la España y los diferentes Estados de la Alemania occidental y de Italia: negociaba con la España un tratado de alianza ofensivo y defensivo: este tratado podia tocar á los intereses de los Estados-Unidos; y Monroe decia á su gobierno, en 7 de agosto de 1796, que la Francia hacia esfuerzos para lograr de la España la retrocesion de la Luisiana. Por vaga que fuese entonces aquella noticia, los Americanos la supieron con disgusto: la desavenencia se aumentaba de dia en dia, y el ministro francés en los Estados-Unidos iba á ser llamado, sin que se le nombrase sucesor.

Aunque el gobierno federal llamó igualmente á Monroe, habia creído deber remplazarle con el jeneral Pinckney; pero luego de haber llegado á Paris, el Directorio le hizo notificar, en 11 de diciembre de 1796, que ni queria reconocer ni recibir mas ningún ministro de los Esta-

dos-Unidos, hasta que la Francia hubiese obtenido del gobierno americano reparacion de sus agravios. Monroe envió al Directorio sus despachos de llamamiento, el 30 del mismo mes, y Pinckney no fué de ningún modo admitido.

En el momento en que las relaciones diplomáticas se hallaban así suspendidas entre ambos gobiernos, los poderes de Washington iban á espirar: la duracion de su segunda presidencia debía concluir el 4 de marzo de 1797; y á pesar de la viva oposicion que habian encontrado sus últimos actos políticos, sobre todo cuando el tratado de Londres, fué sometido á la ratificacion del senado; su carácter, sus virtudes y el recuerdo de sus servicios le habian conciliado de tal modo el respeto y la confianza jeneral, que todos los ciudadanos parecian dispuestos á elegirle presidente por tercera vez. Entonces Washington hizo conocer la resolucion que habia tomado de retirarse de los negocios públicos. Su edad, las fatigas de una vida consumida en servicio de su patria, y el temor de que sus fuerzas debilitadas no respondiesen ya á su celo, le conducian á esta determinacion: manifestó á sus conciudadanos y á sus amigos su conducta, y les dió elevadas lecciones de política y de sabiduría, que fueron consignados en los archivos de muchos Estados, como otros tantos monumentos del patriotismo mas puro y mas ilustrado. Washington encargaba á los Americanos la conservacion de esta unidad de gobierno y de este vinculo federal que él miraba como la prenda mas segura de su libertad, de su reposo interior y de su poder; les invitaba á resistir el espíritu de innovacion, que altera el respeto debido á las leyes, al espíritu de partido que fomenta las disensiones civiles, y que mata la libertad por medio del despotismo ó la licencia. La religion y la moral debian ser el apoyo de la prosperidad pública: era preciso desarrollar las instituciones destinadas á propagar las luces: y cuanto mas libertad é influencia en la opi-

nion pública dejaba la naturaleza del gobierno, tanto mas necesitaba esta opinion de ilustracion. Las reglas de la buena fe y de la justicia debian observarse para con todas las naciones, y no se podia ser imparcial con ellas sino ahogando los odios inveterados que conducen á la guerra, y moderando una adhesion excesiva que tenderia á plegarse al ascendiente y á las exigencias de un extranjero: era necesario por último no ser ni rival rencoroso ni cortesano de otra potencia. La prudencia aconsejaba estender las relaciones de comercio y de limitar las de política; de no empeñarse en los intereses, los de bates y las pasiones de los gobiernos de Europa; de tomar medidas para hacer respetar su neutralidad, de no pedir ni ceder ninguna preferencia en los tratados de comercio, y de no concluirlos sino por un tiempo determinado, con el objeto de poderlos modificar cuando las circunstancias cambiasen; de vivir en buena inteligencia con todas las naciones, y de mantener la balanza igual en todas las relaciones establecidas con ellas.

Los sentimientos que Washington acababa de expresar fueron acogidos con tanto mas favor, como que eran el fruto de, su experiencia y que habian sido constantemente la regla de su administracion. Cuando el presidente se reunió con el congreso por la última vez, le recordó las diversas medidas que recomendaba á su atencion: la necesidad de poseer una marina que hiciese respetar la neutralidad de los Estados-Unidos, una academia militar en donde se formasen los alumnos destinados á la defensa de la patria, una universidad nacional que diese mas conjunto y extension á la enseñanza pública. Washington dió gracias al congreso por todo lo que habia hecho aquella asamblea para organizar y regularizar el gobierno federal: y comparó los tiempos borrascosos en que habia nacido la administracion, con el estado de prosperidad á que habia ya llegado la América. La paz con los

Indios se hallaba protegida por los principios humanos y jenerosos que se seguian entónces con las tribus: un tratado con la Inglaterra habia procurado á los Estados-Unidos la restitucion de sus fronteras, un convenio con la España les habia asegurado libre la navegacion del Misisipi: el comercio del Mediterraneo no estaba espuesto ya en adelante á los ataques de los corsarios arjelinos y de Túnez, con cuyo Estado se habian abierto otras negociaciones de paz.

Si la buena armonía entre los Estados-Unidos y la Francia se hallaba entónces turbada, Washington confiaba que podria aun restablecerse. Este cuidado iba á pasar á Juan Adams, sucesor suyo, que entró en sus funciones el 4 de marzo de 1797; y el nuevo presidente hizo abrir otras negociaciones en Paris por el jeneral Pinckney, al cual fueron asociados Elbridge, Gerri y John Marshall, pero sus jestionones no tuvieron ningún suceso, y despues de inútiles conferencias recibieron estos enviados la órden de partir.

El descubrimiento de una trama imprevista atraia en este momento la atencion de los Estados-Unidos. Blount, gobernador del Estado de Tennessee y miembro del senado americano, habia formado el proyecto de entregar la Luisiana á los Ingleses. Entraba en su plan el que se embarcasen en los grandes lagos tropas británicas salidas del Canadá, y fuesen dirigidas hácia la punta meridional del lago Michigan, las cuales debian ganar en seguida el río de los llioneses y bajar por su corriente. Llegadas sobre el Misisipi debian encontrar abundantes provisiones, enviadas por los Estados vecinos, y descender por el gran río hasta Nueva Orleans, y despues de haberse apoderado de esta ciudad, marchar hácia el este, prosiguiendo su expedicion á las Floridas.

La memoria y los documentos que Blount dirigia al gobierno británico para desarrollarle este proyecto y para proponerle la ejecucion de él, iban á ser enviados á Inglaterra, cuando cayeron entre las manos de

un Americano fiel que los puso en poder de John Adams. Este las comunicó al congreso; y el senado, indignado de la conducta de Blount, le espulsó de su seno. La conspiracion debía estallar hácia fines de 1797; pero ya no debía temerse supuesto que estaba descubierta. Se estableció mucha vijilancia acerca de toda clase de intrigas que pudiesen alterar la tranquilidad de los Estados-Unidos, y que tuviesen tendencia á producir otra vez disensiones, tanto con la Inglaterra como con España.

Luego que se hubo felizmente escapado de un peligro tan grave, se dirigió la atencion otra vez hácia las disputas que se prolongaban entre los Estados-Unidos y la Francia. La mayor parte de los Americanos veian con un vivo sentimiento que la antigua intimidad entre ambas naciones se iba debilitando cada dia mas: conservaban religiosamente la memoria de aquellas fatigas que habian soportado de mancomun, y los peligros y glorias que les habian reunido: se preguntaban á sí mismos si todos los agravios de la Francia eran fundados; si podian disputarles el derecho de concluir con la Inglaterra las disputas violentas que habian puesto en peligro sus fronteras, su navegacion, su comercio, y que prolongaban antiguas denegaciones de justicia á acreedores todavía privados de sus indemnizaciones. Cuando los Estados-Unidos habian negociado el tratado de Londres, no les habia sido posible fijar por sí solos las condiciones: se habian tenido que pesar las ventajas y los sacrificios, siendo dicho tratado una transaccion, en la que las partes habian tenido que hacerse reciprocas concesiones.

Pero esplicaciones de esta naturaleza no podian satisfacer al Directorio ejecutivo. Este habia declarado, por un decreto del 2 de marzo de 1797, que seguiria las mismas reglas que la Inglaterra con respecto á los buques americanos cargados de mercaderías del enemigo: estas debian confiscarse, debiendo solamente quedar libres los buques; que tambien se apresarian como contrabando de

guerra todos los artículos que el gobierno inglés consideraba como tales. En tanto que las medidas tomadas por el Directorio para con los Estados-Unidos no eran mas rigurosas que las del gobierno británico, no dejaban lugar á reclamaciones legítimas, pues que era natural que la Francia no quisiese colocarse en una posición inferior á la de sus enemigos. Sin embargo el gobierno francés no se limitó á estas primeras restricciones; y una ley de 18 de enero de 1798, hizo mucho mas penosa la situación de los neutrales, declarando que el cargamento determinaba el estado de un buque, por lo que concernia á la calidad de neutral ó enemigo: que todo buque cargado en todo ó en parte de jéneros ingleses, seria dado por de buena presa, cualquiera que fuese el propietario de las mercancías, y que todo bastimento extranjero que hubiese recalado en Inglaterra, no podría de ninguna manera entrar en Francia.

Para reconocer las mercaderías realmente enemigas, se habia puesto por de pronto algun cuidado en atestiguar la propiedad y el origen, consultando las facturas y todos los demás documentos existentes á bordo, pudiendo así distinguirlos de los cargamentos de los neutrales; pero cuando se empezó á dudar de lo genuino de las facturas, se buscaron otros medios de averiguacion que fueron mucho mas inciertos: se pretendió justificarlo por la naturaleza misma de los jéneros, y sin hacer caso de los certificados de expedición, debian tenerse por enemigos. La ley de 31 de octubre de 1796, que prohibia la importacion y la venta de las mercaderías inglesas, habia hecho una larga enumeracion de las que debian ser consideradas como procedentes de sus fábricas, cualquiera que fuese su origen: ni se estaba aun autorizado para guardar en los almacenes las que se habian ya recibido: las cuales debian ser selladas por el gobierno para ser luego exportadas.

Esta ley no se aplicó solamente á las mercancías reputadas por inglesas y que se trataba de introducir

en Francia; se siguieron las mismas reglas acerca de las que podian ser capturadas en plena mar, y esta estension, dada al derecho de presa, fué un nuevo estímulo para los armadores. Con este motivo se multiplicaron los armamentos en corso; y como el rigor ejercido por una potencia beligerante era bien pronto imitado por sus contrarios, el comercio de las naciones neutrales se halló espuesto por uno y otro lado á las mismas agresiones. Se habia creado, entre las potencias que estaban en guerra, una emulacion tal de hostilizarse, que no omitian medio alguno de dañarse mutuamente, sin temor de envolver en esta comun desgracia á las naciones que no tenían parte en sus desavenencias.

¿Qué otra esperanza podia aun quedar á los neutrales en medio de esta rigurosa legislación, injusta y vacilante que les alcanzaba por doquiera estendian su navegacion y su comercio? Demasiado cebo de lucro, sobrados pretextos de detencion quedaban á los corsarios de los Estados beligerantes: sus cruceros se estendian á todas las rejiones en que podia penetrar el comercio; y luego que se hubo establecido que bastaba hallar á bordo algunos jéneros del enemigo para apoderarse de todo un cargamento y para confiscar el buque mismo, las ocasiones de embargo fueron innumerables: en todo buque capturado se pretendia haber hallado alguna propiedad del enemigo, pudiendo por medio de falsas declaraciones colorar la injusticia, y dar plausibles pretextos á la violencia.

Ninguna nacion sufrió tanto por estos golpes, rudamente dados al derecho de los neutrales, como la americana. La navegacion de los Estados-Unidos habia tomado un grande vuelo: la guerra que abrazaba á toda la Europa habia hecho buscar al comercio el abrigo de su neutralidad; y las mismas partes beligerantes podian recurrir al pabellon americano en algunas expediciones mercantiles; pero cuando el tratado de Londres hubo puesto trabas á los derechos marítimos de los Estados-Uni-

dos, y cuando experimentaron por parte de la Francia, no tan solo las mismas restricciones sino ataques vivos y continuos; que no dejaban seguridad alguna á su navegacion; entonces se alteraron profundamente sus relaciones con esta potencia: nuevos tiempos habian creado intereses nuevos: la autoridad ya no estaba en las manos de Washington, el cual habia constantemente procurado evitar una explosion: á su sucesor se le atribuian otras disposiciones, y efectivamente no se oponia ya dique alguno á los progresos de esta mala inteligencia. Parecia tocarse el instante de un rompimiento; y viendo el congreso que todos sus esfuerzos para negociar amistosamente una transaccion sobre todas estas quejas, habian sido rechazados por el gobierno francés, y que se proseguia aun en el mismo sistema de hostilidad contra los derechos de una nacion libre é independiente, declaró, en 7 de julio de 1798, que los Estados-Unidos quedaban libres de las estipulaciones de sus tratados con la Francia.

En el momento en que el congreso hacia esta declaracion, renovaba su tratado de amistad y de comercio con la Prusia: y este convenio, concluido por diez años, dejaba suspendido durante la guerra actual el reconocimiento del principio de que el pabellon cubre la mercancía. Sin duda no se deseaba renunciar á esta regla; pero se queria evitar una colision con la Inglaterra, que no ia habia admitido en su último tratado, esperándose el retorno de la paz para convenirse con las grandes potencias marítimas, acerca de la conducta que deberia observarse con los neutrales en las guerras venideras.

El congreso quiso apoyar con algunos preparativos militares su deliberacion relativa á la Francia: no se proponia ciertamente empeñarse en una guerra y tomar la ofensiva; pero queria sí asegurar, en caso de agresion, la defensa del territorio americano: en su consecuencia decretó el levantamiento de doce regimientos de infantería, de un cuerpo de caballería, de un regimiento de

artillería y zapadores, y de algunos cuerpos de voluntarios. Se pusieron los ojos en el hombre que la opinion pública llamaba al mando del ejército; y Washington, retirado en sus Estados de Mont-Vernon despues de concluida su presidencia, fué invitado por John Adams á consagrarse todavía al servicio de su patria. Aunque la edad avanzada en que se hallaba Washington le hiciese apetecer el reposo, no le era posible rehusar ninguna fatiga cuando se trataba de la defensa de su patria; y aunque esperaba todavía una reconciliacion entre dos naciones que no tenían ningun interés en tratarse como enemigas, no quiso pasar por alto ningun medio de sostener, en caso de un rompimiento, la causa nacional que le estaba confiada. Dedicado desde este momento á la organizacion de todos los cuerpos y de todo lo perteneciente al servicio del ejército, ocupado en los planes militares que abrazaban un pais inmenso, Washington se entregó sin descanso á un número de trabajos con un ardor que escedia sus fuerzas: este vigor de las facultades intelectuales que sobrevive á la debilidad de los órganos, parece que los reanima con su actividad y enerjía, aunque apresura su anonadacion. Luchando Washington con una fatiga cotidiana se acercaba á su fin, y al cabo de cinco meses de su nombramiento para el mando de las tropas americanas, fué arrebatado á su patria: una inflamacion de garganta, que se le declaró en la noche del 13 de diciembre de 1798, hizo, progresos tan rápidos que todos los socorros fueron infructuosos: el embarazo de su respiracion que crecia sin intermision, le advirtió de la proximidad de su fin; y aguardando la muerte sin temerla, arregló algunos negocios, se despidió con un jesto afectuoso de sus criados que ya no podian comprenderle, y quedando solo con el doctor Craig, su amigo, cuya mano todavía estrechaba, exhaló el último suspiro.

Esta nueva corrió rápidamente de Mont-Vernon á Filadelfia: el pueblo se consternó, se suspendieron

las deliberaciones del congreso, y no se reunió el día siguiente sino para ocuparse de los tristes deberes que tenía que llenar. Este cuerpo se vistió de luto hasta el fin de la sesión, y quiso decretar honores públicos á la memoria «del hombre que fué el primero, tanto en la guerra como en la paz, y que ocupó el primer lugar en el corazón de sus conciudadanos.» John Adams, su sucesor, les espresó los mismos sentimientos de afecto y de respeto. El congreso decidió que entrambas cámaras se presentarían el día 26 de diciembre al templo luterano, que uno de sus miembros pronunciaría la oración fúnebre de Washington; que se invitara á todos los ciudadanos de los Estados-Unidos á llevar el crespón por espacio de treinta días; que se erijiera un monumento de mármol en honor suyo en la ciudad federal, y que á madama Washington se le pediera que permitiese transferir á él el féretro de su ilustre esposo, depositado momentáneamente debajo de las bóvedas de Mont-Vernon, en la modesta tumba de su familia (véase la lámina 92.)

Así murió el grande hombre que dejaba á las futuras generaciones su gloria y el modelo de su vida.

Cuando los Americanos acababan de sufrir esta grande pérdida, las disensiones sobrevenidas entre ellos y la Francia tomaban un carácter todavía mas grave. Los Estados-Unidos acababan de ser heridos, el 29 de octubre, por un nuevo decreto del Directorio, en que se mandaba, que los marineros de las potencias neutrales que fuesen hallados á bordo de buques armados contra la Francia, fuesen declarados piratas y tratados como tales.

Hasta entonces habia sido generalmente recibido admitir extranjeros por una tercera parte de las tripulaciones de los buques, y el derecho de jentes no permitia, por cierto, defraudar de esta franquicia á los neutrales. El tratado concluido en Londres entre la Inglaterra y los Estados-Unidos no podia tampoco alegarse como ejemplo de tal infrac-

ción: porque si este tratado esponia al castigo de los piratas á los armadores americanos que tomasen patentes de corso contra la Inglaterra, no se aplicaba sino á los jefes, y no se estendia á los simples marineros que formaban parte de las tripulaciones; pero hemos observado ya que cada una de las potencias beligerantes no se limitaba entonces á imitar el rigor de sus adversarios. El Directorio francés queria arrebatár á la Inglaterra toda especie de cooperacion de parte de los extranjeros; y esta severidad contra los marineros americanos, empleados en la maniobra de los navios ingleses, les era tanto mas fatal, cuanto habian sido con frecuencia retenidos en ellos contra su voluntad: estos hombres, enganchados á la fuerza, y no habiendo podido mantenerse en la condicion de neutrales, iban á ser comprendidos en la clase de los piratas, hallándose amenazados de un trato mas duro que el enemigo mismo.

Una posicion tan penosa no podia ser duradera, y la noticia de las resoluciones tomadas por el Directorio, produjo en América una viva efervescencia. Mas el hombre de estado, cuya memoria se reverenciaba, habia aconsejado con frecuencia que se evitase un rompimiento con la Francia: La autoridad de sus últimos consejos prevaleció todavía: el gobierno federal los siguió, enviando á Europa otros ministros para tentar una reconciliacion. Durante su estancia en Paris, las riendas del poder habian pasado de las manos del Directorio á las del cónsul Bonaparte, y los sentimientos del vencedor de Italia no eran hostiles á los Estados-Unidos. Una ley del 14 de diciembre de 1799, habia puesto límites mas justos al corso marítimo, y un decreto consular habia restablecido los sabios reglamentos del 26 de julio de 1778, acerca de la navegacion de los neutrales. Este retorno á los principios largo tiempo sostenidos por la Francia, allanaban las principales dificultades de una negociacion con los Estados-Unidos, y un convenio del 30 de setiembre

de 1800 vino por último á aproximar á los dos gobiernos.

Se prometió que se restituirían los buques del estado que se hubiesen apresado por una y otra parte, y la de las propiedades capturadas que no estarían todavía condenadas; que ambas potencias gozarían en sus respectivos puertos, en cuanto al comercio y á la navegacion, los privilegios de la nacion mas favorecida. Todos los principios de neutralidad y de derecho marítimo, reconocidos por los tratados que habian concluido anteriormente, eran renovados: cada cual de ellas podia navegar y hacer el comercio en los puertos pertenecientes al enemigo de la otra potencia; y solo estaban prohibidos el acceso á las plazas bloqueadas, y la importacion de contrabando de guerra. El pabellon debía cubrir la mercancia, y esta se consideraba neutral ó enemiga, segun la nacion á que pertenecia el buque.

Las embarcaciones que navegasen en convoy no podían ser visitadas, y bastaba que el comandante de la nacion cuyo pabellon enarbolaba y que no traian á bordo contrabando alguno.

Los tribunales establecidos para las presas en los países en que estas fuesen conducidas, eran los únicos que podían conocer de ellas. Todos los capitanes de corsarios debían dar una caucion para poder responder de los perjuicios que hubiesen ilegalmente causado durante su crucero. Si una de las dos naciones estuviese en guerra, los corsarios que hubiesen recibido comision de sus enemigos, no podrían armar en los puertos de la otra ni vender en ellos sus presas. Ningun pirata podia ser admitido en los puertos, y todos los efectos que pudiesen reapresarse de ellos deberían ser restituidos á sus propietarios.

Cada una de las dos naciones tendría sola el derecho de la pesca en sus costas, sin que se embarazasen mutuamente en el ejercicio de este derecho en las costas de Terranova, ni en los demás puntos del norte de

los Estados-Unidos, siendo la pesca de la ballena y del ternero marino libre en todas las partes del mundo.

Las reglas del derecho marítimo, revocadas en el convenio que acabamos de analizar, eran las que habian ya sido consagradas, en 1780, por las potencias del norte de Europa, signatarias de las actas de la neutralidad armada. Los mismos principios habian sido proclamados, en 1794, por la Dinamarca y la Suecia, y lo fueron todavía, en 1800, por estas dos potencias y por la Prusia y la Rusia, que resolvieron restablecer y sostener en comun este sistema protector del comercio y de la navegacion neutral.

No nos incumbe describir todos los acontecimientos que vinieron en pos de esta nueva liga, y que son ajenos de la historia de los Estados-Unidos; pero debemos recordar que esta confederacion del Norte no fué maneja da por la Inglaterra como lo habia sido la de 1780, y que atrajo sobre la Dinamarca todas las calamidades de la guerra. Compenhague fué bombardeado, el 2 de abril de 1801, por una escuadra británica: sus navios, sus arsenales y sus almacenes fueron destruidos; y los desastres de esta jornada obligaron al gobierno danés á renunciar toda cooperacion con sus aliados. Otro ataque semejante iba á dirigirse contra el puerto de Carlscrona, y el almirante inglés Hyde-Parker consiguió de la Suecia igual renuncia. Se acababa de saber la muerte trágica del emperador Pablo, acaecida el 24 de marzo; el advenimiento al trono de su sucesor Alejandro hizo abandonar el sistema que aquel habia sostenido, y trajo la cesacion de las hostilidades entre la Inglaterra y las potencias del Norte. La Rusia volvió á entablar, por un convenio de 17 de junio de 1801, sus relaciones con la Inglaterra, y las cortes de Dinamarca y Suecia accedieron mas tarde á las disposiciones de este tratado. En él se estipuló que los buques neutrales podrían comerciar libremente en los puertos de las naciones en guerra, esceptuando los casos de contrabando y de bloqueo;

pero se convino al mismo tiempo que las mercaderías enemigas podrían ser cojidas en un buque neutral, y que podría tener lugar la visita de los buques, navegando en convoy. También se hallaban reconocidas en él algunas de las bases de la neutralidad armada, siendo las demás rechazadas.

Desde entonces pudieron observarse diferencias esenciales en los principios de derecho marítimo, adoptados por diferentes potencias de Europa: estos privilegios habían sido restringidos en los convenios hechos con la Inglaterra, y eran más amplios en los que se habían concluido con la Francia. Pronto tendríamos que reconocer cuáles fueron las dificultades y la complicación de intereses que resultó de esta incongruencia de derechos y de legislación marítima.

Cuando el gobierno federal ratificó su convenio con la Francia no residía ya en Filadelfia, habiendo sido trasladado á Washington; el primer tratado de que tuvo que ocuparse, fué aquel acto de reconciliación entre los fundadores y los sostenedores de la independencia americana.

El plan de la ciudad federal había sido trazado en 1791 por el mayor L'enfant, situada sobre la orilla septentrional del Potomac, ocupa el terreno que hay entre la Anacostia y el Rock-River. Los Tuscaroras y los Monacans habían en otro tiempo ocupado esta parte de las orillas del río, y la habían escogido como un sitio de reunión para la pesca; y se dice que las tribus indias, á cuya cabeza estaban aquellos, tenían el gran concejo de su confederación junto al lugar en donde el congreso de los Estados-Unidos vino á reunirse dos siglos despues.

La fundación de Washington se comenzó por la de los principales edificios destinados al congreso, á la presidencia y á todas las grandes administraciones. Se escogieron para su emplazamiento los sitios más descubiertos, y los que permitían

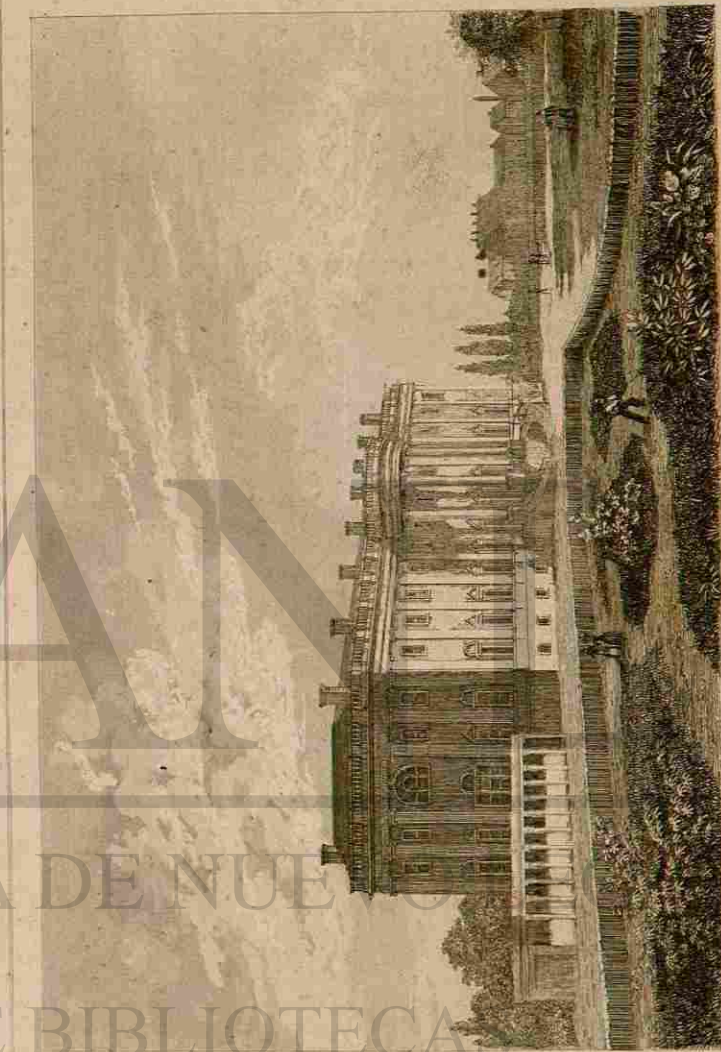
establecer entre sí líneas de comunicación directas y fáciles. El capitolio se hizo el punto más céntrico de la nueva ciudad: la colina en que fué colocado se percibía desde todos los puntos, y las dilatadas avenidas que fueron proyectadas al rededor de este monumento, se extendieron como otros tantos rayos hasta las líneas de la muralla: otras plazas y otros edificios se convirtieron también en otros centros, desde los cuales proyectaban otras calles en diferentes sentidos, las cuales recibieron los nombres de Pensilvania, de Massachusset y de otros Estados. En la ciudad federal se procuraban emplear todos los signos que podían inspirar la unión y la grandeza. El pueblo, hecho rey, dió el nombre de Tiber á las aguas que corrían cerca del capitolio, y se veía brillar en sus handeras la constelación americana bajo un cielo puro, en el que se cernía el águila armada del rayo.

A una media legua del capitolio, se construyó sobre un cerro menos elevado, la habitación del presidente, rodeada de las cuatro secretarías de negocios extranjeros, del tesoro, de la guerra y de marina, este último departamento había sido creado en 1798; y algunos años despues se fundó el *Navy-Yard* en las orillas de la Anacostia ó del brazo oriental del Potomac. Este establecimiento debía reunir los astilleros de construcción, los almacenes, y todas las talleres necesarios á una marina activa, industriosa y llamada á ser poderosa.

Se escogieron otros sitios sobre algunas colinas formadas por las ondulaciones del terreno, para la administración general de correos, para el conservatorio de las artes ó *Patent-Office*, y para la residencia de las autoridades municipales. El colegio debía dominar toda la ciudad: desde su posición se descubría una gran parte del distrito federal de Columbia. Una meseta que se levanta entre las embocaduras del Tiber y de Rock-River fué reservada para la universidad, y el jardín bo-

ESTADOS UNIDOS.

ÉTATIS-UNIS.



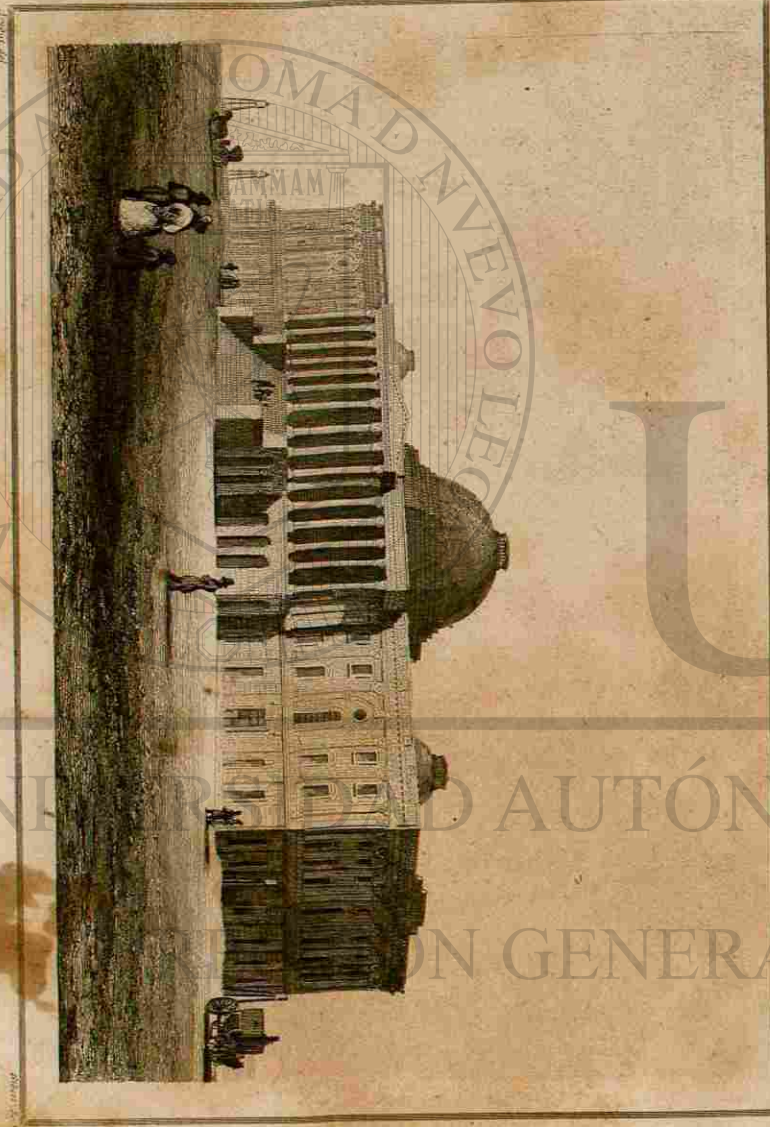
Palacio del Presidente.

ÉTATIS-UNIS.

W. B. Smith del.

Gravé par G. G. Schmitt
Dessiné par H. G. Schmitt
H. G. Schmitt del. G. G. Schmitt fecit.

Capitolio de Washington.



ESTADOS UNIDOS.

ÉTATS-UNIS.

ESTADOS UNIDOS.

ÉTATS-UNIS.



Tombes de Washington.

Sepulcro de Washington.

tánico debía ocupar una estension de terreno situado junto al capitolio.

Este lugar en que el congreso celebraba sus sesiones, habia sido desde un principio dividido en dos edificios, el uno para el senado y el otro para la cámara de los representantes; pero solo despues fueron unidos por medio de otros edificios. Entónces se decoraron las dos fachadas con una arquitectura elegante, una rotunda ocupa su centro y fué coronada, como el panteon de Roma, con una vasta cúpula. Tambien se adornó nuevamente en la misma época la habitacion del presidente, y estos edificios arruinados por el hierro y el fuego, volvieron á levantarse de sus ruinas mas grandes y mas majestuosos. (véanse las láminas 89, 90 y 91.)

Las innumerables calles trazadas en forma de tablero á través de este terreno, no se hallaban todavía habitadas; y este aspecto de algunos monumentos raros, esparcidos acá y acullá en un espacio desierto, podian recordar esas antiguas ciudades en que han quedado todavía en pie los templos y los palacios, mientras que han desaparecido todos los demás vestijios de los hombres y de las habitaciones que ocuparon; pero aquí se esperimentaban otras impresiones. Los monumentos que sobreviven á los pueblos entristecen el alma, mientras que esta se goza en los que dan principio á sus ciudades y presajian su grandeza.

Muy pronto empezaron á formarse algunos grupos de habitaciones al rededor de los principales establecimientos públicos; otras se hallaban diseminadas en las elevaciones y en el llano; y desde el *Navy-Yard* hasta Georgetown, y desde las alturas del Kalorama hasta las orillas del Potomac, se veian pueblos, aldeas y casas aisladas que se alzaban como otras tantas miras de una ciudad inmensa, cuya conclusion estaba reservada á otras jeneraciones.

Las sesiones del congreso, el movimiento que imprimen los negocios, y el gusto por los viajes, debian atraer todos los años á Was-

hington un concurso numeroso de nacionales y extranjeros, y esta afluencia daba á la ciudad federal un aspecto animado, pero pronto á pararse. Al cabo de una residencia de muchos meses, toda esta poblacion flotante iba á diseminarse sobre la vasta estension de los Estados Unidos, y las calles en que habia circulado, volvia á convertirse en estensas soledades. No obstante, los cuarteles situados entre el capitolio y la presidencia contenian ya algunos miles de habitantes: esta situacion intermedia era favorable á la ajencia de los negocios, á la actividad del comercio, al ejercicio de todas las artes, y del trabajo que exige la construccion de una ciudad que debe corresponder á las necesidades de sus habitantes. El *Navy-Yard* y la vecindad de Georgetown se poblaron en seguida; pero en los demás puntos los progresos fueron menos sensibles, y la muralla de la ciudad federal estaba destinada á encerrar por mucho tiempo tierras vacías, campos cubiertos de mieses y de pastos, en los que el ganado corria libremente, y venia al anoche- cer a la puerta de las habitaciones, para hacerse ordeñar y tomar de sus dueños el agua y la sal.

Para favorecer el progreso de esta ciudad no bastaba haber establecido en ella la residencia del gobierno; el fundador que habia escogido aquel sitio creyó que podria llegar á ser un día el centro de un gran movimiento mercantil, á pesar de la concurrencia de algunas otras plazas marítimas. El proyecto de abrir una línea de comunicacion entre el Potomac y el Ohio habia sido ya formado, y debia ponerse luego en ejecucion, é influir en el engrandecimiento de la riqueza y de la ciudad federal. La fundacion de una ciudad es obra de siglos, y solo el tiempo es el que puede acabar lo que la prevision habia comenzado.

Los Americanos tenian entónces delante de los ojos una perspectiva de prosperidad la mas brillante, y la Europa misma comenzaba apenas á respirar de las desgracias de una guerra prolongada y desastrosa.



Cada de los ministerios de estado.

El año 1801 la volvió la paz: la Francia la hizo en Lunéville el 9 de febrero con el emperador de Austria y el cuerpo germánico: firmó el 1.º de octubre los preliminares de paz con la Gran Bretaña, teniendo lugar otras reconciliaciones en el mismo año con las Dos-Sicilias, la Baviera, el Portugal, la Rusia, las rejenias Berberiscas y la Puerta Otomana.

Apresuróse Bonaparte á aprovecharse de los primeros momentos en que el mar volvía á ser libre, para enviar á Santo Domingo un cuerpo de ejército. Esta isla, en la que los Ingleses no habian podido sujetar la revolucion ni conservar el territorio, habia sido luego entregada á todos los furiosos de una guerra á muerte entre Rigaut, comandante de la jente de color, y Toussaint-Louverture, jefe de los negros. Superior Toussaint por su habilidad y por el número, se habia por último apoderado de ella. Convertido en legislador y pacificador de la isla, habia sido proclamado gobernador de ella de por vida, y se esforzaba en hacer aprobar las reformas que habia hecho por la metrópoli, cuya soberanía se hallaba dispuesto á reconocer; pero el primer cónsul le consideró como un revolucionario al que era necesario someter. Treinta mil hombres fueron destinados á esta expedicion, cuyo mando confió á su hermano político el jeneral Leclerc; y la escuadra de Brest, en la que se hallaban las principales fuerzas, habiéndose hecho á la vela en el mes de diciembre de 1801, ancló el 3 de febrero del año siguiente hácia la estremidad oriental de Santo Domingo. La escuadra se dividió en muchos trozos que debían ir aun mismo tiempo al norte, al sur y al oeste: la escuadra del norte se apoderó del fuerte Delfin; los negros incendiaron el Cabo Francés que no podían defender, y el vencedor no logró establecerse sino sobre sus ruinas. Una fuerza considerable desembarcó en el cuartel de Limbé, en donde tuvo luego noticias Leclerc de la ocupacion de Santo Domingo, de las Cayes y de Puerto Principe;

adonde habia llegado la escuadra de Tolon; y creyendo el jeneral que ya no tenia que guardar mas consideraciones, rompió los tratados que habia procurado formar con Toussaint-Louverture, y le hizo intimar imperiosamente que se rindiese á discrecion.

Las tropas de Toussaint se componian de doce batallones y de algunos escuadrones: ocupaba, al occidente de la isla, San Marcos, los llanos del Artibonita y las Gonaivas en donde tenia su cuartel jeneral: á pesar de la inferioridad numérica de sus fuerzas, sostuvo con enerjia una guerra sangrienta, cuyo azote se encruelció algunas veces por las horrosas represalias de una y otra parte. Sus principales jenerales Desalines y Cristofe le abandonaron luego y trataron separadamente con el enemigo: las fuerzas de los negros eran escasas; y su jeneral en jefe, invitado á una conferencia para tratar de la paz, fué al Cabo, en donde se firmó un convenio el 1.º de mayo de 1802. Entónces depuso las armas, y se retiró al fértil valle de Ennery, en donde deseaba vivir pacíficamente en su habitacion.

No obstante, en medio de su retiro causaba todavía celos: se le suponía el desigño de renovar la guerra: muchas tentativas de sublevacion eran atribuidas á sus instigaciones; y al declararse en el ejército francés una enfermedad contagiosa que hizo en él rápidos y horrosos estragos, esta mengua de sus fuerzas aumentó las sospechas del jeneral en jefe. Se esparció el rumor de una conspiracion; no era todavía mas que un rumor vago y confuso, pero iba acreditándose cada dia mas, y para quitar á los negros el apoyo sobre que mas podían contar, Leclerc quiso apoderarse de Toussaint-Louverture: se le convidó á una fiesta y se le arrestó al presentarse en ella, poniéndole grillos en los piés. El guerrero predijo á los hombres que le habian atraído á aquel lazo, que sería vengado por la justicia del cielo. Su desgracia no hizo mas que apresurar la ruina de la expedicion enviada á Santo Domin-

go: los negros estaban furiosos: volvieron á tomar las armas en todas partes, y se encendió otra vez la guerra con nuevo furor. Arrebatado Leclerc por la enfermedad, dejó los débiles restos de su ejército al mando del jeneral Rochambeau, hijo del que habia partido con Washington el honor de la capitulacion de Cornwallis. Todas las esperanzas de un éxito feliz quedaban desvanecidas, y un nuevo ejército, enviado á Santo Domingo por el primer cónsul, fué devorado como el primero por el azote del contagio, y por una guerra implacable. Los negros se hacían soberanos de una tierra que por tanto tiempo habia sido funesta á su raza; y los colonos que habian reaparecido en la isla en pos del ejército francés, tomaban otra vez el camino de su destierro: volvían por segunda vez á aflirir con el espectáculo de sus desgracias á los Estados-Unidos, á la Luisiana y á las demás playas, en donde habian sido recibidos con hospitalidad.

Mas de un año antes de emprender esta desgraciada expedicion, habia el primer cónsul conseguido de la España la retrocesion de la Luisiana. Este tratado habia sido concluido el 1.º de octubre de 1800, el dia inmediato despues del convenio firmado con los Estados-Unidos; pero habia quedado en secreto; y Bonaparte habia diferido la toma de posesion hasta el momento en que pudiese efectuarla con mas seguridad. Si le hubiese sido posible recobrar á la vez Santo Domingo y la Luisiana, habria realzado en las islas y en el continente de América el poder colonial de la Francia: los desastres que acabamos de referir, frustraron todos sus cálculos, y no le permitieron dar jamás la misma importancia á la adquisicion de la Luisiana. Sin embargo hizo preparativos para la ocupacion de esta colonia: Laussat fué nombrado prefecto de ella, y salió de Francia el 12 de enero de 1803: el jeneral Victor fué designado para su gobierno, debiéndosele hacer la entrega de aquel país; pero su salida para él fué todavía diferida. En el entretanto se orijinaron nue-

vas dificultades entre las autoridades españolas de la Luisiana y algunos Estados de la Confederacion americana.

La concesion hecha á los Estados-Unidos del derecho de depósito en la Nueva Orleans, habia sido tácitamente prolongado despues de haber espirado su primer término; pero el intendente español Morales le habia luego suprimido por una proclama de 16 de octubre de 1802. Esta inesperada prohibicion despertó de nuevo el descontento de los Estados-Unidos, cuyas tierras occidentales no podían pasarse sin la libre navegacion del Misisipi, y sin las facilidades mercantiles que les daba el derecho de depósito. La supresion de este derecho, mandada por un empleado español, sorprendió tanto mas, cuanto su gobierno no tenia entónces ningun interés en conservarla; pues que habia cedido á la Francia hacia dos años todos sus derechos, y se hallaba en visperas de hacerle entrega de esta colonia.

Entónces se renovaron las amenazas de invasion en los Estados del oeste, cuya poblacion ascendia á ochocientas mil almas: se repetía que no podían ponerse trabas al comercio del Misisipi sin una escandalosa violacion de todos los derechos, y que era preciso volver á abrir por medio de la fuerza aquella comunicacion, ya que no podia contarse con la pacífica ejecucion de los tratados.

Jefferson, que desde el 4 de marzo de 1801 habia sido elevado á la presidencia, procuraba calmar la efervescencia de los habitantes del oeste con el fin de evitar un rompimiento; pero se hallaba aparejado para defender sus intereses, y los ponía hácia la éjida del gobierno federal, dando á conocer al congreso, por un mensaje del 22 de diciembre de 1802, los golpes que se habian dado á los derechos de su país, y la intencion de garantizarle su goce por medios honrosos y justos.

Para lograr este objeto, deseaba Jefferson negociar con la Francia la cesion de la Nueva Orleans y de una parte de la orilla izquierda del Misisipi, desde el rio de Iberville hasta

el mar: tambien apetecia adquirir las Floridas, y con la España era con quien debia entenderse para esta última cesion.

Mas sin esperar el resultado de estos manejos, un partido numeroso continuaba á declararse en favor de las medidas mas violentas. El senador Ross, pedia en pleno senado que el gobierno mandase atacar la Luisiana: otros miembros proponian que se levantasen las milicias del oeste, pudiendo apenas la prudencia de Jefferson moderar este espíritu de irritacion. Monroe, encargado de una mision mucho mas conciliadora, llegó á Paris el 12 de abril de 1803, en donde residia el canciller Livingston como ministro plenipotenciario de los Estados-Unidos: este ministro habia preparado ya por algunas aventuras la negociacion que tenian que seguir en comun; y sus miras fueron secundadas por la posicion politica en que se encontraba entonces el primer cónsul.

Los Ingleses segñian con atencion las varias empresas de Bonaparte y el movimiento progresivo que habia imprimido en la Francia. Esa infatigable actividad que habia desplegado en medio de los campos, se habia comunicado á los negocios interiores: habia aproximado los partidos, vuelto á levantar los altares, creado la lejion de honor, restituido á los emigrados su patria, emprendido la revision de varios códigos, y afirmado su propio engrandecimiento. Pero este jenio militar que le habia conferido el poder, parecia que se hallaba demasiado estrecho en sus últimas conquistas; y despues de los tratados concluidos que habian dado la paz á la Europa, habia reunido á la Francia el Piemonte, la isla de Elba, los Ducados de Parma y Plasencia; gobernaba la república italiana, de la que habia sido proclamado presidente; habia dirigido tropas á los cantones suizos, iba á ocupar la Holanda; y la Francia ejercia en la dieta jermánica un grande influjo acerca de los destinos del imperio de Alemania, y sobre los de los principes que tenian que reclamar indemnizaciones por

la regularizacion ó la pérdida de sus dominios y de sus soberanias.

Mientras se quejaba la Inglaterra de la prepotencia del primer cónsul en Europa, le llamaron mas vivamente la atencion los preparativos militares y marítimos que hacia, á principios del año 1803, en los puertos del Océano, en los que se estaba armando una escuadra numerosa; y cualquiera que fuese su destino, la Gran Bretaña queria tomar iguales medidas. Esta escuadra parecia estar destinada á la Luisiana; y el tratado de 1800, que devolvia este pais á la Francia, era el acto que en aquel entonces procuraba mas á la Inglaterra, la cual deseaba impedir su logro; pero previendo que su oposicion haria inevitable un nuevo rompimiento, y queriendo prepararse para esta guerra que se hacia inminente, llamaba sus milicias á las armas, y mandaba hacer una leva de jente de mar.

No obstante el gobierno inglés que se quejaba amargamente de las adquisiciones hechas ó proyectadas por la Francia; no habia adolecido tambien de miras las mas ambiciosas, y despues de los últimos tratados de paz, su estado de posesion no habia tambien cambiado? Sus tropas conservaban todavia la isla de Malta, aunque se hubiese obligado á devolverla á la órden de San Juan de Jerusalem: bajo el título de protector acrecentaba su autoridad en las islas Jónicas: por un primer tratado de 31 de diciembre de 1802, habia empezado en las Indias orientales aquella inmensa serie de adquisiciones con que se señaló el gobierno jeneral de Wellesley, y que hicieron pasar al dominio británico nuevas colonias mas grandes que la metrópoli.

Tal era el partido que cada una de las dos potencias trataba de reportar de las ventajas de su posicion. La una queria mantener en Europa el ascendiente que le habia dado la gloria de sus armas, la otra pretendia disputarle la libertad de los mares y todas las conquistas lejanas.

A la proximacion de la guerra que iba de nuevo á encenderse, descau-

do el primer consul reunir todas las fuerzas á su alrededor, renunció al proyecto de enviar á América tropas que le serian necesarias en Europa. Nuevas combinaciones políticas se ofrecian á su imaginacion: la deplorable situacion en que se hallaba Santo Domingo le habia afectado: temia que la Inglaterra procurase establecerse en la Luisiana, y queria asimismo impedir los proyectos de invasion, formados por los habitantes de las orillas del Ohio. Un derecho de depósito en la Nueva Orleans no era considerado por los Americanos como garantia suficiente para su comercio, pues que este derecho habia sido ya revocado; pedian la cesion de la ciudad misma y la de todo el territorio adyacente: el canciller Livingston habia propuesto además al gobierno francés que uniese á esta cesion la de todas las comarcas de la colonia, situadas al norte del Arkansas. Esta reunion de circunstancias hacia presumir que la Luisiana podria bien pronto ser un objeto de litijio; y aunque el nuevo negociador enviado á Francia, no tuviese el encargo por sus instrucciones sino de obtener la cesion de la Nueva Orleans y de las tierras situadas al oriente del Misisipi, no se limitó el primer cónsul á acceder á esta demanda. Si la Francia, al abandonar la ciudad principal de esta colonia, habia querido conservar las rejiones situadas sobre la orilla occidental del Misisipi, entre este rio y el curso de la Sabiua, habria contraido la obligacion de fundar en ella otra capital; y estos cuidados exijian tiempos de calma y de seguridad; y no era ciertamente en semejantes momentos de crisis en los que se hubiese querido entregar á ellos el primer consul. Desde entonces no pensó ya en ocupar la Luisiana, y formó el designio de ceder á los Estados-Unidos aquella posesion que habia deseado restituir á la Francia, pero de la que no gozaba aun. Asegurando á los Americanos un ensanche tal de territorio, dándoles otras líneas de navegacion interior, y un litoral estenso en el golfo de Méjico, esperaba oponer un contrapeso al

poder marítimo de la Inglaterra, y veia en esta rivalidad de intereses y en este equilibrio de poderes un nuevo medio de resistir al monopolio y pretensiones exclusivas de una sola nacion; pero deseaba asimismo que las condiciones de este convenio le ayudasen á sufragar los primeros dispendios de la guerra que estaba pronto á emprender, y al pago de las indemnizaciones que los Estados-Unidos reclamaban de la Francia, por razon de las presas ilegales que habia hecho de buques y cargamentos. El importe de estas indemnizaciones ascendia á veinte millones de francos; y los Americanos, encargándose ellos mismos de hacerlas, se obligaron además á hacer una entrega de sesenta millones, para entrar en posesion de la Luisiana.

Aunque esta colonia hubiese estado separada de la Francia por espacio de cuarenta años, que se hallase estinguida la primera jeneracion, y que los intereses, las costumbres y las leyes hubiesen sufrido modificaciones, con todo el imperio de los recuerdos y el de los primeros afectos subsistian todavia; y cuando los habitantes entendieron que volverian á gozar de las leyes de su antigua patria, esta noticia conmovió profundamente todos los ánimos. La misma Francia habia acogido con entusiasmo una esperanza tan lisonjera; pero bien pronto se frustró esta, y luego que se tuvo conocimiento de los nuevos convenios del 30 de abril de 1803, que cedia aquel territorio á los Estados-Unidos, un gran número de personas se affijó de semejante pérdida; sea que hubiesen dirigido ya sus especulaciones sobre la Luisiana, que viesen un nuevo campo abierto á su comercio y á sus empresas agrícolas, sea que cansados de los disturbios y de las guerras de Europa, desearan hallar un nuevo asilo que pudiesen considerar como patria suya, ó por que un sentimiento natural de dignidad, y una invencible adhesion á los derechos de los hombres no les permitiese acostumbrarse á ver que los gobiernos disponian entre si de la adquisicion de los paises y de los hombres,

valoraban en numerario semejantes enajenaciones, y entregaban, junto con la tierra, los pueblos convertidos otra vez en manos muertas.

Hemos descrito ya la penosa impresión que había causado á la Francia el primer abandono de la Luisiana, en 1762: estos sentimientos no era posible que se reanimasen al ver que se renovaba y se hacía irrevocable esta renuncia?

Sin embargo la perspectiva que se ofreció á esta colonia, hizo luego que estas reflexiones fuesen menos amargas. La Luisiana quedaba emancipada: no estando reducida ya á la protección de una metrópoli, situada á dos mil leguas de distancia, no podía ser arrastrada á querellas ajenas de sus intereses; y al convertirse en otro de los miembros de la confederación de los Estados-Unidos, tendría parte en el desarrollo de su prosperidad. A lo menos el dichoso porvenir que se le ofrecía, satisfacía uno de los primeros votos de la Francia.

La España supo con disgusto la cesion que acababa de hacerse á los Americanos. Se había reservado, por sus tratados de 1800, que podría recobrar la posesion de la Luisiana, en el caso de decidirse de nuevo la Francia á renunciar á ella. Este derecho de prelación que la España procuraba conservar, tenia sobre todo por motivo restablecer la contigüidad de las Floridas con los otros dominios suyos de América; y en efecto era fácil prever que el aislamiento de las Floridas las haría demasiado débiles para defenderse solas contra una invasion, si la guerra amenazase sus fronteras: su suerte quedaba estrechamente unida á la de la Luisiana: y desde el momento en que se hallasen envueltas por el territorio de los Estados-Unidos, parecían estar destinados á hacer algun día parte de estos.

Para que la cesion de la Luisiana tuviese completo efecto, era ante todo necesario que las autoridades españolas hiciesen entrega de esta colonia á los Franceses encargados de recibirla: esta tuvo lugar el 30 de no-

viembre de 1803, en manos de Laussat, el cual hacia ya muchos meses que residia en la Nueva Orleans sin ejercer funcion alguna. El nuevo administrador solo hizo un uso pasajero de los poderes que se le habían conferido; y en este intervalo se preparó la segunda trasmision de soberanía. El jeneral Wilkinson se aproximaba á la capital con un cuerpo de tropas americanas, en la que hizo su entrada el 20 de diciembre, siendo en aquel mismo dia trasferido el gobierno de la colonia al comisario de los Estados-Unidos, encargado de tomar posesion de ella.

El pabellon francés había flotado por espacio de veinte dias sobre los muros de la Nueva Orleans, no pudiendo los veteranos que le habían guardado separarse de él sin pesar: así es que pusieron á su cabeza un sarjento adornado con las cicatrices de sus antiguos combates, el cual llevaba por banda la estofa de aquel reverenciado pabellon. Este noble séquito pasó por frente de las tropas de los Estados-Unidos que le hicieron todos los honores militares, y fué á entregar en manos del comisario francés el signo de honor y de amistad que acababa de rennirles de nuevo, y que habían saludado con sus últimas aclamaciones.

Los Estados Unidos se habían aprovechado de los primeros momentos de paz de que había gozado la Europa, para terminar, en 1802, sus discusiones con la Inglaterra sobre créditos mutuos que no habían sido aun satisfechos, para concluir con la Francia los convenios de la Luisiana, y para proporcionar á su comercio marítimo todo el desarrollo de que momentaneamente les había privado la guerra. Pero su navegación en el Mediterraneo se hallaba todavía espuesta á algunas agresiones. Los corsarios de Trípoli habían apresado, en 1801, varios buques americanos: el capitán Sterret, atacado tres veces por uno de sus armamentos, solo había debido á su estremada bravura un buen éxito en cada uno de estos combates: y el gobierno federal había manda-

do una escuadra al Mediterraneo para contener á los cruceros de aquella rejencia.

El año siguiente hubo algunos sucesos delante del puerto de Trípoli entre una fragata americana y las barcas cañoneras, encargadas de defender las aproximaciones de la plaza; y una nueva escuadra, compuesta de dos fragatas y de cinco corbetas, mandada por el comodoro Preeble, fué á cruzar en los mismos puntos en el mes de agosto de 1803. La fragata *Filadelfia* precedía á los otros buques; pero habiéndose adelantado sobre los bajíos de una costa que le era desconocida, no pudo lograr desembarazarse de ellos, y despues de haber arrojado al mar todo su cargamento, y casi toda su artillería, sin que pudiese conseguir ponerse á flote y largarse, tuvo que rendirse con su tripulacion á los buques enemigos que la atacaban de todos lados. El comodoro Preeble se apoderó á su vez de un schooner tripolino; pero fueron vanos todos los esfuerzos que hizo para canjear los buques y los hombres que se habían apresado de una y otra parte.

Entónces Decature, que era teniente de navío, concibió el atrevido proyecto de volver á tomar dentro del mismo puerto la fragata americana. Se puso á su disposicion el schooner *Intrépido* con sesenta soldados y seis marineros; y saliendo de Siracusa se presentó delante de Trípoli el 10 de febrero de 1804; entró en el puerto, se adelantó hasta cincuenta pasos de la presa, se dirigió á sus flancos, y saltó á bordo con el piloto Morris; siguióle la tripulacion, y arrojándose todos con espada en mano sobre el enemigo, barrieron los puentes y se apoderaron de la fragata. Sin embargo bien pronto un fuego terrible de las baterías del muelle, de los castillos y de los corsarios de la Rejencia incendió el buque, y los Americanos tuvieron que retirarse. Estos no tuvieron mas que cuatro hombres heridos: los Tripolitanos habían perdido veinte y dos en el combate, y la presa que habían hecho fué destruída delante de sus mismos ojos.

En el siguiente mes de agosto, la escuadra americana vino á anclar á tiro de cañon de las baterías del puerto: tuvo varios encuentros con las fuerzas de la Rejencia: el 5 de setiembre, el teniente Somers, acompañado de los tenientes Wadsworth é Israel, tuvo el encargo de aproximarse todo lo posible á la ciudad y á las baterías, con un brulote cargado con diez barriles de pólvora y con trescientas bombas: le seguía una barca á cuyo bordo debía refugiarse para ganar el brik la *Sirena*; pero no volvió de la expedicion. Dos galeras enemigas, tripuladas con cien hombres cada una, estaban para alcanzarle cuando se oyó la explosion, se cree que Somers no queriendo retirarse, y prefiriendo la muerte á la esclavitud, pegó fuego á la pólvora. Las galeras fueron destruídas, un gran número de bombas reventó sobre la ciudad y el castillo, esparciendo en todas partes la consternacion.

Cuando Preeble regresó á los Estados-Unidos, el congreso le pasó un voto de gracias, y le decretó una medalla de oro en recompensa de sus gloriosos servicios.

Se formó una nueva expedicion contra Trípoli: el jeneral Eaton que la mandaba tenia el encargo de concertarla con Hamet, antiguo bajá de Trípoli, arrojado de su bajalato por su hermano, y retirado á la sazón en Egipto, en donde se mantenía aun á la cabeza de algunas tropas. El 6 de marzo de 1805, el jeneral Eaton, acompañado de Hamet, salió de Alejandría con un cuerpo de caballería árabe, otros partidarios del bajá destronado y setenta cristianos. Despues de un penoso viaje á través de la Cyrenáica, llegó, el 25 de abril, delante los muros de Derné. No habiendo podido lograr su rendicion un parlamentario que había enviado al gobernador de la plaza, se dió el asalto, y esta ciudad fué tomada á la bayoneta; había llegado á la bahía parte de la escuadra americana, la que secundó poderosamente el ataque de las tropas de tierra.

Se hallaba entónces en campaña

un ejército africano; el cual se presentó, el 18 de mayo, delante de la ciudad para probar si podía tomarla de nuevo; pero fué rechazado, y tuvo que retirarse precipitadamente al otro lado de las cordilleras. Volviendo á la carga este ejército empuñó varias escaramuzas, cuando el 10 de junio sostuvo cerca de la orilla del mar un combate jeneral en el que fué tambien derrotado.

Sin embargo, mientras que el jeneral Eaton y Hamet conseguían estos triunfos en la provincia de Darné, el bajá reinante hacia negociar en Trípoli un tratado de paz con Tobias Lear, acreditado cerca de él por el gobierno federal. Este tratado estipuló la libertad de los prisioneros americanos, y su rescate fué fijado á una suma de sesenta mil libras esterlinas. Las tropas de los Estados Unidos debieron cesar en sus hostilidades, y en su consecuencia se volvieron á embarcar, prometiendo su comandante emplear su influjo para persuadir á Hamet que se retirase. Se habian aprovechado sus servicios, aparentando que se le servia á él, y conoció cuán frágil era la proteccion de los estranjeros al verse sacrificado al restablecimiento de la paz.

La guerra habia durado cuatro años, y las expediciones de los Americanos en el Mediterraneo habian dado á conocer la brillantez de su naciente marina. Esta prueba podia ser útil á su consideracion política, porque habia demostrado todo lo que se podia esperar de la intrepidez de sus marinos y del desarrollo de sus fuerzas navales, en caso de tener que emplearlas en su propia defensa.

Concluida esta guerra, se hallaron los Estados Unidos en paz con todas las naciones: los nuevos distritos que habian adquirido doblaban la estension de su territorio, y se ocupaban de los medios de enlazar entre sí todas sus partes, cuando el jenio inventor de Fulton les preparó los conductos mas rápidos y poderosos de comunicacion que se habian imaginado hasta aquella época.

El proyecto de aplicar á la nave-

gacion la fuerza expansiva del vapor, y de hallar en él un principio de movimiento para acelerar la marcha de los buques y asegurar su direccion, habia ocupado ya á varios Americanos. Se buscaba un mecanismo cuyos efectos pudieran ser superiores á la accion de los remos; y se hicieron sucesivamente diferentes ensayos, tanto para escojer el primer motor, como para adoptarle el sistema de rotacion é impulso que pudiese obrar con mas energia.

Sin empeñarnos en seguir detalladamente la série y los progresos de estas útiles investigaciones, las cuales debian estar apoyadas con toda la precision del cálculo, harémos observar que Fulton se dedicaba con ardor desde muchos años en el exámen de estas cuestiones, cuando en 1802 hizo en Francia, durante su permanencia en Plombières, una série de esperimentos comparativos sobre los diferentes medios de impulso. Convencido de que el empleo de las ruedas con palas era el mejor de todos, trazó un plan ingenioso para adoptarlas al buque que debian hacer navegar, y á la máquina que debia imprimirles el movimiento: quiso al propio tiempo comparar la fuerza de la máquina con la rapidez de la rotacion, y combinar la resistencia del agua con la forma que debia darse al barco. Sus cálculos tenian por objeto obtener una celeridad de cuatro millas por hora; pero encontró asimismo los medios de obtenerla mucho mayor. El barco de vapor con el que ensayó su nuevo modo de navegar, fué construido en Paris y botado en el Sena en 1803. El esperimento tuvo un éxito completo; y el canceller Livingston, que residia entonces en Francia, como ministro americano, se dedicó, de concierto con Fulton, á procurar que su patria gozase prontamente de aquel feliz descubrimiento. Él mismo se habia entregado á esta especie de investigaciones antes de hallarse revestido de su mision, y habia obtenido de la legislatura de Nueva York el proyect de establecer un paquete de vapo-

en el rio Hudson, si podia presentar un modelo en el decurso de un año. El esperimento no pudo hacerse, y el proyecto fué abandonado; pero Fulton, despues de su descubrimiento, se fué á Inglaterra para procurarse una máquina de vapor tal como la habia perfeccionado Watt, y con el fin de vijilar su construccion. Esta fué trasportada á Nueva York á fines de 1806; todas las piezas, todos los rodajes que debian recibir su impulso de este primer motor fueron preparados; y el buque, artísticamente construido, al que se aplicó aquel grande mecanismo, abrió de repente sin remos y sin velas su rápida navegacion. Un pueblo numeroso habia acudido á este espectáculo, y seguia sin pestañear con la vista y asombrado aquella obra del cálculo y del jenio.

Para abreviar tambien las comunicaciones por tierra, se tomó auxilio de los esperimentos que se habian hecho en 1801, por Evans de Filadelfia. Este hombre ingenioso, hallándose con el encargo de construir un barco de honda para limpiar el puerto, y evitar cualquiera envasamento, habia hecho construir en sus grandes talleres, situados á media legua de la orilla, la máquina y el barco destinados á este objeto: hizo colocar esta pesada carga sobre unas ruedas, á las cuales la fuerza del vapor imprimia el movimiento; el buque fué trasportado de este modo hasta la orilla del rio, y la misma fuerza de impulsión le lanzó en él, y le puso á flote. Evans no hizo ningun otro ensayo de su máquina locomotiva para efectuar trasportes por tierra; pero la invencion, cuyo honor le pertenece, recibió desde luego en Inglaterra diversas aplicaciones. Se queria disminuir el frote y los obstaculos, y para hacer dar vueltas á las ruedas sobre un plan uniforme y sin asperezas, se idearon los caminos de hierro, cuya prueba se hizo en 1806, en el pais de Gales.

Tales fueron los primeros ensayos que se hicieron, tanto por tierra como por agua de un descubrimiento que propendia á multiplicar las

relaciones sociales de todos los paises.

La situacion próspera, á la que habian ya llegado los Estados Unidos, habia sido constantemente secundada por la cooperacion de todas sus autoridades. Cualquiera que fuese la diverjencia de las miras políticas de los hombres que se sucedieron en el poder, todos se señalaron por la pureza de su celo y por una sincera adhesion á su patria. Washington, Juan Adams y Jefferson habian llegado á la suprema magistratura por una larga série de servicios honrosos; pero á medida que la opinion pública se dividia y que los partidos se presentaban cara á cara, la elevacion al poder era mas disputada, y si la grandeza nacional estaba asegurada, no quedaban ciertamente satisfechas todas las ambiciones particulares.

Cuando Jefferson fué nombrado presidente, en 1801, habia tenido por competidor al coronel Burr; no habiendo ninguno de ellos reunido la mayoría de votos en las asambleas electorales, el senado se habia visto precisado á escojer entre ellos, y solamente despues de una série de escrutinios indecisos fué cuando Jefferson obtuvo los sufragios del mayor número.

Tocaba á Burr la vice-presidencia, y á pesar de ser esta una dignidad tan eminente, no pudo contentarse: el poder que no habia podido alcanzar le causaba celos; reducido á esperar otra eleccion, procuró por todos los medios recobrar la superioridad de los votos; y antes de espirar sus funciones, se puso en las filas del Estado de Nueva York para conseguir que le nombrasen gobernador de él. Este nombramiento podia proporcionarle un número mayor de votos, y le miraba como el camino hácia la presidencia; pero el influjo de que gozaba Alejandro Hamilton le hizo separar, y el coronel Burr, ofendido por algunas observaciones personales de que no quiso retractarse este jeneral, le envió un cartel de desafio. En este combate singular fué muerto Hamilton, y el sentimiento que causó la

pérdida de un hombre que se había distinguido en los campos y en los consejos, hizo perder á su adversario toda esperanza de suceso para lograr la presidencia, y aun para la continuacion de la vice-presidencia; y Jefferson, querido del partido popular, y respetado de sus mismos antagonistas, fué promovido de nuevo á la primera magistratura.

Al ver Burr sus esperanzas fallidas, volvió la vista hácia otras combinaciones políticas: se trasladó á los Estados del oeste, en los que los ánimos por largo tiempo ajitados podían ser aun sublevados, y en la mala intelijencia que reinaba entonces entre la España y los Estados-Unidos, vió un medio de atraer á su alrededor nuevos partidarios, creándose quizás otra existencia. Los Americanos se quejaban de que la España les rehusara una indemnizacion, por un gran número de presas ilegales: reclamaban contra las trabas puestas á su comercio por el gobernador de la Mobile, y contra algunas violaciones de territorio cometidas sobre las fronteras occidentales de la Luisiana. Estas quejas eran repetidas con desabrimiento: muchos hombres acalorados veían en ellas un motivo plausible de atacar las Floridas, y quitarlas á la España; y aunque el gobierno federal no quería acudir á ninguna medida hostil, á lo menos miraba como apetecible la adquisicion de este territorio.

El coronel Burr supo aprovecharse admirablemente de la disposicion en que se hallaban los ánimos, y conoció todo el partido que podía sacarse de los descontentos, dispuestos siempre á favorecer toda clase de innovaciones. Los mismos á quienes se podía escitar contra la España, tenían igualmente quejas contra el gobierno federal: ambos motivos de resentimiento podían ayudar á ponerlos en juego, á hacerles tomar las armas, y á arrastrarles insensiblemente por un camino del que no pudiesen ya retroceder. Mientras que Burr procuraba bajo diversos pretestos ganar á su favor hombres emprendedores que pudieran servirle, evitaba en-

tregarse á su discrecion con confianzas prematuras: no les descubría sino una parte de sus designios; empezaba á tener reuniones, cuyo objeto parecia inofensivo; y cuando por fin sus manejos debieron escitar toda la vijilancia de las autoridades públicas, la oscuridad que envolvía aun sus diferentes actos, dejaba apenas asidero para una acusacion positiva, cuyas pruebas judiciales eran difíciles de reunir. Unos le atribuían el proyecto de desmembrar los Estados-Unidos y de querer formar un gobierno separado con los del oeste; otros le reprendían el querer envolver el país en una guerra nueva, preparando una expedicion contra las colonias españolas.

Burr poseía la actividad y enerjía necesarias para sostener una empresa difícil y peligrosa. Ni pudieron retraerle de ella las primeras denuncias, que le parecían demasiado vagas para que le hiciesen incurrir en ninguna condenacion, conociendo como conocia bastante el alcance de las leyes para colocarse fuera de él. Absuelto á fines de 1806 por los tribunales de Kentucky, siguió adelante en sus proyectos, ganó el valle del Misisipi en busca del aumento de partidarios, y se fué á Natchez: allí fué otra vez empleado ante los tribunales; pero el jurado declaró que no era culpable de crimen ni de ofensa contra las leyes, y que no habia dado al pueblo ningun motivo lejítimo de inquietud ni de alarma. Sin embargo, aunque fuese absuelto delante de la ley, no lo estaba por la opinion pública; el arresto de algunos de sus confidentes le determinó á alejarse con precipitacion: pero fué detenido junto á las orillas del Tombigbe, y se le acusó como prisionero de Estado ante el tribunal federal de Richmond en Virginia. El proceso que se instruyó entonces fué proseguido con solemnidad, aunque pronto se abandonó el cargo de traicion que se le habia hecho; pero Burr era acusado de haber organizado en el territorio de la confederacion una expedicion militar, contra una nacion con la que se estaba en paz. Las pruebas juiciosas

que tenían que hacerse, y los numerosos testimonios que había que recojerse en varios puntos, prolongaron la causa por espacio de tres meses, siendo sentenciada el primero de setiembre de 1807; y el jurado declaró que no habiendo adquirido la prueba de los cargos hechos contra el acusado, le reconocía por no culpable. Esta fué la última escena de su vida política; desde este momento volvió á entrar en la vida privada, y se circunscribió á las ocupaciones del foro, en donde debía aun hacerse reparable por la sutil penetracion de su espíritu, y por sus profundos estudios de jurisprudencia. Su nombre no podía ser oscuro, pero habia cesado de ser temible.

Habiéndose felizmente disipado las inquietudes que habia hecho nacer el proyecto de desmembracion, las empresas de desmonte dirigidas á los Estados del oeste, se renovaron con mayor actividad; estendiéndose á los territorios de la Indiana, del Illionés y de Michigan, ganaron las márgenes de la Mobile, y empezaron á prolongarse al otro lado del Misisipi, en las comarcas que habia adquirido el gobierno federal. En 1804 la Luisiana habia sido dividida en dos distritos, cuyas capitales eran Nueva-Orleans y San Luis del Missouri; un enjambre de habitantes se presentó allí, y el comercio y la navegacion del Misisipi tomaron un vuelo tanto mas rápido, cuanto sus dos orillas se hallaban bajo la proteccion de un mismo gobierno.

No gozó Napoleon por mucho tiempo del precio de la cesion que habia hecho. Se habia vuelto á encender la guerra entre él y la Gran-Bretaña, en el mes de mayo de 1803; los sesenta millones que habia recibido de los Estados-Unidos fueron empleados en los preparativos de un desembarco en Inglaterra; y esta suma fué arrojada inútilmente en el Océano, pues que el proyecto de desembarco quedó sin realizarse. El sacrificio mismo de la Luisiana no fué aun bastante para conservar entre los Estados-Unidos y la Francia la buena intelijencia de la que debía ser la garantia; y el efecto de seme-

jante arreglo fué prontamente destruido por innumerables motivos de queja. Los Estados-Unidos se hallaron espuestos á agresiones y perjurios de los que se resentieron vivamente, y que se hicieron bien pronto notar en sus relaciones habituales con las Antillas.

Después de los trastornos de Santo Domingo, el comercio de esta isla habia pasado á los Americanos; los negros, que carecían de marina, estaban interesados en favorecerle, y cuando el primer cónsul hubo enviado contra ellos una expedicion, los cruceros establecidos en aquellos puntos no pudieron impedir que los Estados-Unidos continuasen en las mismas relaciones. Hasta tomaron el partido de dar á sus buques mercantes los medios de defenderse, y como los armamentos dirigidos contra ellos les persiguieron y atacaron mas de una vez, hasta sobre sus mismas costas, el congreso publicó, el 4 de noviembre de 1804, un decreto que autorizaba al presidente para permitir ó privar, á su voluntad, la entrada en los puertos y radas de los Estados-Unidos, á todo buque armado que perteneciese á cualquiera nacion extranjera. Esta medida era aplicable á entrambas partes beligerantes: porque tanto la Inglaterra como la Francia no procuraban mas que entorpecer por medio de sus cruceros las comunicaciones mercantiles de los Americanos con las posesiones francesas y aun con sus propias colonias.

En el mes de marzo de 1805, declaró el congreso por otro decreto, que ningun buque armado para ser echado al mar, podría dirigirse á las Antillas ni á las costas del continente desde Cayena hasta las fronteras de la Luisiana, á menos que se hubiese obligado bajo caucion á no usar de sus armas sino para su defensa, y á no venderlas en ninguna parte, volviéndolas á llevar á los Estados-Unidos. La intencion del gobierno federal era de permanecer en un estado de exacta neutralidad, y de no proveer de municiones de ninguna clase, ni de ningun instrumento de guerra á las potencias belije-

rantes: sin embargo, á pesar de estas restricciones, el comercio americano continuó en ser atacado en los puntos de las Antillas. Bien pronto debía sufrir en todos los puntos del Océano los golpes mas rudos, pues que las medidas que la Inglaterra y la Francia tomaron con respecto á los neutrales, no permitieron ninguna seguridad á su comercio ni á su navegacion. Sus derechos fueron olvidados; y estas dos potencias no conocieron ya límites en el vigor de los decretos que publicaron; el gobierno británico fué el primero en dar el ejemplo, en 16 de mayo de 1806, declarando en estado de bloqueo una parte de las costas occidentales de Europa, desde el Elba hasta Brest.

Este bloqueo ideal que ninguna fuerza marítima hubiera podido realizar de un modo completo, esponia al encuentro de los cruceros ingleses un gran número de barcos neutrales; acarrea entonces la captura de estos, de las mercaderías, y algunas veces de las tripulaciones; y esta primera violacion de todos los derechos produjo un cambio y una serie de decretos y reglamentos, cuya severidad fué siempre en aumento.

El Emperador Napoleon, que á la sazón disponia de una gran parte de la Europa, y al que sus victorias habian abierto las puertas de Berlin, en el mes de noviembre de 1806, contestó á las proclamas del gobierno inglés: declarando él mismo en estado de bloqueo las islas británicas, privándolas de toda comunicacion legal con el continente, y mandando que no fuese admitido en los puertos ocupados por sus armas ningun buque que viniese directamente de Inglaterra ó de sus colonias.

En su consecuencia la Gran-Bretaña prohibió tambien toda comunicacion con los puertos ocupados por la Francia ó por sus aliados; y se declararon apresables todos los buques que se dirijiesen á ellos, á menos que no fuesen á recalar en los puertos británicos, en donde deberian pagar un derecho, y de los cua-

les serian luego espedidos para su destino.

Esta sujecion, impuesta por la Inglaterra á los buques de las demás naciones, dió inmediatamente lugar al decreto imperial de Milan del 17 de diciembre de 1807. Este declaraba desnacionalizado todo buque que se hubiese sometido á la visita de un barco inglés, ó que hubiese pagado un derecho cualquiera al gobierno británico. Todo buque así clasificado, que entrase en los puertos de Francia ó de sus aliados, que fuese haliado en el mar por sus buques armados ó por sus corsarios, seria declarado por de buena presa; lo mismo sucederia con los de toda otra nacion que viniese de los puertos de Inglaterra ó de sus colonias, ó que tuviese este destino; y estas medidas no cesarian de tener su efecto sino con respecto á las potencias que tuviesen la firmeza de obligar á la Inglaterra á respetar su pabellon.

Cada una de las prohibiciones que acabamos de referir habia sucesivamente empeorado la condicion de los neutrales; y el gobierno británico la agravó todavia mas, al declarar en estado de bloqueo todas las costas meridionales de España, desde Cádiz hasta Cartajena.

La guerra autoriza indudablemente el derecho terrible de represalias, pero el rigor que acabamos de observar no tenia ciertamente este carácter; porque perjudicaban mucho menos á los belijerantes que á las potencias neutrales. Al cambiar de este modo el objeto de las hostilidades, se habian traspasado todos los límites; y por otra parte no era posible, sin esponerse á las justas reclamaciones de los neutrales, envolverlos en las medidas que se tomaban por uno y otro lado para dañarse mutuamente. Esto era contraer una deuda con ellos; aumentarla sin cesar, siendo indispensable pagarla algun dia.

Los Estados-Unidos sufrieron mas que ninguna otra nacion de este estado de irritacion: insistieron para con la Francia y la Gran-Bretaña acerca de la revocacion las órdenes que

perjudicaban su navegacion y su comercio; y el gobierno federal, no pudiendo conseguir ninguna mitigacion de este sistema de rigor, publicó, el 1.º de marzo de 1809, un decreto que prohibia inmediatamente la entrada en todos los puertos americanos á todos los buques de guerra, tanto ingleses como franceses; y que, á principiarse del 20 de mayo siguiente, lo prohibia igualmente á todos los mercantes, bajo pena de captura y confiscacion; el mismo acto prohibia toda importacion de mercancías inglesas ó francesas en los Estados-Unidos; y esta prohibicion debia durar hasta la época en que fuesen modificadas las medidas tomadas contra su comercio.

Ya habia el congreso prohibido, por dos decretos del 22 de diciembre de 1807 y de 9 de marzo de 1808, la salida de todos los buques de comercio americanos, con el fin de sustraerlos á los ataques de los belijerantes: por su nueva ley continuó prohibiendo toda expedicion de buques para la Inglaterra ó para la Francia, aunque este embargo fué eludido muchas veces: un gran número de capitanes americanos no cesó de navegar y de seguir especulaciones arriesgadas, en las que lo casual de los beneficios era todavia superior á las pérdidas. El bill del 1.º de marzo fué el último acto de la administracion de Jefferson. Habia este sostenido con vigor, pero sin provocar un rompimiento, el derecho de neutralidad; se habia aprovechado con habilidad de todos los medios de conservar honrosamente la paz; y veia al volver á entrar en su retiro, que su pais se resarcia, con las mejoras interiores, de todas las trabas que se habian puesto á sus relaciones estrangeras. Grandes son los acontecimientos que pertenecen al tiempo en que fué presidente Jefferson, la adquisicion de la Luisiana, la invencion de los barcos de vapor, y la empresa de unir por una grande línea de navegacion los países del este y del oeste.

Este último plan habia sido formado en el estado de Nueva-York; y el gobernador Morris propuso, en 1803, abrir un canal entre el rio Hudson y

los grandes lagos que separan el Canadá de los Estados-Unidos. La legislatura de este pais concedió la autorizacion, en 1808, para los primeros gastos que debia ocasionar la averiguacion de si era ó no practicable semejante línea de comunicacion; y se proyectó dirijirla hácia el lago Ontario, contando con las aguas de Mohawk, del lago Oneida y del rio Oswego: pero era necesario, si se adoptaba este sistema, ligar los lagos de Erié y Ontario por otros medios de navegacion, y se tuvieron que reconocer todas las situaciones del terreno que los separa, con el objeto de apreciar las dificultades que tendrian que vencerse.

El Niagara, que recibe las aguas del lago Erié y que va á derramarlas en el Ontario, recorre una dilatada concha en la que se despliega con majestad: las alturas de su orilla izquierda, las llanuras de su derecha, y las varias islas que aquel abraza, están adornadas de una rica vegetacion; luego el terreno se presenta mas árido, las peñas están desnudas; y su meseta, prolongándose debajo del lecho del rio, soporta el inmenso volúmen de sus aguas; pero esta base le falta de repente, y termina con una escarpadura de ciento y cincuenta piés de elevacion, teniendo una milla de ancho; por donde el Niagara se arroja y precipita con impetuosidad en el valle abierto que tiene delante, erizado de escollos, en los que se estrellan las aguas y resaltan hácia el cielo en la forma de un torbellino de vapor. Entre el pié de las peñas y el salto de las aguas hay abierta una bóveda; un rujido eterno se desprende de esas olas derrumbadas, los ecos le redoblan y le dilatan confundiendo con el estampido de los truenos; y cuando el cielo está sereno, el sol refleja muchas veces los colores del arco iris, en la nube aislada que se levanta y queda suspendida sobre aquel abismo. Este espectáculo de un rio que se precipita, y del valle profundo en que yerbe para volver á tomar su manso curso, los erguidos bosques que le rodean como con una cintura, los rayos del dia ensanchados sobre su cabeza, presentan la

naturaleza con todo el esplendor de su magnificencia y de su hermosura (véanse las láminas 95 y 96).

A la vista de una barrera que el poder del hombre no traspasará jamás, los ingenieros encargados de examinar la orilla derecha del río, intentaron desde luego hacer un canal, en el cual el desnivel sería compensado por cierto número de esclusas, pero Mr. Geddes creyó que sin escalar de este modo la navegación, por unos medios que la harían lenta, se podía abrir del este al oeste una comunicación directa entre la bahía de Hudson y el lago Erié, siguiendo por un lado las orillas del Mohawk, y por el otro la del Tonawanta; se aseguraron de que en el intervalo de un río á otro se hallarían corrientes de agua, suficientes para alimentar el canal y para elevarle ó bajarle sucesivamente á los diversos niveles, conforme á la configuración del terreno y á la abundancia de agua de que se pudiese disponer: una comisión nombrada en Nueva York, en 1810, adoptó este último proyecto, y tuvo el encargo de asegurar su ejecución. Este canal debía empezar en el norte de la ciudad de Troya, seguir las riberas del Mohawk, cuya navegación se hallaba muchas veces interrumpida por saltos y despeñaderos, recorrer las rejiones en donde debían prontamente levantarse los pueblos de Ulica, Roma, Siracusa y Rochester, y dirigirse, aprovechando todas las afluencias de agua intermedias, hacia la embocadura del lago Erié cerca de Bufalo, en donde la nación de los Sénecas había tenido sus citas para la caza, y había construido sus piraguas (véanse las láminas 93 y 94).

Antes que se emprendiesen estos trabajos, el estado de Massachusetts había dado ya un ejemplo de ellos, haciendo escavar, entre Merimack y Boston, un canal de navegación que fué abierto en 1804. Esta línea era sin duda menos importante; pero dió á conocer la ventaja de unir, por medio de una navegación interior, diferentes costas, cuyas comunicaciones por mar eran á la vez más lentas y peligrosas: y debía hacerse al-

gun día una grande aplicación de este principio, en el sistema de defensa adoptado posteriormente para el litoral de los Estados-Unidos.

Hemos citado á Boston muchas veces en el curso de esta historia por su cooperación á todas las grandes empresas: esta ciudad supo dar asimismo un impulso favorable al comercio, y algunas de sus expediciones marítimas merecen particular mención. Tenía estensas relaciones con la China y las Indias orientales; sus buques, espeditos desde puertos meridionales, llevaban á la América del sur una parte del producto de sus manufacturas: doblaban el cabo de Hornos, subían por el grande Océano hasta la costa nordeste de la América, en donde se hacía la saca de la peletería y la de los cueros de foca y de ternero marino: los llevaban á la China, de donde esportaban sedería y cargamentos de té; iban á tomar jéneros de algodón en las Indias, y regresaban á las Molucas, á las Célebes y á las islas de la Sonda, para cargar de especería. Estos viajes al Asia tenían á los Bostoneses mucho tiempo en el mar; sus marineros se acostumbraban á las más penosas fatigas de la navegación, y gozaban de gran reputación por su habilidad é intrepidez. Los hijos de las familias más acaudaladas eran con frecuencia colocados á bordo de los buques que hacían el comercio del Asia: un profesor les enseñaba la teoría de la navegación, á la que unían una práctica asidua; se ejercitaban en toda clase de maniobras, y esta escuela, que duraba muchos años, en la que el estudio corría parejas con la experiencia, proporcionaba á la marina americana oficiales excelentes.

Otros buques destinados al comercio de Europa, iban sucesivamente á Liverpool, á Holanda, al Havre y al Mediterráneo: la pesca del bacalao, de la ballena y de los elefantes marinos ocupaba un gran número de marineros: y la actividad de las manufacturas y de los astilleros, cada año hacía nuevos progresos.

Sin embargo, la feliz situación de Nueva York, más central y más mano de todas las mercancías del inte-

rior, principiaba á afirmar su preponderancia mercantil, atraía dentro de sus murallas una población numerosa, y la escitaba á entregarse á las más vastas empresas. Estas se dirigían sobre todo hacia las tierras del oeste, campo inmenso para los descubrimientos, y cuyos límites, todavía inciertos, debían dilatarse más y más.

Luego que el gobierno federal hubo adquirido la Luisiana, deseó conocer con exactitud los países situados al occidente del Misisipi. Zebulon Pike tuvo el encargo, en 1805, de recorrer todas las aguas tributarias superiores de este río: subió hasta el lago Sandy, y volvió al cabo de nueve meses á la desembocadura del Missouri, punto de donde había salido. Este oficial emprendió, en 1806, una nueva expedición, remontó todo el curso del Osage, se dirigió sobre el Arkansas, á cuyo nacimiento llegó igualmente, mientras que Wilkinson bajaba por el mismo río hasta su desembocadura; fué en seguida á reconocer los manantiales del río de la Plata, traspuso las montañas sobre las márgenes del río del Norte, por cuyo curso descendió: entonces viajaba por las posesiones españolas sin estar autorizado para ello, por cuyo motivo las autoridades locales le hicieron arrestar y escoltar hasta la frontera. Dunbar y Hunter habían visitado, en 1804, las corrientes del Washita, que desagua en el río Colorado: este fué reconocido por el doctor Sibley; y el gobierno de los Estados-Unidos encargó á los capitanes Lewis y Clarke que explorasen el curso del Missouri, desde su desembocadura hasta su nacimiento, que ganasen en seguida, por el camino más recto, el primer río navegable, situado en las vertientes occidentales de las montañas peñascosas, y siguiesen su curso hasta las costas del gran Océano.

Este viaje, empezado en 14 de mayo de 1804, fué ejecutado con tanta habilidad como buen éxito. Acompañaba á Lewis y á Clarke una escolta de cuarenta hombres, provistos de medios de defensa, y con especial encargo de no cometer ninguna

agresión: se dedicaron pues no solo á conocer perfectamente el río, y las comarcas que tenían que recorrer, sino en ganar la confianza de las naciones indias, á las que iban á ofrecer paz y amistad. Les hicieron saber que los Estados-Unidos habían sucedido en la posesión de la Luisiana á sus antiguos dueños que, destinados á conservar relaciones constantes con sus tribus, les llevaban la protección del gobierno federal, su intervención para poner paz entre ellos, sus socorros y sus presentes, para que todo concudiese á su bienestar: les entregaron armas, telas y algunos muebles útiles: desplegaron á su vista el pabellón de los Estados-Unidos, y regalaron á los jefes uniformes del ejército americano; esto era enarbolar á un mismo tiempo la señal de su soberanía, y ofrecer prendas de su adopción. Representaban al presidente como un padre que hacía visitar á sus hijos colorados, les invitaban á que á su vez le enviasen una diputación: y la potencia que se les ofreció en la forma de una autoridad paternal, les hallaba muy dispuestos á deferir á sus consejos.

Aunque las diversas naciones de estos países perteneciesen todas á la clase de pueblos cazadores, se diferenciaban entre ellas por algunos matices. Los Osajes habían hecho algunos progresos en la agricultura, debiendo á la vecindad de las colonias españolas estos primeros presantos de civilización. Los Panis tenían también algunos campos cultivados, pero no formaban un solo cuerpo de nación, y su número había quedado muy reducido, por razón de sus prolongadas guerras con los Osajes.

La nación india más poderosa era sin duda la de los Sioux, divididos en diez tribus, las cuales podían reunir tres mil guerreros: estos ocupaban la estension que media entre el Misisipi y el Missouri, y se corrían hacia el norte hasta el río Colorado, cuyas aguas van á parar al lago Winnipeg. La compañía inglesa del nordeste, que tenía una factoría junto á este lago, mantenía algunas relaciones de comercio con los Sioux, y los ca-

pitanes Lewis y Clarke hallaron entre ellos intérpretes que facilitaron sus comunicaciones.

Los Ricaras, á los cuales hallaron hácia el oeste, eran de un mismo origen que los Panis, de los que se habían luego separado; habiéndose aproximado á los Mandansa, que ocupaban los valles mas septentrionales del Misisipi. Estos dos pueblos hacian el comercio de pieles con la compañía del nordeste; algunos Franceses, procedentes del Canadá, se habían establecido en medio de ellos, y al detenerse los viajeros en la aldea principal de los Mandansas para pasar en ella el invierno, tuvieron ocasion de procurarse muchas noticias acerca de las costumbres de aquellas tribus.

Todas las aldeas de estas naciones se asemejan: sus casas ó chozas son de forma cónica, las paredes se componen de estacas fijadas en el suelo, encorvadas, aproximadas hácia su remate, y atadas entre sí con ramas largas y flexibles que se entrelazan como encañizado: se traza en su cima una abertura de algunos piés, para dar luz y para la salida del humo. Estas chozas están divididas en muchos compartimientos para la habitacion de las familias: el depósito de sus provisiones de invierno y las de las pieles que deben trocar con los Canadienses ó con otros factores estranjeros.

Las observaciones que hemos hecho ya en el curso de esta historia, acerca de los Indios situados al oriente del Misisipi y en la rejion de los Apalaches, pueden aplicarse igualmente á las naciones occidentales. La semejanza de su situacion en el orden social esplica la desus hábitos. La caza y la pesca son sus principales medios de existencia: ellas se disputan sus bosques y sus rios con el mismo encarnizamiento y con la misma crueldad hácia sus prisioneros. Algunos principios de civilizacion han tenido principio en los estremos límites de sus territorios salvajes; pero el imperio de los hábitos se resiste á esta dichosa innovacion: el ascendiente de la fuerza predomina allí, y se buscan las fatigas y los

peligros, despreciando los pacíficos goces de una vida sedentaria. Y sin embargo, á despecho y á través de estos obstáculos, es como los pueblos antiguos han abandonado los bosques y los pastos, y se han encumbrado á todo el desarrollo de la moral y de la intelijencia. La posteridad ha consagrado los nombres de algunas personas que fueron causa de su civilizacion; una gloria tan noble y tan pura podria satisfacer aun la ambicion mas exaltada.

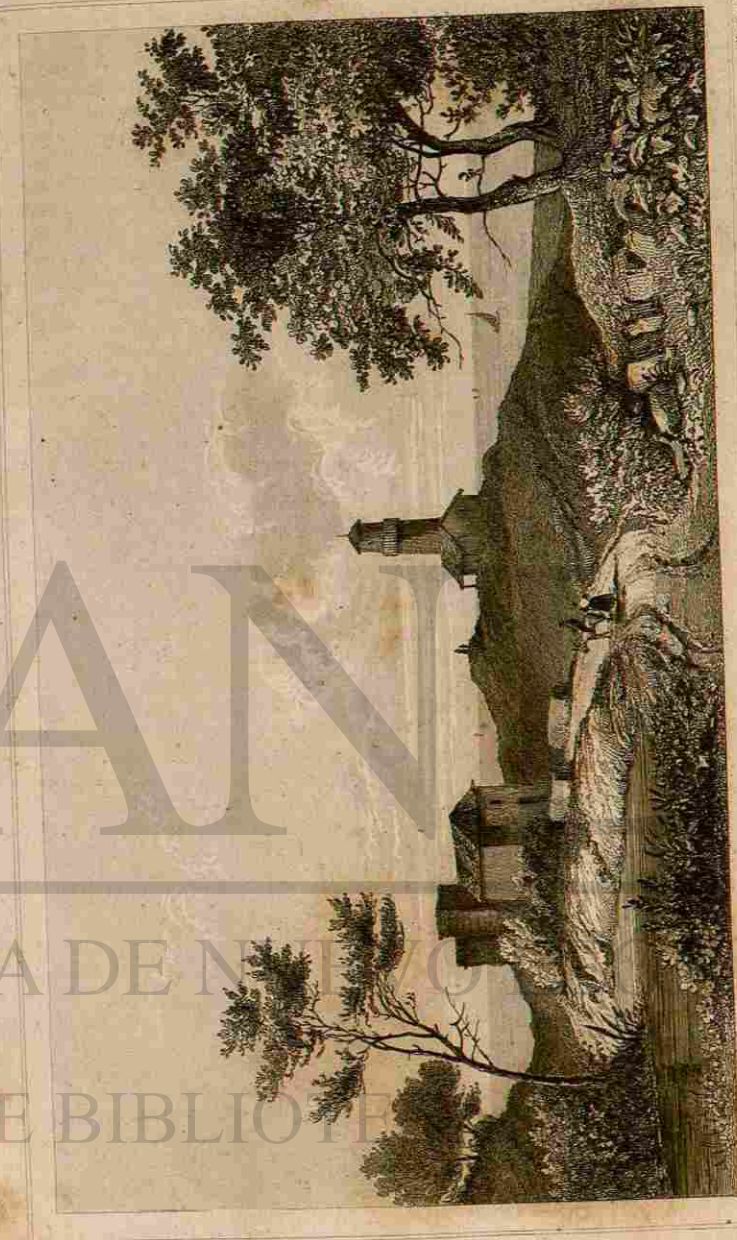
Al retorno de la primavera, los viajeros americanos volvieron á emprender su expedicion: se embarcaron en el Missouri, al que constantemente habían hallado navegable, y el 15 de junio de 1805, se hallaron detenidos por las cataratas de este rio, á mas de quinientas leguas de su desembocadura. Un ruido sordo y continuo que se oia á muchas millas de distancia, les habia ya advertido de este fenómeno: llegaron al pié de algunos rápidos, y se hallaron con el grande espectáculo del gran salto del Missouri, desplegando una cascada de ochenta y siete piés de elevacion sobre seiscientos de anchura. Esta no comprende todo el ancho del rio, y las aguas vecinas de cada una de las dos orillas se precipitan en cascada, y de peñasco en peñasco hasta la misma profundidad. Mas allá de este imponente salto, se perciben otros rápidos, á los que sigue una segunda cascada de cuarenta y siete piés de elevacion. Otros escalones, en los que el agua cae con estruendo, se divisan todavía mas lejos, y se hallan superados por otra tercera caída de veinte y siete piés, á la cual están unidas otras varias cascadas que con su nevada espuma coronan este magnífico cuadro. Sin embargo, no tiene comparacion con la del Niagara, en la que el despeñamiento de todo un rio se verifica á la vez, y en donde la sencillez y la magnificencia se hallan combinadas.

Los Americanos atravesaron por medio del transporte el intervalo de aquellas caídas, y volvieron á emprender la navegacion del Missouri; pero al llegar al pié de la primera cordillera de montañas, se hallaron pas-

94

ESTADOS UNIDOS.

ETATS UNIS.



Vista del lago Erie.

View of Lake Erie.

R

M. 1805.

La Rivière James de St.

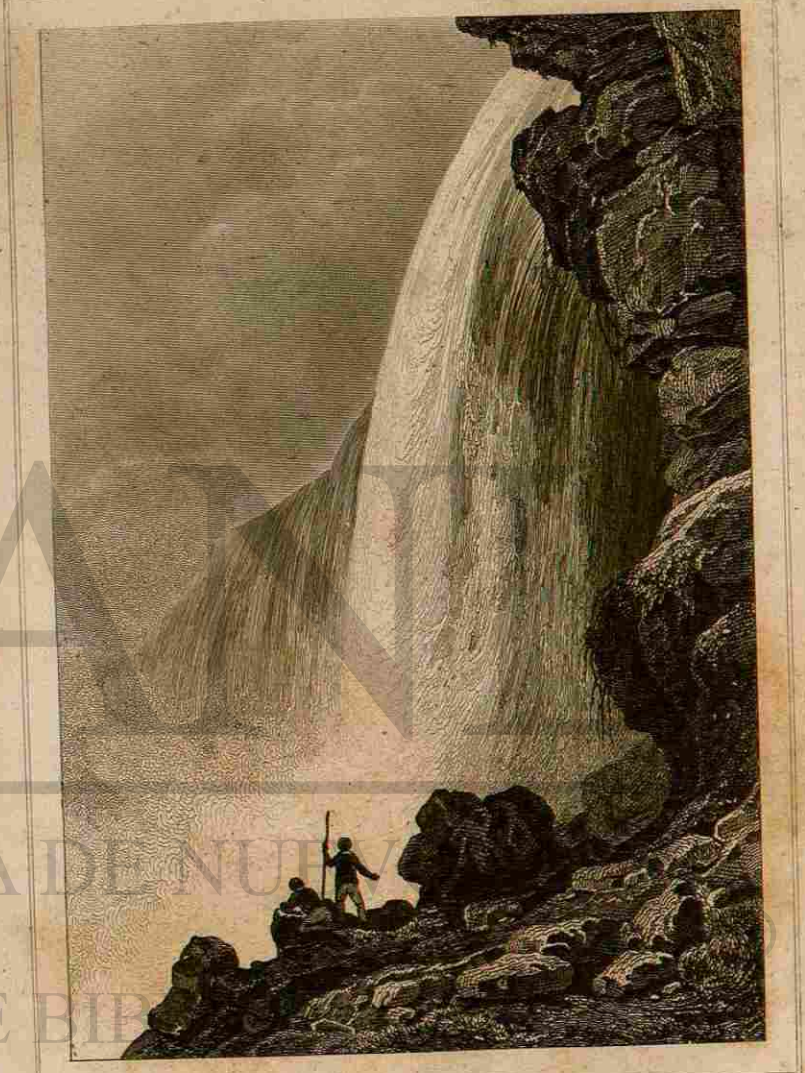


Chapelle de St. James sur le Mohawk

Crossantien y Peckarson del Mohawk.

Commanche del.

Impreso en la imprenta de M. J. B. en Nueva York.



Commanche del.

St. Charles del.

Vaulte sous la Chute du Niagara.
Bóveda por debajo de la Catarata del Niagara.



Catarata del Niágara

ESTADOS-UNIDOS.

ESTADOS-UNIDOS.

mados por otra escena majestuosa : el río corria por espacio de dos leguas encajonado por entre dos muros de granito , que se elevaban perpendicularmente casi á la altura de mil y doscientos piés. El Missouri tenia mil piés de ancho en este desfiladero , de cuyos flancos surjian in finidad de corrientes abundantes que venian á aumentar el volúmen de las aguas. Este paso recibió el nombre de puerta de las montañas peñascosas. Una larga llanura vino en seguida á ofrecerse á su vista , llegaron á las horcas del Missouri, el cual recibe allí sus aguas de tres ríos principales, á los que dieron los nombres de Jefferson , de Madison y de Gallatin.

Habiendo llegado por fin á la cordillera principal de las montañas, encontraron á los Indios shoshonés, los cuales pasan una parte del año en los elevados valles del Missouri, y otra en los del Columbia; por ellos se enteraron de la ruta que seguian en sus periódicas emigraciones: se les compraron los caballos que se habian procurado por medio del comercio que hacian con las colonias españolas; y despues de haber atravesado con mucho trabajo las montañas, se tuvieron que construir algunos esquifes para bajar por un río navegable por mucho trecho, al que se dió el nombre de Lewis, este les condujo en el Columbia; y los viajeros americanos, verificando felizmente su expedición, siguieron el curso de este río hasta el mar.

Durante su viaje y su detencion en el occidente de las montañas peñascosas, tuvieron frecuentes relaciones con los naturales del país, desde los ludios *serpientes* que ocupaban los valles altos, hasta los pueblos derramados en las márgenes de los ríos ó sobre las costas del Océano. En la mayor parte de estas tribus se achataba la cabeza de los niños, ó por querer conservar á la nacion un carácter distintivo, ó por deferencia á una bizarra opinion acerca del tipo de la hermosura: aberracion funesta, que al mutilar el órgano del pensamiento debia detener el desarrollo de las facultades intelectuales.

Lewis y Clarke pasaron el invier-

no con los Indios *clatsops*, y antes de partir les dejaron un escrito que podia en algun día ser útil á algun navegante, y en el que declaraban : «que habiendo sido enviados por el gobierno de los Estados- Unidos para explorar el interior del continente de América, habian penetrado por el curso del Missouri y del Columbia hasta la desembocadura de este último en el Océano [Pacífico, al cual habian llegado el 14 de noviembre de 1805, y de donde habian salido el 23 de marzo de 1806, para regresar por el mismo camino á los Estados- Unidos.»

Estos primeros exploradores habian atravesado rejiones hasta entonces desconocidas; otros viajeros se empeñaron posteriormente en lo mismo, las recorrieron en varias direcciones, y cruzaron por diferentes puntos las montañas peñascosas.

De sus observaciones, comenzadas á lo largo del Misisipi, resulta que las tierras mas fértiles se estendian en un espacio de ochenta leguas por el lado del oeste; que el terreno siendo mas elevado, formaba una segunda rejion, en la que los bosques eran mas raros, y no seguian sino la orilla de las aguas. Al avanzar mas, se descubrieron una vasta estension de llanuras cruzadas por diferentes ríos y cuyo aspecto era diverso: las unas se ofrecian llenas de juncos y de un herbaje alto; otras estériles como las estepas de la Tartaria; otras sucesivamente invadidas ó abandonadas por las aguas, estaban cubiertas de una capa de arena profunda que el viento levantaba á veces. Estas mesetas, jeneralmente desprovistas de árboles, se alzaban en forma de colinas de una elevacion progresiva que iban á pegarse, cual otros tantos ramajes, á la línea de las montañas peñascosas, las cuales hacen parte de esa larga cadena de las cordilleras que atraviesan de norte á sur toda la América. Los puntos mas elevados de esta rejion coinciden con el grado 41, y los receptáculos que se han formado en los mismos, derraman sus aguas en todas direcciones. En esta rejion superiores en la que tienen su nacimiento el Río Co-

lorado, que desagua en el golfo de California, el río del Norte, que es el mayor que existe en el reino de Méjico, el Arkansas, tributario del Misisipi, el de la Plata, el Yellowstone; principales afluentes del Misouri, y el Lewis que va á acrecentar el raudal del Columbia.

La mayor parte de las llanuras elevadas que recorrieron los primeros viajeros al alejarse hacia el oeste, les parecieron menos á propósito para el cultivo que para la multiplicacion del ganado, y su juicio se fundaba tanto en el decrecimiento de la vejetacion como en la innumerable muchedumbre de búfalos que hallaron en ellas. Sin embargo los indicios que presta una naturaleza salvaje no son ciertamente inalterables; puede modificarse la tierra por medio del trabajo del hombre, y sus esfuerzos, dirigidos con inteligencia, consiguen labrar un suelo rebelde y cubrir la desnudez de la tierra con el adorno de las plantas, adoptando las unas á la otra, y escogiendo los sitios y los vegetales.

La navegacion de los rios que bañan aquellos países, favorece el progreso de los establecimientos: la del Misouri ofrece un desarrollo de mas de mil leguas, si se hacen entrar en cuenta todas sus revueltas; la del Arkansas comprende mas de ochocientas; y los demás pueden igualmente remontarse hasta el pié de las montañas peñascosas: allí se encuentran saltos y rápidos que obstruyen las comunicaciones. El río de la Plata es el menos navegable de todos, y las vastas llanuras que atraviesa se hallan con frecuencia espuestas á sus inundaciones.

Si una y otra orilla del Misisipi poseen un gran número de producciones semejantes, hay sin embargo un gran número de riquezas que pertenecen especialmente á los países occidentales.

Las minas de plomo que han sido descubiertas al oeste del Misisipi, se dividen en dos rejiones; la una, situada al norte hácia el *prado del Perro*, comprende las minas del Du-
 bique, descubiertas y explotadas desde el principio del siglo diez y

ocho, la otra rejion es mas meridional: ocupa un espacio de veinte leguas de largo sobre ciento de ancho en la cadena de los montes Ozarks, que se levantan entre el Misouri y el Arkansas. Los primeros veneros de esta mina han sido reconocidos en los altos valles del Maramec, de San Francisco y de Washita: en las orillas de estos rios masas de plomo natural, y la fusion de la galena que se estrae de él, da muchas veces mas de la mitad de su peso en metal.

La misma cadena de montañas encierra minas abundantes de hierro, cuya explotacion facilita la proximidad de estos rios. Tambien se descubren minas de carbon fósil en muchos parajes, y en esto se puede venir en conocimiento de cuántos bosques habrán sido enterrados en estas inmensas llanuras, formadas de tierras de aluvion, levantadas durante la marcha de los siglos. Algunas veces el fuego ha penetrado accidentalmente en esas masas subterráneas, una parte de las cuales todavia continúa devorando: otras aglomeraciones de maderas sepultadas han sido abandonadas por la naturaleza á una combustion sorda y lenta, que ha sido causa de que experimentasen diferentes transformaciones, segun la naturaleza de las capas en que se hallaban soterradas, convirtiéndolos ya en uilla, turba, ó carbon bituminoso ó fósil, mientras exhumamos para cebar el fuego de nuestros ingenios, los restos de estos bosques carbonizados, podrémos todavia ahorrar por mayor espacio de tiempo los que nos cubren con su sombra.

Hemos observado que las llanuras situadas al sudeste del Misouri, se hallan atravesadas de occidente á oriente por rios muy largos: la separacion de sus cuencas fluviales muchas veces no se forma sino por terromonteros que se convierten en sus diques naturales: y las mesetas intermedias se cubren de capas de sal que blanquean su superficie, sea que pertenezcan á depósitos antiguos de sal jema, ó que hayan sido producidos mas recientemente por la evaporacion de las aguas que

tenian en disolucion esta substancia. Estas salinas ocupan llanuras enteras, hallándose otras igualmente notables en las tierras vecinas del Osaje y del Arkansas: las corrientes que las riegan han quedado mas ó menos impregnadas de sal al pasar sobre una capa cargada de ella; y la tierra y las aguas participan del mismo amargo.

La estremada abundancia de búfalos que hallaron los primeros viajeros en estos países, se esplica con la naturaleza del terreno y de los pastos. Estos animales buscan las rejiones salíferas. Sus despojos cubren toda la llanura; y muchas veces con solo escavar apenas la tierra, se encuentran numerosos huesos fósiles, pertenecientes á la clase de los mastodontes y á otras familias que han desaparecido. Los búfalos ocupan hoy el país en que vivian aquellas razas gigantescas; tambien se habian esparcido en los llanos del Ohio, del Indiana y del Illionés; pero la aproximacion de las colonias europeas los ha puesto en fuga. Los que habian andado errantes entre los Apalaches y el Misisipi se han retirado hácia los lagos y las praderas del nordeste; otros, despues de haber atravesado el río y habitado en sus márgenes occidentales, todavia han sido arrojados hácia otras rejiones mas salvajes. Allí continúan ellos reuniéndose en innumerables rebaños, y gozan en comun de los pastos cuyas sabrosas yerbas y aguas convienen á su instinto. Estas familias nómadasy pacíficas mudan con frecuencia de país: tienen emigraciones periódicas y alternativas del norte al mediodía, segun la estacion; se les ve marchar en caravanas, cubriendo á lo lejos la llanura, y atravesando á nado el Misouri y los demás rios. Sin embargo los primeros viajeros de los Estados-Unidos observaron que los búfalos no cruzaban las montañas peñascosas. Estos muros habian detenido hasta entónces sus escursiones hácia el oeste; pero estos no abandonarán ciertamente las praderas de los llanos; y este terreno, en el que su especie se desarrolla con toda su fuerza, es

además uno de sus últimos refugios. Los lobos, sus infatigables enemigos, andan sin cesar en torno de sus pastos: no atacan jamás un rebaño reunido, pero le espantan para que huya, entónces se arrojan con voracidad sobre las reses que se separan de él ó que no han podido seguirle. Unos y otros tienen los enemigos mas temibles en los cazadores que los persiguen; esta guerra es continua, y el cebo de sus despojos la hace mas encarnizada.

Entre los animales que frecuentan las montañas peñascosas, y cuyas pieles son buscadas en el comercio, los viajeros americanos notaron el oso, la zorra colorada y otras varias especies de antilopes. El argail sube los picos mas elevados, y se cuelga en los bordes de los precipicios, el elan, el wapiti, recorren aquellos bosques cuyos árboles abalanzados, y en los que no encuentran ninguna enredadera que embarace su cornamenta. Tambien son numerosos los castores en los valles y en las llanuras regadas por arroyos de agua viva, pero huyen delante del hombre ó por evadir su destruccion ó para ocultar su industria en la soledad. En otro tiempo la nacion de los Osajes les protejia: sabia por una supersticiosa tradicion, que su fundador se habia aliado á la familia de un castor, y que por largo tiempo se habia tenido miramiento á aquel título de consanguinidad; pero los cálculos mercantiles y el cebo del lucro hicieron olvidar despues aquella filiacion.

Cuando los Estados-Unidos principiaron sus establecimientos sobre la orilla occidental del Misisipi, los Osajes y los Arkansas fueron las primeras naciones indias que se hallaron en contacto con ellos; y Lewis, nombrado gobernador de aquellas comarcas, tuvo encargo de concluir un convenio con sus tribus, sobre la demarcacion de ambos territorios. Los Indios renunciaron por medio de algunos subsidios una parte de sus bosques; y empezaron hácia el oeste este movimiento de retirada que no debia tener término. El porvenir que amenazaba entónces á

los aborígenes inspiraba á sus ancianos las mas vivas inquietudes, y cuando los oficiales del gobierno federal se presentaron para tomar posesion de las tierras nuevamente adquiridas, para verificar los límites que se les habian señalado, y para construir los fuertes necesarios para su defensa; un guerrero veterano de la nacion de los Osajes, entreteniéndose con su intérprete, le espresó sus sentimientos de este modo:

«El gran río, el padre de las aguas, nos separaba de vosotros ¿por qué venis á buscarnos y á estableceros en nuestra orilla? ¿no os bastaba la tierra de la mañana? Ella tiene como la nuestra aguas, bosques y montes; os ofrece como á nosotros sus frutos, sus animales y sus sombras; yo he recorrido sus distritos en la flor de mi juventud, y con el tomahac en la mano, cuando procuraba vengar el degüello de mi familia, cuando iba á arrancar las caballerías de mis enemigos para adornar mi choza salvaje. Las llanuras en que conseguia mis triunfos me parecieron hermosas ¿ha cambiado por ventura su estado? ¿se han convertido en estériles? ¿no reciben ya el agua de las nubes y los rayos del día? ¿han suspendido por ventura su curso los rios en que flotaba la piragua? Estas rejiones son vastas y jamás las llenaréis, y si os son bastantes ¿por qué cambiáis de habitaciones? Vosotros vais avanzando, y todo lo que tenia vida cae ó desaparece: delante de vosotros se propaga el incendio, que aleja á los que no habiais podido alcanzar, y os apoderais del desierto que habeis formado. He previsto la suerte que va á caer á todos los hombres colorados, cuando he observado desde la cumbre de nuestras montañas que la tierra que invadiais quedaba despojada de estos hermosos bosques que habian sido nuestra morada: cuando he visto esos inmensos rebaños de búfalos, de ciervos y otros animales salvajes, menguar en los llanos y huir precipitadamente de las sábanas y de las praderas del oeste: ellos eran nuestra comitiva, y nos siguen todavía para debilitarse mas, y aniquilar-

se un día en el fondo de nuestras soledades.

«La tierra se estiende aun detrás de nosotros; y no hemos todavía llegado al término en que cesaréis de perseguirnos; pero los países á que quereis reducirnos son ya menos feraces. Despues de los montes y los riscos escarpados, en donde las plantas y los animales no pueden subsistir de ninguna manera, no nos ofrecerá mas que sus cuevas, en las que nos vendrá á acosar el hambre.

«Nuestros padres nos enseñaron que mas allá de estas montañas se hallaban otras rejiones dilatadas, pero si saltamos esta barrera ¿los pueblos que hallémos querrán recibirnos? ¿la tierra en que habitan no les ha sido dada por el grande espíritu para que pudiesen recorrer sus bosques? Sin duda nos perseguiréis tambien en ella, y los restos de nuestras naciones, amontonados unos sobre otros, no dejarán ya en las vastas comarcas que les habian pertenecido sino los monumentos de su paso y de su destruccion. ¿Quién sabe aun si quedará en la tierra rastro alguno de su existencia? Se dice que las grandes aguas la envuelven como una cintura, y si nos rechazais sin cesar sobre sus orillas, llegará un tiempo en que nuestras últimas jeneraciones, no pudiendo retirarse ya mas, y no queriendo sucumbir á la esclavitud, contemplarán este inmenso abismo como el último asilo, y no les animará otro deseo que el de sepultarse en él.»

Las quejas de este anciano guerrero, que no podia soñar sin terror en el fatal destino de la raza aborígena, no fueron atribuidas entonces sino á una exaltacion desarreglada: la penetracion de los sabios y su prevision son algunas veces tratadas de este modo: sin embargo no debia quizás trascurir mas que un siglo para que se cumpliese su prediccion.

Las alarmas de los Indios eran tan vivas, que sus tribus al cabo de algunos años trataron de revindicar la cesion de territorio que habian hecho, y cuyas condiciones no se

habian todavía cumplido. Despacharon una diputacion de jefes de guerra, y se presentó al gobernador del Missouri: el orador se esforzó contra la validez de aquella venta diciendo: «que los hombres que la habian hecho no estaban autorizados para ello; que la nacion misma no tenia semejante derecho. Nuestro país, dijo, pertenece así á nuestra posteridad como á nosotros: le hemos recibido por el tiempo de nuestra vida, y debemos trasmitirle á nuestros descendientes. No puede permitírse nos que vendamos los huesos de nuestros padres y la herencia de nuestros hijos».

Esta protesta fué vana, y el gobernador declaró que una cesion voluntaria, hecha por parte de los Osajes, y sancionado por el congreso, no podia revocarse: los subsidios que habian sido prometidos á los Indios les fueron entregados, y estos conservaron el derecho de cazar en el mismo país, hasta tanto que los Estados-Unidos hubiesen formado en él algunos establecimientos.

Este privilegio eventual no podia durar mucho; se avanzaban ya hácia la nueva frontera esos aventureros semisalvajes, conocidos con el nombre de *trappeurs*, que van por medio de los bosques, se mezclan en las caserías de los Indios, les hacen con frecuencia la guerra, despueblan de animales el suelo que recorren, y son los principales proveedores de pieles de los comerciantes. Agotadas de caza las tierras, eran pronto abandonadas de los Indios, y algunos forrajeadores audaces abrían un campo mas libre á las familias de los labradores que llegaban en pos de ellos.

Así es como la poblacion de las riberas inferiores del Missouri y del Arkansas empezaba á subir el curso de los rios, y á derramarse en los territorios intermedios, antes de continuar mas allá su progresiva marcha. Sin embargo, algunos hombres, abrazando en sus miras un porvenir mas distante, habian concebido la esperanza de llevar hasta el grande Océano los límites de los Estados-Unidos, y de ocupar en

nombre del gobierno federal la desembocadura y las márgenes de los rios, cuyo curso habian reconocido Lewis y Clarke.

Mr. John Astor, de Nueva-York, fundó, en 1809, una compañía para el comercio de pieles del Océano Pacifico. Se propuso formar un establecimiento en la entrada del Columbia, de mandar allí todos los años un buque cargado de jéneros, ó para los naturales del país ó para la China; tomar la peletería que hubiese podido recojerse á la vela para Canton, depósito jeneral en donde siempre tendria salida: el buque, alijado con la peletería y el resto del cargamento, debia regresar á Nueva York con las producciones de la China y de las Indias orientales.

El primer buque espedito fué el *Tonquin*; el cual emprendió su marcha el 6 de setiembre de 1810, dobló el cabo de Hornos, y aportó en las islas de Sandwick. El capitán Thorne que lo mandaba, enganchó para el servicio de la compañía algunos insulares de aquel archipiélago, y llegó el 23 de marzo de 1811 á la desembocadura del Columbia, sobre cuya orilla meridional se erigió el fuerte *Astoria*.

Otra expedicion por tierra debia dirigirse al mismo punto. Guillermo Hunt y Donald Mackenzie partieron de San Luis de Missouri, en el mes de agosto de 1810, con setenta y tres hombres, debiendo seguir, tan de cerca como les fuese posible, el camino que se habian trazado Lewis y Clarke en 1804 y 1805; así subieron el Missouri hasta el país de los Ricaras; se empeñaron luego en los valles de *Yellowstone* para ganar las montañas peñascosas: detrás de esta barrera hallaron el curso del río Lewis; y estos viajeros, despues de haber hecho por tierra y por agua el viaje mas arriesgado y penoso, llegaron en dos destacamentos al fuerte Astoria, en donde se hallaron reunidos ciento y cuatro habitantes. Desde este momento no se trató mas que de dedicarse á los desmontes necesarios para esta naciente colonia, y á las relaciones que esta debia mantener con los Indios.

Cualesquiera que fuesen los desastres que no debía tardar en experimentar este establecimiento, la primera ocupacion se habia verificado ya, se habia proclamado el título de posesion, y los Estados-Unidos estaban interesados en hacerle valer. Este pueblo, constante en sus miras, si deja por algun tiempo dormir sus pretensiones, no renuncia jamás á ellas, y acecha continuamente el momento de hacerlas revivir.

Se habian tenido pruebas de este espíritu de perseverancia en los pasos que habia dado el gobierno federal para obtener de la Francia y de la Inglaterra la revocacion de los reglamentos contrarios á la neutralidad de la navegacion y del comercio Americano. Por mas que hubiese declarado el congreso que á principiar del 20 de mayo de 1810, ningun buque de estas naciones seria recibido en los puertos de los Estados-Unidos, publicó en el momento de principiar esta prohibicion, que cesaria esta en el instante con respecto á la potencia que revocaria sus edictos antes del 3 de marzo de 1811, y encargó al jeneral Armstrong, ministro plenipotenciario de América en Francia, que reclamase esta revocacion. Sus instancias tuvieron por último un éxito feliz, y este ministro recibió, el 5 de agosto de 1810, la declaracion que los decretos de Berlin y de Milan quedarian sin efecto en cuanto á los Americanos, desde el primero de noviembre inmediato. Desde entónces la navegacion y el comercio de los Estados-Unidos iban á tomar otra vez su curso regular.

Ambas naciones acogieron con gozo la reconciliacion que acababa de restablecerse entre ellos: Jefferson lo habia deseado constantemente, habia procurado evitar todas las medidas extremas que hubieran podido suscitar algun obstáculo; y Madison, su sucesor en la presidencia, honró, el 4 de marzo de 1809, su administracion, asegurando el restablecimiento de la buena armonia entre los Estados-Unidos y su antiguo aliado.

Desde este momento pudo todo el

mundo entregarse á numerosas especulaciones mercantiles. Las penosas pruebas por las que habia tenido que pasar, no les habian interrumpido ciertamente, mas estas arriesgadas expediciones, proseguidas en medio de los escollos, no habian ofrecido ninguna garantía: grandes fortunas se habian visto levantar repentinamente, al paso que otras habian sido arruinadas: los beneficios no podian ya compensar las pérdidas, y se estaba en el caso de reparar una larga série de desgracias particulares.

Los Americanos reclamaron de la Francia las indemnizaciones de las pérdidas que habian sufrido; pero esta cuestion era difícil de resolver de un modo definitivo, mientras que la guerra subsistiese entre la Inglaterra y la Francia. «He querido, decia el gobierno francés, oponer armas iguales á mi adversario, y si él ha puesto límites á los derechos marítimos de las otras naciones, me ha precisado á seguir su ejemplo. No he podido sufrir que embozase su comercio con un pabellon neutral; y cuando el Océano le ocultaba á mis persecuciones, le he dado un golpe en todos los puestos de que era dueño: esta medida era jeneral, y los Americanos no podian ser exceptuados de ella. El congreso ha querido sin duda sustraerles á esta vejacion cuando en sus puertos ha puesto un embargo jeneral sobre los buques, y ha decretado la vuelta de todos los que se hallaban en el extranjero. Sin embargo, á pesar de sus órdenes, muchos Americanos, eludiendo la accion de las leyes, han continuado por cuenta del enemigo un comercio que él mismo no podia ejercer con libertad. Si su navegacion era ilícita á los ojos del gobierno federal, que la habia prohibido formalmente, ¿no habian ellos perdido, desconociendo su autoridad, el derecho de recurrir luego á su proteccion? y la desaprobacion en que habian incurrido por su parte, ¿no hacia que debiese considerárseles como enemigos?»

Por mas especiosas que fuesen es-

tas razones, el gobierno federal ciertamente no las admitia. «Si habia capitanes Americanos que infringiesen nuestras leyes, nadie mas que ellas eran las que debian castigarlos; y al perseguirlos por un delito, no puedo privarme de ningun modo de reclamar en su favor una compensacion por los perjuicios que hayan sufrido. No he querido mezclarme en las disputas que teneis con la Inglaterra, y poner los buques americanos al abrigo de toda agresion, esta reserva no era por cierto ningun acto hostil, era sí un salvo conducto pacífico para mi neutralidad. La Francia y los Estados-Unidos han estado ligados por un convenio que reconocia la inviolabilidad del pabellon neutral y la libertad de comercio: la duracion de este acto no debia espirar hasta fines de 1809, ocho años despues de canjeadas las ratificaciones, y sobre estas mismas cláusulas fundamos la justicia de nuestras demandas. Si la Inglaterra ha seguido otros principios marítimos, los que consagran nuestros tratados con la Francia no se han alterado, y lo que las partes contratantes se habian mutuamente prometido ha llegado á ser la única base, tanto de sus obligaciones como de sus derechos.»

Al desarrollo de estas ideas jenerales, era el terreno al que debian llevarse los diversos puntos de una negociacion que fué suspendida y renovada muchas veces. Esta polémica, en la que se procuraban dilucidar los hechos, y aproximarse por algunas concesiones recíprocas, no tenia nada de irritante: los Estados-Unidos procuraban hacer reconocer sus derechos para una indemnizacion; pero reducian el primitivo valor de ella, y no solicitaban su inmediato reembolso; tenían consideracion á los gastos de la guerra en que todavía se hallaba empeñada la Francia, y sin pretender que agravase por el momento sus cargas, aplazaban por tiempos mas bonancibles sus ulteriores instancias.

Aun en medio de sus mismas desavenencias, jamas estas dos nacio-

nes tuvieron la una contra la otra sentimientos hostiles. Los Americanos seguian mirando con interés los destinos de la Francia, y contemplaban en todas las faces de su fortuna al capitan ilustre que con tanta frecuencia habia coronado la victoria, y al que empezaba á embriagar con sus favores. Napoleón por su parte honraba la memoria de Washington; se complacia en ver prosperar á los Americanos al apoyo de sus instituciones, y despues de haber concurrido él mismo al acrecentamiento de su poder, no hubiera sin duda querido atacar su misma obra.

Los Estados-Unidos no tenían por cierto entónces la misma tendencia de aproximarse al gobierno británico. Sus intereses mas caros, su dignidad y su independencia habian sido heridas: la leva de sus marineros la hacian los Ingleses á bordo de los mismos buques americanos; hasta en sus mismas costas les habian atacado, y cada nueva agresion daba nuevo pávulo á su resentimiento. El gobierno federal insistió en escluir de sus puertos á los buques británicos, y á suspender todo trato mercantil entre la Inglaterra y los Estados-Unidos.

Tal era en 1811 la situacion política de la confederacion americana; otros acontecimientos de una importancia aun mas grande empezaban á fijar su atencion.

Tanto parecian estar distantes los Estados-Unidos de intervenir en las contiendas de Europa, de la que hubiera Jefferson deseado algunas veces estar separado por un Océano de fuego, cuanto los intereses del nuevo mundo desvelaban su solicitud: ellos veian que los jérmes de independencia se propagaban en muchas colonias; y aunque el gobierno federal no tomó medida alguna para fomentarlos, y para que se desarrollasen, no deseaba sin duda detener su progreso.

Miranda, natural de Caracas, fué uno de los que contribuyeron con mas ardor á la emancipacion de la América española. Sus miras eran vastas, su jenio emprendedor, y te-

nia un deseo irresistible de adquirir nombradía.

Durante la guerra de los Estados- Unidos, Miranda, muy joven todavía, había servido su causa, y en medio de ellos era en donde había formado el proyecto de libertar su patria. Tamaña empresa exigía cuantiosos recursos: tenía necesidad de apoyo extranjero, y quiso, concluida la paz de 1783, sondear las disposiciones de algunas potencias.

Con esta mira pasó á Londres y á San Petersburgo. En Rusia merecía los elogios de Catalina, la cual siempre acogía bien los vastos designios; de la Inglaterra esperaba socorros más eficaces; sin embargo, nuevos sucesos suspendieron por muchos años la ejecución de su empresa. Había empezado la guerra de la revolución francesa. Miranda tomó parte en ella, y fué ascendido al grado de teniente general de los ejércitos de la república. Sus campañas en la Bélgica desplegaron su habilidad y su experiencia. Sin embargo, en el sitio de Maestricht fué desafortunado, y no pudo impedir, en 1793, la pérdida de la batalla de Nerwinde, en la que mandaba el ala izquierda del ejército. Desgraciado á consecuencia de este revés, fué arrestado, soltado y encarcelado de nuevo hasta la muerte de Robespierre. Su proyecto de emancipar la América española le ocupaba sin cesar; pero ni fué secundado por la comisión de salud pública ni por el Directorio ejecutivo: la Francia y la España estaban entonces unidas por tratados de paz y alianza; y desterrado Miranda, el 18 de fructidor (4 de setiembre de 1797), pasó á Londres, y propuso al gobierno británico un plan de independencia para Tierra Firme y para Méjico: pedía que se invitase á los Estados- Unidos á concurrir á esta expedición; y que se les ofreciesen las Floridas, si consentían en hacer operar un cuerpo de diez mil hombres; la Inglaterra debería proporcionar los buques y los subsidios necesarios para el transporte de las tropas y para las operaciones militares.

Pero era necesario asegurarse de la adhesión de los Estados- Unidos á

este plan: con este fin pasó Miranda á América para obtenerla, pero el presidente rehusó las proposiciones que le hizo: no queriendo de ninguna manera cometer agresión alguna contra las posesiones de España, con la que estaban en paz los Estados- Unidos. Cuando entre ambas potencias sobrevinieron nuevas discusiones, relativas á la navegación del Misisipi y al depósito mercantil de la Nueva Orleans, Miranda fué otra vez á los Estados- Unidos para volver á solicitar su cooperación al proyecto que tenía. Este segundo paso no tuvo mejor éxito: el tratado de 1803, que cedia la Luisiana á los Americanos, acababa de concluirse, y por consiguiente la causa de sus contestaciones con la España había cesado.

No pudiendo entonces contar ya con los socorros del congreso, procuró Miranda, mientras permaneció en Nueva York, interesar algunos especuladores en favor de su proyecto, y á reclutar en secreto algunos voluntarios; operación facilísima en un puerto en que aportan un gran número de extranjeros, que vienen de un hemisferio á otro, á probar fortuna y á correr nuevas aventuras. Se procuraron obtener armas y municiones de guerra, y una parte de estos gastos fué pagada de los fondos obtenidos en Londres: la garantía de los otros pagos consistía en el éxito que tuviese la expedición: el coronel Smith y Ogden armaron el buque llamado el *Leandro*, en el que se embarcó esta tropa aventurera, y haciéndose á la vela Miranda el 3 de febrero de 1806, hizo rumbo para Santo Domingo, de cuyo punto pasó á la Isla de la Trinidad. Desde que había sido conocido el destino de la expedición de este armamento, el ministro español acerca del gobierno federal se quejó de ello amargamente, y consiguió que Smith y Ogden fuesen perseguidos ante los tribunales; pero ambos fueron absueltos por una declaración del jurado, y el resultado de este proceso demostró que esta empresa se hallaba favorecida por la opinión pública.

El almirante Cochrane se hallaba á la sazón en la Trinidad, y Miranda

consiguió de él que le proporcionase algunos buques armados; se hallaban reunidos bajo sus órdenes quinientos voluntarios: con estos salió el 24 de julio, y fué á desembarcar junto al cabo de la Vela, cuyos fuertes cayeron en su poder; en seguida se dirigió al río de la Hacha para esperar allí socorros de la Jamaica: mas no recibiendo ningún refuerzo, y no pudiendo mantenerse con tan escasas fuerzas, se vió precisado á renunciar á su expedición, y volviéndose á la isla de la Trinidad, se marchó otra vez para Inglaterra, á esperar allí ocasión más favorable.

Estos proyectos de expedición se renovaron dos años después, y fueron precedidos de un suceso inesperado que, cambiando la suerte del Brasil, no dejó de tener influjo sobre la de las colonias españolas. El 27 de julio de 1808, se vió llegar de Lisboa á Riojaneiro la familia real de Braganza. La invasión de sus estados en Europa había determinado al príncipe reje de Portugal á retirarse al Brasil; y este país, libertado del régimen colonial, había adquirido los mismos derechos que la madre patria.

La invasión de España produjo otros movimientos en América, cuando llegó allí la noticia de las actas y de los tratados de Bayona, que habían precipitado del trono á Carlos IV y á su hijo Fernando VII, y trasferido esta corona á José Bonaparte. Estas novedades llegaron á Caracas en el mes de julio de 1808: los colonos no reconocieron al nuevo rey, antes bien proclamaron á Fernando VII y entablaron relaciones con la junta suprema que se había formado en España para gobernar en nombre de este príncipe. Su ejemplo fué seguido por la Nueva Granada, y sus habitantes reconocieron igualmente á Fernando VII.

Las operaciones militares de Napoleón en España no fueron suficientes para cambiar esta resolución, ni cuando, al vengar los reveses sufridos por un cuerpo de sus tropas en Bailen, volvía á encontrar la victoria en Búrgos y Tudela, ni cuando obtenía en las llanuras de Ocaña un

nuevo triunfo, y sus más hábiles generales penetraban en diferentes partes del reino. Con someter las provincias no pudo hacer doblegar la voluntad nacional: no se cedia sino á la fuerza, y no pudo de ningún modo imponer la obediencia en donde no pisaba; y las colonias españolas, imitando el ejemplo de la metrópoli, se mantuvieron en la resolución de no reconocer la autoridad de Bonaparte.

La rejeñcia de Cadiz, que reemplazó á la junta de Sevilla después de los primeros sucesos de Napoleón, no pudo en un principio oponerle ningún número considerable de fuerzas: se encontraba reducido á hacer proclamas; pero sus palabras eran poderosas, resonaban en todos los ángulos de la España y de sus lejanas posesiones; y por todas partes iban sublevando los ánimos contra la dominación del extranjero. Sin embargo, la rejeñcia se extendía más allá de su objeto: la energía que quería inspirar la esponía á otros peligros, y la primera proclama que dirigió á las colonias españolas vino á destruir en ellas la autoridad de la metrópoli. « Ella recordaba á los Americanos que durante mucho tiempo habían estado sojuzgados bajo un yugo tanto más opresivo cuanto más lejanos se hallaban del centro del poder: ella no quería someterlos en lo sucesivo al gobierno arbitrario de los vireyes: los libertaba de aquella dependencia, y colocaba en sus manos sus ulteriores destinos. »

Apenas fué conocida en Caracas esta proclama, fué reemplazada la autoridad del capitán general por una junta que se formó el 19 de abril de 1810; y otra junta igual fué establecida el 20 de julio en la Nueva Granada, donde se hallaba entonces de virey el señor Amar.

Después de haber dado el impulso á las colonias, la rejeñcia de Cádiz buscaba los medios de conservar en ellas la dirección de los negocios y el ejercicio del poder; pero ya principiaban á fastidiarse de una autoridad exigente, de todos los sacrificios que pedía para ayudar á una metrópoli lejana, y de la soberanía nomi-

nal de un monarca ausente y cautivo, cuya herencia se hallaba abandonada á la guerra civil y extranjera, sin que pudiera preverse todavía cuál sería el término de tantas calamidades. Los nuevos magistrados de Caracas dirijieron á la rejencia enérgicas representaciones; y la amargura de sus quejas fué considerada por ella como un acto de rebelion: ordenó el bloqueo de los puertos de aquella colonia, é hizo marchar contra ella un cuerpo de tropas, sacado de las provincias que no habian tomado aun parte en la insurreccion.

Entónces principió la guerra que debía decidir sobre la suerte de la América española: Miranda se presentó de nuevo en la escena: volvió de Inglaterra á Caracas hácia fines de 1810; y su influjo en el congreso, del que fué miembro, y en las sociedades populares que hizo organizar, aceleró la declaracion de la independencia. El 5 de julio de 1811, firmaron el acta los representantes de las provincias que formaban la confederacion de Venezuela; y el 23 de diciembre siguiente se publicó una constitucion, donde se hallaban los mismos principios que en la de los Estados- Unidos, sobre la naturaleza y la distribucion de los poderes. La legislatura fué dividida en dos cámaras; la de los representantes y la del senado; y entregaron el poder ejecutivo á un magistrado temporal: se adoptó la forma de los juicios por el jurado, se organizó un tribunal supremo para las causas que interesaban á la confederacion; se trazó un límite entre la autoridad central en los estados particulares; se determinaron todos los derechos civiles y políticos; y el congreso de Venezuela coronó dignamente su obra, aboliendo el tormento, favoreciendo la civilizacion de los Indios, y asegurando la supresion del tráfico de los negros.

El congreso que se habia formado en la Nueva Granada mantenía intimas relaciones con el de Venezuela, y seguía una marcha uniforme. Despues de haber proclamado la independencia, adoptó una constitucion federal el 27 de noviembre de 1811.

En Méjico se habia empeñado una

lucha muy viva entre el partido español y el de la emancipacion. Hidalgo, ministro de los altares, habia escitado en nombre del Dios de los ejércitos, el entusiasmo de los independentes: protector de los Indios, amigo de los Criollos, los habia sublevado en todo el norte de Méjico: sostuvo la campaña durante seis meses, obtuvo muchas ventajas, y, cayendo por último en poder de sus enemigos el 21 de marzo de 1811, fué ejecutado tres meses despues con los principales oficiales que partian su cautividad. Sin embargo, los suplidos no contuvieron los progresos de la insurreccion. La causa que tiene mártires hace tambien prosélitos; y otros hombres adictos se pusieron á la cabeza de los independentes.

El impulso dado á todas las comarcas españolas que rodeaban el golfo de Méjico, se estendia igualmente á las provincias mas meridionales: el movimiento era jeneral; pero el choque de los intereses, el ardor de las pasiones, el rencor de los partidos debian durante mucho tiempo abandonar aquellas desgraciadas rejiones á las desgracias de la guerra civil.

A pesar de que no debamos ocuparnos de una série continua de revoluciones, extranjeras al objeto de esta obra, hemos debido indicar algunas de las causas que las prepararon; y no podemos desconocer en aquella fermentacion jeneral las consecuencias inevitables de la independencia de los Estados- Unidos. Se habia ofrecido al mundo el ejemplo de su prosperidad: los pueblos que cubrian la América del sud habian medido sus fuerzas; quisieron emanciparse á su vez, y gozar del derecho de gobernarse.

Los Estados- Unidos, que ejercian entónces un tal ascendiente sobre los destinos de la América española, y que veian estenderse á su alrededor la naturaleza de su gobierno y de sus instituciones políticas, se habian no obstante abstenido de tomar una parte directa en aquellos grandes cambios; sea que entrase en sus principios dejar á cada nacion el cuidado de su propia suerte, sea que hubiesen resuelto no infringir los trata-

dos de paz que les unian con la España, ó que, durante sus disensiones en la Inglaterra, no quisiesen empeñarse en otros embarazos, y distraerse del cuidado de defender sus propios derechos. Así es que, cuando don Telesforo Orea, enviado de la junta de Caracas, fué, en 1810, á solicitar los socorros de los Estados- Unidos, rehusó el congreso su cooperacion á los insurjentes, á pesar de que pudo desear sus éxitos, en una carrera en la que él mismo les habia precedido. Si se hallaba dispuesto á reconocer los cambios establecidos, por lo menos esperaba que el tiempo los consagrara, y preveia los resultados de aquel movimiento irresistible. Otros pueblos iban á alzarse á sus lados; y aunque apenas se hubiese pasado la duracion de una jeneracion desde su independencia, iba á ser el gobierno mas antiguo del nuevo mundo.

Llegados á fines de 1811, vemos desarrollarse delante de nosotros este grande espectáculo de emancipacion; y los primeros conquistadores de la América pierden en ella la dominacion que habian ejercido durante mas de tres siglos: otros Estados se suceden á las colonias; su lucha se empeña con la metrópoli; y ni las pasiones enérgicas, ni la perseverancia les faltan para atravesar esta crisis borrascosa, y para conquistar por último su independencia.

Este resultado es el mas grande de todos los que han seguido la revolucion de los Estados- Unidos. Sus principios, su ejemplo, sus victorias debian cambiar el porvenir del nuevo mundo, y el dia en que se proclamó su emancipacion se hizo oír una voz en todas las rejiones meridionales de la América, para profetizarles los mismos destinos.

El momento donde principian á

verificarse termina un período histórico, bastante memorable, bastante estenso, para que nos hayamos ceñido á recorrerle, y para que podamos separarle del nuevo círculo de los acontecimientos que van á seguirle. Llegamos por otra parte á una época demasiado reciente para que pueda ser comprendida en esta obra. Los hechos cuyos actores y testigos viven todavía, no están bastante aclarados: es necesario que la opinion pública haya tenido el tiempo necesario para recojer todas las relaciones, compararlas entre ellas, y subir á los principios de las acciones humanas, para que puedan ser apreciadas con exactitud, y entrar en las páginas de la historia. No se inscribirán en ella los nombres oscuros; y si los personajes eminentes deben escapar al olvido que borra todo lo que es vulgar, sin embargo, la distribucion de los rangos y de la fama no puede hacerse entre ellos hasta que el sepulcro haya consagrado sus nombres, hasta que las pasiones que les juzgaban se hayan apagado, y hasta que la huella de sus servicios sea grabada en la opinion pública. Por semejantes recuerdos, y por estas suertes de inscripciones sepulcrales y monumentales es por donde principian los fallos de la historia. Dejemos á nuestros sucesores el derecho de pronunciar sobre nuestros contemporáneos, y acordémonos que solo el tiempo descubre los velos de la verdad.

La historia de un pueblo, ante el cual se abre un largo porvenir, no puede pretender jamás completar su obra; porque el tiempo camina sin cesar; las opiniones, los conocimientos, los acontecimientos se suceden: otras famas brillan ó se desvanecen, y se renueva la escena del mundo.

FIN.

OBSERVACIONES

SOBRE LAS LÁMINAS UNIDAS AL TEXTO DE ESTA HISTORIA.

Los lectores de esta obra habrán podido juzgar que habiendo sido nuestro objeto componer una *historia de los Estados-Unidos de América*, solo á este objeto hemos debido sujetarnos constantemente. Muy á menudo hemos debido reconocer, con una justa desconfianza de nuestras fuerzas, cuán vasta era la carrera que nos habíamos propuesto seguir.

La historia de un pueblo no es solamente la de los acontecimientos que se han sucedido en su país, y de los actos de afuera, en los que ha podido tomar parte. Para representarse completamente, es preciso pintar los progresos que ha heho en las artes, en la industria, en todas las disciplinas de la vida social.

Aquí llega á ser útil el concurso de los dibujos. Hay espectáculos que solo la vista puede percibir: una descripción no se lo hará comprender suficientemente; y hemos debido evitar el dar á estas partes accesorias de nuestro texto una desproporción que habria podido dañar al conjunto de la obra, y distraer del objeto principal la atención del lector.

Las costumbres de los indijenas, tal como se presentaron á los Españoles del siglo diez y seis, podian exigir á un mismo tiempo relaciones é imágenes: estas dobles esplicaciones se aclaran la una por la otra; y la misma observacion se aplica á algunas maravillas de la naturaleza, que escitan la admiracion, y que sobrepujan en majestad y grandiosidad todo cuanto los viajeros habian encontrado hasta entónces.

Mas el historiador no tiene ya que ocuparse de los cuadros de un orden inferior, cuya analogía se encuentra en otras rejiones: todo cuanto ellos tienen de gracioso, de variado, de pintoresco, debe abandonarse á los

esmeros del artista: solo su talento debe hacer resaltar las hermosuras de los sitios campestres, pintar su vegetacion, sus peñascos, las aguas pacíficas ó tumultuosas que las animan, el lujo ó el desorden de la naturaleza salvaje, y el espectáculo brillante de los trabajos del cultivo. Si hemos debido hacer entrar en nuestras relaciones algunas observaciones de este jénero, nos hemos ceñido á simples indicaciones.

El grabado de algunos monumentos notables nos ha parecido igualmente mas á propósito que una descripción para hacer conocer los vestijos de la antigüedad y el estado actual del arte, en diferentes partes del territorio americano.

Habemos unido á nuestro texto veinte láminas, hechas antiguamente por Tedeoro de Bry, sobre las costumbres de los Indios de la Florida y de la Virginia: los diseños habian sido recojidos sobre los mismos parajes, por artistas empleados en las primeras espediciones de los Europeos.

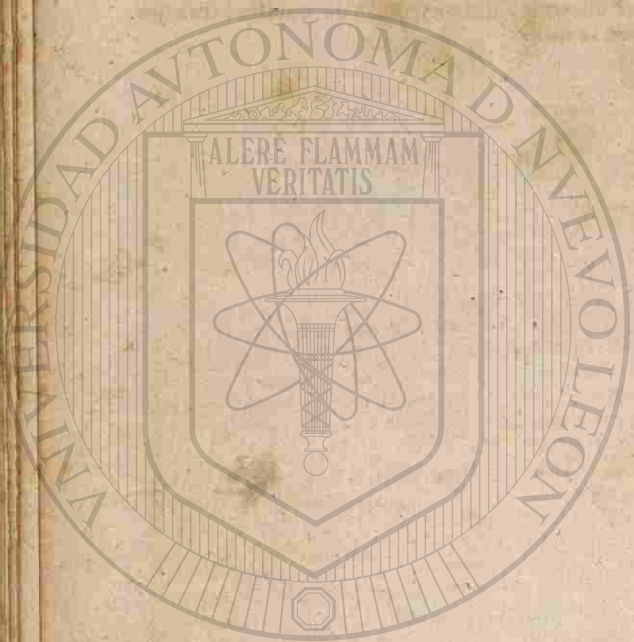
Igual número de dibujos debemos á la oficiosidad y al lápiz fácil y espiritual de Mr. Milbert, que ha tenido la bondad de abrirnos su cartapacio, y cuya hermosa obra es bien conocida, publicada con el título de *Viaje pintoresco de las riberas del Hudson*. El nombre de Mr. Milbert se halla indicado al pié de las láminas cuyo sujeto es de su pertenencia.

Para las demás láminas se ha consultado un gran número de dibujos que adornan diferentes obras, publicadas ya sobre los Estados-Unidos; y por último Mr. Lemaitre ha concluido y perfeccionado algunos borrones, hechos sobre los sitios mismos, y que tenían necesidad de recibir de él el retoque y la espresion.

Muchas escenas de la historia americana han sido pintadas por artistas apreciables; y para mejor consagrar el recuerdo de estos grandes acontecimientos, hemos creído deber enriquecer nuestra obra con una parte de los dibujos que las recuerdan.

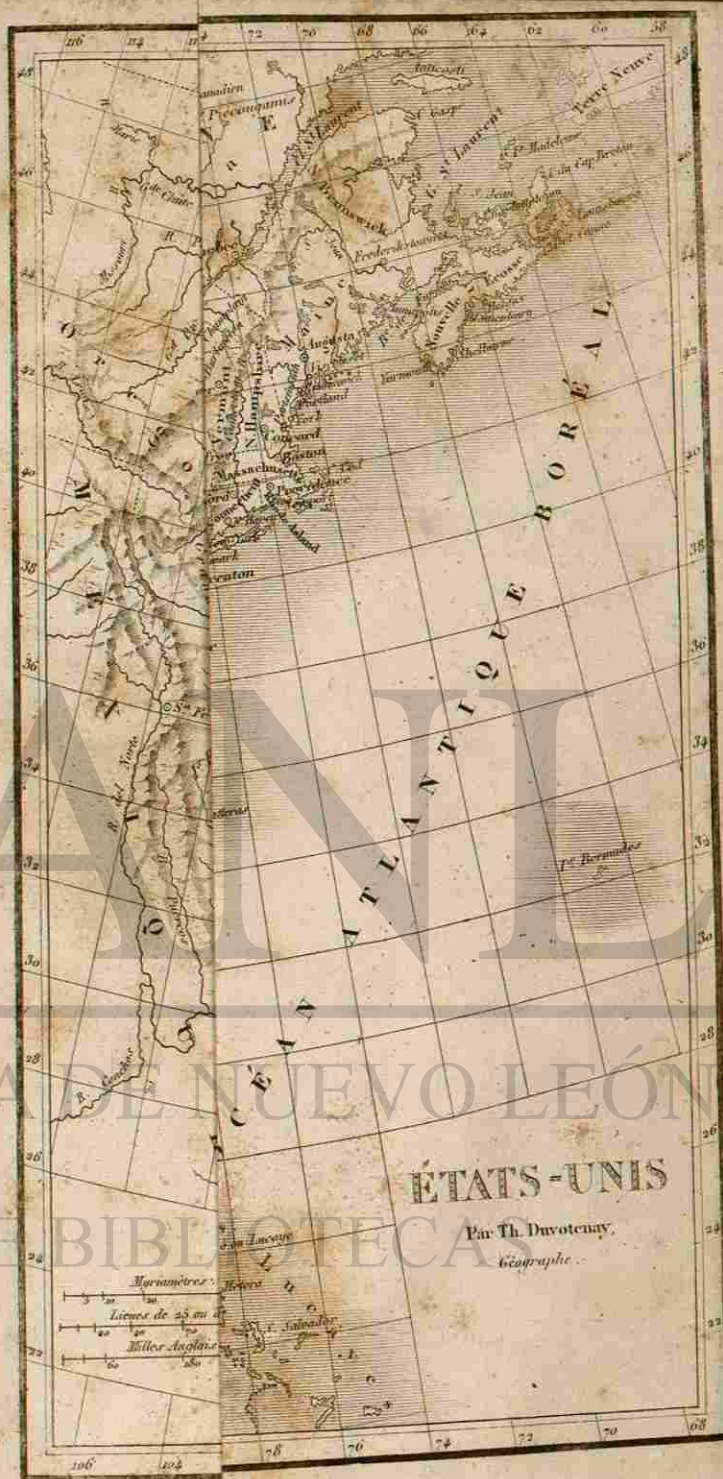
Reuniendo de este modo las láminas que podian acompañar nuestras observaciones, hemos tenido la mira

de hacer conocer mejor un país tan á propósito para escitar nuestro interés. La naturaleza y los hombres han ofrecido en él á nuestras meditaciones numerosos sujetos de estudios; y despues de haber servido á nuestra patria durante mucho tiempo, la ofrecemos con respeto este último tributo de nuestros trabajos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





ÉTATS-UNIS

Par Th. DuVoteny

Geographe

Muramètres
 Lignes de 25 au degré
 Miles Anglans

GOLFE DU MEXIQUE

Détroit de la Floride

Canal de Bahama
Cuba



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y SERVICIOS TECNOLÓGICOS

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN LA HISTORIA
DE LOS ESTADOS-UNIDOS.

Introducción	1	Colonias inglesas. — Hostilidades que preceden en América á la declaración de guerra de 1756. — Continuación de las operaciones militares. — Rompimiento entre los Ingleses y Cherokees. — Invasión del Canadá. — Tratados de paz de 1763. — Cesión de la Luisiana á España.	130	
LIBRO PRIMERO.				
Establecimientos ingleses en la Virginia, sus relaciones con los naturales.	21			
LIBRO SEGUNDO.				
Fundación de las colonias de la Nueva Inglaterra, Nueva York, Mariland, Carolina y la pensilvania. Relaciones con las colonias francesas del Canadá y de la Acadia, con los Iroqueses y demás tribus americanas.	49	Guerra con los Indios del oeste. Exploración de los valles del Ohío. Antigüedades y monumentos americanos. Otras consideraciones acerca de las comarcas nuevamente adquiridas. Cambio de disposición en las colonias. Primeros síntomas de su espíritu de independencía.		157
LIBRO TERCERO.				
Progresos de las colonias del Canadá; viajes de los misioneros; expediciones de la Sale á la Luisiana; aspecto jeneral de este pais; influjo de su descubrimiento en la situación de los Indios; sucesos hasta la paz de Ryswick; expedición de Iberville; continuación de los sucesos hasta la ruina de los Natchez.	76	LIBRO SÉPTIMO.		
LIBRO CUARTO.				
Fundación de la Jeorjia y total ocupación colonial de las costas del Atlántico. Consideraciones sobre las relaciones de las colonias inglesas con su metrópoli: comparación de este sistema con los de los pueblos antiguos. Engrandecimiento de la navegación, de las pesquerías, del comercio, de la agricultura, de la industria y de la población.	104	Actos del primer congreso. — Combate de Lexington. — Ventaja conseguida cerca del lago Champlain. — Combate de Bunkers Hill. — Wasington nombrado jeneralísimo. — Deliberaciones del congreso de 1775. — Situación de las diferentes provincias. — Expediciones de Montgomery y Arnold contra el Canadá. — Evacuación de Boston por las tropas inglesas. — Decaimiento de la autoridad real. — Declaración de independencía.		176
LIBRO QUINTO.				
Sucesos de la guerra de 1745; tratado de Aquisgran. — Sublevación de los Creeks contra las co-		LIBRO OCTAVO.		
		Desembarco de los Ingleses en Long-Island. — Batalla de Brooklyn. — Firmeza del congreso. — Aumento y organización de las tropas de tierra. — Armamen-		

tos marítimos.—Envío de un mensaje á Francia.—Disposiciones de esta potencia con respecto á los Americanos.—Continuacion de las operaciones de la guerra en las dos riberas del Hudson hácia el lago Champlain y á orillas del Delaware.—Acciones de Trenton y Princeton.—Fin de la campaña en Nueva Jersey. 208

LIBRO NONO.
Campaña de 1777.—Espedicion inglesa que salió del Canadá.—Indios.—Auxiliares de las tropas británicas.—Fin trágico de Mac-rea.—Primeras ventajas del jeneral Burgfone: su Marcha hácia el Hudson; su derrota y su capitulacion en Saratoga.—Operaciones del jeneral Howe en Pensilvania; sus victorias en Brandiwine y en German-Town.—Tratados de comercio y de alianza entre la Francia y los Estados-Unidos.—Combate naval de Onessant.—Espediciones de Rhodhe-Island, de las Antillas de Savannah.—Rompimiento entre la Francia y la Inglaterra.—Continuacion de hostilidades marítimas. 228

LIBRO DÉCIMO.
Armamentos y convoyes dirigidos hácia Jibraltar.—Operaciones navales en los mares de Europa y en las Antillas.—Situacion de las potencias neutrales.—Liga de la neutralidad armada.—Toma de Charleston por los Ingleses.—Conspiracion de Arnold.—Operaciones sucesivas de la guerra.—Union de las tropas francesas y americanas.—Sitio

de York-Town y capitulacion de Cornwallis.—Batallas y último contratiempo del conde de Grasse.—Toma de Menorca.—Ultimos ataques contra Jibraltar.—Campañas de Suffren en las Indias occidentales.—Fin de las hostilidades. 260

LIBRO UNDÉCIMO.
Convenios preliminares y tratados de paz concluidos por la Inglaterra con los estados-Unidos, la Francia, la España y la Holanda.—Licenciamiento del ejército americano y renuncia de Wasington.—Creacion de la Sociedad de Cincinnatus.—Formacion de muchos estados al occidente de los Apalaches.—Tratados con los Indios.—Revision del pacto federal.—Presidencia de Wasington y primeros actos de su administracion. 293

LIBRO DUODÉCIMO.
Sistema seguido con los Indios.—Adquisiciones hácia el oeste.—Discusiones y tratados de 1794 con la Inglaterra, y en 1795 con la España.—Desavenencias entre los Estados-Unidos y la Francia.—Muerte de Wasington.—Convenio de 1800, nuevos debates con la Francia.—Adquisicion de la Luisiana por los Estados-Unidos.—Consecuencias de este acontecimiento.—Aumento de los recursos del comercio y de la navegacion de los Estados-Unidos.—Golpes contra su neutralidad, durante las guerras de Europa.—Síntomas y primeros actos de independencia en la América meridional. 327

